

# **Star Wars**

## **Trilogía de la Nueva República**

### **3 – La Última Orden**

**Timothy Zahn**

Edición: **eBooket**  
[www.eBooket.com](http://www.eBooket.com)

El Destructor Estelar imperial *Quimera*, que se deslizaba entre la negrura del espacio, apuntó su inmenso bulto en forma de cabeza de flecha hacia la poco luminosa estrella del sistema elegido, a menos de un año luz de distancia. Y se preparó para la guerra.

—Todos los sistemas a punto para la batalla, almirante —informó el oficial de comunicaciones desde la cubierta de estribor—. La fuerza de choque comienza a tomar posiciones.

—Muy bien, teniente —cabeceó el gran almirante Thrawn—. Avísame cuando todas las naves estén dispuestas. ¿Capitán Pellaeon?

—¿Señor?

Pellaeon buscó en el rostro de su superior las señales de la tensión que debía de sentir. La misma que él experimentaba. Al fin y al cabo, no se trataba de otro ataque táctico contra la Rebelión, un golpe de mano sin importancia, o una misión fulminante contra una insignificante base planetaria. Después de casi un mes de frenéticos preparativos, estaba a punto de lanzarse la masiva campaña con la que Thrawn pretendía lograr la victoria definitiva del Imperio.

Si el gran almirante sentía alguna tensión, no lo demostraba.

—Comiencen la cuenta atrás —ordenó a Pellaeon, con voz tan serena como si encargara la cena.

—Sí, señor —contestó Pellaeon, y se volvió hacia el grupo de figuras holográficas, reducidas a un cuarto de su tamaño, erguidas frente a él en el puente de popa del *Quimera*—. Caballeros, tiempo de lanzamiento *Belicoso*, tres minutos.

—Recibido, *Quimera* —asintió el capitán Aban, y su perfecto porte militar no consiguió disimular por completo su ansia por participar en esta guerra contra la Rebelión—. Buena caza.

La imagen holográfica chisporroteó y se desvaneció, cuando *el Belicoso* alzó sus escudos deflectores y cortó las comunicaciones de larga distancia. Pellaeon desvió su atención hacia la siguiente imagen.

—*Implacable*, cuatro punto cinco minutos.

—Recibido —dijo el capitán Dorja, y cubrió su puño derecho con la mano izquierda, un antiguo gesto de victoria mirshaf, antes de desaparecer.

Pellaeon consultó su agenda electrónica.

—*Justiciero*, seis minutos.

—Estamos preparados, *Quimera* —dijo el capitán Brandei, con voz suave. Suave y un poco extraña...

Pellaeon le miró con el ceño fruncido. Las imágenes holográficas que reducían las reales a un cuarto de tamaño no revelaban demasiados detalles, pero aun así era fácil leer la expresión de Brandei. La expresión de un hombre sediento de sangre.

—Esto es una guerra, capitán Brandei —dijo Thrawn, que se había acercado en silencio al lado de Pellaeon—, no la oportunidad de llevar a cabo alguna venganza personal.

—Sé cuál es mi deber, almirante —replicó Brandei, tirante. Thrawn enarcó levemente sus cejas negro azuladas.

—¿De veras, capitán? ¿De veras?

Poco a poco, de mala gana, algo de apasionamiento desapareció de la cara de Brandei.

—Sí, señor —murmuró—. Me debo al Imperio, a usted, y a las naves y tripulaciones que se encuentran bajo mi mando.

—Muy bien —aprobó Thrawn—. Hacia los vivos, en otras palabras, no hacia los muertos.

Brandei seguía furioso, pero asintió.

—Sí, señor.

—Nunca lo olvide, capitán —le advirtió Thrawn—. Las peripecias de la guerra son caprichosas, y puede estar seguro de que la Rebelión pagará la destrucción del *Perentorio* durante la escaramuza de la flota *Katana*, pero en el contexto de nuestra estrategia global, no como un acto de venganza particular. —Entornó sus brillantes ojos rojos—. Cometido por un capitán de la flota bajo mi mando. Confío en haberme expresado con claridad.

La mejilla de Brandei se agitó. Pellaeon nunca había pensado que el hombre fuera brillante, pero sí lo bastante listo para reconocer una amenaza cuando la oía.

—Desde luego, almirante.

—Bien. —Thrawn le miró un momento más, y luego cabeceó—. Creo que ya le han indicado su

instante de lanzamiento.

—Sí, señor. *Justiciero* fuera. Thrawn miró a Pellaeon.

—Continúe, capitán —dijo, y se alejó.

—Sí, señor. —Pellaeon consultó su agenda electrónica—. *Némesis*...

Terminó la lista sin más incidentes. Cuando el último holograma desapareció, también concluyó la inspección de su fuerza de choque.

—Parece que el horario se está cumpliendo a la perfección —dijo Thrawn, cuando Pellaeon regresó a su puesto de mando—. El *Halcón de la Tormenta* informa que los cargueros guía fueron lanzados puntualmente, con cables de remolque que funcionaban a la perfección. Acabamos de interceptar una llamada de emergencia general desde el sistema de Ando.

El *Belicoso* y su fuerza de choque, puntuales.

—¿Alguna reacción, señor? —preguntó Pellaeon.

—La base rebelde de Ord Pardron localizada —dijo Thrawn—. Sería interesante ver cuánta ayuda han recibido.

Pellaeon asintió. Los rebeldes habían visto las suficientes tácticas de Thrawn para que, a estas alturas, Ando fuera una estratagema, y para responder de la forma adecuada. Por otra parte, una fuerza atacante consistente en un Destructor Estelar imperial y ocho Acorazados de la flota *Katana* no era algo que pudieran desechar sin más ni más.

En realidad, daba igual. Enviarían algunas naves a Ando para combatir al *Belicoso*, unas cuantas más a Filve, para combatir al Justiciero, unas cuantas más a Crondre para combatir al *Némesis*, y así sucesivamente. Cuando el *Cabeza del Muerto* atacara la mismísima base, Ord Pardron se habría reducido a una defensa esquelética y solicitaría todos los refuerzos que la Rebelión pudiera reunir.

Y hacia allí se dirigirían aquellos refuerzos. Dejando desguarnecido el verdadero objetivo del Imperio.

Pellaeon miró por la portilla de proa a la estrella del sistema de Ukio que colgaba delante, y su garganta se tensó cuando reflexionó una vez más sobre la enorme osadía del plan. Teniendo en cuenta que los escudos planetarios eran capaces de rechazar casi todo, salvo los turboláseres y torpedos de protones más poderosos, la lógica convencional sostenía que la única forma de conquistar un planeta moderno era enviar por los extremos una fuerza de tierra ligera para que aterrizara y destruyera los generadores de campo. Entre el fuego lanzado por la fuerza de tierra y el posterior asalto orbital, el planeta siempre sufría tremendos daños cuando por fin era conquistado. La alternativa, lanzar cientos de miles de tropas en una masiva campaña terrestre que podía prolongarse meses o años, no era mejor. Capturar un planeta sin grandes daños, pero con los generadores de campo intactos, se consideraba imposible.

Aquella lógica militar caería hoy. Junto con el propio Ukio.

—Interceptada señal de socorro desde Filve, almirante —informó el oficial de comunicaciones—. Ord Pardron vuelve a responder.

—Bien. —Thrawn consultó su crono—. Creo que dentro de siete minutos podremos ponernos en movimiento. —Apretó apenas los labios—. Será mejor confirmar que nuestro exaltado Maestro Jedi va a cumplir su parte.

Pellaeon ocultó una mueca. Joruu C'baoth, clon demente del Maestro Jedi Joruu C'baoth, muerto mucho tiempo atrás, que un mes antes se había proclamado verdadero heredero del Imperio. No le gustaba hablar con el hombre más que a Thrawn, pero debía presentarse voluntario. Si no, sólo lograría recibir la orden.

—Yo iré, señor —dijo, y se levantó.

—Gracias, capitán —dijo Thrawn. Como si Pellaeon hubiera tenido otra alternativa.

Percibió las llamadas mentales en cuanto traspasó la barrera protectora contra la Fuerza creada por los ysalamiri dispersos por el puente, en sus armazones alimenticios. El maestro C'baoth estaba impaciente porque la operación empezara. Pellaeon se preparó como pudo, rechazó las presiones mentales de C'baoth para que se apresurara y se encaminó a la sala de mando de Thrawn.

La sala estaba brillantemente iluminada, en marcado contraste con la suave iluminación que solía preferir el gran almirante.

—Capitán Pellaeon —llamó C'baoth desde el doble anillo de pantallas que ocupaba el centro de la estancia—. Entre. Le estaba esperando.

—El resto de la operación ha exigido toda mi atención —replicó con rigidez Pellaeon, intentando ocultar el desagrado que le producía el hombre, aunque consciente de que era una maniobra inútil.

—Por supuesto —sonrió C'baoth, una sonrisa que reveló su diversión por la incomodidad de Pellaeon mejor que mil palabras—. Da igual. Imagino que el gran almirante Thrawn ya estará preparado, por fin.

—Casi. Queremos despejar Ord Pardron lo máximo posible antes de movernos. C'baoth resopló.

—Continúa asumiendo que la Nueva República bailará al son del gran almirante.

—En efecto. El gran almirante ha estudiado minuciosamente al enemigo.

—Ha estudiado su arte —corrigió C'baoth con otro resoplido—. Eso será útil cuando a la Nueva República sólo le queden artistas para luchar contra nosotros.

Una señal desde el anillo de pantallas salvó a Pellaeon de la necesidad de contestar.

—Nos estamos moviendo —dijo a C'baoth, e inició la cuenta atrás mental de los setenta y seis segundos que tardarían en llegar al sistema de Ukio desde su posición, mientras procuraba evitar que las palabras de C'baoth se infiltraran bajo su piel.

No podía entender cómo averiguaba Thrawn los secretos más íntimos de una raza a partir de su arte, pero había visto la demostración práctica tan a menudo que confiaba en la intuición del gran almirante. C'baoth no.

Tampoco era que a C'baoth le interesara un debate sincero sobre el tema. Durante el pasado mes, desde que se declaró legítimo heredero del emperador, C'baoth había azuzado esta silenciosa guerra contra la credibilidad de Thrawn, al implicar que la verdadera percepción sólo surgía gracias a la Fuerza. Y, por lo tanto, sólo de él.

Pellaeon no creía en la teoría. El emperador también había sido un adepto de la Fuerza y no había podido predecir su muerte en Endor. Sin embargo, las semillas de incertidumbre que C'baoth intentaba sembrar empezaban a echar raíces, sobre todo entre los oficiales de Thrawn menos experimentados.

Un motivo más para que el ataque fuera un triunfo, en opinión de Pellaeon. El resultado dependía tanto de la comprensión demostrada por Thrawn respecto de la idiosincrasia cultural ukiana como de las tácticas militares. Basadas en la convicción de Thrawn de que, a un nivel psicológico básico, a los ukianos les aterraba lo imposible.

—No siempre tendrá razón —interrumpió C'baoth las reflexiones de Pellaeon.

Pellaeon se mordió con fuerza la parte interna de la mejilla; la invasión descarada de sus pensamientos le causó un escalofrío.

—No sabe lo que es la privacidad, ¿verdad? —gruñó.

—Yo soy el Imperio, capitán Pellaeon —dijo C'baoth, y sus ojos brillaron con un fuego oscuro y fanático—. Sus pensamientos forman parte de los servicios que me rinde.

—Yo sólo sirvo al gran almirante Thrawn —replicó Pellaeon, tirante.

C'baoth sonrió.

—Puede creerlo, si lo desea, pero vayamos al asunto, al auténtico asunto imperial. Cuando la batalla haya terminado, capitán Pellaeon, quiero que envíe un mensaje a Wayland.

—Para anunciar su inminente regreso, sin duda —dijo Pellaeon con acritud.

Desde hacía casi un mes, C'baoth insistía en que pronto volvería a su antiguo hogar de Wayland, donde tomaría el mando de las instalaciones de clonación del antiguo almacén perteneciente al emperador, en las entrañas del monte Tantiss. Hasta el momento, había estado demasiado enfrascado en socavar la reputación de Thrawn para hacer algo más que hablar.

—No se preocupe, capitán Pellaeon —dijo C'baoth, divertido de nuevo—. Cuando llegue el momento, volveré a Wayland. Por eso se pondrá en contacto con Wayland cuando la batalla haya terminado, y ordenará que creen un clon para mí. Un clon muy especial.

«El gran almirante Thrawn tendrá que autorizarlo», fueron las palabras que acudieron a su mente.

—¿De qué clase lo quiere? —fueron las que, inexplicablemente, dijo.

Pellaeon parpadeó, repasando su memoria. Sí, eso era lo que había dicho.

C'baoth volvió a sonreír ante su silenciosa confusión.

—Sólo deseo un criado —explicó—. Alguien que me espere cuando regrese. Formado a partir de uno de los recuerdos más apreciados por el emperador... Muestra B-2332-54, creo que era.

Insistirá al comandante de la guarnición, por supuesto, en que debe hacerse en total secreto. «No haré nada por el estilo.»

—Sí —se oyó decir Pellaeon.

El sonido de la palabra le trastornó, porque no había querido decir eso. Al contrario, en cuanto acabara la batalla informaría de este pequeño incidente a Thrawn.

—También guardará en secreto esta pequeña conversación —dijo con pereza—. En cuanto haya obedecido, olvidará que ha ocurrido.

—Por supuesto —cabeceó Pellaeon, sólo para que se callara.

Sí, desde luego que informaría a Thrawn. El gran almirante sabría qué hacer.

La cuenta atrás llegó a cero, y en la principal pantalla mural apareció el planeta Ukio.

—Deberíamos conectar una pantalla táctica, maestro C'baoth. C'baoth agitó una mano.

—Como quiera.

Pellaeon se acercó al doble anillo de pantallas y tocó la tecla adecuada. En el centro de la sala

apareció la pantalla táctica holográfica. El *Quimera* se dirigía hacia una órbita elevada sobre el ecuador encarado al sol, los diez Acorazados de la flota *Katana* de su fuerza de choque estaban adoptando posiciones defensivas, tanto interiores como exteriores, y el *Halcón de la Tormenta* surgió por el lado nocturno y constituyó la retaguardia. Otras naves, sobre todo cargueros y otras de tipo comercial, se infiltraban por las breves brechas que abría Control de Tierra en el escudo de energía de Ukio, una concha azulada que rodeaba el planeta, a unos cincuenta kilómetros por encima de la superficie. Dos indicadores luminosos pasaron a rojo: los cargueros guía del *Halcón de la Tormenta*, de aspecto tan inocente como el de las demás naves que huían locamente en busca de refugio. Los cargueros y los cuatro compañeros invisibles que remolcaban.

—Invisibles sólo para aquellos que carecen de ojos para verlos —murmuró C'baoth.

—De modo que ahora puede ver las naves, ¿eh? —gruñó Pellaeon—. Sus facultades Jedi aumentan.

Confiaba en irritar un poco a C'baoth; no mucho, sólo un poco, pero fue un esfuerzo inútil.

—Puedo ver a los hombres que se encuentran dentro de sus preciosos escudos protectores —dijo con placidez el Maestro Jedi—. Puedo ver sus pensamientos y guiar sus voluntades. ¿Qué más da el metal?

Pellaeon notó que su labio se torcía.

—Supongo que muchas cosas le dan igual —rezongó. Vio por el rabillo del ojo que C'baoth sonreía.

—Lo que da igual a un Maestro Jedi, da igual al universo. Los cargueros y los cruceros invisibles ya estaban cerca del escudo.

—Dejarán caer los cables de arrastre en cuanto penetren en el escudo —recordó Pellaeon a C'baoth—. ¿Está preparado? El Maestro Jedi se irguió en su asiento y entornó los ojos.

—Espero la orden del gran almirante —dijo, sardónico.

Durante un segundo, Pellaeon observó la expresión serena del hombre, y experimentó un escalofrío. Recordó con viveza la primera vez que C'baoth había ensayado este control a larga distancia. Recordó el dolor pintado en el rostro de C'baoth, su aspecto concentrado y agónico mientras luchaba por mantener los contactos mentales.

Apenas habían transcurrido dos meses. Thrawn, confiado, había afirmado que C'baoth jamás representaría una amenaza para el Imperio, porque carecía de la capacidad de enfocar y concentrar su poder Jedi durante largo tiempo. De alguna manera, entre aquel momento y ahora, C'baoth había logrado dominar ese necesario control.

Lo cual significaba que C'baoth era una amenaza para el Imperio. Una amenaza muy peligrosa.

El intercomunicador zumbó.

—¿Capitán Pellaeon?

Pellaeon se acercó al anillo de pantallas y pulsó la tecla, intentando olvidar sus temores acerca de C'baoth. De momento, al menos, la flota necesitaba a C'baoth. Por fortuna, tal vez, C'baoth también necesitaba a la flota.

—Estamos listos, almirante —dijo.

—Atención —contestó Thrawn—. Los cables se sueltan ahora.

—Están libres —dijo C'baoth—. Se encuentran bajo control... Se mueven hacia las posiciones prefijadas.

—Confirme que se hallan bajo el escudo planetario —ordenó Thrawn.

Por primera vez, un indicio de aquella antigua tensión cruzó el rostro de C'baoth. Muy poco sorprendente. Como el escudo protector impedía que el *Quimera* viera a los cruceros y, al mismo tiempo, cegaba los sensores de los cruceros, la única forma de saber exactamente dónde estaban era que C'baoth efectuara una localización precisa en las mentes que estaba interviniendo.

—Las cuatro naves se encuentran debajo del escudo —anunció.

—Verifíquelo bien, Maestro Jedi. Si se equivoca...

—Yo no me equivoco, gran almirante Thrawn —le interrumpió con aspereza C'baoth—. Yo me ocuparé de mi parte en esta batalla, y usted preocúpese de la suya.

El intercomunicador permaneció mudo unos momentos. Pellaeon se encogió e imaginó la expresión del gran almirante.

—Muy bien, maestro Jedi —respondió con calma Thrawn—. Prepárese a cumplir su parte.

Se oyó el doble clic de un canal de comunicaciones al abrirse.

—Aquí el Destructor Estelar imperial *Quimera*, llamando al Feudo de Ukio —dijo Thrawn—. En nombre del Imperio, declaro que el sistema ukiano se halla de nuevo bajo el mandato de la ley imperial y la protección de las fuerzas imperiales. Bajarán los escudos, ordenarán a todas las unidades militares que regresen a sus bases, y se prepararán para una transferencia de mando ordenada.

No hubo respuesta.

—Sé que están recibiendo este mensaje —continuó Thrawn—. Si no contestan, daré por sentado que pretenden rechazar la oferta del Imperio. En tal caso, no me quedará otra alternativa que abrir las hostilidades.

De nuevo, silencio.

—Envían otra transmisión —oyó que decía el oficial de comunicaciones—. Da la impresión de que es más desesperada que la primera.

—Estoy seguro de que la tercera aún lo será más —replicó Thrawn—. Prepárese para disparar la secuencia uno. ¿Maestro C'baoth?

—Los cruceros están dispuestos, gran almirante Thrawn —contestó C'baoth—. Al igual que yo.

—Asegúrese —amenazó sutilmente Thrawn—. A menos que el cálculo de tiempo sea absolutamente perfecto, toda esta demostración no servirá de nada. Batería de turboláseres tres: prepárese a disparar secuencia uno cuando yo diga; tres... dos... uno... ¡Fuego!

En el holograma táctico, una lanza doble de fuego verde surgió de las baterías turboláser de la *Quimera* en dirección al planeta. Los rayos golpearon el azul brumoso del escudo planetario, se esparcieron levemente cuando su energía quedó desenfocada y rebotaron hacia el espacio...

Y en el preciso momento programado, los dos cruceros invisibles que flotaban gracias a sus retropropulsores bajo el escudo en aquellos dos puntos dispararon a su vez; sus rayos turboláser atravesaron la atmósfera y alcanzaron dos de las principales bases aéreas defensivas de Ukio.

Eso fue lo que Pellaeon vio. Los ukianos, ignorantes de la existencia de los cruceros camuflados, habían visto al *Quimera* disparar dos devastadoras andanadas que habían perforado el escudo impenetrable del planeta.

—Tercera transmisión interrumpida a la mitad, señor —informó el oficial de comunicaciones, con un toque de humor negro—. Creo que les hemos sorprendido.

—Vamos a convencerles de que no ha sido casualidad —dijo Thrawn—. ¿Preparado para disparar la secuencia dos, maestro C'baoth?

—Los cruceros están preparados.

—Batería de turboláseres dos: preparada para disparar secuencia dos cuando yo diga; tres... dos... uno... ¡Fuego!

De nuevo, el fuego verde surcó el espacio, y de nuevo, al unísono, los cruceros invisibles realizaron su tarea.

—Bien hecho —dijo Thrawn—. Maestro C'baoth, coloque los cruceros en posición para las secuencias tres y cuatro.

—Como usted ordene, gran almirante Thrawn.

Pellaeon se encogió inconscientemente. El objetivo de la secuencia cuatro eran dos de los treinta generadores de campo superpuestos ukianos. Lanzar ese ataque significaba que Thrawn había renunciado a su objetivo de capturar Ukio con sus defensas planetarias intactas.

—Destructor Estelar imperial *Quimera*, soy Tol dosLla, del gobierno ukiano —habló por el intercomunicador una voz algo temblorosa—. Solicitamos que cesen el bombardeo de Ukio hasta que hayamos discutido las condiciones de la rendición.

—Mis condiciones son sencillas —contestó Thrawn—. Para empezar, bajarán su escudo planetario y permitirán que mis fuerzas aterricen. Se les cederá el control de los generadores de campo y de todas las armas tierra-espacio. Todos los vehículos de combate de mayor tamaño que los deslizadores serán trasladados a bases militares designadas y entregados al control imperial. Aunque serán responsables ante el Imperio, por supuesto, sus sistemas político y social permanecerán bajo su control. Siempre que su pueblo se comporte, naturalmente.

—¿Y cuando esos cambios se hayan producido?

—Se integrarán en el Imperio, con todos los derechos y deberes inherentes.

—¿No habrá impuestos especiales para sufragar la guerra? —preguntó con suspicacia dosLla—. ¿No reclutarán obligatoriamente a nuestros jóvenes?

Pellaeon imaginó la siniestra sonrisa de Thrawn. No, el Imperio no volvería a necesitar reclutamientos forzosos, con la colección de cilindros de clonación Spaarti en sus manos.

—No a su segunda pregunta; un no matizado a la primera —contestó Thrawn—. Como sin duda sabrá, la mayoría de los planetas imperiales están sujetos a impuestos destinados a sostener la guerra. Sin embargo, existen excepciones, y es probable que su contribución al esfuerzo bélico salga directamente de su ingente producción alimentaria y de los centros de procesamiento.

Siguió una larga pausa al otro extremo de la línea. Pellaeon comprendió que dosLla no era idiota. El ukiano sabía muy bien cuáles eran las intenciones de Thrawn respecto a su planeta. Primero, control directo imperial de las defensas tierra-espacio, después, control directo del sistema de distribución de alimentos, los centros de procesamiento y las extensísimas regiones agrícolas y

ganaderas. En poco tiempo, el planeta se convertiría en un depósito de provisiones de la maquinaria bélica imperial.

La alternativa era contemplar en silencio la destrucción total y absoluta de su planeta. Y lo sabía.

—Bajaremos los escudos planetarios, *Quimera*, como gesto de buena voluntad —dijo por fin dosLla, en tono desafiante pero teñido de resignación—, pero antes de entregar a las fuerzas imperiales los generadores y las armas tierra-espacio, deseamos recibir ciertas garantías en relación con la seguridad del pueblo ukiano y nuestra tierra.

—Desde luego —replicó Thrawn, sin la menor huella de la satisfacción que la mayoría de los dirigentes imperiales se hubieran permitido en aquel momento.

Pellaeon sabía que aquel pequeño acto de cortesía había sido tan bien calculado como el resto del ataque. Permitir a los líderes ukianos rendirse con su dignidad intacta retrasaría la resistencia al dominio imperial, hasta que fuera demasiado tarde.

—Un representante saldrá dentro de poco para discutir los detalles con su gobierno —continuó Thrawn—. En el ínterin, supongo que no pondrá objeciones a que nuestras fuerzas tomen posiciones defensivas preliminares.

Un suspiro, más intuido que oído.

—No tenemos objeciones, *Quimera* —dijo de mala gana dosLla—. Vamos a bajar los escudos.

En la pantalla táctica, el azul brumoso que rodeaba el planeta se desvaneció.

—Maestro C'baoth, que los cruceros tomen posiciones en los polos —ordenó Thrawn—. No quiero que las naves ligeras choquen con ellos. General Covell, empiece el transporte de tropas a la superficie. Tomen las posiciones defensivas habituales alrededor de todos los objetivos.

—Recibido, almirante —dijo la voz de Covell, con cierta sequedad.

Pellaeon notó que una tensa sonrisa curvaba sus labios. Sólo hacía dos semanas que los principales comandantes de la flota y el ejército se habían enterado oficialmente del secreto que rodeaba el proyecto de clonación del monte Tantiss, y Covell era uno de los que aún no se habían hecho por completo a la idea.

Tal vez el hecho de que tres de las compañías que se disponía a enviar a la superficie estaban compuestas por clones tuviera algo que ver con su escepticismo.

En el holograma táctico, las primeras oleadas de naves ligeras y cazas de escolta TIE habían despegado del *Quimera* y el *Halcón de la Tormenta*, para desplegarse hacia sus objetivos respectivos. Los clones de las naves ligeras se disponían a ejecutar las órdenes imperiales, como ya lo habían hecho los clones de los cruceros invisibles.

Pellaeon frunció el ceño cuando un extraño e inquietante pensamiento cruzó su mente. ¿Habría C'baoth guiado con tal precisión los cruceros porque cada una de sus tripulaciones de mil hombres estaba compuesta por variantes de apenas veinte mentes? ¿O, aún peor, el control absoluto de C'baoth se debía a que el propio Maestro Jedi era un clon?

Y en cualquier caso, ¿significaba eso que el proyecto monte Tantiss dependía directamente de C'baoth, quien lo utilizaría para sus propios fines? Otra cuestión que debería comentar con Thrawn.

Pellaeon miró a C'baoth, y recordó demasiado tarde que, en presencia del Maestro Jedi, tales pensamientos no eran propiedad privada. Sin embargo, C'baoth no le estaba mirando, a propósito o por lo que fuera. Tenía la vista clavada al frente, los ojos desorbitados, la piel de la cara tirante. Una leve sonrisa se insinuaba en sus labios agrietados.

—¿Maestro C'baoth?

—Están allí —susurró C'baoth, con voz hueca y profunda—. Están allí —repitió, en voz más alta.

Pellaeon contempló el holograma táctico con el ceño fruncido.

—¿Quiénes están allí? —preguntó.

—Están en Filve —contestó C'baoth. De pronto, levantó la vista y miró a Pellaeon, con ojos brillantes y enloquecidos—. Mis Jedi están en Filve.

—Maestro C'baoth, confirme que sus cruceros han tomado posiciones en los polos —interrumpió la voz de Thrawn—. Luego, informe sobre la menor resistencia...

—Mis Jedi están en Filve —cortó C'baoth—. ¿Qué me importan a mí sus batallitas?

—C'baoth...

C'baoth cerró el intercomunicador con un gesto de la mano.

—Ahora, Leia Organa Solo —murmuró en voz baja—, ya eres mía.

El *Halcón Milenario* escoró a estribor cuando un caza TIE disparó contra la nave. Los rayos láser barrieron la zona locamente, mientras el caza intentaba sin éxito imitar la maniobra del carguero. Leia Organa Solo apretó los dientes y vio que uno de sus cazas X de escolta transformaba al caza imperial en una nube de polvo. El cielo giró alrededor de la cubierta del *Halcón* cuando la nave recuperó su curso inicial.

—¡Cuidado! —aulló Cetrespeó desde el asiento posterior, cuando otro caza TIE les atacó por un

lado.

La advertencia fue innecesaria. El *Halcón*, con engañosa desgana, ya estaba girando para enfocar hacia el atacante su batería láser ventral. Audible incluso a través de la puerta de la cabina, se escuchó un rugido de guerra wookiee, y el caza TIE siguió la suerte de su compañero.

—Buen disparo, Chewie —gritó Han Solo por el comunicador cuando el *Halcón* se enderezó de nuevo—. ¿Wedge?

—Sigo contigo, *Halcón* —anunció al instante la voz de Wedge Antilles—. De momento, nos hemos quedado solos, pero se acerca otra oleada de cazas TIE.

—Sí. —Han miró a Leia—. Tú decides, corazón. ¿Aún quieres aterrizar?

Cetrespeó lanzó una exclamación ahogada electrónica.

—Capitán Solo, no estará sugiriendo...

—Cierra la válvula de estrangulación, lingote de oro —le interrumpió Han—. ¿Leia?

Leia lanzó un vistazo al Destructor Estelar imperial y los ocho Acorazados que se recortaban contra el planeta asediado, arremolinados a su alrededor como mynocks en torno a un generador eléctrico desprotegido. Iba a ser su última misión diplomática antes de retirarse para esperar el nacimiento de sus gemelos, un viaje fugaz para calmar a un nervioso gobierno filviano y demostrar la determinación de la Nueva República de proteger a los sistemas de ese sector.

Menuda demostración.

—No hay forma de abrirnos paso —contestó, a regañadientes—. Aunque la hubiera, dudo que los filvianos se arriesgaran a abrir el escudo para dejarnos pasar. Será mejor que nos larguemos.

—Me parece bien —gruñó Han—. Wedge, nos vamos. Síguenos.

—Oído, *Halcón* —respondió Wedge—. Danos unos minutos para calcular el salto.

—No te molestes. —Han giró en redondo en su asiento para teclear en el ordenador—. Te proporcionaremos las cifras desde aquí.

—Oído. Escuadrón Pícaro: formación de pantalla.

—¿Sabes una cosa? Empiezo a cansarme de esto —dijo Han a Leia, volviéndose hacia la princesa—. Creí oírte decir que tus amigos noghri iban a dejarte en paz.

—Esto no tiene nada que ver con los noghri. —Leia meneó la cabeza; una tensión apenas percibida estrujaba su frente. ¿Era su imaginación, o las naves imperiales que rodeaban Filve empezaban a romper la formación?—. Es el gran almirante Thrawn, que está jugando con sus nuevos Acorazados de la Fuerza Oscura.

—Sí —rezongó Han, y Leia se encogió cuando percibió la amargura de su tono. A pesar de todos los esfuerzos desplegados para convencerle de lo contrario, Han aún se consideraba culpable de que Thrawn se hubiera apoderado de las naves de la flota *Katana*, la así llamada Fuerza Oscura, adelantándose a la Nueva República—. No pensaba que los conseguiría reacondicionar tan pronto —añadió, mientras alejaba el *Halcón* de Filve y regresaban hacia las profundidades del espacio.

Leia tragó saliva. La extraña tensión seguía presente, como una malevolencia lejana que se apretujara contra los bordes de su mente.

—Quizá cuente con suficientes cilindros Spaarti para clonar tanto ingenieros y técnicos como soldados.

—Una idea divertida —comentó Han, y Leia notó que su estado de ánimo cambiaba bruscamente mientras conectaba el comunicador—. Wedge, echa un vistazo a Filve y dime si estoy viendo visiones.

Leia oyó por el comunicador que Wedge respiraba hondo.

—¿Como si toda la fuerza imperial estuviera rompiendo la formación para salir en nuestra persecución?

—Sí, eso.

—A mí me parece muy real —admitió Wedge—. Creo que ha llegado el momento de salir de aquí.

—Sí —dijo poco a poco Han—. Tal vez. Leia contempló a su marido con el ceño fruncido. Había algo en su voz...

—¿Han?

—Los filvianos habrían pedido ayuda antes de rendir su escudo, ¿no? —le preguntó Han, pensativo.

—Sí —respondió Leia con cautela.

—Y la base más cercana de la Nueva República es Ord Pardron, ¿verdad?

—Verdad.

—Muy bien. Escuadrón Pícaro, cambiamos de rumbo a estribor. Seguidnos.

Deslizó los dedos sobre el teclado, y el *Halcón* dibujó una curva pronunciada a la derecha.

—Cuidado, *Halcón*. Volvemos hacia ese grupo de cazas TIE

—advirtió Wedge.



—No iremos tan lejos —le tranquilizó Han—. Ya tengo la trayectoria. Lanzó la nave hacia el nuevo curso y echó un vistazo a la pantalla posterior.

—Bien. Aún nos persiguen.

Detrás de él, el ordenador de la nave emitió un pitido para anunciar que las coordenadas de salto estaban dispuestas.

—Wedge, tenemos tus coordenadas —dijo Leia, y extendió la mano hacia la tecla de transmisión de datos.

—Espera, *Halcón* —la interrumpió Wedge—. Tenemos compañía por estribor.

Leia miró en la dirección señalada y su garganta se tensó cuando vio a qué se refería Wedge. Los cazas TIE se acercaban a gran velocidad y ya se encontraban lo bastante cerca para interferir las posibles transmisiones del *Halcón* a su escolta. Enviar ahora las coordenadas de salto a Wedge sería una invitación abierta a los imperiales para que un comité de bienvenida les recibiera en su objetivo.

—Quizá yo pueda ayudarla, Alteza —se ofreció Cetrespeó—. Como sabe, domino más de seis millones de formas de comunicación. Podría transmitir las coordenadas al comandante Antilles en idioma comercial boordiste o vaathkree, por ejemplo...

—¿Y después le enviarías la traducción? —preguntó con sequedad Han.

—Por supuesto... —El androide se interrumpió—. Oh, vaya

—exclamó, turbado.

—Sí, bueno, no te preocupes —dijo Han—. Wedge, estuviste en Xyquine hace dos años, ¿verdad?

—Sí. Ah. ¿El «Giro de Cracken»?

—Exacto. En dos: uno, dos.

Leia vio que los cazas X adoptaban una nueva y complicada formación de escolta alrededor del *Halcón*.

—¿Qué vamos a conseguir con esto? —preguntó.

—Escapar —respondió Han, mientras examinaba de nuevo la pantalla posterior—. Teclea las coordenadas, añade un dos al segundo número de cada una, y transmítelas a los cazas.

—Entiendo.

Leia asintió mientras ponía manos a la obra. Alterar el segundo dígito no cambiaría la apariencia de su trayectoria de huida lo suficiente para que los imperiales mordieran el anzuelo, pero bastaría para desviar del objetivo un par de años luz a cualquier fuerza persecutoria.

—Muy listo. ¿Esa pequeña maniobra que acaban de realizar no era más que para impresionar?

—Exacto. Consigue convencer a todo el mundo de que es lo único que hay. Algo así como lo que Pash Cracken hizo en aquel desastre de Xyquine. —Han examinó la pantalla posterior—. Creo que ya podemos pasar a la acción. Vamos a ver qué pasa.

—¿No vamos a saltar a la velocidad de la luz?

Leia arrugó el entrecejo cuando un antiguo y doloroso recuerdo ascendió desde el fondo de su mente. Aquella loca huida de Hoth, con toda la flota de Darth Vader pisándoles los talones y un hiperpropulsor que estaba roto...

Han la miró de reojo.

—No te preocupes, corazón. Hoy, el hiperpropulsor está de miedo.

—Esperemos —murmuró Leia.

—Mira, mientras nos persigan a nosotros, dejarán de fastidiar a Filve —prosiguió Han—. Y cuanto más les alejemos, más tiempo tendrá de llegar la fuerza de socorro procedente de Ord Pardron.

El brillante destello verde de un disparo errado cortó la inminente respuesta de Leia.

—Creo que ya les hemos concedido todo el tiempo posible —dijo a Han, y notó en su interior que los gemelos se alborotaban—. ¿Podemos irnos ya, por favor?

Un segundo rayo se estrelló contra el escudo deflector superior del *Halcón*.

—Sí, creo que tienes razón —admitió Han—. Wedge, ¿preparado para abandonar la fiesta?

—Cuando quieras, *Halcón*. Adelante. Os seguiremos cuando esté despejado.

—De acuerdo.

Han aferró las palancas de hiperpropulsión y tiró de ellas con suavidad. A través de la cubierta de la cabina, las estrellas se convirtieron en estelas, y estuvieron salvados.

Leia respiró hondo y dejó escapar el aire poco a poco. En su interior, notaba todavía la angustia de los gemelos, y por un momento concentró su mente en la tarea de tranquilizarles. A menudo había pensado que era una extraña sensación, tocar mentes que se comunicaban mediante sensaciones y sentimientos, en lugar de palabras e imágenes. Tan diferentes de las mentes de Han, Luke y sus demás amigos.

Tan diferentes, también, de la mente lejana que había orquestado aquel ataque de la fuerza imperial.

A su espalda, la puerta se abrió y Chewbacca entró en la cabina.

—Buen disparo, Chewie —saludó Han al wookiee, mientras éste depositaba su enorme bulto en el asiento de pasajero contiguo a Cetrespeó—. ¿Te ha dado más problemas el brazo de control horizontal?

Chewbacca rugió una negativa. Sus ojos oscuros escudriñaron el rostro de Leia, y gruñó una pregunta.

—Me encuentro bien —le tranquilizó Leia, mientras reprimía unas súbitas e inexplicables lágrimas—. De veras.

Miró a Han y descubrió que la estaba mirando con el ceño fruncido.

—No estabas preocupada, ¿verdad? Sólo era una fuerza de choque imperial. Nada inquietante. Leia meneó la cabeza.

—No, Han. Había algo más. Una especie de... —Volvió a menear la cabeza—. No lo sé.

—Quizá fue como su indisposición en Endor —la ayudó Cetrespeó—. ¿Recuerda, cuando se desplomó mientras Chewbacca y yo estábamos reparando el...?

Chewbacca rugió una advertencia y el androide enmudeció de repente, pero ya era demasiado tarde.

—No, déjale hablar —dijo Han, cada vez más suspicaz—. ¿A qué indisposición se refiere?

—No fue nada importante, Han —le tranquilizó Leia, mientras intentaba cogerle la mano—. Durante nuestra primera órbita alrededor de Endor, pasamos por el lugar donde estalló la Estrella de la Muerte. Durante unos segundos, sentí la presencia del emperador a mí alrededor. Eso fue todo.

—Ah, eso fue todo —dijo con sarcasmo Han, y lanzó una breve mirada a Chewbacca—. Un emperador muerto intenta apoderarse de ti, y crees que no vale la pena mencionarlo.

—Te estás comportando como un tonto —replicó Leia—. No había nada de qué preocuparse. Terminó enseguida, y no hubo efectos posteriores. De veras. En cualquier caso, lo que sentí en Filve fue muy diferente.

—Me alegra saberlo —dijo Han, poco predispuesto a zanjar el tema—. ¿Algún médico te examinó cuando volviste?

—Bueno, no hubo tiempo...

—Fantástico. Te someterás a examen en cuanto regreses. Leia asintió con un suspiro silencioso. Conocía aquel tono, y tampoco podía negarse.

—Muy bien. Si tengo tiempo.

—Lo tendrás —replicó Han—, o ya me encargaré de que Luke te encierre en el centro médico cuando vuelva. Lo digo en serio, corazón.

Leia apretó su mano y percibió un apretujén similar en su corazón al mismo tiempo. Luke, solo en territorio imperial...; pero estaba bien. Tenía que estarlo.

—Muy bien —prometió a Han—. Me someteré a examen.

—Estupendo —dijo Han, escudriñando su rostro—. ¿Qué sentiste en Filve?

—No lo sé. —Vaciló—. Quizá lo mismo que Luke sintió en la *Katana*. Ya sabes, cuando los imperiales enviaron a bordo aquella partida de clones.

—Sí —admitió Han, no demasiado convencido—, Quizá. Aquellos Acorazados estaban demasiado lejos.

—Supongo que debía de haber muchos más clones.

—Sí, quizá —repitió Han—. Bien... Creo que Chewie y yo tendríamos que ponernos a trabajar en ese estabilizador del flujo de iones, antes de que nos abandone por completo. Podrás ocuparte de lo que ocurra aquí, ¿verdad, corazón?

—Perfectamente —le tranquilizó Leia, aliviada por el giro que había emprendido la conversación—. Adelantaos.

Porque no se atrevía a pensar en la otra posibilidad. Habían corrido rumores de que el emperador era capaz de utilizar la Fuerza para controlar directamente a sus tropas. Si el Maestro Jedi al que Luke se había enfrentado en Jomark poseía la misma capacidad...

Acarició su estómago y se concentró en el par de diminutas mentes que albergaba en su seno. No, no quería pensar en ello.

—Supongo que podrá ofrecerme alguna clase de explicación

—dijo Thrawn, en aquel tono amenazadoramente tranquilo.

C'baoth, lenta y deliberadamente, alzó la vista del doble círculo de pantallas desplegado en la sala de mando y miró al gran almirante. Al gran almirante y, con mal disimulado desprecio, al ysalamir acomodado en el almacén alimenticio dispuesto sobre los hombros de Thrawn.

—¿Tiene usted una a su vez, gran almirante? —preguntó C'baoth.

—Interrumpió el ataque de distracción a Filve —replicó Thrawn, sin hacer caso de la pregunta de C'baoth—. A continuación, procedió a enviar toda una fuerza de choque en una persecución inútil.

—Y usted, gran almirante, no ha logrado apoderarse de mis Jedi —contestó C'baoth. Pellaeon reparó, inquieto, en que su voz adquiría mayor agudeza y volumen—. Usted, sus esbirros noghri, su Imperio... Todos han fracasado.

Los ojos relucientes de Thrawn se entornaron.

—¿De veras? ¿Y también por culpa nuestra fue incapaz de dominar a Luke Skywalker, cuando se lo entregamos en bandeja en Jomark?

—Ustedes no me lo entregaron, gran almirante Thrawn —insistió C'baoth—. Yo le convoque mediante la Fuerza...

—Fue la Inteligencia Imperial la encargada de esparcir el rumor de que Joruu C'baoth había regresado y sido visto en Jomark —le interrumpió Thrawn con frialdad—. Fueron los Transportes Imperiales quienes le condujeron al planeta, los Aprovisionamientos Imperiales quienes le proporcionaron un hogar y lo abastecieron, y la Ingeniería Imperial la que construyó la pista de aterrizaje camuflada en la isla. El Imperio hizo lo que debía para poner a Skywalker en sus manos. Fue usted quien no pudo retenerle en sus dominios.

—¡No! —estalló C'baoth—. Skywalker huyó de Jomark porque Mara Jade escapó de ustedes y volvió su mente contra mí. Y pagará por eso. ¿Me ha oído? Lo *pagará*.

Thrawn permaneció en silencio durante un largo momento.

—Usted lanzó toda la fuerza de choque destinada a Filve contra el *Halcón Milenario* —dijo por fin, después de lograr controlar su voz—. ¿Consiguió capturar a Leia Organa Solo?

—No —gruñó C'baoth—, pero no porque se negara a venir a mí. Lo desea. Al igual que Skywalker.-

Thrawn dirigió una breve mirada a Pellaeon.

—¿Desea entregarse a usted? —preguntó. C'baoth sonrió.

—Ya lo creo —dijo, y su voz se despojó repentinamente de toda su cólera, hasta adquirir un tono casi soñador—. Quiere que sea el maestro de sus hijos —continuó, y sus ojos recorrieron la sala de mando—. Para que les instruya en los conocimientos Jedi. Para conformarlos a mi imagen y semejanza. Porque yo soy el maestro. El único que existe. —Miró a Thrawn—. Ha de traérmela, gran almirante Thrawn —dijo, en un tono a medio camino entre la solemnidad y la súplica—. Debemos liberarla de la trampa que le han tendido aquellos que temen sus poderes. De lo contrario, la destruirán.

—Pues claro —dijo con suavidad Thrawn—, pero debe permitir que yo me ocupe de la tarea. Sólo necesito un poco de tiempo.

C'baoth frunció el ceño, abismado en sus pensamientos, y su mano se deslizó bajo su barba para acariciar el medallón que colgaba de la cadena alrededor de su cuello. Pellaeon notó que un escalofrío recorría su espina dorsal. Por más veces que fuera testigo, jamás se acostumbraría a aquellas repentinas zambullidas en el resbaladizo crepúsculo de la locura clónica. Sabía que había constituido un problema general en los primeros experimentos clónicos: una inestabilidad mental y emocional permanente, en proporción inversa a la duración del ciclo de crecimiento del duplicado. Pocos documentos científicos al respecto habían sobrevivido a la era de las Guerras Clónicas, pero Pellaeon se había topado con uno, e insinuaba que ningún clon que hubiera alcanzado la madurez en menos de un año sería lo bastante estable para sobrevivir fuera de un entorno controlado absolutamente.

Teniendo en cuenta la destrucción que habían sembrado a lo largo y ancho de la galaxia, Pellaeon siempre había dado por sentado que los donadores habían encontrado una solución, siquiera parcial, al problema. El que hubieran descubierto la causa subyacente de la locura ya era otra cuestión.

Podía darse el caso de que Thrawn fuera el primero en comprender el problema.

—Muy bien, gran almirante Thrawn —dijo repentinamente C'baoth—. Quizá cuente con la última oportunidad, pero se lo advierto: será la última. Después, toda la responsabilidad recaerá en mis manos. —Sus ojos destellaron bajo las tupidas cejas—. Y aún le digo más: si no es capaz de triunfar en una tarea tan nimia, tal vez le consideraré indigno de dirigir las fuerzas militares de mi Imperio.

Los ojos de Thrawn centellearon, pero se limitó a inclinar la cabeza levemente.

—Acepto su desafío, maestro C'baoth.

—Bien. —C'baoth volvió a acomodarse en su asiento con movimientos deliberados y cerró los ojos—. Ya puede marcharse, gran almirante Thrawn. Deseo meditar y diseñar un futuro para mis Jedi.

Thrawn permaneció en silencio unos instantes. Sus relucientes ojos rojos se clavaron sin parpadear en C'baoth. Después, desvió la vista hacia Pellaeon.

—Acompáñeme al puente, capitán —dijo—. Quiero que supervise los dispositivos defensivos que desplegaremos en el sistema de Ukio.

—Sí, señor —respondió Pellaeon, contento de tener una excusa para perder de vista a C'baoth.

Vaciló un momento y arrugó el entrecejo, mientras miraba a C'baoth. ¿Había olvidado llamar la

atención de Thrawn sobre algo? Casi estaba seguro de que sí. Era algo relacionado con C'baoth, y con los clones, y con el proyecto monte Tantiss...

Pero la idea no acudió a su mente y, con un encogimiento de hombros mental, la desechó. Ya la recuperaría, en su debido momento.

Siguió a su comandante hasta salir de la sala.

La llamaban Calius saj Leeloo, la Ciudad de Cristal Resplandeciente de Berchest, y había sido uno de los portentos más espectaculares de la galaxia desde los primeros tiempos de la Antigua República. Toda la ciudad era nada más y nada menos que un único y gigantesco cristal, creado a lo largo de los eones por la espuma salada de las aguas rojoanaranjadas del mar Leefari, que rompían contra el farallón sobre el que descansaba. La ciudad original había sido esculpida a lo largo de las décadas, y a base de penosos esfuerzos, en cristal, por los artesanos berchestianos locales, cuyos descendientes continuaron guiando y alentando su crecimiento.

En el punto álgido de la Antigua República, Calius había constituido una atracción turística de primer orden; sus habitantes habían vivido a cuerpo de rey gracias a los millones de seres que afluían a la impresionante belleza de la ciudad y sus alrededores. Sin embargo, el caos de las Guerras Clónicas y el posterior auge del Imperio habían perjudicado sobremanera tales diversiones, y Calius se vio obligada a buscar otros medios de sustento.

Por fortuna, el turismo había legado una excelente red de rutas comerciales entre Berchest y la mayor parte de los principales sistemas de la galaxia. La solución obvia de los berchestianos fue promocionar Calius como centro comercial, y aunque la ciudad apenas alcanzaba el nivel de Svivren o Ketaris, no por ello dejó de alcanzar un modesto éxito.

Un escuadrón de milicianos irrumpió en la abarrotada calle; sus edificios rojoanaranjados tiñeron de color las armaduras blancas. Luke Skywalker se alejó de ellos y cubrió su rostro con la capucha. El escuadrón no le inquietaba en particular, pero era absurdo arriesgarse en un lugar tan adentrado en el corazón del Imperio. Los milicianos pasaron de largo sin dignarse dirigir una sola mirada en su dirección, y Luke, con un suspiro de alivio, devolvió su atención a la contemplación de la ciudad. Entre los milicianos, los tripulantes de la flota que disfrutaban de un permiso entre vuelo y vuelo, y los contrabandistas que merodeaban en busca de algún trabajillo, el ambiente comercial de la ciudad contrastaba extrañamente con su serena belleza.

Y en algún lugar de esta serena belleza, existía algo mucho más peligroso que unos milicianos imperiales.

Un grupo de clones.

O eso pensaba la Inteligencia de la Nueva República, al menos. Tras examinar miles de comunicados imperiales interceptados, habían llegado a la conclusión provisional de que Calius y el sistema de Berchest era uno de los puntos de trasbordo del nuevo flujo de duplicados humanos que empezaban a pilotar las naves y transportes de tropas de la maquinaria bélica del gran almirante Thrawn.

Era preciso interrumpir el tráfico y pronto. Lo cual significaba descubrir el emplazamiento de los tanques de clonación y destruirlos. Lo cual, en primer lugar, significaba rastrear la pauta del tráfico a partir de un centro de trasbordo conocido. Lo cual significaba, antes que nada, confirmar que los clones llegaban a través de Calius.

Un grupo de hombres ataviados con los dulbands y túnicas propias de los comerciantes de Svivren surgieron por una esquina, dos manzanas más adelante, y Luke les sondeó con la Fuerza, como había hecho tantas veces durante los dos últimos días. Bastó un rápido examen: los comerciantes carecían de la extraña aura que había detectado en el grupo de clones que les habían atacado a bordo de la flota *Katana*.

Pero justo cuando se replegaba a su conciencia, algo más llamó la atención de Luke. Algo que casi había dejado pasar entre el torrente de pensamientos y sensaciones humanos y alienígenas que pululaban a su alrededor, como fragmentos de cristales coloreados en una tormenta de arena. Una mente fría y calculadora, con la que Luke estaba seguro de haberse cruzado antes, pero que no podía identificar, a causa de la niebla mental que se interponía entre ellos.

Y el propietario de la mente, a su vez, era muy consciente de la presencia de Luke en Calius. Y le vigilaba.

Luke hizo una mueca. Solo en territorio enemigo, con su transporte a dos kilómetros de distancia, en el campo de aterrizaje de Calius, y como única arma una espada de luz que le identificaría en cuanto la sacara de su túnica, no se podía decir que pisara terreno seguro.

Pero tenía la Fuerza... e intuía la presencia de su perseguidor. En conjunto, las posibilidades

jugaban a su favor.

A un par de metros a su izquierda estaba la entrada al largo túnel abovedado de un puente peatonal. Luke se desvió hacia él, aceleró el paso y trató de recordar, basándose en el estudio que había llevado a cabo de los planos de la ciudad, adonde conducía. Salvaba el río helado de la ciudad, decidió, y conducía a los barrios altos de las clases acomodadas, que daban al mar. Detrás, intuyó que su perseguidor le seguía hasta el puente, y mientras Luke se alejaba del estrépito mental de la zona mercantil, reconoció por fin al hombre.

La situación no era tan mala como había supuesto, pero bastante funesta, al menos en teoría. Luke se detuvo y esperó, con un suspiro. El puente, que se curvaba a ambos lados hasta perderse de vista, era un lugar tan bueno como el que más para un enfrentamiento.

Su perseguidor llegó a la última parte de la curva. Entonces, como si intuyera que su presa le estaba esperando, se detuvo donde no podía verle. Luke proyectó sus sentidos y captó el ruido de un desintegrador al ser desenfundado.

—No hay problema —dijo en voz baja—. Estamos solos. Sal. Se produjo una breve vacilación, y Luke percibió la momentánea sorpresa. Entonces, Talón Karrde apareció ante su vista.

—Veo que el universo aún no ha agotado sus sorpresas —comentó el contrabandista, e inclinó la cabeza hacia Luke mientras enfundaba el desintegrador—. A juzgar por tu forma de comportarte, pensé que eras un espía de la Nueva República, pero debo admitir que eres la última persona que esperaba ver.

Luke le miró e intentó descubrir las intenciones del hombre. La última vez que había visto a Karrde, justo después de la batalla por la *Katana*, el contrabandista había dejado bien claro que su banda y él pretendían ser neutrales en esta guerra.

—¿Y qué ibas a hacer, después de asegurarte?

—No había pensado delatarte, si te refieres a eso —contestó Karrde, lanzando una mirada hacia el puente—. Si no te importa, preferiría seguir caminando. Los berchestianos no suelen sostener conversaciones en los puentes. Y los túneles propagan las voces a distancias sorprendentes. ; ¿Y si le aguardaba una emboscada al otro lado del puente? En tal caso, Luke lo averiguaría antes de llegar.

—Estoy de acuerdo —dijo. Se apartó e indicó con un gesto a Karrde que se adelantara.

El otro le dedicó una sonrisa sardónica.

—No confías en mí, ¿verdad? —preguntó, al tiempo que empezaba a caminar.

—Debe de ser la influencia de Han —se disculpó Luke, siguiéndole—. La de él, o la tuya. O quizá la de Mara.

Captó el cambio de ánimo en Karrde: un fugaz pálpito de preocupación, que dominó al instante.

—Hablando de Mara, ¿cómo está?

—Casi recuperada —le tranquilizó Luke—. Los médicos me han dicho que curar ese tipo de daños neurológicos no es difícil, pero lleva tiempo.

Karrde asintió y volvió a clavar la mirada en el túnel.

—Agradezco que te hayas ocupado de ella —dijo, casi de mala gana—. Nuestras instalaciones médicas dejan mucho que desear.

Luke desechó las gracias con un ademán.

—Era lo menos que podía hacer por ella, después de la ayuda que nos prestó en la *Katana*.

—Quizá.

Llegaron al final del puente y desembocaron en una calle mucho menos transitada que la anterior. Delante, vieron las tres torres que albergaban las dependencias gubernamentales, de complicadas tallas, que se alzaban sobre los edificios cercanos y daban al mar. Luke proyectó la Fuerza y escudriñó a los paseantes. Nada.

—¿Ibas a algún sitio en particular? —preguntó a Karrde. El otro meneó la cabeza.

—Paseaba por la ciudad —contestó—. ¿Y tú?

—Lo mismo —dijo Luke, con igual indiferencia.

—¿Confiabas en ver algún rostro familiar? ¿Dos, tres, cuatro o cinco?

De modo que Karrde sabía, o adivinaba, por qué estaba allí. De alguna manera, no le sorprendió.

—Si se dejan ver, les encontraré —dijo—. Supongo que no poseerás alguna información que me pueda ser útil.

—Tal vez. ¿Llevas bastante dinero para pagarla?

—Conociendo tus precios, es probable que no, pero podría concederte un crédito cuando regrese.

—Si regresas. Considerando la cantidad de tropas imperiales que se interponen entre tú y un territorio seguro, en este momento no eres lo que podría decirse una buena inversión.

Luke enarcó una ceja.

—¿Al contrario que un contrabandista que encabeza la lista de hombres más buscados por el Imperio? —contraatacó. Karrde sonrió.

—Da la casualidad de que Calius es uno de los pocos lugares del territorio imperial donde me encuentro perfectamente a salvo. El gobierno berchestiano y yo hace varios años que nos conocemos. Aún más, sólo yo puedo suministrarle cierta mercancía importante.

—¿Mercancía militar?

—Yo no participo en vuestra guerra, Skywalker —le recordó Karrde con frialdad—. Soy neutral, y tengo la intención de seguir siéndolo. Creo haberlo dejado claro a tu hermana y a ti cuando nos separamos.

—Oh, bastante claro —admitió Luke—. Sin embargo, pensaba que los acontecimientos del mes pasado habrían modificado tu opinión.

La expresión de Karrde no varió, pero Luke detectó un cambio casi imperceptible en su actitud.

—No me gusta demasiado la idea de que el gran almirante Thrawn tenga acceso a unas instalaciones de clonación —reconoció—. Puede que, a la larga, eso incline la balanza del poder en su favor, y nadie quiere que eso ocurra, pero me parece que tu bando ha reaccionado con exageración ante la situación.

—No sé cómo puedes calificarnos de exagerados. El Imperio posee casi todos los doscientos Acorazados de la flota *Katana*, aparte de una provisión ilimitada de clones para tripularlos.

—«Ilimitada» no es la palabra que yo emplearía. Los clones no pueden madurar con excesiva rapidez, si se desea que su estabilidad mental les permita manejar con eficacia las naves de guerra. Un año, como mínimo, por clon, si no recuerdo mal.

Un grupo de cinco vaathkree se cruzó con ellos. Hasta el momento, el Imperio sólo había clonado humanos, pero Luke, de todos modos, los inspeccionó. Una vez más, nada.

—¿Un año por clon, dices?

—Como mínimo. Los documentos anteriores a las Guerras Clónicas que he visto sugieren que el período adecuado sería de tres a cinco años. Más rápido que el ciclo de desarrollo humano, desde luego, pero nada que provoque pánico.

Luke levantó la vista hacia las torres talladas; su color rojo-anaranjado, que el sol bañaba, contrastaba con las nubes blancas que se acercaban desde el mar.

—¿Qué dirías si te contara que los clones que nos atacaron en la *Katana* se habían desarrollado en menos de un año? Karrde se encogió de hombros.

—Depende de cuánto menos.

—Todo el ciclo duró de quince a veinte días. Karrde se paró en seco.

—¿Cómo? —preguntó, y se volvió para mirar a Luke.

—De quince a veinte días —repitió Luke, deteniéndose a su lado.

Durante un largo momento, Karrde sostuvo su mirada. Después, poco a poco, se puso a andar de nuevo.

—Eso es imposible —musitó—. Tiene que haber un error.

—Puedo facilitarte una copia de los estudios. Karrde asintió con aire pensativo, la mirada perdida en la lejanía.

—Al menos, eso explica Ukio.

—¿Ukio? Karrde le miró.

—Entiendo. Es probable que hayas estado desconectado una temporada. Hace dos días, los imperiales lanzaron un ataque múltiple sobre objetivos de los sectores de Abrion y Dufilvian. Causaron graves daños en la base militar de Ord Pardron y se apoderaron del sistema de Ukio.

Luke notó un hueco en el estómago. Ukio era uno de los cinco principales productores de alimentos de toda la Nueva República. Sólo las repercusiones en el sector de Abrion...

—¿Fueron muy graves los daños de Ukio?

—Por lo visto, no hubo. Mis informadores me dijeron que fue capturado con sus escudos y armas tierra-espacio intactos. La sensación de vacuidad se mitigó en parte.

—Pensaba que eso era imposible.

—El talento de conseguir lo imposible es una de las grandes virtudes de los grandes almirantes —replicó con sequedad Karrde—. Los detalles del ataque todavía son confusos; sería interesante saber cómo lo dispuso.

Thrawn tenía los Acorazados de la *Katana*; tenía clones para tripularlos; y ahora, tenía comida para alimentar a esos clones.

—Esto no es el preludio de otra serie de ataques —dijo lentamente Luke—. El Imperio se dispone a lanzar una ofensiva global.

—Eso parece —admitió Karrde—. Entre nosotros, yo diría que te espera un arduo trabajo.

Luke le estudió. La voz y la cara de Karrde eran tan serenas como siempre, pero la seguridad oculta tras ellas ya no era la de antes.

—¿Nada de esto te ha impulsado a cambiar de opinión?

—No voy a unirme a la Nueva República, Skywalker. —Karrde meneó la cabeza—. Por muchos motivos, y el menor no es que desconfíe de ciertos elementos de tu gobierno...

—Creo que Fey'lya ha quedado muy desacreditado...

—No me refería sólo a Fey'lya —le interrumpió Karrde—. Conoces tan bien como yo la simpatía que nos tienen los mon calamari. Ahora que el comandante Ackbar ha recuperado su puesto de Comandante Supremo, todos los del gremio tendremos que volver a cuidarnos las espaldas.

—Oh, vamos —resopló Luke—. No pensarás que Ackbar va a tener tiempo para preocuparse de los contrabandistas, ¿verdad? Karrde sonrió con ironía.

—No, pero no apostaré mi vida por ello. Punto muerto.

—Muy bien —dijo Luke—. Hablemos desde un punto de vista estrictamente comercial. Necesitamos saber los movimientos e intenciones del Imperio, algo que tú también debes vigilar, en cualquier caso. ¿Podemos comprarte esa información?

Karrde meditó.

—Podría ser —dijo con cautela—, pero sólo si yo digo la última palabra sobre lo que te pase. No me gustaría que convirtieras a mi grupo en un brazo extraoficial de la Inteligencia de la Nueva República.

—De acuerdo —concedió Luke. Era menos de lo que había esperado, pero mejor que nada—. Te abriré un crédito en cuanto regrese.

—Quizá deberíamos empezar por un intercambio de información —dijo Karrde, mientras contemplaba los edificios cristalinos—. Cuéntame qué impulsó a tu gente a investigar en Calius.

—Haré algo mejor que eso —replicó Luke. El lejano roce que experimentaba su mente era leve, pero inconfundible—. ¿Qué dirías si te confirmo que los clones están aquí?

—¿Dónde? —preguntó al instante Karrde.

—Por ahí, en algún sitio. —Luke señaló hacia adelante, un poco a la derecha—. Quizá a medio kilómetro de distancia, o... Es difícil precisarlo.

—Dentro de una torre —decidió Karrde—. Limpios, seguros y bien ocultos a los ojos curiosos. Me pregunto si existe alguna forma de entrar a echar un vistazo.

—Espera un momento... Se están moviendo —dijo Luke, y arrugó el entrecejo mientras trataba de mantener el contacto—. Se dirigen... casi hacia nosotros, pero no del todo.

—Se los llevarán a la pista de aterrizaje. —Karrde miró a su alrededor y señaló a su derecha—. Probablemente irán por la calle Mavrille, a dos manzanas en esa dirección.

Cubrieron la distancia en tres minutos, sin correr demasiado para no llamar la atención.

—Utilizarán un camión de carga o un transporte ligero —dijo Karrde, cuando encontraron un lugar desde el que podían vigilar la calle sin ser arrollados por el tráfico peatonal—. Algo militar llamaría la atención.

Luke asintió. Recordó por los planos que Mavrille era una de las escasas calles de Calius lo bastante amplia para que circularan vehículos, con el resultado de que el tráfico era bastante denso.

—Ojalá me hubiera traído unos macropismáticos —comentó.

—Confía en mí. Ya destacas bastante así —replicó Karrde, mientras estiraba el cuello por encima de la muchedumbre—. ¿Alguna señal?

—Vienen hacia aquí, sin la menor duda. —Luke proyectó la Fuerza e intentó separar la personalidad clónica del batiburrillo de otros pensamientos y mentes que le rodeaban—. Yo diría que unos veinte o treinta.

—Un camión de carga, en ese caso —decidió Karrde—. Ahí viene uno, justo detrás de esa furgoneta Trast.

—Ya lo veo. —Luke respiró hondo y preparó toda su capacidad Jedi—. Ésos son —murmuró, y un escalofrío recorrió su espalda.

—Muy bien —dijo Karrde con voz sombría—. Mira bien; quizá se hayan dejado abierto algún panel de ventilación.

El camión de carga se acercó hacia ellos y se detuvo bruscamente a una manzana de distancia cuando el chofer de la furgoneta comprendió de súbito que debía girar. La furgoneta inició la maniobra con cautela y bloqueó todo el tráfico que le seguía.

—Espera aquí —dijo Karrde.

Se zambulló en el torrente de peatones que caminaban en aquella dirección. Luke paseó la vista por la zona, alerta a cualquier certidumbre de que alguien les hubiera visto y reconocido. Si este montaje era una especie de trampa complicada para cazar espías extraplanetarios, había llegado el momento propicio para dispararla.

La furgoneta terminó de girar y el camión prosiguió su camino. Dejó atrás a Luke y siguió calle abajo, hasta desaparecer al cabo de pocos segundos detrás de uno de los edificios rojoanaranjados. Luke esperó en una calle lateral situada a su espalda. Un minuto después, Karrde regresó.



—Dos de los paneles estaban abiertos, pero no vi nada definitivo —dijo, con la respiración entrecortada—. ¿Y tú? Luke negó con la cabeza.

—Yo tampoco pude ver nada, pero eran ellos. Estoy completamente seguro.

Karrde escrutó su rostro unos segundos. Luego, cabeceó.

—Muy bien. Y ahora, ¿qué?

—Voy a ver si puedo tomarles la delantera. Si soy capaz de rastrear su trayectoria hiperespacial, quizá deduciremos adonde se dirigen. —Enarcó las cejas—. Claro que dos naves trabajando en colaboración lo harían mejor.

Karrde sonrió.

—Me perdonarás si declino la oferta. Volar en equipo con un agente de la Nueva República no es exactamente lo que yo llamaría mantener la neutralidad. —Miró hacia la calle de atrás—. En cualquier caso, prefiero seguirles el rastro desde aquí, y tratar de identificar su lugar de origen.

—Buena idea —aprobó Luke—. Me acercaré a la pista de aterrizaje para preparar mi nave.

—Seguiré en contacto —prometió Karrde—. Que el crédito sea generoso.

El gobernador Staffa, de pie ante la ventana más elevada de la Torre Número Uno del Gobierno Central, bajó los macroprismáticos con un bufido de satisfacción.

—Era él, Fingal, sin duda —dijo al hombrecillo que estaba a su lado—. Ni la menor duda. Luke Skywalker en persona.

—¿Cree que vio el transporte especial? —preguntó Fingal, mientras manoseaba nerviosamente sus macroprismáticos.

—Bueno, pues claro que lo vio —gruñó Staffa—. ¿Supone que paseaba por la calle Mavrille para tomar el sol?

—Sólo pensaba...

—No piense, Fingal —le interrumpió Staffa—. No está convenientemente equipado para ello.

Se acercó a su escritorio, guardó los macroprismáticos en un cajón y tecleó la directriz del gran almirante Thrawn en su agenda electrónica. Era una directriz bastante peculiar, en su secreta y confidencial opinión, más peculiar incluso que aquellos misteriosos movimientos de tropas que el Alto Mando imperial estaba realizando a través de Calius en los últimos tiempos. La única alternativa, dadas las circunstancias, era dar por sentado que Thrawn sabía lo que estaba haciendo. En cualquier caso, era su problema, y no el de Staffa, si se equivocaba.

—Quiero que envíe un mensaje al Destructor Estelar imperial *Quimera* —dijo a Fingal, mientras acomodaba su corpachón en la butaca y empujaba la agenda electrónica hacia la silla opuesta—. Codificado tal como indican estas instrucciones. Informe al gran almirante Thrawn de que Skywalker ha estado en Calius y que yo, personalmente, le he visto cerca del transporte especial. Siguiendo también las instrucciones del gran almirante, se le ha permitido abandonar Berchest sin dificultades.

—Sí, gobernador —contestó Fingal, mientras tomaba notas en su agenda electrónica. Si el hombrecillo consideraba extraño que dejaran deambular libremente por territorio imperial a un espía rebelde, no lo demostró—. ¿Y el otro hombre, gobernador? El que estaba con Skywalker.

Staffa se humedeció los labios. La recompensa por la cabeza de Talón Karrde se elevaba ya a casi cincuenta mil, una gran cantidad de dinero, incluso para un hombre con el sueldo y las dietas de gobernador planetario. Siempre había sabido que, algún día, le interesaría concluir la sigilosa relación comercial que sostenía con Karrde. Quizá había llegado el momento.

No. No mientras la guerra rugiera a lo largo y ancho de la galaxia. Más tarde, tal vez, cuando la victoria se acercara y las líneas privadas de abastecimiento fueran más fiables. Pero ahora no.

—El otro hombre carece de importancia —respondió—. Es un agente especial que envíe para sacar a la luz del día al espía rebelde. Olvídele. Bien, codifique ese mensaje y envíelo.

—Sí, señor —asintió Fingal, y se encaminó hacia la puerta.

El panel se deslizó a un lado... y por un momento, cuando Fingal salió, Staffa creyó distinguir un brillo extraño en sus ojos. Algún efecto de la luz procedente del despacho exterior, por supuesto. Después de su inquebrantable lealtad a su gobernador, el atributo más notable y atractivo de Fingal era su absoluta falta de imaginación.

Staffa respiró hondo, apartó de su mente a Fingal, a los espías rebeldes, e incluso a los grandes almirantes, se reclinó en su butaca y empezó a pensar en cómo utilizaría el cargamento que los hombres de Karrde estaban descargando ahora mismo en la pista de aterrizaje.

Poco a poco, como si subiera una larga y oscura escalera, Mara Jade despertó de un sueño profundo. Abrió los ojos, paseó la vista por la habitación suavemente iluminada y se preguntó dónde galaxias se encontraba.

Era una zona médica, a juzgar por los biomonitores, los biombos plegables y las demás camas esparcidas alrededor. Pero no estaba en ninguna de las instalaciones de Karrde, al menos que ella conociera.

Sin embargo, la disposición sí que le resultó familiar. Era una sala de recuperación imperial.

Daba la impresión de que estaba sola, pero sabía que la situación no se prolongaría. Bajó de la cama en silencio, se acuclilló en el suelo y efectuó un rápido inventario de su estado físico al mismo tiempo. Ni dolores, ni molestias, ni mareos, ni heridas visibles. Se puso la túnica y las zapatillas que la aguardaban al pie de la cama y se encaminó con sigilo hacia la puerta, preparándose mentalmente para silenciar o incapacitar a lo que la esperase fuera. Hizo un gesto en dirección a la cerradura y, cuando el panel se abrió, salió a una antesala de recuperación...

Y se detuvo de repente, algo desorientada.

—Ah, hola, Mara —dijo Ghent como si tal cosa. Levantó la vista de la terminal de ordenador sobre la que estaba inclinado, y volvió a concentrar su atención en la máquina—. ¿Cómo te encuentras?

—No demasiado mal.

Mara contempló al muchacho y pasó revista a una serie de nebulosos recuerdos. Ghent, un empleado de Karrde, tal vez el mejor experto en informática de la galaxia. El hecho de que estuviera sentado ante una terminal significaba que no eran prisioneros, a menos que su captor fuera tan abismalmente estúpido como para permitir a un experto jugar con un ordenador.

Pero ¿no había enviado a Ghent al cuartel general de la Nueva República en Coruscant? Sí, claro. Siguiendo las instrucciones de Karrde, antes de reunir a algunos miembros de su grupo y guiarles hacia la batalla por la flota *Katana*.

Durante la cual había lanzado su Z-95 contra un Destructor Estelar imperial... y había tenido que saltar... y había conseguido con gran brillantez dirigir su silla expulsable hacia un rayo de iones. Lo cual había quemado su equipo de supervivencia, enviándola hacia las profundidades del espacio interestelar, perdida para siempre.

Paseó la vista en torno suyo. Al parecer, «para siempre» no había durado tanto como preveía.

—¿Dónde estamos? —preguntó, aunque ya suponía cuál sería la respuesta.

Estaba en lo cierto.

—En el antiguo palacio imperial de Coruscant —contestó Ghent, y frunció el ceño—. Pabellón médico. Han tenido que reconstruir algunas de tus pautas neurológicas. ¿No te acuerdas?

—Es un poco vago —admitió Mara.

A medida que las últimas telarañas desaparecían de su cerebro, todas las piezas del rompecabezas encajaron. El averiado sistema vital de su asiento expulsable, y un extraño aturdimiento mientras derivaba hacia la oscuridad. Habría sufrido privación de oxígeno, antes de que la localizaran y transportaran a su nave.

No, en plural no: él. Sólo existía una persona capaz de descubrir un asiento expulsable averiado entre toda la vacuidad y los restos de la batalla. Luke Skywalker, el último Caballero Jedi.

El hombre al que iba a matar.

MATARÁS A LUKE SKYWALKER.

Dio un paso atrás y se apoyó en el quicio de la puerta. Una súbita debilidad se apoderó de sus rodillas cuando las palabras del emperador despertaron ecos en su mente. Estaba aquí, en este planeta y en este edificio, cuando él murió sobre Endor. Había visto a través de su mente el momento en que Luke Skywalker le mató y arruinó la vida de Mara.

—Veo que ya se ha despertado —dijo una voz nueva.

Mara abrió los ojos. La recién llegada, una mujer de edad madura cubierta con una túnica de médico, atravesó la habitación a grandes zancadas, seguida por un androide médico.

—¿Cómo se encuentra?

—Bien —dijo Mara, y experimentó el repentino impulso de acuchillar a la otra mujer. Estas personas, estos enemigos del Imperio, no tenían derecho a invadir el palacio del emperador...

Respiró hondo y reprimió aquel sentimiento. La doctora se había parado en seco, con un fruncimiento de ceño profesional en el rostro. Ghent, que había olvidado por un momento sus amados ordenadores, la miró aturrido.

—Lo siento —murmuró Mara—. Creo que todavía estoy un poco desorientada.

—Muy comprensible —asintió la mujer—. Al fin y al cabo, lleva un mes en esa cama. Mara la miró atónita.

—¿Un mes?

—Bueno, casi un mes —se corrigió la doctora—. También pasó cierto tiempo en un banco de bacterias. No se preocupe, los problemas de memoria reciente son frecuentes durante las reconstituciones neurológicas, pero casi siempre desaparecen después del tratamiento.

—Entiendo —respondió mecánicamente Mara. Un mes. Había perdido todo un mes. Y en ese tiempo...

—Hemos dispuesto un cuarto de invitados para usted en la planta superior, cuando se sienta preparada para abandonar esto —continuó la doctora—. ¿Me permite preguntar si ya está dispuesta? Mara la miró.

—Sería estupendo —dijo.

La doctora sacó un comunicador y lo conectó. Mientras hablaba, Mara se acercó a Ghent.

—¿Cómo ha evolucionado la guerra durante el último mes? —preguntó.

—Oh, el Imperio ha provocado los problemas de costumbre —dijo Ghent, y señaló al cielo—. En cualquier caso, la gente de aquí está muy inquieta. Ackbar, Madine y los demás van de un sitio a otro como locos, con la intención de rechazarles o liquidarles... Algo por el estilo.

Mara sabía que no le arrancaría más información sobre los acontecimientos. Aparte de cierta fascinación por el folclore de los contrabandistas, a Ghent sólo le interesaba manipular ordenadores.

Mara frunció el ceño, y recordó con retraso por qué Karrde había ordenado a Ghent que fuera al palacio.

—Espera un momento —dijo—. ¿Ackbar ha recuperado el mando? ¿Quieres decir que le han declarado inocente?

—Claro. Aquel sospechoso depósito bancario sobre el cual montó tanto alboroto el consejero Fey'lya era un fraude total. Los tíos que realizaron aquel asalto electrónico al banco lo introdujeron en su cuenta al mismo tiempo. Debió de ser la Inteligencia Imperial... Todo el programa olía a ellos. Lo demostré a los dos días de llegar aquí.

—Imagino que se quedaron muy satisfechos. ¿Por qué sigues aquí?

—Bueno... —Por un momento, Ghent pareció sorprendido—. Nadie ha venido a buscarme, para empezar. —Su rostro se iluminó—. Además, tenemos el problema de ese código secreto que alguien está utilizando para enviar información al Imperio. El general Bel Iblis dice que los imperiales le llaman Fuente Delta, y que transmite su información desde palacio.

—Y te ha pedido que lo investigues. —Mara cabeceó, y notó que su labio se torcía—. Supongo que no te pagarán nada...

—Bueno... —Ghent se encogió de hombros—. Quizá me lo ofrecieron, pero la verdad es que no me acuerdo. La doctora devolvió el comunicador a su cinturón.

—Su guía llegará dentro de un momento —explicó a Mara.

—Gracias.

Mara resistió la tentación de replicar que conocía mejor el palacio dormida que cualquier guía a plena luz del día. Cooperación y educación, ésas eran las claves para convencerles de que les proporcionarían una nave, de forma que Ghent y ella salieran de este lugar y de su guerra.

La puerta se abrió detrás de la doctora, y una mujer alta de cabello blanco entró en la habitación.

—Hola, Mara —saludó, y sonrió con gravedad—. Me llamo Winter, y soy ayudante personal de la princesa Leia Organa Solo. Me alegro de verla recuperada.

—Y yo me alegro de estar aquí —contestó Mara, intentando conservar los buenos modales. Otra persona relacionada con Skywalker. Justo lo que necesitaba—. Supongo que es usted mi guía.

—Su guía, su ayudante, cualquier cosa que necesite durante los próximos días. La princesa Leia me ha pedido que la cuide hasta que el capitán Solo y ella regresen de Filve.

—No necesito una ayudante, y no necesito que me cuiden —replicó Mara—. Sólo necesito una nave.

—Ya me he ocupado de eso. Confío en que pronto encontraremos algo para usted. Entretanto, ¿desea que le enseñe sus aposentos?

Mara hizo una mueca. Los usurpadores de la Nueva República le ofrecían graciosamente hospitalidad en lo que antaño había sido su hogar.

—Es usted muy amable —contestó, procurando eliminar el sarcasmo de su voz—. ¿Vienes, Ghent?

—Adelántate —dijo Ghent, ausente, la vista clavada en la pantalla del ordenador—. Quiero trabajar un poco más.

—Aquí estará bien —la tranquilizó Winter—. Acompáñeme, por favor.

Salieron de la antesala y Winter la condujo hacia la parte posterior del palacio.

—Ghent tiene una suite contigua a la suya —comentó Winter mientras caminaban—, pero creo que sólo la ha pisado dos veces durante el pasado mes. Se instaló temporalmente en la antesala de recuperación, para poder seguir de cerca su evolución.

Mara no pudo por menos que sonreír. Ghent, que pasaba el noventa por ciento de las horas que no dormía aislado del mundo exterior, no se ajustaba a su idea de un guardaespaldas o una enfermera, pero era la idea lo que contaba.

—Agradezco que su gente se haya ocupado de mí —dijo a Winter.

—Es lo menos que podíamos hacer para agradecerle su ayuda en la batalla de la *Katana*.

—Fue idea de Karrde —replicó Mara—. Denle las gracias a él, no a mí.

—Ya lo hemos hecho, pero usted también arriesgó su vida por nosotros. No lo olvidaremos.

Mara lanzó una mirada de soslayo a la mujer de pelo blanco. Había leído los informes del emperador sobre los líderes de la Rebelión, incluyendo el de Leia Organa, pero el nombre de Winter no le sonaba en absoluto.

—¿Desde cuándo está al servicio de Organa Solo? —preguntó.

—Crecí con ella en la corte real de Alderaan —dijo Winter, y una sonrisa agrisada curvó sus labios—. Fuimos amigas durante la infancia, y cuando dio sus primeros pasos en la política galáctica, su padre me destinó a su servicio. He estado con ella desde entonces.

—No recuerdo haber oído hablar de usted durante la Rebelión —sondeó con delicadeza Mara.

—Pasé la mayor parte de la guerra de un planeta a otro; trabajaba con Provisiones y Adquisiciones. Si mis colegas conseguían introducirme en algún depósito o almacén con cualquier pretexto, luego les dibujaba un plano del lugar donde estaban los productos que necesitaban. Como consecuencia, los ataques eran más rápidos y seguros.

Mara cabeceó cuando comprendió.

—Usted era la persona a la que llamaban «Infalible». La de la memoria perfecta.

La frente de Winter se arrugó levemente.

—Sí, era uno de mis nombres en código. Tuve muchos a lo largo de los años.

—Entiendo.

Recordaba abundantes referencias en los informes de Inteligencia anteriores a Yavin relativos al misterioso rebelde llamado «Infalible», muchas de las acaloradas discusiones en torno a su posible identidad. Se preguntó si los recogedores de datos siquiera se habrían acercado.

Llegaron a los turboascensores situados ahora en la parte posterior del palacio, una de las principales renovaciones que el emperador había impulsado en el anticuado diseño del edificio, cuando se había apoderado de él. Los turboascensores ahorraban muchas subidas y bajadas por las enormes escaleras que se encontraban en las partes más públicas del edificio..., y también enmascaraban ciertas mejoras que el emperador había realizado en el palacio.

—¿Cuál es el problema de conseguirme una nave? —preguntó Mara, mientras Winter apretaba el botón de llamada.

—El problema es el Imperio —contestó Winter—. Han lanzado un ataque en masa contra nosotros, y hemos movilizad todas las naves disponibles, de cargueros ligeros hacia arriba.

Mara frunció el ceño. Ataques en masa contra fuerzas superiores no encajaban con los métodos del gran almirante Thrawn.

—¿La situación es grave?

—Bastante grave. Ignoro si lo sabía, pero nos arrebataron la flota *Katana*. Ya se habían llevado casi ciento ochenta Acorazados cuando llegamos. Combinada con sus nuevos recursos ilimitados de tripulantes y soldados, el equilibrio del poder se ha decantado hacia su lado.

Mara asintió, con un sabor amargo en la boca. Dicho así, sí parecía propio de Thrawn.

—Lo cual significa que casi me maté por nada.

Winter dibujó una sonrisa tensa.

—Si le sirve de consuelo, también lo hizo mucha gente. El turboascensor llegó. Entraron, y Winter tecleó las coordenadas de las zonas residenciales del palacio.

—Ghent mencionó que el Imperio estaba causando problemas —comentó Mara cuando el vehículo se elevó—. No me di cuenta de que cualquier cosa capaz de penetrar esa perpetua niebla en que vive debía de ser seria.

—«Seria» es poca cosa —dijo en tono sombrío Winter—. Durante los últimos cinco días hemos perdido el control de cuatro sectores, y trece más están al caer. La mayor pérdida fueron las fábricas de comida de Ukio. De alguna manera, lograron apoderarse de ellas sin destruir las defensas.

Mara notó que su labio se torcía.

—¿Alguien se durmió ante el tablero?

—Según los informes preliminares no. —Winter vaciló—. Corren rumores de que los imperiales utilizaron una nueva superarma, capaz de perforar el escudo planetario de Ukio. Aún estamos intentando verificarlo.

Mara tragó saliva; visiones de informes técnicos de la antigua Estrella de la Muerte acudieron a su memoria. Un arma semejante en manos de un estratega como el gran almirante Thrawn...

Desechó el pensamiento. Ésta no era su guerra. Karrde había prometido que mantendrían la neutralidad.

—Lo mejor será que me ponga en contacto con Karrde, supongo, a ver si puede enviar a alguien a recogerme.

—Será más rápido que esperar a que una de nuestras naves quede libre —admitió Winter—. Dejó una tarjeta electrónica con el nombre de un contacto mediante el cual puede usted enviar el mensaje. Dijo que sabría el código cifrado que debería utilizar.

El turboascensor les dejó en la planta de Invitados del Presidente, una de las pocas secciones del palacio que el emperador había dejado aisladas durante su reinado. Caminar por la planta, con sus anticuadas puertas de goznes y muebles de madera tallados a mano, era como retroceder mil años en el pasado. El emperador solía reservar los aposentos de aquella sección a los emisarios nostálgicos de los viejos tiempos, o a los que podía impresionar mediante su cuidada continuidad de aquella era.

—El capitán Karrde dejó algunas prendas de vestir y efectos personales de usted, después de la batalla de la *Katana* —dijo Winter. Abrió una de las puertas talladas—. Si se olvidó algo, hágamelos saber, porque es posible que se lo pueda suministrar. Tenga la tarjeta electrónica que mencioné —añadió, y la sacó de su túnica.

—Gracias.

Mara inhaló una profunda bocanada de aire mientras cogía la tarjeta. Esta suite en particular estaba hecha en su mayor parte de madera Fijisi, procedente de Cardooinne, y a medida que el delicado perfume la rodeaba, sus pensamientos retrocedieron a los rutilantes días de supremo poder y majestuosidad imperiales...

—¿Necesita algo más?

El recuerdo se desvaneció. Winter se encontraba de pie delante de ella... y los días gloriosos del Imperio habían desaparecido.

—No, gracias —dijo. Winter cabeceó.

—Si desea algo, llame al oficial de guardia —dijo, y señaló el escritorio—. Más tarde estaré libre. Ahora me aguarda una reunión del Consejo.

—No se preocupe —dijo Mara—. Y gracias por todo.

Winter sonrió y se marchó. Mara respiró otra bocanada de madera Fijisi, y rechazó con un esfuerzo los restos de aquellos recuerdos. Estaba aquí, y ahora. Como tantas veces le había machacado el emperador, lo primero era adaptarse a su entorno. Lo cual significaba no parecerse a una fugitiva de un pabellón médico.

Karrde le había dejado una buena selección de ropa: un traje semiformal, dos conjuntos discretos que podría llevar en las calles de un centenar de planetas sin llamar la atención, y cuatro túnicas/trajes de vuelo, como las que solía llevar a bordo de la nave. Eligió una de éstas, se cambió y empezó a examinar las cosas que Karrde le había dejado. Con un poco de suerte, y algo de intuición por parte de Karrde...

Allí estaba: la funda del diminuto desintegrador que se sujetaba al antebrazo. No tenía el desintegrador, por supuesto, pues el capitán del *Inexorable* se lo había quitado, y no era probable que los imperiales se lo devolvieran pronto. Buscar un duplicado en los arsenales de la Nueva República sería una pérdida de tiempo, aunque sintió la tentación de pedirle uno a Winter, a ver cómo reaccionaba.

Por fortuna, existía otro medio.

Cada planta residencial del palacio imperial contaba con una surtida biblioteca, y en cada una de las bibliotecas había una colección de múltiples tarjetas titulada *Historia completa de Corvis Menor*. Teniendo en cuenta lo vulgar que había sido la historia de Corvis Menor, las posibilidades de que alguien bajara la colección del estante eran mínimas. Sobre todo, porque no había tarjetas electrónicas en la caja.

El desintegrador era de un estilo algo diferente del que Mara había perdido a manos de los imperiales, pero la cápsula de energía aún estaba cargada, y encajó en la funda de su antebrazo. Con eso era suficiente. Ahora, pasara lo que pasase, al menos tenía la oportunidad de defenderse.

Se detuvo, con la caja en las manos, y una pregunta acudió a su mente. ¿Qué había querido decir

Winter, cuando se había referido a una fuente inagotable de tripulantes y soldados? ¿Habrían caído uno o más sistemas de la Nueva República en poder de los imperiales? ¿O acaso Thrawn había descubierto un planeta colonial desconocido hasta entonces, y reclutado a su población?

Debería averiguarlo en algún momento, pero antes necesitaba enviar un mensaje cifrado al contacto de Karrde. Cuanto antes saliera de este lugar, mejor.

Volvió a colocar en su sitio la caja vacía, sintió el confortable peso del arma sujeta a su brazo izquierdo, y se dirigió a sus aposentos.

Thrawn levantó sus ojos rojos de la obra de arte alienígena, de aspecto pútrido, que aparecía en el doble anillo de pantallas que rodeaban su silla de mando.

—No —dijo—. De ninguna manera.

C'baoth, lenta y deliberadamente, desvió la vista de la estatua woostroide holográfica que estaba mirando.

—¿No? —repitió, con voz estentórea, como una tormenta que se aproximara—. ¿Qué quiere decir?

—La palabra es muy explícita —repuso con frialdad Thrawn—. Y también la lógica militar. Carecemos de medios para un ataque frontal a Coruscant!, así como de las líneas de abastecimiento y bases necesarias para un asedio tradicional. Cualquier ataque sería inútil y perjudicial, y por tanto, el Imperio no lanzará ninguno.

El rostro de C'baoth se ensombreció.

—Vaya con cuidado, gran almirante Thrawn —advirtió—. Yo rijo el Imperio, no usted.

—¿De veras?

Thrawn extendió la mano hacia atrás para acariciar al ysalamir arqueado sobre su espalda, en su armazón alimenticio.

C'baoth se irguió en toda su estatura, con ojos llameantes.

—¡Yo gobierno el Imperio! —gritó, y su voz despertó ecos en la sala de mando—. ¡Me obedecerá, o morirá!

Pellaeon se adentró cauteloso un poco más en la burbuja anti-Fuerza que rodeaba al ysalamir de Thrawn. En los momentos en que mantenía el control sobre sí, C'baoth parecía más seguro que nunca, pero al mismo tiempo, estos violentos estallidos de locura clónica eran cada vez más frecuentes y virulentos. Como un sistema sobrecargado que acaba por reventar.

Hasta el momento, C'baoth no había matado a nadie ni destruido nada. En opinión de Pellaeon, sólo era cuestión de tiempo.

Tal vez Thrawn había tenido la misma idea.

—Si me mata, perderá la guerra —recordó al Maestro Jedi—. Y si pierde la guerra, Leia Organa Solo y sus gemelos nunca serán suyos.

C'baoth avanzó un paso hacia la silla de mando de Thrawn, con ojos cada vez más ardientes. De pronto, dio la impresión de que se encogía a su estatura normal.

—Nunca hubiera hablado de ese modo al emperador —dijo, casi con petulancia.

—Al contrario. En no menos de cuatro ocasiones dije al emperador que no desperdiciaría sus tropas y naves en atacar a un enemigo que aún no estábamos preparados para derrotar.

C'baoth resopló.

—Sólo un loco hablaría de esa forma al emperador. Un loco o alguien cansado de la vida.

—El emperador pensaba lo mismo —admitió Thrawn—. La primera vez que me opuse, me llamó traidor y entregó mi fuerza de choque a otra persona. —El gran almirante acarició de nuevo a su ysalamir—. Después de su destrucción, no volvió a hacer caso omiso de mis recomendaciones.

Durante un largo minuto, C'baoth estudió el rostro de Thrawn, mientras una serie de emociones se transparentaban en su cara, como si la mente oculta detrás tuviera dificultades para controlar sus pensamientos y sentimientos.

—Podría repetir el truco de Ukio —sugirió por fin—, el de los cruceros camuflados y las descargas de turboláser planificadas. Yo le ayudaría.

—Es muy generoso por su parte. Por desgracia, también sería una pérdida de energías. Los líderes rebeldes de Coruscant no se rendirían con tanta facilidad como los labriegos de Ukio. Por perfecta que fuera la planificación, no tardarían en darse cuenta de que los disparos de turboláser que impactaban en la superficie no eran los mismos que los disparados por el *Quimera*, y llegarían a la conclusión lógica. —Indicó las estatuas holográficas que llenaban la sala—. Por otra parte, el pueblo y los líderes de Woostri son otra cosa. Al igual que los ukianos, abrigan un fuerte temor hacia lo desconocido y lo que perciben como imposible. No menos importante, propenden a exagerar desmesuradamente los rumores amenazadores. La estrategia del crucero camuflado funcionaría muy bien ahí.

La cara de C'baoth volvió a tefñirse de púrpura.

—Gran almirante Thrawn...

—En cuanto a Leia Organa Solo y sus gemelos —le interrumpió con suavidad Thrawn—, serán suyos en el instante mismo en que lo desee.

El incipiente furor se desvaneció.

—¿Qué quiere decir? —preguntó con cautela C'baoth.

—Quiero decir que atacar Coruscant y apoderarnos de Organa Solo por la fuerza es poco práctico. Sin embargo, enviar a un grupo pequeño para que la secuestre es factible. Ya he ordenado a Inteligencia que prepare un comando a ese propósito. Antes de que termine el día estará dispuesto.

—Un comando. —El labio de C'baoth se torció—. ¿Debo recordarle los continuos fracasos de sus noghri al respecto?

—Lo admito —dijo Thrawn, con una extraña nota sombría en su voz—. Por eso, los noghri no participarán.

Pellaeon miró sorprendido al gran almirante, y después lanzó un vistazo involuntario hacia la puerta que daba acceso a la antesala, donde aguardaba Rukh, el guardaespaldas de Thrawn. Desde que lord Darth Vader había engatusado a los noghri para que entraran al perpetuo servicio del Imperio, los arteros alienígenas de piel gris habían insistido en jugarse su honor en cada misión. Ser apartados de una, sobre todo tan importante como ésta, les sentaría como una bofetada en la cara. O una patada en el estómago.

—¿Almirante? —murmuró—. No estoy seguro...

—Habla de ello más tarde, capitán —dijo Thrawn—. Por ahora, lo único que me interesa saber es si el maestro C'baoth está preparado para recibir a sus jóvenes Jedi. —Enarcó una ceja negroazulada—. O si tan sólo prefiere hablar del tema.

C'baoth sonrió apenas.

—¿Debo tomar sus palabras como un desafío, gran almirante Thrawn?

—Tómelas como quiera. Sólo señalo que un táctico prudente considera el coste de una operación antes de llevarla a cabo. Los gemelos de Organa Solo nacerán de un momento a otro, lo cual significa que deberá encargarse de dos bebés, además de la propia Organa Solo. Si no está seguro de poder manejar la situación, sería mejor aplazar la operación.

Pellaeon se preparó para otra explosión de locura clónica, pero, ante su sorpresa, no se produjo.

—El único interrogante, gran almirante Thrawn —repuso con suavidad C'baoth—, es saber si unos recién nacidos representarán demasiados problemas para sus comandos imperiales.

—Muy bien —asintió Thrawn—. Dentro de treinta minutos nos reuniremos con el resto de la flota. En ese momento, se trasladará al *Cabeza del Muerto* para ayudarlo en el ataque a Woostri. Cuando regrese al *Quimera* —enarcó una ceja de nuevo—, ya nos habremos apoderado de sus Jedi.

—Muy bien, gran almirante Thrawn. —C'baoth volvió a erguirse y apartó su larga barba blanca de la túnica—. Pero se lo advierto: si me falla esta vez, las consecuencias serán muy desagradables.

Dio media vuelta y salió de la sala de mando.

—Siempre es un placer —comentó Thrawn por lo bajo cuando la puerta se cerró. Pellaeon tragó saliva.

—Almirante, con el debido respeto...

—¿Está preocupado por mi promesa de sacar a Organa Solo del lugar más seguro, posiblemente, de todo el territorio controlado por la Rebelión?

—En realidad sí, señor. Se supone que el palacio imperial es una fortaleza inexpugnable.

—Sí, es cierto —admitió Thrawn—, pero fue el emperador quien lo transformó en eso... y, como en otras muchas cosas, el emperador se reservó pequeños secretos sobre el palacio. Que compartió con algunos de sus favoritos.

Pellaeon frunció el ceño. Secretos...

—¿Como una entrada secreta? —insinuó. Thrawn sonrió.

—Exacto. Y ahora que por fin podemos asegurar que Organa Solo se quedará una temporada en el palacio, vale la pena enviar un comando.

—Pero no un comando noghri.

Thrawn bajó la vista hacia la colección de esculturas holográficas que le rodeaba.

—Algo falla en los noghri, capitán —dijo en voz baja—. Aún no sé lo que es, pero sé que existe. Lo intuyo cada vez que me comunico con los dinastas de Honoghr.

Pellaeon pensó en aquella extraña escena de meses atrás, cuando el tembloroso enviado de los dinastas noghri subió a bordo para comunicar la noticia de que el presunto traidor Khabarakh había escapado de su custodia. Hasta el momento, pese a los esfuerzos desplegados, no habían podido capturarlo.

—Quizá siguen todavía inquietos por el caso de Khabarakh —sugirió.

—Ya les conviene —dijo con frialdad Thrawn—, pero hay algo más. Y hasta que lo averigüe, los

noghri seguirán bajo sospecha.

Se inclinó hacia adelante y presionó dos teclas del tablero. Las esculturas holográficas se desvanecieron, y fueron sustituidas por un mapa táctico de la posición actual de los principales campos de batalla.

—De momento, sin embargo, hemos de reflexionar sobre dos asuntos más apremiantes —continuó, y volvió a reclinarse en la butaca—. Primero, hemos de disuadir a nuestro cada vez más arrogante Maestro Jedi de esa idea equivocada de que tiene derecho a gobernar mi Imperio. Organa Solo y sus gemelos servirán a nuestro propósito.

Pellaeon pensó en los otros intentos previos de capturar a Organa Solo.

—¿Y si el comando fracasa?

—Existen posibilidades —le tranquilizó Thrawn—. A pesar de su poder, y de que es impredecible, aún es posible manipular al maestro C'baoth. —Señaló el mapa táctico—. Lo más importante en este momento es conservar el ritmo de nuestra campaña bélica. Hasta ahora, los plazos se van cumpliendo. La Rebelión ha resistido con más firmeza de la que sospechábamos en los sectores de Farrin y Dolomar, pero por lo demás, los sistemas que habíamos seleccionado se han inclinado ante el poder imperial.

—Aún no considero tan sólidas nuestras conquistas —indicó Pellaeon.

—Precisamente —cabeceó Thrawn—. Cada una depende de que mantengamos una presencia imperial sólida y visible. Para ello, es vital que continúe el suministro de clones.

Hizo una pausa. Pellaeon contempló el mapa táctico, y su mente se aceleró mientras buscaba la respuesta que Thrawn esperaba de él. Los cilindros de clonación Spaarti, escondidos durante décadas en el almacén particular del emperador en Wayland, se encontraban a buen recaudo. Sepultados bajo una montaña, custodiados por una guarnición imperial y rodeados por nativos hostiles, todo el mundo desconocía su existencia, salvo los principales comandantes imperiales.

Se quedó petrificado. Los principales comandantes imperiales y tal vez...

—Mara Jade —dijo—. Está convaleciente en Coruscant. ¿Conocerá la existencia del almacén?

—Ésa es la auténtica cuestión —corroboró Thrawn—. Hay muchas posibilidades en contra... Yo conocía numerosos secretos del emperador, y me costó mucho encontrar Wayland, pero no podemos correr ese riesgo.

Pellaeon asintió y reprimió un escalofrío. Se había preguntado por qué el gran almirante había elegido un escuadrón de Inteligencia para esta misión. Al contrario que los comandos normales, las unidades de Inteligencia estaban entrenadas en métodos no militares, tales como el asesinato...

—¿Un solo comando se encargará de ambas misiones, señor, o enviará dos?

—Un comando debería ser suficiente. Es razonable, puesto que ambos objetivos están íntimamente relacionados. Neutralizar a Jade no implica su asesinato.

Pellaeon frunció el ceño, pero antes de que pudiera preguntar a Thrawn qué quería decir, el gran almirante tocó su tablero y un plano del sector de Orus sustituyó al holograma táctico.

—En el ínterin, creo que ya es hora de subrayar la importancia de Calius saj Leeloo para nuestros enemigos. ¿Nos ha llegado algún informe nuevo del gobernador Staffa?

—Sí, señor. —Pellaeon lo consultó en su agenda electrónica—. Skywalker se marchó al mismo tiempo que la nave señuelo, y se supone que ha seguido su trayectoria. De ser así, llegará al sistema de Poderis dentro de unas treinta horas.

—Excelente. Enviaré un informe a Coruscant antes de llegar a Poderis, sin duda. Su consiguiente desaparición debería convencerles de que han encontrado la ruta de nuestro tráfico de clones.

—Sí, señor —dijo Pellaeon, pero calló sus dudas sobre las posibilidades de provocar la desaparición de Skywalker. Thrawn debía de saber lo que hacía—. Otra cosa, señor. Llegó un segundo informe después del enviado por Staffa, en un código cifrado de Inteligencia.

—De su ayudante, Fingal —asintió Thrawn—. Un hombre tan veleidoso como el gobernador Staffa casi pide a gritos que se le asigne un espía discreto. ¿Había algunas discrepancias respecto al informe del gobernador?

—Sólo una, señor. El informe proporcionaba una completa descripción del contacto de Skywalker, un hombre que Staffa describió como agente suyo. La descripción de Fingal sugiere que el hombre era, en realidad, Talón Karrde.

Thrawn compuso una expresión pensativa.

—Vaya. ¿Sugiere Fingal alguna explicación de la presencia de Karrde en Calius?

—Según él, existen indicios de que el gobernador Staffa mantiene desde hace años con Karrde un acuerdo comercial particular. Fingal dice que iba a ordenar la detención del hombre para interrogarlo, pero no pudo encontrar el método adecuado, so pena de alertar a Skywalker.

—Sí —murmuró Thrawn—. Bien... Ya está hecho, y no supondría problemas, si sólo fuera una cuestión de contrabando. En cualquier caso, no podemos permitir que los contrabandistas husmeen



alrededor de nuestros cebos, no sea que por accidente descubran más de la cuenta. Karrde ya ha demostrado que es capaz de causarnos infinidad de problemas.

Thrawn contempló en silencio, durante unos instantes, el plano del sector de Orus. Después, miró a Pellaeon.

—De momento, hemos de concentrarnos en otros asuntos. Prepare un curso hacia el sistema de Poderis, capitán. Quiero que el *Quimera* llegue antes de cuarenta horas. —Sonrió levemente—. Y ordene al comandante de la guarnición que nos prepare una digna recepción. Tal vez dentro de dos o tres días podremos ofrecerle a nuestro bienamado Maestro Jedi un inesperado regalo.

—Sí, señor. —Pellaeon titubeó—. Almirante... ¿Qué ocurrirá si entregamos a Organa Solo y sus gemelos a C'baoth, y es capaz de transformarles en lo que él desea? Nos enfrentáramos a cuatro, en lugar de a uno solo. Cinco, si logramos capturar a Skywalker en Poderis.

—La preocupación es innecesaria —replicó Thrawn, y meneó la cabeza—. Transformar a Organa Solo o a Skywalker costaría mucho tiempo y esfuerzos a C'baoth. Pasará mucho tiempo más hasta que los niños crezcan lo bastante para constituir un peligro, independientemente de lo que haga con ellos. Mucho antes de que eso ocurra —los ojos de Thrawn centellearon—, habremos alcanzado un acuerdo satisfactorio con nuestro Maestro Jedi sobre la distribución del poder en el Imperio.

Pellaeon tragó saliva.

—Comprendido, señor —tartamudeó.

—Bien. En tal caso, ya puede marcharse, capitán. Regrese al puente.

—Sí, señor.

Pellaeon giró sobre sus talones y atravesó la sala. Sentía tensos los músculos de su cuello. Sí, desde luego que comprendía. Thrawn llegaría a un acuerdo con C'baoth..., u ordenaría asesinar al Maestro Jedi.

Si podía. Pellaeon decidió que no le gustaría apostar por el resultado.

O estar cerca cuando ocurriera.

Poderis pertenecía a ese selecto grupo de planetas que solían describirse en las listas como «marginales»: planetas que seguían colonizados, no por sus valiosos recursos o estratégica ubicación, sino por la tozudez de sus colonos. Con un desorientador ciclo de rotación de diez horas, una ecología de tierras bajas pantanosas que habían confinado a los colonos a un inmenso archipiélago de altas mesetas, y una inclinación axial casi perpendicular que provocaba tremendos huracanes en primavera y otoño, Poderis no era el tipo de lugar frecuentado por viajeros errantes. Sus habitantes eran rudos e independientes, tolerantes con los visitantes, pero con una larga tradición a sus espaldas de hacer caso omiso de la política galáctica.

Por todo ello, era un punto de trasbordo ideal para el nuevo tráfico de clones del Imperio. Y un lugar ideal para que el Imperio dispusiera una trampa.

El nombre que seguía a Luke era bajo y vulgar, el tipo de persona que se fundiría con el entorno en casi cualquier lugar. También era un experto en su trabajo, con una habilidad que implicaba una larga experiencia en la Inteligencia Imperial, pero esa experiencia no se extendía al seguimiento de Caballeros Jedi. Luke había intuido su presencia en cuanto el hombre empezó a seguirle, y fue capaz de visualizarle en medio de la multitud un minuto después.

El único problema residía en qué hacer con él.

—¿Erredós? —llamó en voz baja Luke por el comunicador que había deslizado subrepticamente en el cuello de su túnica provista de capucha—. Tenemos compañía. Imperiales, probablemente.

Del comunicador surgió un gorjeo preocupado, seguido por algo que debía de ser una pregunta.

—No puedes hacer nada —contestó Luke, adivinando el sentido de la pregunta. Deseó que Cetrespeó estuviera a su lado para traducirla. Solía captar lo esencial de los ruidos emitidos por Erredós, pero en una situación como ésta no le bastaba—. ¿Hay alguien merodeando alrededor del carguero, o del campo de aterrizaje en general?

Erredós canturreó una negativa categórica.

—Bien, no tardarán —le advirtió Luke, y se detuvo a mirar un escaparate. El espía avanzó unos pasos, hasta encontrar una excusa para detenerse. Un auténtico profesional—. Prepara la secuencia de prevuelo sin llamar la atención. Nos largaremos en cuanto llegue.

El androide gorjeó una afirmación. Luke cortó el comunicador y dedicó a la zona un rápido vistazo. La principal prioridad era perder a su seguidor antes de que los imperiales pasaran a acciones más concretas. Y para ello, necesitaba algún tipo de distracción...

Cincuenta metros más adelante, entre la muchedumbre, divisó lo que podía ser su mejor oportunidad: otro hombre que paseaba por la calle con una túnica muy similar en corte y color a la de Luke. Aceleró con cautela el paso, para no dar a entender que huía, y avanzó hacia el hombre.

Su sosias llegó al cruce y giró a la derecha. Luke aceleró el paso un poco más y, al mismo tiempo, captó la sospecha de su seguidor de que había sido localizado. Luke reprimió sus deseos de echar a correr y dobló la esquina.

Era una calle como tantas otras que había visto en la ciudad: amplia, pavimentada de piedra, razonablemente transitada, y flanqueada por edificios de piedra gris. Proyectó la Fuerza y exploró la zona que le rodeaba.

Y contuvo el aliento. Justo delante, lejanas pero claramente detectables, había pequeñas bolsas de oscuridad impenetrables a sus sentidos Jedi, como si la Fuerza que le proporcionaba información hubiera dejado de existir... o la hubieran bloqueado.

Lo cual significaba que no se trataba de una emboscada vulgar, para un espía vulgar de la Nueva República. Los imperiales conocían su presencia y habían ido a Poderis equipados con ysalamiri.

A menos que reaccionara con rapidez, iban a cogerle.

Contempló una vez más los edificios que le rodeaban. Cuadrados y de dos pisos, en su mayor parte, con fachadas grabadas y parapetos decorativos en los tejados. Los de su derecha formaban una única y sólida fila; enfrente, y a su izquierda, el primer edificio después del cruce tenía la fachada torcida, y estaba separado de su vecino por una estrecha abertura. Como refugio no era gran cosa, pero tampoco tenía nada más a mano. Echó a correr, casi sospechando que caería en la trampa antes de llegar, y se deslizó por el hueco. Dobló las rodillas, dejó que la Fuerza afluyera a sus músculos y saltó.

Casi no lo consigue. El parapeto situado sobre su cabeza era angulado y liso, y durante un segundo tuvo la impresión de colgar en el aire, mientras sus dedos buscaban un asidero. Entonces lo encontró, y con gran esfuerzo se izó sobre el tejado y se tiró al suelo.

Justo a tiempo. Cuando asomó un ojo por encima del parapeto, vio que su perseguidor doblaba la esquina, abandonada toda sutileza. Empujó a quienes se interponían en su camino, dijo algo inaudible en el comunicador que aferraba...

Y a una manzana de distancia, apareció una fila de milicianos cubiertos con armaduras blancas. Con los rifles desintegradores a la altura del pecho, y cargados con armazones alimenticios en los que destacaban las formas oscuras y alargadas de los ysalamiri, acordonaron el extremo de la calle.

Una trampa bien preparada y ejecutada. Luke contaba tal vez con tres minutos para atravesar el tejado y bajar, antes de que los imperiales comprendieran que su presa había escapado. Se apartó del borde y volvió la cabeza hacia el otro lado del tejado.

No había otro lado. A unos sesenta centímetros de donde estaba, el tejado se convertía bruscamente en un muro que caía en pendiente unos cien metros y se extendía en ambas direcciones, hasta perderse de vista. Al otro lado de su extremo inferior no había nada, excepto la lejana niebla que invadía las tierras bajas, situadas bajo la meseta.

Había calculado mal, un error quizá fatal. Preocupado por el hombre que le seguía, había pasado por alto el hecho de que su camino le había conducido al borde exterior de la meseta. El muro que se alzaba a su espalda era uno de los enormes escudos destinados a desviar los furibundos vientos estacionales del planeta por encima de la ciudad.

Luke había escapado de la trampa imperial..., para descubrir que no tenía adonde escapar.

—Fantástico —murmuró por lo bajo.

Regresó hacia el parapeto y miró a la calle. Más milicianos se habían unido al primer escuadrón y empezaban a deambular entre los estupefactos transeúntes atrapados. Otros dos escuadrones habían procedido a bloquear el otro extremo de la calle. El perseguidor de Luke, que ahora aferraba un desintegrador, se estaba abriendo paso entre la multitud, y se encaminaba hacia el hombre que vestía una túnica parecida a la de Luke.

El otro hombre...

Luke se mordió el labio. Había gastado una jugarreta a un inocente transeúnte. Por otra parte, los imperiales sabían muy bien a quién buscaban, y le querían vivo. Sabía que dejar a aquel hombre en peligro de muerte era un comportamiento inaceptable para un Jedi. Luke sólo podía confiar en que no correría esa suerte.

Apretó los dientes, proyectó la Fuerza y arrebató el desintegrador de la mano de su perseguidor. Lo hizo girar por encima de las cabezas de la multitud y fue a parar a las manos del hombre al que intentaba proteger.

El espía gritó a los milicianos, pero lo que empezó como un grito de triunfo se transformó al instante en un chillido de advertencia. Luke imprimió toda la energía posible a la Fuerza y volvió el desintegrador hacia su antiguo propietario.

Disparó por encima de la muchedumbre, naturalmente; no podía alcanzar al imperial, aunque lo deseara. Aun así, fue suficiente para que los milicianos se pusieran en acción. Los imperiales que se dedicaban a examinar caras y comprobar documentos de identidad abandonaron su tarea y se abrieron paso entre la gente, hacia el hombre de la túnica, mientras los que vigilaban los extremos de la calle corrían hacia adelante.

Fue demasiado para el hombre de la túnica. Soltó el desintegrador que, inexplicablemente, se había materializado en su mano, se perdió detrás de los petrificados espectadores y desapareció por un estrecho callejón.

Luke no esperó a ver más. En cuanto alguien echara un buen vistazo a la cara del fugitivo, la maniobra de diversión terminaría, y tenía que salir de aquel tejado y ponerse en camino hacia el campo de aterrizaje antes de que eso sucediera. Se acercó al borde del estrecho saliente y miró hacia abajo.

La vista no era prometedora. El muro, construido para resistir vientos de doscientos kilómetros por hora, era perfectamente liso, sin protuberancias a las que poder aferrarse. Tampoco había ventanas, puertas de servicio u otras aberturas visibles. Eso no representaba ningún problema, al menos; siempre podía practicar un hueco con la espada de luz, en caso necesario. El principal problema era salir de la trampa imperial antes de que se dedicaran a cazarle con ahínco.

Miró hacia atrás. Debía proceder con celeridad. Desde la dirección de la zona de aterrizaje oficial, situada en el extremo de la ciudad, empezaban a aparecer sobre los cuadrados edificios los lejanos destellos de deslizadores aéreos.

No podía saltar a la calle sin llamar la atención. No podía reptar por el estrecho borde superior del muro protector con la suficiente rapidez para perderse de vista antes de que llegaran los deslizadores.

Y eso sólo le dejaba una dirección: abajo.

Pero no era necesario tirarse...

Escudriñó el cielo. El sol de Poderis casi había descendido hasta el horizonte. En aquel momento, su luz deslumbraba a los pilotos de los deslizadores, pero dentro de cinco minutos se habría hundido bajo el horizonte. Proporcionaría a los pilotos una excelente visión y daría lugar a un ocaso en que una espada de luz destacaría claramente.

Era ahora o nunca.

Sacó la espada de luz del interior de su túnica y la encendió, con cuidado de ocultar la hoja verde luminosa a los vehículos aéreos que se aproximaban. Con la punta, practicó un corte superficial a la derecha y hacia abajo del inclinado muro protector. Su túnica estaba hecha de un material relativamente endeble, y sólo tardó un segundo en cortar la manga izquierda y envolver con ella las yemas de los dedos de la mano izquierda. Los dedos, así protegidos, se hundieron con facilidad en la estría que acababa de hacer, con espacio suficiente para deslizarse por ella. Se cogió con fuerza y hundió la punta de la espada en el extremo de la estría. Saltó del saliente. Sujeto por sus dedos, extendió la espada de luz con su mano derecha y practicó un sendero a medida que descendía a gran velocidad por el muro protector.

Fue una experiencia embriagadora y terrorífica al mismo tiempo. Los recuerdos afluyeron a su mente: el viento que le azotaba mientras caía por el núcleo central de la Ciudad Nube de Bepin; pocos minutos después, colgado literalmente de las yemas de sus dedos, bajo la ciudad; desplomarse exhausto en el suelo de la segunda Estrella de la Muerte, mientras sentía, pese al dolor, la enfurecida impotencia del emperador cuando Vader le dio muerte. La pulida superficie del muro se deslizaba bajo su pecho y piernas, punteando su veloz acercamiento al borde y al espacio vacío que aguardaba a continuación...

Alzó la cabeza, parpadeó cuando el viento abofeteó su rostro y miró por encima del hombro. El borde mortal ya era visible, se elevaba hacia él a una velocidad escalofriante. Cada vez más cerca..., y entonces, en el último segundo, Luke cambió el ángulo de la espada de luz. El sendero que seguían sus dedos se convirtió en horizontal, y frenó con suavidad pocos segundos más tarde.

Permaneció colgado un momento de una mano, mientras recuperaba el aliento y los latidos de su corazón se normalizaban. Vio por encima de su cabeza la estría recién practicada, que se elevaba en ángulo y a la izquierda. Más de cien metros a su izquierda, calculó. Por suerte, lo bastante lejos para burlar la trampa imperial.

Pronto lo averiguaría.

Detrás de él, el sol se hundió bajo el horizonte y borró el débil rastro de su paso. Se movió con cautela, procurando no sacar sus dedos agotados, y empezó a cortar un agujero en el muro.

—Informe del comandante de los milicianos, almirante —dijo Pellaeon. Hizo una mueca cuando lo leyó en su pantalla—. Parece que Skywalker no ha caído en la encerrona.

—No me sorprende —contestó Thrawn, con expresión sombría, mientras pasaba revista a sus pantallas—. He advertido repetidamente a Inteligencia que no subestimara las capacidades perceptivas de Skywalker. Es evidente que no me han tomado en serio.

Pellaeon tragó saliva.

—Sí, señor, pero sabemos que estaba allí, y no puede haber ido demasiado lejos. Los milicianos han establecido un cordón secundario e iniciado un registro edificio por edificio.

Thrawn respiró hondo, y después lo soltó.

—No —dijo, de nuevo con voz serena—. No se ha escondido en ningún edificio. Skywalker no es de esos. Esa pequeña maniobra de diversión con el señuelo y el desintegrador... —Miró a Pellaeon—. Por arriba, capitán. Huyó por los tejados.

—Los exploradores ya los están peinando. Si ha subido a los tejados, lo encontrarán.

—Bien. —Thrawn pulsó una tecla en su consola de mando, y apareció un mapa holográfico de aquella sección de la meseta—. ¿Y el muro protector contra el viento, situado en el borde oeste del cordón? ¿Puede ser escalado?

—Nuestros hombres dicen que no. —Pellaeon meneó la cabeza—. Demasiado liso y con ángulos demasiado pronunciados, sin ningún reborde al pie. Si Skywalker trepó por ese lado de la calle, continúa ahí. O al pie de la meseta.

—Tal vez. Ordene a uno de los exploradores que registre esa zona. ¿Qué sabemos sobre la nave de Skywalker?

—Inteligencia aún intenta precisar cuál es la suya —admitió Pellaeon—. Hay algún problema con los registros. La localizaremos dentro de unos minutos.

—Minutos que ya no tenemos, gracias al descuido del seguidor —cortó Thrawn—. Será degradado.

—Sí, señor —dijo Pellaeon, y transmitió la orden. Un castigo bastante severo, pero habría podido

ser peor. El difunto lord Vader habría ordenado estrangular al hombre—. El campo de aterrizaje está rodeado, por supuesto.

Thrawn se frotó el mentón con aire pensativo.

—Una pérdida de tiempo, probablemente —dijo despacio—. Por otra parte...

Volvió la cabeza para observar la lenta rotación del planeta por la portilla.

—Levante el cerco, capitán, exceptuando a los milicianos clónicos. Déjelos de guardia en las cercanías del lugar donde es más probable que Skywalker haya aparcado su nave.

Pellaeon parpadeó.

—¿Señor?

Thrawn se volvió hacia él, con un nuevo brillo en sus ojos.

—El cordón del campo de aterrizaje no cuenta con suficientes ysalamiri para detener a un Jedi, capitán. No vamos a perder el tiempo con esa posibilidad. Dejaremos que huya al espacio y le atraparemos con el *Quimera*.

—Sí, señor —dijo Pellaeon, y arrugó el entrecejo—. Pero entonces...

—¿Por qué dejar a los clones? —terminó Thrawn—. Porque si Skywalker es valioso para nosotros, no así su androide. —Sonrió un momento—. A menos que los heroicos esfuerzos de Skywalker por escapar de Poderis le convenzan de que el planeta es el principal conducto de nuestro tráfico de clones.

—Ah —comprendió por fin Pellaeon—. En cuyo caso, pensaremos una forma de permitir que el androide regrese con los rebeldes.

—Exacto. —Thrawn señaló el tablero de Pellaeon—. Ordenes, capitán.

—Sí, señor.

Pellaeon se volvió hacia su tablero y experimentó cierto entusiasmo cuando empezó a transmitir las órdenes. Quizá esta vez Skywalker caería por fin en sus manos.

Erredós gorjeaba nerviosamente cuando Luke entró como una tromba por la puerta del pequeño carguero y la cerró a su espalda.

—¿Todo dispuesto para partir? —gritó al androide, mientras corría hacia el hueco de la cabina.

Erredós trino una afirmación. Luke se dejó caer en el asiento del piloto y dedicó a los instrumentos una rápida verificación, mientras se abrochaba las correas.

—Muy bien. Allá vamos.

Luke inyectó energía a los retropropulsores y se elevó del suelo. Un par de lanchas rápidas Skipray le imitaron y adoptaron formación de persecución, mientras se dirigía hacia el borde de la meseta.

—Atención a esas Skipray, Erredós —gritó Luke, con la atención dividida entre el límite de la ciudad que se aproximaba y el espacio aéreo.

El combate con los milicianos clónicos que vigilaban el campo de aterrizaje había sido intenso, pero demasiado breve para resultar realista. O el Imperio había dejado el mando a un incompetente, o le habían permitido llegar a su nave, conduciéndole hacia la verdadera trampa.

El borde de la meseta pasó de largo como una exhalación. Luke echó un rápido vistazo a la pantalla posterior para confirmar que había salido de la ciudad, y después conectó el principal impulsor sublumínico.

El carguero se lanzó hacia el cielo como un mynock escaldado, y dejó con un palmo de narices a las Skipray. Las órdenes de alto que surgían del tablero se convirtieron en un grito de sorpresa cuando Luke cerró el comunicador.

—¿Estás bien, Erredós?

El androide gorjeó una afirmación, y una pregunta apareció en la pantalla del ordenador de Luke.

—Sí, eran clones —confirmó con aire sombrío, y sintió un escalofrío. La extraña aura que parecía rodear a los nuevos humanos duplicados del Imperio era doblemente siniestra cuando se les veía de cerca—. Te diré algo más: los imperiales sabían que era a mí a quien perseguían. Aquellos milicianos llevaban ysalamiri a la espalda.

Erredós lanzó un pensativo silbido y gorjeó una pregunta.

—Sí, obra de Fuente Delta, sin duda —admitió Luke, al leer el comentario del androide—. Leia me dijo que si no podíamos cortar pronto la filtración, iba a ordenar que se planificaran las operaciones fuera del palacio imperial, incluso fuera de Coruscant.

Aunque si Fuente Delta era un espía humano o alienígena, en lugar de algún sistema de escucha imposible de detectar, trasladarse a otro lugar sería una pérdida de tiempo y esfuerzos. A juzgar por el insistente silencio de Erredós, Luke imaginó que el androide estaba pensando lo mismo.

El lejano horizonte, apenas visible porque el planeta oscuro se recortaba contra el cielo también oscuro, pero iluminado por las estrellas, empezaba a insinuar su curvatura.

—Será mejor que empecemos a calcular nuestro salto a la velocidad de la luz, Erredós. Es

probable que tengamos que irnos a toda prisa.

Recibió un pitido de conformidad y devolvió su atención al horizonte. Sabía que toda una flota de Destruyores Estelares podía aguardar al acecho detrás de ese horizonte, fuera del alcance de sus instrumentos, a la espera de que se alejara lo suficiente de cualquier refugio para lanzar su ataque.

Fuera del alcance de sus instrumentos, pero quizá no de sus sentidos Jedi. Entornó los ojos, inundó de calma su mente, proyectó la Fuerza...

Lo captó un instante antes de que Erredós emitiera un chillido de advertencia. Un Destruytor Estelar imperial, en efecto, pero no delante, como sospechaba, sino que se acercaba desde atrás, en una órbita forzada que le permitía acelerar sin sacrificar las ventajas de cobertura que le proporcionaba el planeta.

—¡Agárrate! —gritó Luke.

Y desvió energía de emergencia al impulsor, aunque era un gesto inútil. Tanto los imperiales como él lo sabían. El Destruytor Estelar se aproximaba a gran velocidad, con los haces de arrastre ya activados. Dentro de unos segundos le atraparían.

O al menos, atraparían el carguero...

Luke soltó las correas, abrió un panel disimulado y tocó los tres interruptores ocultos dentro. El primer interruptor conectó el piloto automático limitado; el segundo desbloqueó el lanzador de torpedos de protones situado a popa y empezó a disparar frenéticamente contra el Destruytor Imperial.

El tercero activó el dispositivo de autodestrucción del carguero.

Su caza X estaba encajado en la zona de carga con el morro hacia adelante, con el aspecto de un extraño animal metálico que atisbara desde su madriguera. Luke saltó a la cubierta abierta y estuvo a punto de romperse la cabeza con el techo bajo del carguero. Erredós, ya embutido en su hueco del caza, canturreaba para sí mientras ponía a punto los sistemas de la nave. Cuando Luke se puso las correas y el casco de vuelo, el androide indicó que ya podían despegar.

—Muy bien —dijo Luke, y apoyó la mano izquierda en el interruptor especial añadido a su tablero de control—. Si funciona, nos irá por un pelo. Prepárate.

Volvió a cerrar los ojos y dejó que la Fuerza afluyera a sus sentidos. En una ocasión, cuando intentó localizar por primera vez al Maestro Jedi C'baoth, se había enfrentado así a los imperiales: un caza X contra un Destruytor Estelar imperial. Otra deliberada emboscada, aunque no lo había comprendido hasta descubrir la siniestra alianza de C'baoth con el Imperio. En aquella batalla, la habilidad, la suerte y la Fuerza le habían salvado.

Esta vez, si los especialistas de Coruscant habían hecho bien su trabajo, la suerte iba incluida en el lote.

Con la mente sepultada en la Fuerza, percibió que el haz de arrastre se cerraba en torno al carguero medio segundo antes de que ocurriera. Su mano aferró el interruptor y, cuando el carguero se agitó en la poderosa presa del haz de arrastre, la parte delantera estalló en una nube de fragmentos metálicos. Un instante después, empujado por un impulsor montado en la cubierta, el caza X salió disparado entre los restos. Durante un largo y angustioso segundo, dio la impresión de que el haz de arrastre iba a ser capaz de mantener su presa, pese a la niebla de partículas. Luego, de repente, la presa se aflojó y desapareció.

—¡Estamos libres! —gritó Luke a Erredós, mientras el caza se precipitaba hacia las profundidades del espacio—. Maniobra evasiva: agárrate.

El caza dio una vuelta sobre sí mismo, justo cuando un par de brillantes destellos verdes pasaban sobre la cubierta de transpariacero. Los imperiales, cuyos haces de arrastre habían quedado demasiado distanciados, habían decidido vaporizarle. Otra cortina de llamas verdes rozó el aparato, y Erredós chilló cuando algo atravesó los deflectores y golpeó la parte inferior del caza. Luke permitió que la Fuerza guiara sus manos sobre los controles...

Y de repente, casi sin previo aviso, llegó el momento. Extendió la mano hacia el hiperpropulsor y tiró de él.

Casi inmóvil, el caza se desvaneció en la seguridad del hiperespacio, mientras las baterías turboláser del *Quimera* continuaban disparando un momento más hacia el lugar donde había estado. Las baterías enmudecieron, y Pellaeon exhaló un largo suspiro, temeroso de mirar hacia el puesto de mando de Thrawn. Era la segunda vez que Skywalker escapaba de este tipo de trampa..., y la última vez un hombre había muerto por culpa de aquel fracaso.

Los tripulantes del puente tampoco lo habían olvidado. En el silencio sepulcral, se oyó con suma claridad el roce de la tela contra el metal cuando Thrawn se levantó.

—Bien —dijo el gran almirante, con voz extrañamente serena—, hay que reconocer la ingeniosidad de esos rebeldes. Había visto funcionar ese truco antes, pero nunca con tanta eficacia.

—Sí, señor —dijo Pellaeon, intentando sin éxito ocultar la tensión de su voz.

Vio por el rabillo del ojo que Thrawn le miraba.

—Tranquilo, capitán —dijo el gran almirante con voz sedosa—. Skywalker habría constituido un excelente regalo para el maestro C'baoth, pero su huida no debe preocuparnos en exceso. El principal objetivo de este ejercicio era convencer a la Rebelión de que habían descubierto el conducto de los clones. Ese objetivo se ha logrado.

La tensión que paralizaba el pecho de Pellaeon empezó a disiparse. Si el gran almirante no estaba irritado...

—Sin embargo, eso no significa que los actos de la tripulación del *Quimera* vayan a pasarse por alto. Acompáñeme, capitán. Pellaeon se levantó, tenso de nuevo.

—Sí, señor.

Thrawn se dirigió hacia la escalera de popa y bajó a la sección de tripulantes de estribor. Dejó atrás a los tripulantes sentados ante sus consolas, a los oficiales petrificados detrás de ellos, y se detuvo ante el centro de control de los haces de arrastre de estribor.

—Su nombre —dijo en voz baja al joven que estaba en posición de firmes.

—Alférez Mithel —respondió el otro, pálido pero sosegado. La expresión de un hombre enfrentado a la muerte.

—Cuénteme lo que ocurrió, alférez. Mithel tragó saliva.

—Señor, había establecido una presa positiva sobre el carguero, cuando estalló en una nube de partículas reflectivas. El sistema de dirección intentó controlarlas todas al instante, y se enredó.

—¿Y usted qué hizo?

—Yo... Señor, sabía que si esperaba a que las partículas se disiparan de forma normal, el caza se situaría fuera de nuestro alcance, así que intenté disiparlas cambiando el haz de arrastre a la modalidad de plano absoluto.

—No funcionó.

Un silencioso suspiro escapó de los labios de Mithel.

—No, señor. El sistema de sujeción del objetivo no pudo controlarlo. Se inmovilizó por completo.

—Sí. —Thrawn ladeó un poco la cabeza—. Ha tenido algunos momentos para reflexionar sobre sus actos, alférez. ¿Se le ha ocurrido alguna alternativa?

El labio del joven tembló.

—No, señor. Lo siento, pero no puedo. No recuerdo que el manual contemple ese tipo de situación. Thrawn cabeceó.

—Correcto. No hay nada. Durante las últimas décadas se han sugerido algunos métodos para contrarrestar el truco, ninguno de los cuales se ha demostrado práctico. El suyo ha sido uno de los intentos más innovadores, sobre todo si tenemos en cuenta el escaso tiempo de que dispuso. El hecho de que fracasara no disminuye su mérito.

Una expresión de cautelosa incredulidad asomó al rostro de Mithel.

—¿Señor?

—El Imperio necesita mentes rápidas y creativas, alférez —dijo Thrawn—. Le asciendo a teniente..., y su primera misión será encontrar una forma de frustrar el truco del velo encubridor. Después de este éxito, es posible que la Rebelión vuelva a intentarlo.

—Sí, señor —jadeó Mithel, y el color volvió a su cara—. Yo... Gracias, señor.

—Felicidades, teniente Mithel. —Thrawn cabeceó y se volvió hacia Pellaeon—. El puente es suyo, capitán. Prosigamos nuestro viaje. Si me necesita, estaré en la sala de mando.

—Sí, señor —tartamudeó Pellaeon.

Se quedó junto al nuevo teniente, consciente del estupor que invadía el puente, mientras Thrawn se alejaba. Ayer, la tripulación del *Quimera* había confiado y respetado al gran almirante. Desde este momento, estaría dispuesta a morir por él.

Y por primera vez en cinco años, comprendió por fin que el antiguo Imperio ya no existía. El nuevo Imperio, con el gran almirante Thrawn a su cabeza, acababa de nacer.

El caza X colgaba suspendido en la negrura del espacio, a años luz de una masa sólida más grande que una mota de polvo. Luke pensó que era como una repetición de aquella otra batalla con un Destructor Estelar, que le había dejado extraviado en las profundidades del espacio y conducido, en última instancia, hacia Talón Karrde, Mara Jade y el planeta Myrkr.

Por fortuna, la apariencia era lo único que tenían en común. En su mayor parte.

Oyó detrás de él un nervioso gorjeo.

—Tranquilo, Erredós; relájate —le consoló Luke—. No ha ido tan mal. No habríamos podido llegar cerca de Coruscant sin volver a llenar el depósito de combustible. Tendremos que hacerlo un poco antes, eso es todo.

La respuesta fue una especie de gruñido indignado.

—Te estoy tomando en serio, Erredós —dijo con paciencia Luke, y el listado que había pedido

apareció en la pantalla de navegación, situada sobre el androide—. Mira, éstos son los sitios donde podemos ir con la mitad de nuestras células de energía primaria fundidas. ¿Lo ves?

Por un momento, el androide pareció reflexionar sobre la lista, y Luke aprovechó para darle otro vistazo. Había gran cantidad de elecciones, desde luego. El problema residía en que muchas no eran saludables para un solitario caza de la Nueva República. La mitad se encontraban bajo control imperial directo, y las demás, o bien se inclinaban hacia ese lado, o no se habían decantado por bando alguno.

De todos modos, incluso en un planeta dominado por los imperiales existían brechas sensoras que un solo caza podía aprovechar. Podía aterrizar en un lugar aislado, dirigirse a pie hacia un espaciopuerto y comprar células de combustible nuevas con la moneda imperial que aún conservaba. Llevar de vuelta las células al caza sería más problemático, pero nada que Erredós y él no fueran capaces de solucionar.

Erredós canturreó una sugerencia.

—Kessel es una posibilidad —reconoció Luke—. Sin embargo, no lo sé... Lo último que he oído es que Moruth Doole continúa al mando, y Han nunca ha llegado a confiar en él. Creo que deberíamos decantarnos por Fwillsving, o incluso...

Se interrumpió cuando su vista cayó en uno de los planetas de la lista. Un planeta que Leia había programado en su sistema de navegación, casi como una ocurrencia de última hora, antes de que Luke partiera en esta misión.

Honoghr.

—Tengo una idea mejor, Erredós —dijo poco a poco Luke—. Vamos a visitar a los noghri.

A su espalda sonó un sorprendido e incrédulo graznido.

—Oh, vamos —le reprendió Luke—. Leia y Chewie fueron y volvieron sin el menor problema, ¿no? Y Cetrespeó también —añadió—. No querrás que Cetrespeó piense que tienes miedo de ir a un lugar que él no teme, ¿verdad?

Erredós volvió a gruñir.

—Da igual que no tuviera otra elección —afirmó Luke—. La cuestión es que fue.

El androide emitió un afligido y casi resignado gorjeo.

—Así me gusta —le alentó Luke, y tecleó en el ordenador de navegación para que iniciara los cálculos necesarios—. En cualquier caso, Leia quería que fuera a visitarles. De esta forma, mataremos dos lagartos de las dunas de un tiro.

Erredós emitió un solo gorjeo de desconcierto y permaneció en silencio..., e incluso Luke, que confiaba por completo en la opinión de Leia acerca de los noghri, admitió en privado que tal vez no era la expresión más tranquilizadora que podía haber usado.



Los datos sobre la batalla del sistema de Woostri descendieron hasta el fondo de la pantalla y se detuvieron.

—No puedo creerlo —dijo Leia, y meneó la cabeza mientras dejaba la agenda electrónica sobre la mesa—. Si el Imperio tuviera una superarma capaz de atravesar los escudos planetarios, la utilizaría en todos los sistemas que atacara. Ha de ser una especie de truco, o de ilusión.

—Estoy de acuerdo —dijo Mon Mothma en voz baja—. La cuestión es: ¿cómo convencemos al resto del Consejo y la Asamblea, por no mencionar a los demás sistemas?

—Hemos de solucionar el enigma de lo que ocurrió en Ukio y Woostri —intervino el almirante Ackbar, con voz más grave de lo acostumbrado—. Y hemos de solucionarlo rápido.

Leia cogió de nuevo su agenda, mientras dirigía una mirada a Ackbar. Los enormes ojos del mon calamari parecían más cansados, y su color salmón normal más descolorido. Estaba agotado, y en tanto la gran ofensiva del Imperio les amenazara, no tendría muchas oportunidades de descansar.

Ni tampoco ninguno de ellos.

—Ya sabemos que el gran almirante Thrawn posee el talento de comprender las mentes de sus enemigos —recordó a los demás—. ¿Es posible que previera cuánto tiempo tardarían en rendirse los ukianos y los woostroides?

—¿En comparación con, digamos, los filvianos? —Mon Mothma cabeceó lentamente—. Un punto interesante. Eso indicaría que la ilusión no puede mantenerse durante mucho tiempo.

—O que las necesidades de energía son excesivas —añadió el almirante Ackbar—. Si el Imperio ha descubierto un método de dirigir energía invisible contra un escudo, es posible que debilite una sección durante el tiempo suficiente para disparar una descarga turboláser a través del hueco, pero tal proeza requeriría una potencia tremenda.

—Y se traduciría en una sobrecarga de energía sobre el escudo —señaló Mon Mothma—. Nuestros informes no apuntan nada por el estilo.

—Es posible que nuestros informes sean erróneos —replicó Ackbar. Lanzó una breve mirada al consejero Borsk Fey'lya—, o que hayan sido manipulados por el Imperio —añadió a propósito—. Cosas así ya han pasado antes.

Leia miró también a Fey'lya, y se preguntó si el velado insulto a su gente conseguiría arrancar al bothan de su silencio voluntario, pero Fey'lya siguió sentado con los ojos clavados en la mesa, su pelaje color crema inmóvil. Sin hablar, sin reaccionar, tal vez sin pensar siquiera.

A la larga, supuso Leia, recobraría su osadía verbal y algo de su antigua fuerza política, pero de momento, con su falsa denuncia de Ackbar todavía fresca en las mentes de todos, continuaba sumido en su particular penitencia.

El estómago de Leia se tensó de frustración. Una vez más, la inflexible política radical del bothan perjudicaba los intereses de la Nueva República. Pocos meses atrás, las acusaciones de Fey'lya contra Ackbar habían resultado en una considerable pérdida de tiempo y energía; ahora, cuando el Consejo necesitaba toda la perspicacia e inventiva que pudiera reunir, incluyendo las de Fey'lya, interpretaba el papel de mártir inocente.

Había días, y noches largas y oscuras, en que Leia desesperaba en privado de lograr mantener cohesionada a la Nueva República.

—Tiene razón, almirante, por supuesto —suspiró Mon Mothma—. Necesitamos más información, y cuanto antes.

—La organización de Talón Karrde continúa siendo nuestra principal posibilidad —dijo Leia—. Tiene contactos, aquí y en el bando imperial. Y a juzgar por lo que Luke decía en su último mensaje, Karrde parecía interesado.

—No podemos permitirnos el lujo de plegarnos a las conveniencias de un contrabandista —gruñó Ackbar, y los zarcillos de su boca se tensaron de desagrado—. ¿Y el general Bel Iblis? Luchó solo contra el Imperio durante varios años.

—El general ya nos ha cedido sus contactos de inteligencia

—dijo Mon Mothma, y un músculo de su mejilla se agitó—. De momento, les estamos integrando en nuestro sistema.

—No me refería a sus contactos —insistió Ackbar—. Me refiero al propio general. ¿Por qué no

está aquí?

Leia miró a Mon Mothma, y su estómago volvió a tensarse. Garm Bel Iblis había sido una de las primeras fuerzas implicadas en la consolidación de unidades de resistencia individuales en el seno de la Alianza Rebelde, y durante años había formado una tríada clandestina de líderes, junto con Mon Mothma y el padre adoptivo de Leia, Bail Organa, pero cuando éste murió con los suyos en el ataque de la Estrella de la Muerte contra Alderaan y, a continuación, Mon Mothma empezó a concentrar más y más poder en torno a su persona, Bel Iblis abandonó la Alianza y se independizó. Desde entonces, había proseguido su guerra particular contra el Imperio, hasta que, por casualidad, se había cruzado en el camino del corelliano Han Solo.

La petición urgente de Han había empujado a Bel Iblis y su fuerza de seis Acorazados en ayuda de la Nueva República, durante la batalla de la *Katana*. Mon Mothma, con palabras de reconciliación, había dado la bienvenida a Bel Iblis.

Y después, en un cambio de actitud, le había enviado a reforzar las defensas de los sectores más alejados de la Nueva República. Lo más lejos posible de Coruscant!

Leia aún no sabía si atribuir a un deseo de venganza la decisión de Mon Mothma, pero otros jerarcas de la Nueva República recordaban bien a Bel Iblis y su genio táctico..., y no estaban tan predispuestos a conceder a Mon Mothma el beneficio de la duda.

—La experiencia del general es necesaria en el frente de batalla —dijo Mon Mothma.

—Su experiencia también se necesita aquí —replicó Ackbar.

Leia captó resignación en su voz. El propio Ackbar acababa de regresar de una gira por las defensas de Farrfin y Dolomar, y por la mañana partiría hacia Dantooine. Con la maquinaria del Imperio en movimiento, la Nueva República no podía permitirse el lujo de desterrar a sus mejores comandantes.

—Comprendo su preocupación —contestó Mon Mothma, con más suavidad—. Cuando la situación se haya estabilizado, pretendo traer de vuelta al general Bel Iblis y ponerle al mando de la planificación táctica.

«Si estabilizamos la situación», corrigió en silencio Leia, tensa de nuevo. Hasta el momento, la ofensiva respondía a los intereses del Imperio.

Sus pensamientos se interrumpieron, acuciada por una súbita certeza. No, no era su estómago lo que se tensaba...

Ackbar habló de nuevo.

—Disculpen —le interrumpió Leia, y se puso en pie con cuidado—. Lamento la circunstancia, pero necesito bajar a la sección médica.

Mon Mothma abrió los ojos de par en par.

—¿Los gemelos?

Leia asintió. .,¿

—Creo que ya vienen. ;

Las paredes y el techo de la sala de partos eran de un cálido color tostado, con series superpuestas de luces cambiantes, sincronizadas con las ondas cerebrales de Leia. En teoría, contribuían a relajar y concentrar a la paciente. En la práctica, Leia ya había decidido que, tras diez horas de mirarlas, la técnica había perdido toda su eficacia.

Sufrió otra contracción, la más fuerte. Proyectó la Fuerza automáticamente, utilizando los métodos que Luke le había enseñado para calmar el dolor de los músculos. Al menos, el parto le estaba proporcionando la oportunidad de practicar las técnicas Jedi.

Y no sólo las relacionadas con el control del dolor. «No pasa nada —calmó a las pequeñas mentes que albergaba en su seno—. Todo va bien. Mamá está aquí.»

No era de gran ayuda. Atrapados por fuerzas que no podían comprender, sus menudos cuerpos estrujados y empujados a medida que se deslizaban lentamente hacia lo desconocido, aquellas mentes sin desarrollar aleteaban de terror.

Aunque para ser justos, el estado de su padre no era mucho mejor.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Han por enésima vez desde que había llegado. Apretó su mano con algo más de fuerza, también por enésima vez, como para equipararla con sus hombros hundidos.

—Todavía —le tranquilizó Leia. Sus hombros se relajaron cuando la contracción terminó, y apretó la mano de Han a su vez—. Tú tampoco tienes buen aspecto.

Han hizo una mueca.

—A estas horas suelo estar acostado —contestó con sequedad.

—Será eso.

Han estaba nervioso como un flan desde que se había iniciado el proceso del parto, pero hacía un esfuerzo descomunal por disimularlo. Más por el bien de Leia, pensó ésta, que por perjudicar su

imagen.

—Lo siento —dijo Leia.

—No te preocupes. —Han miró a un lado, donde el médico y dos androides clínicos se afanaban al pie de la cama de partos—. Parece que ya falta poco, corazón.

—Cuenta con ello —admitió Leia, y su última palabra quedó ahogada cuando otra contracción exigió su atención—. Oh... El nivel de ansiedad de Han aumentó otro punto.

—¿Estás bien?

Leia asintió, con los músculos de la garganta demasiado agarrotados para hablar.

—Abrazame, Han —jadeó, cuando pudo volver a hablar—. Sólo abrazame.

—Estoy aquí —dijo en voz baja Han, y deslizó su mano libre alrededor de su hombro.

Leia apenas le oyó. En su interior, las pequeñas vidas que Han y ella habían creado empezaban a moverse... De repente, su temor aleteante se convirtió en un paroxismo de terror.

«No tengáis miedo. No tengáis miedo. Todo irá bien. Estoy aquí. Pronto os reuniréis conmigo.»

No esperaba una reacción. Las mentes de los gemelos no estaban desarrolladas para comprender algo tan abstracto como palabras o el concepto de futuros acontecimientos. De todos modos prosiguió, rodeándoles de amor, paz y consuelo. Hubo otra contracción, y el inexorable movimiento hacia el mundo exterior continuó...

Y entonces, ante la inmensa alegría de Leia, una de las diminutas mentes respondió y la tocó de una forma que ninguno de ambos gemelos había empleado antes para reaccionar a sus caricias no verbales. El miedo creciente detuvo su avance, y a Leia se le ocurrió la repentina imagen mental de la mano de un niño curvada alrededor de su dedo. «Sí, soy tu madre, y estoy aquí.»

Dio la impresión de que la menuda mente meditaba al respecto. Leia prosiguió su labor de relajación, y la mente se apartó un poco de ella, como atraída su atención por otra cosa. Una buena señal, decidió Leia; si conseguía distraerla de lo que estaba pasando...

Entonces, ante su asombro, el pánico de la segunda mente también empezó a desvanecerse. La segunda mente, que, en su opinión, aún no había reparado en su presencia...

Más tarde, cuando recapacitó, todo se le antojó evidente, cuando no completamente inevitable, pero en aquel momento la revelación fue tan sorprendente que el alma de Leia sufrió un estremecimiento. Los gemelos, que habían crecido juntos en la Fuerza mientras crecían en su interior, estaban de alguna manera armonizados, de una forma tal que Leia jamás podría compartirla por completo.

Fue uno de los momentos más satisfactorios y, al mismo tiempo, más conmovedores de la vida de Leia. Vislumbrar su futuro, ver a sus hijos crecer y fortalecerse en la Fuerza, y saber que nunca compartiría una parte de sus vidas.

La contracción se suavizó, la visión agridulce del futuro se convirtió en un leve dolor oculto en un rincón de su mente. Un dolor empeorado por la secreta vergüenza de no haber pensado que Han todavía compartiría menos aspectos de sus vidas.

Y de pronto, a través de la niebla mental, una luz brillante pareció estallar en sus ojos. Aferró con más fuerza la mano de Han.

—¿Qué...?

—Ya vienen —gritó Han, y le devolvió el apretón—. El primero está a medio salir.

Leia parpadeó y la luz semiimaginaria se apagó cuando su mente abandonó el contacto con sus hijos. Sus hijos, que sólo habían vivido en un resplandor apagado y difuso.

—Apaga esa luz —jadeó—. Es demasiado brillante. Los ojos de los niños...

—Todo va bien —la tranquilizó el médico—. Sus ojos se adaptarán. Muy bien; un último empujoncito.

Y luego, casi sin previo aviso, la primera parte terminó de súbito.

—Ya tenemos uno —dijo Han, con voz estrangulada—. Es... —Estiró el cuello—. Es nuestra hija. —Miró a Leia, y la tensión de su rostro se extendió sobre la sonrisa torcida que Leia conocía tan bien—. Jaina.

Leia asintió.

—Jaina —repitió. De alguna manera, los nombres que habían elegido nunca habían sonado como ahora—. ¿Y Jacen?

—Entre usted y yo, me parece que está ansioso por reunirse con su hermana —dijo con sequedad el médico—. Prepárese a empujar; da la impresión de que pretende salir por sus propias fuerzas. Muy bien... Empuje.

Leia respiró hondo. Por fin. Tras diez horas de parto, tras nueve meses de embarazo, el final ya se atisbaba.

No. El final no. El principio.

Depositaron a los gemelos en sus brazos unos minutos después... y, cuando les miró y luego

desvió la vista hacia Han, una inmensa paz se apoderó de ella. Quizá rugiera una guerra entre las estrellas, pero aquí, y ahora, el universo se encontraba en paz.

—Cuidado, Jefe Pícaro. —La voz de Pícaro Diez resonó en el oído de Wedge—. Te siguen.

—Recibido.

Wedge desvió con brusquedad su caza X. El interceptor TIE pasó de largo, escupiendo fuego láser, y trató de imitar la maniobra de Wedge. Medio segundo después, un caza perseguidor lo transformó en una nube de polvo.

—Gracias, Pícaro Ocho —dijo Wedge.

Secó una gota de sudor que colgaba de su nariz y examinó los analizadores. De momento, al menos, parecía que aquel rincón de la confusión estaba despejado. Imprimió un lento giro a su caza y dedicó a la escena general de la batalla una veloz inspección.

Era peor de lo que había temido. Peor que cinco minutos antes. Dos Destruidores Estelares más de tipo Victoria habían aparecido del hiperespacio, muy cerca de uno de los tres Cruceros Estelares calamari supervivientes, y los Destruidores Estelares estaban vomitando rayos láser sobre él.

—Escuadrón Pícaro: cambien de curso a veintidós punto ocho —ordenó, mientras efectuaba una maniobra de interceptación y se preguntaba cómo lo habían logrado los imperiales. Ejecutar un salto tan preciso era difícil en circunstancias ideales; hacerlo en plena batalla era prácticamente imposible. Un ejemplo más del increíble talento nuevo del Imperio para coordinar sus fuerzas.

El androide astromec emitió un gorjeo de advertencia: se encontraban demasiado cerca de una masa grande para saltar a la velocidad de la luz. Wedge paseó la vista a su alrededor, ceñudo, y localizó por fin al Crucero Interceptor que flotaba a lo lejos, alejado de la batalla. Al parecer, los imperiales no querían que ninguna nave de la Nueva República se marchara de la fiesta.

Justo enfrente, algunos cazas TIE de los Destruidores Estelares Victoria se acercaban.

—Formación de Porkins —ordenó Wedge a su grupo—. Atención a los flancos. Crucero Estelar *Orthavan*, al habla Escuadrón Pícaro. Vamos allá.

—Quédense donde están, Jefe Pícaro —contestó una voz mon calamari grave—. Nos superan en número por mucho. No podrán ayudarnos.

Wedge apretó los dientes. El mon cal debía de tener razón.

—De todas formas, vamos a intentarlo —respondió. Los cazas TIE estaban casi a tiro—. Aguanten.

—Escuadrón Pícaro, soy Bel Iblis —intervino una voz—. Interrumpan su ataque. En mi punto de referencia, corten treinta grados a estribor.

Wedge contuvo con esfuerzo el impulso de decir algo que le habría costado un consejo de guerra. En su opinión, mientras una nave se mantuviera incólume, siempre había posibilidades de salvarla. Por lo visto, el general Bel Iblis había decidido lo contrario.

—Recibido, general —suspiró—. Escuadrón Pícaro, deténganse.

Wedge, de mala gana, dirigió su caza X a un lado. Los cazas TIE cambiaron de curso para seguirles. Dio la impresión de que vacilaban por un momento...

Y con un rugido que se oyó claramente entre los tenues gases del espacio interplanetario, una formación de asalto de cazas A cruzó el hueco que el Escuadrón Pícaro acababa de dejar. Los cazas TIE, que se disponían a imitar la maniobra de los cazas X, cayeron en la trampa. Antes de que pudieran adoptar posición de barricada, los cazas A les rebasaron y se dirigieron a toda máquina hacia el Crucero Estelar atrapado.

—Muy bien, Escuadrón Pícaro —dijo Bel Iblis—. Su turno. A por ellos.

Wedge sonrió. Ya debería conocer a Bel Iblis.

—Recibido, general. Escuadrón Pícaro, vamos a darles una lección.

—Y después —añadió Bel Iblis en tono sombrío—, prepárense a retroceder.

Wedge parpadeó, y su sonrisa se desvaneció. ¿Retroceder? Volvió el caza hacia los TIE y contempló la principal zona de batalla.

Unos minutos antes, se había dado cuenta de que la situación era grave. Ahora, casi desastrosa. La fuerza de Bel Iblis se había reducido a dos terceras partes de las quince naves de guerra con que había iniciado el combate, y la mayoría se encontraban agrupadas en una compacta formación de baluarte. Unos veinte Destruidores Estelares y Acorazados las rodeaban, y machacaban sistemáticamente sus defensas.

Wedge miró a los cazas TIE que se acercaban y, detrás de ellos, al Crucero Interceptor. El Crucero Interceptor, cuyos proyectores de gravitación impedían a las naves atrapadas escapar a la velocidad de la luz...

Y al instante siguiente se lanzaron contra los cazas TIE, y ya no hubo oportunidad de pensar más. La batalla fue encarnizada, pero breve. La súbita aparición de los cazas A desde la retaguardia del Escuadrón Pícaro había desorientado a los TIE. Tres minutos, tal vez cuatro, y el Escuadrón Pícaro

quedó libre.

—¿Y ahora qué, Jefe Pícaro? —preguntó Pícaro Dos cuando el escuadrón volvió a formarse entre los restos.

Wedge cruzó mentalmente los dedos y miró hacia el *Orthavan*. Si la treta de Bel Iblis había fallado...

No. El ataque de los cazas A había distraído lo suficiente el ataque de los Destruidores Estelares Victoria para que el Crucero Estelar recobrara el aliento y pasara de nuevo a la ofensiva. Las baterías turboláser y de cañones iónicos del *Orthavan* no cesaban de disparar contra las naves imperiales. Mientras Wedge contemplaba la escena, un geiser de gas supercalentado brotó de la sección media del Destructor Estelar más cercano, y la nave se alejó dando vueltas. El Crucero Estelar pasó bajo el casco destrozado, se apartó de la batalla y puso proa hacia el Crucero Interceptor.

—Cambio de rumbo hacia el *Orthavan* —ordenó Wedge—. Quizá necesite cobertura.

Apenas habían salido las palabras de su boca, cuando un par de Acorazados surgieron del hiperespacio en el flanco del *Orthavan*. Wedge contuvo el aliento, pero el Crucero Estelar avanzaba a demasiada velocidad para que los Acorazados le alcanzaran. Pasó de largo sin detenerse, y cuando los recién llegados giraron para seguirle, el escuadrón de cazas A efectuó la misma maniobra de antes. Una vez más, la eficacia de la distracción superó en mucho a los daños reales infligidos. Cuando los cazas se alejaron, ya no había posibilidad de que los Acorazados alcanzaran al *Orthavan*.

Y los imperiales lo sabían. Detrás de Wedge, el androide astromec lanzó un pitido: el campo de pseudogravedad se desvaneció cuando el lejano Crucero Interceptor desconectó sus proyectores gravitatorios para disponerse a escapar a la velocidad de la luz.

El Crucero Interceptor...

Y por fin, comprendió. Se había equivocado: aquellos Destruidores Estelares Victoria no habían necesitado depender de alguna coordinación semimística para saltar tan cerca del Crucero Estelar. Les había bastado con volar a lo largo de una trayectoria hiperespacial que les había proporcionado el Crucero Interceptor, y esperar hasta que el borde del cono gravitatorio les atrajera al espacio normal.

Wedge torció los labios. Había aprendido mucho tiempo atrás que sobreestimar las capacidades del enemigo podía ser tan peligroso como subestimarlas. Era una lección que debería recordar de nuevo.

—El campo gravitatorio del Interceptor ha caído —sonó la voz de Bel Iblis en su oído—. A todas las unidades: confirmen la recepción del mensaje y prepárense a retroceder hacia sus posiciones.

—Escuadrón Pícaro, recibido —dijo Wedge.

Hizo una mueca cuando regresó hacia su trayectoria de escape preprogramada y miró hacia los restos del principal grupo de batalla. No cabía duda: habían sido derrotados, y vapuleados, y todo cuanto había logrado la legendaria habilidad táctica de Bel Iblis había sido impedir que la derrota se convirtiera en un desastre.

Y el precio a pagar sería otro sistema perdido a manos del Imperio.

—Escuadrón Pícaro, adelante.

—Recibido —suspiró Wedge, y tiró de la palanca de velocidad lumínica.

Las estrellas se transformaron en estelas, y un pensamiento cruzó su mente. En el futuro, subestimar al Imperio no iba a constituir ningún problema.

Las estelas volvieron a ser estrellas, y el *Salvaje Karrde* regresó al espacio normal. Justo enfrente se veía la diminuta enana blanca que era el sol del sistema de Chazwa, apenas distinguible de las brillantes estrellas que la rodeaban. Cerca, y algo a un lado, un círculo oscuro bordeado por una delgada media luna iluminada, se encontraba el planeta Chazwa. Diseminados a su alrededor en la oscuridad del espacio, se veían los exhaustos resplandores de unas cincuenta naves, que entraban y salían. Se trataba en su mayoría de cargueros y cruceros, que aprovechaban el centro de trasbordo de Chazwa. Algunas de las naves eran imperiales.

—Bien, allá vamos —dijo Aves desde el puesto de copiloto—. A propósito, Karrde, me gustaría repetir que esta idea es demencial.

—Tal vez —admitió Karrde. Cambió de curso hacia el planeta y examinó sus pantallas. Bien. El resto del grupo se había portado a la perfección—. Pero si la ruta de transporte de clones del Imperio pasa por el sector de Orus, la guarnición de Chazwa guardará registros de la operación. Hasta es posible que del punto de origen, si alguien fuera descuidado.

—No me estaba refiriendo a los detalles de la incursión, sino a la locura de habernos metido en esto. Es la guerra de la Nueva República, no la nuestra; que la ganen.

—Si pudiera confiar en esa posibilidad, te haría caso —dijo Karrde, mientras miraba por la portilla de estribor. Otro carguero parecía desplazarse en dirección al *Salvaje Karrde*—. Pero no estoy seguro de que estén preparados para la tarea.

—Aún no me he tragado las cifras de Skywalker —gruñó Aves—. Creo que si fuera posible desarrollar clones estables a esa velocidad, los antiguos científicos ya lo habrían logrado.

83

—Quizá lo hicieron —señaló Karrde—. No creo que haya sobrevivido la menor información sobre las técnicas de clonación de aquella época. Todo lo que he visto procedía de experimentos previos a la guerra.

—Sí, bueno... —Aves meneó la cabeza—. De todos modos, preferiría desentenderme del asunto.

—Quizá descubramos que no nos queda otra elección. —Karrde señaló al carguero que se acercaba—. Parece que tenemos visita. ¿Quieres averiguar su identidad?

—Claro. —Aves lanzó un rápido vistazo al carguero, y después se volvió hacia su tablero—. No registra ninguna nave de la que yo haya oído hablar. Espera un momento... Sí. Sí, han alterado su identificación. Han cubierto el radiofaro de respuesta. Vamos a ver si el decodificador mágico de Ghent nos dice algo.

Karrde asintió. La mención de Ghent desvió sus pensamientos por un momento a los dos compañeros que había dejado en Coruscant, bajo la tutela de la Nueva República. Si la previsión que los médicos le habían proporcionado era correcta, Mara ya se habría recuperado. No tardaría en tratar de ponerse en contacto con él, y tomó nota mental de verificar sus conductos en cuanto hubieran terminado lo que estaban haciendo.

—Ya lo tengo —dijo Aves, en son de triunfo—. Vaya, vaya... Creo que es un viejo amigo tuyo, Karrde. El *Orgullo de Kern*, cuyo propietario es el algo menos que honorable Samuel Tomas Gillespee.

—Caramba —dijo Karrde, y lanzó un vistazo a la nave, que les seguía a unos cien metros de distancia—. Será mejor averiguar qué desea.

Tecleó una transmisión de onda corta.

—Talón Karrde llamando al *Orgullo de Kern* —dijo—. No te quedes callado, Gillespee... Di hola.

—Hola, Karrde —contestó una voz familiar—. No te molestará que me asegure de con quién hablo antes de decir hola, ¿verdad?

—En absoluto —aseguró Karrde—. Por cierto, has ocultado muy bien la identificación de tu nave.

—Aún habría podido hacerlo mejor —replicó con sequedad Gillespee—. Ni siquiera habíamos conseguido intuir la vuestra. ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Iba a preguntarte lo mismo. Tenía la impresión de que habías decidido retirarte.

—Y lo hice —dijo Gillespee, malhumorado—. Fuera del negocio, y gracias por todo. Compré un buen pedazo de tierra en un planeta apartado, para ver crecer los árboles y alejarme de todo lo que olierá a problemas. Un lugar llamado Ukio. ¿Has oído hablar de él?

Junto a Karrde, Aves sacudió la cabeza y murmuró algo por lo bajo.

—Creo que he oído el nombre hace poco, sí —admitió Karrde—. ¿Estabas allí cuando los imperiales atacaron?

—Estuve allí durante el ataque, la rendición y toda la ocupación que pude soportar —gruñó Gillespee—. De hecho, tuve un asiento de primera fila para presenciar el bombardeo. Fue de lo más espectacular, te lo aseguro.

—También pudo ser ventajoso.

Karrde se exprimió los sesos. Por lo que él sabía, la Nueva República aún ignoraba qué había hecho exactamente el Imperio en Ukio. Datos de primera mano acerca del ataque serían muy valiosos para los responsables de la estrategia. Tanto como una succulenta recompensa para el testigo y el descubridor.

—Supongo que no tomaste ninguna lectura durante el ataque.

—Tengo algo sobre el bombardeo —dijo Gillespee—. La tarjeta de datos de mis macroprismáticos. ¿Por qué?

—Existen excelentes posibilidades de que encuentre un comprador, que podría compensar en parte la pérdida de tus propiedades.

—Dudo que tu comprador esté en condiciones de gastar mucho —resopló Gillespee—. No lo habrías creído, Karrde, te lo aseguro. No estamos hablando de Svivren, pero hasta Ukio tendría que haber tardado más en caer.

—El Imperio tiene mucha práctica en apoderarse de planetas —le recordó Karrde—. Tienes suerte de haber salido bien librado.

—Has dado en el clavo. Faughn y Rappapor me lanzaron medio salto por delante de los milicianos. Y medio salto detrás de los obreros que enviaron para transformar mi tierra en una granja de cultivos. Te aseguro que ese nuevo sistema de clones es realmente terrorífico.

—¿Por qué? —preguntó Karrde, mientras dirigía una mirada a Aves.

—¿Que por qué? —se ofendió Gillespee—. Jamás se me había ocurrido pensar que pudiera salir gente de una línea de montaje, gracias. Y aun en ese caso, estoy muy seguro de que no pondría al Imperio al mando de la fábrica. Tendrías que haber visto a los tipos que se encargaban de bloquear las carreteras; ponían la carne de gallina.

—No lo dudo. ¿Cuáles son tus planes, después de abandonar Chazwa?

—Ni siquiera tengo casi planes antes de llegar allí —replicó con amargura Gillespee—. Confiaba en encontrar al antiguo contacto de Brasck, por si estaba interesado en contratarnos. ¿Ofreces algo mejor?

—Tal vez. Podemos empezar por enviar esa tarjeta de datos de los macroprismáticos a mi comprador, que se te pagará mediante un límite de crédito que he negociado con él. Después, tengo otra idea en mente que quizá te interese y...

—Tenemos compañía —le interrumpió Aves—. Dos naves imperiales, que se dirigen hacia aquí. Parecen fragatas de clase Lancer.

—Oh, oh —murmuró Gillespee—. Tal vez no nos fuimos de Ukio tan inadvertidos como pensamos.

—Lo más probable es que su objetivo seamos nosotros —dijo Karrde, y notó que su labio se torcía mientras tecleaba un curso de evasión—. Ha sido un placer hablar contigo, Gillespee. Si quieres proseguir la conversación, te espero dentro de ocho días en el sistema de Trogan, ya sabes dónde.

—Si tú puedes, yo también —replicó Gillespee—. De lo contrario, no se lo pongas demasiado fácil. Karrde cortó la conexión.

—Difícil —murmuró—. Muy bien, allá vamos. Con calma y tranquilidad...

Dejó caer el *Salvaje Karrde* de estribor, como si intentaran pasar de largo del planeta y elegir otra trayectoria hiperespacial.

—¿Aviso a los demás? —preguntó Aves.

—Aún no —contestó Karrde, mientras dedicaba a sus pantallas un rápido vistazo y preparaba el ordenador de navegación para que calculara su salto a la velocidad de la luz—. Prefiero abortar la misión e intentarlo después que enzarzarme con un par de Lancers con ganas de pelea.

—Sí —dijo Aves poco a poco—. Karrde... No cambian de curso. Karrde levantó la vista. Aves tenía razón: ningún Lancer se había movido. Aún se ceñían a su trayectoria anterior.

Directos hacia el *Orgullo de Kern*. Miró a Aves, y descubrió que éste le estaba observando.

—¿Qué hacemos? —preguntó Aves.

Karrde contempló las naves imperiales. El *Salvaje Karrde* se encontraba lejos de estar indefenso en un combate, y su gente era de primera categoría, pero con armas diseñadas para vencer a cazas enemigos, los dos Lancers eran superiores al grupo que había traído a Chazwa.

Mientras miraba, el *Orgullo de Kern* se puso en movimiento de repente. Adoptó una variación de la maniobra koioarana llamada de caída rápida y se alejó a gran velocidad, modificando su trayectoria

anterior. Los Lancers no se dejaron engañar y le pisaron los talones.

Lo cual dejó libertad de acción al *Salvaje Karrde*. Podían continuar hasta Chazwa, examinar los registros de la guarnición y largarse antes de que los Lancers regresaran. Con velocidad, limpieza y respeto a los intereses de la Nueva República.

Pero Gillespee era un viejo conocido... y, desde el punto de vista de Karrde, un hermano contrabandista más importante que cualquier gobierno interestelar al que no pertenecía.

—Por lo visto, Gillespee no se fue de Ukio tan desapercibido como pensó —comentó. Dio media vuelta al *Salvaje Karrde* y conectó el intercomunicador—. Lachton, Chin, Corvis, disparad los turboláseres. Vamos a intervenir.

—¿Y las demás naves? —preguntó Aves, mientras activaba los escudos deflectores y la pantalla táctica.

—Primero, llamemos la atención de los Lancers —respondió Karrde.

Los tres hombres encargados de los turboláseres hicieron la señal de que estaban dispuestos. Karrde respiró hondo y transmitió energía al propulsor.

El comandante de los Lancers no era idiota. Cuando el *Salvaje Karrde* se lanzó hacia ellos, una de las naves imperiales abandonó la persecución del *Orgullo de Kern* y dio media vuelta para enfrentarse a la nueva amenaza.

—Creo que hemos llamado su atención —comentó Aves, tirante—. ¿Aviso a los demás para que se unan a la fiesta?

—Sigue adelante —dijo Karrde, mientras llamaba al *Orgullo de Kern*—. Gillespee, soy Karrde.

—Sí, te veo. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Echate una mano.

Las veinte baterías láser del Lancer abrieron fuego, y rayos verdes llovieron sobre el *Salvaje Karrde*. Los turboláseres respondieron a su vez, pero sus tres grupos resultaron ridículos en comparación.

—Muy bien —siguió Karrde—. A éste ya lo tenemos cogido. Será mejor que te largues antes de que el otro se acerque más.

—¿Que le tenéis cogido? —preguntó Gillespee—. Escucha, Karrde...

—He dicho que te largues —le interrumpió con brusquedad Karrde—. No podemos retenerle eternamente. No te preocupes por mí, no estoy lo que se dice solo.

—Ya vienen —anunció Aves.

Karrde miró un momento la pantalla posterior. Venían, desde luego: quince robustos cargueros, directos hacia el Lancer, ahora en desventaja.

Del comunicador surgió un silbido de asombro.

—No estabas bromeando, ¿verdad? —preguntó Gillespee.

—No. Ahora, lárgate, ¿quieres? Gillespee lanzó una estentórea carcajada.

—Te voy a confesar un pequeño secreto, Karrde. Yo tampoco estoy solo.

De repente, apenas visibles a causa de la niebla de fuego láser que martilleaba en las portillas del *Salvaje Karrde*, los resplandores exhaustos de casi veinte naves variaron sus cursos individuales y convergieron sobre el segundo Lancer, como un hambriento Barabel.

—Bien, Karrde —prosiguió Gillespee, como si tal cosa—, yo diría que ninguno de los dos va a hacer muchos negocios en Chazwa, al menos por esta vez. ¿Qué te parece si continuamos esta conversación en otra parte, dentro de ocho días, por ejemplo?

Karrde sonrió.

—Será un placer.

Desvió la vista hacia el Lancer, y su sonrisa se desvaneció. La tripulación normal de un Lancer era de 850 personas, y a juzgar por la eficacia con que se estaba desembarazando de las demás naves, supuso que contaba con el máximo de tripulantes posible. ¿Cuántos habrían sido creados recientemente en la fábrica de clones del gran almirante Thrawn?, se preguntó.

—A propósito, Gillespee —dijo—, si por casualidad te tropiezas con algunos de nuestros colegas por el camino, invítales a acompañarte. Tal vez les interese lo que tengo que decirles.

—De acuerdo, Karrde —gruñó Gillespee—. Hasta dentro de ocho días.

Karrde cerró el comunicador. Ya estaba hecho. Gillespee transmitiría el mensaje a los demás grupos importantes de contrabandistas, y conociendo a Gillespee, la invitación se transformaría en algo más próximo a una orden. Estarían en Trogan; todos, o casi.

Ahora, sólo debía pensar en lo que iba a decirles.

El gran almirante Thrawn se reclinó en su silla de mando.

—Muy bien, caballeros —dijo, y su mirada paseó por los catorce hombres que estaban de pie, formando un semicírculo alrededor de su consola—. ¿Alguna pregunta?

El hombre de aspecto como arrugado situado al final del semicírculo miró a los demás.



—Ninguna pregunta, almirante —dijo, y su precisa voz militar contrastó con su aspecto de civil—. ¿Cuál es nuestro calendario?

—En estos momentos, están preparando su carguero —contestó el gran almirante Thrawn—. Partirá en cuanto esté dispuesto. ¿Cuándo cree que podrá infiltrarse en el palacio imperial?

—No antes de seis días, señor —dijo el hombre arrugado—. Me gustaría parar en dos o tres puertos más antes de llegar a Coruscant. Será más fácil burlar su seguridad si les proporcionamos datos fiables. A menos que usted ordene lo contrario, por supuesto.

Los ojos brillantes de Thrawn se entornaron levemente, y Pellaeon adivinó en qué estaba pensando: Mara Jade, residiendo en pleno cuartel general rebelde. Quizá en este preciso momento, estaba revelando el emplazamiento del almacén del emperador en Wayland...

—El tiempo es fundamental en esta operación —dijo Thrawn al jefe del comando—, pero la velocidad a secas es inútil, si se pone en peligro antes de entrar en el palacio. Usted dirige la función, mayor Himron. Lo dejo a su criterio.

El jefe del comando asintió.

—Sí, señor. Gracias, almirante. No le fallaremos. Thrawn sonrió apenas.

—Lo sé, mayor. Ya pueden marcharse.

En silencio, los catorce hombres dieron media vuelta y salieron de la sala de mando.

—Parece sorprendido por alguna de mis instrucciones, capitán —comentó Thrawn, cuando la puerta se cerró.

—Sí, señor, en efecto —admitió Pellaeon—. Todo es muy lógico, por supuesto —se apresuró a añadir—, pero no había pensado que la operación estuviera calculada hasta el último detalle.

—Hay que cuidar todos los detalles —dijo Thrawn, y tecleó en su tablero. Las luces se apagaron, y una selección de cuadros y planos holográficos apareció en las paredes de la sala de mando—. Arte Mriss —explicó a Pellaeon—. Uno de los más curiosos ejemplos de descuido que se encuentran en la galaxia civilizada. Hasta que la Décima Expedición Alderaaniana entró en contacto con ellos, ni una sola de las docenas de culturas mriss habían desarrollado una forma de arte tridimensional.

—Interesante —dijo Pellaeon, obediente—. ¿Algún defecto en su estructura perceptiva?

—Muchos expertos todavía piensan así. Sin embargo, para mí es evidente que el descuido fue un caso de puntos débiles culturales; combinado con uno muy sutil, pero igualmente fuerte, de armonización social. Una combinación de características que sabremos explotar.

Pellaeon contempló la obra de arte y su estómago se tensó.

—¿Vamos a atacar Mriss?

—Está maduro para la conquista, desde luego —indicó Thrawn—. Y una base situada allí nos permitiría lanzar ataques contra el mismísimo corazón de la Rebelión.

—Sólo que la Rebelión ya debe de saberlo —apuntó con cautela Pellaeon. Si las incesantes demandas de C'baoth en el sentido de atacar Coruscant habían hecho mella en el gran almirante...—. Lanzarían un contraataque masivo, señor, si nos apoderáramos de Mriss.

—Exacto —sonrió Thrawn, con torva satisfacción—. Lo cual significa que cuando estemos preparados para atraer a la flota del sector de Coruscant a una emboscada, Mriss será el señuelo perfecto. Si salen a nuestro encuentro, les derrotaremos. Y si intuyen la trampa y se niegan a luchar, tendremos una base avanzada. Sea como sea, el Imperio triunfará.

Extendió la mano hacia el tablero y la obra de arte holográfica se transformó en un mapa estelar táctico.

—Pero estamos haciendo cabalas sobre el futuro —siguió Thrawn—. De momento, nuestro objetivo principal es acumular una fuerza lo bastante poderosa para asegurar nuestra victoria definitiva, y romper el equilibrio de la Rebelión al mismo tiempo.

Pellaeon cabeceó.

—El ataque a Ord Mantell supondrá un paso importante en ese sentido.

—Crearé cierto grado de temor en los sistemas circundantes, sin duda —reconoció Thrawn—, y aliviaré algo de la presión rebelde sobre nuestras líneas de aprovisionamiento a los astilleros.

—Lo cual nos será de gran ayuda —dijo Pellaeon, ceñudo—. El último informe llegado de Bilbringi afirmaba que los astilleros se estaban quedando sin gas tibanna, así como sin hfredio y kammris.

—Ya he ordenado a la guarnición de Bepin que aumente la producción de gas tibanna —contestó Thrawn, y tecleó en el tablero—. En cuanto a los metales, Inteligencia informó hace poco que había descubierto abundantes reservas.

El informe apareció en la pantalla, y Pellaeon se adelantó para leerlo. No pasó de la lista de emplazamientos.

—¿Esto es lo que Inteligencia llama reservas abundantes?

—¿Debo suponer que no está de acuerdo? —preguntó con mansedumbre Thrawn.

Pellaeon volvió a examinar el informe y notó que una mueca se extendía sobre su rostro. El

Imperio ya había atacado en otra ocasión el complejo minero ambulante de Lando Carlissian en el planeta supercaliente de Nkllon, cuando necesitaban topes mineros para el ataque a los astilleros de Sluis Van. El otro ataque había costado al Imperio más de un millón de horas de trabajo por hombre, primero a fin de preparar el Destructor Estelar *Justiciero* para el intenso calor reinante, y después para reparar los daños.

—Supongo que eso dependerá, señor, del tiempo que dejemos de utilizar el Destructor Estelar destinado a la incursión.

—Una cuestión muy interesante —admitió Thrawn—. Por suerte, esta vez no será necesario comprometer ningún Destructor Estelar. Tres de los nuevos Acorazados serán más que suficientes para neutralizar la seguridad de Nkllon.

—Pero un Acorazado no podrá... Ah —Pellaeon se interrumpió cuando comprendió la idea—. No será preciso que sea lo bastante grande para resistir la luz del sol. Si se apodera de una de las naves escudo que acompañan a los cargueros para entrar y salir del sistema interior, un Acorazado es lo bastante pequeño para protegerse bajo su sombrilla.

—Exacto —asintió Thrawn—. Y capturar una no plantea ningún problema. Pese a su inmenso tamaño, las naves escudo son poco más que sistemas refrigerantes protectores, de poca potencia y tripulación. Seis lanzaderas de asalto bien armadas bastarán.

Pellaeon asintió, sin dejar de examinar el informe.

—¿Y si Carlissian vende sus reservas antes de que nuestra fuerza llegue?

—No lo hará —aseguró Thrawn—. El precio del metal en el mercado ha vuelto a subir, y hombres como Carlissian siempre esperan a que suba un poco más.

A menos que Carlissian experimentara una oleada de fervor patriótico hacia sus amigos de la Nueva República y decidiera vender sus metales a un precio módico.

—De todas formas, señor, recomiendo que el ataque se lleve a cabo lo antes posible.

—Tomo nota de la recomendación, capitán —sonrió Thrawn—. De hecho, ya se ha consumado. El ataque se lanzó hace diez minutos.

Pellaeon sonrió con rigidez. Algún día, decidiría, aprendería a no subestimar al gran almirante.

—Sí, señor.

Thrawn se reclinó en su silla.

—Regrese al puente, capitán, y prepárese para saltar a la velocidad de la luz. Ord Mantell nos espera.

El pitido del tablero arrancó a Luke de su amodorramiento. Dedicó a las pantallas un rápido examen.

—Erredós —llamó, y se estiró cuanto pudo en los estrechos límites de la cabina—, casi hemos llegado. Prepárate. Un nervioso gorjeo le respondió.

—Tranquilo, Erredós —urgió Luke al androide.

Rodeó con los dedos la palanca hiperespacial y dejó que la Fuerza fluyera por su cuerpo. Casi había llegado el momento... Ahora. Tiró de la palanca, las estelas aparecieron y se transformaron en estrellas.

Y justo enfrente, divisó el planeta natal de los noghri, Honoghr.

Erredós lanzó un suave silbido.

—Lo sé —reconoció Luke, y él también se sintió un poco mal.

Leia ya le había contado lo que iba a encontrar, pero pese a todo, la visión del planeta le resultó estremecedora. Bajo las tenues nubes blancas que flotaban sobre la superficie, toda la masa de tierra planetaria era de un pardo uniforme. Hierba *kholm*, lo había llamado Leia, las plantas nativas honoghranas que el Imperio había modificado genéticamente para perpetuar su sistemática destrucción de la ecología planetaria. Aquel engaño, combinado con la ayuda limitada de Vader, y de Thrawn después, había proporcionado al Imperio cuatro décadas de servicios noghri. Incluso ahora, escuadrones de Comandos de la Muerte noghri estaban diseminados a lo largo y ancho de la galaxia, los cuales combatían y morían por aquellos cuya traición despiadada e hipócrita compasión les habían convertido en esclavos.

Erredós gorjeó algo, y Luke apartó la vista del silencioso monumento a la falta de escrúpulos imperial.

—No lo sé —admitió, cuando la pregunta del androide apareció en la pantalla del ordenador—. Tendríamos que enviar un equipo de especialistas en ecología y medio ambiente. No creo que sirva de mucho, ¿verdad?

El androide canturreó, un encogimiento de hombros electrónico que se transformó de súbito en un chillido asustado. Luke levantó la cabeza, justo cuando pasaba por encima un pequeño y rápido patrullero.

—Creo que nos han localizado —comentó, con la mayor indiferencia posible—. Confiemos en que sean los noghri, y no los imp...

—Identifíquese, caza —maulló en el comunicador una voz profunda y gatuna.

Luke pulsó la tecla de transmisión, al tiempo que proyectaba la Fuerza hacia la nave, que había adoptado posición de ataque. Incluso desde aquella distancia detectó un piloto de carne y hueso, lo cual significaba que había un noghri en su interior. Al menos, así lo esperaba.

—Soy Luke Skywalker —dijo—, hijo de lord Darth Vader, hermano de Leia Organa Solo.

El comunicador permaneció en silencio un largo momento, k

—¿Para qué has venido? \*;

La prudencia normal sugería que no sacara a colación el tema de sus células de energía hasta no tener una idea mejor sobre la política de los líderes noghri. Sin embargo, Leia le había repetido varias veces la buena impresión que le habían causado el sentido del honor y la rectitud noghri.

—Las células principales de energía de mi nave están averiadas —respondió—. Pensé que tal vez ustedes podrían ayudarme. Surgió un suave siseo del comunicador.

—Nos pones en gran peligro, hijo de Vader —dijo el noghri—. Naves imperiales aterrizan en Honoghr de vez en cuando. Si te descubren, todos sufriremos las consecuencias.

—Comprendo —contestó Luke, liberado de un pequeño peso. Si los noghri estaban preocupados por la posibilidad de que los imperiales le descubrieran, eso quería decir que, al menos, no habían rechazado por completo la invitación de Leia a rebelarse contra el Imperio—. Si así lo prefieren, me marcharé.

Contuvo el aliento cuando, detrás de él, Erredós gimió en voz baja. Si el noghri le tomaba la palabra, era dudoso que pudieran llegar a otro sitio con la energía que les quedaba.

Por lo visto, el noghri estaba pensando más o menos lo mismo.

—Lady Vader ya se ha arriesgado mucho por los noghri —dijo—. No podemos permitir que

pongas en peligro tu vida. Sígueme, hijo de Vader. Te proporcionaré toda la seguridad que esté en manos de los noghri.

Según Leia, sólo existía en Honoghr una pequeña zona capaz de albergar otra vida vegetal que no fuera la hierba *kholm*. Kha-barakh y la maitrakh del clan Kihm'bar la habían ocultado a ella, junto con Chewbacca y Cetrespeó, en uno de los pueblos de dicha zona, consiguiendo esconderles con cierta habilidad y algo más que un poco de suerte a los ojos de los imperiales. Leia había incluido el emplazamiento de la Tierra Limpia y las coordenadas del sistema, y cuando Luke siguió al patrullero hacia la superficie del planeta, observó al instante que no tomaban esa dirección.

—¿Adonde nos dirigimos? —preguntó al piloto noghri, cuando descendieron bajo una capa de nubes.

—Al futuro de nuestro planeta.

—Ah —murmuró Luke por lo bajo. Divisó enfrente una doble línea de riscos mellados, como las espinas dorsales algo estilizadas de dos dragones krayt de Tatooine—. ¿Está su futuro en esas montañas? —aventuró.

Otro siseo surgió del comunicador.

—Como lady Vader, y lord Vader antes que ella, tú también lees en las almas de los noghri.

Luke se encogió de hombros. Sólo había sido una suposición afortunada.

—¿Adonde vamos?

—Otros te lo enseñarán. Aquí debo dejarte. Hasta la vista, hijo de Vader. Mi familia celebrará durante largo tiempo el honor recibido este día.

El patrullero se elevó de repente, en dirección al espacio...

Y con perfecta sincronía, dos vehículos aéreos de combate se materializaron de la nada y tomaron posiciones a los flancos.

—Te saludamos, hijo de Vader —dijo una nueva voz por el comunicador—. Es un honor guiarte. Síguenos.

Uno de los vehículos se adelantó para dirigir la expedición, y el otro se situó a la retaguardia. Luke intentó ver cuál era su objetivo. En teoría, los riscos estaban tan pelados como el resto del planeta.

Erredós canturreó, y un mensaje apareció en la pantalla de Luke.

—¿Un río? —preguntó Luke, y miró por la cubierta transparente—. ¿Dónde? Ah, ya lo veo. Entre dos de los riscos, ¿verdad?

El androide gorjeó una afirmación. Parecía un río muy rápido, decidió Luke cuando se acercaron y distinguió las numerosas líneas de agua blanca que indicaban rocas sumergidas. Tal vez eso explicaba por qué la garganta que corría entre ambos riscos era tan profunda y afilada.

Llegaron a los extremos de las líneas del risco pocos minutos después. El primer vehículo aéreo giró a estribor, sobrevoló una serie de estribaciones y desapareció tras uno de los riscos más elevados. Luke le siguió y sonrió cuando un antiguo recuerdo acudió a su mente. «Tienes que maniobrar por esa fosa...» Rodeó las estribaciones y se internó en las sombras de los acantilados.

Y entró en un mundo completamente diferente. A lo largo de las estrechas orillas del río, la tierra era una masa sólida de verde brillante.

Erredós silbó asombrado.

—Son plantas —explicó Luke, y se dio cuenta al instante de lo ridícula que era la frase.

Pues claro que eran plantas, pero encontrar plantas en Ho-noghr...

—Es el futuro de nuestro planeta —dijo uno de sus escoltas, con un sombrío orgullo inconfundible en su voz—. El futuro que lady Vader nos proporcionó. Síguenos, hijo de Vader. La zona de aterrizaje está allí delante.

La zona de aterrizaje resultó ser un enorme canto rodado liso que penetraba en el río. Luke descendió, sin dejar de vigilar las aguas veloces del río. Por suerte, el canto rodado era más grande de lo que parecía desde cincuenta metros de altitud. Los vehículos aéreos aguardaron a que aterrizara, dieron la vuelta y se dirigieron hacia la garganta. Luke desconectó los sistemas del caza y miró a su alrededor.

La alfombra verde no era tan monocroma como había pensado. Contenía cuatro tonos diferentes, como mínimo, entrelazados en una configuración demasiado consistente para ser casual. Una tubería se hundía en el río en un punto, y su otro extremo desaparecía entre la vegetación. Decidió que utilizaban la presión de la corriente para regar la tierra. A unos metros del canto rodado, corriente abajo, oculto por una roca que sobresalía, divisó un pequeño edificio, similar a una cabaña. Dos noghri montaban guardia ante la puerta, uno de piel gris acero, y el otro de un gris mucho más oscuro. Mientras les observaba, se encaminaron en su dirección.

—Parece el comité de recepción —comentó Luke a Erredós, y abrió la cubierta—. Quédate aquí, y lo digo en serio. Te caerás al agua, como en aquel primer viaje a Dagobah, y tendrás suerte si encontramos todas las piezas.

No necesitó repetir la orden. Erredós emitió un gorjeo nervioso, y luego una pregunta.

—Sí, estoy seguro de que son amigos —le tranquilizó Luke, mientras se quitaba el casco de vuelo y se levantaba—. No te preocupes, no me alejaré mucho.

Saltó por el costado del caza y caminó hacia sus anfitriones.

Los dos noghri ya habían llegado al borde del canto rodado, y le contemplaban en silencio. Luke hizo una mueca mientras se acercaba. Proyectó la Fuerza y deseó poseer la habilidad suficiente para extraer alguna lectura de esta especie.

—En nombre de la Nueva República, yo os saludo —dijo, cuando estuvo lo bastante cerca para hacerse oír por encima del rugido del río—. Soy Luke Skywalker, hijo de lord Darth Vader, hermano de Leia Organa Solo.

Extendió la mano izquierda, con la palma hacia arriba, tal como Leia le había enseñado.

El noghri de mayor edad avanzó y tocó con su morro la palma de Luke. Las fosas nasales se aplastaron contra su piel, y Luke tuvo que reprimir las cosquillas.

—Yo te saludo, hijo de Vader —dijo el alienígena, y liberó la mano de Luke. Los dos noghri se postraron de hinojos al unísono, con las manos extendidas a los costados, en el gesto que Leia había descrito—. Soy Ovkhevam del clan Bakh'tor. Sirvo al pueblo noghri en el futuro de nuestro planeta. Tu presencia nos honra.

—Vuestra hospitalidad me honra —contestó Luke, cuando ambos alienígenas se irguieron—. ¿Y tu acompañante es...?

—Soy Khabarakh del clan Kihm'bar —dijo el noghri más joven—. Ahora, el clan Vader me ha honrado por partida doble.

—Khabarakh del clan Kihm'bar —repitió Luke, y examinó al joven noghri con más atención. De modo que éste era el noghri que lo había arriesgado todo, primero al presentar a Leia a su pueblo, y después, al protegerla del gran almirante Thrawn—. Te doy las gracias por los servicios que prestaste a mi hermana Leia. Mi familia y yo estamos en deuda contigo.

—No sois vosotros quienes estáis en deuda, hijo de Vader —dijo Ovkhevam—, sino el pueblo noghri. Las acciones de Khabarakh del clan Kihm'bar fueron sólo el primer pago.

Luke asintió, sin saber qué decir.

—¿Llamas a este lugar el futuro de vuestro planeta? —preguntó, con la esperanza de cambiar de tema.

—Es el futuro que lady Vader deparó al pueblo noghri —dijo Ovkhevam, y movió las manos en un gesto circular que abarcaba todo el valle—. Gracias a su regalo, limpiamos la tierra de las plantas ponzoñosas del Imperio. Algún día, aquí se cultivará comida para todo el mundo.

—Es impresionante —dijo Luke, muy en serio.

En terreno descubierto, aquel verdor habría destacado contra el fondo de hierba kholm como un bantha en una reunión familiar de Jawa, pero aquí, gracias a los farallones gemelos que bloqueaban la vista desde todas partes, como no fuera justo desde encima, existían buenas posibilidades de que las naves imperiales nunca sospecharan su existencia. El río suministraba agua suficiente, la baja latitud implicaba una temporada de cultivo algo más larga que en la propia Tierra Limpia, y si ocurría lo peor, cierto número de cargas explosivas distribuidas adecuadamente bloquearían el río o volarían parte de los farallones, sepultando las pruebas de su silenciosa rebelión contra el Imperio.

Y los noghri habían planeado, diseñado y construido todo en apenas un mes. No era de extrañar que Thrawn y Vader les hubieran considerado utilísimos servidores.

—Fue lady Vader quien hizo esto posible —dijo Ovkhevam—. Tenemos poco que ofrecer en lo tocante a hospitalidad, hijo de Vader, pero todo cuanto tenemos es tuyo.

—Gracias, pero tal como señaló el piloto del patrullero, mi presencia en Honoghr es peligrosa para vosotros. Si está en vuestras manos sustituir mis células de energía dañadas, me iré en cuanto pueda. Pagaré, por supuesto.

—No aceptaremos ningún pago del hijo de Vader —replicó Ovkhevam, sorprendido por la idea—. Sería un simple renglón de la deuda contraída con vosotros por el pueblo noghri.

—Comprendo —dijo Luke, y reprimió un suspiro.

Sus intenciones eran buenas, pero aquel sentimiento de culpabilidad por haber servido al Imperio debía desaparecer. Razas y seres mucho más sofisticados que ellos también habían sido víctimas de las argucias del emperador.

—Supongo que el primer paso consistirá en averiguar si tenéis recambios que se adapten a mi nave. ¿Cómo lo hacemos?

—Ya está hecho —dijo Khabarakh—. Los vehículos aéreos transmitirán tu petición al espaciopuerto de Nystao. Las células de energía y los técnicos que las instalarán llegarán aquí al anochecer.

—Entretanto, te ofrecemos nuestra hospitalidad —añadió Ovkhevam, que miró de reojo a

Khabarakh, como indicándole que debía dejarle hablar a él.

—Será un honor —respondió Luke—. Guiadme.

La cabaña era tan pequeña como aparentaba desde el canto rodado de aterrizaje. Casi todo el espacio disponible estaba ocupado por dos estrechos catres, una mesa baja y lo que parecía ser el módulo de preparación y almacenamiento de comida, extraído de una pequeña nave espacial. Al menos, ahogaba en parte el estruendo del exterior.

—Éste será tu hogar mientras residas en Honoghr —dijo Ovkhevam—. Khabarakh y yo montaremos guardia fuera, para protegerte con nuestras vidas.

—No será necesario —le aseguró Luke, y paseó la vista por la cabaña. Estaba preparada para ser ocupada durante mucho tiempo—. ¿Puedo preguntar qué hacéis los dos aquí?

—Soy el responsable de este lugar —contestó Ovkhevam—. Recorro la tierra, para ver si las plantas crecen como es debido. Khabarakh del clan Kihm'bar... —Miró al joven alienígena, y Luke creyó distinguir una nota de sombrío humor en sus ojos—. Khabarakh del clan Kihm'bar es un fugitivo del pueblo noghri. Incluso ahora, muchas de nuestras naves le siguen buscando.

—Claro —dijo con sequedad Luke.

Había sido vital que el joven comando «escapara» de su custodia y desapareciera de la vista, teniendo en cuenta la amenaza, proferida por el gran almirante Thrawn, de que sería sometido a un completo interrogatorio imperial. También era vital que la noticia de la traición imperial llegara a oídos de los comandos noghri esparcidos por la galaxia. Los dos objetivos se complementaban a las mil maravillas.

—¿Necesitas comida, o descanso? —preguntó Ovkhevam.

—Estoy bien, gracias. Lo mejor será que vuelva a mi nave y empiece a desmontar esas células de energía.

—¿Puedo ayudarte? —se ofreció Khabarakh.

—Te lo agradezco, sí. —Luke no necesitaba ayuda, pero cuanto antes saldaran los noghri su supuesta deuda, mejor—. Vamos. La caja de herramientas está en la nave.

—Noticias de Nystao —dijo Khabarakh, y avanzó como un ser invisible en la oscuridad hasta donde estaba Luke, de espaldas al patín de aterrizaje del caza—. El capitán de la nave imperial ha decidido terminar unas reparaciones de poca importancia. Supone que el trabajo se llevará a cabo en dos días. —Vaciló—. Los dinastas te piden perdón, hijo de Vader.

—No es necesario —afirmó Luke, y contempló la tenue cinta de estrellas que brillaban en la negrura total. Tardaría dos días más en marcharse de Honoghr—. Cuando vine, ya sabía que podía suceder esto. Sólo lamento tener que imponeros mi presencia.

—Tu presencia no es una imposición.

—Agradezco la hospitalidad. —Luke cabeceó en dirección a las estrellas—. Supongo que no hay señales de que hayan localizado mi nave.

—¿Acaso no lo sabría ya el hijo de Vader?

Luke sonrió en la oscuridad

—Hasta los Jedi tienen limitaciones, Khabarakh. El peligro lejano es difícil de detectar.

Sin embargo, se recordó en silencio, la Fuerza seguía acompañándole. Aquel Crucero de Ataque podría haber aparecido en un momento mucho más comprometido, mientras el grupo de técnicos noghri iba o regresaba del valle, por ejemplo, o cuando Luke se elevara hacia el espacio. Un capitán avisado habría reparado en cualquiera de ambos eventos, y lo habría estropeado todo.

Captó el susurro de un movimiento, más intuitivo que oído, cuando Khabarakh se sentó a su lado.

—No es suficiente, ¿verdad? —preguntó el noghri en voz baja—. Este lugar. Los dinastas lo llaman nuestro futuro, pero no lo es.

Luke meneó la cabeza.

—No —tuvo que admitir—. Han hecho un tremendo esfuerzo, y servirá para alimentar a tu pueblo, pero el futuro de Honoghr... No soy un experto, Khabarakh, pero por lo que he visto aquí, creo que Honoghr no puede salvarse.

El noghri siseó entre sus dientes afilados, un sonido que el ruido del agua casi ahogó.

—Expresas el sentir de muchos noghri —dijo—. Quizá nadie lo crea.

—Os ayudaremos a encontrar un nuevo hogar —prometió Luke—. Hay muchos planetas en la galaxia. Os encontraremos un lugar donde podáis volver a empezar. Khabarakh siseó de nuevo.

—Pero no será Honoghr. Luke tragó saliva.

—No.

Nadie habló durante unos minutos. Luke escuchó el ruido del agua, afligido por los noghri, pero no podía cambiar lo que había ocurrido en Honoghr. Sí, los Jedi tenían sus limitaciones.

El aire se agitó cuando Khabarakh se levantó.

—¿Tienes hambre? —preguntó a Luke—. Puedo traerte algo de comer.

—Sí, gracias.

El noghri se fue. Luke reprimió un suspiro y cambió de posición. Ya le fastidiaba bastante conocer la existencia de un problema que no podía solucionar, pero no era nada comparado con la experiencia de pasar dos días más sin hacer nada, enfrentado a la acusadora realidad.

Contempló la tenue senda de estrellas y se preguntó qué opinaba Leia acerca de la situación. ¿Se habría dado cuenta, también, de que era imposible salvar Honoghr, o se le había ocurrido alguna idea para recuperarlo?

¿O había estado demasiado ocupada en sobrevivir para pensar en ello?

Hizo una mueca cuando otra punzada de culpabilidad le hirió.

En Coruscant, su hermana estaba a punto de dar a luz a los gemelos. Por lo que él sabía, igual ya había ocurrido. Han estaba con ella, por supuesto, pero él también habría deseado acompañarla...

Claro que si no podía ir en persona...

Respiró hondo y relajó todo el cuerpo. Una vez, en Dagobah, había sido capaz de escudriñar el futuro, para ver a sus amigos, y el sendero que seguían. Después, Yoda le había guiado..., pero si era capaz de descubrir el método, quizá podría echar un vistazo a sus sobrinos. Concentró con todo cuidado sus pensamientos y su voluntad, y proyectó la Fuerza...

Leia estaba acurrucada en la oscuridad, con el desintegrador y la espada de luz en las manos, y su corazón latía con miedo y determinación. Detrás de ella se encontraba Winter, que aferraba con fuerza dos pequeñas vidas, indefensas y frágiles. Una voz, la de Han, tronó con ira y la misma determinación. Chewbacca estaba cerca, por encima de los demás, pensó, y Lando le acompañaba. Ante ellos se movían siluetas borrosas, cuyas mentes albergaban amenazas y una fría y mortífera finalidad. Un desintegrador disparó, luego otro, una puerta se abrió...

—¡Leia! —gritó Luke, y su cuerpo se estremeció violentamente cuando el trance se rompió como una burbuja.

Una imagen final centelleó y desapareció en la noche de Ho-noghr. Una persona sin rostro, que avanzaba hacia su hermana y sus hijos desde las sombras. Una persona provista del poder de la Fuerza...

—¿Qué pasa? —preguntó una voz noghri a su espalda.

Luke abrió los ojos, descubrió a Khabarakh y Ovkhevam acucillados delante de él. Un pequeño bastón lumínico bañaba sus rostros de pesadilla con una tenue luz.

—He visto a Leia —dijo, y oyó su voz temblorosa—. Ella y sus hijos estaban en peligro. —Respiró entrecortadamente y expulsó la adrenalina de su cuerpo—. He de volver a Coruscant.

Ovkhevam y Khabarakh intercambiaron una mirada.

—Pero si el peligro es actual... —empezó Ovkhevam.

—No era actual. —Luke meneó la cabeza—. Vi el futuro, pero ignoro qué momento preciso.

Khabarakh tocó el hombro de Ovkhevam, y los noghri conversaron unos minutos en su idioma. «Tranquilo —se dijo Luke, utilizando las técnicas de relajación Jedi—. Tranquilo.» Lando aparecía en la visión, lo había visto con gran nitidez, pero Lando, por lo que él sabía, seguía en Nkllon, ocupado en sus operaciones mineras de Ciudad Nómada. Lo cual significaba que Luke aún tenía tiempo de regresar a Coruscant antes de que tuviera lugar el ataque contra Leia.

¿Estaba en lo cierto? ¿Era la visión una verdadera imagen del futuro, o provocaría lo que había visto un cambio en los acontecimientos? «Es difícil de ver —había dicho el maestro Yoda, cuando Luke tuvo la visión en Dagobah—. El futuro siempre está en movimiento.» Y si alguien con un conocimiento tan profundo de la Fuerza como Yoda había sido incapaz de abrirse paso entre las incertidumbres...

—Si lo deseas, hijo de Vader, los comandos se apoderarán de la nave imperial —dijo Ovkhevam—. Si sus tripulantes fueran aniquilados con rapidez, nadie culparía a los noghri.

—No puedo permitir que hagáis eso. —Luke meneó la cabeza—. Es demasiado peligroso. Es imposible garantizar que no envíen un mensaje.

Ovkhevam se irguió.

—Si lady Vader está en peligro, el pueblo noghri desea correr ese riesgo.

Luke les miró y una extraña sensación le invadió. Aquellas caras noghri de pesadilla no habían cambiado, pero en el espacio de un segundo, sí la forma en que las percibía Luke. Ya no constituían un conjunto abstracto de rasgos alienígenas. De repente, eran unas caras amigables.

—La última vez que tuve una visión semejante, me marché sin intentar ayudar —dijo en voz baja—. Lo cierto es que no sólo no ayudé a nadie, sino que casi arruiné su posibilidad de escapar. —Contempló su mano derecha artificial. Revivió de nuevo el siniestro recuerdo de la espada de luz de Vader cuando cercenó su muñeca—. Y también otras cosas. —Levantó la vista hacia ellos—. No volveré a cometer el mismo error, mientras las vidas de los noghri estén en juego. Esperaré a que la nave imperial se haya marchado.

Khabarakh extendió la mano y tocó su hombro.

—No sufras por su seguridad, hijo de Vader —dijo—. No será fácil derrotar a lady Vader, mientras el wookie Chewbacca esté a su lado.

Luke contempló las estrellas. No, mientras Han, Chewie y la guardia de seguridad de palacio la protegieran, Leia daría buena cuenta de intrusos vulgares.

Pero había una última imagen borrosa. La persona que había sentido plena de Fuerza...

En Jomarle, el maestro C'baoth había dejado muy claro que quería a Leia y a los niños. ¿Los desearía tanto que iría a buscarlos en persona a Coruscant?

—Vencerán —repitió Khabarakh. Luke asintió, con un esfuerzo.

—Lo sé —dijo, intentando aparentar confianza. Era absurdo que todos ellos se preocuparan.

La última hoguera se apagó, la última microfractura se cerró, el último herido fue conducido a la enfermería... y con una extraña mezcla de resignación y furia fría, Lando Carlissian miró por la ventana de su sala de mando particular y supo que todo había terminado. Ciudad Nube, en Bepin, y ahora, Ciudad Nómada, en Nkllon. Por segunda vez, el Imperio le había arrebatado algo que había creado con grandes esfuerzos, transformándolo en cenizas.

Un pitido surgió de la consola del escritorio. Se acercó y tocó el interruptor del comunicador.

—Carlissian —dijo, y se secó la frente con la otra mano.

—Señor, soy Bagitt, de la Central de Máquinas —dijo una voz cansada—. El último motor de propulsión acaba de pararse.

Lando hizo una mueca, pero después de los daños provocados por los cazas TIE a su explotación minera ambulante, ya nada le sorprendía.

—¿Alguna posibilidad de reparar los suficientes para seguir funcionando? —preguntó.

—Sin una fragata que traiga piezas de repuesto, imposible —explicó Bagitt—. Lo siento, señor, pero hay demasiadas cosas rotas o fundidas.

—Entendido. En ese caso, ordene a su gente que se concentre en mantener activado el soporte vital.

—Sí, señor. Ummm... Señor, corre el rumor de que se han interrumpido todas las comunicaciones de largo alcance.

—Sólo temporalmente —le tranquilizó Lando—. Ya hay gente trabajando en ello, y suficientes piezas de repuesto para fabricar dos nuevos transmisores.

—Sí, señor —dijo Bagitt, en un tono menos apesadumbrado—. Bien, iré a ver cómo anda el soporte vital.

—Manténgame informado.

Lando cortó la comunicación y caminó hacia la ventana. Les quedaban veinte días; sólo veinte días antes de que la lenta rotación de Nkllon les transportara desde el centro de la cara oscura a pleno sol. En cuyo caso ya no importaría si funcionaban o no los motores de propulsión, las comunicaciones o el soporte vital. Cuando el sol iniciara su lenta ascensión sobre el horizonte, todos los supervivientes de Ciudad Nómada se dirigirían hacia una muerte muy rápida y muy caliente.

Veinte días.

Lando contempló el cielo nocturno y dejó que sus ojos resbalaran sobre las configuraciones de constelaciones con las que soñaba en sus contados momentos de ocio. Si conseguían reparar el transmisor de largo alcance antes de dos días, podrían pedir ayuda a Coruscant. Independientemente de los daños infligidos por la fuerza imperial a las naves escudo, en la base del sistema exterior, los técnicos de la Nueva República lograrían reparar una, como mínimo, para un último viaje al sistema interior. Iría justo, pero con un poco de suerte...

De repente, sus pensamientos se interrumpieron. Casi enfrente, había aparecido la brillante estrella de una nave escudo que se aproximaba.

Dio un paso instintivo hacia el escritorio para alertar a las estaciones de combate. Si los imperiales regresaban para rematar la faena...

Se detuvo. No. Si eran los imperiales, todo había terminado. Ya no le quedaban cazas, ni defensas en Ciudad Nómada. Era absurdo inquietar a los suyos por nada.

Entonces, surgió del escritorio la estática chirriante de una señal de comunicación.

—Ciudad Nómada, soy el general Bel Iblis —tronó una voz que recordaba muy bien—. ¿Alguien me escucha? Lando se precipitó hacia el escritorio.

—Al habla Lando Carlissian, general —dijo, en el tono más desenvuelto que pudo forzar—. ¿La nave que se acerca es la de ustedes?

—En efecto. Estábamos en Qat Chrystac cuando recibimos su señal de socorro. Lamento no haber llegado a tiempo.

—Y yo también. ¿Qué aspecto tiene la base de naves escudo?

—Desastroso, me temo. Esas naves escudo son demasiado grandes para destruirlas fácilmente,



pero los imperiales se emplearon a fondo. En este momento, sólo una parece estar en condiciones de volar.

—Bien, todo este parloteo es inútil. Ciudad Nómada está acabada.

—¿No hay manera de moverla de nuevo?

—Antes de los veinte días que faltan para que el sol nos achicharre, no. Podríamos hundirla lo bastante bajo tierra para intentar un viaje alrededor de la cara iluminada, pero necesitamos equipo pesado del que carecemos.

—Quizá podríamos sacarla de Nkllon y llevarla al sistema exterior, para repararla —sugirió Bel Iblis—. Una fragata de asalto y un par de elevadores pesados bastarían, si logramos que vuele otra nave escudo.

—Y convencemos al almirante Ackbar de que nos ceda una fragata de asalto.

—Tiene razón —admitió Bel Iblis—. Supongo que debería conocer las demás malas noticias. ¿Qué se llevó el Imperio? Lando suspiró.

—Todo. Todas nuestras reservas: hfredio, kammris, dolovita... Todo lo que se le ocurra, y más. Si lo extrajimos, se lo llevaron.

—¿Cuánto en total?

—Unos cuatro meses de trabajo. Más de tres millones, según los precios vigentes en el mercado.

Bel Iblis guardó silencio unos instantes.

—Ignoraba que este lugar era tan productivo. Es fundamental que convenzamos a Coruscant de que les ayuden a funcionar de nuevo. ¿Cuánta gente tiene aquí?

—Algo menos de cinco mil. Algunos están bastante malheridos.

—Tengo mucha experiencia en trasladar heridos —dijo en tono sombrío Bel Iblis—. No se preocupe, les subiremos a bordo. Quiero que destine a un grupo a la reparación de las naves escudo. Todos los demás serán transportados a Qat Chrystac. Es un lugar tan bueno como cualquier otro para que transmita una petición oficial de ayuda a Coruscant.

—Creía que ya no había lugares desde donde transmitir peticiones —gruñó Lando.

—Tienen mucho en qué pensar —admitió Bel Iblis—, pero yo diría que cuenta con bastantes posibilidades de una respuesta positiva.

Lando se mordisqueó el labio.

—Bien, vamos a probar. Lléveme a Coruscant y déjeme hablar con ellos en persona.

—Eso le representará cinco días más de viaje —recordó Bel Iblis—. ¿Puede permitírselo?

—Mejor cinco días desperdiciados así que sentado en Qat Chrystac, preguntándome si mi transmisión ha logrado salir del centro de comunicaciones —replicó Lando—. Digamos cinco días a Coruscant, uno o dos más para convencer a Leia de que me preste una nave y los elevadores, y diez más para volver aquí y terminar el trabajo.

—Diecisiete días. Muy justo.

—No se me ocurre una idea mejor. ¿Y a usted? Bel Iblis resopló.

—Bien, de todos modos había pensado dirigirme pronto a Coruscant. Da igual que sea ahora.

—Gracias, general.

—De nada. Será mejor que ordene prepararse a los suyos. Nuestras lanzaderas despegarán en cuanto lleguemos a la sombra planetaria.

—De acuerdo. Hasta pronto.

Lando cortó la comunicación. Era una jugada arriesgada, en efecto, y lo sabía, pero también la única esperanza, siendo realista. Además, aunque recibiera una negativa por respuesta, un viaje a Coruscant en este momento no era una mala idea. Vería a Leia, a Han y a los gemelos recién nacidos, y hasta puede que se topara con Luke o Wedge.

Miró por la portilla y torció los labios. Al menos, en Coruscant no tendría que preocuparse por ataques imperiales.

Conectó el interfono y procedió a dar la orden de evacuación.

Jacen se había quedado dormido mientras cenaba, pero Jaina aún porfiaba. Leia, tendida junto a su hija, cambió de postura en la cama y cogió de nuevo su agenda electrónica. Según sus confusas cuentas, había intentado cuatro veces leer aquella página.

—A la quinta va la vencida —comentó con ironía a Jaina, y acarició la cabeza de la niña con su mano libre.

Jaina, con cosas más perentorias en mente, no reaccionó. Por un momento, Leia contempló a su hija y experimentó una oleada de admiración que se sobreimpuso a su cansancio. Aquellas manitas que revoloteaban al azar sobre su cuerpo, el casquete de corto cabello negro que cubría su cabeza, la carita con aquella ansiosa expresión de concentración infantil mientras se esforzaba por comer. Una nueva vida, tan frágil y, al mismo tiempo, tan resistente.

Y Han y ella la habían creado. Habían creado las dos.

La puerta de sus aposentos se abrió.

—Hola, corazón —saludó Han en voz baja—. ¿Todo va bien?

—Estupendo —murmuró ella—. Estamos cenando otra vez.

—Comen como wookies famélicos. —Han se acercó a la cama y dedicó un breve examen a la situación—. ¿Jacen ya ha comido?

—Sólo quiso un aperitivo —dijo Leia, y estiró el cuello para mirar al dormido bebé, tendido en la cama de detrás—. Exigirá el segundo plato dentro de una hora o así.

—Ojalá lo hicieran al unísono —suspiró Han. Se sentó con cuidado en un lado de la cama y dejó el extremo del índice en la palma de Jacen. La diminuta mano se cerró alrededor del dedo, en un acto reflejo. Leia miró a su esposo y tuvo tiempo de ver su habitual sonrisa torcida—. Será fuerte.

—Deberías comprobar cómo aprieta ésta —contestó Leia, y miró a Jaina—. ¿Lando sigue abajo?

—Sí. Bel Iblis y él están hablando con el almirante Drayson. —Han apoyó su mano libre sobre el hombro de Leia. Notó el calor de su cuerpo bajo la bata—. Aún intentan convencerle de que envíe un par de naves a Nkllon.

—¿Cómo va?

Han movió el dedo que aferraba Jacen, y canturreó a su hijo dormido.

—No muy bien —admitió—. No conseguiremos izar del suelo a Ciudad Nómada sin algo del tamaño de una fragata de asalto. Drayson no tiene muchas ganas de desprenderse de algo tan grande.

—¿Insististe en lo mucho que necesitamos los metales de Lando?

—Lo mencioné. No le impresionó.

—Hay que saber hablar con Drayson. —Leia miró a Jaina. Seguía comiendo, pero sus ojos empezaban a cerrarse—. Tal vez cuando Jaina se haya dormido, bajaré y le echaré una mano a Lando.

—Muy bien —dijo con sequedad Han—. No te enfades, corazón, pero caer dormida sobre la mesa no impresionará a nadie. Leia hizo una mueca.

—No estoy tan cansada, gracias, y duermo tanto como tú.

—Ni por asomo. —Han apartó su mano del hombro de Leia y acarició la mejilla de Jaina—. Dormito entre comida y comida nocturna.

—No deberías despertarte. Winter y yo podemos sacar a los niños de la cuna tan bien como tú.

—Estupendo —dijo Han, con burlona indignación—. Pensabas que yo era de mucha utilidad antes de que aparecieran los críos. Ahora, ya no me necesitas, ¿eh? Pues sigue adelante y tírame a la cuneta.

—Pues claro que te necesito —le calmó Leia—. Mientras la mayoría de los androides estén destinados a tareas defensivas y haya que cambiar los pañales a dos niños, siempre tendrás un lugar.

—Oh, genial —gruñó Han—. Casi prefiero que me tires a la cuneta.

—Ya es demasiado tarde —le tranquilizó Leia. Acarició su cabeza y compuso un semblante serio—. Sé que quieres ayudar, Han, y te lo agradezco. Me siento culpable.

—Bien, no es necesario. —Han cogió su mano y la apretó—. Nosotros, los contrabandistas de la vieja guardia, estamos acostumbrados a trasnochar, no lo olvides. —Desvió la vista hacia la puerta de

la habitación de Winter—. ¿Winter ya se ha acostado?

—No, aún no ha vuelto —dijo Leia, y exploró la habitación con la mente. Estaba vacía—. Está abajo, ocupada en no sé qué...

—Yo sí —contestó Han, con expresión pensativa—. Está en la biblioteca, examinando los antiguos archivos de la Alianza. Leia estiró el cuello para escrutar su rostro.

—¿Problemas?

—No lo sé —dijo poco a poco Han—. Winter no habla mucho de lo que piensa. A mí no, al menos, pero algo la preocupa. Leia captó el destello de otra presencia detrás de la puerta.

—Ya ha vuelto —informó a Han—. Intentaré tirarle de la lengua.

—Buena suerte —rezongó Han. Dio un último apretón a la mano de Leia y se levantó—. Creo que bajaré, a ver si ayudo a Lando a persuadir a Drayson.

—Deberíais enredarle en una partida de sabacc —sugirió Leia—. Apostaos las naves, como Lando y tú hicisteis con el Halcón. Quizá podáis ganar una fragata de asalto.

—Cómo, ¿jugar contra Drayson? —bufó Han—. Gracias, cariño, pero Lando y yo no sabríamos qué hacer con una flota. Hasta luego.

—De acuerdo. Te quiero, Han.

Su marido le dedicó otra sonrisa torcida.

—Lo sé —dijo, y se marchó.

Leia suspiró, apoyó el hombro contra la almohada y se volvió a medias hacia la habitación de Winter.

—¿Winter? —llamó en voz baja.

Al cabo de unos segundos, la puerta se abrió en silencio.

—¿Sí, Alteza? —preguntó Winter, y entró en la habitación.

—Me gustaría hablar contigo un momento, si te va bien.

—Por supuesto. —Winter avanzó con aquella maravillosa gracia que Leia siempre le había envidiado—. Creo que Jacen se ha dormido. ¿Lo pongo en la cuna?

—Por favor —asintió Leia—. Han me ha dicho que estabas investigando en los antiguos archivos de la Alianza.

La expresión de Winter no se alteró, pero Leia notó el sutil cambio obrado en su estado de ánimo y en el lenguaje corporal.

—Sí.

—¿Puedo preguntar por qué?

Winter levantó con cuidado a Jacen de la cama y lo trasladó a la cuna.

—Creo que he descubierto a un agente imperial en el palacio —dijo—. Intentaba confirmarlo.

Leia sintió que el vello de su nuca se erizaba.

—¿Quién es?

—No me gustaría lanzar acusaciones antes de reunir más información. Podría estar equivocada.

—Comprendo tus escrúpulos, pero si tienes alguna idea sobre la filtración de información que lleva a cabo esta Fuente Delta, necesitamos conocerla ahora mismo.

—No está relacionada con Fuente Delta. —Winter agitó la cabeza—. Al menos, no directamente. Esa mujer no ha pasado aquí el tiempo suficiente.

Leia frunció el ceño y trató de leer en su mente. Captó mucha preocupación, tan fuerte como el deseo de no lanzar acusaciones precipitadas.

—¿Es Mara Jade? —preguntó. Winter vaciló.

—Sí, pero no tengo pruebas.

—¿Qué tienes?

—Poca cosa. —Winter arrojó a Jacen con la manta—. Una breve conversación con ella cuando salió de la sección médica. Me preguntó qué había hecho yo durante la Rebelión, y le hablé sobre mi trabajo en Provisiones y Adquisiciones. Entonces, ella me identificó como «Infalible».

Leia reflexionó. Winter había tenido muchos nombres cifrados en aquella época.

—¿Se equivocó?

—No. Utilicé ese nombre durante una corta temporada. Ésa es la cuestión. Sólo fui conocida como «Infalible» en Averam, durante unas pocas semanas. Antes de que la Inteligencia Imperial descubriera la célula de allí.

—Entiendo —dijo lentamente Leia—. ¿Mara no estaba con los averistas?

—No lo sé. —Winter meneó la cabeza—. Sólo conocí a muy pocos integrantes de aquel grupo. Por eso he repasado los archivos. Pensaba que encontraría la lista completa.

—Lo dudo. Las células locales casi nunca guardaban archivos personales. Si caían en manos del Imperio, el grupo estaba acabado.

—Lo sé, lo cual nos deja en un punto muerto.

—Tal vez.

Leia intentó recordar todo cuanto sabía acerca de Mara. Poca cosa. Mara nunca había proclamado su pertenencia anterior a la Alianza, lo cual parecía apoyar las sospechas de Winter. Por otra parte, habían pasado menos de dos meses desde que había convencido a Luke de que la ayudara a liberar a Karrde de una celda de la nave insignia del gran almirante Thrawn. Si era un agente imperial, carecía de sentido.

—Creo que —dijo poco a poco—, fuera cual fuese el bando de Mara, ya no sigue en él. Sólo debe de ser leal a Karrde y los suyos. Winter sonrió apenas.

—¿Es perspicacia Jedi, Alteza, o una educada opinión diplomática?

—Un poco de todo. Creo que no debemos temer nada de ella.

—Espero que tenga razón. —Winter señaló—. ¿Pongo a Jaina en la cama?

Leia miró a su hija, cuyos ojos estaban muy cerrados, y cuya boquita succionaba el aire.

—Sí, gracias —dijo, antes de acariciar la mejilla de Jaina—. ¿Aún prosigue la recepción en honor de la delegación sarkana? —preguntó, mientras se apartaba de Jaina y estiraba sus músculos entumecidos.

—Cuando pasé, aún continuaba. —Winter levantó a Jaina y la dejó en la cuna contigua a la de Jacen—. Mon Mothma sugirió que se dejara ver unos minutos, si podía.

—Sí, muy propio de ella.

Leia saltó de la cama y se encaminó al ropero. Una de las escasas ventajas de tener a dos recién nacidos en sus manos era que la proveían de una excusa para dar esquinazo a aquellas funciones gubernamentales superficiales que siempre parecían robar más tiempo del merecido. Mon Mothma intentaba atraerla de nuevo hacia aquel carrusel demencial.

—Lamento decepcionarla —dijo—, pero temo que me aguardan asuntos más urgentes. ¿Cuidarás de los gemelos?

—Desde luego —contestó Winter—. ¿Puedo preguntarle dónde estará?

Leia escogió en el ropero algo más apropiado para exhibir en público que la bata, y procedió a cambiarse.

—Voy a ver si averiguo algo sobre el pasado de Mara Jade. Notó desde el otro extremo de la habitación que Winter fruncía el ceño.

—¿Puedo preguntarle cómo? Leia sonrió.

—Se lo voy a preguntar.

Se erguía frente a ella, el rostro semioculto por la capucha de la túnica, sus brillantes ojos amarillentos clavados en la distancia infinita que les separaba. Sus labios se movieron, pero el rugido de las alarmas ahogó sus palabras, y Mara experimentó una inquietud que derivó a pánico rápidamente. Dos siluetas aparecieron entre el emperador y ella: la oscura e impresionante figura de Darth Vader, y la figura ataviada de negro, más pequeña, de Luke Skywalker. Se quedaron inmóviles ante el emperador, cara a cara, y encendieron las espadas de luz. Las hojas se cruzaron, blancorrojizo brillante contra blancoverdoso brillante, y se prepararon para la batalla.

Y entonces, sin previa advertencia, las espadas se apartaron... y ambos dieron media vuelta y se precipitaron hacia el emperador, con rugidos gemelos de odio audibles por encima de las alarmas.

Mara escuchó su propio grito cuando se abalanzó en ayuda de su amo, pero la distancia era demasiado grande, su cuerpo demasiado lento. Lanzó un grito de desafío, con la esperanza de distraerles, pero ni Vader ni Skywalker parecieron oírla. Rodearon al emperador y, mientras alzaban sus espadas, Mara vio que el emperador la estaba mirando.

Ella le devolvió la mirada, quiso desesperadamente alejarse del inminente desastre, pero fue incapaz de moverse. Un millar de pensamientos y emociones se agitaban en aquella mirada, un resplandeciente calidoscopio de miedo, dolor y rabia que giraba con demasiada rapidez para que pudiera asimilarlo. El emperador levantó las manos y proyectó cascadas de rayos blancoazulados hacia sus enemigos. Ambos hombres trastabillaron a causa del contraataque, y Mara pensó, con una repentina esperanza agónica, que esta vez podía terminar de manera diferente. Pero no. Vader y Skywalker resistieron y, con otro rugido de rabia, alzaron sus espadas.

Y entonces, sobre las espadas levantadas se oyó un trueno lejano...

Y con una sacudida que casi la despidió de la silla, Mara despertó del sueño.

Respiró hondo para mitigar las emociones provocadas por el sueño, dolor, ira y soledad. Esta vez, sin embargo, no contaría con la bendición de la soledad. Presintió otra presencia detrás de la puerta, y cuando saltó de la silla para adoptar una postura de combate automática, el trueno de su sueño, un leve golpe en la puerta, se repitió.

Durante un largo momento, pensó en guardar silencio, por si el visitante llegaba a la conclusión de que la habitación estaba vacía y se marchaba, pero decidió que la luz de la lámpara se vería por debajo de la anticuada puerta de goznes. Y si la persona era quien sospechaba, el silencio no la

engañaría.

—Adelante —gritó.

La puerta se abrió..., pero no era Luke Skywalker.

—Hola, Mara —saludó Leia Organa Solo—. ¿La interrumpo?

—En absoluto —contestó cortésmente Mara, y reprimió una mueca. Lo último que deseaba en este momento era compañía, sobre todo la de alguien relacionado con Skywalker. No obstante, mientras Ghent y ella estuvieran en el palacio, sería imprudente desairar a una persona de la influencia de Organa Solo—. Estaba leyendo los nuevos informes sobre las regiones donde se combate. Pase, por favor.

—Gracias. Yo también he echado un vistazo a esos informes hace un rato. El gran almirante Thrawn está justificando la confianza del difunto emperador en su capacidad, desde luego.

Mara le dirigió una acerada mirada, y se preguntó qué le habría contado Skywalker, pero los ojos de Organa Solo se habían desviado hacia la ventana y las luces de la ciudad imperial. Tampoco percibió en ella una actitud burlona.

—Sí, Thrawn era uno de los mejores —dijo—. Brillante e innovador, con un ansia de victoria casi compulsiva.

—Quizá necesitaba demostrar que era comparable a los demás grandes almirantes —sugirió Organa Solo—. Sobre todo, teniendo en cuenta su mestizaje y los sentimientos del emperador hacia los no humanos.

—Estoy segura de que algo de eso hay. Organa Solo avanzó otro paso hacia la ventana, con la espalda vuelta hacia Mara.

—¿Conocía bien al gran almirante? —preguntó.

—No, la verdad —contestó con cautela Mara—. Se comunicó con Karrde algunas veces, cuando yo estaba presente, y visitó nuestra base de Myrkr en una ocasión. Durante una temporada, compró gran cantidad de ysalamiri. Karrde calculó que se habían llevado cinco o seis mil...

—Me refería a si le conoció durante la guerra —dijo Organa Solo, y se volvió por fin hacia ella.

Mara sostuvo su mirada. Si Skywalker le había dicho... Pero, en ese caso, ¿por qué no la habían detenido? No; Organa Solo estaba dando palos de ciego.

—¿Por qué iba a conocer a Thrawn durante la guerra? —replicó. Organa Solo se encogió de hombros.

—Corren rumores de que usted sirvió al Imperio.

—¿Y quería asegurarse antes de encerrarme?

—Quería averiguar si sabe algo del gran almirante que podamos utilizar contra él —corrigió Organa Solo. Mara resopló.

—No hay nada. Carece de hábitos, de estrategias favoritas, de debilidades evidentes. Estudia a sus enemigos y planifica los ataques contra puntos ciegos psicológicos. No abusa de sus fuerzas, y el orgullo no le impide retroceder cuando está claro que pierde. Lo cual no ocurre a menudo. Como ya descubrirá. —Arqueó una ceja—. ¿Le he sido de ayuda? —añadió con sarcasmo.

—Pues sí. Si conseguimos localizar las debilidades que piensa explotar, quizá nos anticipemos a su ataque.

—No va a ser fácil —advirtió Mara. Organa Solo sonrió levemente.

—No, pero por algo se empieza. Gracias por su ayuda.

—De nada. ¿Desea algo más?

—No, creo que no. —Organa Solo se encaminó a la puerta—. He de ir a dormir antes de que los gemelos se despierten de nuevo. Usted también tendrá ganas de ir a la cama.

—¿Puedo seguir moviéndome con libertad por el palacio? Organa Solo volvió a sonreír.

—Por supuesto. Hiciera lo que hiciese en el pasado, está claro que ahora no sirve al Imperio. Buenas noches.

Se volvió hacia la puerta, extendió la mano hacia el tirador...

—Voy a matar a su hermano —dijo Mara—. ¿Se lo ha dicho?

Organa Solo se quedó rígida, casi sin demostrarlo, pero Mara intuyó la conmoción que sacudía sus sentidos, pese a la calma que le proporcionaba su adiestramiento Jedi. Su mano cayó a un costado.

—No, no me lo ha dicho —contestó, sin volverse hacia Mara—. ¿Puedo preguntar por qué?

—Destruyó mi vida —dijo Mara. Sintió de nuevo aquel dolor que laceraba su garganta y se preguntó por qué confesaba su secreto a Organa Solo—. Se ha equivocado: no sólo serví al Imperio, sino que fui agente personal del propio emperador. Me trajo a Coruscant, al palacio imperial, y me adiestró para que fuera una extensión de su voluntad a lo largo y ancho de la galaxia. Podía oír su voz desde cualquier punto del Imperio, y sabía transmitir sus órdenes a cualquiera, desde un brigada de la milicia hasta un Grand Moff. Tenía autoridad, poder y un objetivo en la vida. Me conocían como

la Mano del Emperador, y me respetaban como a él. Su hermano me lo arrebató todo.

Organa Solo se volvió hacia ella.

—Lo siento —dijo—, pero no había otra alternativa. Las vidas y libertad de millones y millones de seres...

—No voy a discutir el problema con usted —la interrumpió Mara—. Es posible que sea incapaz de comprender lo que he padecido.

Una sombra de lejano dolor cruzó el rostro de Organa Solo.

—Se equivoca —dijo en voz baja—. La entiendo muy bien.

Mara la miró fijamente, pero sin auténtico odio. Leia Organa Solo de Alderaan, obligada a contemplar la destrucción de todo su mundo por la primera Estrella de la Muerte...

—Al menos, una vida la esperaba a continuación —gruñó por fin—. Tenía la Rebelión, más amigos y aliados de los que suponía. Yo no tenía nada.

—Debió de ser duro.

—Sobreviví —replicó Mara—. ¿Va a ordenar que me detengan?

Aquellas cejas alderaanianas se arquearon levemente.

—No para de sugerir que debería encerrarla. ¿Es eso lo que quiere?

—Ya le he dicho lo que quiero: matar a su hermano.

—¿De veras? ¿Está segura? —Mara sonrió.

—Tráigale aquí y se lo demostraré.

Organa Solo estudió su rostro, y Mara notó la tenue caricia de sus rudimentarios sentidos Jedi.

—A juzgar por lo que Luke me ha contado, da la impresión de que ya ha tenido varias oportunidades de matarle —señaló Organa Solo—. No las aprovechó.

—No fue por falta de ganas —contestó Mara, pero era una idea que no dejaba de atormentarla—. Siempre me meto en situaciones en que le necesito vivo, pero ya cambiará.

—Tal vez —dijo Organa Solo, sin dejar de escrutar el rostro de Mara—. O quizá no sea cierto que quiere matarle. Mara frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir con eso?

La mirada de Organa Solo se desvió hacia la ventana, y Mara notó que se ponía en tensión.

—Estuve en Endor hace dos meses —dijo.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Mara. Ella también había estado en Endor, donde la habían conducido a presencia del gran almirante Thrawn..., y recordaba la sensación experimentada en el espacio que rodeaba el planeta donde había muerto el emperador.

—¿Y? —la apremió, con voz estrangulada. Organa Solo reparó en el detalle.

—Sabe de qué estoy hablando, ¿verdad? —preguntó, con la vista clavada en las luces de la ciudad imperial—. Aún perdura una sombra de la presencia del emperador, algo de aquella oleada final de odio y furia. Como... No lo sé.

—Como una mancha de sangre emocional —dijo Mara en voz baja, y la imagen acudió con claridad a su mente—. Señala el lugar donde murió.

Miró a Organa Solo, y descubrió que la mujer también la observaba.

—Sí —dijo Organa Solo—. Eso es, exactamente.

Mara respiró hondo y expulsó el negro escalofrío de su mente.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo? Organa Solo la estudió.

—Creo que ya lo sabe. MATARÁS A LUKE SKYWALKER.

—No —dijo Mara, con la boca seca de repente—. Se equivoca.

—¿De veras? —preguntó en voz baja Organa Solo—. Ha dicho que podía oír la voz del emperador desde cualquier lugar de la galaxia. ¡;

—Podía oír su voz —replicó Mara—. Nada más.

Organa Solo se encogió de hombros. H

—Usted lo sabe mejor, desde luego. Quizá debería meditar sobre ello.

—Lo haré —respondió Mara, tirante—. Si eso es todo, ya puede marcharse.

Organa Solo asintió, sin demostrar la menor irritación por ser despedida como una sirvienta.

—Gracias por su cooperación —dijo—. Hablaremos más tarde.

Abrió la puerta y salió, con una sonrisa final.

—No cuentes con ello —murmuró Mara.

Volvió al escritorio y se dejó caer sobre la silla. Aquello ya era excesivo. Si Karrde estaba demasiado ocupado en sus asuntos para comunicarse con su contacto, el contacto debería sacarles del planeta a ella y a Ghent. Tecleó la clave para lograr una comunicación a larga distancia.

La respuesta fue inmediata. ACCESO IMPOSIBLE, apareció en la pantalla. EL SISTEMA DE COMUNICACIONES DE LARGA DISTANCIA SUSPENDIDO TEMPORALMENTE.

—Fantástico —masculló—. ¿Cuándo se restablecerá?

IMPOSIBLE DETERMINARLO. REPITO, EL SISTEMA DE COMUNICACIONES DE LARGA DISTANCIA SUSPENDIDO TEMPORALMENTE.

Desconectó la terminal con una maldición. Daba la impresión de que esta noche todo el universo se había puesto en su contra. Cogió la agenda electrónica que había estado leyendo antes, la desechó y se levantó. Era tarde, ya se había dormido una vez sobre el escritorio y, si le quedaba algo de sentido común, abandonaría y se iría a la cama.

Se acercó a la ventana, apoyó los codos sobre el marco de madera y contempló las luces de la ciudad, que se extendían hacia el infinito. Y trató de pensar.

No. Era imposible. Imposible, absurdo e impensable. Organa Solo ya podía dilapidar todo el aliento que quisiera en aquellas inteligentes especulaciones. Después de cinco años de vivir con aquel tormento, Mara debía conocer bien sus sentimientos e ideas. Debía saber lo que era real, y lo que no.

Aun así...

La imagen del sueño se alzó ante ella. El emperador, que la miraba con amarga intensidad mientras Vader y Skywalker le cercaban. La silenciosa pero tangible acusación en aquellos ojos amarillos: todo había ocurrido porque ella había fracasado en el escondrijo de Jabba el Hutt y no había acabado con Skywalker. Aquella oleada de rabia impotente cuando las espadas de luz se habían alzado sobre él. El grito final, que resonaba incesantemente en su cabeza...

MATARÁS A LUKE SKYWALKER.

—¡Basta! —chilló, y se golpeó la sien contra el quicio de la ventana.

La imagen y las palabras estallaron en un relámpago de dolor y una lluvia de estrellas, y desaparecieron.

Se quedó inmóvil durante un largo rato, escuchó los acelerados latidos de su corazón, que retumbaban en sus oídos, los contrapuestos pensamientos que se perseguían en su mente. El emperador deseaba la muerte de Skywalker, por descontado..., pero Organa Solo estaba equivocada. Por fuerza. Era Mara quien deseaba matar a Luke Skywalker, no un fantasma del pasado.

Al otro lado de la ciudad, una luz multicoloreada resbaló sobre los edificios circundantes y las nubes, arrancándola de sus reflexiones. El reloj del antiguo Palacio de Congresos Central dio la hora, como había hecho durante los últimos tres siglos. La luz cambió de textura y onduló, para desvanecerse por fin.

Media hora después de la medianoche. Absorta en sus pensamientos, Mara no se había dado cuenta de lo tarde que era. Y todo esto no servía para nada. Lo mejor sería acostarse e intentar apartarlo todo de su mente el tiempo suficiente para caer dormida. Se alejó de la ventana con un suspiro...

Y se quedó petrificada. En el fondo de su mente, un silencioso timbre de alarma se había disparado.

Un peligro acechaba en las cercanías.

Sacó el diminuto desintegrador de la funda sujeta a su antebrazo y aguzó el oído. Nada. Miró hacia la ventana y se preguntó si alguien la estaría espiando. Avanzó con sigilo hacia la puerta. Aplicó el oído contra la hoja y escuchó.

Durante un momento, no ocurrió nada. Después, casi inaudibles a causa de la gruesa madera, escuchó el sonido de unos pasos que se aproximaban. Pasos silenciosos pero decididos, que siempre asociaba con profesionales de la guerra. Se puso en tensión, pero las pisadas pasaron ante su puerta sin detenerse, y se alejaron hasta el extremo del pasillo.

Contó hasta diez para proporcionarles una buena ventaja. Después, con sigilo, abrió la puerta y se asomó.

Eran cuatro, vestidos con los uniformes de Seguridad del palacio. Caminaban en formación de diamante curvo. Llegaron a una esquina y aminoraron el paso cuando el jefe echó una rápida mirada al otro lado. Hizo un ademán, y los cuatro doblaron la esquina y desaparecieron. Se dirigían a la escalera que descendía a las secciones centrales del palacio, o subía a la Torre y los aposentos residenciales permanentes.

Mara les siguió con la mirada. Un torrente de adrenalina había disipado su cansancio. La formación adoptada, la cautela, la señal de la mano, su propia premonición del peligro... Todo apuntaba a la misma conclusión.

La Inteligencia Imperial se había infiltrado en el palacio.

Se volvió hacia el escritorio y se paró en seco con una silenciosa maldición. Una de las primeras tareas que el grupo habría realizado sería la de intervenir los sistemas informático y de comunicaciones del palacio. Cualquier intento de disparar la alarma sería interceptado y les pondría sobre aviso.

Lo cual significaba que, para impedir sus propósitos, tendría que obrar sola. Aferró el

desintegrador con fuerza, salió de su habitación y procedió a seguirles.

Cuando ya había llegado a la esquina y se disponía a asomar la cabeza para echar un cauteloso vistazo, oyó a su espalda el casi inaudible sonido del seguro de un desintegrador.

—Muy bien, Jade —murmuró una voz en su oído—. Ni un movimiento. Todo ha terminado.



El almirante Drayson se reclinó en su silla y meneó la cabeza.

—Lo siento, Carlissian, general Bel Iblis —dijo, tal vez por décima vez desde que se había iniciado la reunión—. No podemos arriesgarnos.

Lando respiró hondo y trató de reunir sus últimos ápices de paciencia. El almirante Drayson estaba lanzando por la ventana todo su trabajo y su sudor.

—Almirante...

—No comporta tanto riesgo, almirante —interrumpió Bel Iblis con suavidad, y con mucha más cortesía de la que Lando había dejado a su disposición—. Le he enumerado ocho lugares, como mínimo, de los que podríamos sacar una fragata de asalto, que estaría fuera de servicio menos de diez días.

Drayson resopló.

—Al paso que va, el gran almirante Thrawn podría apoderarse de tres sectores más en diez días. ¿Quiere que sean cuatro?

—Almirante, estamos hablando de una sola fragata de asalto —terció Lando—, no de una docena de Cruceros Estelares o una estación orbital de batalla. ¿Qué esconde en la manga Thrawn, que una sola fragata de asalto pueda neutralizar?

—¿Qué podía hacer contra unos astilleros fuertemente defendidos, con un solo carguero trucado? —replicó Drayson—. Reconózcanlo, caballeros: cuando se lucha contra alguien como Thrawn, todas las reglas normales no sirven. Podría maquinar una trampa tan transparente que no la viéramos hasta que fuese demasiado tarde. Ya lo ha hecho antes.

Lando hizo una mueca, pero no podía culpar a Drayson por su terquedad. Dos meses atrás, cuando Han y él habían sido conducidos a la base militar oculta de Bel Iblis, casi había llegado a convencerse de que todo era una gigantesca y retorcida estratagema de Thrawn. Si, para creer lo contrario, había sido necesario llegar a la batalla de la Katana, el resultado le había enseñado una valiosa lección.

—Almirante, todos estamos de acuerdo en que Thrawn es un estratega brillante —dijo, y eligió sus palabras con cuidado—, pero no podemos dar por sentado que todo cuanto ocurre en la galaxia forma parte de un inmenso plan que él ha proyectado. Ha robado mis reservas de minerales y puesto fuera de funcionamiento a Ciudad Nómada. Todas las posibilidades apuntan a que sólo deseaba eso.

Drayson meneó la cabeza.

—Temo que «todas las posibilidades» no sea suficiente, Carlissian. Consígame pruebas de que el Imperio no aprovechará la ausencia de una fragata de asalto, y me pensaré si se la presto.

—Por favor, almirante...

—Yo, en su lugar —añadió Drayson, mientras reunía sus tarjetas de datos—, olvidaría mi relación con todo el proyecto minero de Nkllon. Muchos de nosotros todavía recordamos que Thrawn utilizó sus topes para atacar los astilleros de Sluis Van.

—Pero los conocimientos de Carlissian sobre las máquinas impidieron que el ataque concluyera con éxito —recordó Bel Iblis en voz baja al almirante—. Algunos de nosotros también recordamos eso.

—Lo cual da por sentado que Thrawn intentó robar las naves

—replicó Drayson mientras se levantaba—. Personalmente, espero que se conformara con ponerlas fuera de funcionamiento. Si me perdonan, caballeros, he de ir a ocuparme de una guerra. Se marchó, y Lando lanzó un silencioso suspiro de derrota.

—Se acabó —dijo, y reunió sus tarjetas de datos.

—No deje que eso le aflija —aconsejó Bel Iblis, mientras se levantaba de la silla y estiraba sus cansados miembros—. No ha sido tanto por usted y Ciudad Nómada como por mí. Drayson era uno de los que siempre consideró el desacuerdo con Mon Mothma como el paso anterior a la colaboración con el Imperio. Es obvio que continúa pensando igual.

—Creía que Mon Mothma y usted habían superado esa etapa

—dijo Lando, mientras se ponía en pie.

—Oh, sí. —Bel Iblis se encogió de hombros, dio la vuelta a la mesa y se encaminó a la puerta—. Más o menos. Me invitó a regresar al seno de la Nueva República, he aceptado su liderazgo y,

oficialmente, todo va bien. Pero los viejos recuerdos tardan en desvanecerse. —Torció levemente los labios—. Y debo reconocer que mi defección de la Alianza después de Alderaan se pudo llevar con más diplomacia. ¿Se aloja en la planta de los Invitados del Presidente?

—Sí. ¿Y usted?

—También. Vamos, le acompañaré.

Salieron de la sala de conferencias y caminaron por el pasillo abovedado hacia los ascensores.

—¿Cree que cambiará de opinión? —preguntó Lando.

—¿Drayson? —Bel Iblis meneó la cabeza—. En absoluto. A menos que consigamos sacar a Mon Mothma de la sala de guerra para que se entreviste con usted. Creo que su única posibilidad es confiar en que Ackbar regrese a Coruscant antes de dos días. Dejando aparte la importancia de Ciudad Nómada, me parece que aún le debe uno o dos favores.

Lando pensó en aquella violenta escena del pasado, cuando había dicho a Ackbar que renunciaba a su cargo de general.

—Los favores no significarán nada si se muestra de acuerdo en que es una trampa, sobre todo después de pillarse los dedos en Sluis Van.

—Es cierto —admitió Bel Iblis. Lanzó un vistazo a un pasillo transversal cuando lo cruzaron, y Lando creyó descubrir un leve fruncimiento de ceño en su cara cuando volvió la cabeza—. Y todo se complica aún más por culpa de esa Fuente Delta que el Imperio ha introducido en el palacio. El que Thrawn no tenga planes en este momento para Nkilon no significa que no se le ocurra uno en cuanto averigüe lo que vamos a hacer.

—Si lo averigua —corrigió Lando—. Fuente Delta no es omnisciente. Han y Leia han conseguido ocultarle algunas misiones importantes.

—Demostrando de nuevo la fuerza básica de grupos pequeños. Aun así, cuanto antes descubran esa filtración y la eliminen, mejor.

Cruzaron otro pasillo, y Bel Iblis también lo escudriñó. Esta vez, no hubo dudas acerca de su expresión.

—¿Problemas? —preguntó Lando en voz baja.

—No estoy seguro —contestó Bel Iblis—. ¿No tendría que haber guardias en esta parte del palacio?

Lando miró a su alrededor. Estaban completamente solos.

—¿Los habrán destinado a todos a la recepción sarkana de esta noche?

—Antes había guardias aquí. Vi dos, como mínimo, cuando salí de mis aposentos.

Lando recorrió con la vista el pasillo y una desagradable sensación se insinuó en su nuca.

—¿Qué les habrá pasado?

—No lo sé. —Bel Iblis respiró hondo—. Supongo que no va armado.

Lando negó con la cabeza.

—Me he dejado el desintegrador en la habitación. No pensé que lo necesitaría aquí.

—Es probable que no —dijo Bel Iblis, mientras introducía los dedos bajo su chaqueta—. Habrá una explicación sencilla e inocua.

—Claro. —Lando sacó el comunicador—. Vamos a llamar para averiguar qué sucede.

Conectó el aparato...

Y lo cerró al instante, cuando un chillido de estática surgió del altavoz.

—Creo que la explicación ha dejado de ser sencilla —dijo en tono sombrío. Deseó tener el desintegrador a mano—. ¿Qué hacemos ahora?

—Encontraremos una forma de alertar a Seguridad de palacio —contestó Bel Iblis, y paseó la vista en torno suyo—. Muy bien. Los turboascensores de enfrente no nos ayudarán; sólo van a las zonas residenciales, pero hay una escalera al final del pasillo que baja al centro del palacio. Probaremos por ahí.

—Me parece bien —asintió Lando—. Antes, nos pasaremos por mis aposentos y recogeré el desintegrador.

—Buena idea —aprobó Bel Iblis—. Pasaremos del turboascensor. La escalera está por ahí.

La escalera estaba tan desierta como el pasillo que acababan de abandonar, pero cuando Bel Iblis se asomó a la puerta de la escalera, levantó una mano a modo de advertencia. Lando se colocó a su lado y miró.

Delante, en el pasillo, había una silueta solitaria. Una mujer esbelta, de cabello rojodorado, con un pequeño desintegrador aferrado en la mano.

Se produjo un leve susurro de metal sobre tela cuando Bel Iblis extrajo su desintegrador. Indicó a Lando que le siguiera y avanzó con sigilo hacia la mujer.

Casi la habían alcanzado cuando llegó a la esquina. Se detuvo, estiró la cabeza para mirar...

Bel Iblis levantó su desintegrador.

—Muy bien, Jade —dijo en voz baja—. Ni un movimiento. Todo ha terminado.

Lando pensó que la mujer iba a protestar. Volvió a medias la cabeza y miró hacia atrás, como si apuntara a sus contrincantes.

—¡Carlissian! —exclamó, y el alivio que expresó su voz resultó inconfundible. O la tensión subyacente, al menos—. Hay imperiales en el palacio, con uniformes de Seguridad. Acabo de ver cuatro.

—Interesante —dijo Bel Iblis, y escrutó su rostro—. ¿Adonde iba?

—Pensé que sería una buena idea averiguar qué traman —gruñó la mujer con sarcasmo—. ¿Quieren ayudarme o no? Bel Iblis se asomó a la esquina.

—Yo no veo a nadie. Se habrán dirigido hacia la sala de guerra o la recepción sarkana. De pronto, todo encajó en la mente de Lando.

—No —susurró—. No han bajado, han subido. Van a por los gemelos de Leia.

Mara juró por lo bajo.

—Tienes razón. Thrawn se los prometió al chiflado de C'baoth. Ha de ser eso.

—Quizá tenga razón —dijo Bel Iblis—. ¿Dónde está su habitación, Carlissian?

—Dos puertas más allá.

—Vaya a coger su desintegrador —ordenó Bel Iblis, mientras echaba otro vistazo por la esquina—. Jade y usted diríjanse hacia la escalera principal. Investiguen si hay alguien arriba, intenten poner sobre aviso a Leia y Solo. Yo bajaré en busca de refuerzos.

—Vaya con cuidado —le advirtió Mara—. Puede que hayan dejado un grupo de guardia al pie de la escalera.

—Habrá uno arriba, desde luego —replicó Bel Iblis—. Cuídense. Lanzó una última mirada por la esquina y se fue.

—Espera aquí —dijo Lando a Mara, y se encaminó a su habitación—. Vuelvo enseguida.

—Date prisa. "

—Sí. ¡

Corrió a su habitación. Mientras abría la puerta, lanzó una veloz mirada hacia Mara. La mujer seguía inmóvil junto a la esquina, con una intensa pero extraña expresión en la parte de la cara que veía.

Aquella cara. Aquella cara que le resultaba tan familiar. Que encajaba en un tiempo, un lugar y un entorno que se le escapaban.

Desechó el pensamiento. No era el momento adecuado para dedicarse a especulaciones. Han, Leia y sus hijos corrían un peligro mortal..., y sólo Mara y él podían salvarles.

Leia Organa Solo. Leia Organa Solo. Despierta. Estás en peligro. Despierta. Leia Organa Solo, despierta...

Leia se despertó sobresaltada, y los últimos restos de aquella voz insistente resonaron en su mente. Tardó unos segundos en recordar dónde estaba, y sus ojos y sentidos Jedi escrutaron la habitación en penumbra mientras se esforzaba por reconocerla. Entonces, los últimos vestigios de sueño desaparecieron, y se encontró de vuelta en sus aposentos del palacio imperial. A su lado, Han gruñó entre sueños mientras se daba la vuelta. Al otro lado de la habitación, los gemelos estaban acurrucados en la cuna. En la habitación contigua, Winter también dormía, sin duda soñando con las imágenes aguzadas como un láser de su memoria perfecta. Y en el pasillo...

Frunció el ceño. Había alguien frente a la puerta. No, más de una persona. Cinco o seis, como mínimo, agrupados alrededor de la puerta.

Saltó de la cama y sus manos recogieron de forma automática el desintegrador y la espada de luz del suelo. No debía de pasar nada, un grupo de guardias de Seguridad que conversaban un momento antes de continuar sus rondas. En ese caso, estaban quebrantando varias normas muy estrictas del personal de guardia. Tendría que pensar en una forma diplomática pero firme de recordárselo.

Se deslizó con sigilo sobre la gruesa alfombra, salió del dormitorio y se encaminó a la puerta, empleando sus sentidos Jedi. Si podía escuchar e identificar las voces de los guardias sin necesidad de salir, les reprendería en privado e individualmente por la mañana.

No llegó a la puerta. Se paró en seco a mitad de la zona residencial, cuando sus sentidos captaron un débil zumbido. Aguzó el oído y procuró hacer caso omiso de la distracción que ocasionaban los latidos de su corazón. El ruido era tenue, pero muy claro, y sabía que lo había escuchado en otras ocasiones.

Entonces, de repente, lo reconoció: el zumbido de un rompe-cerraduras electrónico. Alguien intentaba irrumpir en sus aposentos.

Cuando aún seguía inmóvil, paralizada de estupor, la cerradura se abrió.

No había tiempo de correr ni lugar donde refugiarse..., pero los diseñadores de la Torre no habían olvidado este tipo de peligro. Levantó el desintegrador, confiando fervientemente en que todavía

funcionara, y disparó dos veces contra la puerta.

La madera era de las más duras y resistentes conocidas en la galaxia, y sus disparos no debieron de perforar más de un cuarto de su grosor, pero fue suficiente. Los sensores empotrados habían tomado nota del ataque, y al tiempo que el estruendo de los disparos martilleaba en los oídos intensificados de Leia, la pesada puerta metálica de seguridad cayó sobre el interior de la puerta de madera.

—¿Leia? —preguntó Han desde atrás, y su voz sonó lejana a causa del repiqueteo que atronaba en sus oídos.

—Alguien trata de entrar —explicó. Corrió hacia Han, que había aparecido en la puerta del dormitorio, con el desintegrador en la mano—. He cerrado a tiempo la puerta de seguridad, pero eso no les contendrá.

—Por poco tiempo —admitió Han, vigilando la puerta—. Entra en el dormitorio y llama a Seguridad. Intentaré contenerles.

—Muy bien. Ten cuidado. Van muy en serio.

Apenas habían surgido las palabras de su boca, cuando toda la habitación experimentó una sacudida. Los intrusos, hartos de sutilezas, habían decidido volar la puerta en pedazos.

—Sí, bastante en serio —repitió Han, en tono sombrío—. Ve a buscar a Cetrespeó y a Winter, y coge a los gemelos. Hemos de pensar en algo, y rápido.

El primer ruido que llegó a los oídos de Mara debió de ser el de un lejano disparo de desintegrador, aunque no estaba segura. El siguiente, unos segundos después, fue inconfundible.

—Oh, oh —murmuró Carlissian—. Eso significa problemas. Otro disparo despertó ecos en el hueco de la escalera.

—Parece un desintegrador pesado —dijo Mara—. No habrán podido abrir la puerta sin ruido.

—O sólo quieren a los gemelos —murmuró Carlissian, y se apartó de la esquina donde se habían detenido—. Vamos.

—Espera.

Mara le cogió del brazo con la mano libre mientras examinaba el territorio que se extendía ante ellos. El amplio arco del primer tramo de escaleras terminaba en un rellano ceremonial, que tenía una trabajada balaustrada de piedra labrada. Desde donde se encontraban, podía verse el comienzo de dos escaleras más angostas que continuaban hacia arriba, al estilo doble hélice, desde puntos opuestos del rellano.

—Ese rellano es un buen lugar para apostar un vigilante, y no tengo ganas de parar un rayo desintegrador.

Carlissian masculló por lo bajo, impaciente, pero permaneció inmóvil. Un momento después, debió alegrarse.

—Tienes razón. Hay alguien cerca de la escalera, a la izquierda —murmuró.

—Significa que habrá otro a la derecha —dijo Mara.

Escudriñó los contornos y hendiduras de la balaustrada, mientras otro disparo de desintegrador atronaba el aire. A los agentes de Inteligencia les gustaba acechar en la oscuridad...

—Y hay uno a cada lado de la escalera principal —añadió—. A unos dos metros de los bordes.

—Ya les veo —dijo Carlissian—. Esto va a ser difícil. —Miró hacia atrás—. Vamos, Bel Iblis, sube de una vez.

—Será mejor que se apresure —admitió Mara. Inspeccionó con cautela a los cuatro imperiales y trató de recordar los detalles de la distribución de la Torre—. La puerta de Organa Solo no va a resistir mucho más tiempo.

—Menos del que ese grupo nos retendrá —siseó entre dientes Carlissian—. Espera un momento. Quédate aquí; tengo una idea.

—¿Adonde vas? —preguntó Mara, cuando Lando se alejó de la esquina.

—Al hangar principal. Chewie estaba trabajando en el Halcón.

Si aún sigue allí, subiremos por la parte exterior de la Torre y les sacaremos.

—¿Cómo? —insistió Mara—. No desintegraréis esas ventanas de transpaciado sin matarles a todos.

—No será necesario —dijo Carlissian, con una tensa sonrisa irónica—. Leia tiene su espada de luz. Mantén a esos tipos ocupados, ¿de acuerdo?

Corrió hacia la escalera y bajó a toda prisa.

—De acuerdo —gruñó Mara, y devolvió su atención a los imperiales.

¿Les habrían visto? Probablemente. En ese caso, el tipo agazapado en la escalera de la izquierda se encontraba demasiado lejos de cualquier refugio para molestarla.

Bien, debería complacerles. Se pasó el desintegrador a la mano izquierda, apoyó la muñeca contra la esquina, apuntó...

El disparo procedente de la otra escalera dio en la pared, sobre su desintegrador, y roció su mano de calientes esquirlas de piedra.

—¡Maldita sea! —rezongó.

Retiró la mano y se libró de los fragmentos. Conque iban de listillos, ¿eh? Bien, se pondría a su altura. Asió el desintegrador, retrocedió hacia la esquina...

La repentina sensación de peligro que invadió su mente salvó su vida. Se dejó caer sobre una rodilla. Al mismo tiempo, un par de disparos de desintegrador surgidos de delante abarcaron la piedra, a la altura donde tenía antes la cabeza. Se tiró de costado al suelo, buscando el lugar del que habían partido los disparos.

Eran dos, que avanzaban con sigilo hacia ella por el pasillo, en el lado opuesto a la escalera. Disparó dos veces mientras rodaba sobre su estómago, pero falló. Aferró con ambas manos el desintegrador, procurando hacer caso omiso de los impactos cada vez más cercanos, apuntó el arma hacia el atacante situado más a la derecha y disparó dos veces.

El hombre se contorsionó y cayó al suelo, aunque su desintegrador continuó disparando al techo. Un disparo rozó la oreja de Mara cuando apuntó al segundo atacante, y otro se acercó un poco más, con el arma dispuesta.

De repente, sobre la cabeza de Mara pasó un chorro de fuego láser. El imperial de enfrente se derrumbó como un bantha alanceado.

Mara giró en redondo. Media docena de guardias de seguridad corrían hacia ella desde la escalera, armados hasta los dientes. Detrás de ellos iba Bel Iblis.

—¿Se encuentra bien? —gritó.

—Sí —gruñó Mara, y se alejó un poco más de la esquina. Justo a tiempo. Los imperiales del rellano, al ver que su pequeño ataque por sorpresa había fracasado, abrieron fuego como posesos. Mara se puso en pie y se apartó de la lluvia de esquirlas—. Carlissian ha bajado al hangar —informó a Bel Iblis a voz en grito.

—Sí, nos cruzamos —asintió el general, mientras los guardias de seguridad avanzaban—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Un par de rezagados —dijo Mara, y movió la cabeza hacia el pasillo—. Debían de regresar de la sección de comunicaciones. Sus amigos del rellano intentaron retener mi atención, en tanto reptaban hacia mí. Me ha ido de poco.

—Me alegro de que no lo consiguieran. —Bel Iblis miró por encima del hombro de Mara—. ¿Teniente?

—No va a ser fácil, señor —gritó el jefe de la guardia, para hacerse oír sobre el ruido—. Van a subirnos de la armería un desintegrador de repetición E-Web. En cuanto llegue, les expulsaremos de ese rellano. Hasta entonces, sólo podemos mantenerles ocupados y confiar en que cometan una estupidez.

Bel Iblis cabeceó lentamente, apretó los labios, y arrugas de tensión se formaron alrededor de sus ojos. Era una expresión que Mara había visto muy pocas veces, y sólo en los rostros de los mejores mandos militares: la expresión de un jefe a punto de enviar hombres a la muerte.

—No podemos esperar —dijo. La tensión seguía, pero la voz era firme—. El grupo de arriba volará la puerta de Solo mucho antes de que eso ocurra. Tendremos que atacar ahora.

El comandante de la guardia respiró hondo.

—Comprendido, señor. Bien, soldados, ya habéis oído al general. Busquemos protección y a por ellos. Mara se acercó un paso a Bel Iblis.

—Nunca lo lograrán a tiempo —dijo en voz baja.

—Lo sé, pero cuantos más eliminemos ahora, menos se nos opondrán cuando bajen.

Su mirada se desvió de nuevo.

—Cuando hayan tomado rehenes —concluyó.

Se produjo un último estallido de fuego láser, un vago estruendo metálico, y luego, silencio.

—Oh, cielos —gimió Cetrespeó, desde el rincón donde intentaba pasar lo más desapercibido posible—. Creo que la puerta de seguridad se ha venido abajo.

—Menos mal que estás tú para darnos esas noticias —replicó Han, irritado.

Sus ojos vagaron por el dormitorio de Winter. Leia sabía que el ejercicio era inútil. Todo cuanto podían utilizar para defenderse ya había sido dispuesto. La cama y la cómoda de Winter estaban apoyadas contra las dos puertas, y habían acercado el ropero a la ventana, a modo de barricada improvisada para disparar. Y eso era todo. Sólo cabía esperar, hasta que los intrusos irrumpieran por una o ambas puertas.

Leia respiró hondo y trató de calmar su acelerado corazón. Desde el primer intento de secuestro en Bimmisaari, se había hecho a la idea de que los imperiales iban sólo a por ella. No es que fuera un pensamiento muy agradable, pero se había acostumbrado, más o menos, después de años de

guerra.

Esta vez era diferente. Esta vez, en lugar de ir a por ella y sus gemelos nonatos, iban a por sus bebés. Bebés a los que podían arrebatarse de sus brazos y esconderles donde jamás pudiera encontrarlos.

Apretó con furia su espada de luz. No. No ocurriría. No lo permitiría.

Se oyó un ruido de madera al romperse en el exterior.

—Allá va el sofá —masculló Han. Otro ruido...—. Y la butaca. Tampoco pensaba que les contuvieran mucho.

—Valía la pena probar —dijo Leia.

—Sí —resopló Han—. Llevo meses diciéndote que necesitamos más muebles.

Leia sonrió y apretó su mano. Han siempre intentaba mitigar la tensión de cualquier situación.

—No es verdad —dijo—. Además, nunca estás aquí. —Miró a Winter, sentada en el suelo bajo las ventanas de transpariacero, con un gemelo acunado en cada brazo—. ¿Cómo están?

—Creo que se están despertando —murmuró Winter.

—Sí —confirmó Leia, y acarició mentalmente a cada uno con toda la serenidad que pudo reunir.

—Intenta mantenerles callados —masculló Han—. No hace falta ayudar a nuestros amigos de fuera.

Leia asintió, y una nueva oleada de tensión estrujó su corazón. Ambos dormitorios, el de ellos y el de Winter, daban a la zona residencial de los aposentos, de modo que los atacantes tenían un cincuenta por ciento de posibilidades de acertar la puerta tras la cual se refugiaban sus objetivos. Con el tipo de armas que llevaban, una elección errónea sólo les retrasaría unos escasos minutos, pero podían significar la diferencia entre la vida y la muerte.

El ruido sordo producido por el disparo de un desintegrador se oyó desde su habitación, y Leia respiró por un momento, pero sólo por un momento. Un segundo después, el ruido se repitió, esta vez desde la puerta de enfrente. Los imperiales habían decidido destruir ambas puertas al mismo tiempo.

Se volvió hacia Han, y descubrió que éste la estaba mirando.

—Les contendré —dijo, unas palabras más tranquilizadoras que racionales—. Han de dividir sus fuerzas. Aún nos queda un poco de tiempo.

—Ojalá nos sirviera de algo —dijo Leia, y paseó inútilmente la vista por la habitación.

Años de desplazarse por la galaxia con la sección de Provisiones y Adquisiciones de la Rebelión habían acostumbrado a Winter a viajar con el menor bagaje posible, y no había nada que pudieran utilizar.

Otra andanada de disparos llegó del exterior, seguida por el tenue ruido de algo al astillarse. Las puertas de madera del dormitorio no tardarían en venirse abajo. Leia volvió a examinar la habitación, y la desesperación empezó a nublar sus pensamientos. El ropero, la cama, la cómoda; eso era todo. Sólo las puertas de seguridad, las ventanas de transpariacero y las paredes desnudas.

Paredes desnudas...

De pronto, tomó conciencia de la espada de luz que aferraba en su mano.

—Han, ¿por qué no salimos de aquí? —dijo, y el primer aliento de esperanza despertó en ella—. Puedo practicar una vía de acceso a la habitación contigua con mi espada de luz, y podríamos continuar hasta el pasillo antes de que entraran.

—Sí, ya lo había pensado —contestó Han—. El problema es que ellos también lo habrán pensado.

Leia tragó saliva. Sí, los imperiales habrían tenido en cuenta esa posibilidad.

—¿Y si bajamos? —insistió—. ¿O subimos? ¿Supondrán que hemos huido por el techo?

—Ya has visto a Thrawn en acción —replicó Han—. ¿Qué opinas?

Leia suspiró, y sus esperanzas se desvanecieron. Han tenía razón. Si el gran almirante había planeado el ataque, ya podían abrir la puerta de seguridad y rendirse al instante. Todos los detalles habrían sido tenidos en cuenta, así como las posibles alternativas.

Leia meneó la cabeza.

—No —dijo en voz alta—. No es infalible. Ya nos hemos adelantado a sus intenciones en otras ocasiones, y podemos volver a hacerlo.

Miró a Winter y a los gemelos, que seguían durmiendo bajo la ventana.

La ventana...

—Muy bien —dijo poco a poco—. ¿Y si nos escapamos por la ventana?

Han la miró fijamente.

—¿Por la ventana, adonde?

—A donde podamos llegar. —Los desintegradores atacaron las puertas de seguridad—. Arriba, abajo, al lado... Me da igual.

La expresión estupefacta de Han no había desaparecido de su rostro.

—Por si no lo sabías, corazón, esas paredes son de piedra maciza. Ni siquiera Chewie podría

trepar por ellas sin un equipo de alpinismo.

—Por eso no se imaginan que escaparemos por ahí —insistió Leia, y volvió a mirar hacia la ventana—. Quizá pueda practicar algunos asideros para las manos y los pies con la espada de luz...

Se interrumpió y lanzó a la ventana una segunda mirada. Si las luces de la habitación no la engañaban, un par de faros se aproximaban.

—Han...

Su marido se volvió para mirar.

—Oh, oh —murmuró—. Más compañía. Fantástico.

—Tal vez sea un equipo de rescate —sugirió Leia, vacilante.

—Lo dudo. —Han meneó la cabeza y examinó las luces que se acercaban—. Sólo han pasado unos minutos desde que empezó el tiroteo. Espera un momento...

Leia miró hacia atrás. Las luces del exterior habían empezado a parpadear. Observó la configuración, pero no correspondía a ningún código conocido...

—¡Capitán Solo! —exclamó Cetrespeó, muy nervioso—. Como sabe, domino seis millones de formas de comunicación...

—Es Chewie —le interrumpió Han. Se incorporó y agitó ambas manos frente a la ventana.

—... y esta señal parece estar relacionada con uno de los códigos utilizados por los jugadores de sabacc profesionales para...

—Hemos de salir por esta ventana —dijo Han, mientras lanzaba una mirada a la puerta—. ¿Leia?

—Aquí estoy.

La princesa dejó caer el desintegrador y se puso en pie, con la espada de luz en la mano.

—... hacer trampas sin que se enteren los demás miembros de la partida...

—Cierra el pico, Lingote de Oro —replicó Han, mientras ayudaba a Winter a levantarse.

Las luces se acercaban a gran velocidad, y Leia distinguió la forma del Halcón, que se recortaba contra las luces de la ciudad. Un recuerdo la asedió: cuando los noghri habían intentado secuestrarla en Bpfassh, habían utilizado un falso Halcón como cebo. Sin embargo, a los imperiales no se les habría ocurrido utilizar un código empleado por los jugadores de sabacc... ¿O sí?

Casi daba igual. Prefería enfrentarse a sus enemigos a bordo de una nave que esperar sentada a que se apoderaran de ella. Además, mucho antes de subir a la nave, sabría si Chewbacca estaba o no en ella. Se acercó a la ventana, levantó la espada de luz...

Y detrás de ella, la puerta de seguridad saltó en pedazos.

Leia se volvió en redondo y, a través del humo, divisó a dos hombres que empujaban a un lado el tocador y se arrojaban al suelo, al tiempo que Han la agarraba por el brazo y la tiraba a un lado. Una descarga cerrada de rayos láser se estrelló contra la pared y la ventana, mientras Leia apagaba su espada de luz y recogía el desintegrador. Han, a su lado, repelió el ataque, protegido en parte por el ropero. Cuatro imperiales más aparecieron en la puerta y dispararon a su vez sobre el ropero. Leia apretó los dientes y disparó, con la precisión que la práctica y la Fuerza le permitieron, aun a sabiendas de que todo era inútil. Cuanto más se prolongara el tiroteo, más posibilidades habría de que uno de sus hijos fuera alcanzado...

De repente, por sorpresa, algo tocó su mente. Una presión mental, a medio camino entre la exigencia y la sugerencia. Y le decía...

Respiró hondo.

—¡Basta! —gritó, para hacerse oír sobre el estruendo—. Dejad de disparar. Nos rendimos.

El tiroteo se interrumpió. Leia depositó el desintegrador sobre el destrozado ropero y levantó las manos, cuando los dos imperiales tirados en el suelo se incorporaron con cautela y avanzaron. Trató de no percibir la incredulidad de Han.

La balastrada cercana a la escalera situada más a la derecha estalló en una nube de esquirlas y polvo cuando el fuego concentrado de los guardias de seguridad logró destruirla. Los disparos de respuesta alcanzaron a uno de los guardias cuando la balastrada se derrumbó, y cayó al suelo. Mara asomó un ojo por la esquina, atisbo entre los escombros y los cegadores destellos de rayos láser, y se preguntó si habrían logrado alcanzar al imperial que se había convertido en su objetivo.

Sí. Consiguió distinguir, a través del humo, la forma retorcida de un cuerpo, cubierta de polvo.

—Han alcanzado a uno —informó a Bel Iblis—. Quedan tres.

—Más los que haya arriba —le recordó el general, con rostro sombrío—. Esperemos que la legendaria suerte de Solo incluya a Leia, a los niños y a los demás rehenes posibles.

—Es la segunda vez que habla de rehenes —dijo Mara. Bel Iblis se encogió de hombros.

—Sólo podrán salir de aquí escudándose en rehenes, y estoy seguro de que ellos lo saben. La única posibilidad que les queda es huir por arriba, y ya he indicado a Carlissian que reúna algunos cazas para cercar el palacio desde el aire. Una vez bloqueado el turboascensor, esta escalera es la última vía de escape.

Mara le miró y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Aún no había tenido tiempo de reflexionar sobre todos los aspectos de la situación, por culpa de la conmoción desatada desde que el incidente se había iniciado. Ahora, las palabras de Bel Iblis y sus lejanos recuerdos se habían combinado en un cegador destello de discernimiento.

Permaneció inmóvil unos segundos, reflexionando, y se preguntó si se trataba de algo real o un producto de su imaginación, pero era evidente. Lógico, brillante desde un punto de vista táctico, con la huella del gran almirante impresa. Allí estaba la respuesta.

Y habría salido bien..., excepto por un descuido. Thrawn ignoraba que ella estaba en el palacio. O no creía que hubiera sido la Mano del Emperador.

—Vuelvo enseguida —dijo a Bel Iblis.

Se alejó por el pasillo a toda prisa. Dobló una esquina y se internó en un pasillo transversal. Sus ojos exploraron el friso labrado que corría sobre la parte superior de la pared. En algún punto, encontraría la señal que buscaba.

Allí estaba. Se detuvo frente al panel, de aspecto muy vulgar, por lo demás, y miró a ambos lados. Quizá Skywalker y Organa Solo aceptaran sus pasadas relaciones sin pestañear, pero dudaba que los demás fueran tan indiferentes. El pasillo estaba desierto. Alzó la mano hacia el friso, introdujo dos dedos en las hendiduras correspondientes y dejó que los sensores se empaparan del calor de su mano.

El panel se abrió sin el menor ruido.

Entró, cerró el panel a su espalda y miró a su alrededor. Los pasadizos privados del emperador, más o menos paralelos a los pozos de los turboascensores, eran muy estrechos, por fuerza, pero estaban bien iluminados, a prueba de polvo y ruidos. Lo más importante era que la conducirían hasta los imperiales agazapados en el rellano de recibo.

Dos minutos y tres escaleras después, llegó a la salida que daba a la planta de Organa Solo. Inhaló dos largas bocanadas de aire, se preparó para el combate y salió al pasillo.

Como la batalla se desarrollaba tres pisos más abajo, esperaba encontrar un segundo grupo de vigilancia cerca del lugar por donde pretendían escapar. Tenía razón: dos hombres, ataviados con los ya conocidos uniformes de Seguridad de palacio estaban aplastados contra las paredes, de espaldas a ella, y vigilaban el extremo opuesto del pasillo. El estruendo insistente de los desintegradores, que llegaba desde la dirección contraria, era más que suficiente para ahogar sus pasos, y todos murieron mucho antes de advertir su presencia. Un rápido vistazo para asegurarse de que estaban fuera de combate, y se encaminó hacia los aposentos de Organa Solo.

Cuando llegó a la destrozada puerta exterior, y ya se disponía a abrirse paso entre los escombros, una explosión interrumpió el fuego de los desintegradores que disparaban dentro.

Apretó los dientes cuando los desintegradores de los defensores respondieron a sus atacantes. Una buena forma de hacerse matar sería irrumpir como una exhalación, sin buscar protección, pero si procedía con más cautela, quizá alguien moriría antes de que ella estuviera en condiciones de disparar.

A menos que...

Leía Organa Solo, llamó en silencio, y proyectó la Fuerza como antes, cuando Carlissian había ido a buscar su desintegrador, tan insegura como en la anterior ocasión de que Organa Solo la oyera. Soy Mara. Estoy detrás de ellos. Ríndete. ¿Me oyes? Ríndete. Ríndete. Ríndete.

Cuando llegó a la puerta exterior, oyó el grito de Organa Solo, apenas audible por culpa del estruendo de los desintegradores.

—¡Basta! ¡Dejad de disparar! Nos rendimos.

Mara asomó un ojo por la esquina: cuatro imperiales de pie o arrodillados junto a los bordes ennegrecidos de la puerta, con los desintegradores apuntados hacia dentro, y dos más en el interior, que empezaban a incorporarse. Ninguno miraba en su dirección.

Mara sonrió, levantó el desintegrador y abrió fuego.

Dos se desplomaron antes de que los otros fueran conscientes de su presencia. Un tercero cayó cuando giró en redondo, con la vana intención de disparar sobre ella. El cuarto casi había adoptado la posición de disparo, cuando un rayo que surgió del interior de la habitación le derrumbó.

Cinco segundos más tarde, todo había terminado.

Sólo quedó un superviviente.

—Creemos que es el jefe del grupo —dijo Bel Iblis a Han, mientras los dos se encaminaban hacia la zona médica—. Identificado en principio como el mayor Himron, aunque no lo averiguaremos con certeza hasta que recobre la conciencia.

Han asintió y lanzó un rápido vistazo a otro par de guardias cuando pasaron de largo. Al menos, el incidente había puesto sobre aviso a Seguridad. Justo a tiempo.

—¿Alguna idea de cómo entraron?



—Será una de mis primeras preguntas —contestó Bel Iblis—. Está en cuidados intensivos... Por aquí.

Lando esperaba en la puerta, acompañado por un médico, cuando Han y Bel Iblis llegaron.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Lando al instante—. Envió a Chewie arriba, pero me ordenaron quedarme aquí, con el prisionero.

—Todos estamos bien —le tranquilizó Han, mientras Bel Iblis y él entraban—. Chewie subió antes de que yo me fuera, y está ayudando a Leia y Winter a preparar otros aposentos. Por cierto, gracias por seguirnos.

—De nada —gruñó Lando—, sobre todo porque no hicimos otra cosa que mirar. ¿No habrías podido retrasar dos minutos tu pequeña exhibición de fuegos artificiales?

—A mí no me mires. Fue culpa de Mara. Una sombra cruzó el rostro de Lando.

—Ah, ya. Mara. Han frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé. —Lando meneó la cabeza—. Tiene algo que no me acaba de convencer. ¿Recuerdas cuando estábamos en Myrkr, en la base de Karrde, justo antes de que Thrawn llegara y tuviéramos que escondernos en el bosque?

—Dijiste que su cara te sonaba. —Aquel comentario se había grabado en su mente—. ¿Ya sabes dónde la conociste?

—Aún no —gruñó Lando—, pero estoy cerca. Lo sé.

Han miró a Bel Iblis y al médico, pensando en lo que Luke había dicho dos días después de partir de Myrkr. Que Mara le había confesado su intención de matarle.

—La vieras donde la vieras, parece que ahora está de nuestra parte.

—Sí —dijo Lando—. Quizá. Bel Iblis les requirió.

—Vamos a intentar despertarle. Acompañenme.

Entraron. Media docena de médicos y androides, sin contar tres oficiales de seguridad de Ackbar, rodeaban al prisionero. A una señal de Bel Iblis, uno de los médicos hizo algo en el vendaje que rodeaba el brazo del imperial. Mientras Han y Lando se acomodaban a un lado de la cama, el prisionero tosió y abrió los ojos.

—¿Mayor Himron? —preguntó un oficial de seguridad—. ¿Me oye, mayor?

—Sí —jadeó el imperial, y parpadeó un par de veces. Sus ojos examinaron a la gente que le rodeaba, y Han tuvo la impresión de que el hombre se ponía en estado de alerta—. Sí —repitió, con más energía.

—Su ataque ha fracasado —dijo el oficial—. Todos sus hombres han muerto, y aún no estamos seguros de que usted vaya a sobrevivir.

Himron suspiró y cerró los ojos, pero su rostro aún transparentaba lucidez.

—Azares de la guerra —contestó. Bel Iblis se inclinó hacia adelante.

—¿Cómo se introdujeron en el palacio, mayor?

—Supongo que ya... no importa —murmuró Himron. Respiraba con gran dificultad—. La puerta posterior. Un conjunto de pasadizos secretos... Cerrado por dentro... Ella nos dejó entrar.

—¿Alguien les dejó entrar? —preguntó Bel Iblis—. ¿Quién? Himron abrió los ojos.

—Nuestro contacto del palacio. Se llama... Jade. Bel Iblis lanzó a Han una mirada de asombro.

—¿Mara Jade?

—Sí. —Himron volvió a cerrar los ojos y exhaló un profundo suspiro—. Agente especial del... Imperio. En otro tiempo llamada... Mano del Emperador.

Enmudeció, y dio la impresión de que se encogía en la cama.

—Hasta aquí hemos llegado, general —dijo el médico jefe—. Necesita descansar, y es preciso estabilizarle. Dentro de un par de días, tal vez, se habrá recuperado lo suficiente para responder a más preguntas.

—No está nada mal —comentó un oficial de seguridad, mientras se encaminaba a la puerta—. Nos ha dicho lo suficiente.

—Espere un momento —le interpelló Han—. ¿Adonde va?

—¿Usted qué cree? —replicó el oficial—. Voy a detener a Mara Jade.

—¿Basándose en la palabra de un oficial imperial?

—No tiene otra alternativa, Solo —dijo en voz baja Bel Iblis, y apoyó una mano sobre el hombro de Han—. Después de una acusación tan grave, una detención cautelar se hace necesaria. No se preocupe. Pronto lo solucionaremos.

—Así lo espero —advirtió Han—. Agente imperial, un huevo. Se cargó a tres, como mínimo, allí arriba... —Se interrumpió al fijarse en la expresión de Lando—. ¿Qué pasa?

Su amigo volvió la vista hacia él poco a poco.

—Ya lo tengo —dijo en voz baja—. Ya sé dónde la había visto. Era una de las nuevas bailarinas

en el palacio de Jabba el Hutt, en Tatooine, cuando fuimos a rescatarte.

Han frunció el ceño.

—¿En el palacio de Jabba?

—Sí, y no estoy seguro, pero en el follón que se armó antes de salir hacia el Gran Pozo de Carkoon, creo recordar que pidió a Jabba acompañarle al Velero. No, no se lo pidió. Más bien diría que lo suplicó.

Han contempló al inconsciente mayor Himron. ¿La Mano del Emperador? Y Luke había dicho que ella quería matarle...

Desechó la idea.

—Me da igual donde estuviera —dijo—. Nos libró de aquellos imperiales. Ven, vamos a echar una mano a Leia con los gemelos, y después investigaremos lo que ocurre aquí.

El café Remolino de la Marmota, en Trogan, constituía uno de los mejores ejemplos que Karrde había visto de una buena idea arruinada por el fracaso de sus diseñadores al planificar el conjunto. Situado en la costa del continente más poblado de Trogan, el Remolino de la Marmota había sido construido alrededor de una formación natural llamada la Copa, un foso de roca en forma de cuenco abierto al mar. Seis veces al día, fuertes variaciones de la marea elevaban o disminuían el nivel del agua en el interior, y lo transformaban en un violento maelstrón de agua blanca. Como las mesas del café estaban dispuestas en círculos concéntricos alrededor del cuenco, se lograba un fascinante equilibrio entre lujo y drama natural espectacular, una perfecta atracción para los millones de humanos y alienígenas enamorados de aquella combinación.

O eso habían pensado los diseñadores y sus promotores. Por desgracia, habían pasado por alto tres puntos: primero, que un lugar de estas características era, casi por definición, una atracción turística, que dependía de las fluctuaciones del mercado; segundo, que una vez agotado el encanto del Remolino en sí, el diseño centralizado impedía remodelar el local para otro tipo de diversiones; y tercero, que aun en el caso de que dicha remodelación se llevara a cabo, el estrépito procedente de los diminutos rompientes de la Copa bastaría para ahogar el espectáculo.

Los habitantes de Calius saj Leeloo, en Berchest, habían transformado su fracasada atracción turística en un centro comercial. Los habitantes de Trogan se habían limitado a abandonar el Remolino de la Marmota.

—Sigo esperando que alguien compre este lugar y lo restaure —comentó Karrde.

Contempló las sillas y mesas vacías, mientras Aves y él caminaban por un pasillo hacia la Copa y la silueta que les aguardaba. Se notaban los años de dejadez, desde luego, pero el lugar no se encontraba en un estado tan deplorable.

—A mí siempre me gustó —reconoció Aves—. Un poco ruidoso, pero eso ocurre en casi todas partes.

—Dificultaba la escucha de conversaciones, ya lo creo —dijo Karrde—. Sólo por eso valía la pena venir. Hola, Gillespee.

—Karrde —saludó Gillespee. Se levantó de la mesa y extendió la mano—. Empezaba a preguntarme si ibas a hacer acto de presencia.

—Faltan dos horas para la cita —le recordó Aves.

—Vamos, vamos —dijo Gillespee, con una sonrisa de astucia—. ¿Desde cuándo llega Karrde puntual? Podrías haberte ahorrado las molestias. Mi gente ya lo tiene todo controlado.

—Agradezco el gesto —respondió Karrde.

Lo cual no quería decir que sus hombres fueran a descuidarse. Teniendo en cuenta que el Imperio le pisaba los talones, y que sólo veinte kilómetros les separaban de una guarnición imperial, cualquier precaución era poca.

—¿Tienes la lista de invitados?

—Aquí —dijo Gillespee. Le tendió una agenda electrónica—. Temo que no es tan larga como esperaba.

—Ya está bien —le tranquilizó Karrde, mientras la examinaba.

Breve, desde luego, pero muy selecta, incluía los nombres de algunos contrabandistas legendarios. Brasck, Par'tah, Ellor, Dra-vis (ése debía de ser el grupo de Billey, aunque Billey casi estaba retirado), Mazzic, Clyngunn el ZeHethbra, Ferrier...

Levantó la vista bruscamente.

—¿Ferrier? —preguntó—. ¿Niles Ferrier, el ladrón de naves?

—El mismo. —Gillespee frunció el ceño—. También se dedica al contrabando.

—Y también trabaja para el Imperio —replicó Karrde.

—Y nosotros. —Gillespee se encogió de hombros—. Según lo último que oí, tú también.

—No estoy hablando de contrabando de mercancías hacia, o desde, planetas imperiales. Estoy hablando de trabajar directamente para el gran almirante Thrawn, dedicado a trabajos tan nimios como secuestrar al hombre que localizó la flota Katana.

El rostro de Gillespee se tensó levemente. Quizá recordaba su loca huida de Ukio, adelantándose a la fuerza invasora imperial, formada por naves de la flota Katana.

—¿Ferrier hizo eso?

—Y pareció divertirse mucho —dijo Karrde. Sacó el comunicador y lo encendió—. ¿Lachton?

—Aquí. —La voz de Lachton surgió al instante del comunicador.

—¿Qué aspecto tiene la guarnición?

—El de una morgue en día de fiesta —dijo con ironía Lachton—. No se ha producido el menor movimiento desde hace tres horas.

Karrde enarcó una ceja.

—Vaya, qué interesante. ¿Vuelos de entrada o salida, actividad en el interior de la guarnición?

—Nada de nada. Va en serio, Karrde, el lugar parece completamente muerto. Les habrán puesto nuevos holos de adiestramiento, o algo por el estilo.

Karrde sonrió, tirante.

—Sí, estoy seguro. Muy bien, sigue vigilando. Infórmame de | inmediato si se produce alguna actividad.

—De acuerdo. Corto.

Karrde cerró el comunicador y lo devolvió a su cinturón.

—Los imperiales no se han movido de la guarnición —comunicó a los demás—. Al parecer, en absoluto.

—¿No es mejor así? —preguntó Gillespee—. No pueden atacarnos, si están metidos en sus barracones.

—Estoy de acuerdo —asintió Karrde—, pero jamás he oído hablar de una guarnición imperial que se tome el día libre.

—Muy cierto —admitió Gillespee—, a menos que la gran campaña de Thrawn haya dejado desguarnecidas estas guarniciones de tercera categoría.

—Más motivos aún para que haya patrullas diurnas, como demostración de fuerza. Un hombre como el gran almirante Thrawn cuenta con las percepciones de sus enemigos para tapar los huecos en potencia.

—Quizá deberíamos suspender la reunión —sugirió Aves, y lanzó una mirada de inquietud hacia la entrada—. Tal vez nos han tendido una trampa.

Karrde observó las aguas que rompían contra las paredes de la Copa. Dentro de dos horas, el agua se encontraría en su nivel más bajo y tranquilo, motivo por el cual había concertado la entrevista aquí. Si la cancelaba ahora... Si admitía delante de aquellos grandes contrabandistas que el Imperio ponía nervioso a Talón Karrde...

—No —dijo poco a poco—. Nos quedaremos. Al fin y al cabo, nuestros invitados no van a estar indefensos del todo, y nos avisarán de cualquier movimiento que se vaya a realizar contra nosotros.

—Sonrió—. De hecho, casi vale la pena correr el riesgo, para averiguar qué tienen en mente.

Gillespee se encogió de hombros.

—Quizá no estén planeando nada. Quizá engañamos tan bien a la Inteligencia Imperial que nos han pasado por alto.

—Eso no parece muy típico de la Inteligencia Imperial que todos conocemos y amamos —dijo Karrde, y miró a su alrededor—. Bien, nos quedan dos horas antes de la reunión. Vamos a encargarnos de los preparativos.

Estaban sentados en silencio, cada individuo y grupo en el lugar que le correspondía, mientras lanzaba su arenga..., y cuando terminó y les miró, Karrde descubrió que no les había convencido.

Brasck se encargó de la declaración oficial.

—Hablas bien, Karrde —dijo el brubb. Su delgada lengua asomó entre sus labios para saborear el aire—. Con pasión, podría decirse, si es que esa palabra se te puede aplicar. Pero no convences.

—¿No convenzo, Brasck, o no logro vencer tu renuencia a levantarte contra el Imperio?

La expresión de Brasck no cambió, pero la agrietada piel verdegrisácea de su cara (la única parte de su cuerpo que la armadura dejaba al descubierto) viró más al gris.

—El Imperio paga bien por artículos de contrabando —dijo. (¿Y por esclavos también?), preguntó Par'tah, en el monótono idioma Ho'Din. Los apéndices de su cabeza de serpiente oscilaron levemente cuando chasqueó la boca, en un gesto de desprecio Ho'Din. (¿Y por las víctimas de secuestros? No eres mejor que el Hutt.)

Un guardaespaldas de Brasck se removió en su asiento. Karrde sabía que aquel hombre había escapado con Brasck de la servidumbre impuesta por Jabba el Hutt, cuando Luke Skywalker y sus aliados cercenaron la cabeza de la organización.

—Nadie que conociera al Hutt diría eso —gruñó, y golpeó la mesa con un dedo rígido para subrayar su frase.

—No hemos venido a discutir —dijo Karrde, antes de que Par'tah o cualquier otro contestaran.

—¿Para qué hemos venido? —habló Mazzic, retrepado en su asiento entre un gotal cornudo y una

mujer llamativa, pero de expresión vaga, con el cabello recogido en complicadas trenzas alrededor de media docena de grandes agujas esmaltadas—. Me perdonarás, Karrde, pero esto suena a discurso de reclutamiento para la Nueva República.

—Sí, y Han Solo ya nos lo ha soltado —añadió Dravis, mientras colocaba los pies encima de la mesa—. Billey ya ha dicho que no estaba interesado en transportar el cargamento de la Nueva República.

—Demasiado peligroso —intervino Clyngunn, y agitó su melena a rayas blancas y negras—. Peligrosísimo.

—¿De veras? —fingió sorprenderse Karrde—. ¿Por qué es peligroso?

—¿Bromeas? —rugió el ZeHethbra, y agitó la melena de nuevo—. Teniendo en cuenta que el Imperio ataca todos los cargamentos de la Nueva República, arriesgas tu vida cada vez que despegas.

—Estás diciendo —insinuó Karrde— que la actividad imperial es cada vez más peligrosa para nuestros negocios.

—Oh, no, Karrde, no —dijo Brasck, y agitó un dedo en su dirección—. No lograrás convencernos de que apoyemos tu plan, si tergiversas nuestras palabras.

—Aún no he sugerido ningún plan, Brasck —replicó Karrde—. Sólo he dicho que proporcionemos a la Nueva República toda la información que recojamos en el transcurso de nuestras actividades.

—¿No crees que el Imperio considerará inaceptable esa actividad? —preguntó Brasck.

(¿Desde cuándo nos importa lo que opine el Imperio?), intervino Par'tah.

—Desde que el gran almirante Thrawn tomó el mando —replicó Brasck—. He oído hablar de ese señor de la guerra, Par'tah. Fue él quien conquistó mi planeta para el Imperio.

—Motivo suficiente para que os rebeléis contra él —señaló Gillespee—. Si tenéis miedo de lo que Thrawn os puede hacer ahora, pensad en lo que ocurrirá si se adueña de toda la galaxia.

—No nos pasará nada si no le oponemos resistencia —insistió Brasck—. Necesitan nuestros servicios.

—Una bonita teoría —habló una voz desde el fondo—, pero ya te digo ahora mismo que carece de toda validez.

Karrde miró al que había intervenido. Era un humano corpulento, de cabello y barba oscuros, con un puro apagado apretado entre sus dientes.

—¿Y tú te llamas...? —preguntó Karrde, aunque estaba muy seguro de su identidad.

—Niles Ferrier —se identificó el orador—. Y os digo que dedicaros a vuestros asuntos no servirá de nada, si Thrawn decide que le hacéis falta.

—Pero paga bien —dijo Mazzic, mientras acariciaba la mano de su compañera—. Eso dicen, al menos.

—Eso dicen, ¿eh? —gruñó Ferrier—. ¿También te has enterado de que me expulsó de New Cove y confiscó mi nave? ¿Y que luego me envió a una desagradable misión, a bordo de una nave cargada con una bomba de relojería? Adivina el castigo que nos esperaba por no cumplir sus designios.

Karrde paseó la mirada por la sala, escuchó el suave chapoteo del agua en la Copa, que subrayaba el silencio. La intervención de Ferrier no concordaba con lo que Solo había contado sobre él, si bien era posible que Han hubiera interpretado mal la actuación del ladrón. Y si el relato de Ferrier ayudaba a convencer a los demás de que era preciso oponerse al Imperio...

—¿Recibiste una recompensa por tus tribulaciones? —preguntó Mazzic.

—Pues claro —resopló Ferrier—, pero ésa no es la cuestión.

—Para mí es suficiente —dijo Mazzic, y se volvió hacia Karrde—. Lo siento, Karrde, pero aún no me has dado ninguna buena razón para que me juegue el cuello por la causa que defiendes.

—¿Qué me dices del tráfico de clones que lleva a cabo el Imperio? —le recordó Karrde—. ¿No te preocupa?

—Me hace muy poca gracia, la verdad —admitió Mazzic—, pero supongo que el problema es de la Nueva República, no nuestro.

(¿Desde cuándo se ha convertido en nuestro problema?), preguntó Par'tah. (¿Acaso el Imperio ha sustituido a los contrabandistas por clones?)

—Nadie nos va a sustituir por clones —dijo Dravis—. Brasck tiene razón, Karrde. El Imperio nos necesita demasiado para molestarnos..., siempre que no tomemos partido.

—Exacto —dijo Mazzic—. Somos hombres de negocios, así de claro, y tengo la intención de seguir siéndolo. Si la Nueva República puede ofrecer más por la información que el Imperio, estará encantado de vendérsela. Si no...

Mazzic se encogió de hombros.

Karrde asintió y admitió en silencio la derrota. Quizá Par'tah querría proseguir la discusión, así como dos o tres más. Tal vez Ellor... El duro se había mantenido ajeno a la conversación, lo cual,

entre los suyos, se consideraba una señal de acuerdo, pero ninguno de los demás se veía convencido, y presionarles en este momento sólo lograría molestarles. Más tarde, quizá, aceptarían la realidad que representaba la amenaza del Imperio.

—Muy bien —dijo—. Creo que vuestra postura ya ha quedado clara. Gracias por haberme concedido vuestro tiempo. Tal vez podamos reunirnos de nuevo después de...

De repente, la parte posterior del Remolino de la Marmota estalló.

—¡Que nadie se mueva! —gritó una voz amplificada—. Quietos todos. Quédense donde están, en nombre del Imperio.

Karrde desvió la vista, por encima de las cabezas inmóviles de su público, hacia la parte posterior del edificio. A través del humo y el polvo divisó una doble línea de soldados imperiales que se abrían paso entre los escombros, protegidos los flancos por dos pares de milicianos cubiertos con armaduras blancas. Detrás, casi ocultos por la neblina, vio dos carros de combate voladores, en posición de ataque.

—De modo que han venido a la fiesta —murmuró.

—Y muy bien preparados —masculló Gillespee, detrás de él—. Parece que tenías razón en lo referente a Ferrier.

—Tal vez.

Karrde miró a Ferrier, casi esperando ver una sonrisa de triunfo en el rostro del hombretón.

Pero Ferrier no le estaba mirando, sino que concentraba su atención en una sección de la pared, a la derecha del agujero recién practicado. Karrde siguió su mirada...

Justo a tiempo de ver una sólida sombra negra que se desprendía de la pared y se deslizaba tras una fila de milicianos.

—Pero tal vez no —dijo a Gillespee, y cabeceó en dirección a la sombra—. Fíjate bien, detrás de Ellor... Gillespee respiró hondo.

—¿Qué demonios es eso?

—El defel domesticado de Ferrier, me parece. En ocasiones, les llaman espectros. Solo me había hablado de él. ¿Todos preparados?

—Sí —dijo Gillespee.

Se oyeron murmullos de asentimiento detrás de él. Karrde paseó la vista por sus colegas contrabandistas y sus ayudantes. Todos le devolvieron la mirada; la sorpresa provocada por la emboscada se iba transformando rápidamente en una fría cólera... y estaban muy preparados. La sombra del defel de Ferrier llegó al extremo de la hilera de imperiales que se acercaban. De pronto, uno de los milicianos salió disparado por los aires y chocó contra su compañero. Los milicianos más próximos reaccionaron al instante y apuntaron sus armas a un lado, mientras buscaban al atacante invisible.

—Ahora —murmuró Karrde.

Por el rabillo del ojo vio los largos cañones de dos rifles desintegradores BlasTech A280, que aparecían sobre el borde de la Copa y abrían fuego.

La primera salva arrasó el centro de la fila; derribó a un puñado de imperiales antes de que los demás buscaran refugio entre las mesas y sillas. Karrde dio un paso adelante, volcó la mesa más próxima y cayó sobre una rodilla detrás de ella.

Una precaución casi innecesaria. Los imperiales habían desviado la atención de sus presuntos prisioneros durante medio segundo fatal y, mientras Karrde desenfundaba su arma, una lluvia de rayos láser barrió la sala.

Brasck y sus guardaespaldas eliminaron a todo un escuadrón de milicianos durante los cinco primeros segundos, con un fuego sincronizado capaz de demostrar por sí solo que el brubb no había olvidado su pasado de mercenario. El grupo de Par'tah se concentró en el otro extremo de la fila; sus armas eran más pequeñas y menos devastadoras que las pesadas pistolas desintegradoras de Brasck, pero bastaron para mantener a raya a los imperiales. Dravis, Ellor y Clyngunn aprovecharon aquel fuego de cobertura para ir eliminando de uno en uno a los milicianos restantes. Mazzic, en cambio, hizo caso omiso de la amenaza representada por los milicianos y se dedicó a destruir los vehículos aparcados en el exterior.

Una buena idea, en realidad.

—¡Aves! ¡Fein! —gritó Karrde sobre el estrépito—. Concentrad el fuego en los carros.

Gritos de asentimiento le respondieron desde el borde de la Copa, y los rifles que vomitaban rayos a su lado cambiaron de objetivo. Karrde asomó un poco la cabeza por encima de la mesa y vislumbró a la compañera de Mazzic, con el cabello suelto sobre los hombros y el rostro muy expresivo, justo cuando arrojaba su última aguja esmaltada, con mortal puntería, a uno de los soldados. Un imperial salió al descubierto para disparar sobre la mujer con su rifle, pero cayó hacia atrás cuando Karrde le alcanzó en pleno torso. Un par de disparos dieron en la mesa tras la cual se protegía; nubes de

astillas saltaron por los aires, y se vio obligado a tirarse al suelo. Desde el exterior se oyó el ruido de una potente explosión, a la que siguió otra.

Y, de repente, todo concluyó. >

Karrde se levantó con cautela. Los demás le imitaron, las armas dispuestas, y examinaron el desastre que les rodeaba. Clyn-gunn tenía un brazo extendido con ciertas dificultades, mientras buscaba en su riñonera una venda. La túnica de Brasck estaba quemada en varios sitios, y la armadura asomaba ennegrecida.

—¿Estáis todos bien? —gritó Karrde.

Mazzic se irguió. Aun desde lejos, Karrde vio los nudillos blancos que aferraban el desintegrador.

—Han matado a Lishma —dijo en voz muy baja—. Ni siquiera llegó a disparar.

Karrde bajó la vista hacia la mesa rota caída a los pies de Mazzic, y al gotal inmóvil, medio oculto tras ella.

—Lo siento —dijo, y era cierto. Siempre le habían resultado simpáticos los gotales.

—Yo también lo siento —coreó Mazzic. Enfundó su arma y miró a Karrde con ojos llameantes—, pero el Imperio aún lo va a lamentar más. Muy bien, Karrde: me has convencido. ¿Dónde hay que firmar?

—Muy lejos de aquí, diría yo —contestó Karrde. Miró por la destrozada pared hacia los carros de combate quemados, mientras sacaba el comunicador—. Los refuerzos estarán al llegar. Lachton, Torve, ¿estáis ahí?

—Aquí —dijo la voz de Torve—. ¿Qué ha pasado?

—Los imperiales decidieron que querían jugar. Vinieron con un par de carros. ¿Hay movimiento en vuestras zonas?

—Aquí no —dijo Torve—. No partieron del espaciopuerto, te lo aseguro.

—Y aquí lo mismo —confirmó Lachton—. La guarnición sigue tan tranquila como una tumba.

—Esperemos que siga así unos cuantos minutos más. Avisad a los demás; volvemos a la nave.

—Nos vemos allí,

Karrde cerró el comunicador y miró a su alrededor. Gillespee estaba ayudando a Aves y Fein a izarse sobre el borde de la Copa. Arrastraban detrás los arneses que les habían mantenido suspendidos bajo el borde rocoso.

—Buen trabajo, caballeros —les felicitó—. Gracias.

—Ha sido un placer —gruñó Aves. Se libró del arnés y cogió el rifle desintegrador que Gillespee le devolvía. Pese al bajo nivel de la marea, los dos hombres estaban empapados hasta las rodillas—. ¿Ya es hora de largarnos?

—En cuanto podamos. —Karrde se volvió hacia los demás contrabandistas—. Bien, amigos, nos veremos en el espacio.

Ninguna emboscada les esperaba en el Salvaje Karrde. Ni emboscada, ni cazas perseguidores, ni Destructor Estelar imperial en órbita. A juzgar por las apariencias, el incidente sucedido en el Remolino de la Marmota bien podía ser una complicada alucinación masiva.

De no ser por la destrucción del café, los carros calcinados y las quemaduras, muy reales. Y la muerte del gotal, por supuesto.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Dravis—. Quieres que te ayudemos a rastrear esa máquina de clones que mencionaste, ¿verdad?

—Sí —contestó Karrde—. Sabemos que la ruta de transporte pasa por Poderis, de modo que debemos empezar por el sector de Oras.

—Pasaba por Poderis —indicó Clyngunn—. Thrawn ya habrá efectuado cambios.

—Pero dejando huellas que podremos seguir —replicó Karrde—. Bien. ¿Hemos llegado a un acuerdo?

—Mi grupo está contigo —respondió Ferrier al instante—. Si quieres, Karrde, veré qué puedo hacer para conseguir a tu gente auténticas naves de combate.

—Te tomo la palabra. ¿Par'tah?

(Te ayudaremos en la investigación), dijo Par'tah, en el tono más airado que Karrde le había oído nunca. La muerte del gotal la había afectado tanto como a Mazzic. (El Imperio ha de recibir una lección.)

—Gracias. ¿Mazzic?

—Estoy de acuerdo con Par'tah, pero creo que la lección ha de ser vistosa. Adelántate y empieza tu caza de clones. Ellor y yo tenemos otra idea.

Karrde miró a Aves, que se encogió de hombros.

—Si quiere ir a darles un palmetazo, ¿quién se lo va a impedir? —murmuró.

Karrde se encogió de hombros a su vez y asintió.

—Muy bien —dijo a Mazzic—. Buena suerte. Trata de no meterte en la boca un pedazo

demasiado grande.

—No lo haré —prometió Mazzic—. Nos vamos. Hasta luego. A estribor, dos naves de la formación parpadearon y desaparecieron en el hiperespacio.

—Sólo quedas tú, Brasck. ¿Qué dices?

Se oyó un largo, casi verbal suspiro por el comunicador, uno de los muchos ademanes verbales intraducibles de los brubbs.

—No puedo y no quiero oponerme al gran almirante Thrawn —dijo por fin—. Proporcionar información a la Nueva República sería invitarle a que descargara su odio y cólera sobre mí. —Otro suspiro—. Pero no impediré ni denunciaré vuestras actividades.

—Me parece justo —asintió Karrde. De hecho, era más de lo que esperaba de Brasck. El miedo de los brubbs al Imperio era enorme—. Bien. Organizaremos nuestros grupos y nos reuniremos de nuevo en Chazwa, dentro de cinco días, digamos. Buena suerte a todos.

Los demás dieron su conformidad y cortaron la comunicación. Uno a uno, fueron desapareciendo en el hiperespacio.

—Menos mal que permanecen neutrales —suspiró Aves, mientras inspeccionaba el ordenador de navegación—. A Mara le dará un ataque cuando se entere. Por cierto, ¿cuándo vuelve?

—En cuanto encuentre una forma de traerla aquí —dijo Karrde, y experimentó una punzada de culpabilidad. Habían transcurrido varios días desde que recibió el mensaje de que Ghent y ella estaban preparados para reunirse con él, un mensaje que, a su vez, habría tardado otros varios días en llegar a su destino. Mara estaría histérica a estas alturas—. Ahora que el Imperio ha aumentado la recompensa por nuestras cabezas, habrá como veinte cazadores de recompensas esperándonos en Coruscan!.

Aves se removió, intranquilo.

—¿Crees que es eso lo que ha ocurrido? ¿Un cazador de recompensas se enteró de la cita y avisó a los imperiales? Karrde contempló las estrellas.

—La verdad es que no lo sé —admitió—. Los cazadores de recompensas evitan avisar a las autoridades, a menos que ya hayan llegado a un acuerdo económico. Por otra parte, cuando los imperiales se toman el trabajo de organizar un ataque, suelen ser más competentes.

—A menos que sólo siguieran a Gillespee e ignoraran que íbamos a acudir todos los demás —sugirió Aves, vacilante—. Quizá Gillespee no merezca más que tres escuadrones y un par de carros voladores, en su opinión.

—Es posible —reconoció Karrde—, pero me cuesta creer que su Inteligencia fuera tan obtusa. Bien, pediremos a nuestros agentes de Trogan que efectúen algunas pesquisas discretas, a ver si averiguan de dónde salió aquella unidad y quién dio el soplo. Entretanto, hemos de organizar una cacería. Vamos a ello.

Pellaeon observó que Niles Ferrier sonreía, parapetado tras su barba descuidada, mientras los milicianos le escoltaban por el puente. El tipo de sonrisa complacida y presuntuosa que demostraba total ignorancia sobre los motivos de su presencia a bordo del Quimera.

—Ya está aquí, almirante —murmuró Pellaeon.

—Lo sé —respondió con calma Thrawn, de espaldas al ladrón que se acercaba.

Con calma, pero también con un brillo mortífero en sus ojos rojos. Pellaeon hizo una mueca y se preparó para lo peor. No iba a ser agradable.

El grupo llegó a la silla de mando de Thrawn y se detuvo.

—Niles Ferrier, almirante —anunció el comandante de los milicianos—. Tal como usted ordenó.

El almirante permaneció inmóvil durante un largo momento y, cuando Pellaeon miró, la sonrisa que iluminaba la cara de Ferrier había desaparecido en parte.

—Estuvo en Trogan hace dos días —dijo por fin Thrawn, sin volverse—. Se encontró con dos hombres buscados por el Imperio: Talón Karrde y Samuel Tomas Gillespee. También persuadió a una pequeña y mal preparada fuerza de asalto, bajo el mando del teniente Reynol Kosk, de que lanzara un ataque sobre los congregados, un ataque que fracasó. ¿No es cierto?

—Claro —asintió Ferrier—. Por eso le envié aquel mensaje, para que supiera...

—Me gustaría oír sus motivos —le interrumpió Thrawn, girando en su silla por fin para mirar al ladrón—, para saber por qué no debo ordenar su inmediata ejecución.

Ferrier se quedó boquiabierto.

—¿Cómo? Pero... Me he puesto en contacto con Karrde. Ahora confía en mí, ¿entiende? Esa era la idea. Le entregaré en bandeja a toda la banda...

Se calló y tragó saliva.

—Usted es el responsable directo de la muerte de cuatro milicianos y treinta y dos soldados imperiales —continuó Thrawn—. De la destrucción de dos carros de combate aéreos y sus tripulaciones. Yo no soy lord Darth Vader, Ferrier. No desperdicio inútilmente las vidas de mis



hombres. Ni me las tomo a la ligera.

El color abandonó la cara de Ferrier.

—Señor, almirante, sé que ha puesto precio a toda la banda de Karrde...

—Pero todo eso no es nada en comparación con el completo desastre que ha provocado —le interrumpió una vez más Thrawn—. Inteligencia me informó, hace casi cuatro días, de esa reunión de contrabandistas. Yo sabía el lugar, la hora y la probable lista de invitados, y ya había dado órdenes precisas a la guarnición de Trogan... Instrucciones precisas, Ferrier, de que les dejaran en paz.

Pellaeon había pensado que Ferrier no podía palidecer más. Se había equivocado.

—¿Usted? Pero, señor... Pero... No lo entiendo.

—De eso estoy seguro —dijo Thrawn, con voz mortalmente serena. Hizo un ademán. Rukh, el guardaespaldas noghri, avanzó un paso—. Pero es muy sencillo. Conozco a esos contrabandistas, Ferrier. He estudiado sus operaciones, y me he preocupado de entrevistarme personalmente con cada uno durante el año pasado, al menos en una ocasión. Ninguno quiere mezclarse en esta guerra, y si usted no hubiera organizado ese ataque, estoy seguro de que habrían abandonado Trogan convencidos de que debían seguir manteniendo la tradicional neutralidad de los contrabandistas.

Dirigió otro ademán a Rukh y, de repente, el esbelto cuchillo del noghri se materializó en la mano del asesino.

—El resultado de su interferencia —prosiguió Thrawn— ha sido unirles contra el Imperio, algo que me había tomado muchas molestias para evitar. —Sus ojos brillantes se clavaron en la cara de Ferrier—. No me gusta que estropeen mis planes.

Los ojos de Ferrier pasaban incesantemente de la cara de Thrawn al cuchillo de Rukh; su rostro había virado de un blanco pastoso al gris.

—Lo siento, almirante —tartamudeó—. No quería... Déme otra oportunidad, ¿eh? Sólo una más. Le entregaré a Karrde, se lo juro. Se los entregaré a todos.

Se quedó sin palabras y permaneció inmóvil, con aspecto desolado. Thrawn esperó unos segundos a proseguir.

—Usted es un idiota de cortas entendederas, Ferrier —dijo—, pero hasta los idiotas pueden utilizarse en algunas ocasiones. Tendrá otra oportunidad. La última oportunidad. Confío en haberme expresado con claridad.

—Sí, almirante, con suma claridad —dijo Ferrier, y agitó la cabeza de arriba abajo, como asaltado por convulsiones.

—Bien. —Thrawn hizo un gesto, y el cuchillo de Rukh desapareció—. Para empezar, cuénteme exactamente qué han planeado.

—Claro. —Ferrier inhaló aire, estremecido—. Karrde, Par'tah y Clyngunn van a encontrarse, creo que dentro de tres días, en Chazwa. Ah, saben que usted transporta sus nuevos clones por el sector de Orus.

—¿De veras? ¿Y tratan de impedirlo?

—No, sólo de averiguar su procedencia. Después, se lo dirán a la Nueva República. Brasck no les apoya, pero tampoco se interpondrá. Dravis irá a ver a Billey, y luego se reunirá con ellos. Mazzic y Ellor tienen otra idea en mente, pero no dijeron cuál.

Se quedó sin palabras, o aire, y calló.

—Muy bien —dijo Thrawn, al cabo de un momento—. Hará lo siguiente: usted y los suyos se reunirán con Karrde y los demás en Chazwa, el día de la cita. Llevará a Karrde un regalo: una lanzadera de asalto que robó en el puesto patrullero de Hishyim.

—Manipulada, ¿verdad? —asintió con energía Ferrier—. Sí, eso había pensado, darles unas naves manipuladas que...

—Karrde examinará el regalo a conciencia, por supuesto —le interrumpió Thrawn, dando muestras de que su paciencia empezaba a agotarse—. Por lo tanto, la nave se encontrará en perfectas condiciones. Su único propósito es afirmar su credibilidad, suponiendo que le quede alguna.

Ferrier torció los labios.

—Sí, señor. ¿Y después?

—Continuará informando sobre las actividades de Karrde. Y de vez en cuando, le enviaré más instrucciones. Instrucciones que obedecerá al instante y sin rechistar. ¿Está claro?

—Por supuesto. No se preocupe, almirante, confíe en mí.

—Eso espero. —Thrawn lanzó una significativa mirada hacia su guardaespaldas—. Porque me desagradaría mucho que Rukh se viera forzado a visitarle. ¿Me he expresado con claridad?

Ferrier también miró a Rukh, y tragó saliva.

—Sí, lo he captado.

—Bien. —Giró en su silla y dio la espalda a Ferrier—. Comandante, escolte a nuestro invitado a su nave y encárguese de que su gente sea trasladada a la lanzadera de asalto que les he preparado.

—Sí, señor —dijo el comandante de la milicia.  
Dio un codazo a Ferrier, y el grupo se dirigió hacia la popa.

—Ve con ellos, Rukh —dijo Thrawn—. La mente de Ferrier es minúscula, y quiero que salga de aquí sabiendo muy bien qué ocurrirá si vuelve a estropear mis planes.

—Sí, mi señor —respondió el noghri, y se deslizó en silencio tras el ladrón de naves.  
Thrawn se volvió hacia Pellaeon.

—¿Su análisis, capitán?

—La situación no es buena, señor, pero no tan mala como temíamos. Si hay que creer a Ferrier, tenemos controlado al grupo de Karrde. Entretanto, sus nuevos aliados y él no harán más que seguir el cebo dispuesto para la Rebelión.

—Hasta que se cansen y marchen cada uno por su lado —asintió Thrawn, y entornó sus ojos rojos—. Sobre todo, porque el peso de los negocios perdidos por el Imperio empieza a reclamar su tributo. De todos modos, aún falta tiempo.

—¿Cuáles son las alternativas? ¿Aceptar la propuesta de Ferrier, en el sentido de proporcionarles naves manipuladas? Thrawn sonrió.

—Tengo en mente algo más útil y satisfactorio, capitán. A la larga, estoy convencido de que algunos contrabandistas se darán cuenta de que el ataque de Trogan fue muy poco convincente. Si sembramos algunas pruebas plausibles, quizá les convenzamos de que Karrde estaba detrás.

Pellaeon parpadeó.

—¿Karrde?

—¿Por qué no? Un torpe y falaz intento de convencer a los demás de que sus temores acerca del Imperio estaban justificados. Acabará con la influencia que Karrde pueda tener sobre ellos, y nos ahorrará el trabajo de capturarles.

—Vale la pena pensar en la posibilidad, señor —admitió con diplomacia Pellaeon. En su opinión, el punto álgido de una ofensiva a gran escala no era el momento adecuado de pensar en vengarse de la hez y la escoria de la galaxia. Habría mucho tiempo para eso después de reducir a polvo a la Rebelión—. ¿Puedo sugerir, almirante, que la campaña suspendida de Ketaris exige toda su atención?

Thrawn volvió a sonreír.

—Su devoción por el deber es encomiable, capitán. —Volvió la cabeza para mirar por la portilla lateral—. ¿Aún no hemos recibido informes de Coruscant?

—Todavía no, señor —dijo Pellaeon—, pero recuerde que Himron, primero, quería sembrar pistas falsas. Quizá se haya retrasado.

—Quizá. —Thrawn se volvió, y Pellaeon advirtió cierta tirantez en su rostro—. Y quizá no. De todos modos, aunque no logremos apoderarnos de los gemelos que tanto ansia nuestro bienamado Maestro Jedi, si el mayor Himron logra traer de vuelta a Mara Jade, eliminará la amenaza que representa para nosotros. De momento, eso es lo más importante. —Se enderezó en su silla—. Ponga rumbo hacia la batalla de Ketaris, capitán. Partiremos en cuanto Ferrier haya salido.

El hombre corpulento iba a internarse en el Gran Pasillo cuando Han le alcanzó por fin, con la expresión de un hombre apresurado y muy malhumorado, lo cual concordaba más o menos con su estado.

—Coronel Bremen —dijo, y ajustó su paso al del hombre cuando pasó junto al primero de los árboles ch'hala verdes y púrpura que flanqueaban el Gran Pasillo—. Quiero hablar un momento con usted.

Bremen le dirigió una mirada de irritación.

—Si es acerca de Mara Jade, Solo, no quiero escucharle.

—Sigue bajo arresto domiciliario —replicó Han—. Quiero saber por qué.

—Caramba, quizá esté relacionado con el ataque imperial de hace dos noches —contestó Bremen con sarcasmo—. ¿No cree?

—Tal vez —admitió Han, mientras apartaba una rama que se alejaba demasiado del tronco. El sutil torbellino de colores que tenía lugar bajo la corteza transparente del árbol estalló en un rojo rabioso, justo en el punto de donde brotaba la rama. El color se extendió por el tronco en oleadas, que poco a poco se fueron desvaneciendo—. Creo que todo depende del crédito que concedamos a los rumores imperiales.

Bremen se paró en seco y giró sobre sus talones.

—¿Qué quiere de mí, Solo? —dijo airado. Una nueva oleada de rojo pálido onduló sobre el árbol ch'hala que Han había tocado, y un grupo de diplomáticos que conversaban en el pasillo levantaron la vista, intrigados—. Enfréntese a los hechos un momento, ¿eh? Jade conocía la puerta posterior y los pasadizos secretos, lo ha admitido. Entró en escena antes de que sonara ninguna alarma, cosa que también ha admitido.

—Bien, lo mismo puede decirse de Lando y el general Bel Iblis —respondió Han, haciendo uso de la escasa diplomacia que Leia había conseguido enseñarle—. A ellos no les ha encerrado.

—Las circunstancias son bastante diferentes, ¿verdad? —contraatacó Bremen—. Carlissian y Bel Iblis han estado comprometidos con la Nueva República, y mucha gente de aquí responde por ellos. Jade no cuenta con nada de eso.

—Leia y yo respondemos por ella —contestó Han, mientras procuraba olvidar que la mujer deseaba matar a Luke—. ¿No basta, o le ha molestado hasta ese punto que hiciera el trabajo por usted?

No debió decir aquello. Bremen enrojeció casi tanto como el árbol ch'hala y su expresión se endureció como el metal.

—Ayudó a acabar con supuestos agentes imperiales —dijo con voz gélida—. Eso no demuestra absolutamente nada. Teniendo en cuenta que un gran almirante se dedica a tirar de las cuerdas, es posible que todo el asalto no fuera más que una pantomima para convencernos de que Jade está de nuestra parte. Bien, lo siento, pero no nos lo vamos a tragar. Recibirá el tratamiento completo: investigación documental, investigación de antecedentes, correlación entre amistades y un par de sesiones de interrogatorio.

—Fantástico —resopló Solo—. Si aún no está de nuestro lado, seguro que eso la convence.

Bremen se irguió en toda su estatura.

—No lo hacemos para ser populares, Solo, sino para proteger las vidas de la Nueva República, la suya y las de sus hijos entre ellas, por si lo ha olvidado. Supongo que la consejera Organa Solo asistirá a la reunión convocada por Mon Mothma; si tiene quejas o sugerencias, que las presente allí. Hasta entonces, no quiero que nadie más me hable de Mara Jade. Sobre todo usted. ¿Está claro, capitán Solo?

Han suspiró.

—Sí, claro.

—Bien.

Bremen dio media vuelta y se alejó por el pasillo. Han dirigió a su espalda una mirada furiosa.

—Tienes don de gentes, ¿eh? —dijo con ironía una voz familiar detrás de él.

Han se volvió, algo sorprendido.

—¡Luke! ¿Cuándo has llegado?

—Hace unos diez minutos. Llamé a tus aposentos, y Winter me dijo que habías bajado a una cita especial. Esperaba alcanzarte antes.

—De hecho, no estoy invitado —respondió Han, mientras lanzaba una última mirada a la espalda de Bremen—. Leia ha ido a la habitación de Mara.

—Ah, Mara.

Han miró a su amigo.

—Estaba aquí cuando la necesitamos —le recordó. Luke hizo una mueca.

—Y yo no.

—No me refería a eso —protestó Han.

—Lo sé, pero tendría que haber estado.

—Bueno... —Han se encogió de hombros, sin saber qué decir—. No siempre podrás protegerla. Para eso estoy yo. Luke le dirigió una mirada irónica.

—Claro. Me había olvidado.

Han miró hacia atrás. Otros diplomáticos y ayudantes del Consejo habían aparecido, pero Leia aún no.

—Vamos, se habrá detenido en algún sitio. Nos encontraremos a mitad de camino.

—Me sorprende que la dejes pasear sola por el palacio —comentó Luke, mientras volvían hacia la hilera de árboles ch'hala.

—No está exactamente sola —replicó con sequedad Han—. Chewie no la ha perdido de vista desde el ataque. La gran bola peluda duerme frente a su puerta por las noches.

—Eso te debe de tranquilizar.

—Sí. Es probable que los críos contraigan alergia al pelo wookie. —Miró a Luke—. ¿Por dónde andabas? En tu último mensaje decías que regresarías hace tres días.

—Eso fue antes de... —Luke se interrumpió y examinó a la gente que empezaba a llenar el pasillo—. Te lo contaré después. Winter me ha dicho que Mara estaba bajo arresto domiciliario.

—Sí, y todo indica que continuará así —gruñó Han—. Al menos, hasta que convenzamos a los de Seguridad de que es inocente.

—Sí —dijo Luke, vacilante—. Bueno, quizá no sea tan fácil. Han frunció el ceño.

—¿Por qué?

Luke se armó de valor.

—Porque fue ayudante personal del emperador durante casi toda la guerra.

Han le miró asombrado. ?

—Espero que sea una broma.

—No. —Luke meneó la cabeza—. Recoma todo el Imperio, haciendo trabajitos para él. La llamaban la Mano del Emperador.

Así la había llamado aquel mayor imperial, en el ala médica.

—Maravilloso —dijo Han—. Simplemente maravilloso. Podías habérmelo dicho.

—No pensé que fuera importante. Ahora ya no sirve al Imperio, de eso estoy seguro. —Luke lanzó a Han una mirada significativa—. Supongo que casi todos hemos hecho cosas en el pasado que preferimos mantener en secreto.

—En cualquier caso, creo que Bremen y sus tipejos de Seguridad no lo verán así —dijo en tono sombrío Han.

—Bien, tendremos que convencerles... Se interrumpió.

—¿Qué pasa? —preguntó Han.

—No lo sé —dijo poco a poco Luke—. He notado una alteración en la Fuerza.

Han sintió frío en la boca del estómago.

—¿Qué clase de alteración? ¿Te refieres a peligro?

—No —dijo Luke, con el ceño fruncido—. Más bien una sorpresa, o una conmoción. —Miró a Han—. Y no estoy seguro..., pero creo que procedía de Leia.

La mano de Han bajó hacia la culata del desintegrador, y sus ojos exploraron el pasillo. Leia estaba arriba, con una antigua agente imperial..., lo bastante sorprendida para que Luke lo captara.

—¿Crees que deberíamos correr? —preguntó en voz baja.

—No —contestó Luke. Han observó que sus dedos acariciaban la espada de luz—. Pero podríamos andar deprisa.

Frente a la puerta sonó la voz apagada del androide guardián G-2RD. Mara lanzó un suspiro de cansancio, cerró la agenda electrónica y la tiró encima del escritorio. A la larga, pensó, Seguridad se cansaría de aquellos educados interrogatorios, pero aún no daban muestras de ello. Proyectó la Fuerza para tratar de localizar a su visitante, con la esperanza de que no volviera a ser el pesado de Bremen.

No lo era. Apenas había superado su sorpresa, cuando la puerta se abrió y entró Leia Organa

Solo.

—Hola, Mara —saludó Organa Solo. El guardia androide cerró la puerta detrás de ella, y Mara vislumbró a un wookiee con cara de pocos amigos—. Vengo a ver cómo está.

—Como nunca —gruñó Mara, insegura de si recibir a Organa Solo era peor o mejor que aguantar a Bremen—. ¿Qué ha pasado ahí fuera?

Leia meneó la cabeza, y Mara captó la irritación de la princesa.

—Por lo visto, alguien de Seguridad ha decidido que usted no debe recibir más de un invitado a la vez, como no sea uno de ellos. Chewie ha tenido que quedarse fuera, y le ha hecho muy poca gracia.

—¿Debo suponer que no confía en mí?

—No lo tome como algo personal. Los wookies se toman muy en serio sus deudas de vida. Aún está muy disgustado por el intento de secuestro. Lo más probable es que, en este momento, confíe más en usted que en cualquier otra persona del palacio.

—Me alegro de que alguien lo haga —dijo Mara con amargura—. Quizá debería pedirle que sostenga una pequeña conversación con el coronel Bremen.

Organa Solo suspiró.

—Lamento todo esto, Mara. Tenemos una reunión abajo dentro de pocos minutos y voy a intentar de nuevo que la liberen, pero creo que Mon Mothma y Ackbar no claudicarán hasta que Seguridad haya terminado su inspección.

Y cuando averiguaran que sí había sido la Mano del Emperador...

—Tenía que haberle insistido a Winter para que me proporcionara una nave.

—En ese caso, los gemelos y yo estaríamos en manos de los imperiales —dijo en voz baja Organa Solo—, camino de ser los esclavos de su Maestro Jedi C'baoth.

Mara apretó los labios. No se le ocurría un destino peor que ése.

—Ya me ha dado las gracias —murmuró—. Digamos que me debe una y lo dejamos así, ¿de acuerdo? Organa Solo sonrió.

—Creo que le debemos bastantes más de una. ••<•• Mara la miró directamente a los ojos.

—Recuérdelo cuando mate a su hermano. Organa Solo ni siquiera pestañeó.

—¿Aún cree que quiere matarle?

—No quiero hablar de eso. —Mara se levantó de la silla y caminó hacia la ventana—. Estoy bien, usted va a tratar de liberarme y todos estamos contentos de que yo la salvara de C'baoth. ¿Algo más?

Notó que los ojos de Organa Solo la examinaban.

—En realidad, no —dijo—. Sólo quería preguntarle por qué lo hizo.

Mara miró por la ventana y experimentó una oleada de emoción, que se estrelló contra la gruesa coraza que tanto le había costado construir a su alrededor.

—No lo sé —admitió, vagamente sorprendida—. He gozado de dos días de soledad para reflexionar, y aún lo ignoro. Tal vez... —Se encogió de hombros—. No me gustó que Thrawn intentara robarle a sus hijos.

Organa Solo permaneció en silencio unos instantes.

—¿Dónde vivía, Mara, antes de que el emperador la trajera a Coruscant? —preguntó por fin. Mara meditó.

—No lo sé. Recuerdo el día que conocí al emperador, y el viaje en su nave privada hasta aquí, pero no recuerdo nada anterior.

—¿Sabe qué edad tenía? Mara negó con la cabeza.

—No. Lo bastante mayor para hablar con él, y para comprender que abandonaría mi hogar y me iría con él, pero eso es todo.

—¿Y sus padres? ¿Se acuerda de ellos?

—Un poco. Como si fueran sombras. —Mara vaciló—. Sin embargo, tengo la sensación de que no deseaban que me fuera.

—Dudo que el emperador les dejara elegir —dijo Organa Solo, en tono más suave—. ¿Y usted, Mara? ¿Pudo elegir?

Mara esbozó una tensa sonrisa, cuando las lágrimas se agolparon en sus ojos.

—¿Intenta insinuar que arriesgué mi vida por sus gemelos porque fui arrebatada de mi hogar de la misma forma?

—¿No es cierto?

—No. —Mara se volvió para mirarla—. No fue así. No quería que C'baoth se apoderara de ellos. Dejémoslo así.

—De acuerdo —dijo Organa Solo, en tono de incredulidad—, pero si alguna vez quiere seguir hablando del tema...

—Sabré dónde encontrarla —terminó por ella Mara.

Aún no podía creer que estuviera contando todo esto a Organa Solo..., pero debía admitir que le resultaba gratificante. Quizá se estaba ablandando.

—Puede llamarme cuando quiera. —Organa Solo sonrió mientras se levantaba—. Será mejor que baje a la reunión, a ver qué están haciendo hoy los soldados clónicos de Thrawn.

Mara frunció el ceño.

—¿A qué soldados clónicos se refiere?

Ahora fue Organa Solo quien arrugó el entrecejo.

—¿No lo sabe?

—¿Saber qué?

—El Imperio ha encontrado en algún sitio cilindros de clonación Spaarti. Han fabricado cantidades ingentes de clones para luchar contra nosotros.

Mara la miró fijamente y un escalofrío recorrió su espina dorsal. Clones...

—Nadie me lo había dicho —susurró.

—Lo siento. Pensaba que todo el mundo lo sabía. Es el principal tema de conversación en el palacio desde hace un mes.

—Estaba en la zona médica.

Clones. Que lucharían desde las naves de la flota Katana, bajo el mando del gran almirante Thrawn, un genio de sangre fría. Las Guerras Clónicas volverían a repetirse.

—Tiene razón; lo había olvidado —reconoció Organa Solo—. Estaba muy ocupada. —Miró a Mara de una forma extraña—. ¿Se encuentra bien?

—Sí —dijo Mara, con una voz que sonó lejana a sus propios oídos, a medida que los recuerdos atravesaban su mente como rayos.

Un bosque, una montaña, un oculto y muy secreto almacén donde el emperador guardaba sus tesoros...

Y una inmensa cámara llena de tanques de clonación.

—Muy bien —dijo Organa Solo, muy poco convencida, pero sin ganas de insistir—. Bueno, hasta luego.

Extendió la mano hacia el pomo de la puerta...

—Espere.

Organa Solo se volvió.

—¿Sí?

Mara respiró hondo. La existencia del lugar había sido un secreto casi total, conocido sólo por un puñado de personas; el emperador lo había dejado claro en innumerables ocasiones. Pero si Thrawn iba a poseer un ejército renovable de clones que enviar contra la galaxia...

—Creo que sé dónde están los cilindros Spaarti. Pese a sus rudimentarias capacidades sensoras, percibió la conmovión que experimentaba Organa Solo.

—¿Dónde? —preguntó, con voz controlada férreamente.

—El emperador tenía un almacén particular —dijo Mara, y las palabras brotaron con dificultad. Tuvo la impresión de que el rostro apegaminado del emperador flotaba ante ella, y aquellos ojos amarillos le dirigían una amarga y silenciosa mirada acusadora—. Estaba bajo una montaña, en un planeta llamado Wayland. Ni siquiera sé si es el nombre oficial. Allí guardaba sus recuerdos y extrañas muestras de tecnología que algún día pudieran serle útiles. Una de las cavernas artificiales albergaba unas instalaciones de clonación muy completas, que al parecer había expropiado a uno de los maestros donadores.

—¿Eran muy completas?

—Muchísimo —dijo Mara, con un estremecimiento—. Contaba con un sistema de alimentación, además de un sistema ultrarrápido para imprimir personalidad y adiestrar técnicamente a los clones, a medida que se desarrollaban.

—¿Cuántos cilindros había? Mara meneó la cabeza.

—No lo sé con certeza. La estructura adoptaba la forma de filas concéntricas, como una especie de estadio deportivo, y ocupaba toda la caverna.

—¿Había mil cilindros? —insistió Organa Solo—. ¿Dos mil? ¿Diez mil?

—Yo diría que veinte mil, como mínimo. Tal vez más.

—Veinte mil —murmuró Organa Solo, con el rostro petrificado—. Y cada veinte días extrae un clon de cada uno. Mara la miró asombrada.

—¿Veinte días? —repitió—. Eso es imposible.

—Lo sé, pero Thrawn lo está haciendo. ¿Sabe las coordenadas de Wayland?

Mara negó con la cabeza.

—Sólo fui una vez, y el emperador pilotó la nave en persona, pero sé que podría averiguarlas si tuviera acceso a mapas y un ordenador de navegación.

Organa Solo asintió lentamente. Su estado de ánimo dio la impresión a Mara de un vendaval al atravesar un desfiladero.

—Veré qué puedo hacer. En el ínterin... —Sus ojos se clavaron de repente en el rostro de Mara—. No debe repetir a nadie lo que acaba de decirme. A nadie. Thrawn sigue obteniendo información del palacio..., y vale la pena matar por esto.

Mara asintió con la cabeza.

—Entiendo —dijo, y de pronto, la habitación pareció más fría.

—Muy bien. Intentaré proporcionarle mayor protección, siempre que pueda hacerlo de manera discreta. —Hizo una pausa y ladeó la cabeza, como si escuchara—. Será mejor que me vaya. Han y Luke se acercan, y éste no es el lugar más apropiado para un consejo de guerra.

—Claro —dijo Mara, y se volvió hacia la ventana. La suerte estaba echada, y se había decantado irrevocablemente a favor de la Nueva República.

A favor de Luke Skywalker. El hombre al que debía matar.

Celebraron el consejo de guerra por la noche, en el despacho de Leia, único lugar al que Fuente Delta aún no tenía acceso. Luke paseó la mirada alrededor de la habitación cuando entró, y pensó una vez más en la maraña de acontecimientos que habían integrado a esta gente, a estos amigos, en su vida. Han y Leia, sentados en el sofá, que compartían un efímero momento de tranquilidad, antes de que la realidad de una galaxia en guerra se entrometiera de nuevo. Chewbacca, sentado entre ellos y la puerta, con la ballesta apoyada sobre sus peludas rodillas, decidido a no fallar otra vez en el deber auto impuesto de su deuda de vida. Lando, que contemplaba con el ceño fruncido la terminal de ordenador de Leia y una lista de lo que parecían ser precios de mercado. Cetrespeó y Enredos, que conversaban en un rincón, tal vez intercambiando las últimas noticias y lo que los androides consideraran habladurías. Y Winter, sentada con discreción en otro rincón, al cuidado de los gemelos dormidos.

Sus amigos. Su familia.

—¿Y bien? —preguntó Han.

—He examinado toda la zona que rodea el despacho —explicó Luke—. Ni humanos ni androides en las cercanías. ¿Y aquí?

—Ordené al teniente Page que se personara y llevara a cabo una inspección de contraespionaje —dijo Leia—. Nadie ha entrado desde entonces. La seguridad debería ser total.

—Estupendo —dijo Han—. Ahora, ¿puedes decirnos qué ocurre?

—Sí —contestó Leia, y Luke notó que su hermana reunía fuerzas—. Mara cree saber dónde están las instalaciones de clonación del Imperio.

Han se enderezó un poco y miró a Lando.

—¿Dónde?

—En un planeta que el emperador llamaba Wayland. Un nombre en código, al parecer. No lo he encontrado en ninguna lista.

—¿Era una instalación de los antiguos maestros donadores? —preguntó Luke.

—Mara dijo que era el almacén del emperador —aclaró Leia—. Me dio la impresión de que se trataba de un cruce entre una sala de trofeos y un vertedero de maquinaria.

—La guarida de una rata —bufó Han—. Muy propio de él. ¿Dónde está?

—Mara ignora las coordenadas —dijo Leia—. Sólo visitó el planeta una vez, pero cree que será capaz de localizarlo.

—¿Por qué no lo había dicho antes? —preguntó Lando. Leia se encogió de hombros.

—Por lo visto, no sabía lo de los clones hasta que yo lo mencioné. Recuerda que estaba sometida a regeneración neurológica cuando todo el mundo hablaba de ello.

—Me cuesta creer que no se enterara de nada —protestó Lando.

—No es imposible —le atajó Leia—. Ningún informe general al que tuvo acceso se refería a los clones, y tampoco se ha mostrado muy sociable.

—Las coincidencias son sospechosamente convenientes —observó Lando—. Podía ir y venir por el palacio tranquilamente. Después, el jefe de un comando imperial la acusa y es detenida. De pronto, exhibe Wayland frente a nosotros y quiere que la soltemos.

—¿Quién ha hablado de soltarla? —preguntó Leia, algo sorprendida por la idea.

—¿No es eso lo que propone? —preguntó Lando—. ¿Llevarnos a Wayland a cambio de su libertad?

—No ha pedido nada —protestó Leia—. Y lo único que yo propongo es proporcionarle un ordenador de navegación para que localice Wayland.

—Temo que no será suficiente, corazón. —Han meneó la cabeza—. Las coordenadas no están mal para empezar, pero un almacén puede esconderse en cualquier sitio de un planeta.

—Sobre todo uno que el emperador deseaba mantener en secreto —corroboró Luke—. Lando

tiene razón. Tendremos que llevarla con nosotros.

Han y Lando se volvieron a mirarle, y hasta Leia pareció sorprenderse.

—No me dirás que te lo has tragado —dijo Lando.

—Creo que no nos queda otra alternativa —contestó Luke—. Cuanto más nos retrasemos, más clones enviará Thrawn contra nosotros.

—¿Y la ruta de embarque que investigabas? —sugirió Leia—. ¿La que atravesaba Poderis y el sector de Orus?

—Eso llevará tiempo —dijo Luke—. El método que propongo es mucho más rápido.

—Si Mara dice la verdad —replicó Lando—. Si no, será como buscar una aguja en un pajar.

—O peor —añadió Han—. Thrawn ya ha intentado reuniros a ti y a ese tal C'baoth en una ocasión anterior. Podría ser otra trampa.

Luke les miró de uno en uno y deseó saber cómo explicarse. En el fondo, sabía que aquello era lo correcto. Al igual que en la confrontación final con Vader y el emperador, su destino y el de Mara estaban unidos en aquel lugar.

—No es una trampa —dijo por fin—. Por parte de Mara no, al menos.

—Estoy de acuerdo —confesó Leia en voz baja—. Y creo que tienes razón. Hemos de llevarla con nosotros.

Han se volvió hacia su mujer. Contempló a Luke con el ceño fruncido y miró una vez más a Leia.

—Deja que lo adivine —gruñó—. Es una de vuestras locuras Jedi, ¿no?

—En parte —admitió Leia—, pero es simple lógica táctica. No creo que Thrawn hubiera volcado tantos esfuerzos en convencernos de que Mara era cómplice del secuestro, si no quisiera que dejáramos de dar crédito a todo cuanto nos contara sobre Wayland.

—Si asumes eso, también deberás asumir que Thrawn intuyó que el atentado fracasaría —observó Lando.

—Asumo que Thrawn se prepara para todas las contingencias —dijo Leia. Un músculo se agitó en su mejilla—. Y como tú has dicho, Han, nuestra intuición Jedi anda de por medio. Toqué la mente de Mara dos veces durante el ataque; cuando me despertó, y cuando entró detrás de los comandos. —Miró a Luke, y adivinó que conocía las intenciones de Mara hacia su persona—. A Mara no le caemos muy bien —dijo en voz alta—, pero en cierto modo creo que da igual. Comprende perfectamente el efecto que causaría en la galaxia una nueva ronda de Guerras Clónicas, y no lo desea.

—Si quiere acompañarme a Wayland, iré —afirmó Luke—. No os pido que vengáis. Sólo quiero vuestra ayuda para que Mon Mothma la deje en libertad. —Vaciló—. Y vuestra bendición.

Se hizo un momento de silencio. Han clavó la vista en el suelo, la frente arrugada de concentración, con la mano de Leia entre las suyas. Lando se tocaba el bigote sin decir nada. Chewbacca acariciaba su ballesta y rugía para sí. En la esquina opuesta, Erredós canturreaba por lo bajo con aire pensativo. Uno de los gemelos (Jacen, decidió Luke) gimió un poco en su sueño, y Winter le acarició la espalda.

—No podemos hablar con Mon Mothma al respecto —dijo por fin Han—. El rumor se esparcirá, y cuando todo esté preparado, la mitad del palacio ya se habrá enterado. Si Thrawn quiere liquidar a Mara, tendrá todo el tiempo del mundo.

—¿Cuál es la alternativa? —preguntó Leia con suspicacia. >

—La que Lando ha señalado. Liberarla. / Leia dirigió una mirada de estupefacción a Luke.

—¡Han! No podemos hacer eso. »>

—Pues claro que sí. Chewie y yo tuvimos que sacar a un tipo de una cárcel imperial en una ocasión, y todo salió bien. Chewbacca gruñó.

—Que sí, hombre —protestó Han—. No fue culpa nuestra que le volvieran a pillar una semana después.

—Yo no me refería a eso —intervino Leia—. Estás hablando de una acción ilegal, que bordea la traición. Han palmeó su rodilla.

—La Rebelión fue un acto ilegal que bordeaba la traición, cariño —le recordó—. Cuando las normas no sirven, se quebrantan. Leia respiró hondo y expulsó el aire poco a poco.

—Tienes razón —admitió por fin—. Tienes razón. ¿Cuándo lo haremos?

—Tú no. Seremos Luke y yo. Chewie y tú os quedaréis aquí, a salvo.

Chewbacca empezó a rugir algo, pero se interrumpió a mitad de la frase. Leia miró al wookie, a Luke...

—No hace falta que vengas, Han —dijo Luke, al percibir en su hermana los temores que no podía verbalizar—. Mara y yo lo haremos solos.

—¡Cómo! ¿Los dos solitos vais a cargaros un complejo de clonación? —resopló Han.

—No hay muchas alternativas. Mientras Fuente Delta siga en activo, no podemos confiar en casi nadie. Y las personas de confianza, como Escuadrón Pícaro, se encuentran destinadas a misiones



defensivas. —Abarcó con un ademán la habitación—. Esto es lo que hay.

—Tres tendremos mejores posibilidades que dos —insistió Han.

Luke miró a Leia. Sus ojos expresaban un gran temor por la seguridad de su marido, pero en el fondo aceptaba con resignación la decisión de Han. Comprendía la vital importancia de esta misión, y su experiencia bélica le decía que la propuesta de Han era lógica.

O tal vez, al igual que Han, no quería que Luke se fuera solo con la mujer que deseaba matarle.

—Muy bien, Han —dijo Luke—. Seremos tres.

—¿Y por qué no cuatro? —suspiró Lando—. Tal como va mi solicitud relativa a Ciudad Nómada, no creo que haya otro remedio. Me gustaría devolverles la jugada.

—Me parece bien, amigo —asintió Han—. Bienvenido a bordo. —Se volvió hacia Chewbacca—. Muy bien, Chewie. ¿Cuál es tu problema?

Luke miró a Chewbacca, sorprendido. No había intuido ningún problema, pero ahora que le prestaba atención, captó el torbellino de emociones que sacudían al wookie.

—¿Qué pasa, Chewie?

Durante un momento, el wookie se limitó a rugir por lo bajo. Después, de muy mala gana, se explicó.

—Bien, nos gustaría mucho que vinieras —dijo Han—, pero alguien ha de quedarse aquí y cuidar de Leia. A menos que consideres capacitada para el trabajo a Seguridad de palacio.

Chewbacca gruñó su opinión sobre Seguridad de palacio.

—Exacto —reconoció Han—. Por eso te vas a quedar.

Luke miró a Leia. Ella también le estaba mirando, y observó que también comprendía el dilema. En principio, Chewbacca había contraído su deuda de vida con Han, y le disgustaba terriblemente dejar que Han se metiera en esta arriesgada empresa sin él. Sin embargo, Leia y los gemelos también se encontraban bajo la protección del wookie, y no podía permitir que se quedaran indefensos en el palacio.

Mientras intentaba pensar en una solución, Luke vio que los ojos de su hermana se iluminaban.

—Tengo una idea —dijo Leia con cautela. Todos la escucharon y, ante la sorpresa de Han, Chewbacca accedió al instante.

—Estás bromeando —dijo Han—. Es una broma, ¿verdad? Sí, es una broma. Porque si piensas que voy a dejar a Leia y los gemelos...

—Es la única solución, Han —dijo en voz baja Leia—. De lo contrario, Chewie se sentirá fatal.

—Chewie ya se ha sentido fatal en otras ocasiones —replicó Han—. Lo superará. Vamos, Luke, díselo. Luke sacudió la cabeza.

—Lo siento, Han. Resulta que considero la idea muy buena.

—Vaciló, pero no pudo resistirse—. Creo que es una de esas locuras Jedi.

—Muy gracioso —gruñó Han. Volvió a pasear la vista por la habitación—. ¿Lando? ¿Winter? Bueno, que alguno diga algo.

—A mí no me mires, Han —dijo Lando, y levantó las manos—. Yo no participo en esta parte de la discusión.

—En cuanto a mí, confío en el buen juicio de la princesa Leia —añadió Winter—. Si ella cree que estaremos seguras, acepto su sugerencia.

—Dispones de algunos días para acostumbrarte a la idea

—dijo Leia a Han, antes de que éste pudiera intervenir—. Quizá logremos que cambies de opinión. La expresión de Han no era alentadora, pero asintió.

—Sí, claro.

Se hizo un momento de silencio.

—¿Eso es todo? —preguntó por fin Lando.

—Eso es todo —confirmó Leia—. Hemos de planificar la misión. Empecemos.

El intercomunicador pitó desde la esquina de la mesa de comunicaciones.

—¿Karrde? —se oyó la voz cansada de Dankin—. Nos acercamos al sistema de Bilbringi. Saldremos dentro de unos cinco minutos.

—Estaremos allí —contestó Karrde—. Encárgate de que los turboláseres estén preparados. No sabemos qué vamos a encontrar.

—De acuerdo —confirmó Dankin—. Fuera. Karrde cerró el intercomunicador y tecleó los descifradores de la mesa.

—Parece cansado —comentó Aves desde el otro lado de la mesa, mientras extraía su agenda electrónica.

—Casi tanto como tú —dijo Karrde, y dirigió una última mirada a la pantalla que estaba examinando antes de cerrarla. El informe de sus agentes de Anchoron, iguales a los anteriores: todo negativo—. Tiene que haber pasado demasiado tiempo desde que hicimos turnos dobles. Nadie lo hace ya. Tendré que incluirlo en los futuros ejercicios de entrenamiento.

—Estoy seguro de que a la tripulación le encantará —replicó con sequedad Aves—. Detestaríamos que la gente pensara que nos hemos ablandado.

—Sería contrario a nuestra imagen —admitió Karrde, y se levantó—. Vamos. Ya terminaremos después.

—Para lo que va a servir —gruñó Aves—. ¿Estás absolutamente seguro de que eran clones lo que Skywalker vio en Berchest?

—Skywalker estaba seguro —dijo Karrde, mientras salían del despacho y se encaminaban al puente—. No estarás insinuando que el noble Jedi me mintió.

—Mentir no. —Aves meneó la cabeza—. Sólo me estoy preguntando si todo fue un montaje, orquestado por Thrawn para alejarnos de la auténtica ruta de transporte.

—También a mí se me ha ocurrido. Aun teniendo en cuenta las deudas contraídas por el gobernador Staffa con nosotros, creo que entramos y salimos del sistema con demasiada facilidad.

—No mencionaste estas reservas en Chazwa, cuando distribuiste las misiones de investigación.

—Estoy seguro de que pensamientos similares habrán pasado por la cabeza de todos los demás —le tranquilizó Karrde—. Como la idea de que, si hay un agente imperial entre nosotros, deberíamos hacer lo posible para que siga creyendo que nos hemos tragado el engaño del gran almirante Thrawn. Si es un engaño.

—Y si hay un agente imperial en el grupo —añadió Aves. Karrde sonrió.

—Si tuviéramos un poco de brualki, podríamos tener brualki y menkooro...

—... si tuviéramos un poco de menkooro —terminó el viejo dicho Aves—. Sigues creyendo que Ferrier trabaja para Thrawn. Karrde se encogió de hombros.

—Sólo es su palabra contra la de Solo de que no era un agente voluntario del Imperio en el asunto de la flota Katana.

—¿Por eso ordenaste a Torve que trasladara aquella lanzadera de asalto al sistema de Roche?

—Exacto —asintió Karrde, y deseó por un momento que Mara estuviera a su lado. Aves era un buen elemento, pero necesitaba que le explicaran las cosas con pelos y señales, mientras que Mara las comprendía al instante—. Conozco a un par de ver-pines allí que me deben un favor. Si la lanzadera de asalto está manipulada, lo descubrirán.

La puerta del puente se deslizó a un lado y entraron.

—¿Situación? —preguntó Karrde, mientras observaba por la portilla el cielo moteado del hiperespacio.

—Todos los sistemas dispuestos —dijo Dankin—. Balig, Lachton y Corvis se encargan de los turboláseres.

—Gracias —dijo Karrde. Se sentó junto a Aves, en el puesto del copiloto—. Quédate, Dankin. Hoy serás el capitán.

—Es un honor —respondió con ironía Dankin. Se acercó al puesto de comunicaciones y se sentó.

—¿De qué crees que va todo esto? —preguntó Aves, mientras preparaba la nave para el salto.

—Ni idea —admitió Karrde—. Según Par'tah, todo cuanto dijo Mazzic fue que quizá me apetecería pasar por Bilbringi después de nuestra cita con los otros en Chazwa.

—Quizá tenga relación con la lección que Ellor y él pensaban dar al Imperio —dijo Aves—. Creo que no me va a gustar.

—Recuerda que, pase lo que pase, somos pacíficos espectadores. Un carguero con una fecha de entrega autorizada y un cargamento de convertidores de energía Koensayr. Perfectamente legal.

—Mientras no nos examinen con demasiado celo... Muy bien, allá vamos.

Empujó las palancas de hiperpropulsión hacia adelante, y las estelas aparecieron y se convirtieron en un telón de estrellas.

Un telón de estrellas, naves a medio terminar, buques de servicio y construcción y plataformas de ataque flotantes. Y, casi enfrente del Salvaje Karrde, una enorme estación de batalla Golan II erizada de armas.

Habían llegado a los astilleros imperiales de Bilbringi.

Darkin silbó.

—Fijaos en esa nueva construcción —exclamó asombrado—. Aquí no se andan con tonterías, ¿eh?

—No —admitió Karrde—, ni en Ord Trasi, ni en Yaga Menor. Si Thrawn estaba dedicando la mitad de esfuerzos a su proyecto de clonación...

—Atención, carguero, al habla el control de Bilbringi —le interrumpió una voz de tono autoritario—. Identifíquese; lugar de origen y asunto que le trae.

—¿Darkin? —murmuró Karrde. Dankin asintió.

—Carguero Hab Camber, procedente de Valrar —dijo por el comunicador—. Mandado por el capitán Abel Quiller, con un cargamento de convertidores de energía para el Muelle Cuarenta y Siete.

—Recibido —dijo el controlador—. Esperen la confirmación. Aves palmeó el brazo de Karrde y señaló hacia la estación de combate.

—Va a salir una lanzadera de asalto —indicó. Y en dirección al Salvaje Karrde.

—Mantén el curso —dijo Karrde en voz baja—. Quizá quieran comprobar si estamos nerviosos.

—O quizá esperen problemas —replicó Aves.

—O tomen precauciones después de tenerlos —intervino Dankin—. Si Mazzic ya ha pasado por aquí...

—Carguero Hab Camber, mantenga la posición —ordenó el controlador—. Un equipo de inspección se dirige a examinar su orden de embarque.

Darkin conectó el comunicador.

—¿Por qué, sucede algo? —preguntó, con la combinación exacta de estupor e irritación—. Oiga, me esperan negocios urgentes, no tengo tiempo para tonterías burocráticas.

—Si así lo prefiere, podemos terminar con todos sus problemas ahora mismo —respondió el controlador, en tono desabrido—. Si la posibilidad no le atrae, le sugiero que se prepare para recibir al equipo.

—Recibido, control —gruñó Dankin—. Confío en que sean rápidos.

—Control fuera. Dankin miró a Karrde.

—Y ahora ¿qué?

—Nos prepararemos para recibir al equipo. Karrde paseó la vista por los astilleros. Si Mazzic iba a ceñirse a la cita pactada con Par'tah, aparecería de un momento a otro.

—Aves, dame una lectura sobre eso —dijo, y señaló un grupo de puntos oscuros e irregulares que flotaban cerca del centro de los astilleros—. A mí no me parecen naves.

—No lo son —confirmó Aves pocos segundos después—. Parecen asteroides de tamaño mediano, de unos cuarenta metros de anchura. Voy a contarlos... Veintidós.

—Qué raro.

Karrde contempló con el ceño fruncido la pantalla. Vio que había más de treinta naves de apoyo pequeñas en la zona, y un número similar de trabajadores de mantenimiento que se movían alrededor de los asteroides.

—Me pregunto qué estarán haciendo los imperiales con esos asteroides.

—Quizá los estén minando —sugirió Aves, vacilante—. No había oído nunca que alguien remolcara un asteroide con una nave.

—Ni yo —admitió Karrde—. Sólo es una idea..., pero me pregunto si tendrá algo que ver con la superarma mágica de Thrawn, la que utilizó para bombardear Ukio y Woostri.

—Eso explicaría las fuertes medidas de seguridad —dijo Aves—. A propósito, esa lanzadera de asalto continúa acercándose. ¿Vamos a permitirles que suban?

—A menos que prefieras dar media vuelta y huir, no se me ocurre otra alternativa —dijo Karrde—. Dankin, ¿hasta qué punto puede resistir un escrutinio nuestra lista de entregas?

—Bastante. Depende un poco de si sospechan algo o sólo son precavidos. Karrde, echa un vistazo cuarenta grados a estribor. ¿Ves ese Destructor Estelar imperial a medio terminar?

Karrde giró en su asiento. De hecho, el Destructor Estelar estaba casi terminado, y sólo quedaban por añadir la superestructura de mando y el caballete del baluarte de proa.

—Lo veo. ¿Y qué?

—Parece que se desarrolla cierta actividad a su alrededor... Antes de que finalizara la frase, el flanco de estribor del Destructor Estelar estalló. Arles silbó, estupefacto.

—Una nave de guerra menos —dijo, cuando una sección de proa siguió al flanco—. ¿Crees que es Mazzic?

—Creo que no existe la menor duda.

Karrde conectó la pantalla principal para tener una visión más cercana. Por un momento, divisó media docena de naves del tamaño de un carguero, silueteadas contra las llamas, que se alejaban velozmente hacia el perímetro de los astilleros.

—También me parece que han hilado muy fino —añadió.

Y miró hacia el Destructor Estelar. Un grupo de naves dedicadas al control de los siniestros ya habían partido en dirección a la nave en llamas, seguidas por tres escuadrones de cazas TIE.

De pronto, el punto focal de la nube de cazas surgida del Destructor Estelar se desvió hacia la trayectoria adoptada por los cargueros fugitivos.

—Les han localizado —dijo Karrde en tono malhumorado, y dedicó un rápido examen a la situación.

El grupo de Mazzic se encontraba en inferioridad numérica y armamentística, un desequilibrio que empeoraría antes de que pudieran alejarse lo suficiente del astillero para escapar al hiperespacio. Los tres turboláseres del Salvaje Karrde menguarían en parte la diferencia, pero el centro de la acción estaba demasiado alejado para intervenir.

—¿Vamos a ayudarles? —murmuró Aves.

—No deberíamos ni mover un dedo —dijo Karrde. Pidió al ordenador de navegación que efectuara los cálculos para saltar a la velocidad de la luz—. Ayudar a salvar planes absurdos sólo logra alentarlos, pero no puedo quedarme sentado aquí. ¿Corvis?

—Aquí —dijo la voz de Corvis.

—Te ordeno que abras fuego sobre esa lanzadera de asalto que se aproxima. Balig y Lachton, vuestro objetivo será la estación de combate. A ver si montamos un buen caos. Al mismo tiempo, Aves, girarás a una trayectoria de...

—Espera un momento, Karrde —le interrumpió Dankin—. Echa un vistazo, cincuenta grados a babor.

Karrde obedeció. Un par de cañoneras corellianas habían surgido del hiperespacio, en la dirección por la que escapaban los sabotadores de Mazzic. Una formación de cazas TIE dio media vuelta para interceptarlas, pero fueron reducidos a cenizas.

—Vaya, vaya —dijo Karrde—. Quizá las tácticas de Mazzic no son tan malas como pensábamos.

—Ha de ser la gente de Ellor —dijo Aves. Karrde asintió.

—Estoy de acuerdo. Las cañoneras corellianas no son propias de Mazzic, demasiado caras para su presupuesto. Es una estrategia que recuerda a la legendaria imprudencia cultural de los duros.

—Yo hubiera dicho que las cañoneras corellianas también exceden el presupuesto de Ellor —comentó Dankin—. ¿Crees que las robó a la Nueva República?

—«Robar» es una palabra excesiva —le reprendió Karrde—. Supongo que las considera un préstamo informal. Las naves de la Nueva República suelen utilizar la línea de los depósitos de mantenimiento de Duros, esparcidos por la Espina Comercial, y Ellor tiene discretos intereses en varios.

—Me parece que esta vez habrá serias protestas por el servicio —dijo con sequedad Aves—. Por cierto, ¿seguimos pensando en atacar a la lanzadera de asalto?

Karrde casi se había olvidado.

—No. Corvis, Balig, Lachton, cortad la energía de los turboláseres. Los demás, manteneos alerta y preparaos para recibir a los inspectores imperiales.

Recibió las diversas confirmaciones, se volvió y descubrió que Aves le estaba mirando.

—¿No vamos a huir? —preguntó con cautela—. ¿Después de lo que acaba de ocurrir?

Cabeceó en dirección a la batalla que se desarrollaba a babor.

—Lo que está pasando ahí fuera no tiene nada que ver con nosotros —respondió Karrde, y dirigió al otro su mirada más inocente—. Somos un carguero independiente, que transporta una carga de convertidores de energía, ¿recuerdas?

—Sí, pero...

—Más aún, será útil saber qué ocurre después del incidente —prosiguió Karrde, y miró hacia las naves. Daba la impresión de que los sabotadores contaban con buenas perspectivas de escapar, protegidos por las cañoneras de Ellor, y a prudente distancia de las naves de guerra—. Escucha su

intercambio de comunicaciones, observa las medidas de seguridad que se tomaran después del sabotaje, consigue un resumen de los daños causados. Ya sabes.

Aves no parecía convencido, pero sabía que era mejor evitar discusiones.

—Si crees que así nos los sacaremos de encima, incluyendo a los cazadores de recompensas... —dijo, vacilante.

—Éste es el último lugar donde un comandante imperial esperaría encontrarnos —le aseguró Karrde—. Por lo tanto, nadie se preocupará por nosotros.

—Ni de una nave bajo el mando del capitán Abel Quiller, sobre todo —dijo Dankin. Se quitó las correas de seguridad y se levantó—. Impaciente y pomposo, ¿verdad?

—Verdad —admitió Karrde—, pero no exageres la pomposidad. No queremos que demuestren hostilidad hacia ti, sólo desprecio.

—Comprendido —asintió Dankin.

Salió del puente, y Karrde contempló los restos del destrozado Destructor Estelar. Una lección ejemplar, desde luego, y a la que Karrde se hubiera opuesto fervientemente si Mazzic y Ellor le hubieran pedido consejo. Pero no lo habían hecho, y aquí estaba el resultado.

Y ahora, la suerte estaba más echada que nunca. Porque el gran almirante Thrawn reaccionaría con rapidez y contundencia.

Y si era capaz de seguir la pista del ataque hasta Mazzic..., y desde Mazzic a él...

—No podremos detenernos aquí —murmuró, casi para sí—. Tendremos que organizamos. Todos.

—¿Qué? —preguntó Aves.

Karrde clavó la mirada en aquel rostro perplejo y cándido, inteligente a su manera, pero nada brillante ni intuitivo.

—Da igual —dijo, y sonrió para quitar hierro a sus palabras.

Se volvió hacia la lanzadera de asalto que se acercaba. Y juró que cuando esto terminara, encontraría una forma de recuperar a Mara.

La última página desfiló por la pantalla, y Thrawn miró al hombre que se mantenía en posición de firmes ante él.

—¿Tiene algo más que añadir a este informe, general Drost? —preguntó con voz serena.

Demasiado serena, en opinión de Pellaeon. Más serena de lo que hubiera sonado la voz de Pellaeon si él hubiera estado al mando. Contempló por la portilla del Quimera los restos ennegrecidos que habían sido un Destructor Estelar imperial, muy valioso y casi terminado. Siguió en silencio al lado del gran almirante y reprimió sus deseos de decapitar a Drost, justo lo que el hombre merecía.

Y Drost lo sabía.

—No, señor —dijo con voz estrangulada. Thrawn sostuvo su mirada unos momentos más, y luego desvió la vista hacia la portilla.

—¿Puede indicarme alguna razón para que no le releve del mando?

Un leve suspiro escapó de los labios de Drost.

—No, señor —repitió.

Durante un largo momento, sólo se oyó el tenue murmullo del puente del Quimera. Pellaeon examinó el rostro impenetrable de Drost y se preguntó cuál sería su castigo. Un desastre como éste debería valerle, como mínimo, un consejo de guerra sumarísimo y la degradación por negligencia grave. En el peor de los casos... Bien, siempre quedaba la reacción tradicional de lord Vader ante la incompetencia.

Y Rukh ya se había deslizado detrás de la silla de mando de Thrawn.

—Regrese a su puesto, general —dijo Thrawn—. El Quimera partirá dentro de unas treinta horas. Le doy de tiempo hasta entonces para diseñar y desarrollar un nuevo sistema de seguridad de los astilleros. En ese momento tomaré mi decisión acerca de su futuro.

Drost miró a Pellaeon, y luego a Thrawn.

—Comprendido, señor —dijo—. No volveré a fallarle, almirante.

—Espero que no —dijo el gran almirante, con una velada amenaza en el tono de voz—. Retírese.

Drost asintió y dio media vuelta, con nuevo vigor en su paso.

—Desaprueba mi decisión, capitán.

Pellaeon se obligó a encarar aquellos ojos brillantes.

—Pensaba que era necesaria una reacción más enérgica —admitió.

—Drost es un hombre bastante competente, a su manera —replicó Thrawn—. Su principal debilidad es cierta tendencia a ser complaciente. De ahora en adelante, al menos, la dominará.

Pellaeon miró por la portilla hacia la nave destruida.

—Una lección bastante cara —dijo con sorna.

—Sí —admitió Thrawn—. Y eso demuestra precisamente por qué no quería que los contrabandistas aliados con Karrde se movieran,

Pellaeon frunció el ceño.

—¿Han sido los contrabandistas? Supuse que había sido un sabotaje perpetrado por un comando rebelde.

—Drost tiene la misma impresión, pero los métodos y ejecución empleados difieren de la habitual estrategia rebelde. Yo diría que Mazzic es el principal sospechoso, aunque hay suficientes duros adeptos al mismo estilo para suponer la participación del grupo de Ellor.

—Entiendo —dijo poco a poco Pellaeon. Eso daba un giro a los acontecimientos—. Imagino que les demostraremos la locura de atacar al Imperio.

—Nada me gustaría más —reconoció Thrawn—. Y en la cumbre del poder imperial, no habría vacilado ni un momento. Por desgracia, una reacción semejante en este momento sería contraproducente. No sólo fortalecería la decisión de los contrabandistas, sino que correríamos el riesgo de despertar la hostilidad de otros elementos indeseables.

—No necesitamos tanto su colaboración —dijo Pellaeon—. Ahora no.

—Nuestra necesidad de esa carroña ha disminuido, desde luego, pero eso no significa que estemos en condiciones de desecharlos por completo. El problema concreto reside en el hecho peligroso de que algunos de esos forajidos poseen una gran experiencia en operar dentro de círculos oficiales, sin permiso oficial para ello. Mantenerles alejados de lugares como Bilbringi exigiría muchos más hombres de los que podemos destinar en este momento.

Pellaeon apretó los dientes.

—Lo comprendo, señor, pero no podemos dejar sin respuesta un ataque de esta magnitud.

—No lo haremos —prometió en voz baja Thrawn, con ojos centelleantes—. Y cuando se produzca nuestra respuesta, beneficiará en gran medida al Imperio. —Giró en su silla y miró hacia el centro de los astilleros—. Entretanto...

—¡GRAN ALMIRANTE THRAWN!

El grito retumbó en el puente como un trueno, se propagó de popa a proa, y luego de proa a popa. Pellaeon giró en redondo y lanzó la mano hacia el desintegrador que no llevaba.

Joruus C'baoth cruzaba el puente en su dirección, los ojos llameantes sobre su barba flotante. Un airado resplandor parecía quemar el aire que le rodeaba. Detrás, los dos milicianos que custodiaban la entrada al puente estaban tendidos en el suelo, muertos o inconscientes.

Pellaeon tragó saliva. Tanteó hasta encontrar la presencia tranquilizadora del almacén alimenticio del ysalamir acomodado sobre la butaca de mando del gran almirante. El almacén se alejó de su mano cuando Thrawn se volvió hacia el Maestro Jedi.

—¿Desea hablar conmigo, maestro C'baoth?

—Han fracasado, gran almirante Thrawn —aulló C'baoth—. ¿Me ha oído? Sus comandos han fracasado.

—Le he oído —asintió con calma Thrawn—. ¿Qué les ha hecho a mis guardias?

—¡Mis hombres! —replicó C'baoth, y su voz volvió a resonar en el puente. Aun sin el elemento sorpresa, el truco era eficaz—. ¡Míos! Yo gobierno el Imperio, gran almirante Thrawn, no usted.

Thrawn se volvió a un lado y miró al oficial de estribor.

—Llame a la enfermería —ordenó—. Que venga un equipo.

Durante unos angustiosos segundos, Pellaeon pensó que C'baoth iba a protestar, o peor, a neutralizar al oficial, pero toda su atención estaba concentrada en Thrawn.

—Sus comandos han fracasado, gran almirante Thrawn —repitió, en voz baja y amenazadora.

—Lo sé —repuso Thrawn—. Por lo visto, todos han muerto, excepto el mayor que iba al mando. C'baoth se irguió.

—Entonces, ha llegado el momento de que yo tome las riendas. Me llevará a Coruscant. Ahora. Thrawn asintió.

—Muy bien, maestro C'baoth. Subiremos mi cargamento especial y nos iremos.

No era la respuesta que C'baoth esperaba.

—¿Cómo? —preguntó, y frunció el ceño.

—He dicho que en cuanto hayan subido el cargamento especial al Quimera y a las demás naves, partiremos hacia Coruscant.

C'baoth desvió la mirada hacia Pellaeon, y dio la impresión de que sus ojos buscaban la información a la que sus sentidos Jedi no podían acceder.

—¿Qué significa esta artimaña? —gruñó, y miró a Thrawn de nuevo.

—No hay ninguna artimaña —le tranquilizó Thrawn—. He decidido que un ataque relámpago al corazón de la Rebelión será la mejor forma de debilitar su moral y prepararla para la siguiente fase de la campaña.

C'baoth miró por la portilla y examinó la inmensa extensión de los astilleros. Sus ojos resbalaron sobre el casco ennegrecido del Destructor Estelar..., vagaron hacia los asteroides arracimados en el

sector central...

—¿Es eso su cargamento especial? —preguntó, y señaló con un dedo los asteroides.

—El Maestro Jedi es usted —dijo Thrawn—. Adivínelo.

C'baoth le dirigió una mirada furiosa, y Pellaeon contuvo el aliento. Sabía que el gran almirante le estaba tendiendo un cebo, un juego bastante peligroso, en su opinión. Las únicas personas al corriente de lo que Thrawn planeaba para aquellos asteroides estaban protegidas por los ysalamiri.

—Muy bien, gran almirante Thrawn —dijo C'baoth—. Lo haré.

Respiró hondo y cerró los ojos, y sus facciones se afilaron a causa de una tensión mental como Pellaeon no veía desde hacía mucho tiempo en el Maestro Jedi. Se preguntó qué intentaba... y, de repente, comprendió. Alrededor de los asteroides había cientos de oficiales y técnicos que habían trabajado en el proyecto, y cada uno abrigaba sus propias especulaciones sobre su fin. C'baoth estaba explorando todas aquellas mentes, intentaba extraer todas las especulaciones y reunirías en una sola imagen...

—¡No! —exclamó de súbito el Maestro Jedi, y volvió sus ojos llameantes hacia Thrawn—. No puede destruir Coruscant, hasta que no me haya apoderado de mis Jedi.

Thrawn sacudió la cabeza.

—No pretendo destruir Coruscant...

—¡Miente! —gritó C'baoth, y le apuntó con un dedo acusador—. Siempre me miente, pero se acabó. Se acabó. Yo gobierno el Imperio, y a todas sus fuerzas.

Alzó las manos sobre la cabeza y una siniestra luz blancoazulada bailó a su alrededor. Pellaeon se encogió bien a su pesar, al recordar los rayos que C'baoth les había arrojado en la cripta de Wayland, pero no surgieron rayos. C'baoth se limitó a permanecer inmóvil, las manos aferradas al aire vacío, los ojos clavados en el infinito. Pellaeon frunció el ceño..., y cuando iba a preguntar a C'baoth de qué estaba hablando, miró por casualidad hacia los tripulantes de estribor.

Los tripulantes estaban sentados muy tiesos en sus sillas, la espalda erguida como en un desfile, las manos enlazadas sobre el regazo, los ojos fijos en sus consolas. Detrás, los oficiales se veían igualmente rígidos, inmóviles y atontados. Lo mismo ocurría en el puente de popa. Y todas las pantallas retenían una imagen congelada.

Era el momento que Pellaeon había esperado y temido desde su primera visita a Wayland. C'baoth había tomado el mando del Quimera.

—Impresionante —rompió el silencio Thrawn—. Muy impresionante. Y ahora, ¿qué se propone hacer?

—¿Necesito repetirme? —dijo C'baoth, con voz temblorosa por el esfuerzo—. Llevaré esta nave a Coruscant, para apoderarme de mis Jedi, no para destruirlos.

—El viaje durará, como mínimo, cinco días —anunció con frialdad Thrawn—. Cinco días durante los cuales deberá mantener su control sobre los treinta y siete mil tripulantes del Quimera. Y más tiempo, por supuesto, si pretende que luchen al final del viaje. Y si quiere que lleguemos con alguna nave de apoyo, la cifra de treinta y siete mil aumentará considerablemente. C'baoth resopló desdeñoso.

—¿Duda del poder de la Fuerza, gran almirante Thrawn?

—En absoluto. Sólo expongo los problemas que usted y la Fuerza deberán solucionar si persiste en su propósito. Por ejemplo, ¿sabe dónde se encuentra la base de la flota del sector de Coruscant, o el número y tipo de las naves que la componen? ¿Ha pensado en cómo va a neutralizar las estaciones de combate orbitales y los sistemas terrestres de Coruscant? ¿Sabe quién está al mando actualmente de las defensas planetarias, y cómo es probable que despliegue las fuerzas disponibles? ¿Sabe cuál es la mejor forma de utilizar las capacidades estratégicas y tácticas de un Destructor Estelar imperial?

—Usted está buscando confundirme —le acusó C'baoth—. Sus hombres, mis hombres, saben las respuestas a todas esas preguntas.

—A algunas —corrigió Thrawn—, pero usted no puede descubrir todas las respuestas, ni con la rapidez necesaria.

—Yo controlo la Fuerza —repitió colérico C'baoth, pero Pellaeon captó una nota de súplica en la voz, como un niño que hubiera cogido una rabieta.

—No —replicó Thrawn, con voz repentinamente suave. Quizá también había percibido el cambio de tono—. La galaxia aún no está preparada para su liderazgo, maestro C'baoth. Más adelante, cuando el orden se haya restablecido, se la ofreceré, para que la gobierne como le plazca, pero ese momento aún no ha llegado.

C'baoth permaneció inmóvil durante un largo momento, y su boca se agitó, casi invisible bajo la espesa barba. Después, casi a regañadientes, bajó los brazos. Al mismo tiempo, el puente se llenó de jadeos y gemidos ahogados, del arrastrar de botas sobre el metal, cuando los tripulantes quedaron

libres del control ejercido por el maestro C'baoth.

—Usted nunca me ofrecerá el Imperio —manifestó C'baoth a Thrawn—. No por su propia voluntad.

—Eso dependerá de su capacidad para mantener lo que estoy intentando recrear.

—¿Y que no cobrará vida sin usted? Thrawn enarcó una ceja.

—Usted es el Maestro Jedi. Como puede ver el futuro, ¿ve un Imperio futuro sin mí?

—Veo muchos futuros posibles. Usted no sobrevive en todos.

—Una incertidumbre a la que se enfrentan todos los guerreros —admitió Thrawn—, pero no le he preguntado eso. C'baoth dibujó una pálida sonrisa.

—Jamás dé por sentado que es indispensable para mi Imperio, gran almirante Thrawn. Sólo yo lo soy.

Paseó la vista por el puente, y después se irguió en toda su estatura.

—Por ahora, sin embargo, me complace que guíe mis fuerzas hacia la batalla. —Lanzó una mirada penetrante a Thrawn—. Puede guiar, pero no destruirá Coruscant, hasta que yo me haya apoderado de mis Jedi.

—Como ya le he dicho, no tengo la menor intención de destruir Coruscant —insistió Thrawn—. De momento, el miedo y el minado de la moral que acompañan a todo asedio servirá mejor a mis propósitos.

—Nuestros propósitos —corrigió C'baoth—. No lo olvide, gran almirante Thrawn.

—Yo no olvido nada, maestro C'baoth —replicó en voz baja Thrawn.

—Bien —contestó C'baoth, con la misma serenidad—. En ese caso, puede proseguir con su trabajo. Yo me dedicaré a meditar, por si me necesita. A meditar sobre el futuro de mi Imperio.

Se volvió y salió del puente. Pellaeon exhaló un suspiro que había retenido sin darse cuenta.

—Almirante...

—Llame al Inexorable, capitán —ordenó Thrawn, mientras giraba en su silla—. Diga al capitán Dorja que necesito una tripulación de vigilancia compuesta por quinientos hombres durante las próximas seis horas.

Pellaeon echó un vistazo a la tripulación de estribor. Divisó algún tripulante sentado en su puesto, o algún oficial que se mantenía más o menos vertical, pero la mayor parte de los hombres estaban desplomados en sus asientos, sus oficiales se apoyaban contra las paredes y consolas, o yacían temblorosos sobre la cubierta.

—Sí, señor. —Retrocedió hacia su butaca y pulsó la tecla de comunicación—. ¿Va a aplazar la operación de Coruscant?

—Sólo lo absolutamente necesario —dijo Thrawn—. La historia se mueve, capitán. Los que no puedan mantener el paso quedarán atrás, y serán meros espectadores. —Desvió la vista hacia la puerta por la que C'baoth había desaparecido—. Y los que se interpongan en nuestro camino —añadió en voz baja— ni siquiera serán espectadores.



Llegaron a Coruscan! en plena noche; eran diez, disfrazados de jawas, y se deslizaron por la entrada secreta que Seguridad de palacio había sellado y que Luke se había encargado, con el mismo cuidado, de abrir. Llegar a la Torre sin ser vistos no constituyó ningún problema. Aún no habían tenido tiempo para pensar en lo que harían con el laberinto de pasadizos secretos del emperador.

Entraron sigilosamente en los aposentos, precedidos por Luke, y Han se encontró por primera vez frente a frente con los guardaespaldas que su mujer había elegido para protegerla a ella y a sus hijos del Imperio.

Un grupo de noghri.

—La saludamos, lady Vader —dijo con voz grave el primer alienígena de piel grisácea. Se tiró al suelo y extendió los brazos a los costados. Los demás le imitaron, circunstancia que debería de haber resultado difícil en la estrecha entrada a los aposentos, pero no lo fue, lo cual proclamaba la agilidad de los recién llegados—. Soy Cakhmaim, guerrero del clan Eikh'mir —continuó el noghri, hablando al suelo—. Soy el jefe de la guardia de honor de la Mal'ary'ush. Comprometemos nuestras vidas en su servicio y protección.

—Podéis levantaros —dijo Leia, con voz solemne y majestuosa. Han le dirigió una mirada fugaz, y descubrió que tanto su rostro como su postura eran tan aristocráticos como la voz. El tipo de comportamiento autoritario que solía poner en marcha sus circuitos automáticos de desobediencia, sólo que a Leia le sentaba bien—. Como Mal'ary'ush, acepto vuestros servicios.

Los noghri se levantaron, sin hacer más ruido que cuando se habían postrado.

—Mi teniente, Mobvekhar del clan Hakh'khar. —Cakhmaim indicó al noghri de su derecha—. Él mandará la segunda guardia.

—Mi marido, Han Solo —respondió Leia, y señaló a Han. Cakhmaim se volvió a mirarle, y Han mantuvo alejada su mano del desintegrador con un esfuerzo consciente.

—Te saludamos —dijo con gravedad el alienígena—. Los noghri honran al consorte de lady Vader. ¿El consorte? Han dirigió una mirada de estupor a Leia. Su expresión seguía seria, pero advirtió la insinuación de una sonrisa en las comisuras de su boca.

—Gracias —gruñó Han—. Encantado de conocerles.

—Y tú, Khabarakh. —Leia extendió la mano hacia otro noghri—. Me alegro de volver a verte. Confío en que la maitrakh de tu familia se encuentre bien.

—Se encuentra muy bien, mi señora —dijo el noghri, que se adelantó para estrechar su mano—. Le envía sus saludos, así como la promesa renovada de su fidelidad.

La puerta se abrió detrás de los noghri y Chewbacca entró.

—¿Algún problema? —preguntó Han, agradecido por la interrupción de tantas galanterías.

Chewbacca gruñó una negativa, y sus ojos escudriñaron el grupo de alienígenas. Localizó a Khabarakh y se acercó al noghri, a quien saludó con un gruñido.

—¿Qué otras personas estarán bajo nuestra protección, lady Vader? —preguntó Cakhmaim.

—Mi ayudante, Winter, y mis gemelos. Venid, os los enseñaré.

Se encaminó al dormitorio, flanqueada por Cakhmaim y Mobvekhar. El resto de los alienígenas se desplegaron por los aposentos y concedieron especial atención a las paredes y las puertas. Chewbacca y Khabarakh se desviaron hacia la habitación de Winter, conversando en voz baja.

—Sigue sin gustarte, ¿eh? —dijo Luke.

—Pues no —admitió Han, mientras observaba a Chewbacca y Khabarakh—, pero creo que no tengo otra elección. Notó que Luke se encogía de hombros.

—Tú y Chewie podéis quedaros aquí —propuso Luke—. Lando, Mara y yo iremos a Wayland.

—Podríais llevaros a los noghri —sugirió con sequedad Han—. Al menos, allí no tendríais que preocuparos por si alguien les ve.

—Nadie nos verá aquí —maulló una voz grave a su lado.

Han dio un brinco y llevó la mano al desintegrador, mientras daba media vuelta. Había un noghri a su derecha, en efecto, pero habría jurado que nadie se encontraba cerca de ellos.

—¿Siempre acecháis a la gente así? —preguntó. El alienígena inclinó la cabeza.

—Perdona, consorte de lady Vader. No era mi intención ofenderte.

—Son grandes cazadores —murmuró Luke.

—Sí, eso me han dicho. —Han se volvió hacia Luke. Impresionante, desde luego, pero nunca le había preocupado la capacidad de los noghri para proteger a Leia y los gemelos—. Escucha, Luke...

—Son buena gente, Han —dijo en voz baja Luke—. De veras. Leia ya les ha confiado su vida una vez.

—Sí. —Han trató de borrar la imagen de Leia y los gemelos en manos de los imperiales—. ¿Todo fue bien en la plataforma de aterrizaje?

—Ningún problema. Wedge y un par de compañeros de su Escuadrón Pícaro nos escoltaron, y Chewie escondió la nave. Nadie nos vio entrar en el palacio.

—Espero que hayas sellado la puerta al salir. Si otro comando imperial irrumpe, sorprenderá a Leia con las manos ocupadas.

—Está cerrada, pero sin sellar. —Luke meneó la cabeza—. Le diremos a Cakhmaim que la selle cuando nos vayamos.

Han frunció el ceño y una desagradable sospecha acudió a su mente.

—¿Quieres decir que nos vamos ahora?

—¿Se te ocurre un momento mejor? Mira, los noghri están aquí, y el Halcón cargado y preparado. Y nadie echará de menos a Mara hasta que amanezca.

Han miró hacia la puerta del dormitorio, donde Leia acababa de aparecer, seguida de su escolta noghri. Era lógico, tenía que admitirlo, pero había albergado la esperanza de que Leia y él pudieran pasar juntos un poco más de tiempo.

Sólo que el Imperio seguiría fabricando clones durante aquel tiempo.

Hizo una mueca.

—Muy bien —rezongó—. Claro. ¿Por qué no?

—Lo sé —dijo Luke—. Y lo siento.

—Olvidalo. ¿Cómo vamos a hacerlo?

—Lando y yo sacaremos a Mara. Tú y Chewie iréis al Halcón y nos recogeréis. No olvides traer a los androides.

—De acuerdo —contestó Han, y notó que su labio se agitaba. No bastaba con que tuviera que dejar a Leia y a sus hijos para penetrar en otra fortaleza imperial; encima, debería soportar al pesado de Cetrespeó. La situación mejoraba a cada momento—. ¿Tienes el cepo que Chewie manipuló?

—Aquí. —Luke se palmeó la chaqueta—. También sé dónde hay que sujetarlo.

—No lo pierdas —advirtió Han—. Hay un androide G-2RD en marcha, y tendrás que quitarle la cabeza para que se detenga.

—Entiendo —asintió Luke—. Nos encontraremos donde escondimos la nave noghri. Chewie sabe dónde es. Dio media vuelta y se encaminó a la puerta.

—Buena suerte —masculló Han por lo bajo. Fue a volverse...—. ¿Qué estás mirando? —preguntó.

El noghri parado a su lado inclinó la cabeza.

—No pretendía molestarte, consorte de lady Vader —tranquilizó a Han. Se volvió y reanudó su estudio de la pared.

Han hizo una mueca y buscó a Leia con la mirada. Muy bien, se iría esta noche, pero no se marcharía hasta despedirse de su mujer. Y en privado.

El emperador levantó las manos y lanzó cascadas de rayos blancoazulados hacia sus enemigos. Los dos hombres se tambalearon, y Mara pensó, con agónica esperanza, que esta vez la conclusión sería diferente. Pero no. Vader y Skywalker se incorporaron y levantaron en alto las espadas de luz, con un grito de rabia de sonido electrónico...

Mara se despertó y su mano tanteó automáticamente en busca del desintegrador que guardaba bajo la cama, y que ya no estaba allí. El grito había sonado como el principio de la alarma procedente del androide G-2RD que montaba guardia frente a su puerta. Una alarma que había cesado con brusquedad...

La cerradura se abrió. La mano de Mara tocó la agenda electrónica que había estado leyendo antes de acostarse y, cuando la puerta se abrió, lanzó el instrumento con todas sus fuerzas contra la oscura silueta que se recortaba en el umbral.

El misil improvisado no llegó a su destino. La silueta se limitó a levantar una mano, y el instrumento se inmovilizó en pleno vuelo.

—Tranquila, Mara —murmuró el intruso, y dio otro paso—. Soy yo, Luke Skywalker.

Mara escudriñó la oscuridad y proyectó su mente hacia el intruso. Era Skywalker, en efecto.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Vamos a sacarte de aquí —dijo Skywalker. Se acercó al escritorio y abrió una luz suave—. Vamos, vístete.

—¿Sí? —replicó Mara, y entornó los ojos hasta que se acostumbraron a la luz—. ¿Te importa

decirme adonde vamos? Unas leves arrugas surcaron la frente de Skywalker.

—A Wayland. Dijiste a Leia que podrías encontrarlo. Mara le miró atónita.

—Sí, se lo dije. ¿Cuándo dije que haría de guía?

—Es preciso, Mara —insistió Skywalker, con la voz teñida de aquel irritante entusiasmo idealista tan típico de él. El mismo entusiasmo que le había impedido matar al loco de Joruu C'baoth en Jomark—. Estamos al borde de un nuevo lote de Guerras Clónicas. Hay que impedirlo.

—Pues ve a impedirlo. Ésta no es mi guerra, Skywalker, creo habértelo dicho ya.

Las palabras eran un mero acto reflejo, y ella lo sabía. En cuanto había revelado a Organa Solo la existencia del almacén del emperador, se había comprometido con este bando, y eso significaba hacer lo que se le pedía. Aunque significara conducirles en persona a Wayland.

Gracias a su perspicacia Jedi, Skywalker ya lo habría deducido. Al menos, tenía la prudencia de no restregárselo por la cara.

—Está bien —gruñó, y sacó las piernas de la cama—. Espera fuera. Salgo enseguida.

Mientras se vestía, aún tuvo tiempo de explorar la zona con su Fuerza, mucho menos entrenada, y no le sorprendió descubrir que Carlissian esperaba con Skywalker cuando salió de la habitación. El estado del G-2RD sí constituyó una sorpresa. A juzgar por la forma en que se había truncado el chillido electrónico, esperaba encontrar al guardia androide esparcido en piezas por el pasillo. En cambio, se erguía junto a la puerta, perfectamente intacto, y temblaba un poco llevado de cierta rabia o frustración mecánicas.

—Le hemos puesto un cepo —contestó Skywalker a su muda pregunta.

Localizó el plano artilugio, sujeto al costado del androide.

—Pensaba que no se podía inmovilizar a un guardia androide.

—No es fácil, pero Han y Chewie conocen un método —dijo Skywalker, mientras los tres corrían por el pasillo hasta los turboascensores—. Pensaron que así te liberaríamos con más discreción.

«Te liberaríamos.» Mara miró de reojo a Skywalker, y la expresión arrojó nueva luz sobre las circunstancias. Luke Skywalker, caballero Jedi, héroe de la Rebelión, pilar de la luz y la justicia..., que desafiaba a las instituciones de la Nueva República, de Mon Mothma abajo, para ponerla en libertad. Mara Jade, una contrabandista a la que no debía nada, y que había prometido matarle, para colmo.

Sólo porque sabía lo que debía hacerse. Y confiaba en que ella le ayudaría.

—Un truco fantástico —murmuró, mientras lanzaba un vistazo a un pasillo transversal, sus ojos y mente alerta a los guardias—. Tendré que pedirle a Solo que me lo enseñe.

Carlissian posó el vehículo ligero en lo que parecía una antigua plataforma de aterrizaje privada. El Halcón Milenario ya había llegado, y un nervioso e impaciente Chewbacca esperaba a que abrieran la escotilla.

—Ya era hora —dijo Solo, cuando Mara entró con Skywalker en la cabina. Apenas habían puesto pie en la nave, cuando el carguero ya se elevó en el aire. Solo debía de estar tan nervioso como el wookie—. Muy bien, Mara. ¿Adonde vamos?

—Pon rumbo a Obroa-skai. En aquel viaje, fue la última escala antes de Wayland. Creo que seré capaz de deducir el resto del recorrido a partir del tiempo que tardemos en llegar.

—A ver si es verdad —dijo Solo, y tecleó en el ordenador de navegación—. Será mejor que nos pongamos las correas. Saltaremos a la velocidad de la luz en cuanto podamos.

Mara se deslizó en el asiento de pasajero situado detrás de él. Skywalker ocupó el otro.

—¿De cuántos miembros se compone la fuerza de asalto? —preguntó Mara, mientras se abrochaba las correas.

—Lo que ves —gruñó Solo—. Tú, yo, Luke, Lando y Chewie.

—Entiendo.

Mara tragó saliva. Cinco contra las defensas que Thrawn hubiera dispuesto para proteger su base militar más vital. Fantástico.

—¿No crees que nos estamos comportando de una forma muy poco deportiva? —preguntó con sarcasmo.

—No éramos más en Yavin —observó Solo—, ni en Endor.

Mara clavó la vista en su nuca, con el deseo de que la furia y el odio brotaran de su interior, pero sólo notó un sereno y lejano dolor.

—Tu confianza es muy tranquilizadora —comentó. Solo se encogió de hombros.

—Cuando haces lo que el otro bando no se espera, siempre cuentas con cierta ventaja —contestó—. Recuérdame en algún momento que te cuente cómo huimos de Hoth.

Detrás, la puerta se abrió y Chewbacca entró en la cabina.

—¿Todo a punto? —preguntó Solo.

El wookie rugió algo que debía de ser una afirmación.

—Bien. Echa un vistazo a las compuertas aluviales. Estaban en rojo hace un rato.

Otro rugido, y el wookie se puso a trabajar.

—Antes de que me olvide, Luke —añadió Solo—, tú te encargarás de esos androides. No quiero ver a Cetrespeó tocando nada, a menos que Chewie o Lando estén con él. ¿Entendido?

—Entendido —contestó Luke. Captó la expresión de Mara y le dedicó una sonrisa—. Cetrespeó tiene tiempo libre, en ocasiones —explicó—. Se le ha despertado interés por el trabajo mecánico.

—Y es un desastre —puntualizó Han—. Muy bien, Chewie, prepárate. Allá vamos...

Tiró hacia atrás de las palancas hiperpropulsoras. Al otro lado de la portilla, las estrellas se transformaron en estelas... y se encaminaron a su destino. Cinco personas dispuestas a invadir una fortaleza imperial.

Mara miró a Skywalker. La única persona que confiaba realmente en ella era el hombre al que debía matar.

—La primera misión que está bajo tu mando desde que dimitiste, Han —comentó Skywalker.

—Sí —replicó Solo, tirante—. Sólo espero que no se trate de la última.

—La fuerza de choque del Belicoso ha llegado, señor —anunció el oficial de comunicaciones del Quimera—. El capitán Aban informa que todas las naves están preparadas para entrar en combate, y solicita la orden definitiva de despliegue.

—Transmítasela, teniente —ordenó Pellaeon, mientras observaba por la portilla el nuevo grupo de luces de navegación que habían aparecido a estribor, e intentaba reprimir la creciente sensación de temor que se enroscaba en su estómago, como hilillos de humo ponzoñoso.

Había sido una buena idea de Thrawn reunir a la élite del Imperio para lo que pretendía ser un ataque relámpago a Coruscant; lo que ya no era una buena idea residía en la posibilidad de que el ataque no terminara en eso. C'baoth iba a bordo, y la única intención de C'baoth parecía ser la captura de Leia Organa Solo y sus gemelos. Ya había demostrado que podía controlar totalmente al Quimera y a sus tripulantes, un arrogante malabarismo que había retrasado varias horas la operación. Si decidía repetirlo en plena batalla de Coruscant...

Pellaeon hizo una mueca, y los siniestros recuerdos de la derrota del Imperio en Endor flotaron ante sus ojos. La segunda Estrella de la Muerte había fenecido allí, junto con el Superdestructor Estelar Ejecutor de Vader y un número excesivo de los mejores y más brillantes oficiales del Imperio. Si la injerencia de C'baoth precipitaba una repetición de aquel desastre... Si el Imperio perdía al gran almirante Thrawn y su plana mayor de Destrucción Estelares..., nunca se recuperaría.

Aún contemplaba por la portilla la fuerza de asalto agrupada, intentando mantener a raya sus preocupaciones, cuando una oleada de inquietud invadió el puente. Sin necesidad de mirar, supo lo que significaba.

C'baoth había entrado.

La butaca de mando y el ysalamir protector de Pellaeon se encontraban a una docena larga de pasos; una distancia demasiado grande para recorrerla con discreción. Tampoco había otros ysalamiri cercanos. Sería infamante ponerse a correr como una presa asustada delante de su tripulación, aunque C'baoth se lo permitiera.

Y si el Maestro Jedi se decantaba por paralizarle, como había hecho con el resto de la tripulación en Bilbringi...

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Pellaeon. Había visto los informes médicos de los hombres que habían debido recuperarse en la enfermería, y no albergaba el menor deseo de pasar por lo mismo. Aparte de la incomodidad y la confusión emocional que comportaba, una humillación pública de tal envergadura mermaría su autoridad a bordo de la nave.

Sólo podía confiar en dar a C'baoth lo que deseaba sin aparentar debilidad y servilismo. Se volvió hacia el Maestro Jedi, mientras se preguntaba si aprovechar este miedo a la humillación había contribuido a afianzar el poder del emperador.

—Maestro C'baoth. —Cabeceó con gravedad—. ¿En qué puedo servirle?

—Quiero que me prepare una nave al instante —contestó C'baoth, con los ojos inflamados por un extraño fuego interno—. Lo bastante potente para trasladarme a Wayland.

Pellaeon parpadeó.

—¿A Wayland?

—Sí. —C'baoth miró por la portilla—. Le dije hace tiempo que acabaría por tomar el mando de esta nave. El momento ha llegado.

Pellaeon reunió fuerzas de flaqueza.

—Tenía la impresión de que había accedido a colaborar en el ataque contra Coruscant...

—He cambiado de opinión —le interrumpió con brusquedad C'baoth.

Con brusquedad, pero también con cierta preocupación.

—¿Ha ocurrido algo en Wayland? —preguntó Pellaeon. C'baoth le miró, y Pellaeon tuvo la extraña sensación de que el Maestro Jedi reparaba en su presencia por primera vez.

—Lo que ocurra o deje de ocurrir en Wayland no es asunto suyo, capitán imperial Pellaeon —dijo—. Su única preocupación es procurarme una nave. —Volvió a mirar por la portilla—. ¿O es que debo elegirla yo?

Un movimiento en la parte posterior del puente atrajo la atención de Pellaeon. El gran almirante Thrawn había salido de su sala de mando particular para supervisar los preparativos finales del ataque a Coruscant. Mientras Pellaeon miraba, los ojos brillantes de Thrawn inspeccionaron la escena, tomaron nota de la presencia de C'baoth y se detuvieron un instante en el rostro y la postura de Pellaeon. Volvió la cabeza, asintió, y un miliciano que llevaba a la espalda un armazón alimenticio de ysalamir se colocó a su lado. Avanzaron al unísono. C'baoth no se molestó en volverse.

—Prepáreme una nave, gran almirante Thrawn —ordenó—. Deseo ir a Wayland. Inmediatamente.

—Vaya —dijo Thrawn, que se detuvo junto a Pellaeon. El miliciano se quedó entre ambos, pero algo rezagado, proporcionando a Pellaeon la protección que tanto anhelaba—. ¿Puedo preguntar por qué?

—Mis motivos son sólo de mi incumbencia —respondió C'baoth—. ¿Acaso los cuestiona?

Durante un largo momento, Pellaeon temió que Thrawn aceptara el desafío.

—De ninguna manera—dijo por fin el gran almirante—. Si desea ir a Wayland, lo hará. ¿Teniente Tschel?

—¿Señor? —dijo el joven oficial de guardia, y se puso firmes.

—Llame al Cabeza del Muerto —ordenó Thrawn—. Informe al capitán Harbid que el Galeón Estelar Draklor se separará de su grupo y será asignado al mío. Sólo la tripulación; los soldados y los pasajeros son cosa mía.

—Sí, señor.

Tschel se dirigió hacia el puesto de comunicaciones.

—Yo no he pedido soldados, gran almirante Thrawn —dijo C'baoth, con una expresión que oscilaba entre la petulancia y la suspicacia—. Ni más pasajeros.

—Hacía tiempo que pensaba enviar al general Covell a tomar el mando de la guarnición destacada en el monte Tantiss —explicó el gran almirante—, así como más tropas. Me parece un momento tan bueno como cualquier otro.

C'baoth miró a Pellaeon, y después a Thrawn.

—Muy bien —contestó por fin, decantándose por la petulancia—, pero será mi nave, no la de Covell. Yo daré las órdenes.

—Por supuesto, maestro C'baoth —le apaciguó Thrawn—. Informaré de ello al general.

—De acuerdo.

La boca de C'baoth se agitó indecisa detrás de su larga barba blanca, y Pellaeon temió por un momento que perdiera de nuevo el control. Su cabeza se inclinó a un lado, y luego volvió a recuperar la lucidez.

—De acuerdo —repitió—. Estaré en mis aposentos. Llámeme cuando mi nave esté preparada.

—Así se hará —dijo Thrawn.

C'baoth dirigió a cada uno otra mirada penetrante, y después dio media vuelta y se fue.

—Informe al general Covell de este cambio de planes, capitán —ordenó Thrawn a Pellaeon, mientras miraba a C'baoth alejarse por el puente—. El ordenador tiene una lista de soldados y tripulantes asignados al adiestramiento de clones. Los ayudantes de Covell se encargarán de trasladarles a bordo del Draklor, junto con una compañía de los mejores hombres de Covell.

Pellaeon frunció el ceño. Los soldados de Covell, y el propio Covell, a propósito, habían sido elegidos para relevar a las fuerzas de choque que solían operar en Qat Chrystac.

—¿Cree que monte Tantiss está en peligro? —preguntó.

—En peligro grave, no. De todos modos, es posible que nuestro intuitivo Maestro Jedi haya captado algo; descontento entre los nativos, tal vez. Es mejor no arriesgarse.

Pellaeon miró por la portilla a la estrella que era Coruscant.

—¿Podría ser algo relacionado con los rebeldes?

—No creo —dijo Thrawn—. Aún no existen indicios de que hayan averiguado la existencia de Wayland, y mucho menos planeado un ataque contra el planeta. Si eso ocurriera, sabríamos muy de antemano sus intenciones.

—Mediante Fuente Delta.

—Y mediante los canales habituales de Inteligencia. —Thrawn sonrió—. Le inquieta recibir información de una fuente que no comprende, ¿verdad?

—Un poco sí, señor —admitió Pellaeon.

—Considérelo una afirmación de su confianza. Algún día, le revelaré el misterio de Fuente Delta, pero aún no.

—Sí, señor.

Pellaeon miró hacia popa, por donde había desaparecido C'baoth. Algo se estaba removiendo en el fondo de su memoria. Algo concerniente a C'baoth y Wayland...

—Parece preocupado, capitán —dijo Thrawn.

Pellaeon meneó la cabeza.

—No me gusta la idea de que C'baoth penetre en el interior de monte Tantiss, almirante. No sé por qué, pero no me gusta. Thrawn siguió su mirada.

—Yo no me preocuparía por eso —dijo en voz baja—. De hecho, esto representa más una solución que un problema. Pellaeon frunció el entrecejo.

—No entiendo. Thrawn volvió a sonreír.

—Todo a su tiempo, capitán, pero ahora vayamos a lo que conviene. ¿Está preparada mi nave insignia?

Pellaeon desechó sus pensamientos. Ahora que el centro de la Rebelión se abría ante ellos, sobraban los temores vagos.

—El Quimera se encuentra a su total disposición, almirante —fue la respuesta oficial.

—Bien. —Thrawn paseó la mirada por el puente, y se volvió otra vez hacia Pellaeon—. Asegúrese de que el resto de la fuerza de asalto se encuentre en iguales condiciones, e infórmeles de que esperaremos a que el Draklor haya abandonado la zona.

Miró por la portilla.

—Y después —añadió en voz baja—, recordaremos a la Rebelión lo que es la guerra.

Mara y Luke permanecían inmóviles en silencio, esperando a que la oscura sombra encapuchada se acercara a ellos, con una centelleante espada de luz en la mano. Detrás de la silueta se erguía un anciano, con la locura asomada a sus ojos y rayos azules en las manos. La sombra se detuvo y alzó su arma. Luke se apartó de Mara, levantó su espada de luz, su mente henchida de terror y espanto...

Las alarmas sonaron en el pasillo, despertaron a Leia y la pesadilla estalló en fragmentos de color vivido.

Su primer pensamiento fue que la alarma era por Luke y Mara; el segundo, que otro comando imperial se había introducido en el palacio, pero cuando despertó lo suficiente para reconocer el tono de la alarma, comprendió que era algo peor.

Coruscant estaba siendo atacado.

Los gemelos empezaron a llorar.

—¡Winter! —gritó Leia.

Cogió su bata y envió en dirección a los gemelos todo el consuelo mental que pudo reunir.

Winter ya había aparecido en el umbral, mientras se ponía la bata.

—Es una alerta de combate —gritó a Leia.

—Lo sé —contestó Leia, ciñéndose la bata—. He de ir a la sala de guerra ahora mismo.

—Entiendo. —Winter escrutó su rostro—. ¿Se encuentra bien?

—He tenido un sueño, eso es todo —dijo Leia, mientras se ponía los botines. Winter era la única persona que podía fijarse en algo similar, aun en medio del caos—. Luke y Mara estaban luchando con alguien. Y creo que no tenían esperanzas de ganar.

—¿Está segura de que sólo fue un sueño?

Leia se mordió el labio, mientras se anudaba los botines.

—No lo sé —admitió Leia. Si en lugar de un sueño había sido una visión Jedi...—. No, tuvo que ser un sueño —decidió—. Luke podrá averiguar desde el espacio si C'baoth u otro Jedi Oscuro le esperan allí. No llevará a cabo la misión en esas condiciones.

—Espero que no —dijo Winter, aunque no parecía muy convencida.

—No te preocupes. Debió de ser una pesadilla, provocada por las alarmas al dispararse. —Y espoleada por una conciencia culpable, añadió en silencio: por permitir que Han y Luke la convencieran de dejarles marchar a Wayland—. Cuida de los gemelos, por favor.

—Les vigilaré —dijo Winter.

¿Les? Leia miró a su alrededor, con el ceño fruncido, y por primera vez reparó en que Mobvekhar y otros dos noghri habían tomado posiciones en las sombras, cerca de la cuna. Sabía que no se encontraban allí cuando se acostó, lo cual significaba que se habrían deslizado en la zona residencial nada más sonar la alarma. Sin que ella se diera cuenta.

—Puede irse sin temor, lady Vader —dijo con solemnidad Mobvekhar—. Sus herederos no sufrirán ningún daño.

—Lo sé.

Lo dijo de corazón. Cogió el comunicador que descansaba sobre la mesita de noche, consideró la posibilidad de pedir información, pero acabó guardándolo en el bolsillo de su bata. Lo último que necesitaba ahora el gabinete de guerra era perder el tiempo explicando la situación a un civil. Pronto sabría lo que estaba ocurriendo.

—Volveré en cuanto pueda —dijo a Winter. Cogió su espada de luz y salió de la habitación.

El pasillo estaba lleno de toda clase de personas y androides; algunos corrían a sus ocupaciones, y el resto vagaba confuso o solicitaba información a los guardias. Leia se abrió paso entre los guardias y los corros y se unió a un grupo de militares que se encaminaban a los turboascensores. Una cabina ya llena se preparaba para partir cuando llegó. Dos de los ocupantes, cuando reconocieron a la consejera Organa Solo, le cedieron su puesto. La puerta se deslizó a su espalda y casi atrapó a un par de jawas, ataviados con túnicas pardas, que entraron en el último segundo.

Toda la planta baja del palacio estaba destinada a las operaciones militares, empezando por las oficinas de servicios de apoyo en el perímetro, continuando por los despachos de Ackbar, Drayson y otros mandos, hasta terminar en las zonas vitales del centro. Leia se identificó a los guardias, pasó entre un par de gigantescos wookies y entró en la sala de guerra.

Pocos minutos después de que la alarma sonara, el lugar ya era presa de un caos más o menos controlado, a medida que los oficiales y sus ayudantes, recién despertados, ocupaban posiciones de combate. Una sola mirada a la pantalla táctica principal demostró que todo aquel frenesí estaba justificado: ocho Cruceros Interceptores imperiales habían aparecido alrededor de la trayectoria uno-uno-seis en el Sector Cuatro; sus conos gravitatorios amortiguadores de la hiperpropulsión bloqueaban todas las entradas y salidas de la región que rodeaba a Coruscan!. Mientras Leia miraba, otro grupo de naves apareció en el centro del amasijo: dos Interceptores más, además de una escolta de ocho Acorazados de la flota Katana.

—¿Qué ocurre? —preguntó una voz desconocida.

Se volvió. Un joven, casi un muchacho, se encontraba de pie a su lado, se rascaba su cabellera enmarañada y contemplaba la pantalla con el ceño fruncido. Por un momento, no le reconoció. Después, su memoria funcionó. Ghent, el especialista en informática que Karrde les había cedido para ayudar a descubrir el código utilizado por los imperiales para tender la trampa a Ackbar. Había olvidado que continuaba en el palacio.

—Un ataque imperial —explicó.

—Oh. ¿Pueden hacerlo?

—Estamos en guerra —le recordó con paciencia Leia—. En la guerra, se puede hacer todo cuanto el otro bando no logre impedir. Por cierto, ¿cómo ha entrado aquí?

—Oh, hace tiempo que descubrí el código de entrada —dijo, con un vago ademán, sin apartar los ojos de la pantalla—. No tenía mucho que hacer. ¿Pueden detenerles?

—Vamos a intentarlo, desde luego. —Leia paseó una mirada sombría por la sala. Divisó al general Rieekan junto a la consola de mando—. Manténgase apartado y no toque nada.

Apenas había avanzado dos pasos, cuando una idea cruzó por su mente. Ghent, que se había procurado un código de acceso de alto nivel porque no tenía nada mejor que hacer...

Giró en redondo y cogió a Ghent por el brazo. :

—Pensándolo mejor, venga conmigo.

Le arrastró hasta una puerta con el letrero DECODIFICACIÓN, que se abría a un lado de la sala. Tecleó su código de seguridad y la puerta se abrió.

Era una sala de grandes dimensiones, llena hasta los topes de ordenadores, expertos en desciframiento y androides.

—¿Quién es el responsable? —preguntó Leia, cuando un par de cabezas se volvieron en su dirección.

—Yo —respondió un hombre de edad madura, con galones de coronel, que se apartó de una consola y se quedó inmóvil en el único espacio libre de la sala.

—Soy la consejera Organa Solo —se identificó Leia—. Éste es Ghent, un experto en informática. ¿Puede utilizarle?

—No sé —dijo el coronel, y lanzó al muchacho una mirada especulativa—. ¿Alguna vez ha descifrado un código de combate imperial en clave, Ghent?

—No. Nunca he visto uno. Sin embargo, he descifrado un par de sus códigos militares habituales.

—¿Cuáles?

Los ojos de Ghent se nublaron un poco.

—Bueno, había uno que se llamaba programa Lepido. Ah, y cuando tenía doce años había uno llamado ILKO. Era difícil; tardé casi dos meses en descubrirlo.

Alguien silbó por lo bajo.

—¿Le parece bueno? —preguntó Leia. 5 El coronel resopló.

—Yo diría que sí. ILKO era uno de los principales códigos en clave que el Imperio utilizaba para el intercambio de datos entre Coruscant y las instalaciones donde se construyó la primera ^Estrella de la Muerte, en Horuz. Tardamos casi un mes en descubrirlo. Acércate, hijo. Aquí tienes una consola. Si te gustó ILKO, los códigos de combate te encantarán.

El rostro de Ghent se iluminó, y ya se estaba abriendo paso entre las demás consolas cuando Leia volvió a la sala de guerra.

Y descubrió que la batalla había empezado.

Seis Destruidores Estelares imperiales habían surgido del hiperespacio en el centro del grupo de Interceptores, dividiéndose en dos grupos de tres y dirigiéndose hacia las dos enormes estaciones de combate Golan III. Sus cazas TIE les precedían y volaban hacia los defensores, que ahora empezaban a surgir del muelle espacial situado en órbita baja sobre la superficie de Coruscant. En la pantalla principal, algunos destellos de turboláser alumbraron cuando ambos bandos iniciaron la lucha.

El general Rieekan se encontraba a unos pasos de la consola de mando principal cuando Leia llegó a su lado.



—Princesa —cabeceó el hombre con gravedad.

—General —respondió ella, sin aliento, y lanzó un rápido vistazo a las consolas.

El escudo energético de Coruscant estaba levantado, los defensores estacionados en tierra ocupaban sus posiciones, y una segunda oleada de cazas X y B empezaban a despegar del muelle espacial.

Y de pie frente a la silla de mando, ladrando órdenes a todo el mundo, estaba el almirante Drayson.

—¿Drayson? —preguntó Leia.

—Ackbar se halla de inspección por la región de Ketaris —explicó Rieekan, sombrío—. Por eso Drayson está al mando.

Leia alzó la vista hacia la pantalla y sintió un nudo en el estómago. Drayson era bastante competente..., pero eso no era suficiente contra el gran almirante Thrawn.

—¿Ha sido alertada la flota del sector?

—Creo que lanzamos el aviso antes de que se levantara el escudo —contestó Rieekan—. Por desgracia, uno de los primeros objetivos de los imperiales fue la estación de transmisión en órbita exterior, así que no hay forma de saber si nos han oído o no. A menos que abramos el escudo.

El nudo en el estómago se acentuó más.

—Entonces, no se trata de una trampa para atraer a la flota del sector —dijo Leia—. De lo contrario, habrían respetado la estación de transmisiones para que pudiéramos pedir ayuda.

—Estoy de acuerdo. Parece que Thrawn nos quiere a nosotros.

Leia asintió en silencio y contempló la pantalla. Los Destruidores Estelares habían penetrado en las zonas circundantes de las estaciones de combate, y continuas ráfagas de turboláser centelleaban en la negrura del espacio. Fuera de la zona de fuego, los Acorazados y otras naves de apoyo habían formado un perímetro para proteger a los Destruidores Estelares de los defensores que ascendían hacia ellos.

En la pantalla táctica, una llamarada de pálida luz blanca se dirigió hacia los Destruidores Estelares: una descarga de cañones iónicos, lanzada desde la superficie.

—Una pérdida de energía —murmuró Rieekan, desdeñoso—. Están fuera de tiro.

Y Leia sabía que, aunque no lo estuvieran, la carga de interrupción electrónica tendría tantas posibilidades de alcanzar a la estación de combate como a cualquiera de los Destruidores Estelares a que apuntaba. Los cañones iónicos no eran famosos por su precisión.

—Otra persona ha de tomar el mando —dijo Leia, y paseó la vista a su alrededor. Si pudiera encontrar a Mon Mothma y convencerla de que pusiera a Rieekan al mando...

De pronto, sus ojos se detuvieron. Apoyada en la pared del fondo, con la vista fija en la pantalla táctica, estaba Sena Leikvold Midanyl, consejera principal del general Garm Bel Iblis..., una persona mucho más que competente.

—Enseguida vuelvo —dijo a Rieekan, y se dirigió hacia la mujer.

—Consejera Organa Solo —saludó Sena, tensa de rostro y estado de ánimo—. Me dijeron que me mantuviera al margen. ¿Qué está ocurriendo?

—Lo que ocurre es que necesitamos a Garm —contestó Leia—. ¿Dónde está?

—En la galería de observación —respondió Sena, y cabeceó en dirección a la galería semicircular que rodeaba la mitad posterior de la sala de guerra.

Leia levantó la vista. Personas de todo tipo empezaban a invadir la galería. Miembros civiles del gobierno, en su mayor parte, a quienes se permitía el acceso a la planta de mando, pero no a la sala de guerra propiamente dicha. Bel Iblis estaba sentado a solas en un rincón, y contemplaba las pantallas con suma atención.

—Hágale bajar —dijo Leia a Sena—. Le necesitamos. Sena suspiró.

—No bajará, a menos que Mon Mothma se lo pida. Lo expreso con sus propias palabras.

Leia sintió de nuevo aquel nudo en el estómago. Bel Iblis era muy orgulloso, pero éste no era el momento apropiado para rencillas personales.

—No puede hacer eso. Necesitamos su ayuda.

Sena meneó la cabeza.

—Lo he intentado, pero no me ha hecho caso. Leia respiró hondo.

—Quizá a mí sí.

—Eso espero. —Sena señaló la pantalla, donde uno de los Acorazados de Bel Iblis había llegado desde el muelle espacial para unirse a la oleada de cazas, cañoneras corellianas y fragatas de escolta que repelían a los invasores—. Ése es el Devastador. Mis hijos Peter y Dayvid van a bordo.

Leia tocó su hombro.

—No se preocupe. Le obligaré a bajar.

La sección central de la galería estaba abarrotada de gente cuando llegó, pero la zona que

rodeaba a Bel Iblis estaba bastante vacía.

—Hola, Leia —saludó, cuando la princesa se acercó—. Pensaba que estaría abajo.

—Debería estar... y usted también. Le necesitamos...

—¿Lleva encima el comunicador? —la interrumpió el hombre con brusquedad.

Leia frunció el ceño.

—Sí.

—Sáquelo. Ahora. Llame a Drayson y adviértale sobre esos dos Interceptores.

Leia examinó la pantalla táctica. Los dos Cruceros Interceptores que habían aparecido a última hora estaban efectuando una sutil maniobra; sus conos de ondas gravitatorias barrían una estación de combate.

—Thrawn nos gastó esta jugarreta en Qat Chrystac —prosiguió Bel Iblis—. Utiliza un Crucero Interceptor para definir un borde espacial, y después envía a una nave en una trayectoria de intersección, para salir en un punto preciso. Es necesario que Drayson lance algunas naves hacia esos flancos, por si acaso.

Leia ya estaba rebuscando en el bolsillo de su bata.

—Pero no tenemos nada capaz de apoderarse de otro Destructor Estelar.

—No es cuestión de apoderarse de nada. Cualquier cosa que se cruce en su camino quedará cegada, con los deflectores bajados y sin referencias de blanco. Si nuestras naves están bien situadas, podrán disparar sin problemas. Ésa es la diferencia.

—Entiendo. —Leia conectó el comunicador y estableció contacto con el operador central—. Soy la consejera Leia Organa Solo. Tengo un mensaje urgente para el almirante Drayson.

—El almirante Drayson está ocupado y no puede ser molestado —respondió la voz electrónica.

—Una orden del Consejo es irrevocable. Póngame con Drayson.

—Análisis de voz confirmado —dijo el operador—. El procedimiento militar de emergencia anula la orden del Consejo. Puede dejar un mensaje al almirante Drayson.

Leia apretó los dientes y lanzó una fugaz mirada a la pantalla táctica.

—Póngame con el ayudante de Drayson.

—El teniente DuPre está ocupado y no puede...

—Anulado —le interrumpió Leia—. Póngame con el general ¡Rieekan.

—El general Rieekan está ocupado...

—Demasiado tarde —dijo Bel Iblis en voz baja.

Leia levantó la vista. Dos Destrucciones Estelares de clase Victoria habían surgido repentinamente del hiperespacio, en un punto desde el que podían disparar a bocajarro contra la estación de combate, tal como Bel Iblis había predicho. Lanzaron feroces andanadas y se desviaron antes de que la estación y sus cañoneras pudieran responder cumplidamente. En la pantalla, la concha azul que representaba el escudo deflector de la estación parpadeó, antes de volver a estabilizarse.

—Drayson no está a la altura —suspiró Bel Iblis. Leia respiró hondo.

—Ha de bajar, Garm.

El hombre sacudió la cabeza.

—No puedo, a menos que Mon Mothma me lo pida.

—Se está portando como un niño —replicó Leia, y abandonó toda delicadeza diplomática—. No puede permitir que muera gente por una cuestión personal.

Bel Iblis la miró, y Leia se quedó impresionada por el dolor que reflejaban sus ojos.

—Usted no entiende, Leia. Esto no tiene nada que ver conmigo, sino con Mon Mothma. Después de todos estos años, he logrado comprender por qué actúa así. Siempre di por sentado que acumulaba más y más poder porque amaba el poder, pero estaba equivocado.

—Entonces, ¿por qué actúa así? —preguntó Leia, poco interesada en hablar de Mon Mothma.

—Porque en todo lo que emprende, hay vidas que cuelgan de un hilo. Y la aterroriza confiar esas vidas a otra persona.

Leia le miró fijamente y, antes de abrir la boca para contradecirle, todas las piezas de su vida durante los últimos años encajaron en su sitio. Todas las misiones diplomáticas que Mon Mothma había insistido en que aceptara, pese al coste personal que representaba en adiestramiento Jedi y vida familiar. Toda la confianza que había depositado en Ackbar y muy pocos más; toda la responsabilidad que había descargado sobre escasísimos hombros.

Sobre los hombros de aquellos escogidos en quienes podía confiar.

—Por eso no puedo bajar y tomar el mando —terminó Bel Iblis—. Hasta que me acepte como alguien de confianza, no me concederá ningún puesto de autoridad en la Nueva República. Siempre experimentará la necesidad de acecharme, de mirar por encima de mi hombro a ver si cometo equivocaciones. No tiene tiempo para eso, yo no tengo paciencia, y el enfrentamiento sería desastroso para aquellos que pillara en medio. —Cabeceó en dirección a la sala de guerra—. Cuando

esté dispuesta a confiar en mí, estaré dispuesto a todo. Hasta entonces, será mejor para todos que me mantenga al margen.

—Excepto para los que están muriendo ahí fuera —le recordó Leia, tirante—. Deje que la llame, Garm. Quizá pueda convencerla de que le ofrezca el mando.

Bel Iblis negó con la cabeza.

—Si usted ha de convencerla, Leia, no sirve. Ha de salir de ella.

—Tal vez sí —dijo la voz de Mon Mothma a su espalda. Leia se volvió, sorprendida. Como tenía toda su atención concentrada en Bel Iblis, no había oído acercarse a la anciana.

—Mon Mothma —dijo, sintiéndose culpable por haber sido sorprendida en el acto de hablar sobre alguien a su espalda—. Yo...

—No pasa nada, Leia —dijo Mon Mothma—. General Bel Iblis...

Bel Iblis se había puesto en pie.

—Sí.

Dio la impresión de que Mon Mothma se armaba de valor.

—Hemos tenido muchas diferencias a lo largo de los años, general, pero eso fue hace mucho tiempo. En otra época, formamos un buen equipo. No existen motivos que impidan repetirlo.

Vaciló de nuevo, y Leia comprendió lo difícil que le estaba resultando aquello, lo humillante que era encararse con un hombre que le había dado la espalda y admitir en voz alta que necesitaba su ayuda. Si Bel Iblis no cedía hasta escuchar las palabras que deseaba...

Entonces, ante la sorpresa de Leia, Bel Iblis se puso firme.

—Mon Mothma —dijo en tono oficial—, teniendo en cuenta la actual emergencia, solicito su permiso para tomar el mando de la defensa de Coruscant!

Las arrugas que rodeaban los ojos de Mon Mothma se suavizaron visiblemente, y un silencioso alivio se extendió sobre ella.

—Sería muy de agradecer, Garm. El hombre sonrió.

—Vamos a ello.

Se dirigieron juntos hacia la escalera que bajaba a la planta de mando, y Leia, con la conciencia de sus propias limitaciones, comprendió que la mitad de lo que acababa de presenciar se le había pasado por alto completamente. La larga y peligrosa historia que Mon Mothma y Bel Iblis habían compartido había creado una empatía entre ambos, un vínculo y una comprensión mucho más profundos de lo que la intuición Jedi de Leia podía captar. Tal vez, decidió, era esa empatía la que conformaba la auténtica energía subyacente de la Nueva República. La energía que daría lugar al futuro de la galaxia.

Si resistía la presión de las horas siguientes. Apretó los dientes y corrió tras ellos.

Un par de cañoneras corellianas dejaron atrás al Quimera y enviaron una andanada de fuego turboláser al escudo deflector del puente. Un escuadrón de cazas TIE les pisaba los talones, y realizó una maniobra de flanqueo Rellis al tiempo que intentaban alcanzarlas. Detrás, Pellaeon divisó una fragata de escolta que se disponía a cruzar en perpendicular la trayectoria de las cañoneras.

—Escuadrón A-4, trasládese al sector veintidós —ordenó Pellaeon.

Hasta el momento, en su opinión, la batalla se desarrollaba dentro de lo previsto.

—Allá van —comentó Thrawn desde atrás. Pellaeon examinó la zona.

—¿Dónde? —preguntó.

—Se preparan para retroceder —dijo Thrawn, e indicó uno de los dos Acorazados rebeldes que se habían unido al combate—. Observe que ese Acorazado se está desplazando para proteger la retirada. Fíjese, el segundo se apresta a seguirle.

Pellaeon contempló con el ceño fruncido a los dos Acorazados. Aún no lo veía, pero sabía que Thrawn nunca se equivocaba.

—¿Abandonan a las estaciones de combate? Thrawn resopló por lo bajo.

—En primer lugar, jamás tendrían que haber enviado esas naves en su defensa. Las plataformas de defensa Golan recibirán un castigo mucho más considerable de lo que su antiguo comandante sospechó.

—¿Su antiguo comandante?

—Sí. Yo diría que nuestro viejo adversario corelliano ha tomado el mando de la defensa de Coruscant. Me pregunto por qué han tardado tanto.

Pellaeon se encogió de hombros y examinó la zona de combate. El gran almirante tenía razón: los defensores empezaban a retroceder.

—Quizá tuvieron que despertarle.

—Quizá. —Thrawn dirigió una mirada distraída a la zona de combate—. Como verá, los corellianos nos ofrecen una elección: quedamos aquí y entablar un duelo con las estaciones de combate, o seguir a los defensores hasta ponernos al alcance de las armas terrestres. Por fortuna —

sus ojos centellearon—, tenemos una tercera alternativa.

Pellaeon asintió. Se había estado preguntando cuándo utilizaría Thrawn su nueva y brillante arma de asedio.

—Sí, señor —dijo—. ¿Ordeno el lanzamiento del tractor?

—Esperaremos a que las naves retrocedan un poco más. No quiero que el corelliano se lo pierda.

—Comprendido.

Pellaeon retrocedió hacia su silla de mando, se sentó y confirmó que los asteroides y los haces de arrastre estaban preparados.

Y aguardó la orden del gran almirante.

—Muy bien —dijo Bel Iblis—. Devastador, empiece a retroceder. Cubra a esas fragatas de escolta que tiene a babor. Jefe Rojo, atención a esos interceptores TIE.

Leia contempló el despliegue táctico y contuvo la respiración. Sí, iba a funcionar. Los imperiales, que no deseaban exponerse al fuego lanzado desde tierra, permitían que los defensores retrocedieran hacia Coruscant, lo cual dejaba todavía en peligro a dos estaciones de combate, pero se estaban demostrando capaces de aguantar más daños de lo que Leia esperaba. Y eso también terminaría pronto; el gran almirante huiría antes de que se presentara la flota del sector. Casi había concluido, y habían sobrevivido.

—General Bel Iblis —dijo uno de los oficiales—. Recibimos una extraña lectura desde la bodega del Quimera.

—¿Cuál es? —preguntó Bel Iblis, mientras se acercaba a la consola.

—Señala que los haces de arrastre han sido activados. —El oficial indicó un punto en la silueta del Destructor Estelar—. Y está acumulando demasiada energía.

—¿Es posible que vayan a lanzar todo un escuadrón de cazas TIE? —preguntó Leia.

—No lo creo —dijo el oficial—. Otro detalle: por lo que nosotros sabemos, nada ha salido de la bodega. Bel Iblis se puso rígido.

—Calcule la trayectoria de salida —ordenó—. A todas las naves: enfoquen los sensores en esa dirección, por si captan emisiones de propulsión. Creo que el Quimera acaba de lanzar una nave camuflada.

Alguien juró enérgicamente. Leia alzó la vista hacia la pantalla principal y se le hizo un nudo en la garganta cuando pensó en la conversación que Han y ella habían sostenido con el almirante Ackbar. Éste estaba muy convencido (y la había convencido a ella) de que las propiedades cegadoras del escudo protector eran demasiado peligrosas para utilizarlo como arma. Si Thrawn había logrado solucionar el problema...

—Disparen de nuevo —informó el oficial—. Y otra vez.

—Al igual que el Cabeza del Muerto —comunicó otro oficial.

—Ordene a las estaciones de combate que rastreen y disparen hacia esas trayectorias —ordenó Bel Iblis—. Lo más cerca posible del Destructor Estelar. Hemos de averiguar lo que planea Thrawn.

Apenas habían surgido las palabras de su boca, cuando un destello de luz apareció en la pantalla. Una de las fragatas de escolta que se encontraban en la primera trayectoria proyectada estalló de repente en llamas; su sección de popa escupió feroces gases de propulsión cuando toda la nave giró locamente alrededor de su eje transversal.

—¡Colisión! —ladró alguien—. Fragata de escolta Evanrue: impacto con objeto desconocido.

—¿Impacto? —repitió Bel Iblis—. ¿No ha sido un disparo de turboláser?

—El telémetro indica impacto físico.

Leia volvió la vista hacia la pantalla. El Evanrue intentaba recuperar el control, envuelto en gases.

—Se supone que los escudos protectores son doblemente cegadores —dijo Leia—. ¿Cómo están maniobrando?

—Quizá no lo estén haciendo —dijo Bel Iblis, con voz teñida de suspicacia—. Equipo táctico, déme un nuevo curso desde el punto de impacto con el Evanrue. Asuma objeto inerte. Calcule velocidad de impacto en relación con la distancia hasta el Quimera, y no olvide tener en cuenta el campo gravitatorio local. Proporcione la posible localización al Devastador, ordene que abra fuego en cuanto tenga las coordenadas.

—Sí, señor —respondió un teniente—. Transmitiendo al Devastador.

—Pensándolo bien, olvide eso último —dijo Bel Iblis, mientras levantaba una mano—. Ordene al Devastador que utilice sólo su cañón de iones. Repito, sólo el cañón de iones. Nada de turboláseres.

Leia frunció el ceño.

—¿Intenta apoderarse de la nave intacta?

—Trato de apresarla intacta, sí —dijo poco a poco Bel Iblis—, pero no creo que sea una nave.

Guardó silencio. En la pantalla, el cañón de iones del Devastador empezó a disparar.

El acorazado abrió fuego, como Thrawn había anticipado, pero sólo con el cañón de iones, reparó

sorprendido Pellaeon.

—¿Almirante?

—Sí, ya veo —dijo Thrawn—. Interesante. Yo tenía razón, capitán: nuestro viejo enemigo corelliano ha tomado el mando, pero hasta el momento, está siguiendo nuestros designios.

Pellaeon comprendió y cabeceó.

—Intenta destruir el escudo protector de los asteroides.

—Con la esperanza de apresarlos intactos. —Thrawn tocó su tablero de control—. Baterías turboláser de proa: apunten al asteroide número uno. Disparen sólo cuando yo dé la orden.

Pellaeon contempló su pantalla. El Acorazado había localizado su blanco y sus haces iónicos desaparecían cuando se hundían en el escudo protector. No resistiría mucho más...

De repente, las estrellas circundantes se desvanecieron. Una oscuridad total se produjo durante un par de segundos, cuando el escudo protector se derrumbó. Después, con la misma brusquedad, el asteroide se hizo visible.

Los rayos iónicos cesaron.

—Atención, turboláseres —dijo Thrawn—. Antes, quiero que lo vean bien... Turboláseres, fuego.

Pellaeon trasladó su atención a la portilla. Los haces verdes desaparecieron en la lejanía, directos a su blanco. Un segundo después, se produjo un leve destello, que se repitió con más potencia en su pantalla. Otra salva, otra, otra...

—Alto el fuego —ordenó Thrawn, muy satisfecho—. Ahí queda eso. Hangar: ¿sobrecarga?

—Hemos llegado a setenta y dos, señor —informó el oficial técnico, con voz algo tensa—, pero la resistencia en derivación de la realimentación de energía se está poniendo al rojo vivo. No podemos seguir disparando mucho más tiempo, so pena de quemar la derivación o el proyector de arrastre.

—Cesen el fuego —ordenó Thrawn—, e indiquen a las demás naves que hagan lo mismo. ¿Cuántos disparos se han realizado, capitán?

Pellaeon comprobó las cifras.

—Doscientos ochenta y siete —contestó.

—Supongo que los veintidós asteroides restantes han escapado.

—Sí, señor —confirmó Pellaeon—. La mayor parte, en los dos primeros minutos, aunque no hay forma de averiguar si han adoptado las órbitas preestablecidas.

—Las órbitas específicas son irrelevantes. Lo único importante es que esos asteroides se encuentren alrededor de Coruscant.

Pellaeon sonrió. Sí, lo estaban..., sólo que no eran tantos como los rebeldes pensarían.

—¿Nos vamos, señor?

—Nos vamos —confirmó Thrawn—. De momento, como mínimo, Coruscant! ha quedado al margen de la guerra.

Drayson cabeceó y retrocedió hacia el pequeño grupo que le esperaba a escasa distancia, detrás de las consolas.

—He ahí las cifras definitivas —dijo con voz hueca—. No están seguros por completo de haber pasado por alto alguno entre los escombros de la batalla, pero aun así... Su número es de doscientos ochenta y siete.

—¿Doscientos ochenta y siete? —repitió el general Rieekan, estupefacto.

—Ése es el número —asintió Drayson, y miró a Bel Iblis. Como si fuera su culpa, pensó Leia—. ¿Qué haremos ahora? Bel Iblis se acariciaba la mejilla con aire pensativo.

—Para empezar, creo que la situación no es tan grave como parece —dijo—. Teniendo en cuenta lo caros que resultan esos escudos, no veo capaz a Thrawn de reunir los recursos suficientes para adquirir trescientos, sobre todo porque un número mucho más reducido ya sería suficiente.

—¿Cree que los disparos de los demás haces de arrastre fueron falsos? —preguntó Leia.

—Eso es imposible —objetó Rieekan—. Yo estaba mirando el tablero sensor. Esos proyectores soltaban energía. Bel Iblis miró a Drayson.

—Usted sabe más de Destruyores Estelares que nosotros, almirante. ¿Sería posible?

Drayson clavó la vista en la lejanía. El orgullo profesional eclipsó por un momento su animadversión hacia Bel Iblis.

—Podría lograrse —admitió por fin—. Podría lanzar una derivación de realimentación desde el proyector del haz de arrastre, hacia un condensador lumínico o un disipador de energía, lo cual permitiría lanzar una oleada de energía mensurable por el proyector sin hacer nada.

—¿Hay alguna manera de diferenciar eso del lanzamiento de un asteroide? —preguntó Mon Mothma.

—¿Desde esta distancia? —Drayson meneó la cabeza—. No.

—Casi da igual cuántos hay ahí arriba —dijo Rieekan—. A la larga, sus órbitas decaerán, y dejar que uno solo caiga a tierra constituirá un desastre. Hasta que nos hayamos desembarazado de ellos,

no podremos arriesgarnos a bajar el escudo planetario.

—El problema consiste en localizarlos —reconoció Drayson—. Y en saber que los hemos destruido todos.

Leia captó un movimiento por el rabillo del ojo, y volvió la vista cuando un tenso coronel Bremen se reunió con ellos.

—Pudo haber sido peor, repito —señaló Bel Iblis—. La flota del sector reparará dentro de pocas horas la estación de transmisiones en órbita, y podremos dirigir la defensa de la Nueva República desde ella.

—También nos resultará más fácil transmitir la alerta a todos los planetas —habló Bremen—. Mara Jade ha huido. Mon Mothma respiró hondo.

—¿Cómo? —preguntó.

—Con ayuda —respondió Bremen, sombrío—. El guardián androide fue desactivado. Una especie de cepo. También borró esa parte de su memoria.

—¿Cuándo ocurrió? —preguntó Rieekan.

—Hace pocas horas. —Bremen paseó la vista por la sala de guerra—. Pusimos doble vigilancia en la planta de mando desde que descubrimos la huida, pensando que quizá habrían preparado algún sabotaje, coincidente con el ataque imperial.

—Es posible que aún exista ese peligro —dijo Bel Iblis—. ¿Han sellado el palacio?

—Como la caja fuerte de un contrabandista —contestó Bremen—. Dudo que continúen en el palacio.

—Tendremos que asegurarnos —intervino Mon Mothma—. Coronel, quiero que organice un registro exhaustivo del palacio. Bremen cabeceó.

—Ahora mismo.

Leia hizo acopio de fuerzas. Aquello no les iba a gustar.

—No se moleste, coronel —dijo, y tocó el brazo de Bremen para detenerle—. Mara no está aquí. Todos la miraron.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Bel Iblis.

—Porque salió de Coruscant anoche. Acompañada de Han y Luke.

Se produjo un largo silencio.

—Me estaba preguntando por qué Solo no había venido con usted —dijo Bel Iblis—. ¿Quiere contarnos lo que ocurre?

Leia vaciló, pero ninguna de estas personas debía de tener relación con Fuente Delta.

—Mara cree saber dónde se encuentran las instalaciones de clonación imperiales. Pensamos que valdría la pena enviar un pequeño grupo a verificarlo.

—¿Pensamos? —ladró Drayson—. ¿A quiénes se refiere? Leia le miró directamente a los ojos.

—Mi familia y unos amigos íntimos. Las únicas personas incapaces de filtrar información al Imperio.

—Eso es un insulto grosero...

—Ya basta, almirante —le interrumpió Mon Mothma con calma, pero con una dura mirada—. Las regañinas pueden esperar. Haya sido prudente o no, la realidad es que ya se han ido, y hemos de decidir la mejor forma de ayudarles. ¿Leia?

—Lo más importante es fingir que Mara continúa aquí —dijo Leia, y la tensión que ahogaba su pecho se suavizó un poco—. Me dijo que sólo había estado en Wayland una vez, y no sabía cuánto tardaría en reconstruir la ruta. Cuanto antes lleguen, menos tiempo tendrá el Imperio para enviar refuerzos.

—¿Y después? —preguntó Mon Mothma—. Suponiendo que encuentren las instalaciones.

—Las destruirán.

Siguió un momento de silencio.

—Ellos solos —dijo Drayson.

—A menos que le sobre una flota para enviársela, sí —replicó Leia.

Mon Mothma agitó la cabeza.

—No tendrías que haberlo hecho, Leia —dijo—, sin consultar al Consejo.

—Si lo hubiera comunicado al Consejo, tal vez Mara ya estaría muerta. Si la noticia de que es capaz de localizar Wayland llegara a oídos del Imperio, el siguiente comando que enviarían no se limitaría a desacreditarla.

—El Consejo está por encima de toda sospecha —respondió Mon Mothma con voz gélida.

—¿Y todos los ayudantes de los miembros del Consejo, los estrategas, los oficiales de suministros y los bibliotecarios? Si yo sugiriera al Consejo atacar Wayland, toda esa gente se enteraría.

—Y más —asintió Bel Iblis—. Ella tiene razón.

—No me interesa echar culpas a nadie, Garm —dijo en voz baja Mon Mothma—, ni defender la

pequeña parcela de poder de nadie. Me preocupa la posibilidad de que todo esto fuera una celada, Leia..., que le cueste la vida a tu marido y a tu hermano. Leia tragó saliva.

—También pensamos en eso, pero decidimos que valía la pena correr el riesgo. Y nadie más podía hacerlo.

Todo el mundo calló durante unos instantes. Entonces, Mon Mothma se removió.

—Tendrá que hablar con toda la gente que está al corriente de la huida de Mara Jade, coronel —dijo a Bremen—. Cuando obtengamos la localización de Wayland, si la obtenemos, veremos si les enviamos ayuda.

—Si comprobamos que no se trata de una trampa —añadió Drayson, furioso.

—Por supuesto —corroboró Mon Mothma, sin mirar a Leia—. De momento, es lo único que podemos hacer. Concentrémonos en los problemas inmediatos de Coruscant: la defensa, y la localización de esos asteroides camuflados. General Bel Iblis...

Una mano vacilante tocó el hombro de Leia. Ésta se volvió y vio a Ghent.

—¿Todo ha terminado? —murmuró el joven.

—La batalla sí —contestó la princesa, mientras miraba a Mon Mothma y a los demás. Ya estaban absortos en una discusión sobre los asteroides, pero alguno repararía al final en la presencia de Ghent y le expulsaría—. Venga —dijo, y le condujo hacia la salida—. Se lo contaré afuera. ¿Qué opina de los códigos cifrados de combate de los imperiales?

—Oh, son magníficos, pero la gente de ahí dentro no me dejó hacer gran cosa. No conocía las máquinas tan bien como ellos. Tenían en funcionamiento una especie de sonda.

Leia sonrió. La rutina de decodificación mejor y más sofisticada que los expertos de la Nueva República habían alcanzado, y Ghent la consideraba una simple sonda.

—La gente se acostumbra a las rutinas —dijo con diplomacia—. Quizá pueda arreglar que hable con el responsable, para que le haga alguna sugerencia.

Ghent hizo un ademán vago.

—No. A los militares no les gusta mi forma de trabajar. Hasta Karrde se enfada a veces. Por cierto, ¿se ha enterado de ese transmisor pulsátil que funciona por aquí cerca?

—¿El que Fuente Delta utiliza? —Leia cabeceó—. El contraespionaje ha intentado localizarlo desde que empezó a transmitir, pero hasta el momento no ha habido suerte.

—Uh. —Dio la impresión de que Ghent digería la información—. Bueno, es un problema técnico. Yo no sé nada de eso.

—Tranquilo. Estoy segura de que se le ocurrirán otras maneras de ayudarnos.

—Sí —dijo el joven, y extrajo una tarjeta de datos del bolsillo—. En cualquier caso... Tome.

Leia contempló la tarjeta con el ceño fruncido.

—¿Qué es eso?

—El código cifrado del transmisor pulsátil. Leia se paró en seco.

—¿Cómo dice?

Ghent también se detuvo, y la miró con ojos inocentes.

—El código cifrado que utiliza como-se-llame. Conseguí descifrarlo.

Leia le miró fijamente.

—¿Así de sencillo? ¿Lo descifró sin más? El joven se encogió de hombros.

—Bueno, más o menos. Hace un mes que trabajo en ello. Leia contempló la tarjeta de datos que sostenía en la mano, y un extraño escalofrío, no del todo desagradable, la recorrió.

—¿Sabe alguien que lo tiene? —preguntó en voz baja. Ghent meneó la cabeza.

—Pensé dárselo al coronel antes de salir, pero estaba muy ocupado, hablando con alguien.

El código cifrado de Fuente Delta..., y Fuente Delta ignoraba que lo tenían.

—No se lo diga a nadie más. A nadie más.

Ghent frunció el ceño, pero luego se encogió de hombros.

—Muy bien. Como usted diga.

—Gracias —murmuró Leia, y deslizó la tarjeta en el bolsillo de su bata.

Era la clave para acceder a Fuente Delta, lo sabía. Sólo necesitaba averiguar la forma correcta de utilizarla.

Y hacerlo rápido.

La fortaleza de Hijarna se desmoronaba lentamente desde hacía, tal vez, un millar de años, hasta que la Quinta Expedición Alderaaniana la descubrió, concentrada en su silenciosa y desierta vigilancia de su silencioso y desierto planeta. Una enorme extensión de piedra negra y dura, erguida sobre un farallón que dominaba una llanura, aún marcada con las cicatrices de una horrible destrucción. Para algunos, la enigmática fortaleza constituía un trágico monumento: un último y desesperado intento de defender un planeta asediado. Para otros, era el origen y la causa del asedio y la devastación resultantes.

Para Karrde, de momento, era su hogar.

—Te lo sabes montar bien, Karrde —comentó Gillespee, ¡mientras apoyaba los pies sobre el borde del tablero de comunicaciones auxiliar y paseaba la vista a su alrededor—. En cualquier caso, ¿cómo descubriste este lugar?

—Consta en los viejos registros —contestó Karrde, y comprobó ¡en la pantalla que el programa de decodificación seguía adelante.

Apareció un mapa estelar, acompañado de un texto muy breve. Gillespee cabeceó en dirección a la pantalla de Karrde.

—¿El informe de Clyngunn?

—Sí. —Karrde sacó la tarjeta de datos—. En efecto.

—Nada, ¿verdad?

—Bastante. Ninguna indicación de tráfico de clones en Podelris, Chazwa y Joiol.

Gillespee bajó los pies de la mesa y se levantó.

—Bien, hasta aquí hemos llegado. —Se acercó a la bandeja ¡de fruta que alguien había dejado y cogió un drible—. Parece ¡que las actividades del Imperio han cesado en el sector de Orus. ¡Si es que llevaban a cabo alguna.

—A tenor de la falta de pistas, me inclino por lo último. —Karrde seleccionó una de las tarjetas proporcionadas por su contacto de Bepin y la introdujo en el aparato—. De todas formas, era necesario averiguarlo, tarde o temprano. Entre otras cosas, nos permite concentrarnos en otras posibilidades.

—Sí —dijo de mala gana Gillespee, mientras volvía a su asiento—. Bien... Karrde, todo esto es muy extraño: contrabandistas dedicados a este tipo de investigaciones. No hemos sacado nada en limpio.

—Ya te he dicho que la Nueva República nos reembolsará algo.

—Sólo que no podemos venderles nada —señaló Gillespee—. Nunca he conocido a nadie que pague por nada.

Karrde arrugó el entrecejo. Gillespee había materializado un cuchillo de aspecto pavoroso, para cortar con sumo cuidado un gajo de fruta.

—No es cuestión de cobrar —recordó al otro—, sino de sobrevivir contra el Imperio.

—Quizá para ti —dijo Gillespee, y examinó el gajo de fruta antes de morderlo—. Tienes entre manos tantos asuntos que no te importa apartarte de los negocios una temporada, pero los demás tenemos nóminas que pagar y naves que aprovisionar de combustible. Si el dinero deja de fluir, los empleados se enojan.

—¿De modo que tú y los demás queréis dinero? Intuyó que Gillespee reunía valor.

—Yo quiero dinero. Los otros quieren largarse.

No era tan sorprendente. La cólera hacia el Imperio desencadenada por el ataque al Remolino de la Marmota se estaba enfriando, y los hábitos cotidianos empezaban a reafirmarse.

—El Imperio sigue siendo peligroso —dijo Karrde.

—Para nosotros no —replicó Gillespee—. Desde el Remolino, el Imperio no nos ha dedicado la menor atención. Le importó un bledo que husmeáramos en el sector de Orus; ni siquiera se ha vengado de Mazzic por el asunto de los astilleros de Bilbringi.

—De modo que no nos hacen caso, pese a la provocación. ¿Por eso te sientes seguro?

Gillespee cortó otro gajo de fruta.

—No lo sé —admitió—. La mitad de las veces, creo que Brasck tiene razón, en el sentido de que si dejamos al Imperio en paz, él nos dejará en paz, pero no puedo evitar pensar en ese ejército de



clones que Thrawn me lanzó encima, en Ukio. Empiezo a pensar que quizá está demasiado ocupado con la Nueva República para pensar en nosotros. Karrde meneó la cabeza.

—Thrawn nunca está demasiado ocupado para perseguir a alguien, si desea atraparlo. Si no nos hace caso, es porque sabe que es la mejor forma de apaciguar cualquier oposición. Es probable que el siguiente paso consista en ofrecernos contratos de transporte y fingir que volvemos a ser buenos amigos.

Gillespee le dirigió una mirada penetrante.

—¿Has hablado con Par'tah?

—No. ¿Por qué?

—Me contó hace dos días que le han ofrecido un contrato para transportar un puñado de motores sublumínicos a los astilleros imperiales de Ord Trasi.

Karrde hizo una mueca.

—¿Aceptó?

—Dijo que estaba concretando los detalles, pero ya conoces a Par'tah. Siempre va endeudada hasta el cuello. No habrá podido negarse.

Karrde se volvió hacia la pantalla, con el amargo sabor de la derrota en la boca.

—Supongo que no puedo culparla. ¿Y los demás? Gillespee se encogió de hombros, incómodo.

—Como ya he dicho, el dinero continúa manando. Nosotros también necesitamos nuestra parte.

La dudosa coalición que había forjado, en un abrir y cerrar de ojos, se estaba viniendo abajo. Y el Imperio no había necesitado disparar ni un solo proyectil.

—Bien, imagino que deberé seguir solo —dijo, y se levantó—. Gracias por tu colaboración. Estoy seguro de que querrás volver a tus negocios.

—No te enfades, Karrde —le reprendió Gillespee. Terminó la fruta y se puso en pie—. Tienes razón, este asunto de los clones es muy grave. Si quieres contratar a mis naves y mis hombres para tu cacería, estaremos encantados de ayudarte. No podemos permitirnos hacerlo gratis, eso es todo. Avísanos.

Se encaminó a la puerta...

—Un momento —le llamó Karrde. Se le había ocurrido una idea bastante audaz—. Supón que encuentro una forma de garantizar dinero para todos. ¿Crees que los demás continuarían?

Gillespee le miró con suspicacia.

—No me tomes el pelo, Karrde. Careces de tanto dinero.

—Yo sí, pero la Nueva República no. Y teniendo en cuenta la situación actual, no creo que le hagan ascos a tener más naves en nómina.

—Oh, oh. —Gillespee meneó la cabeza con energía—. Lo siento, pero la piratería no es mi fuerte.

—¿Aunque tu única tarea consista en recoger información? No te propongo más de lo que ya hacías en el sector de Orus.

—Parece una filfa —contestó Gillespee con sarcasmo—, de no ser por el pequeño problema de encontrar a algún dirigente de la Nueva República lo bastante estúpido para pagar tarifas de bucanero por husmear.

Karrde sonrió.

—De hecho, no pensaba desperdiciar su valioso tiempo contándole el proyecto. ¿Conoces a mi socio Ghent?

Gillespee le miró unos instantes, estupefacto. De pronto, lo comprendió todo.

—No lo harás.

—¿Por que no? Al contrario, les prestaríamos un servicio. ¿Para qué complicar sus vidas con estos molestos detalles, si encima tratan de sobrevivir a una guerra?

—Y como de todos modos tendrán que pagar cuando encontremos el centro de clonación...

—Exacto —cabeceó Karrde—. Podemos considerar esto un pago por adelantado de un trabajo a realizar.

—Y no se enterarán hasta que haya concluido —dijo con sequedad Gillespee—. La pregunta es: ¿podrá hacerlo Ghent?

—Con suma facilidad. Sobre todo porque, en este momento, se encuentra en el palacio imperial de Coruscan!. Tenía la intención de dirigirme hacia allí para recoger a Mara. Le pediré a Ghent que se introduzca en los registros de algún sector de la flota y nos inscriba.

Gillespee exhaló aire ruidosamente.

—Existen posibilidades, lo reconozco, aunque no sé si será suficiente para que los demás se animen.

—En ese caso, tendremos que pedírselo. —Karrde volvió hacia su escritorio—. ¿Invitaciones para dentro de cuatro días, digamos?

Gillespee se encogió de hombros. <

—Pruébalo. ¿Qué puedes perder?

—Una pregunta sería —replicó con gravedad Karrde—, considerando que el gran almirante Thrawn anda de por medio.

La brisa nocturna se deslizaba a través de los muros derruidos y las columnas de piedra de la fortaleza en ruinas, y a veces silbaba suavemente cuando pasaba por algún hueco. Karrde, sentado con la espalda apoyada contra una columna, sorbió su copa y contempló la puesta de sol. En la llanura, las largas sombras que se extendían sobre la tierra empezaban a desvanecerse, a medida que la oscuridad de la noche se apoderaba del paisaje.

Un símbolo bastante aceptable de la forma en que esta guerra galáctica había atrapado a Karrde.

Bebió otro sorbo y se asombró una vez más de lo absurdo de la situación. Aquí estaba él, un contrabandista inteligente, calculador, apropiadamente egoísta, que se había labrado una fructífera carrera gracias a su distanciamiento de la política galáctica. Además, un contrabandista que había jurado explícitamente mantener alejados a los suyos de esta guerra en particular. Y sin embargo, aquí estaba, hundido hasta las cejas en ella.

Para colmo, intentaba arrastrar a otros contrabandistas al mismo destino.

Meneó la cabeza, algo irritado. Sabía que algo muy similar le había ocurrido a Han Solo poco antes de la gran batalla de Yavin. Recordó que había contemplado con ironía la creciente implicación de Solo en la causa de la Alianza Rebelde. Una vez dentro, no parecía tan divertido.

Oyó al otro lado del patio el tenue ruido de la grava al ser pisada. Karrde se volvió a mirar en esa dirección, hacia la hilera de columnas, y su mano descendió hacia el desintegrador. En este momento, no esperaba a nadie.

—¿Sturm? —llamó en voz baja—. ¿Drang? Oyó el familiar cloqueo/ronroneo de respuesta, y Karrde exhaló un suspiro de alivio.

—Venid —llamó a los animales—. Venid aquí.

La orden fue innecesaria. El vornskr ya se dirigía hacia él, con el hocico casi tocando el suelo y agitando frenéticamente la cola. Debía de ser Drang, decidió; era el más sociable de los dos, y Sturm era proclive a alargar sus comidas.

El vornskr se detuvo a su lado, emitió otro de sus cloqueos/ronroneos, algo quejumbroso en esta ocasión, y apretó el hocico contra la palma extendida de Karrde. Era Drang, en efecto.

—Sí, todo está muy tranquilo —dijo Karrde. Acarició el rostro del animal y le rascó detrás de las orejas, donde la piel era más sensible—. Los demás no tardarán en volver. Han ido a echar un vistazo a las naves.

Drang emitió otro cloqueo/ronroneo quejumbroso y se acucilló junto a la silla de Karrde. Examinó la llanura, pero no encontró lo que buscaba. Al cabo de un momento, lanzó un gruñido gutural y apoyó el hocico sobre la piedra. Su oreja se agitó una vez, como si se esforzara por escuchar un ruido inexistente, hasta que por fin la dejó caer.

—Ahí abajo también hay tranquilidad —reconoció Karrde, y acarició el pelaje del vornskr—. ¿Qué crees que ocurrió en este lugar?

Drang no contestó. Karrde contempló el lomo enjuto y musculoso del vornskr, y se preguntó una vez más acerca de estos extraños depredadores a los que había decidido convertir, quizá con algo de arrogancia, en animales domésticos. Se preguntó si se lo habría pensado dos veces de haber sabido que eran los únicos animales de la galaxia que cazaban por mediación de la Fuerza.

Una conclusión absurda. No se desconocía la sensibilidad de la Fuerza, por supuesto. Los gotales poseían una forma inútil, y corrían insistentes rumores acerca de los duinuogwuin, por mencionar sólo dos, pero todos aquellos que poseían tal sensibilidad eran seres racionales, con el alto nivel de inteligencia y autoconocimiento que ello implicaba. Que animales irracionales utilizaran la Fuerza de esa forma era algo nuevo.

Pero se trataba de una conclusión a la que había llegado forzado por los acontecimientos de los últimos meses. La inesperada reacción de sus animales ante Luke Skywalker en su base de Myrkr. La similar y jamás presenciada reacción ante Mara a bordo del Salvaje Karrde, justo antes del presentimiento que les había salvado del Crucero Interceptor imperial. Y la reacción, mucho más violenta, de los vornskrs salvajes hacia Mara y Skywalker durante su viaje de tres días por los bosques de Myrkr.

Skywalker era un Jedi. Mara había demostrado talentos decididamente Jedi. Y quizá podían explicarse las peculiares burbujas

anti-Fuerza creadas por los ysalamiri de Myrkr como una simple forma de defensa o camuflaje contra depredadores.

De repente, Drang levantó la cabeza y sus orejas se atiesaron. Karrde aguzó el oído, y pocos segundos después oyó el leve ruido de la lanzadera que regresaba.

—No pasa nada —tranquilizó al vornskr—. Son Chin y los demás, que vuelven de la nave.

Drang mantuvo la misma postura unos segundos más. Después, como si decidiera creer en la palabra de Karrde, se volvió y bajó la cabeza. Si las sospechas de Karrde eran ciertas, una llanura como aquella resultaba más silenciosa aún para el animal.

—No te preocupes —calmó a Drang, y le rascó detrás de las orejas—. Pronto nos iremos de aquí, y te prometo que, en el próximo lugar al que vayamos, podrás escuchar mucha más vida animal.

Las orejas del vornskr se agitaron, pero podía deberse a las caricias. Karrde lanzó una última mirada a los colores pálidos del anochecer, se levantó y reajustó en su cinturón la funda del desintegrador. De todos modos, no existían motivos para apresurarse. Las invitaciones habían sido escritas, codificadas y transmitidas, y sólo cabía esperar las respuestas. De repente, sin embargo, se sintió solo. Mucho más solo que unos minutos antes.

—Vamos, Drang —dijo, y le dedicó una última caricia—. Es hora de irnos.

La lanzadera se posó sobre el hangar del Quimera. Las válvulas de escape sisearon por encima de las cabezas de los milicianos que se disponían a situarse alrededor de la rampa. Pellaeon estaba de pie al lado de Thrawn. Hizo una mueca al percibir el olor acre de los gases y ardió en deseos de saber qué tramaba esta vez el gran almirante.

Fuera lo que fuese, tenía la sensación de que no le iba a gustar. Thrawn podía alardear cuanto quisiera de lo predecibles que eran aquellos contrabandistas, y quizá lo fueran para él, pero Pellaeon ya tenía bastante de aquella escoria, y jamás había visto que los tratos establecidos con esa gente dieran fruto.

Y ningún trato había empezado con un ataque a los astilleros imperiales.

La rampa terminó de descender y se inmovilizó. El comandante de los milicianos escrutó el interior de la nave y cabeceó. El prisionero, flanqueado por dos soldados uniformados de negro, bajó a la cubierta.

—Ah, capitán Mazzic —dijo Thrawn, cuando los milicianos tomaron posiciones a su alrededor—. Bienvenido al *Quimera*. Le pido disculpas por esta convocatoria teatral y los problemas que haya causado a sus negocios, pero ciertos asuntos sólo se pueden discutir cara a cara.

—Es usted muy divertido —rugió Mazzic, en marcado contraste, pensó Pellaeon, con el sofisticado y elegante mujeriego perfilado en los archivos imperiales. En cualquier caso, la idea de enfrentarse a un interrogatorio imperial era capaz de despojar a cualquier hombre de su capa de civilización—. ¿Cómo me ha encontrado?

—Por favor, capitán —le reprendió con serenidad Thrawn—. ¿De veras pensó que podía ocultarse de mí, si deseaba localizarle?

—Karrde lo logró —replicó Mazzic. Intentaba hacer de tripas corazón, pero sus manos esposadas se agitaban nerviosamente—. Aún no le ha capturado, ¿verdad?

—La hora de Karrde llegará —dijo Thrawn, aún con voz serena, pero mucho más fría—. Pero no estamos hablando de Karrde, sino de usted.

—Sí, estoy seguro de que arde en deseos —gruñó Mazzic, y movió sus manos esposadas—. Acabemos de una vez. Thrawn enarcó las cejas.

—No me ha entendido, capitán. No le han traído aquí para castigarle, sino porque quiero aclarar las cosas entre nosotros. Mazzic reprimió una interjección.

—¿De qué está hablando? —preguntó con suspicacia.

—Estoy hablando del reciente incidente en los astilleros de Bilbringi. No, no lo niegue. Sé que fueron Ellor y usted quienes destruyeron aquel Destructor Estelar inacabado. Por lo general, en un caso semejante, el Imperio infligiría un severo castigo a los culpables. Sin embargo, dadas las circunstancias, estoy dispuesto a pasarlo por alto.

Mazzic le miró asombrado.

—No entiendo.

—Es muy sencillo, capitán. —Thrawn hizo un ademán, y un miliciano abrió las esposas de Mazzic—. Su ataque a Bilbringi fue en venganza de un ataque similar contra la reunión de contrabandistas celebrada en Trogan, a la que usted acudió. Perfecto, sólo que ni yo ni ningún alto oficial del Imperio ordenamos aquel ataque. De hecho, el comandante de la guarnición tenía órdenes explícitas de dejarles en paz. Mazzic resopló.

—¿Espera que me lo crea?

Los ojos de Thrawn centellearon.

—¿Prefiere creer que soy incompetente hasta el extremo de enviar una fuerza inadecuada a una misión?

Mazzic sostuvo su mirada, aún hostil, pero con aire pensativo.

—Siempre pensé que nos escapamos con excesiva facilidad —murmuró.

—Ahora empezamos a entendernos —dijo Thrawn, con voz de nuevo serena—. Asunto zanjado. La lanzadera tiene órdenes de devolverle a su base. —Sonrió—. Mejor dicho, a la base temporal que

su nave y su tripulación han establecido en Lelmra. Le reitero mis disculpas.

Los ojos de Mazzic examinaron el hangar, atrapado entre la suspicacia y la esperanza.

—¿Se supone que debo creerle? —preguntó.

—Puede creer lo que le dé la gana, pero recuerde que le he tenido en mis manos... y le he soltado. Buenos días, capitán. Hizo además de dar media vuelta.

—Si no eran soldados imperiales —preguntó Mazzic—, ¿quiénes eran?

Thrawn se volvió.

—Eran auténticos soldados imperiales. Nuestras investigaciones aún no han concluido, pero parece que el teniente Kosk y sus hombres tenían la intención de ganarse un dinero extra.

Mazzic le miró perplejo.

—¿Alguien contrató a soldados imperiales para que nos atacaran?

—Ni siquiera las tropas imperiales son inmunes a la atracción del soborno —dijo Thrawn, en un tono de amargo desprecio imitado a la perfección—. En ese caso, pagaron la traición con sus vidas. Tenga la seguridad de que el o los responsables pagarán un precio similar.

—¿Sabe quién fue? —preguntó Mazzic.

—Creo que sí, pero carezco de pruebas.

—Déme una pista.

Thrawn sonrió con sarcasmo.

—Utilice la cabeza. Buenos días, capitán.

Se volvió y caminó hacia la arcada que daba acceso a las áreas de servicio. Pellaeon esperó a que Mazzic y su escolta entraran en la lanzadera, y corrió para alcanzarle.

—¿Cree que ha sido suficiente, almirante? —preguntó en voz baja.

—Da igual, capitán —le aseguró Thrawn—. Le hemos proporcionado todo lo necesario. Y si Mazzic no es lo bastante inteligente para pensar en Karrde, uno u otro de los demás líderes lo hará. En cualquier caso, siempre es mejor ofrecer poco que demasiado. Algunas personas desconfían automáticamente de la información gratuita.

Detrás, la lanzadera despegó de la cubierta y ascendió al espacio. De la arcada surgió una figura sonriente.

—Bien hecho, almirante —dijo Niles Ferrier, mientras trasladaba su puro al otro extremo de la boca—. Le puso los pelos de punta y luego le dejó marchar. Pensará en ello durante mucho tiempo.

—Gracias, Ferrier —replicó Thrawn con sequedad—. Su aprobación significa mucho para mí.

Por un momento, la sonrisa del ladrón de naves estuvo a punto de desvanecerse. Después, decidió pasar por alto el comentario.

—Muy bien —dijo—. ¿Cuál es nuestro siguiente paso? Los ojos de Thrawn centellearon al oír aquel «nuestro», pero lo dejó pasar.

—Karrde envió anoche una serie de transmisiones, una de las cuales fue interceptada. Aún la estamos descifrando, pero sólo puede ser la convocatoria de otra reunión. En cuanto sepamos el lugar y la fecha, se los proporcionaremos.

—Y ayudaré a Mazzic a acusar a Karrde —asintió Ferrier.

—No hará nada de eso —replicó con brusquedad Thrawn—. Se sentará en un rincón y mantendrá la boca cerrada. Ferrier pareció encogerse.

—De acuerdo. Por supuesto.

Thrawn sostuvo su mirada otro momento.

—Lo que hará usted —continuó por fin— es procurar que cierta tarjeta de datos sea introducida entre las posesiones de Karrde. En el despacho de su nave, con preferencia; será el primer sitio que Mazzic registre.

Hizo un gesto. Un oficial se adelantó y tendió a Ferrier una tarjeta de datos.

—Ah —dijo con ironía Ferrier, y la cogió—. Sí, ya lo entiendo. La prueba del trato de Karrde con ese tal teniente Kosk, ¿eh?

—Correcto. Esto, más las pruebas que ya hemos introducido en el expediente personal de Kosk, despejarán toda duda de que Karrde manipuló a los otros contrabandistas. Espero que sea más que suficiente.

—Sí, un buen truco. —Ferrier dio vueltas en su mano a la tarjeta de datos y mordisqueó el puro—. De acuerdo. Sólo debo subir a bordo del *Salvaje Karrde*...

Se interrumpió al ver la expresión de Thrawn.

—No —dijo en voz baja el gran almirante—. Al contrario, se mantendrá lo más alejado posible de su nave y sus instalaciones terrestres. De hecho, nunca se quedará solo mientras esté en su base.

Ferrier parpadeó, sorprendido.

—Sí, pero...

Alzó la tarjeta de datos, desorientado.

Pellaeon notó que Thrawn se esforzaba por no perder la paciencia.

—Su defel será quien introduzca la tarjeta de datos en el *Salvaje Karrde*.

El rostro de Ferrier se iluminó.

—Ah, claro. Sí. Entrará y saldrá sin que nadie se dé cuenta.

—Será mejor que lo haga —advirtió Thrawn, y de repente, su voz adoptó un tono glacial—. Porque no he olvidado su papel en la muerte del teniente Kosk y sus hombres. Está en deuda con el Imperio, Ferrier. Y ha de pagar esa deuda.

El rostro de Ferrier palideció levemente.

—Entendido, almirante.

—Bien. Permanecerá en su nave hasta que Decodificación obtenga el lugar de la reunión convocada por Karrde. Después, se pondrá en acción.

—Claro —dijo Ferrier, mientras guardaba la tarjeta en su túnica—. Bien. Cuando den a Karrde su merecido, ¿qué hago?

—Podrá dedicarse libremente a sus negocios. Cuando requiera sus servicios de nuevo, recibirá el oportuno aviso. Ferrier torció los labios.

—Claro —repitió.

A juzgar por su expresión, Pellaeon intuyó que empezaba a comprender la inmensidad de su deuda con el Imperio.

El planeta era verde, azul y moteado de blanco, como la mayoría de los otros planetas que Han había conocido a lo largo de los años. Con la única excepción de que éste carecía de nombre.

Y de espaciopuertos. Y de instalaciones orbitales. Y de ciudades, grupos electrógenos y naves. Y de todo.

—Ahí es, ¿eh? —preguntó a Mara.

La mujer no contestó. Contemplaba el planeta que colgaba frente a ellos.

—Bueno, ¿lo es o no lo es? —se impacientó.

—Lo es —dijo Mara, con voz extrañamente hueca—. Hemos llegado.

—Bien. —Han la miró con el ceño fruncido—. Fantástico. ¿Vas a decirnos dónde está esa montaña, o vamos a seguir dando vueltas hasta que nos disparen?

Dio la impresión de que Mara se estremecía.

—Se encuentra a medio camino entre el ecuador y el polo norte —contestó—. Cerca del borde oriental del continente principal. Una sola montaña, que se alza sobre bosques y pastos.

—Muy bien.

Han introdujo la información en el ordenador y esperó que los sensores no fallaran. Mara ya había hecho suficientes comentarios despectivos acerca del *Halcón*.

La puerta de la cabina se abrió. Lando y Chewbacca entraron.

—¿Qué pasa? —preguntó Lando—. ¿Ya hemos llegado? :

—Sí —dijo Mara, antes de que Han pudiera contestar. ' Chewbacca rugió una pregunta.

—No, da la impresión de que es un planeta muy poco adelantado técnicamente. —Han meneó la cabeza—. Ni fuentes de energía ni transmisiones por ninguna parte.

—¿Bases militares? —preguntó Lando.

—Si hay, no las localizo —dijo Han.

—Interesante —murmuró Lando, y miró por encima del hombro de Mara—. No pensaba que el gran almirante fuera tan confiado.

—El lugar fue diseñado como almacén privado —le recordó Mara—. No había guarniciones ni centros de mando diseminados.

—Por lo tanto, lo que tenga guardado se encontrará en el interior de la montaña, ¿no? —preguntó Han.

—Más algunas patrullas en los alrededores —apuntó Mara—, pero no creo que haya escuadrones de cazas ni armas pesadas.

—Ya era hora —dijo con ironía Lando.

—A menos que Thrawn decidiera por su cuenta enviar un par de guarniciones —señaló Han—. Será mejor que Chewie y tú carguéis los cañones.

—De acuerdo.

Los dos salieron. Han cambió a una trayectoria de aproximación, y luego conectó los sensores.

—¿Problemas? —preguntó Mara.

—Creo que no —la tranquilizó Han, mientras contemplaba las pantallas. No se veía nada a su alrededor—. Durante el viaje, me pareció ver algo por ahí atrás.

—Carlissian también creyó ver algo cuando cambiamos de curso en Obroa-skai —dijo Mara, y miró la pantalla—. Podría ser algo con un buen módulo antisensores.

—O un simple desperfecto. El fabrítec nos ha dado problemas en los últimos tiempos.

Mara estiró el cuello para mirar hacia estribor.

—¿Es posible que alguien nos haya seguido desde Coruscant?

—¿Quién sabía que nos íbamos? —dijo Han. No, allí no había nada. Debía de tratarse de su imaginación—. ¿Viste bien lo que contenía ese almacén?

Mara volvió la cabeza poco a poco, nada convencida.

—Apenas el pasillo que conduce desde la entrada al salón del trono, situado en la parte superior, pero sé dónde se encuentra la cámara de los cilindros Spaarti.

—¿Y los generadores de energía?

—No llegué a verlos, pero recuerdo haber oído que el sistema refrigerador absorbe agua de un río que desciende por la pendiente de la montaña orientada al nordeste. Estarán por ese lado.

—Y la entrada principal se encuentra en el lado sudoeste.

—La única entrada —le corrigió Mara—. Sólo hay una vía de entrada y salida.

—Eso me suena.

—Esta vez es verdad —replicó la mujer. Han se encogió de hombros.

—De acuerdo —dijo.

Era absurdo discutir, al menos hasta que hubieran examinado todo el lugar. Se abrió la puerta de la cabina. Han miró hacia atrás y vio a Luke.

—Ya hemos llegado, muchacho.

—Lo sé —dijo Luke, y se detuvo detrás de Mara—. Mara me lo ha dicho.

Han dirigió una mirada a Mara. Por lo que él sabía, había pasado todo el viaje procurando evitar a Luke, lo cual no era tan sencillo en una nave del tamaño del *Halcón*. Luke le había devuelto el favor apartándose de su camino, cosa que tampoco era fácil.

—Sí, ¿eh?

—No pasa nada —le tranquilizó Luke, y contempló el planeta—. De modo que eso es Wayland.

—Eso es Wayland —repitió Mara. Se quitó las correas y se levantó—. Vuelvo enseguida.—dijo, y salió.

—Formáis un gran equipo —comentó Han, mientras la puerta de la cabina se cerraba.

—Pues sí —admitió Luke. Se sentó en la silla del copiloto, que Mara acababa de dejar libre—. Tendrías que habernos visto a bordo del *Quimera*, cuando fuimos a rescatar a Karrde. Es una compañera estupenda.

—Excepto cuando quiere acuchillarte.

—Yo he tomado la decisión de correr el riesgo —sonrió Luke—. Debe de ser una de esas locuras Jedi.

—Esto no me divierte, Luke —gruñó Han—. No ha descartado la opción de asesinarte. Se lo dijo a Leia en Coruscant.

—Lo cual significa que, en realidad, no quiere hacerlo —replicó Luke—. La gente no va por ahí proclamando por adelantado sus planes de asesinato. Sobre todo a la familia de la víctima.

—¿Vas a apostar la vida por ello? Luke se encogió de hombros.

—Ya lo he hecho.

El *Halcón* volaba en paralelo a la atmósfera exterior, y el ordenador ya había identificado una posible ubicación del monte Tantiss.

—Bien, si quieres saber mi opinión, no es el momento de correr riesgos —dijo Han a Luke, mientras dedicaba al mapa sensor un breve examen.

Decidió que se acercarían por el sur, para que el bosque ocultara el aterrizaje y el viaje por tierra.

—¿Alguna sugerencia? —preguntó Luke.

—Sí, una. —Han cambió el curso hacia la lejana montaña—. Dejarla en el *Halcón* cuando aterricemos.

—¿Viva?

Han pensó que, en otros momentos de su vida, no habría sido necesaria una pregunta tan ridícula.

—Pues claro que viva —replicó, tirante—. Hay muchas formas de impedir que se meta en líos.

—¿De veras crees que accederá a quedarse en la nave?

—Nadie ha dicho que vayamos a pedírselo.

—No podemos hacer eso, Han. Es necesario que participe en esto.

—¿En qué parte? —gruñó Han—. ¿En cargarnos la fábrica de clones, o en intentar matarte?

—No lo sé —dijo en voz baja Luke—. Quizá en ambas.

A Han nunca le habían gustado mucho los bosques, antes de unirse a la Alianza Rebelde. Tampoco era que le desagradaran. Los contrabandistas normales no pensaban mucho en los bosques. La mayoría de las veces cargaban y descargaban en espaciopuertos pequeños y destartados, como Mos Eisley o Abregado-rae y, en las raras ocasiones en que se citaban en un bosque, el cliente vigilaba el bosque mientras ellos vigilaban al cliente. Como resultado, Han había llegado a la vaga conclusión de que todos los bosques eran iguales.

Su trabajo en la Alianza había cambiado esa perspectiva. Después de Endor, Corstris, Fedje y una docena más, había aprendido por las malas que cada bosque era diferente, con su propio muestrario de plantas, animales y dolores de cabeza generales para el visitante. Una más de las muchas materias que la Alianza le había enseñado, bien a su pesar.

El bosque de Wayland se adaptaba al modelo habitual, y el primer dolor de cabeza fue lograr que el *Halcón* descendiera por el espeso dosel de hojas sin dejar un agujero que cualquier piloto de caza TIE errabundo localizaría casi dormido. Primero, tuvieron que entrar por un hueco (producido en este caso por un árbol caído), y después, dirigir la nave de costado, una maniobra mucho más arriesgada en el campo gravitatorio del planeta que en un cinturón de asteroides. El dosel secundario, que no

descubrió hasta que hubo atravesado casi por completo el primero, constituyó el segundo dolor de cabeza, y arrasó las copas de una hilera de árboles antes de conseguir estabilizar y posar el *Halcón*, aplastando de paso un montón de matorrales.

—Excelente aterrizaje —comentó con sequedad Lando, y se frotó los hombros mientras Han desconectaba los retropropulsores.

—Al menos, el plato sensor sigue en su sitio —señaló Han.

—Nunca pararás con la misma matraca, ¿verdad? Han se encogió de hombros y pidió los algoritmos de formas de vida. Ya era hora de saber qué les esperaba fuera.

—Dijiste que no le habías hecho ni un rasguño —recordó a su amigo.

—Estupendo —rezongó Lando—. La próxima vez, yo destruiré el generador del campo de energía, y tú lo conducirás hacia la garganta de la Estrella de la Muerte.

Y no sería muy divertido. Si el Imperio recuperaba parte de sus antiguos recursos, quizá Thrawn intentaría fabricar otro de aquellos condenados trastos.

—Los de atrás ya estamos listos —dijo Luke, y asomó la cabeza en la cabina—. ¿Cómo lo ves?

—Bastante bien —contestó Han, la vista fija en la pantalla—. Hay un grupo de animales por ahí fuera, pero se mantienen a distancia.

—¿Son muy grandes? —preguntó Lando.

Se inclinó sobre el hombro de Han para mirar la pantalla.

—¿Y cuántos son? —añadió Luke.

—Unos quince —informó Han—. Nada que nos pueda complicar la vida. Vamos a echar un vistazo.

Mara y Chewbacca les esperaban en la escotilla, junto con Erredós y Cetrespeó, que guardaba un inhabitual silencio.

—Chewie y yo saldremos primero —dijo Han, y desenfundó el desintegrador—. Los demás quedaos aquí.

Apretó los controles y la escotilla se deslizó a un lado, al tiempo que la rampa descendía y aplastaba las hojas muertas. Han bajó, intentando mirar en todas direcciones a la vez. Divisó al primer animal antes de llegar al final de la rampa. Era de color gris, con una mancha blanca en el lomo, y mediría unos dos metros desde el hocico al extremo de la cola. Estaba acuclillado al pie de una rama, y sus ojillos le siguieron mientras caminaba. Y si había que fiarse de sus garras y colmillos, era definitivamente un depredador.

Chewbacca rugió por lo bajo.

—Sí, ya lo he visto —murmuró Han—. Hay otros catorce por ahí, a propósito.

El wookiee emitió otro gruñido, acompañado de un ademán.

—Tienes razón —admitió Han, sin dejar de vigilar al depredador—. Me suena de algo. Como aquellos panthac de Mantessa, ¿no crees?

Chewbacca meditó, y luego rugió una negativa.

—Bien, ya nos lo pensaremos mas tarde —decidió Han—. ¿Luke?

—Aquí —confirmó Luke desde la escotilla.

—Mara y tú empezad a bajar el equipo —ordenó Han, siempre atento al depredador. El ruido de la conversación no parecía molestarle—. Empieza con las bicicletas. Lando, cúbreles.

—De acuerdo —contestó el aludido.

Se oyó el ruido de las correas que sujetaban las dos primeras bicicletas al soltarse, y después el tenue zumbido de los retropro-pulsores cuando se activaron.

Y con un repentino crujido de ramas y hojas, el animal saltó.

—¡Chewie! —fue lo único que pudo gritar Han, antes de que el animal se precipitara sobre él.

Disparó, el rayo lo alcanzó en pleno torso, y consiguió agacharse cuando el cadáver pasó por encima de su cabeza. Chewbacca profería gritos de guerra wookiee y disparaba sin cesar su ballesta, a medida que los depredadores surgían de entre los árboles y cargaban contra ellos. Alguien gritó desde la escotilla y se puso a disparar.

Han vio por el rabillo del ojo una serie de garras que se acercaban en su dirección, a demasiada velocidad para esquivarlas.

Se protegió la cara con el brazo y agachó la cabeza todo cuanto pudo. Un instante después, se encontró en tierra, agobiado Por el peso del animal. Un momento de presión e intenso dolor, cuando las garras perforaron su chaqueta de camuflaje...

Y, de pronto, el peso desapareció. Bajó el brazo, justo a tiempo de ver que el depredador saltaba sobre la rampa y se preparaba para lanzarse hacia el interior del *Halcón*. Giró en redondo y disparó, al tiempo que un rayo procedente de la nave también lo alcanzaba.

Chewbacca bramó una advertencia. Aún tendido de espaldas, Han se revolvió y vio que tres animales más se abalanzaban sobre él. Derribó a uno con un par de rápidos disparos, y cuando se



disponía a desviar el desintegrador para apuntar al segundo, un par de pies embutidos en botas negras aterrizaron frente a él. Los animales dieron un brinco y cayeron a tierra.

Han rodó, se puso en pie y miró a su alrededor. Luke estaba semiacucillado delante de él, con la espada de luz encendida. Al otro lado de la rampa, Chewbacca continuaba en pie, rodeado por tres animales muertos.

Han contempló al depredador que yacía a su lado. Ahora que lo veía de cerca...

—Cuidado, hay más allí —advirtió Luke.

Han divisó a dos animales, al acecho entre los árboles.

—No nos causarán problemas. ¿Entró alguno en la nave?

—No llegó muy lejos —dijo Luke—. ¿Qué hicisteis para alejarles?

—Nada —dijo Han, mientras enfundaba el desintegrador—. Fuisteis Mara y tú, montados en las bicicletas.

Chewbacca expresó con un rugido su súbita comprensión.

—Tienes razón, colega —dijo Han—. Ahí nos enfrentamos a ellos.

—¿Qué son? —preguntó Luke.

—Les llaman garráis —dijo Mara desde la rampa. Estaba acucillada, con el desintegrador todavía en la mano, y contemplaba los cadáveres esparcidos alrededor de Chewbacca—. El Imperio los utilizaba como perros de presa, por lo general cerca de guarniciones fronterizas boscosas donde los piquetes de androides sondeadores no resultaban prácticos. Al parecer, los ultrasonidos emitidos por un retropropulsor son iguales a los chillidos lanzados por los animales que cazan. Les atrae como un imán.

—Por eso nos estaban esperando —dijo Luke. Apagó la espada de luz, sin soltarla.

—Son capaces de oír los retropropulsores de una nave desde kilómetros de distancia —explicó Mara. Saltó a un lado de la rampa y se arrodilló junto a un garral muerto. Hundió su mano libre en el pelaje de su cuello—. Lo cual significa que, si están teledirigidos, los controladores de monte Tantiss saben que estamos aquí.

—Fantástico —masculló Han, y se agachó al lado del garral muerto tendido a sus pies—. ¿Qué hay que buscar, un collar?

—Es probable —dijo Mara—. Busca alrededor de las patas también.

Tardaron unos frenéticos minutos, pero al final confirmaron que ninguno de los depredadores muertos estaba teledirigido.

—Quizá son los descendientes del grupo que trajeron para proteger la montaña —dijo Lando.

—O se trata de su planeta de origen —añadió Mara—. Nunca vi su planeta de procedencia en ninguna lista.

—De todos modos, eso significa problemas —gruñó Han, mientras empujaba fuera de la rampa el último cadáver—. Si no podemos utilizar las bicicletas, habrá que seguir a pie.

Oyó un silbido electrónico procedente de arriba.

—Perdone, señor —dijo Cetrespeó—. ¿Eso también es de aplicación a Erredós y yo?

—A menos que hayáis aprendido a volar.

—Bueno, señor, se me ocurre que Erredós, en particular, no está preparado para viajar por un bosque —señaló Cetrespeó—. Si no se puede utilizar la plataforma de carga, habría que buscar otro medio.

—El medio es que caminéis como los demás —replicó Han. Sostener una discusión con Cetrespeó no entraba en su orden del día—. Ya lo hicisteis en Endor; también lo haréis aquí.

—En Endor no tuvimos que andar tanto —le recordó en voz baja Luke—. Debemos de estar a dos semanas del pie de la montaña.

—No es tan grave —dijo Han, mientras realizaba un rápido cálculo. No era grave, pero sí problemático—. Ocho o nueve días, a lo sumo. Tal vez un par más si nos metemos en líos.

—Bueno, seguro que nos metemos en líos —dijo Mara con sarcasmo. Se sentó en la rampa y dejó el desintegrador sobre su regazo—. Hacedme caso.

—¿No esperas que los nativos sean hospitalarios? —preguntó Lando.

—Espero que nos den la bienvenida a flechazos —replicó Mara—. Hay dos especies de nativos diferentes, los psadans y los myneyrshi. Ninguna tiene un gran aprecio por los humanos, ni siquiera antes de que el Imperio ocupara monte Tantiss.

—Bueno, al menos no estarán de parte del Imperio —dijo Lando.

—Eso no me consuela —gruñó Mara—. Y aunque ellos no nos causen problemas, los depredadores sí lo harán. Tendremos suerte si recorremos la distancia en doce o trece días, pero no en ocho o nueve.

Han contempló el bosque y captó algo turbador.

—Pongamos doce —dijo. De pronto, se le antojó fundamental que se alejaran de aquel lugar—.

Pongámonos en marcha. Lando, Mara, elegid los paquetes de equipamiento que hemos de transportar. Chewie, saca todas las raciones alimenticias de las mochilas de supervivencia; eso debería ser suficiente. Luke, tú y los androides id hacia allí, a ver si encontráis algún sendero. Quizá el lecho de un río seco... Estamos lo bastante cerca de la montaña para que haya alguno.

—Por supuesto, señor —dijo Cetrespeó, muy animado, y empezó a bajar la rampa—. Vamos, Erredós.

Los demás volvieron a entrar en la nave. Han se encaminó a la rampa, pero se detuvo cuando Luke le cogió del brazo.

—¿Qué ocurre? —preguntó en voz baja. Han movió la cabeza en dirección al bosque.

—Los garráis que nos estaban vigilando se han ido. Luke miró hacia atrás.

—¿Se fueron juntos?

—No lo sé. No les vi marcharse. Luke acarició la espada de luz.

—¿Crees que se trata de una patrulla imperial? <

—O una manada de esos animales de presa que Mara mencionó. ¿Captas algo?

Luke respiró hondo, retuvo el aire un momento y lo exhaló poco a poco.

—No percibo ninguna presencia en las cercanías, pero quizá se halle fuera de mi alcance. ¿Crees que deberíamos suspender la misión?

Han negó con la cabeza.

—Si lo hacemos, dejaremos pasar una gran oportunidad. En cuanto averigüen que hemos descubierto su fábrica de clones, será inútil fingir que sospechamos otra cosa. Cuando volvamos con una fuerza de choque, nos estarán esperando con un par de flotas de Destruidores Estelares.

—Supongo que sí. Y tienes razón. Si han descubierto la llegada del *Halcón*, lo mejor será alejarnos cuanto antes. ¿Enviarás las coordenadas a Coruscant antes de irnos?

—No lo sé. —Han levantó la vista hacia el *Halcón*, y procuró desechar la idea de los imperiales apoderándose de la nave—. Si hay una patrulla por ahí, jamás lograremos enviar un mensaje sin que lo intercepten.

Luke también alzó la vista.

—Parece peligroso. Si surgen problemas, no tendrán ni idea de adonde enviar una fuerza de ayuda.

—Sí, bien, pero si transmitimos cerca de una patrulla imperial, te garantizo que habrá problemas —gruñó Han—. Estoy abierto a toda clase de sugerencias.

—¿Y si me quedo aquí unas cuantas horas? Si para entonces no han aparecido patrullas, podríamos transmitir.

—Olvídalo. —Han meneó la cabeza—. Tendrías que viajar solo, y hay bastantes posibilidades de que no nos encontraras.

—Correré el riesgo.

—Yo no. Además, cada vez que te largas solo, consigues meterme en líos.

Luke sonrió con pesar.

—Eso parece.

—Ya puedes apostar. Vamos, estamos perdiendo el tiempo. Sal y busca una senda.

—Muy bien —suspiró Luke, aunque no parecía muy disgustado. Quizá sabía desde el principio que no era una buena idea—. Erredós, Cetrespeó, vámonos.

La primera hora fue la más dura. El vago sendero apenas insinuado que Erredós había descubierto, oculto bajo una masa de espinos, cuando apenas habían recorrido cien metros, les obligó a abrirse camino entre la espesa maleza. No tardaron en perturbar algo más que la vida vegetal, y desperdiciaron unos tensos minutos en disparar contra un nido de seres con seis patas y medio metro de largo, que se lanzaron sobre ellos. Por fortuna, las garras y colmillos que poseían estaban diseñados para presas mucho más pequeñas y, aparte de una buena marca de dientes en la pierna izquierda de Cetrespeó, nadie sufrió daños antes de rechazarlos. Cetrespeó se quejó más de lo que el incidente o los perjuicios merecían, y el ruido debió de atraer al animal de escamas pardas que les atacó pocos minutos más tarde. Un rápido disparo de Han no logró detenerle, y Luke tuvo que emplear la espada de luz para separarlo del brazo de Cetrespeó. El androide aún se mostró más propenso a sus quejas, y Han le amenazó con desconectarle y dejarle a merced de los cartoneros. De pronto, toparon con el lecho de río seco que esperaban encontrar. Siendo el terreno más practicable, y como no volvió a atacarles ningún animal, se desplazaron a mayor velocidad, y cuando la noche cayó sobre el dosel de hojas, ya habían recorrido casi diez kilómetros.

—Despierta bellos recuerdos, ¿verdad? —comentó Mara con sarcasmo, mientras se liberaba de la mochila y la dejaba caer junto a uno de los pequeños arbustos que flanqueaban el lecho del río.

—Igual que en Myrkr —admitió Luke, y utilizó su espada de luz para cortar los matorros de espinos tan frecuentes durante las últimas horas—. Nunca averigüé qué ocurrió después de que nos

marcháramos.

—Más o menos lo que era de esperar —contestó Mara—. Nos salvamos por los pelos de los AT-AT de Thrawn, y casi nos pillaron cuando Karrde insistió en quedarse a mirar.

—¿Por eso nos estás ayudando, porque Thrawn puso precio a la cabeza de Karrde?

—Aclaremos las cosas de una vez, Skywalker —gruñó la mujer—. Yo trabajo para Karrde, y Karrde ya ha dicho que nos mantendremos neutrales en esta guerra vuestra. La única razón por la que estoy aquí es que sé algo sobre la era de las Guerras Clónicas y no quiero ver a un montón de duplicados emperrados en reconquistar la galaxia. La única razón por la que tú estás aquí, es que no puedo destruir sola las instalaciones.

—Entiendo. —Luke cortó un segundo arbusto espinoso y apagó la espada de luz. Proyectó la Fuerza, alzó los dos matojos del suelo y los dejó caer en el cauce del río—. Bien, no detendrá a nadie decidido a atraparnos —dijo, mientras examinaba la improvisada barrera—, pero al menos les retrasará un poco.

—Por si acaso. —Mara sacó una barra alimenticia y la desenvolvió—. Esperemos que éste no sea uno de esos afortunados lugares en que los grandes depredadores salen de noche.

—Por suerte, los sensores de Erredós los localizarán antes de que se acerquen demasiado.

Luke volvió a encender la espada de luz y cortó otros dos arbustos espinosos.

Se preparaba a apagarla cuando captó un sutil cambio en el estado de ánimo de Mara. Se volvió y comprobó que miraba fijamente su espada de luz, con la barra alimenticia olvidada en su mano y una extraña expresión absorta en su cara.

—¿Te encuentras bien, Mara? —preguntó. La mujer desvió al instante la vista, casi como si se sintiera culpable.

—Claro —murmuró—. Estoy bien.

Le dirigió una fugaz mirada y mordió la barra con brusquedad.

—De acuerdo.

Luke apagó la espada y utilizó la Fuerza para colocar los arbustos recién cortados sobre los otros. Seguía sin constituir una barrera, decidió. Tal vez si arrancaba algunas de las enredaderas que crecían entre los árboles...

—Skywalker. Se volvió.

—¿Sí?

Mara le estaba mirando.

—Quiero hacerte una pregunta —dijo en voz baja—. Tú eres el único que lo sabe. ¿Cómo murió el emperador?

Luke escudriñó su rostro unos instantes. Aun a la débil luz, percibió dolor en sus ojos, los amargos recuerdos de la vida placentera y el resplandeciente futuro que le habían sido arrebatados en Endor. Sin embargo, además del dolor, vislumbró una fuerte determinación. Por más duro que le resultara, quería saberlo de verdad.

—El emperador intentaba atraerme al lado oscuro —dijo, y recuerdos muy lejanos surgieron de nuevo. Aquel día, en lugar del emperador, fue él quien estuvo a punto de morir—. Casi lo logró. Me lancé sobre él y terminé luchando contra Vader. Debí de pensar que si yo mataba a Vader, impulsado por la cólera, sería más fácil arrastrarme al lado oscuro.

—Y en cambio, os aliasteis contra él —acusó Mara, y una súbita furia alumbró en sus ojos—. Os volvisteis contra él, los dos...

—Un momento —protestó Luke—. Yo no le volví a atacar.

—¿Qué estás diciendo? Vi que lo hacías. Los dos avanzasteis contra él, armados con espadas de luz. Yo te vi.

Luke la miró fijamente... y comprendió al fin. Mara Jade, la Mano del Emperador, que escuchaba su voz en cualquier lugar de la galaxia. Había estado en contacto con su amo en el momento de su muerte, y presenciado toda la escena.

Sólo que no del todo bien.

—Yo no le atacué, Mara. Él estaba a punto de matarme cuando Vader lo cogió y le lanzó por un pozo de ventilación. Yo no podía hacer nada, aunque lo hubiera deseado. Seguía medio paralizado por los rayos que me había arrojado.

—¿Aunque lo hubieras deseado? —replicó Mara—. ¿Acaso no fuiste a la Estrella de la Muerte para matarle? Luke negó con la cabeza.

—No. Fui para apartar a Vader del lado oscuro. Mara desvió la vista, y Luke intuyó la confusión que reinaba en su interior.

—¿Por qué he de creerte? —dijo por fin.

—¿Por qué he de mentir? Eso no cambia el hecho de que, si yo no hubiera estado allí, Vader no se habría vuelto contra él. En ese sentido, aún continúo siendo responsable de su muerte.

—Tienes razón —reconoció Mara, pero vaciló un momento antes de decirlo—. Y no lo olvidaré.

Luke asintió en silencio y esperó a que la mujer siguiera hablando, pero no lo hizo. El joven se volvió hacia los arbustos.

—Yo en tu lugar iría con cuidado —dijo Mara desde atrás, con voz fría y controlada—. No querrás que nos quedemos encerrados en un área de este tamaño, si algo grande se acerca por los matorrales.

—Bien pensado.

Luke comprendió tanto las palabras como el significado oculto. Había que hacer un trabajo y, hasta que concluyera, ella le necesitaba vivo.

En cuyo momento, debería enfrentarse al destino para el que había sido preparada. O elegir uno nuevo.

Luke cerró la espada de luz y fue a reunirse con los demás, que estaban montando el campamento. Había llegado el momento de echar un vistazo a los androides.

La puerta de la cámara de la Asamblea se abrió y un pequeño torrente de personas y andróides salieron al Gran Pasillo; hablaban entre ellos, en el acostumbrado abanico de idiomas. Leia miró a Winter, mientras caminaban hacia la multitud, y cabeceó.

Había llegado la hora de la función.

—¿Alguna información nueva que me pueda interesar? —preguntó, cuando pasaron junto a los congregados.

—Un curioso añadido al informe de Pantolomin —contestó Winter, y sus ojos resbalaron sobre los reunidos—. Un cazador de recompensas afirma haber penetrado en los astilleros imperiales de Ord Trasi y ofrece vendernos información sobre su nuevo programa de construcción.

—Ya he tratado bastante con cazadores de recompensas —dijo Leia, y procuró no mirar a su alrededor mientras se abrían paso entre los corros. Winter estaba atenta, y gracias a su infalible memoria recordaría a todos los que se encontraban lo bastante cerca para oír su conversación—. ¿Por qué piensa el coronel Derlin que podemos confiar en él?

—Aún no está seguro. El contrabandista ofreció lo que él denominó una muestra gratis: la información de que, dentro de tres meses, tres Destruidores Estelares imperiales terminarán de construirse. El coronel Derlin dijo que el comandante de escuadrilla Harleys está diseñando un plan para confirmarlo.

Salieron del Gran Pasillo y siguieron a un grupo de personas que aún no se habían dispersado hacia sus despachos u otras salas de conferencias.

—Parece peligroso —comentó Leia, dispuesta a llevar el guión hasta el final—. Espero que no se le ocurra enviar un vuelo de reconocimiento.

—El informe no daba detalles, pero al final preguntaba sobre la posibilidad de pedir prestado un caza a alguien que hace negocios con el Imperio.

El último oficial se desvió por un pasillo y las dejó solas con un surtido de técnicos, ayudantes, personal administrativo y otros miembros de menor categoría del gobierno. Leia lanzó una rápida mirada a cada uno y decidió que ya había bastante por hoy de farsa. Miró a Winter, cabeceó y se encaminaron a los turboascensores.

Necesitaban encontrar un lugar donde Ghent pudiera instalarse sin que se filtraran rumores del proyecto, y una investigación de los planos originales del palacio había descubierto el sitio ideal. Era una antigua sala de células de energía, cerrada y clausurada unos años antes, encajada entre el Sector Ordenanzas/Suministros y las oficinas del Mando de Cazas, situadas en la planta de mando. Leia había practicado una nueva entrada desde un pasillo de servicio con su espada de luz; Bel Iblis la había ayudado a trasladar cables eléctricos, y Ghent había confeccionado el programa de decodificación.

Tenían todo cuanto necesitaban. Excepto resultados.

Ghent estaba sentado en la única silla de la sala cuando llegaron, con la mirada perdida en la lejanía y los pies apoyados en el escritorio. No advirtió su presencia hasta que ya estuvieron dentro.

—Ah, hola —dijo, y puso los pies en el suelo con estrépito.

—No haga ruido, por favor —le recordó Leia. Los oficiales que trabajaban al otro lado de las delgadas paredes atribuirían los ruidos a las oficinas adyacentes, aunque tal vez no—. ¿Le ha traído el general Bel Iblis las últimas transmisiones?

—Sí, hace una hora —asintió Ghent susurrando por lo bajo—. Acabo de decodificarlas.

Pulsó una tecla y los mensajes aparecieron en la pantalla. Leia se detuvo detrás de la silla y los leyó. Detalles de despliegues militares inminentes, lo que parecían ser transcripciones verbales de conversaciones diplomáticas de alto nivel, rumores palaciegos... Como siempre, Fuente Delta había cubierto todas las posibilidades, desde lo importante a lo trivial.

—Es uno de los nuestros —dijo Winter, y señaló un punto de la pantalla.

Leia leyó la entrada. Un informe de Inteligencia no confirmado, llegado del sistema de Bpfassh, sugiriendo que el *Quimera* y sus naves de apoyo habían sido localizados cerca de Anchoron. Era uno de los suyos, en efecto.

—¿Cuántas personas estaban enteradas de esto? —preguntó a Winter.

—Sólo cuarenta y siete —contestó Winter, ocupada ya con la agenda electrónica de Ghent—. Fue

ayer por la tarde, poco antes de las tres, durante la segunda sesión de la Asamblea, y el Gran Pasillo estaba casi vacía.

Leia asintió y se volvió hacia la pantalla. Cuando Winter hubo terminado la lista, había identificado otros dos de sus mensajes falsos. Después, encontró otros cinco.

—Parece que ya lo tenemos —dijo Leia, mientras Winter entregaba a Ghent sus primeras tres listas y se ponía a trabajar en las otras—. Pasemos éstas por tu criba.

—Muy bien —dijo Ghent, y dirigió una última mirada de asombro a Winter, antes de volverse hacia su consola. Tres días, y aún no comprendía cómo era capaz de recordar cada detalle de cincuenta conversaciones diferentes—. Muy bien, vamos a ver. Correlaciones... Bien. Hemos descendido a ciento veintisiete posibilidades. Sobre todo técnicos y administrativos. También algunos diplomáticos extraplanetarios.

Leia meneó la cabeza.

—Ninguna de esas personas puede tener acceso a tanta información —dijo, y señaló la pantalla—. Ha de ser alguien que ocupe un destacado lugar en la cadena de mando...

—Espere un momento —la interrumpió Ghent, levantando un dedo—. Usted quiere un pez gordo; ya lo tiene. El consejero Sian Tevv de Sullust.

Leia frunció el ceño.

—Eso es imposible. Fue uno de los primeros líderes de la Alianza Rebelde. De hecho, creo que fue él quien trajo a Nien Nunb y su escuadrón privado, después de que el Imperio les expulsara del sistema de Sullust.

Ghent se encogió de hombros.

—No sé nada de eso. Sólo sé que escuchó las cincuenta conversaciones falsas dedicadas al transmisor de Fuente Delta.

—No puede ser el consejero Tevv —dijo Winter con aire ausente, sin dejar de trabajar con la tarjeta electrónica—. No estuvo presente durante ninguna de estas últimas seis conversaciones.

—Quizá las oyó alguno de sus ayudantes —adujo Ghent—. No es preciso que estuviera en persona. Winter meneó la cabeza.

—No. Uno de sus ayudantes estuvo presente, pero sólo durante una conversación. Más aún, el consejero Tevv sí estuvo presente en dos conversaciones celebradas anteayer, que Fuente Delta no transmitió. A las nueve y cuarto de la mañana y a las dos y cuarenta y ocho minutos de la tarde.

Ghent pidió las listas.

—Tiene razón —confirmó—. No se me había ocurrido hacer comprobaciones en esa dirección. Debería preparar un programa de criba mejor.

La puerta se abrió. Leia se volvió y vio al general Bel Iblis.

—Pensé que la encontraría aquí —dijo a la princesa—. Está todo dispuesto para ensayar el plan Polvo de Estrellas, si quiere venir a echar un vistazo.

El último proyecto para localizar el enjambre de asteroides camuflados que Thrawn había dejado en órbita alrededor de Coruscant.

—Sí, gracias. Winter, cuando termines, me encontrarás en la sala de guerra.

—Sí, Alteza.

Leia y Bel Iblis salieron de la sala y recorrieron en fila india el pasillo de servicio.

—¿Han descubierto algo? —preguntó el general.

—Winter está verificando las listas de ayer. Hasta el momento, existen unas ciento treinta posibilidades. Bel Iblis cabeceó.

—Considerando la cantidad de gente que trabaja en el palacio, se podría calificar de adelanto.

—Quizá. —Leia vaciló—. He pensado que el plan funcionará únicamente si Fuente Delta es una sola persona. Si se trata de un grupo, es posible que no logremos eliminarlo.

—Tal vez —admitió Bel Iblis—, pero me cuesta creer que haya tantos traidores entre nosotros. De hecho, aún me resisto a creer que haya uno. Siempre he pensado que Fuente Delta podría ser un sistema de grabación exótico. Algo que Seguridad aún no ha sido capaz de localizar.

—Ni yo, por desgracia.

Llegaron a la sala de guerra, donde el general Rieekan y el almirante Drayson se erguían detrás de la consola de mando principal.

—Princesa —la saludó con gravedad Rieekan—. Llega a tiempo.

Leia levantó la vista hacia la pantalla. Un transporte antiguo se había alejado del grupo de naves que montaba guardia en la órbita más alejada y avanzaba con cautela hacia el planeta.

—¿Hasta dónde va a penetrar? —preguntó Leia.

—Empezaremos justo por encima del escudo planetario, consejera —dijo Drayson—. El análisis poscombate indica que la mayoría de los asteroides camuflados girarán a baja altura.

Leia asintió. Como éstos serían los que se introducirían si abrían el escudo, lo más sensato era

empezar por allí.

El transporte continuó acercándose, muy lentamente, con la torpeza propia de una nave movida por control remoto.

—Muy bien —dijo Drayson—. Control de Transporte Uno, corte la propulsión y prepárese a descargar cuando yo lo ordene. Atención... Descargue.

Nada ocurrió durante un momento. Después, de repente, una nube de polvo brillante empezó a surgir de la popa del transporte, y remolineó perezosamente detrás de la nave.

—Siga acercándose —dijo Drayson—. *Devastador*, prepare rayos de iones negativos.

—Todo el polvo ha sido descargado del transporte, almirante —informó un oficial.

—Control de Transporte Uno, alejen la nave —ordenó Drayson.

—Pero poco a poco —murmuró Bel Iblis—. No nos interesa que aparezcan excesivos huecos en el polvo. Drayson le dirigió una mirada de irritación.

—Poco a poco —dijo de mala gana—. ¿Tenemos ya alguna lectura?

—Muy potentes, señor —comunicó el oficial que trabajaba en la consola del sensor—. Reflejos en todas las bandas, entre punto nueve-tres y nueve-ocho.

—Bien —asintió Drayson—. Manténganse alerta. ¿*Devastador*!

—Informes del *Devastador* preparados, señor —confirmó otro oficial.

—Dispare rayo de iones negativos —ordenó Drayson—. Intensidad mínima. A ver qué pasa.

Leia miró la pantalla. Las brillantes partículas de polvo empezaron a agruparse, a medida que los iones procedentes del propulsor del transporte creaban cargas electrostáticas aleatorias en la nube. Vio por el rabillo del ojo la brumosa línea de un rayo de iones que aparecía en la pantalla táctica y atravesaba la nube. Cargó todas las partículas de polvo con la misma polaridad, para que se repelieran mutuamente..., y de súbito, la nube de polvo se expandió de nuevo y abarcó toda la pantalla, como una flor exótica al abrirse.

—Alto el fuego —dijo Drayson—. Vamos a ver si es suficiente.

La flor continuó abriéndose durante un largo minuto, y Leia contempló fijamente el resplandor nebuloso. Irracional, por supuesto. Teniendo en cuenta la inmensidad del espacio circundante, era muy improbable que esta primera descarga se interpusiera en el camino de algún asteroide. Y aun en ese caso, no vería nada en la pantalla. Excepto en el momento anterior a descender, dio la impresión de que la luz y los rayos sensores se retorcían alrededor del escudo camuflado, lo cual significaba que no se distinguiría ningún punto oscuro en el polvo.

—La nube empieza a romperse, almirante —informó el oficial encargado del sensor—. El radio de disipación ha subido a doce.

—El viento solar la está afectando —murmuró Rieekan.

—Como era de esperar —le recordó Drayson—. Control de Transporte Dos: adelante.

Un segundo transporte se desgajó de las naves en órbita y descendió hacia la superficie.

—Con esa lentitud hay que proceder —comentó en voz baja Bel Iblis.

—Estoy de acuerdo —dijo Rieekan—. Ojalá no hubieran perdido aquellas TCCG en Svivren. Nos habrían ido de perlas.

Leia asintió. Trampas cristalográficas de campo gravitatorio, diseñadas en principio para atraer, desde miles de kilómetros de distancia, a la masa de naves con sensores ocultos, serían ideales para este trabajo.

—Pensaba que Inteligencia estaba sobre la pista de una.

—De tres —corrigió Rieekan—. El problema es que todas se hallan en espacio imperial.

—Aún no estoy convencido de que una TCCG nos sería de tanta utilidad —dijo Bel Iblis—. Tan cerca, sospecho que la gravedad de Coruscant anularía las lecturas obtenidas de los asteroides.

—Sería complicado, sin duda —admitió Rieekan—, pero creo que es la mejor posibilidad.

Guardaron silencio cuando, en la pantalla, el segundo transporte llegó a la zona predeterminada y repitió el procedimiento del primero. Tampoco ocurrió nada.

—Este viento solar nos va a fastidiar —comentó Bel Iblis, cuando partió el tercer transporte—. Quizá tengamos que trabajar con partículas de polvo más grandes en la siguiente ocasión.

—O llevar a cabo la operación en el lado oscuro —sugirió Rieekan—. Eso, al menos, eliminaría el efecto...

—¡Turbulencia! —ladró el oficial a cargo del sensor—. Trayectoria uno-uno-siete, virando a cuatro-nueve-dos.

Un estruendo demencial surgió de la consola del sensor. En el mismo borde de la segunda nube de polvo, una brumosa línea anaranjada había aparecido, subrayando la turbulencia provocada por el paso del asteroide invisible.

—Sígalo —ordenó Drayson—. *Devastador*, dispare a discreción.

En la pantalla surgieron líneas rojas cuando los turboláseres del Acorazado empezaron a barrer la

trayectoria calculada. Leia miró la pantalla, con las manos aferradas al respaldo de la silla del oficial que manejaba el sensor, y de repente, distinguió un pedazo de roca deforme que derivaba entre las estrellas.

—Alto el fuego —ordenó Drayson—. Buen trabajo, caballeros. Muy bien, *Leia*, es su turno. Saque al equipo de técnicos...

Se interrumpió. En la pantalla, apareció un laberinto de líneas rojas que se entrecruzaban sobre el bulto oscuro del asteroide. Destellaron durante un breve momento, y luego se desvanecieron.

—Suspenda la orden, *Leia* —gruñó Drayson—. Parece que el gran almirante no quiere que nadie eche un vistazo a sus juguetes.

—Al menos, hemos localizado uno —dijo Leia—. Algo es algo.

—Pues sí —replicó con sequedad Drayson—. Sólo nos quedan menos de trescientos.

Leia cabeceó e hizo ademán de marcharse. El proceso iba a durar bastante, y sería mejor que volviera con Winter y Ghent.

—¡Colisión! —exclamó el oficial del sensor.

Giró en redondo. Vio en la pantalla que el tercer transporte daba vueltas locamente, la popa envuelta en llamas. Su cargamento de polvo se esparció en todas direcciones.

—¿Puede calcular una trayectoria? —preguntó Drayson. Las manos del oficial volaron sobre su tablero.

—Negativo. Datos insuficientes. Sólo puedo calcular un cono de probabilidades.

—Me conformo —dijo Drayson—. A todas las naves: abran fuego. Bombardeo masivo. Apunten al cono indicado.

El cono había aparecido en la pantalla táctica, y la lejana flota empezó a disparar sus turboláseres.

—Abran el cono hasta un cincuenta por ciento de probabilidades —indicó Drayson—. Estaciones de combate, ocúpense del cono exterior. Quiero que encuentren el objetivo.

El estímulo resultó innecesario. Sobre Coruscant, el espacio se había convertido en una tormenta de fuego, los rayos de los turboláseres y los torpedos protónicos perforaban el cono señalado. La zona elegida se ensanchó y expandió a medida que los ordenadores calculaban las trayectorias posibles del asteroide invisible. Las naves y las estaciones de combate variaban su ángulo de tiro en función de las probabilidades.

Pero no había nada y, al cabo de unos minutos, Drayson aceptó la derrota.

—Todas las unidades, cesen el fuego —dijo con voz cansada—. Es inútil. Lo hemos perdido.

No había mucho más que decir. Contemplaron en silencio el transporte semidestruido, fuera del alcance de los haces de arrastre, que giraba lentamente hacia el escudo planetario y su muerte inminente. Su popa aplastada rozó el escudo, y al fuego de los gases de propulsión se añadió el borde blancoazulado de los enlaces atómicos. Un destello apagado cuando la popa se desprendió, un destello más brillante cuando la proa tocó el escudo, escombros oscuros reflejados contra las llamas cuando el casco empezó a resquebrajarse...

Y se vaporizó con un estallido final de llamas difusas.

Leia vio desvanecerse los últimos destellos y recurrió a sus ejercicios Jedi para serenar la ira que colmaba su mente. Entregarse al lujo de odiar a Thrawn por lo que les había hecho sólo serviría para nublar su intelecto. Aún peor, ese odio significaría un peligroso paso hacia el lado oscuro.

Percibió un movimiento a su espalda, y vio que Winter estaba a su lado. La otra mujer contemplaba la pantalla con un brillo de dolor en sus ojos.

—No pasa nada —la tranquilizó Leia—. No iba nadie a bordo.

—Lo sé —murmuró Winter—. Estaba pensando en otro transporte que vi caer al igual que ése, sobre Xyquine. Un transporte de pasajeros...

Respiró hondo, y Leia casi pudo ver el esfuerzo consciente por apartar de sí aquellos vívidos recuerdos.

—Me gustaría hablar con usted, Alteza, cuando haya terminado.

Leia penetró en la expresión neutra de Winter y sondeó su estado de ánimo. La noticia que iba a comunicarle no era buena.

—Voy enseguida —dijo.

Salieron de la sala de guerra y se encaminaron hacia la sala de decodificación por el pasillo de servicio. La noticia no era nada buena.

—Es imposible —dijo Leia, y meneó la cabeza mientras volvía a leer el análisis de Ghent—. Sabemos que hay una filtración en el palacio.

—Lo he verificado una y otra vez —arguyó Ghent—. Siempre da el mismo resultado. La respuesta no varía. Un cero absoluto y total.

Leia repasó una vez más la información contenida en la agenda electrónica. La lista de nombres apareció y se desvaneció.



—Entonces, Fuente Delta ha de ser más de una persona —dijo.

—También he comprobado esa posibilidad. —Ghent agitó la mano, en un gesto de impotencia—. Tampoco funciona. Salen, como mínimo, quince personas. Es imposible que Seguridad sea tan deficiente.

—Eso significa que selecciona la información, y no transmite todo lo que oye.

Ghent se rascó la mejilla.

—Supongo que sí —dijo a regañadientes—, pero no lo sé. Fíjese en las estupideces que transmite a veces. En la última, por ejemplo, informaba sobre una pareja de Arcona que discutían acerca del nombre que le iban a dar a sus pájaros recién nacidos. O este tipo tiene mala memoria, o su lista de prioridades es de lo más extravagante.

La puerta se abrió y Bel Iblis entró.

—Me fijé en que se iba —dijo—. ¿Han descubierto algo? Leia le tendió en silencio la agenda electrónica. Bel Iblis le echó una ojeada superficial, y luego la leyó con más interés.

—Fascinante —dijo por fin—. El análisis es erróneo, la memoria de Winter empieza a flaquear..., o Fuente Delta nos está tomando el pelo.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Leia.

—Porque está claro que ya no transmite todo lo que oye. Algo ha despertado sus sospechas.

Leia pensó en aquellas conversaciones amañadas.

—No —dijo poco a poco—. No lo creo. Jamás percibí ni una pizca de malicia o suspicacia.

Bel Iblis se encogió de hombros.

—La alternativa consiste en creer que un nido de espías se ha instalado en el palacio. Espere un momento... La situación no es tan grave. Si damos por sentado que no se dio cuenta al principio, aún podemos utilizar los datos de los dos primeros días para reducir la lista de sospechosos a un número manejable.

Leia sintió un nudo en el estómago.

—Garm, estamos hablando de más de un centenar de miembros de la Nueva República en quienes confiamos. Las acusaciones del consejero Fey'lya contra el almirante Ackbar ya fueron bastante graves. Esto podría agravar aún más la situación.

—Lo sé, Leia —afirmó Bel Iblis—, pero no podemos permitir que el Imperio siga escuchando nuestros secretos. Ofrézcame una alternativa y la tendré en cuenta.

Leia se mordió el labio, mientras su mente volaba.

—¿Y ese comentario que hizo mientras nos dirigíamos hacia la sala de guerra, acerca de que Fuente Delta tal vez fuera tan sólo un sistema de grabación exótico?

—De ser así, está instalado en el Gran Pasillo —dijo Winter, antes de que Bel Iblis pudiera contestar—. Es el lugar donde se produjeron todas las conversaciones que fueron transmitidas.

—¿Está segura? —preguntó Bel Iblis, ceñudo.

—Por completo. Todas y cada una.

—Ya lo tenemos —dijo Leia, y experimentó una oleada de excitación—. Alguien ha instalado un sistema de grabación en el Gran Pasillo.

—No se entusiasme —advirtió Bel Iblis—. Sé que es una posibilidad magnífica, pero no es tan sencillo. Los sistemas de micrófonos poseen características muy bien definidas, todos son bien conocidos y el contraespionaje es capaz de localizarlos sin grandes problemas.

—A menos que se desconecte cuando aparece el contraespionaje —sugirió Ghent—. He visto sistemas así. Bel Iblis meneó la cabeza.

—Está hablando de algo con una mínima capacidad de decisión, algo próximo a la inteligencia de un androide...

—¡Oiga! —le interrumpió Ghent, muy nervioso—. Ya está. Fuente Delta no es una persona, sino un androide. Leia miró a Bel Iblis.

—¿Es eso posible?

—No lo sé —contestó lentamente el general—. Implantar en un androide un programa secundario de espionaje es factible. El problema consiste en introducir esa programación en el palacio, burlando los sistemas de seguridad y los peñados del contraespionaje.

—Ha de ser un androide que tenga buenos motivos para merodear en las cercanías del Gran Pasillo —reflexionó Leia—, pero que, al mismo tiempo, pueda desaparecer sin levantar sospechas siempre que tiene lugar un peinado.

—Y teniendo en cuenta el abundante tráfico que recorre el Gran Pasillo, esos peinados son muy frecuentes —admitió Bel Iblis—. Ghent, ¿puede introducirse en los registros de Seguridad y conseguir una lista de los peinados efectuados durante los tres o cuatro últimos días?

—Claro. —El joven se encogió de hombros—. Quizá tarde un par de horas, sin embargo. Si no les importa que me localicen. Bel Iblis miró a Leia.

—¿Qué opina?

—No queremos que le cojan, desde luego. Por otra parte, tampoco nos interesa que Fuente Delta campe a sus anchas por el palacio.

—Perdone, Alteza —intervino Winter—, pero creo que si los peinados son tan frecuentes, lo único que nos hace falta es vigilar el Gran Pasillo hasta que se produzca uno, y entonces veremos qué androides se van.

—Vale la pena probarlo —dijo Bel Iblis—. Ghent, empiece a intervenir Seguridad. Leia, Winter, acompáñenme.

—Ya vienen.

La voz de Winter surgió del comunicador que Leia ocultaba en la palma de su mano.

—¿Está segura de que es Seguridad de palacio? —preguntó Bel Iblis.

—Sí —contestó Winter—. He visto al coronel Bremen darles órdenes. Llevan androides y máquinas.

—Parece que sí —murmuró Leia.

Se llevó subrepticamente la mano hasta la boca y confió en que los tres kubaz sentados al otro lado de la zona de tertulia no se fijaran en su extraño comportamiento.

Los otros dos respondieron con murmullos de confirmación. Leia dejó la mano sobre su regazo y paseó la vista a su alrededor. Era su gran oportunidad de localizar a Fuente Delta. Como se celebraba una reunión del Consejo, y acababa de terminar una de la Asamblea, el Gran Pasillo estaba abarrotado de autoridades, acompañadas de sus ayudantes y androides.

Leia siempre había sabido que el palacio imperial estaba plagado de androides normales, pero ahora empezaba a comprender que no tenía ni idea de cuántos había. Divisó algunos androides de protocolo 3PO desde donde estaba sentada, casi todos acompañando a grupos de diplomáticos extraplanetarios, pero también otros en el séquito de varias autoridades palaciegas. Un grupo de androides de mantenimiento insectoides SPD revoloteaban sobre la multitud a base de retropropulsores, y se encargaban de limpiar sistemáticamente las tallas y ventanas que se alternaban en las paredes. Una fila de androides MSE correteó junto a la pared más alejada, entregando mensajes demasiado complejos para las transmisiones o demasiado delicados para transmitirlos por ordenador. En el siguiente árbol ch'hala de la hilera, visible de vez en cuando entre el gentío, un androide de mantenimiento MN-2E podaba con sumo cuidado hojas muertas.

¿A cuál de ellos habría convertido en espía el Imperio?, se preguntó.

—Ya vienen —informó en voz baja Winter—. Se acercan hacia el pasillo...

Se oyó el ruido de un roce por el micrófono, como si Winter lo hubiera tapado con la mano, seguido de una serie de ruidos apagados. Leia ya se estaba preguntando si debía ir a investigar, cuando oyó la voz de un hombre.

—¿Consejera Organa Solo?

—Sí —dijo con cautela—. ¿Quién es?

—Teniente Machel Kendy, consejera. Seguridad de palacio. ¿Es consciente de que una tercera persona ha interceptado la señal de su comunicador?

—No es una interceptación, teniente. Sosteníamos una conversación a tres bandas con el general Bel Iblis.

—Entiendo —dijo Kendy, algo decepcionado. Quizá se había hecho la ilusión de haber atrapado a Fuente Delta—. Tendré que pedirle que suspenda unos minutos su conversación, consejera. Vamos a efectuar un peinado en el Gran Pasillo y no queremos transmisiones por comunicador en la zona.

—Comprendo. Esperaremos a que hayan terminado.

Cerró el comunicador y lo devolvió a su cinturón. El corazón empezó a retumbarle en los oídos. Giró en su asiento para ver el extremo del Gran Pasillo. Si había un androide espía presente, se desviaría en esta dirección en cuanto reparara en que un equipo de peinado entraba por el otro extremo.

Un nuevo grupo de SPD se había unido a los androides limpiadores volantes. Se alejaron por el pasillo y comprobaron metódicamente la parte superior de las paredes y los contornos del techo abovedado, en busca de posibles micrófonos o sistemas de grabación. Debajo de ellos, Leia vio que el teniente Kendy y sus hombres pasaban entre los diplomáticos en fila de a uno, ocupaban todo el ancho del pasillo y contemplaban las pantallas de los detectores fijos a su espalda. La fila llegó a la zona de tertulia, la dejó atrás y continuó sin incidentes hasta el final del pasillo. El escuadrón esperó a que los androides SPD y un grupo de MSE acabaran su parte y les alcanzaran. El grupo recién formado desapareció pasillo abajo, hacia las oficinas del Consejo Interno.

Y eso fue todo. Habían peinado todo el Gran Pasillo, sin resultado alguno, y ni un solo androide había huido del peinado.

Percibió algo a un lado, pero sólo era el androide de mantenimiento MN-2E en el que había

reparado antes. Rodaba hasta el árbol ch'hala que brotaba del suelo, cerca de su zona de tertulia. El androide canturreó para sí y empezó a introducir delicados sondeadores entre las ramas, en busca de hojas muertas o agonizantes.

Muertas o agonizantes. Como su teoría.

Sacó el comunicador con un suspiro.

—¿Winter? ¿Garm?

—Sí, Alteza —respondió Winter al instante.

—Aquí estoy —añadió Bel Iblis—. ¿Qué ha pasado?

—Absolutamente nada. Por lo que vi, ni un androide se in-r mutó.

Siguió una breve pausa.

—Entiendo —dijo por fin Bel Iblis—. Bien... Tal vez nuestro androide no estaba hoy por aquí. Es necesario que Winter vuelva con Ghent y añada androides a la lista.

—¿Qué dices, Winter? —preguntó Leia.

—Puedo probar —dijo la otra mujer, vacilante—. El problema será identificar androides específicos. La apariencia externa de un robot de protocolo 3PO es básicamente igual a la de cualquier otro.

—Aceptaremos de buen grado todo cuanto logre descubrir —dijo Bel Iblis—. Está aquí, muy cerca. Lo presiento.

Leia contuvo el aliento y proyectó sus sentidos Jedi. No poseía la intuición del soldado que era Bel Iblis, ni el talento superior de Luke, pero ella también lo presentía. Algo en el Gran Pasillo...

—Creo que tiene razón —dijo a Bel Iblis—. Winter, será mejor que vayas a ocuparte de ello.

—Desde luego, Alteza.

—Yo la acompañaré, Winter —se ofreció Bel Iblis—. Quiero saber qué ocurre con el plan Polvo de Estrellas.

Leia cerró el comunicador y se reclinó en su asiento. El cansancio y el desánimo se apoderaron de ella, pese a sus esfuerzos por rechazarlos. Le había parecido una excelente idea utilizar la decodificación de Ghent para intentar desenmascarar a Fuente Delta, pero hasta el momento no había servido de nada.

Y el tiempo apremiaba. Aunque lograran conservar en secreto el trabajo de Ghent, lo cual era improbable, todas sus estrategias fracasadas les acercaban más al día inevitable en que Fuente Delta descubriría sus actividades y enmudecería. Entonces, su última oportunidad de identificar al espía imperial se evaporaría.

Y sería un desastre, y no por culpa de la filtración; la Inteligencia Imperial había sustraído información a la Alianza Rebelde desde el primer momento de su formación, y habían conseguido sobrevivir. Lo más peligroso para la Nueva República era la creciente aura de suspicacia y desconfianza que la simple existencia de Fuente Delta había sembrado en el palacio. Las falsas acusaciones del consejero Fey'lya contra el almirante Ackbar habían demostrado lo que tal desconfianza podía causar a la delicada coalición pluri-racial que constituía la Nueva República. Si se descubría un auténtico agente imperial entre sus líderes...

Al otro lado de la zona de tertulia, los tres kubaz se levantaron, pasaron por detrás del árbol ch'hala y el androide MN-2E que trabajaba junto a él y desaparecieron en el tráfico que llenaba el pasillo. Leia contempló al androide y vio que introducía con cautela un brazo manipulador entre las ramas, en dirección a un montoncito de hojas muertas, mientras canturreaba para sí. Había tenido un breve encontronazo con un androide de espionaje imperial en el planeta natal de los noghri, un encontronazo que habría podido resolverse en un desastre para ella y el genocidio para los restos de la raza noghri. Si Bel Iblis tenía razón, si Fuente Delta era un simple androide y no un traidor...

Pero se estaba engañando. El Imperio no habría podido infiltrar un androide de espionaje en el palacio sin la colaboración de una o más personas. Seguridad efectuaba un completo análisis de todo androide que entraba en el palacio, aunque fuera por poco tiempo, y sabía exactamente lo que buscaba. Una programación de espionaje secundaria oculta destacaría como un estallido rojo pálido contra el sutil fondo de aquel árbol ch'hala...

Leia arrugó el entrecejo, contempló el árbol, y su cadena de pensamientos se paró. Otro pequeño estallido rojo apareció en el esbelto tronco mientras miraba; envió un oleaje rojo pálido hacia el exterior y alrededor del tronco, hasta que se fundió con el tranquilo torbellino púrpura. Siguió otro destello, y otro, y otro, que se sucedieron alrededor del tronco como las ondas producidas por una gota al caer en el agua. Todos eran más o menos del mismo tamaño, y todos se originaban en el mismo punto del tronco.

Y siempre cuando el androide MN-2E emitía sus canturreos metálicos.

De repente, como una tromba de agua helada, la comprensión se abalanzó sobre ella. Manoteó su cinturón con dedos temblorosos y tecleó el número del operador central.

—Soy la consejera Organa Solo —se identificó—. Póngame con el coronel Bremen, de Seguridad.  
»Dígale que he descubierto a Fuente Delta.

Tuvieron que cavar casi hasta ocho metros de profundidad para encontrarlo: un tubo largo, grueso, deslustrado, semienterrado junto a la raíz primaria del árbol ch'hala. Estaba conectado por un extremo a un millar de minúsculos conductores, y del otro surgía una fibra de transmisión directa. Aun así, Bremen necesitó una hora y el informe preliminar para convencerse.

—Los técnicos dicen que jamás habían visto nada parecido

—dijo el jefe de Seguridad a Leia, Bel Iblis y Mon Mothma, de pie sobre la tierra esparcida alrededor del árbol ch'hala arrancado—, pero por lo demás es razonablemente eficaz. Cualquier presión sobre el tronco del árbol ch'hala, incluida la presión ejercida por ondas de sonido, desencadena pequeños cambios químicos en las capas interiores del tronco.

—¿Y así se crean los cambios de colores y configuraciones?

—preguntó Mon Mothma.

—Exacto —asintió Bremen, y se encogió un poco—. Era una cuestión de lógica. Los cambios de configuraciones son demasiado rápidos para que sólo puedan ser de origen bioquímico. En cualquier caso, esos tubos implantados en el tronco seleccionan continuamente los elementos químicos y derivan la información al módulo situado en la raíz primaria. El módulo recoge los datos químicos, los transforma en impulsos eléctricos, y después en palabras. Algún otro módulo, tal vez más hundido en la raíz primaria, selecciona las conversaciones y lo prepara todo para cifrarlo y transmitirlo. Así funciona.

—Un micrófono orgánico —cabeceó Bel Iblis—. Sin aparatos electrónicos a la vista susceptibles de ser localizados por los peñados del contraespionaje.

—Toda una serie de micrófonos orgánicos —corrigió Bremen, y lanzó una mirada significativa hacia la doble hilera de árboles que flanqueaban el Gran Pasillo—. Nos desharemos de ellos al instante.

—Un plan brillante —musitó Mon Mothma—. Muy propio del emperador. Siempre me pregunté cómo obtenía ciertas informaciones que utilizaba contra nosotros en el Senado. —Agitó la cabeza—. Por lo visto, incluso después de muerto, su mano actúa contra nosotros.

—Bien, esta parte va a concluir, al menos —dijo Bel Iblis—. Ordene que venga un equipo, coronel, y arranque algunos árboles.

A lo lejos, al final de la desnuda llanura, se vio el reflejo de una luz.

—Ahí viene Mazzic —comentó Karrde. Gillespee desvió su atención de la mesa y miró en aquella dirección.

—Alguien viene, en cualquier caso. —Dejó la copa y el bruallki frío que estaba comiendo y se secó las manos en la túnica. Sacó los macroprismáticos y escudriñó el horizonte—. Sí, es él —confirmó—. Qué curioso. Le acompañan otras dos naves.

Karrde frunció el ceño.

—¿Dos naves más?

—Echa un vistazo.

Gillespee le pasó los macroprismáticos.

Karrde los aplicó a sus ojos. Eran tres, en efecto: un yate espacial y dos naves de aspecto desconocido.

—¿Crees que trae invitados? —preguntó Gillespee.

—No dijo nada acerca de invitados cuando se comunicó con Aves hace unos minutos.

Mientras Karrde observaba, las dos naves acompañantes abandonaron la formación, descendieron hacia la llanura y desaparecieron en uno de los barrancos que la surcaban.

—Será mejor que hagas alguna comprobación.

—Será mejor —admitió Karrde. Le devolvió los macroprismáticos y sacó el comunicador—. ¿Has identificado a los recién llegados, Aves?

—Pues claro —contestó la voz de Aves—. Todas sus identidades están trucadas, pero les hemos reconocido como el *Arco Iris Lejano*, el *Garra Celeste* y el *Raptor*.

Karrde hizo una mueca. El diseño podía ser desconocido, pero no los nombres. El transporte privado de Mazzic y dos de sus cazas favoritos.

—Gracias —dijo, y cortó la comunicación.

—¿Y bien? —preguntó Gillespee.

Karrde devolvió el comunicador a su cinturón.

—Es Mazzic.

—¿Qué pasa con Mazzic? —intervino la voz de Niles Ferrier.

Karrde se volvió. El ladrón de naves se encontraba detrás de la mesa, con un generoso montón de nueces pirki chamuscadas en la mano.

—He dicho que Mazzic viene —repitió.

—Bien —asintió Ferrier. Se introdujo una nuez en la boca y la partió entre los dientes—. Ya era hora. A ver si la reunión empieza de una vez.

Se alejó y saludó con un movimiento de cabeza a Dravis y Clyngunn cuando pasó por su lado.

—Pensaba que no le querías aquí —murmuró Gillespee. Karrde meneó la cabeza.

—Yo no, pero da la impresión de que el sentimiento no era compartido.

Gillespee arrugó el entrecejo.

—¿Quieres decir que otro le ha invitado? ¿Quién?

—No lo sé —reconoció Karrde, y siguió con la mirada a Ferrier, que se dirigió hacia la esquina donde Ellor y los suyos se habían congregado—. No se me ha ocurrido la manera de hacer preguntas sin dar la impresión de ser mezquino, suspicaz o despótico. De todos modos, habrá sido alguien convencido de que debían volver a reunirse las mismas personas que se encontraron en Trogan.

—¿Saltándose la falta de invitación? Karrde se encogió de hombros.

—Quizá lo asumió como una distracción. En cualquier caso, llamar la atención sobre el asunto en este momento sólo serviría para crear fricciones. Hay quienes ya parecen haberse ofendido porque, en apariencia, he tomado el mando de la operación.

Gillespee introdujo en su boca el último pedazo de bruallki.

—Sí, puede que sea inocente —dijo—. Y puede que no.

—Se ha montado un dispositivo de vigilancia para investigar a los que llegan —le recordó Karrde—. Si Ferrier ha pactado con el Imperio, les localizaremos a tiempo.

—Eso espero —gruñó Gillespee, y examinó la mesa en busca de su próximo objetivo—. Detesto correr con el estómago lleno.

Karrde sonrió. Iba a alejarse, cuando su comunicador zumbó. Lo sacó y conectó, mientras sus ojos exploraban automáticamente el cielo.

—Karrde —dijo.

—Soy Torve —se identificó el otro, y Karrde comprendió, por el tono, que algo iba mal—. ¿Puedes bajar un momento?

—Desde luego —dijo Karrde, y su mano descendió hacia el desintegrador enfundado—. ¿Vengo acompañado?

—No hace falta. No estamos celebrando una fiesta. Traducción: los refuerzos ya vienen.

—Entendido —dijo Karrde—. Voy enseguida. Cerró el comunicador y lo devolvió al cinturón.

—¿Problemas? —preguntó Gillespee, mirando a Karrde por encima de su copa.

—Tenemos un intruso —contestó Karrde. Paseó la vista por el patio. Daba la impresión de que ningún contrabandista miraba en su dirección—. Hazme un favor: no pierdas detalle de nada.

—Claro. ¿He de vigilar a alguien en particular? Karrde miró a Ferrier, que había terminado de hablar con Ellor y caminaba hacia Par'tah y su compañero Ho'Din.

—Procura que Ferrier no se vaya.

La parte principal de la base había sido dispuesta tres niveles por debajo de las plantas superiores que quedaban de la fortaleza derruida, en lo que habrían sido las cocinas y dependencias anexas de una enorme sala de techo alto, probablemente el salón de banquetes. El *Salvaje Karrde* estaba encajado en el mismo salón de banquetes, un lugar bastante estrecho para una nave de sus dimensiones, pero ofrecía las ventajas de un escondrijo razonable y la posibilidad de una rápida huida, en caso necesario. Karrde llegó a las altas puertas dobles, donde encontró a Fynn Torve y cinco tripulantes del *Hielo Estrellado*, que le esperaban con los desintegradores enfundados.

—Informad —dijo.

—Creemos que hay alguien ahí dentro —dijo Torve con expresión sombría—. Chin sacó a los vornskrs para dar un paseo alrededor de la nave y vio algo que se movía en las sombras, junto al muro sur.

El muro más cercano a la rampa de entrada al *Salvaje Karrde*.

—¿Hay alguien ahora en la nave?

—Lachton estaba trabajando en la consola de mando secundaria —explicó Torve—. Aves le ordenó que esperara en el puente con el desintegrador apuntado a la puerta, hasta que alguien llegara. Chin cogió a algunos tripulantes del *Etéreo*, que estaban desocupados, y empezó a registrar las habitaciones del extremo sur. Dankin está haciendo lo mismo en las del extremo norte.

Karrde asintió.

—Eso nos deja la nave. Vosotros dos —indicó a dos tripulantes del *Hielo Estrellado*—, quedaos aquí y vigilad las puertas. Bien, vámonos.

Abrieron una de las puertas dobles y entraron. Enfrente, la popa del *Salvaje Karrde* se alzaba ante ellos. A ciento cincuenta metros más allá, se divisaba el cielo azul de Hijarna por la muralla destrozada de la fortaleza.

—Ojalá tuviéramos más luz —masculló Torve, mientras paseaba la vista a su alrededor.

—Parece más fácil esconderse aquí de lo que es en realidad —le tranquilizó Karrde, y sacó el comunicador—. Dankin, Chin, soy Karrde. Informad.

—Hasta el momento, nada en las habitaciones del extremo norte —respondió la voz de Dankin—. He enviado a Corvis a por aparatos sensores portátiles, pero aún no ha vuelto.

—Nada aquí tampoco, capitán —añadió Chin.

—Muy bien —dijo Karrde—. Rodearemos la nave por el lado de estribor y nos dirigiremos hacia la entrada. Preparaos a cubrarnos, si es necesario.

—Estamos preparados, capitán.

Karrde guardó el comunicador en el cinturón. Respiró hondo y avanzó.

Registraron la nave, el salón de banquetes y todos los despachos y almacenes de la periferia. Al final, no descubrieron a nadie.

—Habrán sido imaginaciones mías —dijo Chin, malhumorado, mientras los hombres se reunían al pie de la rampa de entrada del *Salvaje Karrde*—. Lo siento, capitán. Lo siento muchísimo.

—No te preocupes. —Karrde paseó la mirada por el salón de banquetes. Una sensación de inquietud, pese a todo, le dominaba.

Corno si alguien le estuviera espiando y riendo...—. Todos nos equivocamos alguna vez. Si es que ha sido una equivocación. Torve, ¿estás seguro de que Lachton y tú habéis registrado toda la nave?

—Centímetro a centímetro —afirmó Torve—. Si alguien se introdujo en el *Salvaje Karrde*, se largó mucho antes de que llegáramos.

—¿Qué me dice de sus vornskrs, señor? —preguntó un tripulante del *Hielo Estrellado*—. ¿Son buenos rastreadores?

—Sólo si van a la caza de ysalamiri o Jedi. Bien, quienquiera que entró, ya se ha ido. De todos modos, quizá interrumpimos lo que vino a hacer y no pudo terminar su trabajo. Torve, quiero que una guardia vigile la zona. Que Aves alerte al personal de guardia en el *Hielo Estrellado* y el *Etéreo*.

—De acuerdo. —Torve sacó el comunicador—. ¿Y nuestros invitados de arriba? ¿También les avisamos?

—¿Qué somos, sus madres? —resopló un tripulante—. Ya son mayorcitos. Saben cuidar de sí mismos.

—Estoy seguro —le reprendió con suavidad Karrde—, pero son mis invitados. Mientras se cobijen bajo mi techo, están bajo nuestra protección.

—¿Incluyendo a quien envió al intruso que Chin vio? —preguntó Lachton.

Karrde levantó la vista hacia la nave.

—Eso dependerá de la misión encomendada al intruso. —Hablando de invitados, ya era hora de reunirse con ellos. Mazzic ya habría llegado, y Ferrier no era el único impaciente por iniciar la reunión—. Lachton, en cuanto Corvis llegue con los sensores, quiero que los dos llevéis a cabo un registro exhaustivo de la nave, empezando por el exterior del casco. Es posible que nuestro visitante nos haya dejado un regalo, y no quiero salir de aquí con un radiofaro o una bomba de relojería a bordo. Estaré en la sala de conferencias, si me necesitáis.

Se fueron a trabajar, y lamentó de nuevo la ausencia de Mara Jade. Cualquier día, tendría que encontrar tiempo para ir a Coruscant en busca de Mara y Ghent.

Suponiendo que se lo permitieran. Sus fuentes de información habían captado un vago e inquietante rumor, en el sentido de que una mujer anónima había sido capturada por prestar ayuda a un comando imperial que se había introducido en Coruscant. Teniendo en cuenta el obvio desdén que Mara sentía hacia el gran almirante Thrawn, era improbable que colaborara con el Imperio, pero por otra parte, había muchos miembros de la Nueva República que empezaban a dar síntomas de una histeria bélica... Por culpa de su oscura historia, Mara era una firme candidata para ese tipo de acusaciones. Más razones aún para ir a buscarla a Coruscant.

Llegó al patio y descubrió que, en efecto, Mazzic ya había llegado. Se había unido al grupo de Ho'Din y hablaba acaloradamente con Par'tah. La decorativa guardaespaldas que llevaba en Trogan se mantenía alejada un paso de la conversación, y procuraba pasar desapercibida.

Como el par de hombres que había detrás de ella. Y los cuatro que les rodeaban a unos metros de distancia. Y los seis diseminados en los extremos del patio.

Karrde se detuvo en el arco de entrada y una silenciosa señal de alarma se disparó en el fondo de su cabeza. Que Mazzic trajera un par de naves que le protegieran durante el viaje era una cosa, pero venir acompañado de un escuadrón para asistir a una reunión amistosa era algo muy distinto. O el ataque imperial a Trogan le había puesto más nervioso de lo normal..., o tenía planeado que el desarrollo de la reunión no fuera tan amistoso.

—Hola, Karrde —llamó Ferrier, y le hizo señas de que se acercara—. Empecemos de una vez.

—Desde luego. —Karrde compuso su mejor sonrisa de anfitrión cuando entró. Ya era demasiado tarde para llamar a los suyos y equilibrar la balanza. Debía conformarse con esperar que lo de Mazzic fuese pura cautela—. Buenas tardes, Mazzic. Gracias por venir.

—De nada —contestó Mazzic, con ojos fríos. No sonrió.

—Hemos preparado asientos mas cómodos en aquella habitación —dijo Karrde, señalando a su izquierda—. Si me seguís...

—Tengo una idea mejor —le interrumpió Mazzic—. ¿Qué te parece si celebramos la reunión a bordo del *Salvaje Karrde*.

Karrde le miró. Mazzic sostuvo su mirada, inexpresivo. Al parecer, no era simple precaución.

—¿Puedo preguntar por qué?

—¿Insinúas que tienes algo que ocultar? —replicó Mazzic. Karrde se permitió una fría sonrisa.

—Pues claro que tengo cosas que ocultar. Y también Par'tah, y Ellor, y tú. Al fin y al cabo, vivimos del mismo negocio y somos competidores.

—¿Quieres decir que no nos dejarás subir a bordo del *Salvaje Karrde*!

Karrde miró de uno en uno a los contrabandistas. Gillespee, Dravis y Clyngunn observaban la escena con el ceño fruncido, pero estaba claro que no tenían ni idea de lo que estaba ocurriendo. Era difícil leer en el rostro de Par'tah, pero algo en él sugería preocupación. Ellor procuraba no mirarle a los ojos. Y Ferrier...

Ferrier sonreía. Casi de una forma imperceptible, detrás de la barba. Pero lo suficiente. Más que suficiente.

Y ahora, demasiado tarde, comprendió por fin. Lo que Chin había visto, y lo que todos habían fracasado en atrapar, era el de-fel de Ferrier.

Los hombres de Mazzic estaban aquí. Los de Karrde se encontraban tres niveles más abajo,

vigilando la nave y la base para prevenir un peligro que había desaparecido hacía mucho rato. Y todos sus invitados estaban esperando su respuesta.

—El *Salvaje Karrde* está abajo —dijo—. ¿Queréis seguirme? Dankin y Torve estaban charlando al pie de la rampa de entrada cuando el grupo llegó.

—Hola, capitán —saludó Dankin, sorprendido—. ¿Podemos ayudarle?

—No es necesario —dijo Karrde—. Hemos decidido celebrar la reunión a bordo de la nave, eso es todo.

—¿A bordo de la nave? —repitió Dankin. Sus ojos examinaron el grupo, y lo que vio no le gustó. Entre los contrabandistas, sus ayudantes y guardaespaldas, los protectores de Mazzic destacaban como torres—. Lo siento... No estaba informado —añadió, y hundió el pulgar de la mano derecha en el cinto de su pistola.

—Ha sido una decisión de última hora.

Karrde vio por el rabillo del ojo que el resto de sus hombres, ocupados en el salón de banquetes, abandonaban su trabajo al ver la señal de Dankin. Empezaron a formar un círculo...

—Ya, claro —siguió Dankin, un poco desconcertado—, pero la nave no está preparada para eso. Ya sabe en qué estado se encuentra el cuarto de oficiales...

—No nos interesa el decorado —le interrumpió Mazzic—. Apártese, por favor, tenemos cosas que hacer.

—Claro, ya lo comprendo —dijo Dankin, cada vez más desconcertado e irritado, pero sin ceder—. El problema es que hay un equipo de análisis ahí dentro en este momento, y las lecturas no serán fiables si empieza a entrar y salir gente.

—Pues que no sean fiables —intervino Ferrier—. ¿Quién te crees que eres?

Dankin no tuvo oportunidad de responder. Una bocanada de aire perfumado rozó la cara de Karrde, y sintió que la boca de un desintegrador se hundía en su costado.

—Bonito intento, Karrde —dijo Mazzic—, pero no funcionará. Diles que se rindan. Ahora.

Karrde miró con cautela hacia atrás, y vio a la decorativa guardaespaldas de Mazzic, de ojos fríos y profesionales.

—¿Y si no lo hago? ,<

—Habrá un tiroteo —replicó Mazzic—. Aquí mismo. Se produjo un leve movimiento en el grupo.

—¿Quiere decirme alguien qué está pasando aquí? —murmuró Gillespee, vacilante.

—Te lo diré dentro de la nave —contestó Mazzic, sin apartar los ojos de Karrde—. Suponiendo que aún sigamos todos vivos. Eso depende de tu anfitrión.

—No le diré a mi gente que se rinda —insistió en voz baja Karrde—. Sin pelear no.

—Tu gente no me interesa —indicó Mazzic—. Ni tu nave, ni tu organización. Es un asunto personal, entre tú y yo. Y nuestros hermanos contrabandistas.

—Pues arreglémoslo —sugirió Dankin—. Dejamos un espacio libre, elegís las armas...

—No estoy hablando de una estúpida disputa privada —le interrumpió Mazzic—. Sino de traición.

—¿Cómo? —preguntó Gillespee—. Mazzic...

—Cierra el pico, Gillespee —ladró Mazzic, y le dirigió una fugaz mirada—. ¿Bien, Karrde?

Karrde paseó la vista por el grupo. No tenía aliados, ni amigos que le apoyaran con firmeza contra las falsas acusaciones tramadas por Mazzic y Ferrier. Fuera cual fuese el respeto que le tuvieran, los favores que le debieran, todo había sido ya olvidado. Se limitarían a mirar mientras sus enemigos acababan con él, y luego se repartirían la organización que tantos esfuerzos le había costado levantar.

Pero hasta que eso sucediera, los hombres y demás seres que estaban allí eran sus compañeros. Y su responsabilidad.

—En el cuarto de oficiales sólo hay sitio para ocho —dijo con calma a Mazzic—. Todos los ayudantes y guardaespaldas, incluidos tus gorilas, tendrán que quedarse aquí. ¿Les ordenarás que dejen a mi gente en paz?

Mazzic estudió su rostro durante un largo momento. Después, asintió.

—Mientras no les provoquen, no molestarán a nadie. Shada, coge su desintegrador. Pasa delante, Karrde.

Karrde miró a Dankin y Torve y cabeceó. Se apartaron de la rampa a regañadientes y empezó a subir. Seguido muy de cerca por la gente a la que había esperado unir en un frente contra el Imperio.

Tendría que haberlo adivinado.

Entraron en el cuarto de oficiales. Mazzic empujó a Karrde hacia una silla situada en un rincón, y los demás se sentaron alrededor de la mesa, frente a él.

—Muy bien —dijo Karrde—. Ya estamos aquí. Ahora, ¿qué?

—Quiero tus tarjetas de datos —dijo Mazzic—. Todas. Empezaremos con las que hay en tu despacho. Karrde movió la cabeza hacia atrás.



—Por esa puerta, pasillo abajo, a la derecha.

—¿Códigos de acceso?

—No. Confío en mi gente. Mazzic torció los labios.

—Ellor, ve a buscarlas, y trae un par de agendas electrónicas. El duro se levantó sin decir palabra y salió.

—Mientras esperamos —dijo Karrde, para romper el tenso silencio—, quizá podría explicarte la propuesta para la que te invité a Hijarna.

Mazzic resopló.

—Tienes redaños, Karrde, lo admito. Redaños y estilo. De momento, sigamos sentados en silencio, ¿de acuerdo? Karrde miró el desintegrador que le apuntaba.

—Como quieras.

Ellor regresó un minuto después, cargado con una bandeja llena de tarjetas de datos, con dos agendas electrónicas encima.

—Muy bien —dijo Mazzic, mientras el duro se sentaba a su lado—. Entrega una agenda a Par'tah y empezad a comprobar las tarjetas. Ya sabéis lo que buscamos.

((Antes que nada, debo anunciar que esto no me gusta)), dijo Ellor.

(Y yo estoy de acuerdo), coreó Par'tah, y sus apéndices se retorcieron como serpientes airadas. (Luchar abiertamente contra un competidor forma parte del negocio, pero esto es diferente.)

—Esto no son negocios —replicó Mazzic.

—Por supuesto que no —admitió Karrde—. Ya ha dicho que mi organización no le interesa, ¿recordáis?

—No malinterpretes mis palabras, Karrde —advirtió Mazzic—. Detesto esto tanto como ser llevado por la nariz.

—Yo no llevo a nadie por la nariz, Mazzic —dijo en voz baja Karrde—. He sido sincero con todos vosotros desde que esto empezó.

—Tal vez. Eso es lo que hemos venido a averiguar.

Karrde paseó la vista alrededor de la mesa y recordó el caos que había estremecido el mundo crepuscular de los contrabandistas, después del hundimiento de la organización dirigida por Jabba el Hutt. Todos los grupos de la galaxia se habían apresurado como locos a recoger los pedazos, apoderándose de naves, gente y contratos, hasta llegar a las manos en ocasiones. Las organizaciones más grandes se habían aprovechado muy bien de la muerte del Hutt.

Se preguntó si Aves sería capaz de expulsarles. Aves... y Mara.

—¿Algún resultado? —preguntó Mazzic. (En ese caso, te lo diremos), respondió Par'tah. Su tono agudo traicionó el desagrado que le causaba la situación. Karrde miró a Mazzic.

—¿Te importaría decirme, al menos, de qué se me acusa?

—Sí, a mí también me gustaría saberlo —coreó Gillespee. Mazzic se reclinó en su asiento y descansó la pistola sobre el muslo.

—Es muy sencillo —dijo—. El ataque a Trogan, durante el cual murió mi amigo Lishma, da la impresión de que fue preparado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Dravis.

—Lo que acabo de decir. Alguien contrató a un teniente imperial y a su escuadrón para atacarnos. Clyngunn rugió por lo bajo.

—Las tropas imperiales no se dejan contratar.

—Este grupo sí —afirmó Mazzic.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó Gillespee. Mazzic dibujó una sonrisa tensa.

—La fuente de información más fidedigna: el gran almirante Thrawn.

Siguió un momento de estupefacto silencio. Dravis fue el primero en recobrar la voz.

—No me digas. ¿Y en qué circunstancias te lo confió?

—Me capturaron en el sistema de Joiol y me llevaron al *Quimera*. —Mazzic hizo caso omiso del sarcasmo—. Después del incidente en los astilleros de Bilbringi, pensé que era mi última hora, pero Thrawn dijo que me había capturado para aclarar las cosas, que ningún oficial del Imperio había ordenado el ataque a Trogan, y que yo no debía culparles a ellos. Luego, me dejó en libertad.

—¿Después de insinuar convenientemente que yo debía cargar con la responsabilidad? —sugirió Karrde.

—No te acusó de una forma específica, pero ¿quién, si no, iba a salir ganando, rebelándonos contra el Imperio?

—Estamos hablando de un gran almirante, Mazzic —le recordó Karrde—. Un gran almirante que disfruta fraguando complicadas estrategias. Y que tiene un interés personal en destruirme.

Mazzic sonrió.

—No acepto la palabra de Thrawn sin más ni más, Karrde. Encargué a un amigo que investigara

en los registros militares del Imperio antes de venir. Me dio todos los detalles del acuerdo sobre Trogan.

—Los registros imperiales pueden ser alterados —puntualizó Karrde.

—Como ya he dicho, no he creído en su palabra al pie de la letra —replicó Mazzic—, pero si aquí encontramos la otra parte del trato... —Alzó levemente su desintegrador—. Yo diría que la prueba sería concluyente.

—Entiendo —murmuró Karrde, y miró a Ferrier. De eso se había encargado su defel. De introducir la prueba concluyente—. Supongo que es demasiado tarde para mencionar que alguien se introdujo aquí momentos antes de que llegais.

Ferrier resopló.

—Ah, claro. Buen truco, Karrde, pero demasiado tarde.

—Demasiado tarde ¿para qué? —preguntó Dravis, con el ceño fruncido.

—Intenta desviar las sospechas hacia otra persona, eso es todo —dijo con desdén Ferrier—. Intenta insinuar que uno de nosotros introdujo esa tarjeta de datos.

—¿Qué tarjeta de datos? —se encrespó Gillespee—. No hemos encontrado ninguna tarjeta de datos.

((Sí, la hemos encontrado)), dijo Ellor con suavidad.

Karrde le miró. El rostro achatado de Ellor estaba tenso, pero no demostró la menor emoción cuando tendió en silencio la tarjeta de datos a Mazzic. Éste la cogió, y su rostro se endureció.

—Aquí está —dijo en voz baja, y dejó la tarjeta sobre la mesa—. Bien. Supongo que no hay nada más que decir.

—Espera un momento —protestó Gillespee—. Karrde tiene razón en lo referente al intruso. Yo estaba con él arriba cuando sonó la alerta.

Mazzic se encogió de hombros.

—De acuerdo. Bien, Karrde. ¿Qué viste? Karrde meneó la cabeza y trató de no mirar la boca del desintegrador que empuñaba Mazzic.

—Nada, por desgracia. Chin creyó advertir movimientos cerca de la nave, pero no pudimos descubrir a nadie.

—Ahí fuera no hay tantos sitios donde alguien pueda ocultarse —apuntó Mazzic.

—Un humano no podría esconderse —admitió Karrde—. Por otra parte, en aquel momento no se nos ocurrió fijarnos en las sombras cercanas a las paredes y la puerta.

—Insinúas que fue mi espectro, ¿eh? —intervino Ferrier—. Muy típico de ti, Karrde, tratar de despistar al personal. Bien, olvídale. No funcionará.

Karrde le miró y arrugó el entrecejo. Contempló el rostro agresivo y los ojos cautos..., y de pronto comprendió que se había equivocado acerca de la estrategia. Ferrier y Mazzic no trabajaban en colaboración. Sólo Ferrier, probablemente bajo la dirección de Thrawn, que intentaba acabar con él.

Lo cual significaba que Mazzic estaba convencido de que Karrde les había traicionado a todos. Lo cual significaba, a su vez, que aún existía la posibilidad de hacerle cambiar de opinión.

—En ese caso, voy a probar otra cosa —dijo, y devolvió su atención a Mazzic—. ¿Me crees tan descuidado como para dejar la prueba de mi traición en un lugar donde cualquiera pueda encontrarla?

—Ignorabas que la buscaríamos —dijo Ferrier, antes de que Mazzic pudiera contestar. Karrde enarcó una ceja.

—Ah, de modo que ahora hablas en plural, ¿en, Ferrier? ¿Colaboras con Mazzic?

—Ferrier tiene razón, Karrde —intervino Mazzic—. Intentas despistarnos. ¿Piensas que Thrawn se tomaría tantas molestias para acabar contigo? Ya lo habría hecho en Trogan.

—En Trogan no podía tocarme. —Karrde meneó la cabeza—. Todos erais testigos. Se habría arriesgado a que descargarais su ira sobre él. No, así es mucho mejor. Me destruye, desacredita mis advertencias sobre él y se asegura vuestros servicios.

Clyngunn sacudió su hirsuta cabeza.

—No. Thrawn no es como Vader. No desperdicia soldados en un ataque deliberadamente fracasado.

—Estoy de acuerdo —dijo Karrde—. Yo tampoco creo que ordenara el ataque a Trogan. Creo que otra persona planeó el asalto, y que Thrawn la utiliza como mejor le conviene.

—Supongo que vas a acusarme también de eso —gruñó Ferrier.

—Aún no he acusado a nadie, Ferrier —le recordó Karrde—. Cualquiera diría que te sientes culpable.

—Otra vez complicando las cosas —dijo Ferrier, y paseó la vista por la mesa, antes de clavar su mirada en Karrde—. En la práctica, has acusado a mi espectro de introducir en tu despacho la tarjeta de datos.

—Tú lo has insinuado, no yo. —Karrde contempló con atención al otro. Pensar con la cabeza no era la especialidad de Ferrier, y empezaba a ponerse nervioso. Si podía presionarle un poco más...—. Pero ya que hablamos del tema, ¿dónde está tu defel?

—En mi nave —se apresuró a decir Ferrier—. En el patio oeste, con todos los demás. Desde que aterrizamos.

—¿Por qué?

Ferrier arrugó el entrecejo.

—¿A qué viene esa pregunta? Está allí porque es un miembro de mi tripulación.

—No. Te pregunto por qué no está cerca del *Salvaje Karrde*, con los demás guardaespaldas.

—¿Quién ha dicho que es un guardaespaldas? Karrde se encogió de hombros.

—Lo había dado por sentado. Al fin y al cabo, jugaba ese papel en Trogan.

—Es verdad —dijo poco a poco Gillespee—. Apoyado contra la pared. Preparado para disparar contra los imperiales en cuanto aparecieran.

—Casi como si supiera que iban a venir —convino Karrde. El rostro de Ferrier se ensombreció.

—Karrde...

—Basta —le interrumpió Mazzic—. Esto no prueba nada, Karrde, y lo sabes. De todos modos, ¿qué iba a ganar Ferrier, disponiendo un ataque semejante?

—Quizá para dejar bien claro que nos ayudaba a repelerlo —sugirió Karrde—, en la confianza de que dispararía nuestras sospechas sobre sus relaciones con el Imperio.

—Sigue jugando con las palabras —dijo Ferrier, y señaló con el dedo la agenda electrónica que descansaba sobre la mesa, al lado de Mazzic—, pero esa tarjeta de datos no dice que yo contraté a Kosk y su escuadrón. Dice que tú lo hiciste. Personalmente, ya tengo bastante de...

—Un momento —le interrumpió Mazzic, y se volvió para mirarle—. ¿Cómo sabes lo que dice la tarjeta de datos?

—Tú nos lo dijiste. Dijiste que la otra parte del...

—Nunca mencioné el nombre del teniente. Un silencio sobrecogedor cayó sobre la sala, y Ferrier palideció.

—Sí que lo dijiste.

—No —replicó con frialdad Mazzic—. En ningún momento.

—Nadie lo dijo —rugió Clyngunn. Ferrier le miró.

—Esto es una locura —estalló, recobrando un poco el valor—. Todas las pruebas apuntan a Karrde, ¿y vais a exonerarle porque oí el nombre de ese tal Kosk en algún sitio? Quizá uno de los milicianos de Trogan lo gritó durante el combate... ¿Qué sé yo?

—Bien, la pregunta es fácil —dijo Karrde—. Dinos cómo te enteraste de la fecha y lugar de esta reunión. Teniendo en cuenta que nadie te invitó.

Mazzic le traspasó con la mirada.

—¿Tú no le invitaste? Karrde negó con la cabeza.

—Nunca he confiado en él, sobre todo desde que averigüé su papel en la caída de la flota *Katana* en manos de Thrawn. No habría ido a Trogan si Gillespee no hubiera dejado la invitación abierta a todo el mundo.

—¿Y bien, Ferrier? —le urgió Dravis—. ¿Vas a afirmar que alguno de nosotros te lo dijo?

Tensas arrugas circundaban los ojos de Ferrier.

—Capté la transmisión enviada a Mazzic —murmuró—. La descifré. Pensé que debía venir.

—Un trabajo de decodificación muy rápido —comentó Gillespee—. Utilizamos unos códigos cifrados muy buenos. Guardarás una copia de la transmisión cifrada, claro.

Ferrier se puso en pie.

—No pienso seguir escuchando —gruñó—. Estamos juzgando a Karrde, no a mí.

—Siéntate, Ferrier —dijo con suavidad Mazzic. Su desintegrador ya no apuntaba a Karrde.

—Pero si es él —insistió Ferrier. Extendió la mano derecha y señaló con un dedo acusador a Karrde—. Él es quien...

—¡Cuidado! —gritó Gillespee.

Pero ya era demasiado tarde. Mientras agitaba la mano derecha para distraerles, la mano izquierda de Ferrier se hundió en su faja y volvió a surgir.

Provista de un detonador térmico.

—Muy bien, poned todos las manos sobre la mesa —rugió—. Suéltalo, Mazzic.

Mazzic dejó poco a poco su desintegrador sobre la mesa.

—No podrás salir de aquí, Ferrier —masculló—. Shada y mis gorilas se te rifarán a cara o cruz.

—Nadie va a dispararme. —Ferrier cogió el desintegrador de Mazzic—. ¡Entra, espectro!

La puerta del cuarto de oficiales se abrió a sus espaldas y una sombra negra entró con sigilo en la habitación. Una sombra negra de ojos rojos y largos colmillos blancos.

Clyngunn lanzó una regia maldición ZeHethbra.

—De modo que Karrde tenía razón. Nos has vendido al Imperio.

Ferrier no le hizo caso.

—Vigíales —ordenó. Empujó hacia la sombra el desintegrador de Mazzic y desenfundó el suyo—. Vamos, Karrde. Saldremos al puente.

Karrde no se movió.

—¿Y si me niego?

—Te mataré y me apoderaré de la nave —replicó Ferrier—. Tal vez debería hacerlo, en cualquier caso. Thrawn me pagaría una buena recompensa por ti.

—Estoy de acuerdo. —Karrde se levantó—. Por aquí. Llegaron al puente sin incidentes.

—Tú pilotarás —ordenó Ferrier, mientras echaba un rápido vistazo a las pantallas—. Bien, supongo que estará preparada para despegar.

—¿Adonde vamos? —preguntó Karrde mientras se sentaba en el asiento del timonel.

Vio por la portilla a algunos de sus hombres, ignorantes de su presencia en el puente, mientras continuaban su inquieto cara a cara con los gorilas de Mazzic.

—Fuera, arriba y por encima —dijo Ferrier, señalando la fortaleza con el desintegrador—. Será suficiente para empezar.

—Entiendo.

Karrde pidió un informe de prevuelo con la mano derecha y apoyó la izquierda sobre la rodilla. Justo encima, empotrado en la parte inferior de la consola principal, había un panel con los controles de las luces externas de las naves.

—Y después, ¿qué?

—¿A ti qué te parece? —Ferrier se dirigió al puesto de comunicaciones y le dirigió un rápido examen—. Nos largamos de aquí. ¿Estás comunicado con otras naves?

—El *Hielo Estrellado* y el *Etéreo*. —Karrde encendió y apagó tres veces las luces exteriores. Al otro lado de la portilla, rostros perplejos se volvieron a mirar—. Confío en que no intentarás ir muy lejos.

Ferrier sonrió.

—Cómo, ¿tienes miedo de que te robe tu precioso carguero?

—No vas a robarlo —dijo Karrde, mirándole a los ojos—. Antes lo destruiré. Ferrier resopló.

—Pomposas palabras para ser alguien encañonado por un desintegrador —dijo con desprecio, y agitó el arma para subrayar la frase.

—No es un farol —le advirtió Karrde.

Encendió de nuevo las luces y se arriesgó a desviar la vista hacia la portilla. Entre el parpadeo de las luces y la visión de Ferrier apuntándole con un desintegrador, los congregados ya habrían comprendido lo que ocurría. Eso esperaba, al menos. De lo contrario, la partida no anunciada del *Salvaje Karrde* desencadenaría un tiroteo.

—Claro que no —gruñó Ferrier, y se dejó caer en el asiento del copiloto—. Tranquilo, no tendrás que hacerte el héroe. Nada me gustaría más que arrebatarte el *Salvaje Karrde*, pero sé que no se puede pilotar una nave como ésta con la mitad de la tripulación. No, te limitarás a acompañarme a mi nave. Saldremos de aquí y volaremos bajo hasta que todo esto haya terminado. —Dirigió una última mirada a las pantallas y cabeceó—. Muy bien. Vámonos.

Karrde cruzó mentalmente los dedos, conectó los retropropulsores y la nave avanzó. Casi esperó que se desencadenara una lluvia de rayos, disparados por los ayudantes y guardaespaldas del exterior, pero nadie abrió fuego mientras maniobraba con cautela entre las piedras melladas que bordeaban la entrada y salía al aire libre.

—Sí, supongo que todos habrán salido ya —dijo Ferrier—. Probablemente estarán corriendo hacia sus naves para perseguirnos.

—No parece muy preocupado.

—No lo estoy. Lo único que debes hacer es llegar a mi nave antes que ellos. Podrás hacerlo, ¿verdad?

Karrde miró el desintegrador que le apuntaba.

—Haré lo posible.

Resultó sencillo. Mientras el *Salvaje Karrde* se encaminaba a la piedra agrietada situada junto a una cañonera corelliana modificada, los demás empezaron a salir de la arcada que conducía a la parte principal de la fortaleza, con sólo un par de minutos de retraso.

—Sabía que lo harías —le felicitó con sarcasmo Ferrier. Se puso en pie y conectó el interfono—. Acércate a la puerta, espectro. Ya hemos salido.

No hubo respuesta.

—¿Me oyes, espectro?

—No oír nada durante un rato —rugió la voz de Clyngunn—. Tendrás que llevarle a cuestas. Ferrier dio un manotazo al interfono.

—Idiota. No tenía que haber confiado en un estúpido espectro. Mejor aún, tendría que haberos matado a todos.

—Tal vez —dijo Karrde. Cabeceó en dirección a los guardaespaldas que se aproximaban—. Creo que ya no tienes tiempo de corregir tu error.

—Tendré que hacerlo después —replicó Ferrier—. Aún podría dar buena cuenta de ti, sin embargo.

—Sólo si quieres morir conmigo —contestó Karrde. Se movió un poco en su asiento para mostrar que su mano izquierda sujetaba un interruptor del panel—. Como ya te he dicho, prefiero destruir la nave antes que cedértela.

Durante un momento, pensó que Ferrier iba a intentarlo. Después, de muy mala gana, el ladrón de naves desvió el arma y disparó dos veces contra la sección del tablero de control.

—En otra ocasión, Karrde.

Retrocedió hacia la puerta del puente, lanzó una rápida mirada al exterior y salió.

Karrde respiró hondo y dejó escapar el aire lentamente. Soltó el interruptor que sujetaba y se levantó. Quince segundos después, vio por la portilla que Ferrier corría hacia su cañonera.

Introdujo la mano con cautela en el agujero humeante del tablero de control y conectó el interfono.

—Soy Karrde —dijo—. Ya podéis desatrarcar la puerta. Ferrier se ha ido. ¿Necesitáis asistencia médica para el prisionero?

—No —respondió Gillespee—. Los defeles son bastante hábiles para deslizarse con sigilo, pero no son muy buenos carceleros. Así que Ferrier le ha abandonado aquí, ¿eh?

—Lo que me esperaba de él, más o menos. —Vio por la portilla que la cañonera de Ferrier se elevaba y giraba hacia el oeste—. Ya se va. Advierte a todo el mundo que no abandone la nave. Habrá planeado algo para disuadirnos de perseguirle.

Así era. Apenas había terminado Karrde de hablar, cuando la nave despidió un gran bote. Se produjo un relámpago de luz y, de repente, el cielo estalló en un amasijo de mallas metálicas. La red cayó sobre el patio y proyectó chispas cuando cubrió las naves aparcadas.

—Una red Conner —dijo Dravis desde atrás—. El viejo truco de los ladrones de naves.

Karrde se volvió. Dravis, Par'tah y Mazzic estaban en el umbral y miraban por la portilla.

—Hay mucha gente fuera —les recordó—. No tardarán mucho en destruirla.

(No debemos permitir que escape), insistió Par'tah, y dedicó un gesto despectivo Ho'Din a la cañonera.

—No lo hará —aseguró Karrde. La nave volaba bajo sobre la llanura, fuera del alcance de cualquier cosa que las naves atrapadas pudieran disparar—. El *Hielo Estrellado* y el *Etéreo* se encuentran preparados al norte y al sur de aquí. —Se volvió y miró a Mazzic con el ceño fruncido—. Pero dadas las circunstancias, creo que el honor corresponde a Mazzic.

Mazzic le dirigió una tensa sonrisa.

—Gracias —dijo con suavidad, y sacó el comunicador—. Griv, Amber. Cañonera en camino. Derribadla.

Karrde miró por la portilla. La cañonera casi había llegado al horizonte e iniciado su ascenso vertical hacia el espacio... y, mientras miraba, los dos cazas de Mazzic surgieron de sus escondites y la persiguieron.

—Creo que te debo una disculpa —dijo Mazzic desde atrás. Karrde meneó la cabeza.

—Olvidalo, o mejor, no lo olvides. Guárdalo como un recordatorio de la forma de actuar del gran almirante Thrawn. Y de lo que significa para él la gente como nosotros.

—No te preocupes. No lo olvidaré.

—Bien. Vamos a procurar que nuestra gente se ocupe de esa red. Estoy seguro de que todos preferimos salir de Hijarna antes de que el Imperio se entere de que su plan ha fracasado.

A lo lejos, justo sobre el horizonte, se produjo un breve destello de luz.

—Y mientras esperamos —añadió Karrde—, aún tengo una propuesta que haceros.

—Muy bien —dijo Han a Lando. Sus dedos recorrieron el borde de la pierna izquierda de Erredós para aferrarse mejor—. Preparados.

El androide gorjeó algo.

—Le recuerda que vaya con cuidado —tradujo Cetrespeó, que se había apartado lo suficiente de su camino para que no le gritaran—. Recuerde que la última vez...

—No le dejamos caer a propósito —gruñó Han—. Si prefiere esperar a Luke, allá él.

Erredós volvió a canturrear.

—Dice que no será necesario —explicó Cetrespeó—. Confía en usted implícitamente.

—Me alegra saberlo —dijo Han. Por desgracia, no había mejores asideros. Algún día, debería comentar el problema con Industrial Automaton—. Allá vamos, Lando. ¡Tira!

Emplearon todas sus fuerzas, y con un tirón que casi desencaja el hombro de Han, el androide quedó libre de la maraña de ramas en que sus ruedas se habían enredado.

—Ya está —gruñó Han, mientras trasladaban al androide, con más o menos cuidado, al lecho seco del río—. ¿Cómo estás? Esta vez, la explicación fue un poco mas larga.

—Dice que, al parecer, los daños han sido mínimos —tradujo Cetrespeó—. Sobre todo, de naturaleza cosmética.

—Traducción: se está oxidando —masculló Han.

Se masajeó los riñones mientras daba la vuelta. A unos cinco metros de distancia, Luke estaba utilizando la espada de luz para cortar una red de gruesas enredaderas que bloqueaba su camino. A su lado, Chewbacca y Mara estaban agachados con las armas preparadas, dispuestos a vaporizar a los seres similares a serpientes que a veces surgían como una exhalación cuando los pisaban. Como todos los demás aspectos de Wayland, lo habían aprendido por las malas.

Lando se acercó y se liberó de los últimos restos de raíces ácidas pegados a sus manos.

—Un lugar divertido, ¿eh? —comentó.

—Tendría que haber acercado más el *Halcón* —gruñó Han—, cuando descubrimos que no podíamos utilizar las bicicletas.

—En ese caso, ahora estaríamos luchando con patrullas imperiales, en lugar de con raíces ácidas y serpientes. Personalmente, me parece un trato justo.

—Supongo —admitió Han a regañadientes.

Más o menos cerca, algo emitió un complicado silbido, y recibió otro por respuesta. Han miró en aquella dirección, pero entre los matorrales, las enredaderas y los dos niveles diferentes de árboles, no vio nada.

—No suena como un depredador —dijo Lando.

—Tal vez. —Han miró hacia atrás. Cetrespeó calmaba a Erre-dos, mientras inspeccionaba las quemaduras de ácido sufridas por el androide—. Tú, pequeñajo, prepara tus sensores.

Erredós, obediente, extendió su pequeña antena y empezó a moverla de un lado a otro. Durante un minuto canturreó para sí, y después emitió un torrente de sonidos.

—Dice que no hay animales grandes en veinte metros a la redonda —tradujo Cetrespeó—. Más allá...

—La maleza dificulta su percepción —terminó Han. Se estaba convirtiendo en una conversación muy familiar—. Gracias.

Erredós retrajo la antena, y Cetrespeó y él reanudaron su discusión.

—¿Dónde crees que ha ido todo el mundo? —preguntó Lando.

—¿Los depredadores? —Han meneó la cabeza—. Ni idea. Quizá al mismo sitio donde han ido los nativos.

Lando paseó la vista a su alrededor y siseó entre dientes.

—Esto no me gusta, Han. A estas alturas, ya deben de saber que estamos aquí. ¿A qué están esperando?

—Quizá Mara se equivocó —sugirió sin gran convicción Han—. Quizá el Imperio se cansó de compartir un planeta con ellos y los aniquiló.

—Una idea muy optimista. En cualquier caso, no explica por qué los depredadores no nos molestan desde hace dos días y medio.

—No —admitió Han, pero Lando tenía razón: algo les estaba vigilando. Lo sentía en sus tripas. Algo, o alguien—. Tal vez los primeros que huyeron después del primer enfrentamiento pasaron la voz de que nos dejaran en paz.

Lando bufó.

—Esos bichos eran más estúpidos que babosas espaciales, y lo sabes.

Han se encogió de hombros.

—Sólo era una idea.

Delante, el resplandor verde se desvaneció cuando Luke apagó la espada.

—Creo que hemos despejado el camino —dijo en voz baja—. ¿Habéis liberado a Erredós?

—Sí, ya está —dijo Han, y se quedó detrás de ellos—. ¿Alguna serpiente?

—Esta vez no. —Luke señaló con la espada uno de los árboles que flanqueaban el cauce del río—. Sin embargo, da la impresión de que nos hemos librado de luchar contra otro grupo de carroñeros.

Han miró. En una de las ramas inferiores había otro nido, del tamaño de un plato y confeccionado a base de hierba y barro. Cetrespeó había tropezado con uno el día anterior, y Chewbacca aún se estaba curando los cortes que había recibido en el brazo izquierdo antes de conseguir entre todos matar a las aves depredadoras que habían surgido de él.

—No lo toques —advirtió.

—No pasa nada; está vacío —le tranquilizó Luke, y lo empujó con la punta de la espada—. Se habrán ido.

—Sí —dijo Han lentamente, acercándose otro paso al nido—. En efecto.

—¿Pasa algo?

Han le miró.

—No —contestó, en tono indiferente—. Ningún problema. ¿Por qué?

Detrás de Luke, Chewbacca emitió un rugido gutural. \*

—Pongámonos en movimiento —añadió Han, antes de que Luke pudiera hacer algún comentario—. Quiero avanzar un poco más antes de que oscurezca. Luke, tú y Mara coged a los androides y adelantaos. Chewie y yo cerraremos la marcha.

Luke no parecía convencido, pero se limitó a asentir.

—Muy bien. Vamos, Cetrespeó.

Avanzaron por el cauce del río, mientras Cetrespeó se quejaba como de costumbre. Lando dirigió a Han una mirada de las suyas, pero les siguió en silencio.

A su lado, Chewbacca gruñó una pregunta.

—Vamos a ver qué ha pasado con las aves, eso es todo —dijo Han, mientras miraba hacia el nido. Parecía intacto, sin huellas de depredadores—. Tú eres capaz de oler carne fresca a diez pasos de distancia, con el viento en contra. De modo que empieza a olfatear.

El wookiee no tardó en hacer gala de su talento para la caza. Una de las aves yacía junto a un matorral, justo al otro lado del árbol, con las alas extendidas y rígidas. Completamente muerta.

—¿Qué opinas? —preguntó Han, mientras Chewbacca la cogía con cautela—. ¿Algún depredador?

Chewbacca rugió una negativa. Sacó las garras de sus fundas y palpó una mancha de color pardo oscuro en las plumas situadas bajo el ala derecha. Encontró un corte y hundió con delicadeza una garra en su interior.

Gruñó.

—¿Estás seguro de que ha sido un cuchillo? —Han contempló la herida con el ceño fruncido—. ¿No habrá sido alguna especie de garra?

El wookiee volvió a rugir y señaló lo evidente: si un depredador hubiera matado al ave, sólo quedarían las plumas y los huesos.

—Cierto —comentó con amargura Han, mientras Chewbacca tiraba el ave muerta junto al matorral—. Los nativos deben de estar muy cerca.

Chewbacca gruñó la pregunta obvia.

—No sé —contestó Han—. Quizá nos sigan vigilando, o esperan refuerzos.

El wookiee rugió, señaló el ave y Han le dedicó otro vistazo. Tenía razón: el lugar de la herida indicaba que tenía las alas abiertas cuando la habían matado. Lo cual significaba que la habían matado mientras volaba. De una sola puñalada.

—Tienes razón, no necesitan refuerzos. Vamos, reunámonos con los demás.

Solo quería seguir avanzando hasta que oscureciera, pero después de otro desacuerdo entre el androide astromec de Skywalker y una maraña de enredaderas ácidas, se rindió y ordenó parar.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Mara cuando Skywalker dejó caer la mochila junto a la suya y estiró los músculos de los hombros—. ¿Lo llevaremos a cuestas?

—No creo —contestó Skywalker. Miró hacia atrás y vio que Carlissian y el wookiee habían puesto

de costado al R2 y estaban desenredando sus ruedas—. Chewie cree que será *capaz* de repararlo.

—Tendrías que cambiarlo por algo que no esté diseñado para viajar sobre una cubierta de metal plana.

—A veces me han venido ganas —admitió Skywalker, sentándose a su lado—, pero en conjunto, es muy útil. Tendrías que haber visto la distancia que recorrió en pleno desierto de Tatooine, la primera noche que lo tuve.

Mara desvió la vista hacia Solo, que estaba montando su hamaca sin dejar de vigilar el bosque.

—¿Vas a contarme de qué te estaba hablando Solo antes, o no debo saberlo?

—Chewie y él encontraron a una de las aves de aquel nido vacío, el que estaba cerca de la segunda maraña de enredaderas que tuvimos que cortar. La habían matado de una cuchillada.

Mara tragó saliva y pensó en algunas de las historias que había oído cuando servía al emperador.

—Serán los myneyrshi —dijo—. Se supone que habían convertido en un arte el combate cuerpo a cuerpo con arma blanca.

—¿Cuál era su opinión acerca del Imperio?

—Como ya te dije antes, no les gustan los humanos, empezando por los colonos que llegaron mucho antes de que el emperador descubriera el planeta.

Miró a Skywalker, pero tenía la vista perdida en la nada, con el ceño fruncido.

Mara respiró hondo y proyectó la Fuerza tanto como pudo. Los ruidos y olores del planeta se introdujeron en su mente, hasta conformar la pauta de vida que la rodeaba. Árboles, arbustos, animales y aves...

Y allí, en el límite de su conciencia, otra mente. Alienígena, indescifrable..., pero una mente, a fin de cuentas.

—Son cuatro —dijo en voz baja Skywalker—. No, cinco.

Mara arrugó el entrecejo y se concentró en la sensación. Tenía razón: había más de una mente, pero no podía separar los diversos componentes de la sensación general.

—Intenta buscar desviaciones —murmuró Skywalker—. La forma en que las mentes se diferencian mutuamente. Es la mejor manera de localizarlas.

Mara lo intentó y, ante su algo irritada sorpresa, descubrió que Skywalker estaba en lo cierto. Captó la segunda mente..., la tercera...

Y, de pronto, se desvanecieron.

Dirigió una mirada penetrante a Skywalker.

—No lo sé —dijo poco a poco, aún concentrado—. Se produjo una oleada de emoción, dieron media vuelta y se fueron.

—Quizá ignoraban que estábamos aquí —sugirió Mara, vacilante, aun a sabiendas de que era improbable.

Entre los rugidos que lanzaba el wookiee a todo cuanto salía a su encuentro y los lloriqueos del androide de protocolo, era un milagro que todo el planeta no se hubiera enterado de su presencia.

—No, lo sabían —dijo Skywalker—. De hecho, estoy muy seguro de que avanzaban directamente hacia nosotros cuando fueron... —Sacudió la cabeza—. Quiero decir que fueron asustados, pero es absurdo.

Mara contempló el dosel doble de hojas que se alzaba sobre sus cabezas.

—¿Es posible que hayamos captado a una patrulla imperial?

—No —afirmó Skywalker—. De haberse encontrado humanos en las cercanías, lo habría sabido.

—Así de sencillo —murmuró Mara.

—Cuestión de práctica.

La mujer le miró de reojo. Había notado algo raro en su voz.

—¿Qué significa eso?

Skywalker hizo una mueca, una rápida torsión de su boca.

—Nada. Sólo... Estaba pensando en los gemelos de Leia. Pensaba en cómo voy a adiestrarlos algún día.

—¿Te preocupa el momento de empezar? Skywalker negó con la cabeza.

—Me preocupa ser *capaz* de hacerlo. Ella se encogió de hombros.

—¿Qué hay que hacer? Enseñarles a escuchar mentes, mover objetos y utilizar espadas de luz. Ya lo hiciste con tu hermana, ¿verdad?

—Sí, pero cuando pensaba que era lo único. Se trata únicamente del principio. La Fuerza les va a proporcionar energía, y esa energía va acompañada de responsabilidad. ¿Cómo les enseño eso? ¿Cómo les enseño sabiduría, compasión y a no abusar de su poder?

Mara estudió su perfil mientras escudriñaba el bosque. No eran simples juegos de palabras; hablaba muy en serio. Una faceta del heroico, noble e infalible Jedi que nunca había visto.

—¿Cómo se enseña eso? —preguntó—. Dando ejemplo, supongo.



Skywalker reflexionó, y cabeceó a regañadientes.

—Imagino que sí. ¿Cuánto adiestramiento Jedi te proporcionó el emperador?

**MATARÁS A LUKE SKYWALKER.**

—Suficiente —contestó. Intentó apartar el sonido de las palabras de su mente y el odio reflejo que las acompañaba—. Todo lo básico. ¿Por qué, buscas sabiduría y compasión?

—No. —El joven vaciló—. Pero como aún faltan algunos días para llegar al monte Tantiss, quizá sería una buena idea repasarlo, como un curso de perfeccionamiento.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Mara. Hablaba con demasiada indiferencia...

—¿Has visto algo de lo que nos aguarda? —preguntó con suspicacia.

—En realidad, no. —De nuevo, una breve vacilación—. Algunas imágenes y escenas carentes de sentido. Se me ha ocurrido que te convendría dominar más la Fuerza antes de proseguir.

Ella apartó la vista. **MATARÁS A LUKE SKYWALKER.**

—Tú estarás con nosotros —le recordó—. ¿Para qué necesito dominar más la Fuerza?

—Para lo que tu destino te exija —respondió Skywalker, con voz suave pero firme—. Queda más o menos una hora para que anochezca. Empecemos.

Wedge Antilles ocupó su lugar en el largo banco semicircular, junto a otros comandantes de escuadrón, y paseó la vista por la sala de guerra del Crucero Estelar. Ya se había congregado bastante gente, y continuaba entrando más. Ackbar habría planeado algo grande.

—Hola, Wedge —gruñó alguien a modo de saludo cuando se sentó al lado de Wedge—. Me sorprende verte aquí.

Wedge le miró con tibia sorpresa. Pash Cracken, hijo del legendario general Airen Cracken, y uno de los mejores comandantes de cazas.

—Yo podría decir lo mismo sobre ti, Pash. Creía que estabas en el sector de Atrivis, al cuidado del centro de mando del Borde Exterior.

—No te enteras —dijo Pash, sombrío—. Generis cayó hace tres días.

Wedge le miró perplejo.

—No lo sabía —se disculpó—. ¿Cómo fue?

—Bastante mal. Perdimos todo el centro de mando, más o menos intacto, y casi todos los depósitos de suministros de la flota del sector. Como aspecto positivo, no les dejamos ninguna nave en buen estado, y el general Kryll pudo sacar sanos y salvos a Travia Chan y su gente ante las mismísimas narices de los imperiales.

—Algo es algo. ¿Qué te sorprendió más, el número o la táctica?

—Ambos. —Pash hizo una mueca—. No creo que Thrawn acudiera en persona, pero seguro que planeó el ataque. Debo decirte, Wedge, que esos clones es lo más terrorífico que he visto en mi vida. Es como luchar contra milicianos: la misma rabiosa dedicación, la misma forma de combatir, como una máquina de precisión, a sangre fría. La única diferencia es que están por todas partes.

—Dímelo a mí. Tuvimos que combatir contra dos escuadrones de cazas TIE llenos de esas cosas cuando el primer ataque a Qat Chrystac. Hacían acrobacias que jamás hubiera imaginado en los TIE.

Pash asintió.

—El general Kryll sospecha que Thrawn reserva a sus mejores hombres para sus plantillas clónicas.

—Sería estúpido que hiciera otra cosa. ¿Y Varth? ¿Consiguió escapar?

—No lo sé. Perdimos el contacto con él durante la retirada. Confío en que haya podido romper el otro lado de la pinza y unirse a alguna unidad en Fedje o Ketaris.

Wedge pensó en las veces que se había enfrentado con el comandante de escuadrilla Varth por algo, casi siempre piezas de recambio u horarios de mantenimiento. El hombre era un tirano amargado y cáustico, sólo le redimía el talento de enviar a sus hombres a misiones imposibles y conseguir que regresaran.

—Lo logrará —dijo Wedge—. Está muy en contra de morir por las conveniencias del Imperio.

—Es posible. —Pash cabeceó en dirección al centro de la sala—. Parece que vamos a empezar.

Wedge se volvió, mientras el murmullo de las conversaciones enmudecía. El almirante Ackbar se hallaba de pie junto a la mesa central holográfica, flanqueado por el general Crix Madine y el coronel Bren Derlin.

—Oficiales de la Nueva República —les saludó con gravedad Ackbar, y sus enormes ojos de mon calamari giraron para abarcar toda la sala de guerra—. Ninguno de ustedes necesita que le recuerde que durante las últimas semanas nuestra guerra contra los restos del Imperio ha cambiado de lo que se llamaba un ejercicio de limpieza a una batalla por nuestra propia supervivencia. De momento, aún gozamos de ventaja en lo tocante a recursos y personal, pero mientras hablamos, esta ventaja corre el peligro de desaparecer. Menos tangibles, pero no menos serios, son los métodos que emplea el gran almirante Thrawn para minar nuestra determinación y moral. Ya es hora de que arrojemos

ambos aspectos de su ataque a la cara del Imperio. —Miró a Madine—. General Madine.

—Supongo que todos han sido informados de la innovadora forma de asedio que los imperiales han dispuesto alrededor de Coruscant —dijo Madine, mientras daba golpecitos con su puntero sobre la palma izquierda—. Se han hecho algunos progresos en eliminar los asteroides camuflados, pero lo que en verdad se necesita para llevar a cabo el trabajo es una trampa cristalográfica de campo gravitatorio. Se nos ha ordenado que consigamos una.

—Parece divertido —murmuró Pash.

—Mucho —masculló Wedge.

—Inteligencia ha localizado tres —continuó Madine—. Todas en el espacio controlado por los imperiales, naturalmente. La de acceso más sencillo está en Tangrene, y ayuda a custodiar la nueva base del Ubictorado que han montado. Hay muchas naves de carga y construcción que se mueven a su alrededor, pero pocas de guerra. Hemos logrado introducir a algunos de nuestros hombres en las tripulaciones de carga, y nos han informado que es muy posible apoderarse de la base.

—Me recuerda Endor —comentó alguien desde el banco situado frente a Wedge—. ¿Cómo podemos estar seguros de que no es una trampa?

—De hecho, estamos bastante seguros de que lo es —dijo Madine, con una sonrisa tensa—. Por eso iremos.

Tocó un interruptor. El proyector holográfico se elevó desde el centro de la mesa y un esquema apareció en el aire.

—Los astilleros imperiales de Bilbringi —informó—. Sé lo que se están diciendo: son muy grandes, están bien defendidos, en qué demonios está pensando el alto mando. La respuesta es sencilla: son grandes, están bien defendidos, y es el último lugar donde los imperiales nos esperan.

—Además, si triunfamos, infligiremos un perjuicio enorme a su capacidad constructora —añadió Ackbar—, así como a la creciente creencia en la infalibilidad del gran almirante.

Lo cual daba a entender que Thrawn era falible, por supuesto. Wedge pensó en comentarlo, pero se echó atrás. Todo el mundo debía de estar pensando lo mismo.

—La operación tendrá dos partes —prosiguió Madine—. No queremos decepcionar a los imperiales, que nos han preparado una trampa en Tangrene, de modo que el coronel Derlin se encargará de crear el engaño de que ese sistema es nuestro objetivo. Mientras tanto, el almirante Ackbar y yo organizaremos el ataque real a Bilbringi. ¿Alguna pregunta?

Siguió un momento de silencio. Después, Pash levantó la mano.

—¿Y si los imperiales se enteran del ataque a Bilbringi y descuidan los preparativos para Tangrene? Madine sonrió.

—Nos causarían una enorme decepción. Muy bien, caballeros, hay que organizar una fuerza de ataque. Pongamos manos a la obra.

El dormitorio estaba a oscuras, silencioso, y la temperatura era elevada. Los únicos sonidos audibles eran los procedentes de la ciudad imperial y los más sutiles emitidos por los niños que dormían. Al escuchar los ruidos y percibir los aromas familiares del hogar, Leia miró al techo y se preguntó qué la había despertado.

—¿Necesita algo, lady Vader? —preguntó una voz noghri desde las tinieblas que rodeaban la puerta.

—No, Mobvekhar, gracias —<lijo Leia. No había hecho el menor ruido. El alienígena habría captado un cambio en su respiración—. Lo siento. No quería molestarte.

—No lo ha hecho —respondió el noghri—. ¿Está preocupada?

—No lo sé —dijo. Volvía a recomenzar—. Tuve... Un sueño no. Algo así como un destello inconsciente de percepción. Una pieza del rompecabezas que intenta encajar en su sitio.

—¿Sabe qué pieza es? v Leia negó con la cabeza.

—Ni siquiera sé cuál es el rompecabezas.

—¿Estaba relacionado con el asedio de las piedras que vuelan en el cielo, o con la misión de su consorte y el hijo de Vader?

—No estoy segura.

Leia escudriñó las tinieblas con el ceño fruncido, trató de concentrarse y ensayó las técnicas de mejora memorística que Luke le había enseñado. Poco a poco, las imágenes del sueño recordado a medias empezaron a tomar forma.

—Fue algo que Luke dijo. No. Fue algo que Mara dijo. Algo que Luke hizo. Encajan de alguna manera. No sé cómo..., pero sé qué es importante.

—En ese caso, encontrará la respuesta —afirmó Mobvekhar—. Usted es lady Vader. La *Mal'ary'ush* de lord Vader. Logrará cualquier objetivo que se proponga.

Leia sonrió en la oscuridad. No eran simples palabras. Mobvekhar y los demás noghri lo creían a pies juntillas.

—Gracias —dijo.

Respiró hondo y notó que su estado de ánimo mejoraba. Sí, triunfaría, aunque sólo fuera para justificar la confianza que el pueblo noghri había depositado en ella.

Al otro lado de la habitación, intuyó una inquietud y hambre crecientes, lo cual indicaba que los gemelos no tardarían en despertar. Acercó la bata. Fuera cual fuera la pieza importante del rompecabezas, tendría que esperar al amanecer.

La última nave rebelde superviviente centelleó y desapareció en el hiperespacio, y tras treinta minutos de batalla, el núcleo del sector de Kanchen cayó en su poder.

—Retire a toda la flota del combate, capitán —ordenó Thrawn en tono satisfecho, de pie ante la portilla—. Que se despliegue en formación de bombardeo, y ordene al capitán Harbid que transmita nuestras condiciones de rendición al gobierno de Xa Fel.

—Sí, señor —dijo Pellaeon, mientras tecleaba las órdenes. Thrawn se volvió hacia él.

—Y envíe otro mensaje a todas las naves —añadió—. Buen trabajo.

Pellaeon sonrió. Sí, el gran almirante sabía manejar a sus hombres.

—Sí, señor.

Transmitió el mensaje. Una luz se encendió en su tablero. Un mensaje en clave acababa de ser descifrado. Lo pidió, leyó las líneas...

—¿Un informe de Tangrene? —preguntó Thrawn, sin dejar de observar al planeta indefenso que giraba bajo ellos.

—Sí, señor —asintió Thrawn—. Los rebeldes han enviado dos cargueros más al sistema. Los sensores de largo alcance insinúan que han descargado algo en el sistema exterior, pero Inteligencia no ha podido hasta el momento identificar la carga.

—Ordene que no lo intenten. No quiero que nuestra presa se asuste.

Pellaeon cabeceó y volvió a maravillarse de la habilidad del Gran almirante para adivinar las intenciones de sus enemigos. Hasta veinte horas antes, habría jurado que los rebeldes no se atreverían a lanzar un número tan considerable de fuerzas para apoderarse de una serie de TCCG. Por lo visto, se había equivocado.

—También recibimos informes sobre naves rebeldes que se están adentrando en la zona de Tangrene —añadió, tras releer el mensaje—. Naves de guerra, cazas, naves de apoyo... Un poco de todo.

—Bien —dijo Thrawn, pero la forma en que enlazó las manos a la espalda demostró preocupación.

Un mensaje apareció en el tablero de Pellaeon: el gobierno de Xa Fel había aceptado las condiciones de Harbid.

—Informe del *Cabeza del Muerto*, almirante. Xa Fel se ha rendido.

—Era de esperar. Informe al capitán Harbid que él se encargará del desembarco y el despliegue de las tropas. Usted, capitán, ordenará a la flota que adopte una formación defensiva hasta que las defensas planetarias se encuentren en nuestro poder.

—Sí, señor. —Pellaeon contempló la espalda del gran almirante con el ceño fruncido—. ¿Pasa algo, almirante?

—No lo sé —dijo poco a poco Thrawn—. Estaré en mi sala de mando particular, capitán. Reúnase allí conmigo dentro de una hora. —Se volvió y dedicó a Pellaeon una tensa sonrisa—. Quizá entonces ya tenga una respuesta a su pregunta.

Gillespee terminó de leer y tendió la agenda electrónica a Mazzic.

—Nunca dejas de asombrarme, Karrde —dijo, en voz lo bastante alta para ser oído por encima del ruido de fondo del café—. ¿De dónde demonios has sacado eso?

—De por ahí —contestó Karrde, moviendo la mano en un gesto vago—. De por ahí.

—A mí no me dice nada —se lamentó Gillespee.

—Creo que ésa es la intención —dijo con sequedad Mazzic, y devolvió la agenda a Karrde—. Estoy de acuerdo, es muy interesante. El problema consiste en si es creíble.

—La información es de toda confianza —explicó Karrde—•• No así mi interpretación, por supuesto. Mazzic meneó la cabeza.

—No lo sé. Me parece un movimiento desesperado.

—Yo no diría eso —negó Karrde—. Llámalo más bien un regreso a las audaces tácticas que hicieron famosa a la Alianza Rebelde. Personalmente, creo que han reaccionado con retraso. Han adoptado una postura defensiva durante demasiado tiempo.

—Lo cual no cambia el hecho de que, si no funciona, perderán un montón de naves —señaló Mazzic—. Hasta dos flotas de sector completas, si hay que creer en esas cifras.

—Es cierto —admitió Karrde—, pero si funciona, conseguirán una gran victoria sobre Thrawn, que elevará al mismo tiempo la moral, por no mencionar la TCCG.

—Sí, eso es otra cosa —intervino Gillespee—. De todos modos, ¿para qué necesitan una TCCG?

—Tiene algo que ver con el motivo de que Coruscant haya estado cerrada al tráfico civil durante los últimos días —dijo Karrde—. Es lo único que sé.

Mazzic se reclinó en su asiento y lanzó una mirada especulativa a Karrde.

—Olvida para qué la necesitan. ¿Qué nos propones hacer? Karrde se encogió de hombros.

—Tengo la impresión de que la Nueva República está desesperada por conseguir una TCCG. Si están dispuestos a luchar por una, supongo que aún lo estarán más a pagar por una.

—Parece razonable —reconoció Mazzic—. ¿Qué quieres que hagamos, introducírnos en Tangrene antes que ellos?

—No. —Karrde sacudió la cabeza—. He pensado que, mientras todo el mundo se dedica a luchar en Tangrene, nosotros vamos a coger la TCCG de Bilbringi.

La sonrisa de Mazzic se esfumó.

—No hablarás en serio.

—No es una mala idea —dijo Gillespee, mientras daba vueltas a la bebida que quedaba en su copa—. Entramos antes de que empiece el ataque, cogemos la TCCG y nos largamos.

—¿Entre la mitad de la flota imperial? —replicó Mazzic—. Por favor, he visto la potencia militar concentrada allí.

—Dudo que haya algo más que un esqueleto defensivo. —Karrde enarcó una ceja—. A menos que estés convencido de que Thrawn no ha previsto el ataque de la Nueva República.

—Tienes razón. No pueden permitir que la Nueva República logre una victoria tan importante.

—Sobre todo en Tangrene —asintió Karrde—, porque ya una vez les apalizó el general Bel Iblis allí.

Mazzic gruñó y colocó de nuevo la agenda electrónica frente a él. Karrde dejó que relejera la información y los análisis, mientras paseaba la vista por el café. Cerca de la entrada principal, Aves y el teniente Faughn, de las fuerzas de Gillespee, estaban sentados a una de las mesas, sin llamar la menor atención. En la entrada posterior, Shada, la guardaespaldas de Mazzic, fingía flirtear con Dankin y Torve, mientras Rappapor y Oshay, otros dos hombres de Gillespee, contemplaban la escena. Había tres mesas más, dispersas por el café, con fuerzas dispuestas a intervenir en cualquier momento. Esta vez, nadie quería correr el riesgo de afrontar una intervención imperial.

—No será fácil —dijo por fin Mazzic—. Nuestro ataque enfureció a Thrawn. Habrán cambiado por completo su dispositivo de seguridad.

—Tanto mejor —contestó Karrde—. Aún no habrán descubierto sus fallos. ¿Te unes o no?

Mazzic contempló la agenda electrónica.

—Quizá —gruñó—, pero sólo si confirmas la fecha del ataque a Tangrene. Prefiero que Thrawn se encuentre a cien años luz de distancia, como mínimo, cuando demos el golpe en Bilbringi.

—No habrá problema. Sabemos en qué sistemas está reagrupando sus fuerzas la Nueva República. Enviaré a algunos agentes a husmear, a ver que sacan en claro.

—¿Y si no sacan nada? Karrde sonrió.

—Quiero que Ghent nos incluya en su nómina. Mientras esté conectado, podrá descubrir sus planes de batalla.

Mazzic le miró unos instantes, y después lanzó una risita.

—¿Sabes, Karrde? Eres un manipulador nato. De acuerdo. Me uno.

—Bienvenido a bordo —asintió Karrde—. ¿Gillespee?

—Ya he visto en acción a los clones de Thrawn —le recordó Gillespee—. Claro que me uno. Además, si ganamos, quizá pueda recuperar ese terreno de Ukio que me robó el Imperio.

—Intercederé por ti ante la Nueva República —prometió Karrde—. Muy bien. Me iré en el *Salvaje Karrde* a Coruscant!, pero Aves se quedará para coordinar mi participación en el grupo de ataque. Os proporcionará el plan de operaciones cuando sea el momento.

—Me parece bien —dijo Mazzic, mientras todos se levantaban—. Karrde, sólo espero estar presente el día en que la Nueva República te eche mano. Tanto si te dan una medalla como si te fusilan, será un espectáculo increíble.

Karrde sonrió.

—Yo también espero estar presente. Buen vuelo, caballeros. Nos veremos en Bilbringi.

El brillante rayo verde turboláser surgió del lejano Destructor Estelar. Rebotó en el escudo de energía invisible, reapareció a escasa distancia, continuó hacia adelante...

—Alto —dijo el almirante Drayson. La imagen se congeló en la pantalla—. Les pido disculpas por la calidad —dijo Drayson, y dio unos golpecitos sobre la pantalla con su puntero—. Las grabaciones macroprismáticas sólo pueden realizarse antes de que los algoritmos empiecen a fallar, pero aun así,

creo que todos pueden ver lo que está pasando. El rayo disparado por el Destructor Estelar no penetra en el escudo planetario de Ukio. Lo que parece ser el mismo rayo es, de hecho, un segundo disparo, efectuado desde una nave camuflada que se encuentra dentro del escudo.

Leia contempló el borroso fotograma. A ella no le parecía tan evidente.

—¿Está seguro? —preguntó.

—Por completo. —Drayson indicó con su puntero el espacio vacío entre la explosión y el fuego verde—. Los mismos rayos nos proporcionan datos espectrales y de energía, pero este hueco es la única prueba que necesitamos. Es el bulto de la segunda nave. A juzgar por el tamaño, un crucero ligero de clase Galeón. —Bajó el puntero y paseó la mirada alrededor de la mesa—. En otras palabras, la nueva superarma del Imperio no es otra cosa que un truco extremadamente inteligente.

Leia pensó en aquella reunión celebrada en los aposentos del almirante Ackbar, cuando éste se encontraba retenido bajo sospecha de traición.

—En una ocasión, Ackbar nos advirtió a Han y a mí de que un gran almirante encontraría maneras de utilizar un escudo camuflado contra nosotros.

—Creo que nadie puede discutir eso —asintió Drayson—. En cualquier caso, esto debería poner fin a esta superchería en particular. Alertaremos a todas las fuerzas planetarias para que, si el Imperio vuelve a intentarlo, se limiten a concentrar el fuego en el punto donde los rayos turboláseres parecen penetrar en el campo.

—Truco o no, ha sido una demostración impresionante —comentó Bel Iblis—. Tanto la posición como el cálculo de tiempo son impecables. Leia, ¿cree que anda de por medio aquel Jedi loco al que Luke se enfrentó en Jomark?

—Indudablemente —dijo Leia, y un escalofrío recorrió su espalda—. Ya hemos presenciado este tipo de coordinación entre fuerzas en campañas anteriores de Thrawn. Y Mara nos dijo que C'baoth y Thrawn trabajan en colaboración.

Mencionar a Mara constituyó un error. Los presentes se removieron en sus asientos, y el estado de ánimo general se enfrió bastante. Todos habían escuchado los motivos que impulsaron a Leia a tomar la decisión unilateral de liberar a Mara, y a nadie le había hecho gracia.

Bel Iblis fue el primero en romper aquel tenso silencio.

—¿De dónde procede esta grabación macroprismática, almirante?

—De ese contrabandista, Talón Karrde —dijo Drayson. Lanzó una mirada significativa a Leia—. Otro forajido que vino a ofrecernos una valiosa información que no dio frutos.

Leia se encrespó.

—Eso no es justo —insistió—. No fue culpa de Karrde que perdiéramos la flota *Katana*.

Desvió la vista hacia el consejero Fey'lya, sentado en silencio a su mesa, abismado en sus pensamientos. Si Fey'lya no hubiera estado consumido por aquella insana sed de poder...

Miró a Drayson de nuevo.

—No fue culpa de nadie —añadió en voz baja, abandonando los últimos coletazos de rencor hacia Fey'lya. Reconocer su fracaso ya había neutralizado al bothan. No podía permitir que la cólera produjera el mismo efecto en ella.

Bel Iblis carraspeó.

—Creo que Leia intenta decirnos que sin la ayuda de Karrde habríamos perdido algo más que la flota *Katana*. Piensen lo que piensen de los contrabandistas en general, o de Karrde en particular, estamos en deuda con él.

—Es interesante que usted diga eso, general —habló con sequedad Drayson—. Da la impresión de que Karrde piensa lo mismo. A cambio de esta grabación y otros datos de menor interés, ha utilizado con notable generosidad un crédito de la Nueva República. —Volvió a mirar a Leia—. Un crédito tramitado, al parecer, por el hermano de la consejera Organa Solo.

El comandante Sesfan, representante de Ackbar en el Consejo, volvió sus enormes ojos de mon calamari hacia Leia.

—¿El Jedi Skywalker autorizó pagos para un contrabandista?

—preguntó, con voz grave y perpleja.

—Así es —confirmó Drayson—. Sin la menor autorización, por supuesto. Los suspenderemos de inmediato.

—Usted no hará eso —se oyó la voz serena de Mon Mothma desde la presidencia de la mesa—. Tanto si Karrde está oficialmente de nuestra parte como si no, está claro que desea ayudarnos, lo cual le hace merecedor de nuestro apoyo.

—Pero es un contrabandista —protestó Sesfan.

—También lo era Han —le recordó Leia—. Y Lando Carlissian. Los dos fueron nombrados generales.

—Después de que se unieran a nosotros —corrigió Sesfan—. Karrde nunca ha aceptado ese

compromiso.

—Da igual —dijo Mon Mothma. Su voz seguía serena, pero firme—. Necesitamos todos los aliados posibles, oficiales o no.

—A menos que nos esté tendiendo una trampa —señaló Drayson—. Se gana nuestra confianza con cosas como esta grabación macropísmica, para luego pasarnos información falsa. Y en el ínterin, se saca sus buenos beneficios.

—Bastará con estar atentos a la posibilidad de ese doble juego

—dijo Mon Mothma—, pero no creo que vaya a ocurrir. Luke Skywalker es un Jedi, y confía en ese Karrde. De momento, deberíamos concentrarnos en las facetas de nuestros destinos que están en nuestra mano. Almirante Drayson, ¿tiene el último informe sobre la operación de Bilbringi?

—Sí.

Drayson cabeceó y extrajo una tarjeta de datos. La insertó en la ranura de la pantalla y, en ese momento, Leia oyó el tenue pitido de un comunicador a su lado. Winter sacó el aparato de su cinturón y confirmó la recepción en voz baja. Leia no oyó la respuesta, pero notó un súbito cambio en el estado de ánimo de Winter.

—¿Problemas? —murmuró.

—Si todo el mundo me presta atención... —dijo Drayson, en voz demasiado alta.

Leia se volvió hacia él, ruborizada, mientras Winter se levantaba y se dirigía a la puerta. Drayson la siguió con la mirada y, al parecer, decidió que no valía la pena invocar la acostumbrada prohibición de abandonar la sala hasta el término de la reunión. La puerta se deslizó a un lado cuando Winter la tocó, y una persona le entregó una tarjeta de datos. La puerta volvió a cerrarse.

—¿Y bien? —preguntó Drayson—. ¿Tan importante era que no podía esperar?

—Estoy segura de que sí —replicó con frialdad Winter, y dedicó a Drayson su mejor mirada asesina antes de sentarse—. Para usted, Alteza. —Tendió a Leia la tarjeta—. Las coordenadas del planeta Wayland.

Una oleada de sorpresa recorrió la sala, mientras Leia cogía la tarjeta.

—Qué rapidez —exclamó Drayson, con voz teñida de suspicacia—. Tenía la impresión de que iba a resultar mucho más difícil encontrar ese lugar.

Leia se encogió de hombros y trató de reprimir su propia inquietud, porque también había sido ésa su impresión.

—Por lo visto, no era así.

—Veámosla —dijo Mon Mothma.

Leia introdujo la tarjeta en la ranura. Un plano sectorial apareció en la pantalla principal. Nombres conocidos flotaban junto a varias estrellas. En el centro, rodeado por un grupo de estrellas no identificadas, un sistema destellaba en rojo. En la parte inferior del mapa había una corta lista de datos planetarios y unas pocas líneas de texto.

—Así que ésa es la madriguera del emperador —murmuró Bel Iblis, mientras se inclinaba hacia adelante—. Siempre me pregunté dónde escondía todos aquellos objetos interesantes que desaparecían tan misteriosamente de los almacenes y depósitos oficiales.

—Si ése es en verdad el lugar —murmuró Drayson.

—Puede confirmar que la información procedía del capitán Solo, supongo —dijo Mon Mothma a Winter. Ésta vaciló.

—No procedía de él, exactamente —dijo. Leia la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir? ¿Procedía de Luke? Un músculo se agitó en la mejilla de Winter.

—Sólo puedo decir que la fuente es de toda confianza.

Siguió un breve momento de silencio, mientras los presentes digerían estas palabras.

—De toda confianza —repitió Mon Mothma.

—Sí —asintió Winter.

Mon Mothma desvió la vista hacia Leia.

—Este Consejo no está acostumbrado a que se le escamotee información. Quiero saber de dónde han salido estas coordenadas.

—Lo siento —dijo en voz baja Winter—. No es mi secreto.

—¿De quién es, entonces?

—Tampoco puedo decirlo.

El rostro de Mon Mothma se ensombreció.

—Da igual —intervino Bel Iblis, antes de que la mujer pudiera hablar—. Al menos, de momento. Tanto si ese planeta es el auténtico centro de clonación como si no, no podremos hacer nada al respecto hasta que haya terminado la operación de Bilbringi.

Leia le miró.

—¿No vamos a enviar refuerzos?

—Imposible —gruñó Sesfan, y sacudió su enorme cabeza de mon calamari—. Todas las naves y personal disponibles ya están comprometidos para el ataque a Bilbringi. Como consecuencia, demasiadas regiones y sistemas se han quedado sin defensas.

—Sobre todo cuando ni siquiera sabemos si ése es el lugar correcto —añadió Drayson—. Podría tratarse de una trampa imperial.

—No es una trampa —insistió Leia—. Mara ya no trabaja para el Imperio.

—Sólo tenemos su palabra, consejera...

—Da igual —le interrumpió Bel Iblis, y su voz senatorial cortó la discusión—. Fíjese en la parte inferior del mapa, Leia. Todas las indicaciones apuntan a que su aterrizaje no fue detectado. ¿Quiere estropear el factor sorpresa, enviando otra nave en su ayuda?

Leia sintió un nudo en el estómago. Por desgracia, el general tenía razón.

—En ese caso, quizá deberíamos suspender el ataque a Bilbringi —dijo Fey'lya.

Leia se volvió hacia él, consciente de que toda la mesa había hecho lo mismo. Era la primera vez que el bothan hablaba en una reunión del Consejo desde que su sed de poder había sido frustrada ignominiosamente en la batalla de la flota *Katana*.

—Temo que eso es imposible, consejero Fey'lya —dijo Mon Mothma—. Aparte de los preparativos que ya se han llevado a cabo, es absolutamente prioritario deshacernos de esos asteroides camuflados que cuelgan sobre nuestras cabezas.

—¿Por qué? —preguntó Fey'lya, y el pelaje de su cuello y hombros onduló—. El escudo nos protege. Nos quedan provisiones para muchos meses. Las comunicaciones con el resto de la Nueva República no se han roto. ¿Es por el simple temor de parecer débiles e indefensos?

—Las apariencias y percepciones son importantes para la Nueva República —le recordó Mon Mothma—. Y así ha de ser. El Imperio gobierna por la fuerza y la amenaza; nosotros gobernamos por la inspiración y el liderazgo. Hemos de destruir la sensación de que estamos dominados por el temor a perder la vida.

—Esto va más allá de la imagen y la percepción —insistió Fey'lya, y el pellejo de su nuca se alisó—. El pueblo bothan conocía al emperador. Conocía sus deseos y ambiciones, quizá mejor que todos sus enemigos. Hay cosas en ese almacén que jamás deberían salir a la luz de nuevo. Armas e ingenios que tal vez Thrawn utilice contra nosotros algún día, si no se lo impedimos.

—Y lo impediremos —afirmó Mon Mothma—. Y pronto, pero sólo después de dañar los astilleros de Bilbringi y apoderarnos de una TCCG.

—¿Qué ocurrirá con el capitán Solo y el hermano de la consejera Organa Solo?

Las arrugas que cernían la boca de Mon Mothma se tensaron. Pese a la rígida lógica militar, Leia comprendió que tampoco a la mujer le gustaba abandonarles a su suerte.

—Lo único que podemos hacer por ellos en este momento es continuar con nuestros planes —dijo en voz baja—. Atraer la atención del gran almirante Thrawn hacia nuestro supuesto ataque a Tangrene. Miró a Drayson—. ¿De qué íbamos a hablar, almirante?

Drayson se acercó de nuevo a la pantalla.

—Empezaremos con la situación actual de los preparativos para la treta de Tangrene —dijo, y presionó el puntero para que salieran las imágenes correspondientes.

Leia miró de reojo a Fey'lya y tomó nota de las obvias señales de agitación que todavía se veían en el rostro y el pelaje del bothan. ¿Qué ocultaba la montaña? ¿Por qué tenía tanto miedo de que Thrawn se apoderara de ello? Tal vez era mejor que no lo supiera.

Pellaeon entró en la antecámara de la sala de mando de Thrawn, apenas iluminada, y paseó la vista a su alrededor. Rukh tenía que estar en algún sitio, a la espera de hacerle una demostración de sus habilidades noghri. Avanzó un paso hacia la puerta de la sala, otro...

Un sople de aire acarició su nuca. Pellaeon giró en redondo y levantó las manos en un gesto automático.

No había nadie. Escudriñó la penumbra una vez más, buscando el escondrijo del noghri.

—Capitán Pellaeon —maulló la voz familiar a su espalda.

Se volvió de nuevo, sin ver a nadie, pero mientras sus ojos recorrían las paredes y el inexistente escondrijo, Rukh apareció desde detrás de él.

—Le están esperando —dijo el noghri, y señaló la puerta principal con su cuchillo de asesino.

Pellaeon le fulminó con la mirada. Un día, se prometió, convencería a Thrawn de que un gran almirante del Imperio no necesitaba a un arrogante guardaespaldas alienígena para protegerse. Y cuando eso ocurriera, experimentaría un enorme placer al ordenar la ejecución de Rukh.

—Gracias —gruñó, y entró.

Esperaba que la sala de mando estuviera abarrotada por la habitual colección ecléctica de arte alienígena, y tenía razón, pero con una diferencia de poca importancia. Hasta el ojo inexperto de Pellaeon distinguió dos estilos artísticos muy diferentes. Se alineaban en lados opuestos de la sala, y



el centro estaba ocupado por un gran holograma táctico del sistema de Tangrene.

—Entre, capitán —dijo Thrawn desde el doble anillo de pantallas, cuando Pellaeon se detuvo en el umbral—. ¿Hay noticias de Tangrene?

—Los rebeldes siguen situando fuerzas en posiciones de combate —explicó Pellaeon, mientras se abría paso entre las esculturas y el holograma táctico, en dirección a la silla de mando de Thrawn—. Directos hacia nuestra trampa.

—Cuánta amabilidad por su parte. —Thrawn señaló a su derecha—. Arte mon calamari —dijo—. ¿Qué opina?

Pellaeon le dedicó un rápido vistazo cuando llegó al anillo doble. Su aspecto era tan repulsivo y primitivo como los mismos mon calamari.

—Muy interesante —dijo en voz alta.

—¿Verdad? Esas dos piezas en particular... son obra del mismísimo almirante Ackbar.

Pellaeon contempló las esculturas indicadas.

—No sabía que Ackbar se interesaba en el arte.

—Muy poco. Las realizó hace bastante tiempo, antes de unirse a la Rebelión. De todos modos, proporcionan útiles datos sobre su carácter. Al igual que aquéllas —añadió, y señaló a su izquierda—. Obras de arte elegidas personalmente por nuestro adversario corelliano.

Pellaeon las miró con renovado interés. ¿Así que el senador Bel Iblis las había seleccionado?

—¿Dónde estaban, en su antiguo despacho del Senado imperial?

—Eran ésas. —Thrawn indicó el siguiente grupo—. Ésas estaban en su casa, y aquéllas en su nave particular. Inteligencia encontró estas grabaciones, más o menos por casualidad, entre los datos de nuestro último ataque a Obroa-skai. De modo que los rebeldes siguen dirigiéndose hacia nuestra trampa, ¿en?

—Sí, señor —contestó Pellaeon, contento de volver a un tema que era capaz de comprender—. Hemos recibido dos informes más sobre naves de apoyo rebeldes que están tomando posiciones en el borde del sistema de Draukyze.

—Pero no con descaro. Pellaeon arrugó el entrecejo.

—¿Perdón, almirante?

—Quiero decir que están llevando a cabo sus preparativos con mucho sigilo —dijo Thrawn con aire pensativo—. Desviando en secreto a naves de apoyo e inteligencia de otras misiones, trasladando y reformando flotas de sector para tener disponibles naves de guerra, todo eso. Nunca de una manera descarada, obligando a la Inteligencia Imperial a encajar las piezas del rompecabezas. —Miró a Pellaeon, y sus ojos rojos brillaron a la escasa luz—. Casi como si, en verdad, Tangrene fuera su auténtico objetivo.

Pellaeon le miró fijamente.

—¿Está insinuando que no lo es?

—Exacto, capitán —dijo Thrawn, y desvió la vista hacia la portilla.

Pellaeon contempló el holograma de Tangrene. Inteligencia había dictaminado un noventa y cuatro por ciento de posibilidades a su favor.

—Pero si no van a atacar Tangrene..., ¿dónde lo harán?

—En el último lugar que sospecharíamos —dijo Thrawn. Tocó un interruptor de su tablero de mando. El sistema de Tangrene desapareció, siendo sustituido por... Pellaeon se quedó boquiabierto.

—¿Bilbringi? —Clavó la vista en su superior—. Señor, eso es...

—¿Descabellado? —Thrawn enarcó una ceja negroazulada—. Pues claro que lo es. La locura de hombres y alienígenas que han aprendido bien a su pesar que no están a mi altura. Por eso intentan utilizar mis propias tácticas e intuiciones en mi contra. Fingen ir a caer en mi trampa, apuestan a que repararé en la sutileza de sus maniobras e interpretaré que ése es su auténtico objetivo. Y mientras me felicito por mi perspicacia... —señaló el holograma de Bilbringi—, preparan su ataque real.

Pellaeon contempló la antigua obra de arte de Bel Iblis.

—Quizá deberíamos recibir la confirmación, antes de desplazar fuerzas de Tangrene, almirante —sugirió con cautela—. Podríamos intensificar la actividad de Inteligencia en la región de Bilbringi, o tal vez Fuente Delta nos dará la confirmación.

—Por desgracia, Fuente Delta ha sido silenciada, pero no necesitamos confirmación. Éste es el plan de los rebeldes, y no nos arriesgaremos a pillarnos las manos con algo tan obvio como la intensificación de la presencia de Inteligencia. Creen que me han engañado. Nuestra principal tarea ahora es convencerles de ello. —Una sonrisa sombría apareció en su rostro—. Al fin y al cabo, capitán, da igual si les aplastamos en Tangrene o en Bilbringi. No existe la menor diferencia.

La forma helicoidal asimétrica de la vaina de legumbre flotaba a un metro y medio de Mara y la retaba, prácticamente, a derribarla. La contempló con mirada sombría, mientras sostenía la espada de luz de Skywalker con las dos manos, de una forma poco ortodoxa pero versátil. Mara ya había errado dos veces; no quería hacerlo una tercera.

—No te precipites —le advirtió Skywalker—. Concéntrate y deja que la Fuerza fluya por tu cuerpo. Intenta anticiparte a los movimientos de la vaina.

Qué fácil era decirlo, pensó ella con amargura. Al fin y al cabo, era él quien la controlaba. La vaina se acercó un milímetro y la retó de nuevo...

De pronto, decidió que se había cansado del juego. Proyectó la Fuerza y aferró la vaina. Inmovilizada unos segundos, la vaina tembló una vez, antes de que Mara la atravesara de parte a parte con su espada de luz.

—Ya está —dijo, y apagó el arma—. Lo conseguí. Esperaba que Skywalker estuviera enfadado. Ante su sorpresa e irritación, no fue así.

—Bien —la alentó—. Muy bien. Es difícil dividir la atención de esta forma entre una actividad mental y otra física. Lo has hecho muy bien.

—Gracias —murmuró Mara, y tiró la espada hacia los arbustos. Describió una suave curva en el aire cuando Skywalker la atrajo, y aterrizó en su mano extendida—. ¿Eso es todo? —añadió.

Skywalker miró hacia atrás. Solo y Carlissian estaban inclinados sobre el androide de protocolo, que había dejado de quejarse del terreno, la vegetación y la vida animal de Wayland, para pasar a preguntar qué le había sucedido en el pie por culpa de una piedra. El androide astromec de Skywalker merodeaba por las cercanías con la antena sensora extendida, y emitía su habitual repertorio de ruidos alentadores. A un par de pasos de distancia, el wookiee investigaba en una mochila, en busca de alguna herramienta.

—Creo que nos queda tiempo para unos cuantos ejercicios más —decidió Skywalker, y se volvió hacia ella—. Tu técnica es muy interesante. Obi-wan nunca me enseñó a utilizar la punta de la espada.

—La filosofía del emperador consistía en utilizar todo lo que se tuviera a mano.

—No me sorprende —dijo con sequedad Skywalker. Extendió la espada—. Vamos a probar otra cosa. Coge la espada.

Mara proyectó la Fuerza y le arrebató el arma, y se preguntó qué haría él si, en algún momento, decidía encender primero el arma. Estaba segura de que no podía accionar ni un interruptor, pero valdría la pena verle soltar la espada.

Y si de paso le mataba accidentalmente...

MATARÁS A LUKE SKYWALKER.

Apretó con fuerza la espada. «Aún no —dijo con firmeza a la voz—. Todavía le necesito.»

—Muy bien —gruñó—. ¿Qué hago ahora? Luke no tuvo tiempo de responder. El androide astromec empezó a lanzar nerviosos chillidos.

—¿Qué pasa? —preguntó Solo, con el desintegrador ya desenfundado.

—Dice que ha encontrado algo ahí que valdría la pena investigar —tradujo el androide de protocolo, señalando a la izquierda—. Un grupo de enredaderas, creo, aunque podría equivocarme, por culpa de los daños que el ácido me ha causado...

—Vamos a echar un vistazo, Chewie —le interrumpió Solo. Se puso en pie y empezó a trepar por la pendiente del cauce. Skywalker miró a Mara.

—Vamos —dijo, y corrió tras ellos.

No estaba muy lejos. Pasada la primera fila de árboles, ocultas tras un arbusto, había una serie de enredaderas como las que se habían visto obligados a cortar dos días antes.

Sólo que éstas ya estaban cortadas. Cortadas y apartadas del camino como una pila de gruesas cuerdas enmarañadas.

—Creo que eso da por concluida cualquier discusión sobre si alguien nos está ayudando —dijo Carlissian, mientras examinaba uno de los extremos cortados.

—Me parece que tienes razón —admitió Solo—. Ningún depredador las hubiera amontonado así.

El wookiee rugió algo para sí y tiró del matorral que ocultaba las enredaderas. Ante la sorpresa de

Mara, cedió sin el menor esfuerzo.

—Ni se habría molestado en pergeñar un camuflaje —observó Carlissian, mientras el wookie le daba la vuelta—. Parecen cortes de cuchillo, como en las enredaderas.

—Y como el ave de ayer —admitió Solo—. ¿Tenemos compañía, Luke?

—He intuido a algunos nativos, pero nunca se acercan mucho. Miró al androide de protocolo, que les esperaba angustiado en el cauce del río—. ¿Crees que tiene algo que ver con los androides?

Solo resopló.

—¿Como en Endor, cuando aquellos peludos ewoks pensaron que Cetrespeó era un dios?

—Algo así —asintió Skywalker—. Quizá se acercan para escuchar a Cetrespeó o a Erredós.

—Tal vez. —Solo miró a su alrededor—. ¿Cuándo vienen?

—Al anochecer, sobre todo. De momento, al menos.

—Bien, la próxima vez que lo hagan, avísame —dijo Solo. Enfundó el desintegrador y empezó a descender la pendiente—. Ya es hora de que sostengamos una pequeña conversación. Vámonos.

La oscuridad se iba espesando, y el campamento estaba ya casi preparado para pasar la noche, cuando Luke notó algo.

—Han —dijo en voz baja—, ya vienen. Han asintió, dio una palmada a Lando en la espalda y desenfundó el desintegrador.

—¿Cuántos?

Luke concentró su mente y trató de separar los diversos elementos de la sensación global.

—Unos cinco o seis, y se acercan por esa dirección. Señaló a un lado.

—¿Es el primer grupo? —preguntó Mara.

¿El primer grupo? Luke frunció el ceño y abrió su mente de nuevo. Mara tenía razón: había un segundo grupo que seguía al primero.

—Sí, el primero —confirmó—. El segundo... Unos cinco o seis, también. No estoy seguro, pero puede que sean de una especie diferente de la primera.

Han miró a Lando.

—¿Qué opinas?

—No me gusta. —Lando acarició su desintegrador—. Mara, ¿cómo se suelen llevar esas especies?

—No muy bien. Existía cierto comercio cuando vine por primera vez, pero también corrían historias sobre largas guerras a tres bandas entre ellos y los colonos humanos.

Chewbacca gruñó la sugerencia de que los alienígenas quizá se unieran contra ellos.

—Una idea divertida —dijo Han—. ¿Qué piensas, Luke? Luke se esforzó, en vano.

—Lo siento. Hay un conglomerado de emociones, pero carezco de base para señalar cuáles.

—Se han detenido —anunció Mara, con voz tensa por la concentración—. Los dos grupos. Han hizo una mueca.

—Creo que ya está decidido. Lando, Mara, quedaos aquí y vigilad el campamento. Luke, Chewie, vamos a por ellos.

Subieron la pendiente rocosa y se internaron en el bosque, moviéndose con el mayor sigilo posible entre los arbustos y las hojas muertas.

—¿Saben que vamos hacia ellos? —murmuró Han. Luke proyectó la Fuerza.

—No lo sé, pero no avanzan más. Chewbacca rugió algo que Luke no entendió.

—Tal vez —dijo Han—. Sería muy estúpido celebrar un consejo de guerra tan cerca de su objetivo, de todos modos.

Entonces, delante y a su derecha, Luke captó un fugaz movimiento tras el tronco de un grueso árbol.

—¡Cuidado! —advirtió, y encendió su espada.

A la luz blancoverdosa de la espada divisaron una menuda silueta, ataviada con ropas ceñidas, que se agachaba detrás del tronco. Se apartó cuando el veloz disparo de Han voló un fragmento del tronco. El proyectil de Chewbacca llegó un segundo después y arrancó una sección del otro lado. Distinguieron por un momento a la silueta entre el humo y las astillas, cuando corrió para refugiarse tras otro tronco más grueso. Cuando Han movió su arma para dispararle, un extraño gorjeo vibró en el aire, como el canto de una docena de aves alienígenas.

Y con un rugido que expresaba reconocimiento, comprensión y alivio, Chewbacca desvió con su ballesta el desintegrador de Han.

—¡Chewie! —ladró Han.

—No, tiene razón —dijo Luke. De pronto, él también había comprendido—. Deteneos.

La orden fue innecesaria. La silueta borrosa ya se había parado, a plena vista, sin protegerse. La tenue luz de la espada de Luke arrojaba sombras sobre su rostro encapuchado.

Luke avanzó un paso.

—Soy Luke Skywalker, hermano de Leia Organa Solo, hijo de lord Darth Vader. ¿Quién eres tú?

—Soy Ekhrikhor del clan Bakh'tor —contestó la grave voz noghri—. Yo te saludo, hijo de Vader.

El claro al que les condujo Ekhrikhor estaba cerca, a unos veinte metros de la dirección que Luke había tomado antes del incidente. Los alienígenas estaban allí, dos tipos diferentes, cinco de cada, de pie junto a un grueso árbol caído. Al otro lado del tronco se erguían dos noghri más, con su indumentaria de camuflaje, pero con la capucha echada hacia atrás. Una especie de fanal compacto estaba apoyado en el tronco, y proporcionaba la luz suficiente para que Han distinguiera los detalles de los alienígenas más próximos.

No eran muy alentadores. El grupo de la derecha sacaba una cabeza a los noghri que les hacían frente, y Han les sacaba una cabeza a ellos. Cubiertos con armaduras aterronadas, parecían más un montón de rocas andantes que otra cosa. Los de la izquierda eran casi tan altos como Chewbacca, tenían cuatro brazos y una piel brillante y azulina, que recordó a Han el bicho de color pardo que había atacado a Cetrespeó el primer día de su llegada.

—Tienen un aspecto muy cordial —murmuró a Luke, mientras su grupo avanzaba hacia la última hilera de árboles que les separaba del claro.

—Son los myneyrshi y los psadans —dijo Ekhrikhor—. Tenían la intención de atacaros.

—¿Y les habéis disuadido?

—Querían atacaros —repitió el noghri—. No podíamos permitirlo.

Se detuvieron en el interior del claro. Un murmullo, muy poco amistoso, se elevó de los alienígenas.

—Tengo la sensación de que no somos bienvenidos —dijo Han—. ¿Luke?

Percibió que, detrás de él, Luke meneaba la cabeza.

—No capto nada sólido. ¿Qué significa todo esto, Ekhrikhor?

—Nos han indicado que desean hablar con nosotros, tal vez para decidir si nos plantan cara.

Han dedicó a los alienígenas un rápido examen. Todos parecían llevar cuchillos, y distinguió un par de arcos, pero nada más avanzado.

—Desearán haber traído un ejército —dijo.

—Queremos evitar todo enfrentamiento —le reprendió Luke—. ¿Cómo vais a comunicaros con ellos?

—Uno aprendió algo de básico cuando se construyó el almacén bajo la montaña —explicó Ekhrikhor, y señaló a un myneyrsh próximo a la luz—. Intentará traducir.

—Podríamos intentar algo mejor. —Luke enarcó las cejas—. ¿Qué opinas, Han?

—Vale la pena probar. —Han sacó el comunicador. Ya era hora de que Cetrespeó se ganara su mantenimiento—. ¿Lando?

—Aquí estoy —respondió al instante Lando—. ¿Habéis encontrado a los alienígenas?

—Sí, aparte de algunas sorpresas. Dile a Mara que traiga a Cetrespeó. Si avanza por el camino por el que nos fuimos, nos localizará enseguida.

—Comprendido. ¿Y yo?

—Creo que esta pandilla no nos va a proporcionar problemas —dijo Han, examinando de nuevo a los alienígenas—. Erredós y tú quedaos ahí y vigilad el campamento. Ah, y si veis a unos tíos con indumentaria de camuflaje y montones de dientes, no disparéis. Están de nuestro lado.

—Me alegro —replicó con sequedad Lando—. Creo. ¿Algo más? Han contempló al grupo de alienígenas. Todos le estaban mirando.

—Sí: cruza los dedos. Quizá consigamos nuevos aliados, o más problemas.

—Bien. Mara y Cetrespeó ya van hacia ahí. Buena suerte.

—Gracias. —Han cerró el comunicador y lo devolvió a su cinturón—. Ya vienen —dijo a Luke.

—No es necesario que protejáis vuestro campamento —observó Ekhrikhor—. Los noghri lo protegerán.

—Me parece muy bien —contestó Han—. Aquí ya hay bastante gente. —Miró a Ekhrikhor—. De modo que yo tenía razón. Nos estaban siguiendo.

—Sí. —El noghri inclinó la cabeza—. Y te pido perdón por ese engaño, consorte de lady Vader. Los demás y yo no lo considerábamos del todo honroso, pero Cakhmaim del clan Eikh'mir deseaba ocultaros nuestra presencia.

—¿Por qué?

El noghri hizo otra reverencia.

—Cakhmaim del clan Eikh'mir percibió tu hostilidad en los aposentos de lady Vader. Creyó que no aceptarías de buena gana la protección de los noghri.

Han miró a Luke, y vio que éste intentaba disimular una sonrisa.

—Bueno, la próxima vez que veas a Cakhmaim, dile que pasé de rechazar ayuda gratis hace años, pero hablando de hostilidad, será mejor que olvides eso de «consorte de lady Vader». Llámame

Han, Solo, capitán, o cualquier otra cosa, lo que quieras.

—Han del clan Solo, tal vez —murmuró Luke. El rostro de Ekhrikhor se iluminó.

—Me gusta —dijo—. Te pedimos perdón, Han del clan Solo. Han miró a Luke.

—Creo que te han adoptado —dijo Luke, reprimiendo otra sonrisa.

—Sí. Gracias. Muchísimas gracias.

—Un poco de relaciones públicas nunca va mal —señaló Luke—. Recuerda Endor.

—No es probable que lo olvide —gruñó Han, y torció los labios.

Aquellas bolas peludas habían hecho un buen trabajo en la batalla final contra la segunda Estrella de la Muerte, desde luego, pero eso no cambiaba el hecho de que formar parte de una tribu ewok era una de las cosas más ridículas que le habían sucedido jamás.

De todos modos, los ewoks habían derrotado a las tropas imperiales por pura superioridad numérica. Los noghri, sin embargo...

—¿Cuántos sois? —preguntó a Ekhrikhor.

—Ocho. Dos han viajado detrás, delante y a cada lado de vosotros durante el viaje, respectivamente.

Han asintió y experimentó una pizca de involuntario respeto hacia aquellos seres. Ocho, que habían matado o alejado a depredadores y nativos con todo sigilo. Día y noche. Y aún habían encontrado tiempo para despejar el camino de estorbos tales como aves carroñeras o serpientes.

Miró a Ekhrikhor. No, esta vez, el proceso de adopción no le parecía tan ridículo.

Un ruido conocido se oyó detrás de ellos. Han se volvió y, un momento después, apareció la también conocida silueta dorada de Cetrespeó. Le seguía a un paso de distancia Mara, con el desintegrador en la mano.

—Amo Luke —llamó Cetrespeó, con la habitual mezcla de alivio, angustia y pedantería en la voz.

—Aquí, Cetrespeó —dijo Luke—. ¿Crees que podrías traducirnos algo?

—Haré lo que pueda. Como ya sabe, domino más de seis millones de formas de comunica...

—Veo que habéis encontrado a los nativos —le interrumpió Mara. Dedicó una rápida inspección al grupo reunido junto al tronco, mientras Cetrespeó y ella entraban en el claro. Sus ojos cayeron sobre Ekhrikhor—. Y una pequeña sorpresa —añadió, al tiempo que apuntaba al noghri con su arma.

—Tranquila, es un amigo —aseguró Luke, extendiendo la mano hacia el desintegrador.

—Yo no opino lo mismo —dijo Mara, y apartó el arma de su alcance—. Son noghri. Trabajan para Thrawn.

—Ya no —dijo Ekhrikhor.

—Es verdad, Mara —intervino Luke.

—Tal vez —admitió Mara. No parecía muy convencida, pero su arma ya no apuntaba al noghri.

Al otro lado del claro, el myneyrsh más cercano al tronco sacó lo que parecía un ave blanca disecada de la bolsa que colgaba de su hombro. Habló de manera inaudible y la dejó frente a él, junto al fanal.

—¿Qué es eso? —preguntó Han—. ¿Comida?

—Se llama *satna-chakka* —explicó Ekhrikhor—. Una señal de paz mientras dure la reunión. Están dispuestos a empezar. Tú, androide Cetrespeó, ven conmigo.

—Por supuesto —dijo Cetrespeó, no muy entusiasmado por la situación—. Amo Luke...

—Te acompañaré —le tranquilizó Luke—. Han, Chewie, quedaos aquí.

—Con mucho gusto —dijo Han.

Luke y el noghri, seguidos por un renuente Cetrespeó, avanzaron hacia el tronco. El jefe myneyrsh levantó sus dos manos superiores sobre la cabeza, con las palmas hacia dentro.

—*Bidaesi charaa* —dijo, con voz sorprendentemente melodiosa—. *Lyaaunu baaraemaa dukhnu phaeri*.

—Anuncia la llegada de los extranjeros —tradujo Cetrespeó—. Lo más probable es que se refiera a nosotros. Sin embargo, teme que traigan peligro y problemas a su pueblo, una vez más.

Chewbacca rugió un comentario sarcástico.

—Sí, van directos al grano —dijo Han—. No son muy diplomáticos.

—Traemos esperanza a tu pueblo —replicó el jefe noghri—. Si nos dejáis pasar, os liberaremos de la dominación del Imperio.

Cetrespeó tradujo, vertiendo en su tono remilgado las melodiosas palabras myneyrshi, en opinión de Han. Un psadan efectuó un ademán de cortar y dijo algo que sonó como un chillido tenue y lejano, con muchas consonantes.

—Dice que el pueblo psadan tiene una gran memoria —tradujo Cetrespeó—. Al parecer, otros libertadores han venido, pero nada ha cambiado.

—Bienvenidos al mundo real —murmuró Han. Luke le lanzó una mirada.

—Dile que se explique, Cetrespeó —indicó al androide. Cetrespeó obedeció, chilló en voz

baja al psadan, y después aportó la traducción al myneyrsh, sólo para demostrar sus conocimientos. La respuesta del psadan duró varios minutos, y cuando terminó, a Han empezaban a dolerle los oídos.

—Bien —dijo Cetrespeó. Ladeó la cabeza y adoptó el tono académico que Han tanto detestaba—. Hay muchos detalles, pero de momento los pasaré por alto —se apresuró a añadir, influido por la mirada de un noghri—. Los humanos que vinieron a colonizar el planeta fueron los primeros invasores. Expulsaron a los pueblos nativos de algunas de sus tierras y sólo fueron detenidos cuando sus arcos de rayos y aves metálicas, ésas son sus palabras, por supuesto, empezaron a fallar. Mucho después llegó el Imperio, que excavó la montaña prohibida, como ya sabemos. Esclavizaron a muchos pueblos nativos para que trabajaran en el proyecto, y expulsaron a otros de sus tierras. Después de que se marcharan los constructores, llegó alguien que se hizo llamar el Guardián, y él también quiso controlar a los pueblos nativos. Por fin, llegó el que se hacía llamar Maestro Jedi, y en una batalla que iluminó el cielo derrotó al Guardián. Durante un tiempo, los pueblos nativos pensaron que serían libres, pero el Maestro Jedi convocó a humanos y pueblos nativos y les obligó a vivir juntos bajo la sombra de la montaña prohibida. Una vez más, el Imperio ha regresado. —Cetrespeóladeó la cabeza otra vez—. Como ve, amo Luke, somos los últimos de una larga lista de invasores.

—Sólo que no somos invasores —dijo Luke—. Hemos venido a liberarles del yugo del Imperio.

—Yo ya lo sé, amo Luke...

—Sé que lo sabes —le interrumpió Luke—. Díselo.

—Oh, sí, por supuesto. Empezó la traducción.

—Si quieres saber mi opinión, no les ha ido tan mal —murmuró Han a Chewbacca—. El Imperio robó planetas enteros a sus pueblos.

—Los primitivos siempre reaccionan de ese modo ante los visitantes —dijo Mara—. Suelen tener una gran memoria.

—Sí, tal vez. ¿Crees que ese Maestro Jedi del que hablaban era tu amigo C'baoth?

—¿Quién, si no? —replicó Mara, malhumorada—. Aquí debió de encontrarle Thrawn.

Han notó un nudo en el estómago.

—¿Piensas que está aquí?

—No noto nada —dijo poco a poco Mara—. Eso no significa que no pueda volver.

El jefe myneyrsh volvió a hablar. Han paseó la mirada por el claro. ¿Habría otros myneyrshi y psadans ocultos, observando el gran debate? Luke no había dicho nada, pero tenían que estar locos para no haber apostado refuerzos.

A menos que los amigos de Ekhrikhor se hubieran ocupado de ellos. Si aquello acababa mal, la compañía de los noghri sería muy de agradecer.

El myneyrsh terminó su discurso.

—Lo siento, amo Luke —se disculpó Cetrespeó—. Dicen que carecen de motivos para suponer que somos diferentes de los que ha mencionado.

—Comprendo sus temores —cabeceó Luke—. Pregúntale cómo podemos demostrarles nuestras buenas intenciones.

Cetrespeó empezó a traducir y, entretanto, un duro codo wookie se hundió en el hombro de Han.

—¿Qué pasa?

Chewbacca movió la cabeza hacia su izquierda, con la ballesta ya preparada. Han siguió el movimiento con sus ojos.

—Oh oh.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mara.

Han abrió la boca, pero ya no tuvo tiempo de hablar. El nervudo depredador que Chewbacca había visto deslizarse entre las ramas del árbol se había detenido, preparándose para saltar sobre el grupo.

—¡Cuidado! —gritó Han, y levantó el desintegrador.

Chewbacca fue más rápido. Lanzó un rugido de caza wookie, disparó y el proyectil de la ballesta casi partió en dos al animal. Cayó de la rama sobre las hojas muertas y yació inmóvil.

Los myneyrshi reunidos junto al tronco chillaron.

—Cuidado, Chewie —advirtió Han, y apuntó a los alienígenas.

—Quizá haya sido una equivocación —dijo Mara, tirante—. No se debe disparar un arma durante una conferencia de tregua.

—Tampoco se debe permitir que la conferencia sea devorada —replicó Han. Detrás de los myneyrshi, los cinco psadans se habían puesto a temblar, y confió en que los amigos de Ekhrikhor cubrieran el resto de la zona—. Díselo, Cetrespeó.

—Desde luego, capitán Solo —contestó Cetrespeó, tan nervioso como Han—. *Mulansaar...*

El jefe myneyrsh le interrumpió con un gesto cortante de ambos brazos izquierdos.

—¡Tú! —gorjeó en un básico pasable, agitando las cuatro manos en dirección a Han—. ¿Tiene un arco de rayos?

Han frunció el ceño. Pues claro que Chewbacca llevaba un arma, como todos los demás. Miró al wookiee, y comprendió de repente.

—Sí —dijo al myneyrsh, bajando el desintegrador—. Es amigo nuestro. Nosotros no tenemos esclavos, al contrario que el Imperio.

Cetrespeó empezó a traducir, pero el myneyrsh ya estaba parlotando a sus amigos.

—Buen trabajo —murmuró Mara—. No había caído en la cuenta, pero tienes razón: los últimos wookies que vieron debían de ser esclavos imperiales.

Han cabeceó.

—Esperemos que sirva de algo.

La conversación prosiguió varios minutos más, sobre todo entre los myneyrshi y los psadans. Cetrespeó intentó durante un rato efectuar la traducción, que pronto degeneró en un sucinto informe de lo esencial. Al parecer, los myneyrshi empezaban a pensar que ésta era su oportunidad de sacudirse la opresión, no sólo del Imperio, sino también del Maestro Jedi. A los psadans no les gustaban los imperiales más que a los myneyrshi, pero la idea de plantar cara a C'baoth les aterraba.

—No os estamos pidiendo que luchéis a nuestro lado —dijo Luke, cuando pudo recuperar su atención—. Esta batalla es asunto nuestro. Sólo solicitamos vuestro permiso para cruzar vuestro territorio hasta llegar a la montaña prohibida, y vuestra palabra de que no nos traicionaréis al Imperio.

Cetrespeó hizo la doble traducción, y Han se preparó para otra discusión, que no se produjo. El jefe myneyrsh volvió a levantar sus manos superiores; con las inferiores cogió el ave disecada y la ofreció a Luke.

—Creo que le está ofreciendo el salvoconducto, amo Luke —colaboró Cetrespeó—, aunque podría equivocarme. Su dialecto ha sobrevivido relativamente intacto, pero los gestos y movimientos son a menudo...

—Dale las gracias —interrumpió Luke, y aceptó el ave—. Dile que aceptamos su hospitalidad, y que no lamentarán habernos ayudado.

—¿General Covell? —La precisa voz militar, procedente de la cabina de la lanzadera, surgió del interfono—. Llegaremos a la superficie dentro de pocos minutos.

—Recibido —dijo Covell. Cerró el interfono y se volvió hacia el único otro ocupante de la lanzadera—. Casi hemos llegado.

—Sí, ya lo he oído —dijo C'baoth, risueño—. Dígame, general Covell, ¿estamos al final o al principio de nuestro viaje?

—Al principio, por supuesto. El viaje que hemos iniciado no tendrá fin.

—¿Y el gran almirante Thrawn?

Covell notó que su frente se arrugaba. No había oído nunca esa pregunta, formulada de esa manera, al menos, pero mientras vacilaba, la respuesta acudió a su mente. Al igual que todas las demás, últimamente.

—Es el principio del fin del gran almirante Thrawn —dijo.

C'baoth rió en voz baja, y su diversión acarició la mente de Covell. Éste quiso preguntar qué le divertía tanto, pero era más fácil y agradable seguir sentado y reír. De todos modos, sabía muy bien cuál era el motivo de su diversión.

—Sí, ¿verdad? —dijo C'baoth, y meneó la cabeza—. Ay, general, general. Qué ironía, ¿eh? Desde el primer momento, desde nuestro primer encuentro en mi ciudad, el gran almirante Thrawn tuvo la respuesta al alcance de su mano. Y sin embargo, está tan lejos ahora como entonces de comprender.

—¿Se refiere al poder, maestro C'baoth? —preguntó Covell. Era un tema familiar, y habría recordado sus frases sin necesidad de que acicatearan su mente.

—Sí, general Covell —respondió con gravedad C'baoth—. Le dije desde el primer momento que el auténtico poder no reside en conquistar planetas lejanos, ni en batallas, guerras o aplastar rebeliones.

Sonrió, y sus ojos brillaron alegremente en la mente de Covell.

—No, general Covell —dijo con voz plácida—. Esto, esto es el auténtico poder. Tener la vida de otro en la palma de la mano. Tener el poder de elegir su camino, sus pensamientos, sus sentimientos. Regir su vida, y decretar su muerte. —C'baoth levantó lenta, teatralmente, su mano, con la palma hacia arriba—. Poseer su alma.

—Algo que ni siquiera el emperador comprendió —murmuró Covell.

Otra oleada de placer recorrió la mente de Covell. Era muy satisfactorio ver que el maestro disfrutaba del juego.

—Ni siquiera el emperador —confirmó C'baoth, con los ojos y los pensamientos muy lejos—. Él, como el gran almirante, consideraba el poder en términos de lo que podía alcanzar. Y eso le destruyó, como yo le habría podido advertir. Porque si en verdad hubiera dominado a Vader... —Agitó la

cabeza—. En muchos sentidos, fue un idiota, pero tal vez era su destino. Quizá era la voluntad del universo que yo, y sólo yo, comprendiera. Porque sólo yo tengo la fuerza y la voluntad de conseguir ese poder. El primero..., pero no el último.

Covell asintió. Tragó saliva, porque tenía la garganta seca. No era agradable que C'baoth le dejara así, ni siquiera por un momento. Especialmente cuando le asaltaba aquella extraña soledad...

Pero el maestro lo sabía, por supuesto.

—¿Le duele mi soledad, general Covell? —preguntó, y calmó la mente de Covell con otra sonrisa—. Sí, claro que sí, pero tenga paciencia. Pronto llegará el día en que seremos legión. Y cuando llegue ese momento, nunca más volveremos a sentirnos solos. Observe.

Notó la lejana sensación como todos los demás, filtrada, enfocada y estructurada mediante la mente perfecta del maestro.

—Como ve, yo tenía razón —dijo C'baoth, mientras examinaba aquella sensación—. Ahí están. Skywalker y Jade. —Sonrió a Covell—. Ellos serán los primeros, general Covell, los primeros de muchos. Porque vendrán a mí, y cuando les haya enseñado el verdadero poder, comprenderán y se unirán a nosotros. —Sus ojos vagaron de nuevo—. Creo que Jade será la primera —añadió en tono pensativo—. Skywalker se resistió en una ocasión, y volverá a resistir, pero la llave de su alma me está aguardando en la montaña. Jade es otra cosa. La he visto en mis meditaciones. La he visto acudiendo a mí y postrándose de hinojos a mis pies. Será mía, y Skywalker la seguirá. Sea como sea.

Sonrió de nuevo. Covell le devolvió la sonrisa, complacido por la satisfacción del maestro y por el pensamiento de los demás que confortarían su mente.

Y entonces, sin previo aviso, todo se oscureció. No se trataba de soledad, sino de una especie de vacío...

Poco a poco, notó que levantaban bruscamente su cabeza por la barbilla. Tenía delante a C'baoth, en cierto modo, y le miraba a los ojos.

—¡General Covell! —tronó la voz del maestro, de una forma extraña. Covell la oía, pero no estaba allí, tal como debería—. ¿Me oye?

—Le oigo —respondió Covell.

Su voz le sonó extraña. Desvió la vista de la cara de C'baoth y contempló la interesante configuración de las líneas dibujadas sobre la mampara de la lanzadera.

Notó que le agitaban.

—¡Míreme! —gritó C'baoth.

Covell obedeció. Era extraño que pudiera ver al maestro, aunque no estuviera presente.

—¿Sigue ahí?

El rostro del maestro cambió. Algo (¿se llamaba sonrisa?) lo cruzó.

—Sí, general, estoy aquí —dijo la voz lejana—. Ya no toco su mente, pero aún soy su amo. Continuará obedeciéndome.

«Obedecer.» Un extraño concepto, pensó Covell. No equivalía a hacer lo normal.

—¿Obedecer?

—Hará lo que yo le diga. Le señalaré lo que debe decir, y lo repetirá palabra por palabra.

—Muy bien. Si lo hago, ¿volverá?

—Volveré —prometió el maestro—. Pese a la traición del gran almirante Thrawn. Gracias a su obediencia, a hacer lo que yo le diga, destruiremos juntos su traición. Y entonces, nunca más volveremos a separarnos.

—¿El vacío desaparecerá?

—Sí, pero sólo si hace lo que yo diga.

Los demás hombres vinieron más tarde. El maestro no se apartó de su lado en todo el rato, y Covell dijo todas las palabras que el maestro le había indicado. Después, los hombres se marcharon, y también el maestro.

Contempló el lugar en que le habían dejado, las configuraciones de líneas, y escuchó el vacío que le rodeaba. Por fin, se durmió.

Un extraño canto de pájaro sonó a lo lejos, y al instante cesaron los ruidos producidos por animales e insectos. Al parecer, no existía un peligro inminente, y un minuto después se reanudó la actividad y los ruidos nocturnos. Mara, apoyada contra el tronco de un árbol, se removió, descansó los doloridos músculos de su espalda y deseó que todo hubiera terminado ya.

—No es necesario que te quedes despierta —dijo a su lado una suave voz noghri—. Nosotros vigilaremos.

—Gracias —replicó Mara—. Si os da lo mismo, haré lo que debo.

El noghri guardó silencio un momento.

—Aún no confías en nosotros, ¿verdad? De hecho, aún no había pensado en ello.

—Skywalker confía en vosotros —dijo—. ¿No es suficiente?



—No es aprobación lo que buscamos —dijo el noghri—, sino la oportunidad de pagar nuestra deuda.

La mujer se encogió de hombros. Habían protegido el campamento, se habían encargado del siempre delicado paso de establecer el primer contacto con los myneyrshi y los psadans, y ahora volvían a proteger el campamento.

—Si es una deuda contraída con la Nueva República, yo diría que lo estáis haciendo muy bien —admitió—. ¿Por fin descubristeis que Thrawn y el Imperio os estaban tomando el pelo?

Sonó un breve cliqueteo, como dientes afilados entrechocando.

—¿Lo sabías?

—Había oído rumores —dijo Mara, consciente del peligroso terreno que pisaba, pero le daba igual—. Algo así como chistes. Nunca supe hasta qué punto eran ciertos.

—Todos, probablemente —dijo con calma el noghri—. Sí, comprendo que nuestras vidas y muertes fueran fuente de diversión para nuestros esclavizadores. Les convenceremos de lo contrario.

Ni rabia feroz, ni odio fanático. Una simple y gélida determinación. Peligrosísima.

—¿Cómo vais a hacerlo? —preguntó.

—Cuando llegue el momento, los noghri se volverán contra sus esclavizadores. Algunos en los planetas imperiales, otros en las naves de transporte. Y cinco grupos convergerán aquí.

Mara frunció el ceño.

—¿Conocíais la existencia de Wayland?

—No, hasta que nos guiasteis hacia aquí, pero ahora la conocemos. Hemos enviado las coordenadas a los que esperan en Coruscant. En este momento, las habrán comunicado a los demás.

Mara bufó en silencio.

—Confiáis mucho en nosotros, ¿no?

—Nuestras misiones se complementan —aseguró el noghri, y su grave maullido pareció más sombrío—. Os habéis impuesto la tarea de destruir las instalaciones de clonación. Con la ayuda del hijo de Vader, no dudamos de que lo lograréis. Por nuestra parte, los noghri hemos elegido la tarea de eliminar hasta el último recuerdo de la presencia del emperador en Wayland.

Las últimas reliquias de la presencia del emperador en donde fuera, probablemente. Mara dio vueltas a la idea en su mente, y se preguntó por qué no le dolía o enfurecía. Debía de estar cansada.

—Parece un gran proyecto —dijo—. ¿Quién es ese hijo de Vader al que esperáis para que os ayude? Siguió un breve silencio.

—El hijo de Vader ya está entre vosotros —dijo el noghri, perplejo—. Tú le sirves, al igual que nosotros.

Mara le miró en la oscuridad y, de repente, creyó que el corazón se le paralizaba en el pecho.

—¿Te refieres a... Skywalker?

—¿No lo sabías?

Mara desvió la vista y contempló la forma dormida que yacía a menos de un metro de distancia. Un horrible entumecimiento se apoderó de ella. De súbito, por fin, después de tantos años, la última y escurridiza pieza encajaba. El emperador no quería que matara a Skywalker por un contencioso personal, sino como postrer acto de venganza contra su padre.

MATARÁS A LUKE SKYWALKER.

Y en el espacio de unos segundos, todo cuanto Mara había creído sobre sí misma (su odio, su misión, toda su vida) había virado de la certeza a la confusión.

MATARÁS A LUKE SKYWALKER. MATARÁS A LUKE SKYWALKER. MATARÁS A LUKE SKYWALKER.

—No —murmuró con los dientes apretados—. Así no. Ha de ser decisión mía. Impulsada por mis propios motivos.

Pero la voz continuó repitiendo las palabras. Quizá era su resistencia y desafío lo que la azuzaba, o tal vez el profundo dominio de la Fuerza que Skywalker le había proporcionado durante los últimos días la había dotado de mayor receptividad.

MATARÁS A LUKE SKYWALKER. MATARÁS A LUKE SKYWALKER.

*Pero tú eres otra cosa, Mara.*

Mara dio un brinco y se golpeó la nuca contra el tronco del árbol. Otra voz, pero ésta no surgía de su interior, sino de...

*Te he visto en mis meditaciones, continuó la voz con placidez. Te he visto acudir a mí y postrarte de hinojos a mis pies. Serás mía, y Skywalker te seguirá. Sea como sea.*

Mara meneó la cabeza con violencia, como si intentara desembarazarse de las palabras y los pensamientos. Dio la impresión de que la segunda voz reía; luego, de repente, las palabras y la risa desaparecieron bajo una lejana y firme presión que estrujaba su mente. Apretó los dientes y resistió.

Oyó que la voz se reía de sus esfuerzos.

Y entonces, tan de súbito que se vio obligada a contener el aliento, la presión se desvaneció.

—¿Te encuentras bien? —preguntó en voz baja Skywalker. Mara bajó la vista. Skywalker estaba apoyado sobre un codo, con la cara vuelta hacia ella.

—¿Tú también lo has oído? —preguntó Mara.

—No he oído palabras, pero he sentido la presión. Mara levantó la vista hacia el dosel de hojas.

—Es C'baoth —dijo ella—. Está aquí.

—Sí —respondió Skywalker, y Mara captó temor en su voz. No era de extrañar. Se había enfrentado ya una vez a C'baoth, en Jomark, y casi había fracasado.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Mara, mientras se secaba el sudor que rodeaba su boca con una mano temblorosa—. ¿Abortamos la misión?

La silueta se encogió de hombros.

—¿Cómo? Ya sólo nos faltan dos días para llegar a la montaña. Tardaríamos mucho más en regresar al *Halcón*.

—Sólo que ahora los imperiales saben que estamos aquí.

—Tal vez —dijo poco a poco Skywalker—, pero tal vez no. ¿Tú también perdiste el contacto con brusquedad? La mujer frunció el ceño, y de pronto comprendió.

—¿Crees que le acercaron ysalamiri?

—O le han colocado uno de esos armazones que utilizabas en Jomark. En cualquiera de ambos casos, significa que le han hecho prisionero.

Mara reflexionó. En tal caso, quizá no le interesaría revelar a sus captores que unos invasores avanzaban hacia la montaña.

Mara le dirigió una penetrante mirada cuando otra idea se le ocurrió.

—¿Sabías que C'baoth iba a venir? —preguntó—. ¿Por eso querías que practicara ejercicios Jedi?

—No sabía que estaba aquí, pero sí que, algún día, tendríamos que enfrentarnos de nuevo a él. Me lo dijo en Jomark. Mara se estremeció. *Postrarte de hinojos a mis pies...*

—No quiero enfrentarme con él, Skywalker.

—Yo tampoco —contestó el joven en voz baja—, pero creo que no tendré otro remedio. —Suspiró, y después, en silencio, se puso en pie—. ¿Por qué no intentas dormir un poco? —preguntó a Mara, mientras se detenía a su lado—. Yo ya estoy desvelado, y tú has sufrido lo peor del ataque.

—Muy bien —dijo Mara, demasiado cansada para discutir—. Si necesitas que te ayude, llámame.

—Lo haré.

Caminó entre Carlissian y el wookiee hasta su hamaca y trepó a ella. Su último recuerdo, antes de sumergirse en el sueño, fue la voz agazapada en el fondo de su mente.

MATARÁS A LUKE SKYWALKER...

El informe llegó de monte Tantiss durante la noche de la nave, y le estaba esperando cuando Pellaeon llegó al puente por la mañana. El *Draklor* había llegado a Wayland más o menos según lo previsto, seis horas antes, descargado a sus pasajeros y partido de nuevo hacia Valrar, tal como le había sido ordenado. El general Covell se había negado a tomar el mando hasta la mañana local...

Pellaeon frunció el ceño. ¿Se había negado a tomar el mando? Eso no era propio de Covell.

—Capitán Pellaeon —llamó el oficial de comunicaciones—. Señor, estamos recibiendo una transmisión holográfica del coronel Selid, destacado en Wayland. Es urgente.

—Pásela a la sección holográfica del puente de popa —ordenó Pellaeon. Se levantó de su silla de mando y se encaminó a popa—. Indique al gran almirante... Da igual —se interrumpió, cuando vio por la arcada que Thrawn y Rukh subían la escalera que conducía al puente de popa.

Thrawn también le vio.

—¿Qué ocurre, capitán?

—Un mensaje urgente de Wayland, señor.

La imagen de un oficial imperial ya les estaba esperando. Pese a que el holograma reducía su tamaño a una cuarta parte, Pellaeon advirtió el nerviosismo del joven.

—C'baoth, probablemente —predijo Thrawn. Se situaron frente al holograma, y Thrawn cabeceó en dirección a la imagen—. Coronel Selid, soy el gran almirante Thrawn. Informe.

—Señor —dijo Selid, aún más rígido en su posición de firmes—. Lamento informarle, almirante, de la repentina muerte del general Covell.

Pellaeon se quedó boquiabierto.

—¿Cómo? —preguntó.

—Aún no lo sabemos, señor. Al parecer, murió mientras dormía. Los médicos siguen realizando análisis, pero hasta el momento sólo han podido insinuar que grandes porciones del cerebro del general se fundieron.

—El tejido cerebral no se «funde» así como así, coronel —dijo Thrawn—. Tiene que existir alguna razón.

Selid pareció encogerse. >

—Sí, señor. Lo siento, señor. No quería decir eso. '

—Lo sé —le tranquilizó Thrawn—. ¿Y el resto de los pasajeros?

—Los médicos les están examinando. Hasta el momento, ningún problema. Además, están examinando a todos aquellos que siguen en el interior de la guarnición. Las tropas del general Covell, la compañía que llegó con él a bordo del *Draklor*, ya se habían dispersado por el exterior de la montaña cuando murió.

—¿Toda la compañía? —se sorprendió Pellaeon—. ¿Por qué?

—No lo sé, señor. El general Covell dio las órdenes. Después de la reunión general, o sea, antes de morir.

—Quizá deberíamos empezar desde el principio, coronel —le interrumpió Thrawn—. Cuéntemelo todo.

—Sí, señor. —Selid se serenó visiblemente—. El general Covell y los demás aterrizaron en la lanzadera hace unas seis horas. Intenté cederle el mando de la guarnición, pero se negó. A su vez, insistió en hablar en privado con sus tropas en una de las salas de descanso de los oficiales.

—¿Qué tropas? —preguntó Thrawn—. ¿Toda la guarnición?

—No, señor, sólo las que le acompañaban en el *Draklor*. Dijo que debía darles órdenes especiales. Pellaeon miró a Thrawn.

—Pensaba que habría tenido tiempo suficiente en la nave para darles órdenes especiales.

—Sí —admitió Thrawn—. Eso sería lo lógico.

—Tal vez fue idea de C'baoth, señor —sugirió Selid—. No dejó al general ni un momento desde que descendieron de la lanzadera. Murmuraba todo el tiempo.

—Fue él, sí —dijo en tono pensativo Thrawn. Su voz era serena, pero había algo en ella que provocó escalofríos a Pellaeon—. ¿Dónde está ahora el maestro C'baoth?

—En las antiguas cámaras reales del emperador. El general Covell insistió en que fueran abiertas para él.

—¿Estaría fuera de la influencia de los ysalamiri allí arriba? —preguntó Pellaeon. Thrawn agitó la cabeza.

—Lo dudo. Según mis cálculos, toda la montaña y parte de la zona circundante se encuentran en el interior de la burbuja anti-Fuerza. ¿Qué ocurrió después, coronel?

—El general pasó unos quince minutos hablando con sus tropas. Cuando salió, me dijo que les había dado órdenes secretas recibidas directamente de usted, almirante, y que yo no debía entrometerme.

—¿Y luego se fueron de la montaña?

—Sí, después de desvalijar uno de los almacenes de explosivos y maquinaria. De hecho, pasaron un par de horas más en el interior de la guarnición antes de salir. Después, C'baoth acompañó al general a sus aposentos, y dos milicianos le acompañaron luego a las cámaras reales. Destiné el resto de la guarnición a las rutinas nocturnas habituales, y eso fue todo. Hasta esta mañana, cuando el ordenanza encontró al general.

—De modo que C'baoth no estaba con el general cuando éste murió —dijo Thrawn.

—No, señor, aunque los médicos opinan que el general no vivió mucho más después de que C'baoth se marchara.

—Y estuvo con el general hasta ese momento.

—Sí, señor.

Pellaeon miró de reojo a Thrawn. El gran almirante tenía la mirada perdida en la lejanía, con sus ojos rojos entornados.

—Dígame, coronel, ¿qué impresión le causó el general Covell?

—Bueno... —Selid titubeó—. Debo decir que me llevé una cierta decepción.

—¿Por qué?

—No era como yo esperaba, almirante —explicó Selid, muy violento. Pellaeon no le culpó: criticar a un oficial superior frente a otro constituía un grave quebranto de la etiqueta militar. Sobre todo, entre diferentes ramas del servicio—. Parecía... distante es la palabra que yo utilizaría, señor. Insinuó que mi sistema de seguridad era deficiente y que llevaría a cabo importantes cambios, Pero no me los especificó. De hecho, apenas me habló mientras estuvo aquí. Y no sólo fue conmigo, sino con los demás oficiales que intentaron hablar con él. Estaba en su derecho, por supuesto, y tal vez estuviera cansado, pero no encajaba con la reputación de que venía precedido.

—No, tiene razón —dijo Thrawn—. ¿Funciona el sistema holográfico de los antiguos aposentos imperiales, coronel?

—Sí, señor, aunque es posible que C'baoth no esté en el salón del trono.

—Estará —replicó con frialdad Thrawn—. Conécteme con él.

—Sí, señor.

La imagen de Selid desapareció y fue reemplazada por el símbolo de pausa.

—¿Cree que C'baoth hizo algo a Covell? —preguntó en voz baja Pellaeon.

—No se me ocurre otra explicación. Creo que nuestro bienamado Maestro Jedi intentó apoderarse de la mente de Covell, quizá para sustituir partes enteras por las suyas. Cuando tropezó con la burbuja de los ysalamiri y perdió el contacto directo, no quedaba lo suficiente de Covell para que siguiera vivo mucho tiempo.

—Entiendo. —Pellaeon desvió la vista, enfurecido. Había advertido a Thrawn sobre las intenciones de C'baoth. Le había advertido una y otra vez—. ¿Qué va a hacer?

El símbolo de pausa desapareció antes de que Thrawn pudiera contestar, pero no fue reemplazado por la habitual figura reducida a un cuarto de tamaño. Ante ellos surgió una enorme imagen del rostro de C'baoth, y Pellaeon dio un involuntario paso atrás.

Thrawn ni siquiera se inmutó.

—Buenos días, maestro C'baoth —dijo el gran almirante, con voz plácida—. Veo que ha descubierto el emplazamiento holográfico secreto del emperador.

—Gran almirante Thrawn —dijo C'baoth, en tono frío y arrogante—, ¿así recompensa mis esfuerzos en pro de sus ambiciones, mediante un acto de traición?

—El único traidor que hay aquí es usted, maestro C'baoth. ¿Qué le hizo a Covell?

C'baoth hizo caso omiso de la pregunta.

—No es tan fácil traicionar a la Fuerza como piensa —dijo—. Y nunca olvide, gran almirante Thrawn, que mi destrucción conllevará la suya. Lo he anticipado.

Calló, y les miró de uno en uno. Durante unos segundos, Thrawn permaneció en silencio.

—¿Ha terminado? —preguntó por fin.

C'baoth frunció el ceño. El nerviosismo y la incertidumbre se reflejaron en su cara aumentada. Pese a su aterradora majestuosidad, el sistema holográfico personal del emperador poseía algunos inconvenientes.

—De momento —dijo C'baoth—. ¿Puede aducir algo en su defensa?

—No tengo por qué defenderme, maestro C'baoth. Fue usted quien insistió en ir a Wayland. Dígame qué le hizo al general Covell.

—Primero, me devolverá la Fuerza.

—Los ysalamiri se quedarán donde están. Dígame qué le hizo al general Covell.

Los dos hombres se sostuvieron la mirada durante unos segundos. C'baoth fue el primero en rendirse, y por un momento dio la impresión de que iba a derrumbarse, pero no tardó en recuperarse, y volvió a ser el arrogante Maestro Jedi de siempre.

—El general Covell era mío, y podía hacer con él lo que me diera la gana —respondió—, como con todo lo demás del Imperio.

—Gracias —dijo Thrawn—. Es lo único que necesitaba saber. ¿Coronel Selid?

El rostro enorme se desvaneció, siendo sustituido por la imagen de Selid, reducida a un cuarto de tamaño.

—¿Sí, almirante?

—Instrucciones, coronel —dijo Thrawn—. En primer lugar, el maestro C'baoth se halla detenido. Tendrá libre acceso a los aposentos reales y al salón del trono del emperador, pero no podrá abandonarlos. Se desconectarán todos los circuitos de control de esas plantas, por supuesto. En segundo lugar, procederá a investigar en qué punto del interior de la montaña fueron vistas las tropas del general Covell antes de partir.

—¿Por qué no se lo preguntamos a las tropas, señor? —sugirió Selid—. Llevarán comunicadores encima.

—Porque no estoy seguro de si podemos fiarnos de sus respuestas, lo cual me lleva a la tercera orden. No se permitirá el regreso a ninguno de los soldados que se encontraban bajo las órdenes del general Covell.

Selid se quedó boquiabierto.

—¿Señor?

—Me ha oído bien —dijo Thrawn—. Otro transporte irá a buscarles dentro de unos días, en cuyo momento serán rodeados y evacuados del planeta. No se les permitirá entrar de nuevo en la montaña bajo ninguna circunstancia.

—Sí, señor —contestó Selid, ruborizado—. Pero, señor... ¿Qué les digo?

—La verdad —replicó Thrawn en voz baja—. Que sus órdenes no procedían de Covell, ni mucho menos de mí, sino de un traidor al Imperio. Hasta que Inteligencia averigüe los detalles, toda la compañía será considerada bajo sospecha, cómplices inconscientes de una traición.

La palabra pareció colgar entre ellos en el aire.

—Comprendido, señor —dijo Selid por fin.

—Bien. Queda confirmado como comandante de la guarnición, por supuesto. ¿Alguna pregunta? Selid se irguió.

—No, señor.

—Bien. Cumpla las órdenes, coronel. *Quimera* fuera. La figura se desvaneció.

—¿Cree que es prudente dejar a C'baoth allí, señor? —preguntó Pellaeon.

—No hay otro lugar más seguro en todo el Imperio —indicó Thrawn—. De momento, al menos. Pellaeon frunció el ceño.

—No comprendo.

—El Imperio dejará de necesitarle muy pronto, capitán —dijo Thrawn. Se volvió y caminó hacia la sección principal del puente—. Sin embargo, aún tiene que jugar un último papel en nuestra lucha por la consolidación del poder. —Se detuvo en el extremo del pasillo elevado—. C'baoth está loco, capitán, en eso estamos ambos de acuerdo, pero esa locura reside en su mente, no en su cuerpo.

Pellaeon le miró fijamente.

—¿Está insinuando que vamos a clonarlo?

—¿Por qué no? En monte Tantiss no, desde luego, teniendo en cuenta las condiciones que reinan en ese lugar. Tampoco a la velocidad que permiten las instalaciones. Es ideal para técnicos y pilotos de cazas TIE, pero no para un proyecto de tanta importancia. No, mi intención es que ese clon acceda a la niñez, para que luego llegue a la madurez a la velocidad normal, durante sus últimos diez o quince años. Bajo condiciones especiales, por supuesto.

—Entiendo. —Pellaeon intentó mantener serena la voz. Un C'baoth joven, o tal vez dos, diez o veinte, sueltos por la galaxia. Era una idea a la que tardaría en acostumbrarse—. ¿Dónde montaría esas instalaciones de clonación?

—En un lugar absolutamente seguro. Tal vez en algún planeta de las Regiones Desconocidas, donde serví en cierta ocasión al emperador. Ordenará a Inteligencia que empiece a buscar un lugar apropiado cuando hayamos aplastado a los rebeldes en Bilbringi.

Pellaeon torció los labios. En efecto, el peligrosamente etéreo ataque a Bilbringi. Por culpa de los problemas planteados por C'baoth, casi había olvidado el principal objetivo del momento. O sus reservas al respecto.

—Sí, señor. Almirante, me veo obligado a recordarle que todas las pruebas siguen indicando que Tangrene es el principal punto de ataque.

—Soy consciente de las pruebas, capitán. Sin embargo, estarán en Bilbringi.

Paseó la mirada por el puente, sin que sus ojos rojos perdieran detalle de nada. Y los tripulantes lo sabían. En cada puesto de servicio, se produjeron los sonidos y movimientos sutiles de hombres conscientes de que su comandante les estaba mirando, y se esforzaron por dar lo mejor de sí mismos.

—Y nosotros también —dijo el gran almirante a Pellaeon—. Ponga rumbo a Bilbringi, capitán, y preparémonos para recibir a nuestros invitados.

Wedge vació los restos de su copa y la dejó sobre la madera astillada y manchada de la pequeña mesa, mientras miraba al otro lado de la ruidosa cantina de Mumbri Storve. El local estaba tan abarrotado como cuando Janson, Hobbie y él habían llegado, una hora antes, pero la composición de la muchedumbre había cambiado un poco. La mayor parte de los jóvenes se habían ido, tanto las parejas como los grupos, siendo sustituidos por gente mayor y más sedentaria. Los marginados también empezaban a desfilar, lo cual indicaba que había llegado el momento de que también se marcharan.

Sus pilotos del Escuadrón Pícaro también lo sabían.

—¿Hora de marcharse? —sugirió Hobbie, en voz lo bastante alta para hacerse oír sobre el estruendo.

—Exacto —cabeceó Wedge.

Se puso en pie y rebuscó en su bolsa una moneda para pagar la última ronda. Su bolsa civil, y odiaba los malentendidos, pero resultaría bastante peliagudo que se pasearan por la ciudad con sus uniformes de la Nueva República, junto con los distintivos del Escuadrón Pícaro.

Encontró una moneda del tamaño adecuado y la dejó caer en el centro de la mesa, mientras los demás se levantaban.

—¿Adonde vamos ahora? —preguntó Janson, mientras estiraba los músculos de la espalda.

—A la base, supongo —dijo Wedge.

—Bien —gruñó Janson—. Pronto amanecerá.

Wedge cabeceó mientras se dirigía hacia la salida. Daba igual cuándo amaneciera; mucho antes, se largarían de este planeta y volarían hacia su punto de cita, cerca de los astilleros de Bilbringi.

Se abrieron paso entre las mesas abarrotadas. En un momento dado, un individuo flaco y alto empujó su silla hacia atrás, estuvo a punto de aplastar los pies de Wedge y se puso en pie, tambaleante.

—Cuidado —farfulló, casi tirándose encima de Wedge.

—Tranquilo, amigo —gruñó Wedge, mientras intentaba recuperar el equilibrio. Vio por el rabillo del ojo que Janson se acercaba al tipo y le sostenía con un brazo.

—Me parece perfecto —murmuró el hombre. Dejó de farfullar y rodeó la espalda de Wedge con el brazo—. Todos los cuatro, tranquilos, y ayudemos al pobre borracho a salir de aquí.

Wedge se puso rígido. En cuestión de un segundo, habían pasado de una tranquila noche en la ciudad a un serio apuro. Una vez atrapados Janson y él, sólo quedaba Hobbie, con una pistola a mano, pero su atacante no habría olvidado traer refuerzos.

El hombre alto notó la tensión de Wedge.

—Relájate, tío —le reprendió con suavidad—. No te acuerdas de mí, ¿eh?

Wedge contempló con el ceño fruncido la cara que casi se aplastaba contra la suya. No la reconoció, pero era muy probable que en esa tesitura no reconociera ni a su propia madre.

—¿Debería? —murmuró. El otro volvió a farfullar.

—Eso pensaba —dijo, en tono ofendido—. Si alguien te ayuda a luchar contra un Destructor Imperial, deberías acordarte de él. Sobre todo cuando ocurre en el culo de la galaxia.

Wedge arrugó el entrecejo un poco más, casi sin darse cuenta de que todo el grupo se había puesto en marcha. ¿En el culo de la galaxia...? Y de repente, lo supo. La flota *Katana*, y los hombres de Talón Karrde surgiendo de la nada para ayudarles en su lucha contra los imperiales. Y después, las breves y problemáticas incursiones en el interior del Crucero Estelar...

—¿Aves?

—No ha sido tan difícil, ¿verdad? —aprobo el otro—. Ya te dije que, si te esforzabas, podrías conseguirlo. Bien, sigamos con calma y tranquilidad, sin llamar más atención de la necesaria.

No parecía existir otra alternativa que obedecer, pero mientras Wedge avanzaba hacia la salida, sus ojos no cesaron de moverse, buscando algo que pudiera utilizar para salir del mal paso. Se

suponía que Karrde y los suyos habían accedido a proporcionar información a la Nueva República, pero eso no significaba que fueran aliados. Y si el Imperio les había amenazado..., o sobornado...

Ninguna oportunidad de escapar se les brindó antes de atravesar las puertas.

—Por aquí —dijo Aves.

Abandonó su papel de borracho y les guió por las calles apenas iluminadas y transitadas.

Janson miró a Wedge y enarcó las cejas. Wedge se encogió de hombros y siguió a Aves. Podía tratarse de una trampa, pero en ese momento la curiosidad ya había sustituido al temor. Algo iba a ocurrir, y quería descubrirlo.

No tardó mucho en averiguarlo. Dos edificios después de Mumbri Storve, Aves se desvió y desapareció en una entrada tenebrosa. Wedge le siguió, casi a la espera de encontrarse ante media docena de desintegradores, pero no había nadie con Aves.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó, mientras Janson y Hobbie se reunían con él.

Aves movió la cabeza hacia la calle.

—Fijaos —dijo—. Si no estoy equivocado, aquí viene.

Wedge miró. Un aqualish con cara de morsa pasó de largo, y lanzó una rápida mirada a la entrada antes de alejarse. El ritmo de sus pisadas varió apenas; después, se serenó y recuperó el paso. Avanzó unos pasos más...

Se oyó un golpe sordo, y el aqualish apareció de nuevo ante el portal. Dos hombres sujetaban su cuerpo inconsciente.

—¿Algún problema? —preguntó Aves.

—No —respondió uno de los hombres, mientras dejaba caer al suelo sin demasiada delicadeza al aqualish—. Son mucho más ruines que inteligentes.

—Éste era bastante inteligente —dijo Aves—. Mírale bien, Antilles. Quizá la próxima vez te des cuenta de que es un espía imperial.

Wedge contempló al alienígena.

—Conque un espía imperial, ¿eh? ¡p

—Va por libre, de hecho. —Aves se encogió de hombros—. Pero es igualmente peligroso.

Wedge le devolvió la mirada, con expresión neutra.

—Supongo que deberíamos darte las gracias —dijo. Uno de los nombres, ocupado en registrar las ropas del aqualish, masculló por lo bajo.

—Creo que sí —dijo Aves—. De no ser por nosotros, te habrías convertido en el tema principal del siguiente informe enviado por la Inteligencia Imperial.

—Eso imagino —admitió Wedge.

Intercambió miradas con Hobbie y Janson. Al fin y al cabo, aquélla había sido la idea del montaje, hacer lo posible para convencer al gran almirante Thrawn de que Tangrene era el objetivo de la Nueva República.

—¿Qué vas a hacer con él? —preguntó a Aves.

—Le cuidaremos. No te preocupes, tardará bastante en enviar más informes.

Wedge asintió. Era agradable saber que los hombres de Karrde aún estaban de su lado.

—Gracias —repitió, y esta vez de corazón—. Te debo una. Aves ladeó la cabeza.

—¿Quieres pagar la deuda ahora mismo?

—¿Cómo? —preguntó Wedge con cautela.

—Estamos preparando un trabajito. —Aves meneó vagamente la mano en dirección al cielo—. Sabemos que vosotros también. Sería de gran ayuda que lleváramos a cabo el nuestro mientras vosotros mantenéis ocupado a Thrawn. Wedge frunció el ceño.

—¿Quieres que te diga cuándo empieza nuestra operación?

—¿Por qué no? Como ya te he dicho, sabemos que tramáis algo. La actuación repetida de Bel Iblis y todo eso.

Wedge miró de nuevo a sus pilotos y se preguntó si apreciaban la ironía de la situación tanto como él. Toda una noche de sutiles insinuaciones al garete, y ahora les pedían la confirmación de la operación. El equipo del coronel Derlin no lo habría hecho mejor de haber querido.

—Lo siento —dijo poco a poco, con auténtico pesar en la voz—, pero ya sabes que no puedo decírtelo.

—¿Por qué? —preguntó con paciencia Aves—. Ya te he dicho que lo sabemos casi todo. Puedo demostrártelo, si quieres.

—Aquí no —se apresuró a decir Wedge. El objetivo era sembrar insinuaciones, no proceder con tal descaro como para levantar sospechas—. Alguien podría oírte.

Janson palmeó su brazo.

—Hemos de regresar, señor —murmuró—. Hay muchas cosas que hacer antes de irnos.

—Lo sé, lo sé —dijo Wedge. El bueno de Janson; justo lo que necesitaba—. Escucha, Aves, te

diré lo que voy a hacer. ¿Vas a quedarte un rato por aquí?

—Tal vez. ¿Por qué?

—Deja que hable con el comandante de mi unidad, a ver si consigo un permiso especial para ti.

La expresión de Aves reflejó con claridad su opinión sobre la idea.

—Vale la pena probar —contestó con diplomacia—. ¿Tardarás mucho en recibir la respuesta?

—No lo sé. Está tan ocupado como los demás. Intentaré ponerme en contacto contigo de una forma u otra, pero si no recibes ninguna noticia mía antes de veintiocho horas, no me esperes.

Aves quizá sonrió levemente, pero para Wedge fue imposible precisarlo a la escasa luz.

—Muy bien —gruñó—. Supongo que es mejor que nada. Deja los mensajes al camarero nocturno del café Dona Laza.

—De acuerdo. Hemos de irnos. Gracias de nuevo.

Los dos pilotos y él cruzaron la calle. Cuando se encontraron a dos manzanas de distancia, Hobbie habló.

—Veintiocho horas, ¿eh? Muy listo.

—Eso he pensado —dijo con modestia Wedge—. Nos permitiría llegar a Tangrene justo a tiempo de la gran batalla.

—Esperemos que piense vender la información al Imperio —murmuró Janson—. Sería una pena haber malgastado toda la velada.

—Oh, la venderá, la venderá —resopló Hobbie—. Es un contrabandista. ¿Para qué la iba a querer, si no?

Wedge pensó en la batalla de la *Katana*. Quizá Karrde y su gente no eran más que escoria, siempre dispuestos a venderse al mejor postor, pero él no lo creía.

—Pronto lo averiguaremos —dijo a Hobbie—. Vámonos. Como ha dicho Janson, hemos de hacer muchas cosas.



La última página apareció en la pantalla y se detuvo. EXAMEN DEL RESUMEN FINALIZADO. ¿SIGUIENTE PETICIÓN?

—Cancelar —dijo Leia.

Se reclinó en la silla y miró por la ventana. Otro callejón sin salida. Como el último, y el penúltimo. Empezaba a creer que los bibliotecarios tenían razón: si en la Antigua Biblioteca del Senado aún había información sobre las viejas técnicas de clonación utilizadas en las Guerras Clónicas, estaba tan escondida que nadie la encontraría jamás.

Captó un tenue despertar a la conciencia al otro lado de la sala. Se levantó, caminó hacia la cuna y contempló a sus hijos. Jacen estaba muy despierto, canturreaba para sí y hacía serios esfuerzos para examinarse los dedos. A su lado, Jaina seguía dormida, y sus labios gordezuelos estaban abiertos justo para dejar escapar un silbido cada vez que respiraba.

—Hola —murmuró Leia a su hijo. Lo sacó de la cuna y le acunó en sus brazos. Jacen levantó la vista, olvidando por un momento sus dedos, y le dedicó una de sus maravillosas sonrisas desdentadas—. Vaya, gracias. —Leia le devolvió la sonrisa y acarició su mejilla—. Ven, vamos a ver qué está pasando en el mundo.

Le llevó hasta la ventana. Abajo, la ciudad imperial se encontraba en pleno ajetreo; vehículos terrestres y aéreos zumbaban en todas direcciones como insectos frenéticos. Más allá de la ciudad, los picos nevados de los montes Manarai, hacia el sur, brillaban bajo el sol de la mañana. Al otro lado de las montañas, el cielo era de un azul intenso, desprovisto de nubes, y más allá del cielo...

Leia se estremeció. Más allá del cielo se hallaba el escudo planetario. Y los mortíferos asteroides invisibles del Imperio.

Jacen gorgoteó. Leia le miró y descubrió que la estaba estudiando con lo que casi parecía preocupación.

—No pasa nada —le tranquilizó, estrechándole con más fuerza—. No pasa nada. Los encontraremos todos y nos desharemos de ellos. No te preocupes.

La puerta se abrió a su espalda y Winter entró en la sala, con una bandeja que flotaba frente a ella.

—Alteza —saludó a Leia con voz suave—. Pensé que le apetecería un refresco.

—Sí, gracias. —Leia aspiró el aroma a pancha especiada que surgía del pote transportado por la bandeja—. ¿Ha ocurrido algo abajo?

—Nada interesante. —Winter empujó la bandeja hacia una mesilla auxiliar y procedió a descargarla—. Los equipos de búsqueda no han localizado nuevos asteroides desde ayer por la mañana. El general Bel Iblis ha insinuado que quizá los hayan eliminado todos.

—Dudo que el almirante Drayson lo crea.

—No —admitió Winter. Extendió una taza humeante y esperó a que Leia sujetara a Jacen con un solo brazo—. Ni tampoco Mon Mothma.

Leia cabeceó cuando cogió la taza. Para ser sincera, ni ella lo creía. Por cara que resultara la producción de escudos camuflados, no se imaginaba al Imperio tomándose tantas molestias por menos de setenta asteroides camuflados. No sería de extrañar que hubiera el doble. Los veintiuno que habían encontrado apenas habían rozado la superficie.

—¿Cómo va la investigación? —preguntó Winter, mientras se servía una taza.

—No va —admitió Leia; de un problema insoluble a otro—, aunque no sé por qué me sorprende. Los especialistas del Consejo de Investigaciones ya han examinado todos los registros, y no encontraron nada.

—Pero usted es una Jedi —le recordó Winter—. Posee la Fuerza.

—No la suficiente, al parecer. —Leia meneó la cabeza—. Al menos, no la suficiente para guiarme al archivo correcto, si es que hay un archivo correcto. Ya no estoy segura de nada.

Bebieron en silencio durante unos instantes. Leia paladeó el suave sabor de la paricha caliente, muy consciente de que podía tardar mucho tiempo en volver a probarla. Todas las provisiones de las raíces que daban lugar a la bebida eran importadas.

—Ayer estuve hablando con Mobvekhar —interrumpió Winter sus pensamientos—. Dijo que usted le había hablado de una pista. Algo que Mara Jade había dicho.

—Algo que Mara había dicho, combinado con algo que Luke hizo —asintió Leia—. Sí, me acuerdo, y sigo creyendo que existe una pista importante, pero no se me ocurre cuál es.

El comunicador de su cinturón zumbó.

—Sabía que no podía durar —suspiró Leia, mientras dejaba la taza sobre la mesa y extraía el comunicador. Mon Mothma le había prometido toda una mañana libre; era evidente que la promesa iba a incumplirse un poco—. Consejera Organa Solo —dijo.

Pero no era Mon Mothma.

—Consejera, aquí Comunicaciones Centrales —dijo una dinámica voz militar—. Un carguero civil llamado *Salvaje Karrde* se ha detenido frente a la línea de vigilancia. El capitán insiste en hablar con usted personalmente. ¿Desea hablar con él, o le expulsamos del sistema?

De modo que Karrde había vuelto por fin para recoger a los suyos. O bien había oído rumores y decidido echar un vistazo a Coruscant!. En cualquier caso, significaba problemas.

—Será mejor que hable con él —dijo al controlador.

—Sí, consejera. Se oyó un leve clic.

—Hola, Karrde. Soy Leia Organa Solo.

—Hola, consejera —respondió la voz fría y bien modulada de Karrde—. Me alegra hablar de nuevo con usted. Espero que recibiera mi paquete.

Leia tuvo que hacer memoria. Sí, la grabación macroprismática del ataque a Ukio.

—En efecto. Permítame expresarle la gratitud de la Nueva República.

—Su gratitud ya ha sido ampliamente expresada —dijo con sequedad Karrde—. ¿Se produjeron desagradables repercusiones a causa del pago acordado?

—Al contrario —mintió un poco Leia—. Nos encantará pagar tarifas similares por más información de esa calidad.

—Me alegra saberlo. ¿Tienen interés en el mercado tecnológico, por casualidad?

Leia parpadeó. No se esperaba aquella pregunta.

—¿Qué tipo de tecnología?

—Del tipo semirare. Si me concede permiso para bajar, hablaremos del tema.

—Temo que eso no sea posible. Se ha restringido la entrada y salida de Coruscant! de todo tráfico que no sea esencial.

—¿Sólo el tráfico no esencial?

Leia hizo una mueca. El hombre había escuchado los rumores.

—¿Qué ha oído, exactamente?

—Sólo susurros escogidos. Y sólo uno me interesa. Hábleme de Mara.

—¿Qué quiere saber? —preguntó Leia, a la defensiva.

—¿Está detenida? ,> Leia desvió la vista hacia Winter.

>

—Karrde, creo que no deberíamos hablar de...

—No me venga con ésas —la interrumpió Karrde, con voz uno o dos grados más fría—. Me debe más. A ella, para ser exactos.

—Lo sé —replicó Leia con el mismo tono cortante—. Si me deja terminar, creo que no deberíamos hablar del tema por un canal abierto.

—Ah, ya entiendo. —Si su equivocación le turbó, su voz no lo demostró—. Vamos a probar otra cosa. ¿Está Ghent disponible?

—Está por ahí.

—Encuéntrele y siéntele ante una terminal provista de acceso al sistema de comunicaciones. Dígame que programe uno de mis códigos cifrados personales, el que quiera. Así tendremos intimidad.

Leia reflexionó. Así evitarían que les captaran naves civiles de paso por el sistema, aunque algo muy distinto sería engañar a los probables androides sondeadores imperiales.

—Algo es algo —admitió—. Iré a buscarle. "

—Esperaré.

La señal enmudeció. ;

—¿Problemas? —preguntó Winter. <••

—Es probable.

Leia miró a Jacen y sintió un extraño cosquilleo en el fondo de su mente. Experimentó de nuevo la siniestra sensación de que información vital flotaba en la oscuridad, justo fuera de su alcance. Ya había decidido que Luke y Mara estaban relacionados con ella. ¿También Karrde?

—Ha venido para interceder por Mara... y no creo que le guste descubrir que se ha ido. Ocupate de los gemelos, por favor. He de encontrar a Ghent y bajar a la sala de guerra.

La lista de datos llegó al final y se detuvo.

—Tiene buen aspecto —dijo Ghent a Leia. Contempló la pantalla y efectuó un último ajuste en el plan codificado—. No perderá más de una sílaba de vez en cuando. Adelante.

—Cuidado con lo que dice —le advirtió Bel Iblis—. Aún podría haber androides sondeadores a la escucha, y no tenemos garantías de que los imperiales no hayan descubierto los códigos cifrados de Karrde. No diga nada que no sepan ya.

—Entiendo —cabeceó Leia. Se sentó y tocó el interruptor que le indicaba el oficial de comunicaciones—. Ya estamos preparados, Karrde.

—Y yo también —contestó la voz de Karrde. Parecía menos aguda de lo normal, pero por lo demás se escuchaba bien—. ¿Por qué está detenida Mara?

—Hace unas semanas, irrumpió en palacio un comando imperial —dijo Leia, eligiendo las palabras con cuidado—. El jefe del comando implicó a Mara como cómplice.

—Eso es absurdo —bufó Karrde.

—Estoy de acuerdo, pero una acusación así ha de ser investigada.

—¿Y qué han descubierto sus investigadores?

—Lo que algunos ya sabíamos: que en otro tiempo fue miembro del séquito personal del emperador.

—¿Por eso la retienen aún? ¿Por cosas ocurridas hace años?

—No nos preocupa su pasado. —Leia empezó a sudar un poco. Odiaba engañar a Karrde, sobre todo después de la ayuda que les había prestado, pero si había androides sondeadores a la escucha, necesitaba dar a entender que Mara todavía se encontraba bajo sospecha—. Ciertos miembros del Consejo y del alto mando están preocupados por sus lealtades actuales.

—Entonces, esos miembros están locos —replicó Karrde—. Me gustaría hablar con ella.

—Temo que es imposible. No se le permite el acceso a las comunicaciones externas.

Surgió un leve sonido del altavoz que Leia no reconoció.

—Explíqueme por qué no puedo aterrizar —dijo Karrde—. He oído rumores. Dígame la verdad.

Leia miró a Bel Iblis, que asintió a regañadientes.

—La verdad es que sufrimos un asedio —dijo Leia—. El gran almirante ha colocado en órbita un gran número de asteroides camuflados alrededor de Coruscant. Ignoramos cuáles son sus órbitas, y cuántos hay. Hasta que los localicemos y destruyamos a todos, el escudo planetario ha de estar levantado.

—Vaya —murmuró Karrde—. Interesante. Me enteré del ataque relámpago del Imperio, pero no sabía nada de los asteroides. La mayoría de los rumores insinuaban que ustedes habían sufrido graves daños e intentaban ocultarlo.

—La típica historia que Thrawn pondría en circulación —gruñó Bel Iblis—. Una brecha en nuestra moral para mantenerle divertido entre ataque y ataque.

—Es un experto en todos los aspectos de la guerra —admitió Karrde, pero Leia captó algo extraño en su tono—. ¿Cuántos asteroides han descubierto hasta el momento? Supongo que los habrán buscado.

—Hemos localizado y destruido veintiuno. Eso hace veintidós, contando el que los imperiales destruyeron para evitar que lo capturáramos, pero nuestros datos de la batalla indican que pudieron lanzar hasta doscientos ochenta y siete.

Karrde guardó silencio un momento.

—No puede haber tantos, teniendo en cuenta el espacio implicado. Me gustaría arriesgarme y descender.

—Usted no nos preocupa —intervino Bel Iblis—. Pensamos en lo que ocurriría si un asteroide de cuarenta metros atravesara el escudo y golpeará la superficie de Coruscant.

—Me bastaría un lapso de cinco segundos —insistió Karrde.

—No vamos a subirlo —dijo con firmeza Leia—. Lo siento. Otro tenue ruido procedente del altavoz.

—En ese caso, no me queda otra opción que ofrecer un trato. Ha dicho antes que están dispuestos a pagar a cambio de información. Muy bien. Tengo algo que ustedes necesitan; mi precio es entrevistarme unos minutos con Mara.

Leia miró a Bel Iblis con el ceño fruncido, y recibió a cambio otra mirada de perplejidad. Tampoco adivinaba las intenciones de Karrde, pero era obvio que no podían prometerle hablar con Mara.

—No puedo prometer nada —dijo—. Déme la información y procuraré ser justa.

Siguió un momento de silencio, mientras el contrabandista meditaba.

—Supongo que es lo máximo que voy a conseguir —dijo por fin—. Muy bien. Ya pueden bajar el escudo cuando quieran. Todos los asteroides están destruidos.

—¿Cómo? —exclamó Leia.

—Ya me ha oído. Están destruidos. Thrawn dejó veintidós; ustedes han destruido veintidós. El asedio ha terminado.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Bel Iblis.

—Estuve en los astilleros de Bilbringi poco antes del ataque relámpago del Imperio. Observamos que trabajaban en un grupo de veintidós asteroides bajo estrechas medidas de seguridad. En aquel momento no supimos lo que el Imperio estaba haciendo con ellos, naturalmente.

—¿Grabaron la escena? —preguntó Bel Iblis.

—Tengo los datos sensores del *Salvaje Karrde*. Si están preparados, se los transmitiré.

—Adelante.

Se encendió la luz del alimentador de datos, y Leia levantó la vista hacia la pantalla principal. Era el interior de los astilleros de Bilbringi, en efecto; lo reconoció gracias a los vuelos de vigilancia de la Nueva República. Y en el centro, rodeados por una nave de apoyo y trabajadores con trajes de mantenimiento...

—Tiene razón —murmuró Bel Iblis—. Hay veintidós.

—Eso no demuestra que no haya más, señor —señaló el oficial que se encargaba de la consola del sensor—. Pudieron montar otro grupo en Ord Trasi o Yaga Menor.

—No. —Bel Iblis meneó la cabeza—. Aparte de los problemas logísticos que comportaría, no me imagino a Thrawn desplegando su tecnología de camuflaje más de lo necesario. Lo último que podría permitirse sería que nos apoderáramos de un modelo en funcionamiento.

—O una lectura de los sistemas —dijo Karrde—. Si descubrieran un punto débil, perdería una de sus principales ventajas sobre ustedes. Muy bien, he cumplido mi parte del trato. ¿Qué me dicen de la suya?

Leia miró a Bel Iblis, impotente.

—¿Por qué quiere hablar con ella? —preguntó el general.

—Uno de los peores aspectos de estar encerrado es la sensación de haber sido abandonado —dijo con frialdad Karrde—. Imagino los sentimientos de Mara, porque a mí me pasó lo mismo cuando fui invitado involuntario de Thrawn a bordo del *Quimera*. Quiero notificarle en persona que no la he olvidado.

—¿Leia? —murmuró Bel Iblis—. ¿Qué hacemos?

Leia miró al general, oyó sus palabras, pero no las registró. Ya tenían la clave que iban buscando: el encarcelamiento de Karrde a bordo del *Quimera*...

—¿Leia? —repitió el general, ceñudo.

—Le he oído. —Las palabras sonaron lejanas y mecánicas a sus oídos—. Déjele aterrizar.

Bel Iblis desvió la vista hacia el oficial de cubierta.

—Quizá deberíamos...

—He dicho que le dejen aterrizar —interrumpió Leia, con más contundencia de la que pretendía. De pronto, todas las piezas encajaban, y la imagen que formaban era la de un desastre en potencia—. Yo asumo la responsabilidad.

Bel Iblis estudió su cara durante unos momentos.

—Karrde, soy Bel Iblis —dijo lentamente—. Le concederemos su abertura de cinco segundos. Espere las instrucciones de aterrizaje. Gracias. Hasta ahora.

Bel Iblis hizo un ademán al oficial de cubierta, el cual cabeceó y se puso manos a la obra.

—Muy bien, Leia. ¿Qué ocurre?

—Se trata de los clones, Garm. Ya sé cómo Thrawn consigue que maduren con tal rapidez.

Toda la sala de guerra se sumió en el silencio.

—Explíquese —dijo Bel Iblis.

—Es la Fuerza. —Era tan evidente, tan completamente evidente, y no lo había comprendido—. ¿No lo ve? Cuando se hace un duplicado exacto de un ser consciente, se produce entre el duplicado y el original una resonancia natural, o algo por el estilo, mediante la Fuerza. Eso es lo que moldea la mente de un clon que ha crecido demasiado rápido. No hay suficiente tiempo para que la mente se adapte a la presión ejercida sobre ella. No puede ajustarse; se rompe.

—Muy bien —dijo Bel Iblis, dudoso—. ¿Cómo soluciona Thrawn el problema?

—Es muy sencillo. —Un escalofrío recorrió el cuerpo de

Leia—. Utiliza ysalamiri para aislar los tanques de clonación de la Fuerza.

El rostro de Bel Iblis se puso rígido. Alguien juró por lo bajo al otro lado de la silenciosa sala.

—La clave fue el rescate de Karrde del *Quimera* —siguió Leia—. Mara me dijo que el Imperio se había llevado cinco o seis mil ysalamiri de los bosques de Myrkr, pero no los cargaron en sus naves de guerra, porque cuando Luke y ella fueron a por Karrde, utilizaron la Fuerza sin problemas.

—Porque los ysalamiri estaban en Wayland —cabeceó Bel Iblis. Dirigió una mirada penetrante a Leia y su estado de ánimo cambió bruscamente—. Lo cual significa que cuando la partida llegue a la montaña...

—Luke estará indefenso —asintió Leia, con un nudo en la garganta—. Y no lo sospechará hasta que sea demasiado tarde.

Se estremeció de nuevo y el sueño que había tenido la noche del ataque imperial volvió a ella. Luke y Mara, enfrentados a un Jedi loco y a otra amenaza desconocida. En aquel momento, se había calmado con la certeza de que Luke podría intuir la presencia de C'baoth en Wayland y tomar medidas para evitarle, pero si había ysalamiri, podría caer en manos del otro.

No. *Caería* en manos de C'baoth. De alguna manera, lo supo. Lo de aquella noche no había sido un sueño, sino una visión Jedi.

—Hablaré con Mon Mothma —dijo Bel Iblis, con rostro sombrío—. Pese al ataque a Bilbringi, quizá podamos enviar algunas naves en su ayuda.

Dio la vuelta y se dirigió a toda prisa hacia la salida. Leia le vio marchar, mientras la sala de guerra salía del trance poco a poco. Sabía que lo intentaría, pero también sabía que fracasaría. Mon Mothma, el comandante Sesfan y el propio Bel Iblis ya lo habían dicho: no contaban con bastantes fuerzas para atender a la vez a Bilbringi y Wayland. Y sabía demasiado bien que no todos los miembros del Consejo creerían que la amenaza de los asteroides camuflados había desaparecido. Al menos, no los suficientes para suspender el ataque a Bilbringi.

Lo cual significaba que sólo una persona podía acudir en ayuda de su hermano y su marido.

Leia respiró hondo y siguió los pasos de Bel Iblis. Tenía que hacer muchas cosas antes de que Karrde llegara.

Tres personas esperaban a Karrde cuando éste salió de la nave, ocultas bajo el dosel que sobresalía por encima del túnel de acceso. Karrde las distinguió desde lo alto de la rampa de entrada del *Salvaje Karrde* y, pese a las sombras, identificó a dos antes de recorrer la mitad de la distancia. Leia Organa Solo, y Ghent detrás de ella. La tercera silueta, parada detrás de las otras dos, era menuda y vestía la tosca túnica marrón de los jawa. Karrde ignoraba qué hacía allí un barrendero del desierto, pero cuando el grupo se desgajó de las sombras y vio la expresión de Organa Solo, adivinó que no tardaría en averiguarlo.

—Buenos días, consejera —saludó, mientras inclinaba un poco la cabeza—. Me alegro de verte, Ghent. Confío en que hayas sido útil.

—Supongo —dijo Ghent, inquieto. Demasiado inquieto—. Eso dicen, al menos.

—Bien. —Karrde desvió su atención hacia el tercer miembro del grupo—. Y vuestro amigo es...

—Soy Mobvekhar del clan Hakh'khar —maulló una voz grave. Karrde resistió el impulso de retroceder un paso. Fuera quien fuese el que se ocultaba bajo la túnica, no era un jawa.

—Es mi guardaespaldas —explicó Organa Solo.

—Ah. —Karrde apartó los ojos con esfuerzo de la figura encapuchada—. Bien —dijo, y señaló la vía de acceso—. ¿Vamos? Organa Solo meneó la cabeza.

—Mara no está aquí.

Karrde lanzó una mirada a Ghent, que estaba cada vez más nervioso.

—Usted me dijo que sí.

—Sólo admití que estaba detenida —dijo Organa Solo—. En aquel momento, no podía decir nada más, por si había androides sondeadores imperiales escuchando.

Karrde dominó su irritación con un esfuerzo. Al fin y al cabo, todos eran del mismo bando.

—¿Dónde está?

—En un planeta llamado Wayland, junto con Han, Luke y algunos más.

¿Wayland? Karrde no creía haber oído jamás aquel nombre.

—¿Y qué tiene de interés Wayland? —preguntó.

—Las instalaciones de clonación del gran almirante Thrawn. Karrde la miró fijamente.

—¿Las han descubierto?

—Nosotros no. Mara.

Karrde asintió como un autómatas. De modo que habían descubierto solitos las instalaciones de clonación. Todo el trabajo llevado a cabo para organizar a los grupos de contrabandistas no servía de nada. El trabajo, el riesgo, por no mencionar el dinero que había pensado pagarles.

—¿Están seguros de que las instalaciones de clonación se encuentran allí?

—Pronto lo averiguaremos —dijo Organa Solo, y señaló la nave—. Necesito que me lleve allí. Ahora mismo.

—¿Por qué?

—Porque la expedición corre peligro. Puede que aún no lo sepan, pero es así. Y si proceden según el calendario programado, existe una posibilidad de que les alcancemos antes de que sea demasiado tarde.

—Ella me lo contó todo mientras veníamos —añadió Ghent, vacilante—. Creo que deberíamos... Se interrumpió cuando Karrde le miró.

—Simpatizo con los suyos, consejera —dijo—, pero hay otros asuntos que también exigen mi atención.

—Entonces, abandonará a Mara —le recordó Organa Solo.

—No siento particular devoción por Mara —replicó Karrde—. Es un miembro de mi organización; nada más.

—¿No es suficiente?

Karrde la miró un momento. Ella sostuvo su mirada, desafiando su baladronada, y vio en sus ojos que lo era. No podía abandonar a Mara a su muerte, como tampoco podía abandonar a Aves, Dankin o Chin. Mientras existiera un medio de impedirlo, no.

—No es tan fácil —dijo con calma—. También soy responsable del resto de mi gente. En este momento, se están preparando para lanzar un ataque con la esperanza de obtener una trampa cristalográfica de campo gravitatorio para venderla a ustedes.

Un destello de sorpresa cruzó el rostro de Organa Solo.

—¿Una trampa cristalográfica...?

—No es la que buscan ustedes —la tranquilizó Karrde—, pero lo hemos preparado para el mismo momento, con la esperanza de que su ataque distraiga al enemigo. He de estar allí.

—Entiendo —murmuró Organa Solo, tras decidir pasar por alto la pregunta de cómo se había enterado Karrde del planeado ataque a Tangrene—. ¿Será decisivo el *Salvaje Karrde* en ese ataque?

Karrde miró a Ghent. No sería nada decisivo, después de que Mazzic, Ellor y los demás hubieran reforzado el impresionante grupo que Aves había reunido. El problema residía en que si se marchaban ahora, y tal como había hablado Organa Solo, significaba dar media vuelta y salir disparados hacia el espacio, Ghent no tendría la menor oportunidad de manipular el sistema informático de la Nueva República y recanalizar los fondos que necesitaba para pagar a los demás grupos.

A menos que pudiera conseguir el dinero de otra forma.

—No puede ser —dijo a Organa Solo con firmeza—. No puedo fallar a mi gente. Al menos, no sin...

De repente, el alienígena que llevaba la túnica jawa chasqueó los dedos. Karrde se interrumpió a mitad de la frase y contempló fascinado al ser, mientras se deslizaba sin hacer el menor ruido en el túnel de acceso y un delgado cuchillo aparecía en su mano. Desapareció por la puerta, y se hizo el silencio durante un momento. Karrde miró a Organa Solo con las cejas arqueadas, recibió como respuesta un encogimiento de hombros...

Un súbito chillido surgió desde el interior de la puerta, seguido de una conmoción casi visible. Karrde descubrió el desintegrador en su mano, y ya apuntaba hacia las siluetas cuando cesó toda actividad. El alienígena reapareció un momento después, empujando a una figura semiacuclillada.

Una figura muy familiar.

—Vaya, vaya —dijo Karrde. Bajó el desintegrador, pero no lo enfundó—. El consejero Fey'lya, me parece. ¿Se ha rebajado a escuchar detrás de las puertas?

—Va desarmado —informó con voz grave el alienígena.

—Suéltale, pues —ordenó Organa Solo.

El alienígena obedeció. Fey'lya se enderezó y el pelaje de su cabeza y torso onduló frenéticamente, mientras intentaba recuperar la compostura.

—Protesto por este tratamiento indigno —dijo, con voz algo menos melodiosa de lo habitual en los bothan—. Y no estaba espiando. El general Bel Iblis me informó de las revelaciones de la consejera Organa Solo acerca de las instalaciones de clonación en Wayland. Vine aquí, capitán Karrde, para rogarle que ayude a la consejera Organa Solo en su deseo de ir a Wayland.

Karrde sonrió, tirante.

—¿Donde no se interpondrá en su camino? Gracias, pero creo que esta escena ya la repetimos en otra ocasión. El bothan se irguió.

—Esto no tiene nada que ver con la política. El grupo de Wayland no sobrevivirá si no les avisan. Y si no sobrevive, puede que el almacén del emperador no sea destruido antes de que el gran almirante ponga a buen recaudo su contenido. —Sus ojos violetas se clavaron en los de Karrde—. Y eso sería un desastre, tanto para el pueblo bothan como para la galaxia.

Karrde le estudió unos momentos y se preguntó por qué estaba Fey'lya tan preocupado. ¿Por algún arma o tecnología que Thrawn aún no había descubierto, o algo más personal? ¿Información desagradable o comprometedor, tal vez, sobre Fey'lya o el pueblo bothan en general?

No lo sabía, y sospechaba que Fey'lya no iba a decírselo, pero los detalles no importaban.

—Los desastres en potencia para el pueblo bothan no me preocupan —dijo—. ¿Hasta qué punto le preocupan a usted? El pelaje de los hombros de Fey'lya onduló levemente.

—También sería un desastre para la galaxia —insistió.

—Eso dice usted. Repito, ¿hasta qué punto le preocupan? Fey'lya lo comprendió esta vez. Entornó los ojos y su pelaje onduló con evidente desdén.

—¿Cuántas molestias exigirá? —preguntó.

—Nada irracional —le tranquilizó Karrde—. Un crédito de, digamos, setenta mil.

—¿Setenta mil? —tronó Fey'lya, estupefacto—. ¡Oiga...!

—Ese es mi precio, consejero —le interrumpió Karrde—. Lo toma o lo deja. Y si la consejera Organa Solo tiene razón, no nos queda mucho tiempo para discusiones.

Fey'lya siseó como un depredador enfurecido.

—Usted no es mejor que un repugnante mercenario —rugió, en el tono de voz más exaltado que Karrde había oído en un bothan—. Chupa la sangre del pueblo bothan...

—Ahórreme el discurso, consejero. ¿Sí o no? Fey'lya siseó de nuevo.

—Sí.

—Bien. —Karrde miró a Organa Solo—. ¿Aún funciona el crédito que me proporcionó su hermano?

—Sí. El general Bel Iblis conoce el acceso.

—Deposite en la cuenta los setenta mil —dijo Karrde a Fey'lya—. Y tenga presente que, antes de llegar a Wayland, comprobaré que haya sido ingresado. Por si se le ocurre arrepentirse.

—Yo soy honrado, contrabandista —aulló Fey'lya—. Al contrario que algunos de los presentes.

—Me alegra saberlo —replicó Karrde—. Es difícil encontrar seres honrados. ¿Consejera Organa Solo? La princesa respiró hondo.

—Estoy preparada.

Se hallaban fuera de Coruscant y casi a punto de saltar a la velocidad de la luz, cuando Leia hizo la pregunta que la atormentaba desde que había subido a bordo.

—¿De veras nos detendremos a comprobar que Fey'lya haya ingresado los fondos?

—¿Tan justos de tiempo como usted ha insinuado? —respondió Karrde—. No sea tonta. Pero Fey'lya no lo sabe.

Leia le miró un momento, mientras el hombre manejaba el timón del *Salvaje Karrde*.

—El dinero no es tan importante para usted, ¿verdad?

—Tampoco se lo crea —la previno con frialdad—. Debo atender a ciertas obligaciones. Si Fey'lya no se hubiera decidido a colaborar, habría tenido que hacerlo su Nueva República.

—Entiendo —murmuró Leia.

Karrde debió de captar algo en su voz.

—Lo digo en serio —insistió, y lanzó en su dirección una mirada ceñuda breve y muy poco convincente—. Estoy aquí porque conviene a mis propósitos, no por la causa de su guerra.

—He dicho que lo había entendido —contestó Leia, y sonrió para sí.

Las palabras eran diferentes, pero la expresión de Karrde era casi idéntica. «Escucha, no me he metido en esto por tu revolución, ni tampoco por ti, princesa. Espero recibir una buena paga. Me he metido en esto por dinero.» Han se lo había dicho después de su tempestuosa huida de la primera Estrella de la Muerte. En aquel momento, le había creído.

Su sonrisa se desvaneció. Entonces, Luke y él le habían salvado la vida. Se preguntó si ahora llegaría a tiempo de salvar las suyas.

La entrada al monte Tantiss era un destello metálico encajado bajo un saliente de roca y vegetación. Desde un punto de observación elevado, vieron que entre ellos y la entrada se interponía un claro, en cuyo interior se alzaba una pequeña ciudad.

—¿Qué opinas? —preguntó Luke.

—Que encontraremos otra forma de entrar —respondió Han.

Hundió un poco más los hombros en las hojas muertas y trató de mantener quietos los macroprismáticos. Tenía razón: había un puesto de guardia frente a las puertas metálicas—. No querías entrar por la puerta principal, ¿verdad?

Luke palmeó su hombro dos veces, la señal de que había captado a alguien que se acercaba. Han se quedó inmóvil y aguzó el oído. Percibió un roce de pies sobre la maleza. Un minuto después, cuatro milicianos uniformados salieron de los árboles a pocos metros de distancia. Pasaron de largo sin siquiera alzar la vista y desaparecieron entre los árboles poco después. —Ahora empiezan a verse más —masculló Han. —Es por la proximidad a la montaña —explicó Luke—. Aún no he captado ninguna indicación de que hayan advertido nuestra presencia.

Han gruñó y se dedicó a observar la población del claro. La mayoría de los edificios eran cuadrados, de aspecto alienígena, y sólo uno de gran tamaño encaraba la plaza. Su ángulo de visión era deficiente, pero tuvo la impresión de que un grupo de psadans merodeaban cerca del edificio grande. ¿Una asamblea ciudadana, tal vez?

—No veo señales de que haya una guarnición —dijo, y barrió poco a poco el pueblo con los macroprismáticos—. Vigilarán el exterior de la montaña.

—Así será más fácil rodearla.

—Sí.

Han frunció el ceño cuando desvió los macroprismáticos hacia la plaza. Aquel grupo de psadans que había divisado un momento antes había formado una especie de semicírculo, de cara a un par más de pilas de rocas ambulantes que daban la espalda al edificio grande. Y su número aumentaba.

—¿Problemas? —murmuró Luke.

—No lo sé —dijo lentamente Han, mientras asentaba con más firmeza los hombros y aumentaba algo más el grado de ampliación—. Se va a celebrar una gran asamblea. Dos psadans..., pero no parece que estén hablando. Sostienen algo.

—Déjame ver. Los Jedi sabemos técnicas para mejorar la visión. Quizá influirán en una imagen macroprismática.

—Adelante.

Han le tendió el aparato y escudriñó el cielo. Lo surcaban tenues nubes algodonosas, pero nada indicaba que se fuera a cubrir pronto. Faltaban dos horas para la puesta de sol, otra media hora de luz a continuación...

—Ummm —dijo Luke.

—¿Qué pasa?

—No estoy seguro. —Luke bajó los macroprismáticos—. Pero tengo la impresión de que sostienen una agenda electrónica. Han miró hacia la ciudad.

—No sabía que utilizaban agendas electrónicas.

—Ni yo —replicó Luke, en un tono repentinamente extraño. Han arrugó el entrecejo. El muchacho se limitaba a mirar la montaña, con una expresión peculiar en el rostro.

—¿Qué ocurre?

—Es la montaña. Está oscura.

¿Oscura? Han examinó la montaña. No advirtió nada raro.

—¿De qué estás hablando?

—Está oscura —repitió Luke—. Como Myrkr. Han estudió la montaña, y luego miró a Luke.

—¿Como si un grupo de ysalamiri rechazaran la Fuerza? Luke asintió.

—Eso parece. No lo sabré con seguridad hasta que nos acerquemos más.

Han echó otro vistazo a la montaña y sintió un nudo en el estómago.

—Fantástico —murmuró—. Maravilloso. ¿Se puede saber qué hacemos ahora?

Luke se encogió de hombros.



—Seguir adelante. ¿Qué, si no?

—Volver al *Halcón* y largarnos de aquí, a menos que ardas en deseos de caer en una trampa imperial.

—No creo que sea una trampa. —Luke meneó la cabeza con aire pensativo—. No para nosotros, al menos. ¿Recuerdas cómo se cortó de repente aquel contacto con C'baoth que te mencioné?

Han se frotó la mejilla. Adivinó lo que insinuaba Luke: los ysalamiri estaban allí por C'baoth, no por él.

—No estoy tan seguro —dijo—. Pensaba que C'baoth y Thrawn estaban en el mismo bando. Lo dijo Mara.

—Quizá se enfadaron —sugirió Luke—, o tal vez Thrawn le utilizó desde el primer momento y ahora ya no le necesita. Si los imperiales ignoran que estamos aquí, los ysalamiri van destinados a él.

—Sí, bueno, da igual para qué sirvan. Te bloquearán al igual que a C'baoth. Se repetirá lo de Myrkr.

—Mara y yo nos salimos muy bien en Myrkr —le recordó Luke—. También lo haremos aquí. En cualquier caso, hemos ido demasiado lejos para retroceder ahora.

Han hizo una mueca, pero el muchacho tenía razón. Una vez el Imperio abandonara la rutina de este planeta desierto, todas las probabilidades indicaban que el siguiente grupo de la Nueva República no conseguiría llegar ni a la atmósfera.

—¿Se lo dirás a Mara antes de que lleguemos?

—Por supuesto. —Luke oteó el cielo—. Pero se lo diré durante el camino. Será mejor que prosigamos, ahora que todavía tenemos luz diurna.

—Perfecto. —Han se puso en pie, después de dedicar una última mirada a la zona. Con o sin Fuerza, dependía de ellos—. Vámonos.

Los demás les estaban esperando al otro lado de la colina.

—¿Qué hay? —preguntó Lando, cuando Han y Luke bajaron.

—Aún no saben que estamos aquí.

Han buscó con la vista a Mara. Estaba sentada en el suelo, cerca de Cetrespeó y Erredós, concentrada en un grupo de cinco piedras que había logrado elevar en el aire frente a ella. Luke le había enseñado el truco durante días, y Han se había cansado al fin de intentar disuadirle. Tenía la impresión de que las lecciones eran una pérdida de tiempo.

—¿Preparada para guiarnos hacia esa puerta trasera?

—Estoy preparada para empezar a buscarla —contestó Mara, sin dejar que las piedras cayeran—. Como ya te dije antes, desde el interior de la montaña sólo vi la instalación del sistema de aire, pero nunca vi los tubos de admisión.

—Los encontraremos —afirmó Luke, y se acercó a los androides—. ¿Cómo vas, Cetrespeó?

—Muy bien, gracias, amo Luke —respondió el androide—. Esta ruta es mucho mejor que las anteriores. —Erredós trino algo a su lado—. Erredós también opina lo mismo.

—No os aficionéis —advirtió Mara. Dejó caer las piedras y se levantó—. No habrá sendas abiertas por los myneyrshi que asciendan a la montaña. El emperador prohibió toda actividad nativa en las cercanías.

—No os preocupéis —les tranquilizó Luke—. Los noghri encontrarán un sendero.

—Carguero *Oro de Garret*, acercamiento autorizado —retumbó la voz de Control de Bilbringi en el puente del *Etéreo*—. Plataforma de Aterrizaje Veinticinco. Trayectoria directa a la boya, tal como se indica; les proporcionará el curso a seguir hasta la plataforma.

—Recibido, Control —respondió Aves, y tecleó el curso que había aparecido en la pantalla de navegación—. ¿Y los campos de seguridad?

—Sigán el curso fijado y no tropezarán con ellos. Si se desvían más de quince metros en cualquier dirección, recibirán un buen golpe en el morro. A juzgar por su aspecto, yo diría que no puede permitirse ninguno más.

Aves lanzó una mirada al altavoz. Cualquier día se iba a cansar del sarcasmo imperial.

—Gracias —dijo, y cortó la comunicación.

—Es divertido trabajar con los imperiales, ¿verdad? —comentó Gillespee desde el puesto de copiloto.

—Me encanta imaginar su expresión cuando nos larguemos de aquí con su TCCG —dijo Aves.

—Confiemos en estar lo bastante lejos para no verla en directo —advirtió Gillespee—. Tienen un sistema de vuelo muy complicado.

—No era así antes del ataque de Mazzic —gruñó Aves, mientras miraba por la portilla. Distinguió media docena de generadores de campo a lo largo de su trayectoria de acercamiento, flotando alrededor de la zona y definiendo el sendero de vuelo que la boya les proporcionaría—. Es para impedir que alguien vuele alrededor de los astilleros.

—Sí —asintió Gillespee—. Espero que tengan todos los sensores desconectados del sistema.

—Yo también. No quiero que sepan cuántos golpes puede aguantar en realidad esta nave.

Bajó la vista hacia su tablero, confirmó la trayectoria y consultó la hora. Dentro de tres horas, la flota de la Nueva República atacaría Tangrene, tiempo suficiente para que el *Etéreo* atracara, descargara los condensadores de explosión para haces de arrastre, robados a propósito, que aportaban generosamente al esfuerzo bélico del Imperio, y adoptaran posiciones de cobertura para proteger a Mazzic, mientras éste intentaba robar la TCCG del centro de mando principal, alejado ocho plataformas de ataque.

—Ahí va Ellor —comentó Gillespee, y cabeceó en dirección a estribor.

Aves vio el *Kai Mir*, en efecto, acompañado del *Klivering*. Un poco más lejos divisó el *Hielo Estrellado*, que se dirigía hacia una plataforma de ataque cercana al perímetro. Todo parecía ir bien.

Aunque no era conveniente fiarse de las apariencias, cuando alguien como Thrawn estaba al mando. Por lo que él sabía, era posible que el gran almirante ya conociera todos los detalles acerca de esta incursión, y estuviera a la espera de que todo el mundo se metiera en la red para cerrarla.

—¿Has sabido algo de Karrde? —preguntó Gillespee, en tono de excesiva indiferencia.

—No nos ha abandonado, Gillespee —gruñó Aves—. Si dice que tiene cosas más importantes que hacer, es que tiene cosas más importantes que hacer. Punto.

—Lo sé. Era por si los demás habían hecho preguntas. Aves hizo una mueca. Vuelta a empezar. Pensaba que el descubrimiento de la traición de Ferrier en Hijarna habría solucionado el problema de una vez por todas. Tendría que haberlo adivinado.

—Yo estoy aquí —recordó a Gillespee—. Y también el *Hielo Estrellado*, el *Ritmo del Amanecer*, el *Ort de Lastrí*, el *Amanda Fallow*, el...

—Sí, vale, ya capto —le interrumpió Gillespee—. No te enfades conmigo. Mis naves también están aquí.

—Lo siento, pero ya me he cansado de que todo el mundo sospeche de todos los demás.

Gillespee se encogió de hombros.

—Somos contrabandistas. Tenemos mucha práctica al respecto. Personalmente, me sorprende que el grupo haya seguido unido hasta ahora. ¿Qué crees que estará haciendo?

—¿Quién, Karrde? —Aves meneó la cabeza—. Ni idea, pero algo importante.

—Claro. —Gillespee señaló delante—. ¿Es ésa la boya?

—Eso parece. Prepárate a copiar los datos de curso. Preparados o no, allá vamos.

Las órdenes aparecieron en la pantalla de comunicaciones de Wedge. Las examinó brevemente mientras tecleaba la frecuencia privada del escuadrón.

—Escuadrón Pícaro, aquí Jefe Pícaro. Órdenes: iremos con la primera oleada, flanqueando al Crucero de Mando del almirante Ackbar. Mantengan las posiciones hasta- que recibamos permiso para alterarlas. Confirman la recepción.

Escuchó todos los comunicados y sonrió. Sabía que existía preocupación entre los hombres de Ackbar, que el largo vuelo hasta el punto de cita habría puesto nerviosas a aquellas unidades que habían dispuesto el señuelo cerca del supuesto punto de salto de Tangrene. Wedge ignoraba la disposición de los demás, pero estaba claro que el Escuadrón Pícaro estaba dispuesto para la batalla.

—¿Cree que Thrawn ha captado nuestro mensaje, Jefe Pícaro?

La voz de Janson interrumpió los pensamientos de Wedge.

¿Su mensaje? Ah, claro, la breve conversación sostenida frente a la cantina de Mumbri Storve con Aves, el amigo de Talón Karrde. El que, según Hobbie, les denunciaría ipso facto a la Inteligencia Imperial.

—No lo sé, Pícaro Cinco. De hecho, espero que no.

—Una pérdida de tiempo, en ese caso.

—No necesariamente. Dijo que tenían otro plan y querían coordinarlo con el nuestro, acuérdate. Cualquier cosa que moleste o distraiga al Imperio nos ayudará.

—Algún asunto de contrabando —bufó Pícaro Seis—. Confiarán en llevarlo a cabo mientras los imperiales miran a otro lado.

Wedge no contestó. Luke Skywalker parecía pensar que Karrde, sin grandes aspavientos, estaba a favor de la Nueva República, y eso le bastaba; sin embargo, no iba a convencer al resto del escuadrón. Tal vez algún día, Karrde accedería a demostrar su hostilidad hacia el Imperio abiertamente. Hasta entonces, al menos en opinión de Wedge, cualquiera que no apoyara al gran almirante ayudaba a la Nueva República, tanto si lo admitía como si no.

A veces, incluso, tanto si lo sabía como si no.

La pantalla de comunicaciones cambió: la vanguardia de Cruceros Estelares había aparecido dentro de su formación de asalto. Ya era hora de que las naves de escolta los imitaran.

—Bien, Escuadrón Pícaro —dijo a los demás—. Luz verde. Ocupemos nuestros sitios.

Imprimió energía al propulsor de su caza X y se dirigió hacia las luces de posición. Dos horas y media, si el resto de la flota era puntual y salían del hiperespacio a la distancia programada de los astilleros de Bilbringi.

Era una pena que no pudieran ver las expresiones de los imperiales, pensó.

El último grupo de informes procedentes de la región de Tangrene desfiló por la pantalla. Pellaeon los examinó, sombrío. No cabía duda: los rebeldes seguían allí. Seguían acumulando fuerzas en la región, seguían llamando la atención. Dentro de dos horas, si las proyecciones de Inteligencia eran la mitad de correctas, lanzarían un ataque contra un sistema indefenso.

—Lo están haciendo muy bien, ¿verdad, capitán? —comentó Thrawn desde atrás—. Una representación muy convincente.

—Señor —dijo Pellaeon, procurando que su voz sonara deferente—, sugiero respetuosamente que la actividad rebelde no es una representación. La preponderancia de pruebas demuestra que su objetivo es Tangrene. Varias unidades de cazas fundamentales y naves de guerra se han congregado en probables puntos de salto...

—Se equivoca, capitán —le interrumpió con suma frialdad Thrawn—. Eso es lo que quieren que creamos, pero no se trata más que de una ilusión cuidadosamente planificada. Las naves a las que se refiere despegaron de aquellos sectores hace entre cuarenta y setenta horas, dejando atrás algunos hombres con los uniformes y emblemas adecuados para despistar a nuestros espías. El grueso de la fuerza se dirige ahora hacia Bilbringi.

—Sí, señor —dijo Pellaeon, con un silencioso suspiro de derrota.

Una vez más, Thrawn había decidido hacer caso omiso de sus argumentos, así como de las pruebas, en favor de sus nebulosas intuiciones y corazonadas.

Y si se equivocaba, no sólo perderían la base del Ubictorado en Tangrene. Un error de tal magnitud conmovería la confianza y el ritmo de la maquinaria bélica imperial.

—Toda guerra supone un riesgo, capitán —dijo en voz baja Thrawn—, pero éste no es tan grande como usted imagina. Si me equivoco, perderemos una base del Ubictorado, importante, desde luego, pero no esencial. —Enarcó una ceja negroazulada—. Pero si tengo razón, tenemos buenas posibilidades de destruir dos flotas de sector rebeldes por completo. Considere el impacto que supondrá eso para su equilibrio de poder.

—Sí, señor.

Notó los ojos de Thrawn clavados en él.

—No hace falta que me crea —dijo el gran almirante—, pero prepárese a descubrir su error.

—En eso confío, señor.

—Bien. ¿Está dispuesta mi nave insignia, capitán? Pellaeon sintió que su espalda se tensaba, como para ponerse firmes.

—El *Quimera* se halla a su entera disposición, señor.

—Entonces, prepare la flota para saltar al hiperespacio. —Los ojos rojos centellearon—. Y para la batalla.

No existían senderos para subir a monte Tantiss, pero como Luke había anticipado, los noghri intuían el terreno. Avanzaron a buen paso, pese al impedimento de los androides, y cuando el sol desapareció detrás de los árboles, llegaron a los tubos de admisión de aire.

No era como Luke lo había imaginado.

—Parece más una torreta turboláser retráctil que un sistema de ventilación —comentó a Han, mientras se movían con cautela entre los árboles hacia la pesada malla metálica y la estructura metálica, aún más pesada, que rodeaba la malla.

—Me recuerda el bunker en el que tuvimos que introducirnos en Endor —murmuró Han—, excepto por la malla. Tranquilo, podrían tener detectores de intrusos.

En cualquier otro lugar, Luke habría sondeado el túnel con la Fuerza, pero rodeado de ysalamiri era como estar ciego.

Como volver a estar en Myrkr.

Miró a Mara y se preguntó si la asaltaban pensamientos y recuerdos similares. Tal vez. Pese a la luz mortecina, percibió la tensión de su rostro, una angustia y un temor que no existían antes de penetrar en la burbuja de los ysalamiri.

—¿Qué hacemos ahora? —gruñó la mujer, y le lanzó una breve mirada antes de desviar la vista de nuevo—. ¿Nos quedamos sentados hasta la mañana?

Han apuntaba los macroprismáticos hacia los tubos de admisión.

—Creo que hay una salida de ordenador en la pared, debajo del saliente —dijo—. Los demás, quedaos aquí. Me llevaré a Erredós e intentaré conectarle a ella.

Chewbacca rugió una advertencia.

—¿Dónde? —murmuró Han, mientras desenfundaba el desintegrador.

El wookiee señaló con una mano y preparó la ballesta con la otra.

Todo el grupo permaneció inmóvil, con las armas dispuestas..., y fue entonces cuando Luke oyó el tenue sonido de lejanos disparos de desintegrador. Tenían lugar a varios kilómetros de distancia, quizá al pie de la montaña, pero imposibilitado para emplear las técnicas Jedi, no lo sabía con seguridad.

Mucho más cerca, se oyó el canto de un pájaro.

—Se aproxima un grupo de myneyrshi —dijo Ekhrikhor, escuchando con suma atención—. Los noghri los han detenido. Desean venir a parlamentar.

—Diles que se queden ahí —respondió Han, y vaciló un solo segundo antes de enfundar el desintegrador. Sacó el *satna-chakka* del bolsillo de la chaqueta y llamó a Cetrespeó—. Tú, lingote de oro, ve a averiguar qué quieren.

Ekhrikhor murmuró una orden, y uno de los noghri se colocó en silencio al lado de Han. Chewbacca se puso al otro lado y, seguidos por un quejumbroso Cetrespeó, se dirigieron hacia los árboles.

Erredós gorjeó inquieto. Su cabeza en forma de cúpula se movió de un lado a otro entre Luke y el grupo que se alejaba.

—No le pasará nada —le calmó Luke—. Han no permitirá que le ocurra nada.

El rechoncho androide gruñó, tal vez expresando la opinión que le merecía el interés de Han por Cetrespeó.

—Es posible que dentro de unos minutos tengamos más problemas que la salud de Cetrespeó —dijo sombrío Lando—. Me ha parecido oír disparos de desintegrador.

—A mí también —asintió Mara—. Debían de proceder de la entrada del almacén.

Lando miró hacia el enorme tubo de ventilación.

—Vamos a ver si podemos abrir esa válvula. Al menos, nos proporcionará otra dirección por donde ir, si hemos de saltar. Luke miró a Mara, pero ésta desvió la vista de nuevo.

—Muy bien —dijo a Lando—. Yo iré primero; trae a Erredós.

Avanzó con cautela entre los árboles hacia los tubos. En el caso de que hubiera detectores de intrusos, ya no funcionaban. Llegó bajo el saliente metálico sin incidentes y estudió la malla, mientras el aire que se introducía por los tubos agitaba su cabello. Desde esta distancia comprobó que era como una rejilla pesada, y cada cabo de lo que había parecido una malla era una placa que se hundía varios centímetros en el túnel. Una barrera formidable, pero pan comido para su espada de luz.

Oyó pasos entre las hojas. Se volvió y vio a Lando y Erredós.

—La salida de ordenador está allí, Erredós —dijo al androide, señalando el enchufe de la pared—. Conéctate, a ver qué averiguas.

El androide gorjeó y, con la ayuda de Lando, avanzó sobre el difícil terreno.

—No va a abrirse para ti —dijo Mara desde atrás.

—Erredós va a probarlo —contestó Luke, y escudriñó su rostro—. ¿Te encuentras bien?

Esperaba un comentario sarcástico o una mirada de furia, pero se quedó anonadado cuando la mujer cogió su mano.

—Quiero que me prometas algo —dijo en voz baja—. Cueste lo que cueste, no permitas que ayude a C'baoth. ¿Entiendes? No permitas que me una a él. Aunque debas matarme.

Luke la miró y un escalofrío recorrió su espalda.

—C'baoth no puede obligarte a que le prestes tu ayuda, Mara, como no sea con tu complicidad.

—¿Estás seguro? ¿Realmente seguro?

Luke hizo una mueca. Había muchas cosas que desconocía sobre la Fuerza.

—No.

—Ni yo. Eso es lo que me preocupa. C'baoth dijo en Jomark que me uniría a él. También lo dijo la noche que llegamos aquí.

—Puede que esté equivocado —sugirió Luke, sin demasiada convicción—, o que mintiera.

—No quiero correr el riesgo. —Apretó con más fuerza la mano de Luke—. No voy a servirle, Skywalker. Quiero que prometas que me matarás antes de que eso ocurra.

Luke tragó saliva. Aun sin la Fuerza, captó en su voz que hablaba en serio, pero un Jedi no podía prometer matar a alguien a sangre fría.

—Te prometeré lo siguiente: pase lo que pase ahí dentro, no te enfrentarás sola a él. Yo te ayudaré. La mujer apartó la mirada.

—¿Y si ya has muerto? Otra vez igual.

—No tienes que hacerlo —dijo con serenidad—. El emperador ha muerto. Esa voz que oyes es un recuerdo que dejó en tu interior.

—Lo sé —replicó ella con vehemencia—. ¿Crees que por eso es más fácil no hacerle caso?

—No, pero tampoco puedes utilizar la voz como excusa. Tu destino está en tus manos, Mara, no en las de C'baoth, ni en las del emperador. En último extremo, tú tomas las decisiones. Tienes ese derecho, y esa responsabilidad.

Se oyeron pasos en el bosque.

—Magnífico —gruñó Mara. Soltó la mano de Luke y retrocedió un paso—. Filósofa todo lo que quieras, pero recuerda lo que he dicho. —Giró en redondo y caminó hacia el grupo—. ¿Qué pasa, Solo?

—Traemos algunos alienígenas. —Y miró con el ceño fruncido en dirección a Luke—. Aliados, más o menos.

—Oye, Cetrespeó —llamó Lando, y agitó una mano—. Ven aquí y dime por qué está tan nervioso Erredós.

—Desde luego, señor. ¡Cetrespeó corrió hacia la terminal de ordenador. Luke miró a Han.

—¿Qué quiere decir eso de «aliados»?

—Es un poco confuso. Al menos, tal como lo traduce Cetrespeó. No quieren ayudarnos, sólo quieren entrar y luchar contra los imperiales. Nos han seguido porque pensaban que encontraríamos una puerta trasera para infiltrarnos.

Luke estudió al grupo de silenciosos alienígenas de cuatro brazos que se alzaban sobre los noghri que les custodiaban. Todos portaban cuatro o más cuchillos y ballestas, el tipo de armas que no servían para nada contra las tropas imperiales.

—No sé. ¿Qué opinas?

—Oye, Han —llamó Lando en voz baja, antes de que Han pudiera contestar—. Ven aquí. Te gustará oír esto.

—¿Qué? —preguntó Han, mientras se acercaban a la terminal de ordenador.

—Díselo, Cetrespeó.

—Al parecer, se está produciendo un ataque en la entrada principal a la montaña —dijo Cetrespeó, con su expresión eternamente sorprendida—. Erredós ha captado varios informes que detallan los movimientos de los guardias en el interior de la zona...

—¿Quién está atacando? —le interrumpió Han.

—Por lo visto, algunos psadans de la ciudad. Según los informes, exigieron la libertad de su señor C'baoth antes de atacar. Han miró a Luke.

—La agenda electrónica.

—Coincide —asintió Luke. Un mensaje de C'baoth, incitándoles al ataque—. Me pregunto cómo logró colarla.

—Confirma que le han detenido, en cualquier caso —intervino Mara—. Espero que hayan dispuesto algunos guardias en su celda.

—Perdone, amo Luke —dijo Cetrespeó, ladeando la cabeza—, pero en cuanto a la agenda electrónica que el capitán Solo ha mencionado, sugiero que llegó del mismo modo que las armas. Según los informes...

—¿Qué tipo de armas? —preguntó Han.

—Eso iba a explicar, señor —replicó Cetrespeó, algo malhumorado—. Según los informes, los atacantes van armados con desintegradores, lanzamisiles portátiles y detonadores termales. Versiones modernas, si hay que creer en los informes.

—Da igual de dónde los hayan sacado —dijo Lando—. La cuestión es que se ha producido una maniobra de diversión. Utilicémosla mientras dure.

Chewbacca lanzó un rugido de suspicacia.

—Tienes razón, amigo —admitió Han, mientras escudriñaba la rejilla—. Se ha producido muy oportunamente, pero Lando tiene razón. Tendríamos que probar.

Lando asintió.

—Muy bien, Erredós. Corta la energía.

El androide gorjeó e introdujo el brazo provisto de un ordenador en el enchufe. El flujo de aire que azotaba el rostro de Luke empezó a disminuir, y un minuto después cesó por completo.

Erredós volvió a trinar.

—Erredós informa que todos los sistemas operativos de admisión han sido cerrados —anunció Cetrespeó—. Sin embargo, advierte que, en cuanto el ciclo obligatorio haya terminado, las barreras energéticas y los campos de propulsión podrán reactivarse desde una ubicación central.

—Será mejor que nos pongamos en acción —dijo Luke, mientras encendía la espada de luz y se acercaba al orificio. Cuatro mandobles después, había practicado una entrada.

—Parece despejado —dijo Han, mientras entraba y se pegaba a la protección limitada de la pared lateral—. El túnel cuenta con luces de mantenimiento. Erredós, ¿tienes los planos de este lugar?

El androide canturreó mientras atravesaba la abertura.

—Lo siento muchísimo, señor —dijo Cetrespeó—. Ha conseguido el esquema completo del sistema de ventilación, pero esta terminal no proporciona más información.

—Habrá otras terminales —dijo Lando—. ¿Dejamos una retaguardia?

—Se quedará un noghri —maulló Ekhrikhor junto a Han—. Mantendrá despejada la salida.

—Estupendo —contestó Han—. Vamos.

Habían recorrido cincuenta metros del túnel, y ya se acercaban a las luces de mantenimiento que Han había divisado, cuando Luke reparó en que los sigilosos myneyrshi les seguían.

—¿Han? —murmuró, señalándoles.

—Sí, lo sé. ¿Qué querías que hiciera, decirles que volvieran a casa?

Luke miró otra vez. Tenía razón, por supuesto, pero cuchillos y ballestas contra desintegradores...

—¿Ekhrikhor?

—¿Cuáles son tus órdenes, hijo de Vader?

—Quiero que dos de los tuyos acompañen a esos myneyrshi. Les guiarán y ayudarán durante el ataque.

—Pero es a ti a quien debemos proteger, hijo de Vader —protestó Ekhrikhor.

—Me protegeréis. Cada imperial que los myneyrshi eliminen será un obstáculo menos para nosotros, pero no lo conseguirán si les matan de buenas a primeras.

El noghri emitió un ruido gutural de pesar.

—Escucho y obedezco —dijo de mala gana.

Hizo un ademán en dirección a dos noghri. Mientras Luke les veía retroceder por el túnel, examinó fugazmente el rostro de Mara cuando pasó bajo una de las luces. Aún transparentaba temor, pero también una sombría determinación. Estaba dispuesta a enfrentarse con lo que les esperaba.

Ojalá él también.

—Ahí está —dijo Karrde, y señaló a la montaña que se elevaba sobre el bosque y las sombras del crepúsculo.

—¿Está seguro? —preguntó Leia, mientras proyectaba la Fuerza.

En Bespin, durante aquella loca huida de la Ciudad Nube de Lando, había captado la llamada de Luke desde una distancia casi igual. Aquí, no sentía nada.

—Es adonde parecen dirigirnos los datos de navegación —explicó Karrde—. A menos que hayan adivinado el pequeño truco de Ghent y nos envíen hacia una trampa. ¿Alguna novedad? —preguntó a Leia.

—No. —La princesa miró hacia la montaña y sintió un nudo en el estómago. Después de tantas esperanzas y esfuerzos, llegaban demasiado tarde—. Ya habrán entrado.

—En ese caso, se habrán metido en algún lío —habló Ghent, desde el puesto de comunicaciones donde continuaba engañando a los detectores imperiales—. Control de vuelo dice que se han producido disturbios en la entrada. Nos desvían hacia una zona de mantenimiento secundaria, unos diez kilómetros al norte.

Leia meneó la cabeza.

—Tendremos que correr el riesgo de ponernos en contacto con ellos.

—Demasiado peligroso —dijo Dankin, el copiloto—. Si nos pillan utilizando un canal de comunicaciones no imperial, nos derribarán.

—Quizá exista otra forma —dijo Mobvekhar, acercándose a Leia—. Ekhrikhor del clan Bakh'tor habrá dejado una guardia en el punto de entrada. Hay una señal de reconocimiento noghri que puede emitirse mediante luces de aterrizaje.

—Adelante —dijo Karrde—. Si la guarnición lo advierte, siempre podemos aducir una avería. Chin, Corvis, a vuestros puestos.

El noghri se acercó al tablero de Dankin para encender y apagar las luces de aterrizaje media docena de veces. Si Han y los demás las veían...

—Ya lo tengo. —La voz de Corvis llegó desde la torreta de turboláseres—. Rumbo cero-cero-tres punto diecisiete.

Leia vio que las coordenadas aparecían en la pantalla de navegación. Una luz parpadeante, apenas visible.

—Están allí —confirmó Mobvekhar.

—Bien —dijo Karrde—. Ghent, anuncia que nos dirigimos hacia la segunda área de mantenimiento, tal como nos ordenaron. Consejera, siéntese y abróchese las correas; vamos a sufrir una inesperada avería de los retropropulsores.

Leia consideró imposible que una nave del tamaño del *Salvaje Karrde* aterrizara entre los árboles y los salientes rocosos erosionados, pero Karrde y su tripulación ya lo habían hecho otras veces, y consiguieron que la nave se introdujera por el hueco.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Dankin, mientras Karrde recomponía de nuevo el circuito de

los retropropulsores. Karrde miró a Leia y enarcó una ceja a modo de pregunta.

—Yo voy a entrar —dijo Leia. La visión de Han y Luke en peligro flotó ante sus ojos—. No hace falta que me acompañen.

—La consejera y yo iremos a buscar a sus amigos —contestó

Karrde, mientras se desabrochaba las correas y se levantaba—. Ghent, intenta convencer a la guarnición de que no necesitamos ayuda.

—¿Y yo? —preguntó Dankin. Karrde sonrió.

—Estarás preparado por si no le creen. Vámonos, consejera. Los noghri que les habían devuelto la señal no se veían por ninguna parte cuando salieron a la rampa del *Salvaje Karrde*.

—¿Dónde está? —preguntó Karrde, y paseó la vista a su alrededor.

—Esperando —dijo Mobvekhar. Se llevó la mano a un lado de la boca y emitió un complicado silbido. Le respondió otro, convertido en un trino peculiar—. Han confirmado nuestra identidad. Nos ruegan que procedamos con rapidez. Los demás sólo nos llevan una ventaja de un cuarto de hora.

Un cuarto de hora. Leia contempló la oscuridad de la montaña, iluminada por las estrellas. Demasiado tarde para avisarles, pero quizá no para ayudarles.

—Vamos, estamos perdiendo el tiempo —dijo.

—Un momento. —Karrde miró hacia atrás—. Hemos de esperar... Ah.

Leia se volvió. Un hombre de edad madura, cargado con un par de cuadrúpedos de largas patas, corrió hacia ellos desde la sección de popa.

—Aquí los tiene, capitán —dijo el hombre, tendiéndole las correas.

—Gracias, Chin —dijo Karrde, mientras se agachaba para rascar a los dos animales detrás de las orejas—. Creo que no conoce a mis animales domésticos, consejera. Éste se llama Drang; el más hosco es Sturm. En Myrkr, utilizan la Fuerza para cazar a su presa. Aquí la emplearán para encontrar a Mara. ¿De acuerdo?

Los vornskrs emitieron un ruido extraño, como un ronroneo cloqueante.

—Bien. —Karrde se enderezó—. Creo que ya estamos preparados, consejera. ¿Nos vamos?

Las alarmas seguían aullando a lo lejos cuando Han asomó un ojo con cautela por la esquina. Según los planos que Erredós había conseguido, debía de ser el principal puesto de defensa exterior en este sector de la guarnición. Habría guardias, y estarían alerta.

Estaba en lo cierto. Cinco metros más adelante, ante una puerta del pasillo, se erguían dos milicianos. Y estaban lo bastante alerta para reparar en el extraño que les observaba y para colocar los rifles desintegradores en posición de disparo.

Lo más inteligente, la única reacción razonable de alguien que no quisiera suicidarse, sería refugiarse tras la esquina antes de que comenzara el tiroteo. En cambio, cerró la mano libre en torno a la esquina para impulsarse hacia el otro lado del pasillo, donde llegó milímetros antes de los disparos, y se aplastó contra la pared mientras los veloces rayos mordían el panel de metal que tenía detrás.

Aún seguían disparando cuando Chewbacca apareció en la esquina que Han acababa de abandonar y terminó la discusión de dos rápidos disparos de ballesta. :

—Buen trabajo, Chewie —gruñó Han.

Regresó a la esquina. Los milicianos estaban fuera de combate, y sólo quedaba el obstáculo de la maciza puerta metálica.

Que, como los milicianos, no representaba muchos problemas. Al menos para ellos.

—¿Listos? —preguntó, mientras se acucillaba a un lado de la puerta y levantaba el desintegrador. Habría otro par de guardias en el interior.

—Listos —confirmó Luke.

Se oyó el siseo de la espada de luz y la brillante hoja verde practicó un corte horizontal en el grueso metal. De paso, afectó al mecanismo de liberación externo y, cuando Luke terminó de cortar, la parte superior de la puerta se hundió en el techo.

Por la forma en que los imperiales miraban la puerta, era evidente que habían oído el breve tiroteo del exterior. También era evidente que no esperaban tan pronto la aparición de intrusos. Han alcanzó a uno antes de que pudiera levantar el rifle; Luke se encargó del otro con su espada.

El grupo de imperiales que manipulaban las consolas sensoras tampoco esperaban compañía. Corrían en busca de refugio cuando Han y Chewbacca los eliminaron. Una docena de disparos después, la sala había quedado reducida a escombros.

—Esto bastará —decidió Han—. Larguémonos antes de que lleguen refuerzos.

Entre el asalto a la entrada principal y la banda de myneyrshi, la reacción imperial era lenta. Los tres intrusos corrieron por el pasillo hasta la escalera de emergencia y bajaron tres niveles, hasta la sala de bombeo donde esperaban los demás.

Dos noghri vigilaban en silencio la puerta cuando Han la abrió.

—¿Problemas? —gritó Lando, desde algún lugar del laberinto de tubos que llenaba las dos terceras partes de la sala.

—Nada serio —contestó Han, en tanto Chewbacca cerraba la puerta—, pero no me gustaría repetirlo. Lando gruñó.

—No creo que sea necesario. Ya se habrán convencido de que va a producirse un ataque aéreo masivo.

—Esperemos.

Han se acercó a donde Lando manipulaba un tablero de control de aspecto arcaico. Erredós estaba conectado a un enchufe del ordenador situado a un lado del tablero, en tanto Cetrespeó se agitaba cerca de él como una madre nerviosa.

—Anticuado, ¿eh?

—Desde luego —admitió Lando—. Creo que el emperador debió de coger todo el complejo de clonación y meterlo aquí. Erredós gimoteó indignado.

—Sí, incluyendo la programación —dijo con sequedad Lando—. Sé algo de estas cosas, Han, pero no lo bastante para provocar daños permanentes. Tendremos que utilizar los explosivos.

—Por mí, encantado —dijo Han. Le habría fastidiado atravesar todo Wayland para nada—. ¿Dónde está Mara?

—Allí. —Lando cabeceó en dirección a otra puerta casi oculta por tubos—. En la sala principal.



—Vamos a echar un vistazo, Luke —dijo Han. No le hacía gracia que Mara vagara sola por aquel lugar—. Chewie, quédate con Lando, a ver si encuentras algo que valga la pena volar.

Abrió la puerta. Vio un pasillo circular que corría alrededor del perímetro de lo que parecía una enorme caverna natural. Directamente enfrente, silueteada contra una inmensa columna de aparatos que bajaban desde el techo hasta el centro de la caverna, Mara se encontraba de pie ante la barandilla del pasillo.

—¿Es éste el lugar? —preguntó Han.

Paseó la vista a su alrededor y avanzó hacia la mujer. Unas veinte puertas se abrían al pasillo a intervalos más o menos regulares, y cuatro puentes retráctiles comunicaban con una plataforma de trabajo que rodeaba la columna central. Aparte de un par de *noghri* que montaban guardia, no había nadie más.

Pero sí se oían ruidos. Un zumbido apagado de maquinaria y voces procedentes de algún lugar, puntuados por los tenues clics de relés y una extraña pulsación rítmica. Como si toda la caverna respirara...

—Es el lugar —confirmó Mara con voz extraña. Quizá ella también pensaba que respiraba—. Ven a ver.

Han lanzó una mirada a Luke. Se acercaron a Mara y miraron abajo.

Era el lugar, en efecto.

La caverna era enorme y descendía unos diez pisos más abajo del paso elevado. Estaba dispuesta como un estadio deportivo, y cada nivel constituía una especie de *galería* circular excavada en la caverna. Cada galería era un poco más amplia que la superior, se extendía más hacia el centro de la caverna, en dirección a un hueco más pequeño, alrededor de la gran columna. Había tubos por todas partes, enormes que surgían de los conductos de la columna central, más pequeños que corrían alrededor de los bordes de cada galería, y diminutos que se introducían en los círculos metálicos que abarrotaban las galerías y la planta principal.

Miles de pequeños círculos. Cada uno, la plancha que cubría la parte superior de un cilindro de clonación Spaarti.

Luke emitió un sonido gutural.

—Cuesta creerlo —musitó, entre admirado y estupefacto.

—Pues créelo —aconsejó Han en tono sombrío. Sacó los macroprismáticos y los enfocó hacia la planta principal. Los conductos bloqueaban casi toda la vista, pero divisó hombres con uniformes militares y técnicos que corrían de un lado a otro. También había en algunas galerías—. Esto parece una ratonera. Milicianos en la planta principal y todo.

Miró de reojo a Mara. Contemplaba con expresión tensa los tanques de clonación, con la mirada fascinada de alguien que escrutara en el pasado.

—¿Te despierta recuerdos? —preguntó.

—Sí —contestó la mujer como un autómatas. Permaneció inmóvil un momento más, y luego se enderezó poco a poco—. Pero no podemos permitir que afloren.

—Me alegro de que estés de acuerdo —dijo Han, mientras estudiaba su rostro. Su aspecto era normal, pero la procesión corría por dentro. «Aguanta, nena», le dijo en silencio. «Sólo un poco más, ¿vale?»—. Esa columna parece nuestro mejor objetivo... ¿Sabes algo sobre ella?

Mara miró al otro lado de la caverna.

—No mucho. —Vaciló—. Puede que exista otro medio. El emperador no era de los que abandonaban cosas para que otros las utilizaran, si podía evitarlo.

Han miró a Luke.

—¿Insinúas que tal vez exista un mecanismo de autodestrucción?

—Es posible —contestó Mara, de nuevo con aquella mirada perdida en los ojos—. En ese caso, el control estará en el salón del trono. Iré a echar un vistazo.

—No sé —dijo Han, y sus ojos exploraron la caverna de clonación. Era un lugar demasiado grande para destruirlo con un solo paquete de explosivos. Un interruptor simplificaría el asunto, pero la idea de Mara en el salón del trono, asaltada por sus recuerdos, tampoco le hacía mucha gracia—. Gracias, pero creo que ninguno de nosotros debería vagar a solas por este lugar.

—Yo la acompañaré —se ofreció Luke—. Mara tiene razón. Vale la pena comprobarlo.

—No habrá peligro —dijo Mara—. Hay un turboascensor de servicio para androides en el pasillo, que casi nos dejará allí. Toda la atención de los imperiales está concentrada en el asalto a la entrada.

Han hizo una mueca.

—Muy bien, marchaos —gruñó—. No olvidéis avisarnos antes de apretar el botón, ¿vale?

—Desde luego —le aseguró Luke con una sonrisa tensa—. Vamos, Mara.

Avanzaron por el pasillo.

—¿Adonde van? —preguntó Lando a Han.

—Al salón del trono del emperador. Mara cree que encontrarán un dispositivo de autodestrucción. ¿Has descubierto algo?

—Erredós ha conseguido conectarse por fin con el ordenador principal. Está buscando esquemas de ese chisme. Indicó la columna central.

—No podemos esperar —decidió Han. Se volvió cuando Chewbacca salió de la sala de bombeo, con su gran paquete de explosivos colgado al hombro—. Chewie, tú y Lando ocupaos de uno de esos puentes y poned manos a la obra.

—De acuerdo —dijo Lando, mientras lanzaba una cautelosa mirada sobre la barandilla—. ¿Y tú?

—Voy a encerrarnos. —Señaló las otras puertas que daban al pasillo—. Vosotros, noghri, venid aquí.

Los dos noghri que montaban guardia avanzaron en silencio hacia él, en tanto Lando y Chewbacca se encaminaban al puente más próximo.

—A tus órdenes, Han del clan Solo.

—Tú, quédate aquí —dijo al más cercano—. Por si hay problemas. Tú, ayúdame a sellar esas puertas. Un buen disparo en cada caja de control bastará. Yo iré por aquí, y tú por el otro lado.

Había recorrido unos dos tercios del camino cuando oyó algo por encima de los ruidos mecánicos de la caverna. Miró hacia abajo y vio que Cetrespeó le hacía señas desde la puerta de la sala de bombeo.

—Fantástico —masculló.

«Pon algo en manos de Cetrespeó, y no tardará en arruinarlo.» Terminó la puerta que estaba sellando y corrió hacia el androide.

—¡Capitán Solo! —Cetrespeó suspiró de alivio cuando Han llegó a su lado—. Gracias al Hacedor. Erredós dice...

—¿Qué pretendes hacer? —rugió Han—. ¿Atraer a toda la guarnición?

—Por supuesto que no, señor, pero Erredós dice...

—Si quieres hablar conmigo, ve a buscarme, ¿vale?

—Sí, señor, pero Erredós dice...

—Si no sabes dónde buscar, utiliza tu comunicador. —Han agitó un dedo en dirección al pequeño cilindro que el androide aferraba—. Para eso llevas uno. No te pongas a gritar. ¿Entendido?

—Sí, señor —dijo Cetrespeó, y su paciencia mecánica sonó más que agotada—. ¿Puedo continuar?

Han suspiró. El discurso no había servido de nada. Lo mismo daba hablar a un bantha.

—Sí. ¿Qué pasa?

—Es acerca del amo Luke. Oí a uno de los noghri decir que Mara Jade y él se dirigían al salón del trono del emperador.

—Sí. ¿Y qué?

—Bien, señor, en el curso de sus investigaciones, Erredós acaba de averiguar que el Maestro Jedi C'baoth se halla encarcelado en esa zona.

Han le miró fijamente.

—¿Qué quieres decir, en esa zona? ¿No está en el centro de detención? 4

—No, señor. Como ya he dicho...

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —preguntó Han. r. Sacó el comunicador y lo conectó. ;• Desconectándolo casi al instante.

—Parece que los comunicadores no funcionan —dijo en tono remilgado Cetrespeó—. Lo descubrí cuando intenté ponerme en contacto con usted.

—Fantástico —rugió Han.

El estruendo de la estática todavía resonaba en sus oídos. Luke y Mara, directos a los brazos de C'baoth. Y no había forma de prevenirles.

Excepto una.

—Que Erredós siga buscando esos esquemas —dijo, mientras guardaba el comunicador en el cinturón—. Mientras tanto, dile que trate de averiguar de dónde procede la interferencia. Si lo consigue, envía un par de noghri a solucionarlo. Después, ve a esa plataforma de trabajo e informa a Chewie y Lando de adonde he ido.

—Sí, señor —contestó Cetrespeó, como sorprendido por la cascada de órdenes y el tono autoritario—. Perdona, señor, pero ¿adonde irá?

—¿A ti qué te parece? —replicó Han, mientras se encaminaba al pasillo.

Nunca fallaba, pensó con amargura. Fuera como fuese, estuvieran donde estuviesen, hicieran lo que hiciesen, siempre acababa corriendo detrás de Luke.

Cada vez le parecía mejor la idea de haber venido.

—De acuerdo, *Oro de Garret*, las escotillas están cerradas —dijo la voz del controlador—.

Prepárense a recibir los datos sobre el curso de salida.

—Recibido, control —dijo Aves, e imprimió un leve giro al *Etéreo*.

Estaban preparados y, a juzgar por el aspecto general, todos los demás también.

—Ya está —murmuró Gillespee, y señaló por la portilla—. Puntual.

—¿Estás seguro de que es Mazzic?

—Por completo. ¿Quieres que intente llamarle?

Aves se encogió de hombros y echó un vistazo a los astilleros. Habían acordado con el resto del grupo un buen código cifrado, pero no sería una buena idea estropear las cosas si lo utilizaban antes de tiempo.

—Esperemos un momento —dijo a Gillespee—. Hasta que debamos hablar de algo.

Apenas habían salido las palabras de su boca, cuando todo se fue al infierno.

—¡Destructores Estelares! —ladró Faughn desde la consola de comunicaciones—. Surgen del hiperespacio.

—¿Trayectorias? —preguntó Gillespee.

—No te molestes —avisó Aves, que se sentía como si un cuchillo le estuviera hurgando las tripas.

Vio los Destructores Estelares, que habían aparecido del hiperespacio en el límite de los astilleros. Y los Acorazados, las fragatas Lancer, los Cruceros de Combate y los escuadrones TIE. Una flota de asalto al completo, y algo más.

Y todas las naves de combate de la confederación de Karrde se encontraban allí. Justo en medio.

—Así que era una trampa —dijo Gillespee, con voz gélida y tranquila.

—Eso parece —murmuró Aves, la vista fija en la armada, que seguía tomando posiciones, en una formación bastante peculiar.

—Aves, Gillespee, soy Mazzic —se oyó la voz del otro contrabandista—. Parece que nos han vendido, a fin de cuentas. No voy a rendirme. ¿Y vosotros?

—Creo que se merecen, como mínimo, perder un par de Destructores Estelares —contestó Gillespee.

—Eso pensaba yo —dijo Mazzic—. Es una pena que Karrde no esté aquí para vernos partir en una llamarada de gloria.

Hizo una pausa, y Aves sintió los ojos de Gillespee y Faughn clavados en él. Sabía que irían a la muerte con la convicción de que Karrde les había traicionado. Todos ellos.

—Estoy con vosotros —dijo en voz baja—. Si quieres, Mazzic, toma el mando.

—Gracias. De todas maneras, iba a tomarlo. Estad alerta. Quizá demos el primer golpe juntos.

Aves lanzó un último vistazo a la armada, y de repente comprendió.

—Espera —gritó—. Mazzic, todos, esperad. La fuerza de asalto no viene a por nosotros.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Gillespee.

—Fíjate en aquellos Cruceros Interceptores, más allá del grupo de Destructores Estelares. ¿Los ves? Fíjate en sus posiciones.

Siguió un momento de silencio. Mazzic fue el primero en hablar.

—No es una configuración de tenaza —dijo.

—Tienes razón, no lo es —reconoció Gillespee—. Mira, se ve un segundo grupo más lejos.

—Es una configuración de atrapamiento —dijo Mazzic, como si no creyera en sus palabras—. Se están preparando para sacar a alguien del hiperespacio, y mantenerle quieto para machacarle.

Aves miró a Gillespee, que le estaba observando.

—No —jadeó Gillespee—. No pensarás... Creía que iban a atacar Tangrene.

—Y yo —dijo Aves en tono sombrío, mientras el cuchillo continuaba trabajando sus tripas—. Creo que estábamos equivocados.

—O lo está Thrawn. —Gillespee contempló la armada y meneó la cabeza—. No, probablemente no.

—Muy bien, que no cunda el pánico —intervino Mazzic—. Si la Nueva República viene, significa que quieren atraer la atención de los imperiales. Respetemos el horario y esperemos a ver qué ocurre.

—De acuerdo —suspiró Aves.

En mitad de una base imperial durante un ataque de la Nueva República. Brutal.

—Voy a decirte algo, Aves —comentó Gillespee—. Si salimos de ésta, voy a intercambiar unas palabras con tu jefe.

—No me extraña. —Aves miró hacia la armada de Thrawn—. De hecho, creo que te acompañaré.

Mara asomó la cabeza con cautela desde la escalera de emergencia y echó un vistazo al pasillo. La precaución fue innecesaria: el pasillo estaba tan desierto como los tres de abajo.

—Todo despejado —murmuró, y salió al pasillo.

—¿Tampoco hay guardias aquí? —preguntó Skywalker, mientras se reunía con ella.

—Es absurdo. A excepción del salón del trono y las cámaras reales, no había mucho que vigilar en los niveles superiores.

—Y creo que aún es así. ¿Dónde está ese turboascensor privado?

—A la derecha, detrás de esa esquina —indicó Mara.

Más por costumbre que por auténtica necesidad, la mujer intentó caminar con sigilo cuando le precedió. Llegó al corredor transversal y se internó por él.

A diez metros de distancia, dos milicianos vigilaban la puerta del turboascensor, con los rifles ya preparados para disparar sobre ella.

Mara no tenía a donde ir, de modo que se tiró al suelo y disparó al mismo tiempo. Un miliciano se desplomó cuando una explosión de llamas surgió en su pecho. El segundo rifle se desvió hacia la cara de Mara.

Y se apartó cuando la espada de luz de Skywalker voló por el pasillo hacia él.

No produjo ningún daño real, por supuesto. Desde aquella distancia, y sin la Fuerza, Skywalker no tenía tanta puntería, pero logró distraer al miliciano, y era todo cuanto Mara necesitaba. Cuando el imperial se agachó para esquivar la espada, Mara le alcanzó con dos disparos. Cayó al suelo y quedó inmóvil.

—Creo que no quieren que nadie entre ahí —dijo Skywalker, acercándose a Mara.

—Creo que no —admitió Mara, sin hacer caso de la mano que le ofrecía para levantarse—. Vamos.

La cabina del turboascensor se había encallado en aquel nivel, pero Mara sólo tardó un minuto en liberarla. Sólo había señaladas cuatro paradas: aquella en la que se encontraban, el hangar de lanzaderas de emergencia, las cámaras reales y el salón del trono. Tecleó esta última y la puerta se cerró a sus espaldas. El viaje fue breve, y pocos segundos después la puerta opuesta de la cabina se deslizó a un lado. Mara se armó de valor y salió.

Al salón del trono del emperador... y a una oleada de recuerdos.

Todo seguía tal como lo recordaba. Las suaves luces indirectas y la oscuridad que el emperador consideraba tan adecuadas para la meditación y los pensamientos. La sección elevada del suelo en el extremo más alejado de la cámara, que le permitía dominar desde su trono a los visitantes, cuando subían la escalera para presentarse ante él. Pantallas en las paredes, a ambos lados del trono, ahora apagadas, que le habían permitido vigilar los detalles de sus dominios.

Y para examinar aquellos dominios...

Mara se volvió a la izquierda y contempló por encima de la barandilla del pasillo el enorme espacio abierto encarado al trono. La galaxia flotaba en la oscuridad, una llamarada de luz de veinte metros de diámetro.

No era el típico holograma galáctico de cualquier colegio o espaciopuerto, ni siquiera la versión más fidedigna que se podía encontrar tan sólo en las salas de guerra de selectos cuarteles militares. Este holograma estaba esculpido con un detalle único y exquisito, con un solo punto de luz, situado en el lugar preciso, para cada una de los cien mil millones de estrellas de la galaxia. Sutiles círculos de color delineaban las regiones políticas: los sistemas del Núcleo, los Territorios del Borde Exterior, el Espacio Salvaje, las Regiones Desconocidas. Desde su trono, el emperador podía manipular la imagen, aumentar un sector elegido, localizar un solo sistema, o seguir una campaña militar.

Era tanto una obra de arte como una herramienta. Al gran almirante Thrawn le encantaría.

Y al pensar en eso, los recuerdos del pasado dieron paso a regañadientes a las realidades del presente. Thrawn estaba ahora al mando, un hombre que quería recrear el Imperio a su imagen y semejanza. Lo deseaba hasta tal punto que estaba dispuesto a desencadenar unas nuevas Guerras Clónicas para lograrlo. Respiró hondo.

—Muy bien —dijo. Las palabras despertaron ecos en la cámara, y alejaron un poco más los recuerdos—. Si se encuentra aquí, estará empotrado en el trono.

Skywalker apartó la vista del holograma galáctico con un visible esfuerzo.

—Echemos un vistazo.

Se internaron en el pasillo de diez metros que conducía desde el turboascensor a la parte principal del salón del trono, y caminaron bajo la pasarela que corría frente al borde delantero del holograma y entre plataformas de vigilancia que flanqueaban la escalera. Mara miró hacia las plataformas, mientras Skywalker y ella subían peldaños que llevaban al nivel superior, recordando a los guardias imperiales de capa roja que en otro tiempo vigilaban en silencio. Bajo el piso del nivel superior, visible entre los peldaños, la zona de control y comunicaciones del emperador estaba oscura y silenciosa. Aparte del holograma galáctico, todos los sistemas parecían estar desconectados.

Llegaron al final de la escalera y se encaminaron hacia el trono, encarado hacia la pared de roca pulimentada que había detrás. Mara lo estaba mirando, preguntándose por qué el emperador lo había colocado de espaldas a la galaxia, cuando empezó a girar.

Agarró el brazo de Skywalker y apuntó al trono con el desintegrador. La enorme butaca acabó de dar la vuelta...

—De modo que por fin habéis venido a mí —dijo con voz grave Joruu C'baoth, contemplándoles desde las profundidades del trono—. Sabía que lo haríais. Juntos enseñaremos a la galaxia lo que significa servir a los Jedi.

—Sabía que vendrías a mí esta noche —continuó C'baoth, y se levantó lentamente del trono—. Desde el momento en que abandonasteis Coruscant, supe que vendrías. Por eso dispuse que esta noche los habitantes de mi ciudad atacaran a mis opresores.

—No era necesario.

Luke dio un paso atrás involuntario, cuando el recuerdo de aquellos días casi desastrosos en Jomark acudió a él. C'baoth había intentado corromperle sutilmente para atraerle hacia el lado oscuro... y cuando fracasó, intentó matar a Luke y también a Mara.

Pero no lo intentaría de nuevo. Aquí no. Sin la Fuerza, no.

—Pues claro que era necesario —replicó C'baoth—. Necesitabais una distracción para entrar en mi prisión. Y ellos, como todos los seres inferiores, necesitaban una causa. ¿Cuál mejor, sino el honor de morir al servicio de un Jedi?

Mara murmuró algo.

—Creo que es al revés —dijo Luke—. Los Jedi eran los guardianes de la paz. Los sirvientes de la Antigua República, no sus amos.

—Por eso ellos y la Antigua República fracasaron, Jedi Skywalker. —C'baoth agitó un dedo en su dirección para dar mayor énfasis a sus palabras—. Por eso fracasaron, y por eso murieron.

—La Antigua República sobrevivió durante mil generaciones —observó Mara—. Eso no me parece un fracaso.

—Tal vez no —replicó C'baoth, con evidente desdén—. Eres joven, y aún no ves con claridad.

—Y usted sí, ¿verdad? C'baoth sonrió.

—Oh, sí, mi joven aprendiz —dijo con suavidad—. Ya lo creo. Como te pasará a ti.

—No cuente con ello —gruñó Mara—. No hemos venido para liberarle.

—La Fuerza no depende de vuestros supuestos objetivos, ni tampoco los verdaderos amos de la Fuerza. Lo sepáis o no, yo os he convocado.

—Créalo, adelante. —Mara hizo un ademán con el desintegrador—. Póngase allí.

—Por supuesto, mi joven aprendiz. —C'baoth dio tres pasos en la dirección indicada—. Posee una gran fuerza de voluntad, Jedi Skywalker —dijo a Luke, mientras Mara se acercaba con cautela al trono y se agachaba para examinar los tableros de control de los reposabrazos—. Detendrá un gran poder en la galaxia que construiremos.

—No. —Luke meneó la cabeza. Ésta era quizá su última oportunidad de devolver la cordura al Jedi loco, de salvarle, como había salvado a Vader en la segunda Estrella de la Muerte—. Usted no está en condiciones de construir nada, maestro C'baoth. Está enfermo, pero yo le ayudaré si me deja.

El rostro de C'baoth se nubló.

—¿Cómo osas decir cosas semejantes? ¿Cómo osas pensar siquiera esa blasfemia sobre el gran Maestro Jedi C'baoth?

—Es así —dijo Luke con suavidad—. Usted no es el Maestro Jedi C'baoth. El original no, al menos. La prueba se encuentra en los registros de la *Katana*. Joruu C'baoth murió hace mucho tiempo, durante el proyecto Vuelo de Expansión.

—Pero estoy aquí.

—Sí —asintió Luke—, lo está, pero no Joruu C'baoth. Usted es su clon.

Todo el cuerpo de C'baoth se puso rígido.

—No —dijo—. No. Es imposible. ' Luke agitó la cabeza.

—No hay otra explicación. Estoy seguro de que alguna vez se le habrá ocurrido esa idea.

C'baoth respiró hondo, tembloroso, y de repente, echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada.

—Cuidado —advirtió Mara, mientras observaba al anciano por encima del brazo del trono—. Hizo el mismo truco en Jomark, ¿te acuerdas?

—Tranquila —contestó Luke—. No puede hacernos daño.

—Ay, Skywalker, Skywalker —dijo C'baoth, y meneó la cabeza—. ¿Tú también? El gran almirante Thrawn, la Nueva República, y ahora tú. ¿A qué se debe esta repentina fascinación por los clones y la clonación? —Lanzó otra carcajada y, sin previo aviso, compuso una expresión mortalmente seria—. Nadie entiende nada, Jedi Skywalker. Ni el gran almirante Thrawn, ni ninguno de ellos. El verdadero

poder de un Jedi no reside en esos vulgares trucos de materia y energía. El auténtico poder de un Jedi consiste en que nosotros solos, de entre todos los seres de la galaxia, tenemos el poder de crecer más allá de nosotros, de extendernos hasta todos los confines de la galaxia.

Luke miró a Mara, pero recibió como respuesta un encogimiento de hombros y una mirada de perplejidad.

—No le entendemos —dijo Luke—. ¿Qué quiere decir? C'baoth dio un paso hacia él.

—Ya lo he hecho, Jedi Skywalker —susurró, con ojos que brillaban en la penumbra—. Con el general Covell. Lo que ni siquiera el emperador logró. Tomé su mente en mis manos y la alteré. La reformé y reconstruí a mi imagen y semejanza.

Luke sintió un escalofrío.

—¿Qué quiere decir, reconstruirla?

C'baoth asintió y una misteriosa sonrisa aleteó en sus labios.

—Sí, la reconstruí. Y eso sólo fue el principio. Bajo nuestros pies, en las profundidades de la montaña, el futuro ejército de los Jedi se halla dispuesto ya a servirnos. Volveré a hacer lo que hice con el general Covell, una y otra vez. Porque el gran almirante Thrawn nunca se ha dado cuenta de que el ejército que cree estar creando para él, lo está creando para mí.

De pronto, Luke comprendió. Los clones que crecían en la caverna no sólo eran físicamente idénticos a su modelo original. Las mentes también eran idénticas, o lo bastante para resultar variaciones menores del mismo patrón.

Si C'baoth conseguía alterar la mente de uno de ellos, lo haría con todo el grupo.

Luke volvió a mirar a Mara. Ella también lo había comprendido.

—¿Aún crees que puedes salvarle? —preguntó.

—Yo no necesito que nadie me salve, Mara Jade —dijo C'baoth—. ¿Crees que voy a permitir que el gran almirante Thrawn me encarcele así?

—No pensé que le había pedido permiso —replicó Mara, alejándose del trono—. Aquí no hay nada, Skywalker. Larguémonos.

—No os he dado permiso para iros —dijo C'baoth, en voz alta y majestuosa. Levantó una mano, y Luke vio que sostenía un pequeño cilindro—. Y no lo haréis.

Mara movió su desintegrador.

—No va a detenernos con eso —dijo, con desprecio apenas disimulado—. Un activador remoto ha de tener algo que activar.

—Y lo tiene —dijo C'baoth, sonriente—. Ordené a mis soldados que lo prepararan. Antes de que les enviara fuera de la montaña, con armas e instrucciones para mi gente.

—Claro. —Mara retrocedió un paso hacia la escalera, y dirigió una mirada cautelosa al techo cuando su mano izquierda encontró el pasamanos que separaba la sección elevada del salón del trono del nivel inferior—. Aceptamos su palabra.

C'baoth meneó la cabeza.

—No hace falta —dijo con suavidad, y apretó el interruptor.

En la mente de Luke, algo lejano y muy extraño pareció lanzar un grito de agonía.

Y de repente, aunque fuera imposible, notó que una oleada de conciencia y energía le invadía. Como si despertara de un sueño profundo, o saliera de una habitación oscura a la luz.

La Fuerza volvía a acompañarle.

—¡Mara! —gritó.

Pero ya era demasiado tarde. El desintegrador de Mara se había liberado de su presa y volaba por el salón. Mientras Luke saltaba hacia ella, la mano extendida de C'baoth estalló en una brillante llamarada de rayos blancoazulados.

El rayo alcanzó a Mara en el pecho, y salió despedida contra el pasamanos.

—¡Basta! —chilló Luke.

La protegió con su cuerpo y encendió la espada de luz. C'baoth no le hizo caso y disparó una segunda andanada. Luke consiguió rechazarla casi por completo con la espada, pero hizo una mueca de dolor cuando la parte restante atravesó sus músculos. C'baoth disparó una tercera andanada, una cuarta, una quinta...

Y luego, de pronto, bajó las manos.

—No pienses que puedes darme órdenes, Luke Skywalker —dijo con voz petulante—. Yo soy el amo. Tú eres el sirviente.

—Yo no soy tu siervo.

Luke retrocedió y lanzó una breve mirada a Mara. Había logrado incorporarse, apoyándose en el pasamanos. Tenía los ojos abiertos, pero nublados, y exhalaba débiles gemidos entre los dientes apretados. Luke apoyó la mano libre sobre su hombro, asqueado por el olor a ozono, y examinó rápidamente sus heridas.

—Sí eres mi siervo —dijo C'baoth, sustituida ahora la petulancia por una especie de altiva grandeza—. Como ella. Déjala en paz, Jedi Skywalker. Necesitaba una lección, y ya la tiene.

Luke no contestó. Ninguna de sus quemaduras parecía grave, pero sus músculos se agitaban espasmódicamente. Proyectó la Fuerza e intentó aliviar su dolor.

—He dicho que la dejes en paz —repitió C'baoth, y su voz despertó ecos siniestros en el salón del trono—. Su vida no se halla en peligro. Ahorra tus energías para la prueba que te aguarda.

Levantó la mano teatralmente y señaló.

Luke se volvió. Una figura ataviada con lo que parecía la misma túnica marrón de C'baoth se erguía en el salón, silueteada contra el holograma galáctico. Una silueta que le recordó a alguien...

—No hay alternativa, mi joven Jedi —dijo C'baoth, con voz casi tierna—. ¿No lo comprendes? Debes servirme, o no podremos salvar a la galaxia de sí misma. Por tanto, debes enfrentarte a la muerte y emerger a mi lado..., o debes morir para que otro ocupe tu lugar. Alzó los ojos hacia la silueta y le indicó que se acercara—. Ven —llamó—. Y enfréntate a tu destino.

La silueta avanzó hacia la escalera y desenvainó al mismo tiempo una espada de luz. Era imposible distinguir el rostro de la silueta, por culpa de la luz que proyectaba el holograma.

Luke se apartó de Mara, mientras una extraña y desagradable presión estrujaba su mente. Había algo perturbadoramente familiar en aquel enfrentamiento, como si fuera a plantar cara por segunda vez a algo o alguien...

De pronto, el recuerdo sobrevino. Dagobah, su adiestramiento Jedi, la caverna del lado oscuro a la que Yoda le había enviado. Su breve batalla con una visión de Darth Vader...

Luke contuvo el aliento cuando una horrible sospecha estrujó su corazón. Pero no. La silueta silenciosa que se acercaba no era tan alta como Vader, pero entonces, ¿quién...?

Y entonces, la luz bañó a la silueta y, demasiado tarde, Luke recordó cómo había terminado aquella batalla soñada en la caverna del lado oscuro. La máscara de Vader se había roto, y el rostro que ocultaba era el de Luke.

Al igual que el rostro inexpresivo que le contemplaba ahora.

Luke notó que se alejaba de los peldaños, su mente petrificada y atormentada por la presión.

—Sí, Jedi Skywalker —dijo en silencio C'baoth desde atrás—. Eres tú. Luke Skywalker, creado a partir de la mano que perdiste en la Ciudad Nube de Bepin. Empuña la espada de luz que perdiste allí.

Luke observó la espada que ceñía la mano del clon. Era la suya, en efecto. La espada que, como le había revelado Obi-wan, su padre le había dejado.

—¿Por qué? —consiguió articular.

—Para proporcionarte la verdadera comprensión —dijo con voz grave C'baoth—. Y porque tu destino ha de cumplirse. Sea como sea, has de servirme.

Luke lanzó una breve mirada a C'baoth. Éste le contemplaba, con un brillo de anticipación en los ojos. Y de locura.

En aquel momento, el clon Luuke atacó.

Saltó a la parte superior de la escalera, encendió la espada de luz y lanzó la hoja blancoazulada contra el pecho de Luke. Éste saltó a un lado y extendió su espada para parar el golpe. Las hojas entrecucharon con un impacto que le hizo perder el equilibrio, y casi soltó su arma. El clon Luuke saltó tras él, la espada preparada para descargar un golpe mortífero. Luke proyectó la Fuerza y retrocedió, saltó por encima del pasamanos y cayó sobre una de las plataformas elevadas de vigilancia que se alzaban sobre la parte inferior del salón del trono. Necesitaba tiempo para pensar y forjar planes, para encontrar una manera de olvidar el zumbido de su mente.

Pero el clon Luuke no iba a concederle ese tiempo. Se acercó al pasamanos y lanzó la espada contra la base de la plataforma sobre la que Luke se erguía. La hoja sólo cortó la mitad de la base, pero bastó para que toda la plataforma se ladeara. Luke volvió a utilizar la Fuerza, saltó y trató de alcanzar la pasarela que atravesaba el salón del trono cinco metros más abajo.

La distancia era demasiado grande, o bien su mente estaba demasiado distraída por el zumbido para un adecuado funcionamiento de la Fuerza. Su rodilla tropezó con el borde de la pasarela y, en lugar de aterrizar sobre sus pies, cayó de espaldas.

—No quería hacerte esto, Jedi Skywalker —dijo C'baoth—. Ni siquiera ahora lo deseo. Únete a mí, deja que te enseñe. Juntos salvaremos a la galaxia de los seres inferiores que quieren destruirla.

—No —replicó con voz ronca Luke.

Aprovechó un saliente para erguirse, y luchó por recuperar el aliento. El clon Luuke había recuperado la espada, y se encaminaba hacia él.

El clon. Su clon. ¿Qué estaba provocando aquella extraña presión en su mente? ¿La presencia cercana de un duplicado influía en la Fuerza?

No lo sabía, del mismo modo que ignoraba el propósito de C'baoth al reunirles. Obi-wan y el



maestro Yoda le habían advertido de que matar impulsado por la ira o el odio le conduciría hacia el lado oscuro. ¿Matar a su clon provocaría acaso el mismo efecto?

¿O se proponía C'baoth algo muy diferente? ¿Pensaba que si Luke mataba a su clon se volvería loco?

Fuera como fuese, Luke no tenía muchas ganas de averiguarlo. De pronto, se le ocurrió que no era preciso. Podía llegar al extremo de la pasarela, coger el turboascensor en que Mara y él habían subido, y escapar.

Dejando a Mara sola contra C'baoth.

Alzó los ojos. Mara seguía apoyada contra el pasamanos, no del todo consciente, en mal estado para caminar.

Luke apretó los dientes y se puso en pie. Mara le había pedido, suplicado, que la matara antes que dejarla en manos de C'baoth. Lo menos que podía hacer era quedarse con ella hasta el final.

Tanto si era el final de ella como el de él.

La explosión que sacudió la caverna sonó como un trueno, claramente audible pero, al mismo tiempo, amortiguada.

—¿Has oído eso, Chewie? —preguntó Lando, y se inclinó para lanzar una cautelosa mirada desde su plataforma de trabajo—. ¿Crees que ha estallado algo?

Chewbacca, con las manos llenas de cables, gruñó una corrección: no había sido una sola explosión grande, sino muchas pequeñas simultáneas. Discos detonantes, o algo de similar poder.

—¿Estás seguro? —preguntó Lando, vacilante, mientras observaba los tanques de clonación situados en la galería sobre la que trabajaban. No sonaba como una disfunción normal.

Se puso rígido. Distinguió tenues hilillos de humo, que se elevaban sobre los tubos de alimentación conectados a la parte superior de los tanques. Muchos hilillos de humo, que parecían ascender en una configuración bastante regular. Como si algo hubiera estallado en cada grupo de cilindros Spaarti.

Oyó un ruido metálico a su espalda. Lando giró en redondo y vio que Cetrespeó pisaba con cautela la plataforma de trabajo, la cabeza ladeada para mirar hacia el suelo de la caverna.

—¿Es humo eso? —preguntó el androide, en el tono de alguien que no desea saber la respuesta a su pregunta.

—A mí me parece humo —admitió Lando—. ¿Qué haces aquí?

—Ah... —El androide apartó la vista de lo que estaba ocurriendo abajo—. Erredós ha encontrado el esquema de esa columna. —Tendió a Lando una tarjeta de datos—. Sugiere que valdría la pena investigar el acoplador de flujo negativo de la línea de energía principal.

—Lo tendremos en mente —dijo Lando.

Introdujo la tarjeta en su agenda, lanzó una rápida mirada por encima de la barandilla y extendió la agenda a Chewbacca. El wookiee y él no se destacaban contra los colores apagados de la columna y el techo rocoso de la caverna, que se alzaba dos metros sobre ellos, pero Cetrespeó resaltaría como un lingote de oro en un barrizal.

—Sal de aquí antes de que alguien te vea.

—Oh —dijo Cetrespeó, y se puso algo más rígido de lo habitual—. Sí, por supuesto. Erredós también ha localizado el origen de la interferencia en los comunicadores. El capitán Solo ha exigido que si la encontráramos...

—Está bien —le interrumpió Lando. ¿Había alguien moviéndose detrás de un cilindro Spaarti del nivel inferior?—. Me acuerdo. Erredós y tú adelantaos. Llevaos a los noghri.

El androide pareció sorprenderse.

—¿Erredós y yo? Pero señor...

Una oleada azulada, precedida por un estruendo ensordecedor, surgió de la galería de clonación inferior.

—¡Maldición! —ladró Lando.

Se tiró al suelo de la plataforma y notó un golpe sordo cuando Chewbacca aterrizó a su lado. Un segundo rayo aturdidor rebotó en la columna, sobre su cabeza, mientras desenfundaba el desintegrador.

—Largo de aquí, Cetrespeó.

No fue preciso alentar al androide.

—Sí, señor —gritó, ya casi fuera de la plataforma. Chewbacca gruñó una pregunta.

—Por ahí —dijo Lando, moviendo el desintegrador—. Ten cuidado, habrá más.

Un tercer rayo aturdidor se estrelló en la parte inferior de la plataforma, y esta vez Lando divisó al soldado oculto tras un cilindro. Disparó dos veces, derribó al imperial y destruyó casi el cilindro. Detrás, otra oleada azul pasó sobre su cabeza, seguida una fracción de segundo después por el ladrido de la ballesta de Chewbacca.

Lando sonrió para sí. Estaban en un buen lío, pero no tanto como podía haber sido. Mientras no se apartaran de la maquinaria vital, los imperiales no se atreverían a utilizar armas más potentes. Al mismo tiempo, los imperiales agazapados en las galerías no contaban con otro refugio que los tanques de clonación. Lo cual significaba que su única posibilidad era quedarse allí, sin molestar apenas a sus blancos, para evitar la destrucción de valiosos aparatos.

O podían subir al siguiente nivel y dispararles desde un ángulo en que el grueso metal de la plataforma no se interpusiera.

Chewbacca rugió desde el otro lado de la columna; los imperiales retrocedían.

—Igual suben aquí —dijo Lando, y echó un vistazo a las puertas que daban a la pasarela.

Parecían muy fuertes. Si Han y los noghri las habían sellado bien, resistirían durante un rato a un grupo de milicianos.

A no ser por la puerta de la sala de bombeo en la que Erredós había trabajado. Han la habría dejado abierta para que pudieran salir.

Lando hizo una mueca, pero no había nada que hacer. Apoyó la pistola sobre la barandilla, apuntó con cuidado a la caja de control de la puerta y disparó. La caja destelló y se arrugó, y durante un par de segundos vio chispas entre el humo.

Ya estaba. Los imperiales habían quedado bloqueados. Y Chewbacca y él también.

Reptó hacia el otro lado de la columna. Chewbacca ya había vuelto al trabajo, y sus manos manchadas de grasa se movían entre los cables y los tubos. La agenda electrónica estaba en el suelo, junto a sus pies.

—¿Algún progreso? —preguntó Lando.

Chewbacca gruñó, palmeó la agenda con un pie y Lando estiró el cuello para mirar. Era un esquema de una sección del cable eléctrico, que mostraba un empalme del que salían ocho plomos.

Y justo encima del empalme, claramente señalado, un regulador de flujo positivo.

—Oh oh —dijo Lando, y una sensación desagradable se apoderó de él—. No pensarás empalmar eso con el acoplador de flujo negativo que mencionó Cetrespeó, ¿verdad?

Como respuesta, el wookiee sacó la mano de la maraña de cables, arrastrando el acoplador de flujo negativo, casi desconectado.

—Espera un momento.

Lando contempló con cautela el acoplador. Había escuchado rumores acerca de lo que ocurría cuando se empalmaba un acoplador de flujo negativo a un detonador de flujo positivo, y utilizar un regulador de flujo positivo en lugar de un detonador no parecía mucho más seguro.

—¿Qué provocará eso?

El wookiee se lo explicó. Tenía razón: utilizar un regulador no era más seguro. De hecho, resultaba muchísimo más peligroso.

—No exageremos las cosas, Chewie —le advirtió—. Hemos venido a destruir los cilindros de clonación, no a que se nos caiga encima todo el almacén.

Chewbacca rugió con insistencia.

—Está bien, está bien, lo guardaremos en reserva —suspiró Lando.

El wookiee lanzó un gruñido de complacencia y volvió al trabajo. Lando hizo una mueca, bajó el desintegrador y sacó dos cargas de su bolsa de explosivos. Sería mejor que se mantuviera ocupado mientras pensaba en cómo iban a escapar por las puertas cerradas y un pasillo lleno de milicianos.

Y si conseguían adivinar lo que estaba haciendo Chewbacca... Bien, en ese caso, salir del almacén se convertiría en una simple cuestión teórica.

Abrió un hueco con una mano entre los cables eléctricos y se puso a trabajar.

El contador de tiempo advirtió que faltaban cinco segundos, y Wedge contuvo la respiración. Extendió las manos hacia las palancas hiperespaciales...

Y de pronto, el cielo moteado del hiperespacio se transformó en líneas y estrellas. A su alrededor, el resto del Escuadrón Pícaro se materializó, aún en formación. Enfrente, distinguió el contorno y las luces de unos astilleros.

Habían llegado a los astilleros de Bilbringi. Sólo que estaban demasiado lejos. Lo cual significaba...

—¡Alerta de combate! —aulló Pícaro Dos—. Se acercan interceptores TIE. Curso dos-nueve-tres punto veinte.

—A todas las naves, emergencia de combate. —La voz grave del almirante Ackbar se oyó por el comunicador—. Configuración defensiva. Mando de los cazas en posición de cobertura. Parece una trampa.

—Seguro que sí —murmuró Wedge para sí.

Viró a estribor y lanzó un vistazo a sus pantallas. Allí estaban los Cruceros Interceptores que les habían sacado del hiperespacio, bien alejados de las inmensas flotas que estaban tomando posición

de combate. A juzgar por la forma en que estaban desplegadas, la flota de la Nueva República no saltaría a tiempo a la velocidad de la luz.

Y entonces los interceptores TIE se lanzaron sobre ellos, y ya no hubo tiempo para preguntarse por qué su ataque, tan cuidadosamente planeado, había fracasado antes de empezar. De momento, la única cuestión era la de la supervivencia, nave por nave..

Los pasos decididos doblaron la esquina, situada a diez metros de distancia, y continuaron hacia él. Han, aplastado contra la puerta algo hundida que constituía el único refugio existente en esos diez metros, abandonó la tenue esperanza de haber despistado a sus perseguidores y se preparó para el inevitable combate.

Tendrían que haberse desviado. De hecho, ni siquiera deberían estar allí. A juzgar por las briznas de información que había ido recogiendo mientras pasaba por los puntos de control desiertos, daba la impresión de que todo el mundo armado con un desintegrador tenía que encontrarse veinte niveles más abajo, luchando contra los nativos que se habían introducido en la guarnición. Estos niveles superiores no parecían estar ocupados, y tan sólo el maestro C'baoth necesitaría protección.

Los pasos se acercaban. Sería mucha suerte, pensó Han con amargura, toparse con dos desertores que buscaban un lugar donde esconderse.

Entonces, a unos cinco metros de distancia, los pasos se interrumpieron con brusquedad y, en el súbito silencio, oyó un jadeo ahogado.

Le habían localizado.

Han no vaciló. Se apoyó en la puerta y saltó al otro lado del pasillo, con la esperanza de repetir el truco efectuado en el puesto defensivo o, al menos, imitarlo en lo posible sin la cobertura de Chewbacca. Había menos enemigos de los que sospechaba, y más arrimados a la pared, y perdió medio segundo vital, mientras su desintegrador se desviaba hacia ellos.

—¡Han! —gritó Leia—. ¡No dispaes!

La sorpresa paralizó las rodillas de Han, y se derrumbó contra la pared de una forma muy poco digna. Era Leia, no cabía duda. Aún más sorprendente, Talón Karrde la acompañaba, junto con sus dos vornskrs.

—¿Qué galaxias haces aquí? —preguntó.

—Luke está en peligro —dijo Leia, sin aliento. Se precipitó sobre él y le dio un rápido y tenso abrazo—. Está por ahí delante...

—Tranquila, corazón. —Han aferró su brazo cuando Leia intentó soltarse—. No pasa nada. Sabíamos que había ysalamiri. Leia meneó la cabeza.

—Es que no hay. La Fuerza ha regresado. Justo antes de que salieras de tu refugio. Han juró por lo bajo.

—C'baoth —murmuró—. Ha de ser él.

—Sí. —Leia se estremeció—. Es él. Han miró a Karrde.

—Me han contratado para destruir el almacén del emperador —dijo al instante el contrabandista—. He traído a Sturm y Drang para que me ayuden a encontrar a Mara.

Han desvió la vista hacia los vornskrs.

—¿Has venido con alguien más? —preguntó a Leia. Su mujer negó con la cabeza.

—Nos tropezamos con tres escuadrones de tropas tres niveles más abajo, que se dirigían hacia aquí. Nuestros dos noghri se quedaron para contenerles.

Han miró a Karrde.

—¿Y su gente?

—Están en el *Salvaje Karrde*. Protegiendo nuestra huida, en caso de que lo logremos. Han gruñó.

—Bien, en ese caso, supongo que somos los que somos. —Soltó el brazo de Leia y avanzó por el pasillo—. Vamos. Están en el salón del trono. Conozco el camino.

Mientras corrían, intentó no pensar en la última vez que se había enfrentado a un Jedi Oscuro. En la Ciudad Nube de Lando, en Bepin, cuando Vader le había torturado y congelado en carbonita.

Por lo que Luke le había contado, no esperaba que C'baoth fuera más civilizado.

Las espadas de luz centellearon, una hoja blancoazulada contra una blancoverdosa, chisporrotearon al entrechocar, cortaron metal y cables. Mara, aferrada al pasamanos con ambas manos, luchando contra el remolino que enturbiaba su mente, contemplaba fascinada la batalla que se desarrollaba en el salón del trono. Era como una versión invertida de aquella postrera y horrible visión que el emperador le había transmitido en el instante de su destrucción, casi seis años antes.

Sólo que esta vez no era el emperador quien hacía frente a la muerte, sino Skywalker.

Y no era una visión. Era real.

—Observa con atención, Mara Jade —dijo C'baoth, con voz dura pero extrañamente nostálgica—. A menos que te pliegues por tu propia voluntad a mi autoridad, algún día te enfrentarás a la misma batalla.

Mara le miró de soslayo. C'baoth contemplaba el duelo que había preparado con una fascinación casi espeluznante. Ella era la culpable, sin duda, cuando le había conocido en Jomark. El trabajo que el Maestro Jedi había llevado a cabo para Thrawn le había permitido saborear el poder; y como el emperador antes que él, la cata no había sido suficiente.

Sin embargo, al contrario que el emperador, no iba a contentarse con el control de planetas y enemigos. Su imperio sería más personal: mentes reformadas y reconstruidas según su concepción de la mente.

Lo cual significaba que Mara estaba en lo cierto desde el principio. C'baoth estaba completamente loco.

—No es una locura ofrecer la riqueza de mi gloria a los demás —murmuró C'baoth—. Es un regalo por el que muchos morirían.

—Le estás dando un buen adelanto a Skywalker —replicó Mara.

Meneó la cabeza para intentar despejarla. Entre sus recuerdos, ¡un eco de la extraña presión que atormentaba la mente de Skywalker, y la presencia insoportable de C'baoth a dos metros de distancia, intentar clarificar sus pensamientos era como intentar volar en un aeroplano durante una tormenta de invierno.

Pero existía una pauta mental que el emperador le había enseñado mucho tiempo atrás, una pauta que utilizaba cuando quería ocultar sus órdenes a todo el mundo, incluido Vader. Si podía despejar su mente lo bastante para convocarla...

Una oleada de dolor se abrió paso entre el torbellino.

—No intentes ocultarme tus pensamientos, Mara Jade —la reprendió con severidad C'baoth—. Ahora eres mía. Una aprendiz no tiene derecho a esconder sus pensamientos a su maestro.

—Así que ya soy tu aprendiz, ¿eh? —gruñó Mara. Apretó los dientes para superar el dolor y trató una vez más de recuperar la pauta. Esta vez lo logró—. Pensaba que sería después de arrodillarme ante ti.

—Te burlas de mi visión —dijo C'baoth, en tono petulante—, pero te arrodillarás ante mí.

—Como Skywalker, ¿verdad? Suponiendo que sobreviva.

—Será mío —insistió C'baoth, muy seguro—, al igual que su hermana y sus sobrinos.

—Y entonces, juntos, curaréis la galaxia —dijo Mara, mientras contemplaba su rostro y escuchaba la confusión que bullía en su mente.

Sí, daba la impresión de que la barrera mantenía a raya a C'baoth. Si podía alargar un poco más aquella privacidad...

—Me decepcionas, Mara Jade. —C'baoth meneó la cabeza—. ¿De veras crees que necesito escuchar tus pensamientos para leer en tu corazón? Como los seres inferiores de la galaxia, buscas mi destrucción. Una idea absurda. ¿Acaso no te enseñó nada el emperador sobre tu destino?

—No leyó muy bien el suyo, al menos eso lo sé —replicó Mara.

Escuchó los latidos de su corazón, en tanto contemplaba a C'baoth. Si su mente errática decidía que ella era una auténtica amenaza y la atacaba de nuevo con aquellos rayos...

C'baoth sonrió y extendió los brazos a los lados.

—¿Sientes la necesidad de medir tu fuerza contra la mía, Mara Jade? Vamos, hazlo.

Mara le miró unos segundos, casi al borde de las lágrimas. Parecía tan viejo y desvalido, y ella contaba con su barrera mental y el mejor adiestramiento de combate que el emperador le había

podido proporcionar. Sólo tardaría unos segundos...

Respiró hondo y bajó los ojos. No, ahora no. Así no, con aquellas presiones que asediaban su mente. Jamás lo lograría.

—Mátame ahora y no podré postrarme de hinojos ante ti —murmuró, y sus hombros se hundieron en señal de derrota.

—Muy bien —ronroneó C'baoth—. Aún te queda prudencia, a fin de cuentas. Mira, y aprende.

Mara se volvió hacia el pasamanos, pero no para contemplar el duelo. Allí abajo, en algún lugar, estaba el desintegrador que C'baoth le había arrebatado cuando había neutralizado, como fuera, a los ysalamiri de la montaña y recobrado la Fuerza. Si pudiera encontrarlo antes de que C'baoth comprendiera que no había tirado la toalla...

Al otro lado del salón, Skywalker volvió a saltar sobre la pasarela. El clon se dispuso a actuar, con la espada de luz alzada sobre su cabeza. La hoja blancoazulada erró a Skywalker por un pelo, y cortó el suelo de la pasarela y uno de los salientes de apoyo que la sujetaban al techo. El metal torturado cedió con un chirrido estremecedor bajo el peso de Skywalker.

Cayó al suelo, más o menos de pie, y se apoyó sobre una rodilla. Extendió la mano, y la espada que caía hacia el clon cambió bruscamente de dirección. Se desvió hacia la mano de Skywalker...

Y se inmovilizó en el aire. Skywalker se puso en tensión. Los músculos de su mano se tensaron visiblemente mientras su mente se expandía.

—Así no, Jedi Skywalker —le reprendió C'baoth.

Mara se volvió y vio que el anciano también había extendido la mano hacia la espada vagabunda. El clon, por su parte, estaba inmóvil, como a sabiendas de que C'baoth le apoyaba.

Tal vez era así. Tal vez su cuerpo no era otra cosa que la prolongación de la mente de C'baoth.

—El duelo ha de ser a muerte —continuó C'baoth—. Ha de ser arma contra arma, mente contra mente, alma contra alma. Algo menos no os proporcionará el conocimiento necesario para servirme como es debido.

Skywalker era bueno, sin duda. Acosado por aquella extraña presión mental, debía de saber que no estaba a la altura de C'baoth. Mara percibió un sutil cambio en su concentración. De pronto, lanzó la espada hacia atrás, la hoja blancoverdosa voló hacia el puño de la otra espada.

Pero si C'baoth no permitía a Skywalker desarmar a su enemigo, tampoco le dejaría destruir su arma. Mientras la espada descendía, un pequeño objeto surgió de las sombras, a la derecha de Skywalker, golpeó su hombro y desvió su brazo lo suficiente para que la espada errara su objetivo. Un instante después, el viejo Jedi liberó la espada del clon de la presa mental de Skywalker, y la envió hacia su contrincante. El clon la levantó. Luke, cansado, se puso en pie, dispuesto a continuar la batalla.

Pero a Mara no le interesaban de momento las espadas de luz. En el suelo, a dos metros de los pies de Skywalker, estaba el objeto que C'baoth le había arrojado.

El desintegrador de Mara.

Miró de reojo a C'baoth y se preguntó si la estaría observando. De hecho, tenía la mirada perdida en la nada, con una extraña sonrisa infantil en el rostro.

—Ha venido —dijo, con voz apenas audible por culpa del entrecocar de espadas—. Sabía que lo haría. —De pronto, miró a Mara—. Ella está aquí, Mara Jade.

Señaló con gesto melodramático hacia el turboascensor en que Skywalker y ella habían subido.

Mara se volvió, no muy convencida de que debía apartar los ojos del Jedi. La puerta del turboascensor se abrió y Solo salió, con el desintegrador preparado. Y detrás de él...

Mara contuvo el aliento y todo su cuerpo se puso rígido. Era Leia Organa Solo, que sostenía un desintegrador en una mano y su espada de luz en la otra. Detrás de ella, dos vornskrs atados con correas.

Era Karrde. ;

¿Organa Solo? ¿Karrde?

—Leia, Han, retroceded —gritó Skywalker cuando los recién llegados avanzaron por el pasadizo hacia la parte principal del salón del trono—. Es demasiado peí...

—Bienvenida, mi nueva aprendiz —exclamó alegremente C'baoth.

Su voz apagó a la de Skywalker cuando despertó sonoros ecos en la estancia—. Ven a mí, Leia Organa Solo. Yo te enseñaré los verdaderos caminos de la Fuerza.

Solo tenía en mente una lección muy diferente. Llegó al final del pasillo, apuntó y disparó.

Sin embargo, aun ebrio de satisfacción, no se podía burlar con tanta facilidad el poder de C'baoth. El desintegrador de Mara saltó del suelo para interponerse en el camino del rayo. Su culata estalló en una nube de chispas. El segundo fue bloqueado de manera similar. El tercero alcanzó el estuche de energía del arma, y convirtió el desintegrador en una bola de fuego espectacular. El desintegrador de Solo voló de su mano antes de que pudiera hacer fuego por cuarta vez.

Y C'baoth se volvió loco.

Lanzó un horrrisono chillido de rabia que pareció prender fuego al aire. Mara dio un brinco cuando el penetrante sonido taladró sus oídos.

Y al instante siguiente estuvo a punto de caer por encima del pasamanos cuando la Fuerza equivalente al chillido la golpeó.

Jamás había experimentado nada semejante, ni por parte de Vader, ni del mismísimo emperador. Aquella ferocidad animal, la pérdida total de todo autocontrol, era como estar sola al aire libre en mitad de una violenta tempestad. Oleada tras oleada de furia la azotaron, se abrieron paso por la barrera mental que había creado y agitaron su mente con una combinación entumecedora de odio y dolor. Vio que Skywalker y Organa Solo se tambaleaban, víctimas del ataque; oyó que los vornskrs de Karrde aullaban de dolor.

Y de las manos extendidas de C'baoth brotó un haz de rayos.

Mara se encogió de dolor compartido cuando Solo salió despedido hacia el pasamanos que rodeaba el holograma. Por encima de los chasquidos de los rayos, oyó que Organa Solo gritaba el nombre de su hermano y saltaba a su lado, dejaba el desintegrador y encendía la espada de luz, justo a tiempo de parar el tercer haz de rayos. De pronto, C'baoth apuntó hacia la pasarela que colgaba precariamente sobre sus cabezas. Los rayos centellearon de nuevo.

Y el centro de la pasarela se partió con un chasquido metálico, precipitándose hacia Leia Organa Solo.

Lo anticipó, o quizá el adiestramiento proporcionado por Skywalker la había enseñado a utilizar la Fuerza para prevenir el peligro. Cuando el pesado metal se precipitó sobre ella, levantó la espada de luz y asestó un mandoble a la pasarela, de modo que la parte principal se desvió y se estrelló en el suelo frente a Karrde y los vornskrs, pero no tuvo tiempo de esquivar el extremo cercenado. La alcanzó en la cabeza y el hombro. La espada escapó de su mano, y la princesa se derrumbó en el suelo, al lado de Solo.

—¡Leia! —gritó Skywalker.

Lanzó una mirada de angustia a su hermana. De repente, pareció olvidar aquel zumbido debilitador, porque pasó de una defensa atontada a un ataque furioso. El clon retrocedió, apenas capaz de aguantar la embestida de Skywalker. Saltó a la escalera y subió dos peldaños cuando Luke cargó contra él, y luego ganó de un brinco la plataforma de guardia restante. Por un segundó, Mara pensó que Skywalker iba a perseguirle hasta allí, o cortar la base de la plataforma para que cayera.

No hizo ninguna de ambas cosas. A mitad de la escalera, el rostro perlado de sudor, miró a C'baoth con una expresión que provocó escalofríos a Mara.

—¿También quieres destruirme a mí, Jedi Skywalker? —dijo C'baoth, con voz mortalmente serena—. Qué estupidez. Podría aplastarte como a un insecto.

—Tal vez —respondió Skywalker, con la respiración entrecortada—, pero si lo haces, nunca conseguirás controlar mi mente. C'baoth le estudió.

—¿Qué quieres?

Skywalker movió la cabeza en dirección a su hermana y a Solo.

—Déjales marchar. A todos. Ahora. —Sus ojos se desviaron hacia Mara—. Y a ella también.

—¿Y si lo hago?

Un músculo se agitó en la mejilla de Skywalker. Movié un dedo y la espada se apagó.

—Déjales marchar —dijo en voz baja—, y yo me quedaré.

Se oyeron golpes sordos en las cercanías, que añadieron un latido irregular a los siniestros sonidos de respiración que susurraban en la caverna de clonación. Un rayo de rifle al estrellarse contra metal pesado, decidió Lando, y dirigió una veloz mirada hacia las puertas que rodeaban el pasillo. Hasta el momento, todas parecían bien aseguradas, pero sabía que la situación no se prolongaría mucho más. Los milicianos no estaban disparando a las puertas por el placer de practicar el tiro al blanco, y seguramente recibirían bolsas de explosivos de un momento a otro.

Desde el otro lado de la columna, Chewbacca rugió una advertencia.

—Tengo la cabeza agachada —dijo Lando, y escudriñó el hueco practicado entre dos anchos conductos, para examinar el laberinto de cables y tubos de colores. ¿Dónde estaba aquella conexión de la bomba repulsora...?

La había localizado y estaba introduciendo la carga, cuando el pitido de su comunicador se disparó de repente, coreado un segundo después por el de Chewbacca. Lando frunció el ceño, casi esperando que algún experto imperial hubiera localizado su canal, y lo sacó.

—Carlissian —dijo.

—Ah... General Carlissian —contestó la voz precisa de Ce-trespeó—. Veo que Erredós ha conseguido eliminar la interferencia. Sorprendente, de hecho, teniendo en cuenta todos los problemas que hemos debido...

—Buen trabajo, díselo —cortó Lando. No era el momento más adecuado para charlas placenteras con Cetrespeó—. ¿Algo más?

—Ah, sí, señor. Los noghri preguntan si desea que volvamos a ayudarlo.

Otro impacto, esta vez más fuerte.

—Ojalá pudierais —suspiró Lando—, pero no lo conseguiréis a tiempo. —Otro estruendo, y ahora vio que la puerta opuesta al puente temblaba a causa del impacto—. Tendremos que salir de aquí por nuestros propios medios.

Desde el otro lado de la plataforma de trabajo, Chewbacca rugió su opinión, muy poco entusiasta.

—Pero si Chewbacca quiere que regresemos...

—No llegaréis a tiempo —insistió Lando—. Diles a los noghri que, si quieren ser útiles, suban al salón del trono y echen una mano a Han.

—Demasiado tarde —intervino una nueva voz, en voz muy baja.

Lando frunció el ceño.

—¿Han?

—No, soy Talón Karrde —se identificó el otro—. He venido con la consejera Organa Solo. Estamos en el salón del trono...

—¿Leia está aquí? ¿Qué...?

—Cierra el pico y escucha —le interrumpió Karrde—. Ese Maestro Jedi de Luke, Joruu C'baoth, también está aquí. Ha puesto fuera de combate a Solo y Organa Solo, y tiene a Luke luchando contra lo que parece ser su clon. En este momento no me presta la menor atención, pero lo hará en cuanto yo intente algo.

—Luke dijo que la Fuerza estaba bloqueada.

—Lo estaba, pero C'baoth la ha recuperado. ¿Estás en los tanques de clonación?

—Encima de ellos, sí. ¿Por qué?

—Organa Solo sugirió antes que habría montones de ysalamiri esparcidos por esa zona. Si consigues sacar algunos de sus armazones alimenticios y los subes aquí, quizá podamos detenerle.

Chewbacca emitió un gruñido plañidero, y Lando torció los labios. Ese era el motivo de las explosiones de discos detonantes.

—Demasiado tarde —dijo a Karrde—. C'baoth ya los ha matado a todos.

El comunicador quedó silencioso un largo momento.

—Entiendo —dijo por fin Karrde—. Bien, eso lo explica todo. ¿Alguna sugerencia? Lando titubeó.

—No. Si se nos ocurre algo, te informaremos.

—Gracias —dijo Karrde, con excesiva sequedad—. Esperaré. Se oyó un clic cuando cortó la comunicación.

—¿Sigues ahí, Cetrespeó? —preguntó Lando.

—Sí, señor.

—Que Erredós vuelva al ordenador. Que haga lo posible para alejar a las tropas de ese tubo de admisión por el que entramos. Después, tú y los noghri dirigíos hacia allí.

—¿Nos vamos, señor? —preguntó Cetrespeó, claramente estupefacto.

—Exacto. Chewie y yo os seguiremos, así que moveos con rapidez, si no queréis que os atropelamos. Avisa a los dos noghri que Luke envió con aquel grupo de myneyrshi. ¿Comprendido?

—Sí, señor —dijo Cetrespeó, vacilante—. ¿Y el amo Luke y los demás?

—De eso me ocupo yo. Manos a la obra.

—Sí, señor.

Otro clic.

Siguió un momento de silencio. Chewbacca lo rompió con la pregunta inevitable.

—Creo que no nos queda otra elección —contestó Lando en tono sombrío—. Por la forma en que Luke y Mara hablan de él, C'baoth debe de ser tan peligroso como lo era el emperador, como mínimo. Puede que más. Hemos de volar todo el almacén y confiar en llevárnoslo por delante de paso.

Chewbacca rugió una objeción.

—No podemos. —Lando meneó la cabeza—. Al menos, hasta que no esté montado y listo. Si advertimos a alguien de arriba, C'baoth se enterará. Hasta le daría tiempo de detenerlo.

Otro impacto ahogado por la puerta.

—Vamos, terminemos de una vez.

Lando cogió el último explosivo. Con suerte, tendrían tiempo de disponer el truco de la resonancia arrítmica de Chewbacca antes de que los milicianos entraran. Con un poco más de suerte, los dos lograrían salir vivos de la caverna.

Y con muchísima más, quizá encontrarían una forma de avisar a Han y a los demás antes de que toda la caverna se viniera abajo.

El salón del trono permaneció en silencio durante un largo momento. Mara miró a Skywalker y se

preguntó si comprendía lo que estaba diciendo. Ofrecerse voluntariamente para quedarse con C'baoth...

Skywalker la miró de reojo y, pese al zumbido que nublaba su mente, leyó sus temores secretos. Sabía lo que estaba diciendo, desde luego. Y lo decía en serio. Si C'baoth aceptaba su oferta, se iría voluntariamente con el Jedi loco. Se sacrificaría por salvar a sus amigos.

Incluyendo a la mujer que había prometido matarle.

Mara desvió la vista, incapaz de mirarle. Sus ojos descubrieron a Karrde, medio oculto tras los restos de la pasarela y arrodillado entre sus dos vornskrs. Los acariciaba, les hablaba en voz baja, tal vez para calmarles después de sufrir el impacto de la Fuerza de C'baoth. Miró a los animales, pero no parecían malheridos. Karrde debió de observar los movimientos de su cabeza. La miró con semblante inexpresivo. Sin dejar de acariciar a los vornskrs, ladeó un poco la cabeza hacia Solo y Organa Solo. Mara frunció el ceño y siguió su mirada.

Y se quedó petrificada. Junto a la sección de la pasarela que casi cubría a su mujer, Solo se estaba moviendo. Poco a poco, un par de centímetros cada vez, se arrastraba sobre el suelo.

Hacia el desintegrador que Organa Solo había dejado caer.

—Pides demasiado, Jedi Skywalker —advirtió con suavidad C'baoth—. Mara Jade será mía. Ha de ser mía. Es el destino que exige la Fuerza. Ni siquiera tú puedes jugar con eso.

—Exacto —intervino Mara.

Miró a C'baoth y dotó a su voz de todo el sarcasmo que pudo reunir. Fuera cual fuera el riesgo, tenía que distraer la atención de C'baoth del otro extremo del salón lo máximo posible.

—Aún tengo que postrarme de hinojos a tus pies, ¿recuerdas?

—Me insultas, Mara Jade —dijo C'baoth, dedicándole una malévola sonrisa—. ¿Crees que es tan fácil despistarme?

Sin dejar de mirarla, engarfó un dedo.

Y cuando la mano de Solo se extendió para cogerlo, el desintegrador se alejó otro medio metro.

Un cambio sutil se produjo en la plataforma de vigilancia.

—¡Cuidado, Skywalker! —chilló Mara.

Skywalker giró en redondo, encendió la espada de luz y adoptó una postura defensiva. El clon, recuperada su valentía, se lanzaba sobre él. Las dos hojas se encontraron con un impacto que lanzó a Skywalker hacia el borde de la escalera. Dio un paso más, intentó recuperar el equilibrio, y saltó al suelo.

Mara lanzó una veloz mirada a Solo cuando el clon saltó sobre el borde en su persecución. Si el clon era en verdad una extensión de la mente de C'baoth...

Pero no. Cuando Solo intentó apoderarse una vez más del desintegrador, éste volvió a alejarse. El esfuerzo que C'baoth estaba realizando en el duelo a espada no le impedía concentrarse en jugar con sus prisioneros.

—¿Lo ves, Mara Jade? —preguntó en voz baja C'baoth. Su furia se había aquietado, la diversión que le ocasionaba jugar con sus prisioneros había pasado, y ahora había llegado el momento de volver al importantísimo asunto de construir su Imperio—. Es inevitable. Yo gobernaré..., y junto con Skywalker y su hermana, tú me servirás. Y todos seremos grandes juntos.

De repente, se apartó un largo paso del pasamanos situado al otro lado de la escalera. Justo a tiempo. Un instante después, Skywalker estaba de vuelta, gracias a un salto desde el suelo del salón. Aterrizó con la espalda vuelta hacia Mara y se tambaleó un poco antes de recobrar el equilibrio. Se produjo otro relámpago de luz, esta vez blancoazulado, cuando el clon brincó por encima del pasamanos en su persecución, imprimiendo feroces arcos horizontales a su espada para impedir ser atacado. Skywalker retrocedió. Mara vio que C'baoth se apresuraba a retroceder otro paso. El clon cargó hacia Skywalker, sin dejar de agitar la espada. Skywalker siguió retrocediendo, al parecer sin darse cuenta de que detrás sólo había la sólida pared rocosa.

Contra la cual quedaría atrapado.

Mara descubrió que C'baoth la estaba mirando de nuevo.

—Como ya te dije, Mara Jade, inevitable. Contigo y Skywalker a mi lado, los pueblos inferiores de la galaxia acudirán a nosotros en tropel, como hojas en el viento. Sus corazones y almas serán ^nuestros.

Hizo un ademán en dirección al otro lado de la sala. Karrde, todavía agachado detrás de la plataforma destruida, dio un brinco de sorpresa cuando su desintegrador se elevó de la funda y voló por el aire hacia C'baoth. La espada de Organa Solo y el desintegrador que Solo intentaba coger se reunieron con él a mitad de camino.

—Al igual que sus insignificantes armas —añadió C'baoth.

Levantó una mano negligente para recibirlas y volvió los ojos hacia el duelo, que avanzaba hacia su conclusión inevitable.



Era la oportunidad que Mara esperaba, tal vez la última que le quedaba. Se abrió paso entre el caos que rodeaba su mente, proyectó la Fuerza y concentró sus ojos y su mente en las armas que volaban hacia la mano de C'baoth. Notó que descuidaba su control...

Y la espada de luz de Organa Solo se apartó de los desintegradores para posarse en su mano.

C'baoth giró en redondo, y los desintegradores cayeron con estrépito sobre la escalera.

—¡No! —chilló, con la cara retorcida en una horrible mueca de miedo, confusión y terror.

Mara percibió que tiraba frenéticamente de la espada, pero sin convicción, y esta vez no contaba con el factor sorpresa. Dentro de unos instantes se recuperaría de la conmoción, pero Mara no tenía la menor intención de concederle ese tiempo. Encendió la espada y cargó.

El clon debió de oír que se acercaba, desde luego; era inevitable, teniendo en cuenta el ruido inconfundible de la espada. Sin embargo, con Skywalker acorralado contra el muro, la tentación de acabar de una vez por todas con su enemigo era demasiado grande para resistirse.

Atacó por última vez, su espada de luz se hundió en la pared, cuando Skywalker se agachó...

Y con un brillante destello de componentes electrónicos destrozados, la pared estalló hacia fuera, por encima de la cabeza de Skywalker, directamente sobre la cara del clon.

Al fin y al cabo, Skywalker no se había aplastado contra la pared, sino contra una de las pantallas del salón del trono.

El clon chilló, el primer sonido que Mara recordaba haberle oído, y se tambaleó hacia atrás. Dio media vuelta hacia el ruido de la espada de luz, el rostro contorsionado de ira y temor, los ojos todavía nublados. Levantó la espada para atacar.

MATARÁS A LUKE SKYWALKER.

Mara se agachó para esquivar la espada y clavó los ojos en su cara. La cara de Skywalker. La cara que había habitado sus pesadillas durante casi seis años. La cara que el emperador le había ordenado destruir.

MATARÁS A LUKE SKYWALKER.

Y por primera vez desde que había encontrado a Skywalker y su caza X averiado, flotando en las profundidades del espacio, se rindió a la voz que remolineaba en el interior de su mente. Imprimió un giro con todas sus fuerzas a la espada de luz y la descargó.

El clon se derrumbó. Su espada cayó al suelo con estrépito metálico, a su lado.

Mara bajó la vista hacia el clon y, mientras respiraba entrecortadamente, la voz que ocupaba su mente enmudeció.

Lo había hecho. Había cumplido la última orden del emperador.

Y por fin, estaba libre.

—Parece que están todos, capitán —dijo Thrawn. Contempló por la portilla del puente las naves de guerra rebeldes, desplegadas a lo largo de los bordes de los conos gravitatorios de los Cruceros Interceptores—. Ordene al *Inexorable* y al *Centinela* que vuelvan a sus posiciones en la línea de demarcación. Que todas las naves de guerra se preparen para enfrentarse al enemigo.

—Sí, señor.

Pellaeon meneó la cabeza asombrado, mientras tecleaba las órdenes. Una vez más, contra todo pronóstico, el gran almirante Thrawn había demostrado que estaba en lo cierto. La flota de combate rebelde estaba allí.

Y probablemente se preguntarían en este mismo momento qué había fallado en su inteligente estratagema.

—Pienso, gran almirante, que tal vez no deberíamos destruirles a todos —sugirió—. Alguien debería regresar a Coruscant para contarles el fracaso.

—Estoy de acuerdo, capitán, aunque dudo que sea ésa su interpretación. Lo más probable es que lleguen a la conclusión de que han sido traicionados.

—Es posible. —Pellaeon lanzó una veloz ojeada alrededor del puente. Había creído oír un tenue sonido, algo así como un crujido o un gruñido gutural. Escuchó con atención, pero el sonido no se repitió—. De todos modos, nos beneficiará igualmente.

—Ya lo creo —admitió Thrawn—. ¿Elegimos el Crucero Estelar del almirante Ackbar como mensajero?

Pellaeon sonrió. Ackbar. Que había sobrevivido a duras penas a las acusaciones de incompetencia y traición lanzadas por el consejero Borsk Fey'lya, con motivo de la operación en los astilleros de Sluis Van. Esta vez no tendría tanta suerte.

—Muy hábil, almirante —dijo.

—Gracias, capitán.

Pellaeon miró a Rukh, erguido en silencio tras la butaca de Thrawn, y se preguntó si el noghri apreciaba la ironía de la situación. Teniendo en cuenta la falta de sofisticación de su especie, era de esperar lo contrario.

Enfrente, destellos de fuego láser menudeaban cada vez más, a medida que los escuadrones de cazas empezaban a enfrentarse. Pellaeon se acomodó en su butaca, contempló las pantallas y se preparó para la batalla. Para la batalla, y para la victoria.

—Cuidado, Jefe Pícaro, te siguen dos —resonó la voz de Pícaro Dos en los oídos de Wedge—. ¿Pícaro Seis?

—Confirmado, Pícaro Dos. Doble blanco dentro de tres segundos. Uno, dos...

Wedge imprimió un brusco giro a su aparato. Los dos cazas TIE, que intentaron imitar su maniobra sin perderle de vista, ni siquiera llegaron a ver a los dos cazas X que les pisaban los talones.

—Gracias —dijo Wedge, dos explosiones más tarde.

—Ningún problema. ¿Qué hacemos ahora?

—No sé —admitió.

Dedicó un rápido vistazo a la batalla que rugía a su alrededor. Hasta el momento, el almirante Ackbar aún mantenía a sus Cruceros Estelares en formación de combate, pero a juzgar por el castigo que estaban recibiendo las naves de apoyo por parte de los imperiales, la situación podía degenerar en un caos total de un momento a otro. En cuyo caso, los escuadrones de cazas quedarían abandonados a su suerte.

Cosa que ya sucedía ahora. Había que encontrar un blanco adecuado.

Pícaro Dos debió de pensar lo mismo.

—Jefe Pícaro, pienso que esos imperiales no habrían traído tantas naves para aplastarnos si tuvieran que proteger, al mismo tiempo, los astilleros de Bilbringi.

Wedge estiró el cuello para observar los destellos de luces. Silueteados contra ellas, distinguió los oscuros y ominosos contornos de cuatro estaciones de combate Golan II, como mínimo.

—Estoy de acuerdo —dijo—, pero creo que haría falta algo más que un ataque del legendario Escuadrón Pícaro para ponerles nerviosos.

—Comandante Antilles, aquí el Centro de Comunicaciones de la Flota —interrumpió una voz—.

Recibimos una señal urgente para usted, emitida en un código cifrado diplomático de la Nueva República. ¿Le interesa?

Wedge parpadeó. ¿Un código cifrado diplomático? ¿Allí?

—Creo que sí. Pásemelo.

—Sí, señor. Oyó un clic.

—Hola, Antilles —dijo en su oído una voz vagamente familiar—. Me alegro de volver a verte.

—Estoy seguro de que el sentimiento es mutuo —contestó Wedge, ceñudo—. ¿Quién eres?

—Oh, vamos —se burló el otro—. ¿Has olvidado ya aquellos maravillosos momentos que pasamos frente a la cantina de Mumbri Storve?

¿La cantina de...?

—¿Aves?

—Caramba, muy bien. Tu memoria mejora.

—Es difícil olvidarlos. ¿Dónde estás?

—Justo en medio de esa gran llamarada de luces imperiales que tienes a un lado —explicó Aves, con voz algo malhumorada—. Me gustaría saber por qué estáis atacando este lugar, en lugar de Tangrene, como nosotros pensábamos.

—Me gustaría saber cuál era aquel trabajito del que os ibais a encargar —replicó Aves—. Conseguimos engañarnos mutuamente, ¿eh?

—Ya lo creo. Engañamos a todo el mundo, excepto al gran almirante.

—Dímelo a mí. Bueno, ¿es una llamada informal, o qué?

—Tal vez, o tal vez no. Escucha, dentro de noventa segundos, algunos de nosotros vamos a intentar apoderarnos de la TCCG que hemos venido a buscar. Después, adiós muy buenas.

Adiós muy buenas de unos astilleros imperiales. Hasta parecía sencillo.

—Buena suerte.

—Gracias. Lo digo porque da igual en qué dirección nos larguemos, aunque tal vez a ti no te resulte tan indiferente. Wedge notó que una tensa sonrisa acudía a sus labios.

—Es posible. Si pasarais cerca de esas Golan II, tal vez podríais acribillarlas un poco desde atrás, de paso.

—A mí me parece una buena ruta. Claro que la cosa se pondrá fea fuera del perímetro. Todas esas naves y chismes disparando sin cesar. Supongo que no podríais proporcionarnos una escolta amigable a partir de ese punto...

Wedge reflexionó. Era posible. Si los hombres de Aves podían destruir tan sólo una Golan II, abrirían los astilleros a una incursión de la Nueva República. A menos que los imperiales se resignaran a sacrificarla, tendrían que destinar algunas de sus fuerzas a ese lado, para tapar el hueco y rechazar a las naves que se infiltraran.

Y desde el punto de vista de los contrabandistas, contar con la protección de naves pertenecientes a la Nueva República les sería de gran ayuda. Un excelente intercambio.

—Trato hecho —dijo a Aves—. Dame un par de minutos y te conseguiré esa escolta.

—Una escolta amigable, no lo olvides —advirtió Aves—. Ya sabes a qué me refiero.

—Sé exactamente a qué te refieres.

El odio tradicional de los mon calamari hacia los contrabandistas y el contrabando era la leyenda del comedor de oficiales, y Wedge tenía tantas ganas de ponerla a prueba como Aves. Por eso el contrabandista había acudido a él, en lugar de ofrecer su ayuda a Ackbar y los otros mandos de la flota.

—No te preocupes, lo tengo todo controlado —añadió.

—De acuerdo. Bueno, ahí viene la primera carga. Hasta luego. El comunicador enmudeció.

—¿Vamos a intervenir? —preguntó Pícaro Once.

—Vamos a intervenir —confirmó Aves, imprimiendo a su caza un giro cerrado a estribor—. Pícaro Dos, informa al Mando y solicita apoyo. No menciones el nombre de Aves. Di que nos hemos coordinado con un grupo de resistencia independiente que se encuentra dentro de los astilleros.

—Recibido, Jefe Pícaro.

—¿Y si Ackbar no quiere correr el riesgo? —preguntó Pícaro Siete.

Wedge miró hacia las luces del astillero. Una vez más, como en tantas otras ocasiones, todo iba a reducirse a una cuestión de confianza. Confianza en un granjero, recién salido de un planeta desierto, para guiarle en el ataque a la primera Estrella de la Muerte. Confianza en un antiguo apostador, que podía tener o no alguna experiencia en combate, para guiarle en el ataque a la segunda Estrella de la Muerte. Y ahora, confianza en un contrabandista que igual le traicionaba por un buen precio.

—Da igual —dijo—. Vamos a intervenir, con o sin apoyo.

La espada de Mara centelleó y atravesó al clon Luuke. El clon se desplomó, su espada cayó al suelo, y yació inmóvil.

De pronto, la presión que atormentaba la mente de Luke se desvaneció.

Se levantó frente a la pantalla a la que había arrastrado al clon y aspiró lo que se le antojó la primera bocanada de aire puro desde hacía horas. La prueba había terminado.

—Gracias —dijo en voz baja a Mara.

La mujer retrocedió un paso del clon muerto.

—No hay de qué. ¿Tienes la mente despejada ya? De modo que había percibido el zumbido de su mente. Se preguntó cómo.

—Sí —asintió, y aspiró otra maravillosa bocanada de aire limpio—. ¿Y la tuya?

Mara le dirigió una mirada divertida e irónica a la vez, pero Luke, por primera vez desde que se conocían, no vio dolor ni odio en sus ojos.

—He hecho lo que él quería que hiciera —dijo Mara—. Se acabó.

Luke miró hacia el otro lado del salón del trono. Karrde había atado las correas de los vornskrs a la pasarela derrumbada y se abría paso con cautela entre los restos. Han, ya de pie, ayudaba a una Leia todavía aturdida a liberarse de la sección que había caído sobre ella.

—Leia —llamó Luke—. ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien —respondió la princesa—. Un poco atontada. Salgamos de aquí, ¿eh?

Luke se volvió hacia C'baoth. El anciano Jedi contemplaba al clon muerto. Sus manos se agitaban a los costados, y a sus ojos asomaba la furia, la decepción y la locura.

—Sí —dijo—. Vámonos, Mara.

—Adelantaos. Me reuniré con vosotros enseguida.

Luke la miró fijamente.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Y a ti qué te parece? Voy a rematar la faena, como debí hacerlo en Jomark.

C'baoth levantó los ojos lentamente hacia ella.

—Morirás por esto, Mara Jade —dijo, su voz serena más aterradora que cualquier estallido de rabia—. Poco a poco, entre horribles dolores.

Respiró hondo, levantó las manos convertidas en puños hasta el pecho y cerró los ojos.

—Ya lo veremos —murmuró Mara. Levantó la espada y avanzó hacia él.

Empezó como un trueno lejano, más intuitivo que oído. Luke paseó la vista por el salón, asediado por una premonición de peligro, pero no vio nada anormal. El ruido adquirió más intensidad...

De pronto, las secciones del techo situadas sobre Mara y él se derrumbaron con una explosión ensordecedora.

—¡Cuidado! —gritó Luke.

Alzó las manos para protegerse la cabeza y trató de saltar a un lado, pero el centro de la cascada de rocas se movió con él. Lo intentó de nuevo, pero esta vez casi perdió el equilibrio cuando su pie quedó atrapado en una montaña de piedras que le llegaban hasta el tobillo. Demasiado pequeñas y numerosas para desviarlas mediante la Fuerza, siguieron cayendo y golpeándole. A través del polvo que remolineaba a su alrededor, vio que Mara se desplomaba bajo el diluvio, mientras intentaba protegerse la cabeza con una mano y agitaba la espada para rechazar las piedras. Luke oyó que Han gritaba algo desde el otro lado del salón, y adivinó que ellos también sufrían un ataque similar.

C'baoth, a quien no alcanzaba la lluvia de piedras que había desencadenado, levantó los brazos.

—¡Soy el Maestro Jedi C'baoth! —tronó, con voz que dominó al rugido de la cascada—. El Imperio, el universo, son míos.

Luke adoptó una postura defensiva, presagiando un nuevo peligro, pero la intuición, una vez más, no le sirvió de nada. El rayo lanzado por C'baoth se estrelló contra la espada de luz. Luke perdió el equilibrio por culpa del impacto y cayó de rodillas sobre la pila de piedras que le rodeaba. Cuando intentó ponerse en pie, una roca le alcanzó en un lado de la cabeza. Se tambaleó y cayó a un lado, apoyando una mano sobre las piedras. Nuevos rayos crearon una guirnalda de fuego en las rocas, y oleadas de dolor sacudieron su cuerpo. La espada le fue arrebatada de las manos; vio que volaba por encima de la barandilla hacia el extremo opuesto del salón del trono.

—Basta —gritó Mara.

A través del velo de dolor, Luke vio que estaba de rodillas sobre las piedras, agitando en vano la espada de luz, como si pretendiera alejarlas.

—Si vas a matarnos, hazlo de una vez.

—Paciencia, mi futura aprendiz —dijo C'baoth. Luke forzó la vista y, entre las piedras y el polvo, vislumbró la sonrisa soñadora del anciano—. Aún no puedes morir, al menos hasta que te haya conducido a la cámara de clonación del gran almirante.

Mara se estremeció, horrorizada.

—¿Qué?

—Porque he visto a Mara Jade arrodillada frente a mí —siguió C'baoth—. Una Mara Jade... u otra.

—Ya está —dijo Lando, mientras sujetaba el interruptor de activación a la última carga—. Démonos prisa y larguémonos de aquí.

Chewbacca rugió su aprobación desde el otro lado de la columna. Lando recogió su desintegrador, se levantó y dedicó una rápida inspección a las puertas que rodeaban el pasillo exterior. Hasta el momento, todo iba bien. Si lograban contener a los milicianos dos minutos más, lo bastante para que Chewbacca y él abandonaran la plataforma de trabajo y llegaran al pasillo...

Chewbacca rugió una advertencia. Lando escuchó con atención y oyó el tenue zumbido del acoplador de flujo negativo.

—Estupendo, Chewie. Vámonos. Se encaminó al final del puente... Y la puerta opuesta al puente estalló.

—¡Cuidado! —ladró Lando.

Se tiró sobre el puente y roció de fuego láser la nube de polvo y escombros que surgía de donde había estado la puerta. Rayos aturdidores volaron en su dirección. Detrás, la ballesta de Chewbacca respondió. Ni hablar de dos minutos.

Con la cara apretada contra el suelo de malla metálica, Lando contempló el puente. El puente y los dos delgados pero robustos pasamanos que corrían a ambos lados... Era una locura, pero podía salir bien.

—Chewie, acércate —gritó.

Rodó de costado y lanzó una veloz mirada hacia los controles del puente, situados sobre el pasamanos de la plataforma de trabajo. Control de extensión..., allí. Control de retracción... Control de parada de emergencia...

El puente se estremeció cuando Chewbacca se arrojó a su lado.

—Mantenles ocupados —dijo Lando.

Calculó la distancia, saltó hacia arriba y accionó en rápida sucesión el control de retracción y la parada de emergencia. El puente se apartó de la plataforma de trabajo y se detuvo, lo bastante lejos para que sus palancas de fijación se soltaran.

Chewbacca rugió una pregunta cuando el puente se inclinó un poco a causa del peso de su cuerpo.

—Ya lo verás —dijo Lando. Destellos de luz se encendieron a ambos lados, cuando otras dos puertas se desintegraron—. Cógete a los soportes del pasamanos y continúa disparando. Allá vamos.

Se sujetó con fuerza, apuntó y disparó.

Pero no a los milicianos que ya invadían el pasillo circular, sino al extremo del puente. Se elevaron nubes de chispas cuando sus disparos vaporizaron secciones de la malla que constituía el suelo, y saltaron pedazos de las barras de apoyo que había debajo. El puente experimentó tremendas sacudidas, a medida que Lando seguía destrozando su integridad estructural. A su lado, Chewbacca rugió una salvaje frase wookiee que Lando jamás le había oído utilizar.

De pronto, con un horrible chirrido metálico, el puente cedió. Unido tan sólo al pasillo por los pasamanos todavía intactos, basculó hacia abajo. Lando aferró con fuerza el pasamanos cuando pasó de su posición horizontal a otra vertical.

El puente chocó con enorme violencia contra el pasamanos de la galería de clonación situada tres niveles más abajo.

—Aquí nos bajamos —dijo Lando—. Vámonos.

Enfundó el desintegrador con movimientos torpes y saltó a la galería. Chewbacca, con su natural destreza arbórea, le había precedido tres segundos antes.

Corrieron agachados tras los cilindros Spaarti hacia la puerta de salida de la galería, y cuando se encontraban a mitad de camino, la columna estalló.

Primero lo hicieron las cargas, que volaron secciones de cables y tubos en una serie de bolas de fuego que surgieron alrededor de la columna. Una nube de humo, polvo y líquidos alimenticios vaporizados se elevó en el aire, ocultando la escena. Fluidos multicolores empezaron a esparcirse desde todos lados. La plataforma de trabajo en la que habían estado un minuto antes se precipitó sobre la columna, causando todavía más destrozos. Del interior de la nube surgió el chisporroteo de líneas eléctricas cortocircuitadas y el estruendo de explosiones secundarias, que añadieron más materiales a la lluvia de escombros.

Con un horrible crujido de soportes rotos, las capas externas de la columna empezaron a desprenderse y caer hacia afuera.

Chewbacca rugió una advertencia.

—Yo tampoco —gritó Lando—. Salgamos de aquí.

Diez segundos más tarde estaban fuera, después de desintegrar al único guardia que vigilaba la puerta de salida del nivel. Se encontraban a dos pasillos de distancia cuando percibieron la lejana vibración producida por la caída de la columna al suelo de la caverna.

—Muy bien —jadeó Lando, sin dejar de mirar a ambos lados cada vez que cruzaban un pasillo transversal. Todo indicaba que Erredós había hecho un buen trabajo al destinar tropas a otros puntos, porque toda la zona parecía desierta—. La salida está por ahí. —Sacó el comunicador—. Llamaremos a los demás y saldremos de aquí. Han...

Dio un brinco cuando un violento ruido surgió del aparato.

—¿Han? —repitió.

—¿Lando? —contestó la voz de Han, casi inaudible a causa del ruido.

—Sí —confirmó Lando—. ¿Qué pasa ahí arriba?

—Este Jedi loco nos está tirando el tejado encima —gritó Han—. Leia y yo estamos algo protegidos, pero Mara y Luke no. ¿Dónde estáis?

—Cerca de la caverna de clonación —dijo Lando, con los dientes apretados. Si aquella resonancia arrítmica de Chewbacca funcionaba, uno de los reactores de la montaña empezaría a mostrar inestabilidades. Si no salían de la montaña antes de que volara por los aires...—. ¿Quieres que vayamos a ayudarlos?

—No os molestéis —interrumpió la malhumorada voz de Karrde—. El turboascensor ya está bloqueado por una montaña de piedras. Creo que tenemos para rato.

Chewbacca rugió, loco de frustración.

—Olvidalo, Chewie, tampoco podríais hacer nada —dijo Han—. Aún nos quedan Luke y Mara. Quizá puedan detenerle.

—¿Y si no? —preguntó Lando, con el estómago revuelto—. Escucha, no os queda mucho tiempo. Creemos que hemos logrado crear una resonancia arrítmica en el núcleo de energía.

—Bien —dijo Han—. Significa que C'baoth tampoco saldrá.

—Han...

—Largaos de una vez —le interrumpió Han—. Chewie, ha sido estupendo, pero si no lo conseguimos, alguien tendrá que ocuparse de Jacen y Jaina, además de Winter. ¿Entendido?

—El *Salvaje Karrde* aguarda en el punto por donde entrasteis —añadió Karrde—. Os están esperando.

—De acuerdo —respondió Lando, rabioso—. Buena suerte.

Cortó la comunicación y encajó el aparato en su cinturón. Han tenía razón, desde allí no podían hacer nada contra C'baoth, pero con los turboláseres del *Salvaje Karrde* y los planos de Erredós...

—Vamos, Chewie —dijo. Se volvió hacia la salida y empezó a correr—. Aún no hemos terminado.

—Quizá sea mejor así —murmuró C'baoth, y miró con tristeza a Luke, cuando éste avanzó hacia él.

Luke parpadeó para quitarse el polvo de los ojos y levantó la vista hacia el anciano Jedi, intentando luchar contra el dolor que aún sentía.

El dolor y la sensación de derrota. Arrodillado en el suelo, atrapado por piedras que le llegaban más arriba de la cintura y no cesaban de caer, enfrentado a un Jedi loco que quería matarle...

No. *Un Jedi ha de actuar cuando está sereno. En paz con la Fuerza.*

—Escúcheme, maestro C'baoth —dijo—. Está enfermo, lo sé, pero yo puedo ayudarle.

Una docena de expresiones se sucedieron en el rostro de C'baoth, como si estuviera escogiendo entre diversas emociones.

—¿De veras? —dijo irónico—. ¿Y por qué harías-eso por mí?

—Porque lo necesita. Y porque le necesitamos. Posee un inmenso caudal de experiencia y poder que podría utilizar por el bien de la Nueva República. C'baoth resopló.

—El Maestro Jedi Joruu C'baoth no sirve a los seres inferiores, Jedi Skywalker.

—¿Por qué no? Todos los grandes Maestros Jedi de la Antigua República lo hicieron.

—Y por eso fracasaron. —C'baoth apuntó con un dedo a Luke—. Por eso los seres inferiores se alzaron y les mataron.

—Eso no es...

—¡Basta! —tronó C'baoth—. Da igual lo que pienses que necesitan de mí los seres inferiores. Yo lo decidiré. Aceptarán mi autoridad, o morirán. —Sus ojos relampaguearon—. Tú has gozado de esa oportunidad, Jedi Skywalker. Aún más, podrías haber gobernado a mi lado. En cambio, has elegido la muerte.

Una gota de sudor o sangre resbaló por la mejilla de Luke.

—¿Y Mara?

C'baoth meneó la cabeza.

—Mara Jade ya no es de tu incumbencia. Me ocuparé de ella más tarde.

—¡No! —gritó Mara—. Te ocuparás de mí ahora.

Luke la miró. Las piedras seguían lloviendo sobre su cabeza, pero, ante su asombro, la montaña de rocas alta hasta las rodillas que la había atrapado ya no existía. Ahora comprendió por qué:

aquellos frenéticos sablazos de antes no habían sido los inútiles movimientos que había supuesto. Había practicado enormes agujeros en el suelo, por los que desaparecían las piedras.

Mara levantó la espada y cargó.

C'baoth dio media vuelta para hacerle frente, el rostro desfigurado de rabia.

—¡No! —chilló.

De nuevo, rayos blancoazulados brotaron de sus dedos. Mara los paró con la espada, pero vaciló cuando se vio rodeada de fuego. C'baoth disparó una y otra vez, mientras retrocedía hacia el trono y la pared. Mara siguió avanzando con tozudez.

De pronto, la lluvia de rocas cesó. Desde el borde de la pila que medio enterraba a Luke, volaron piedras hacia C'baoth. Dieron la vuelta por detrás y se precipitaron hacia la cara de Mara. Ésta se tambaleó, cerró los ojos para protegerlos y levantó el brazo derecho para intentar rechazarlas.

Luke apretó los dientes y trató de apartar las piedras que le paralizaban. No podía permitir que Mara luchara sola, pero fue inútil. El último ataque de C'baoth había debilitado sus músculos. Lo intentó de todos modos, sin hacer caso del dolor. Miró a Mara...

Y vio que su rostro cambiaba de repente. Luke frunció el ceño, y entonces, él también lo oyó. La voz de Leia, que hablaba en su mente.

*Mantén los ojos cerrados, Mara, y escucha mi voz. Yo seré tus ojos; yo te guiaré.*

—¡No! —volvió a chillar C'baoth—. ¡No! ¡Es mía!

Luke desvió la vista hacia el otro extremo del salón del trono, y se preguntó cómo reaccionaría C'baoth ante la osadía de Leia. No ocurrió nada. Hasta las piedras habían parado de caer sobre la sección de la plataforma tras la cual se apretujaban todos. Quizá la larga batalla había empezado a agotar las fuerzas de C'baoth, y ya no podía arriesgarse a dividir su atención. Luke divisó el brillo metálico de su espada, detrás de la plataforma, medio enterrada bajo la montaña de piedras que bloqueaban la puerta del turboascensor. Si podía atraerla, reunir las fuerzas suficientes para acudir en auxilio de Mara...

Entonces, otro movimiento llamó su atención. Atados a la plataforma, ilesos pese a la lluvia de rocas que había atacado a su amo, los vornskrs de Karrde tiraban de sus correas.

Un vornskr salvaje casi había matado a Mara durante su travesía del bosque de Myrkr. Sería justo que estos dos ayudaran a salvarla. La espada de luz se agitó a la llamada de Luke, y se encendió cuando su mente tocó el control. Rodó sobre la montaña de rocas y arrancó chispas de ellas cada vez que las tocaba. Luke hizo un esfuerzo final. El arma se alzó en el aire y voló hacia él.

Y cuando llegó a la pasarela destrozada, la espada cortó limpiamente las correas de los vornskrs.

C'baoth los vio venir, por supuesto. Con la espalda casi pegada a la pared, cambió de objetivo y envió un haz de rayos hacia los depredadores, cuando saltaron sobre la escalera. Uno de ellos aulló y cayó al suelo, resbalando sobre las piedras dispersas, pero el otro continuó.

Esa distracción era todo cuanto Mara necesitaba. Saltó hacia adelante, pese a las piedras que machacaban su cara, y cubrió la distancia que la separaba de C'baoth. Cuando éste desvió las manos desesperadamente hacia ella, Mara cayó de rodillas frente al Jedi y le atravesó con la espada. Con un último aullido, C'baoth se derrumbó.

Como el emperador a bordo de la Estrella de la Muerte, la energía del lado oscuro que albergaba en su interior estalló en una violenta explosión de fuego azul.

Luke estaba preparado. Atrapó a Mara con una presa de Fuerza y la apartó de aquel estallido de energía. Notó que la oleada se estrellaba contra su cuerpo, y que sus esfuerzos eran menos dolorosos cuando Mara colaboró.

De pronto, todo terminó.

Permaneció tendido un largo minuto, jadeante, procurando mantener a raya la inconsciencia que le asaltaba. Percibió apenas la desaparición de las piedras que le rodeaban.

—¿Te encuentras bien, Luke? —preguntó Leia. Abrió los ojos con un esfuerzo. Cubierta de polvo y contusionada, la princesa no parecía en mejor estado que él.

—Estoy bien —dijo. Apartó las piedras restantes y se puso en pie—. ¿Y los demás?

—No muy mal. —Leia le cogió del brazo para ayudarlo a levantarse—. Han necesitará tratamiento médico. Tiene unas feas quemaduras.

—Y Mara también —dijo Karrde, que subía la escalera con una inconsciente Mara en brazos—. Hemos de llevarla al *Salvaje Karrde* lo antes posible.

—Llámales —dijo Han. Estaba arrodillado junto a Luuke, el clon muerto—. Diles que vengan a recogernos.

—¿Recogernos dónde?

Han señaló el lugar donde C'baoth había muerto.

—Aquí.

Luke se volvió y miró. La potente detonación del lado oscuro había reducido a escombros aquella

parte del salón del trono. Las paredes y techo se veían ennegrecidos y agrietados; el metal del suelo que C'baoth había pisado estaba retorcido y medio fundido; el trono había sido arrancado de su base y yacía a un metro de distancia.

Y detrás, por la grieta mellada de la pared, vio el brillo de una sola estrella.

—Bien. —Luke respiró hondo—. ¿Leia?

—Entiendo —asintió la princesa. Cogió la espada de luz de su hermano y la encendió—. Manos a la obra.

Las dos fragatas de asalto rebeldes se desviaron una a cada lado de la sitiada Golan II y lanzaron potentes descargas sobre sus costados antes de alejarse. Una sección de la estación de combate se incendió y oscureció. Silueteados contra su bulto, fue posible ver otra oleada de cazas rebeldes que entraban en los astilleros.

Y Pellaeon dejó de sonreír.

—No se asuste, capitán —dijo Thrawn, aunque ya estaba un poco intranquilo—. Aún no nos han derrotado. Ni por mucho. El tablero de Pellaeon pitó. El capitán lo miró.

—Señor, un mensaje urgente procedente de Wayland —dijo a Thrawn, y su estómago se encogió a causa de una súbita y horrible premonición. Wayland... Las instalaciones de clonación...

—Léalo, capitán —dijo Thrawn, con voz mortalmente serena.

—Ahora nos transmitirán la decodificación, señor. —Los dedos de Pellaeon tabalearon sobre el tablero, mientras el mensaje aparecía poco a poco. Exactamente lo que había temido—. Atacan la montaña, señor. Dos especies diferentes de nativos, y algunos sabotadores rebeldes... —Se interrumpió, con una expresión de incredulidad—. Y un grupo de noghri...

Nunca acabó de leer el informe. De pronto, una mano de piel grisácea, surgida de la nada, le golpeó en plena garganta.

Jadeó, se desplomó en su silla, completamente paralizado.

—Por la traición del Imperio al pueblo noghri —dijo la voz de Rukh a su lado—. Fuimos traicionados. Hemos sido vengados.

Un susurro de movimientos, y desapareció. Pellaeon, sin cesar de jadear, luchando todavía contra la inercia de sus músculos aturdidos, intentó acercar la mano a su tablero de mando. Lo logró con un esfuerzo supremo y dio la alerta de emergencia, después de fracasar dos veces.

Y mientras el aullido de la alarma se propagaba por el Destructor Estelar, consiguió por fin volver la cabeza.

Thrawn estaba sentado en su silla, muy rígido, con el rostro extrañamente sereno. En mitad de su pecho, una mancha rojo oscuro se extendía sobre el blanco inmaculado de su uniforme de gran almirante. En el centro de la mancha centelleaba el extremo del cuchillo de asesino perteneciente a Rukh.

Thrawn le miró y, ante el estupor de Pellaeon, sonrió.

—Fue ejecutado de una forma muy artística —susurró. La sonrisa se desvaneció, al igual que el brillo de sus ojos, y Thrawn, el último gran almirante, murió.

—Capitán Pellaeon —llamó el oficial de comunicaciones cuando el equipo médico llegó, demasiado tarde, a la silla del gran almirante—. El *Némesis* y el *Halcón de la Tormenta* solicitan órdenes. ¿Qué les digo?

Pellaeon levantó la vista hacia las portillas. Al caos que había estallado tras las defensas de los, en teoría, seguros astilleros; a la inesperada necesidad de dividir las fuerzas para acudir en su defensa; a la flota rebelde, que aprovechaba la confusión reinante. En un parpadeo, todo el universo se había vuelto contra ellos.

Thrawn aún habría podido arrancar una victoria para el Imperio, pero él, Pellaeon, no era Thrawn.

—Avise a todas las naves —dijo con voz rasposa. Las palabras le dolían en la garganta, sin que ello tuviera la menor relación con el dolor causado por el traicionero ataque de Rukh—. Preparados para la retirada.



El sol se había ocultado tras una fina capa de nubes, y los colores del cielo del atardecer empezaban a dar paso a la oscuridad de la noche de Coruscant. Mara contemplaba las luces y vehículos de la ciudad imperial, apoyada en la barandilla de piedra labrada, alta hasta el pecho, del tejado del palacio. Bullía de actividad, pero poseía una especie de extraña paz. O quizá la paz residía en ella. En cualquier caso, el cambio era positivo.

La puerta del tejado se abrió, veinte metros detrás de ella. Proyectó la Fuerza, pero sabía quién era. Y estaba en lo cierto.

—Mara — dijo Luke en voz baja.

—Aquí —contestó la mujer, y dedicó una mueca a la ciudad que se extendía a sus pies. A juzgar por su estado de ánimo, supo que había venido a buscar su respuesta.

Al infierno la paz interior.

—Menuda vista, ¿eh? —comentó Luke. Se acercó a su lado y contempló la ciudad—. Debe de traerte recuerdos. Mara le dirigió una paciente mirada.

—Traducción: ¿cómo me sienta esta vez la vuelta a casa? Te diré una cosa, Skywalker, y que quede entre nosotros: eres de lo más patético cuando intentas ser tortuoso. Yo de ti lo dejaría correr y me comportaría como un honrado granjero.

—Lo siento. Supongo que he pasado demasiado tiempo con Han.

—Y con Karrde y yo, imagino.

—¿Quieres que te conteste como un honrado chico granjero?

—Lamento haberlo mencionado.

Luke sonrió, pero volvió a ponerse serio.

—Bien, ¿cómo te sientes?

Mara desvió la vista hacia las luces.

—Extraña. Es como volver a casa..., sólo que no lo es. Nunca he subido aquí y visto la ciudad de esta manera. Las únicas veces que iba al tejado era para esperar a un determinado vehículo aéreo, para vigilar algún edificio concreto, o cosas por el estilo. Creo que el emperador nunca vio la ciudad en términos de gente y luces; para él, sólo significaba poder y oportunidades.

—Así debía de verlo todo. Y hablando de oportunidades... Mara hizo una mueca. No se había equivocado. Había venido en busca de una respuesta.

—Todo esto es ridículo —dijo—. Tú lo sabes, y yo lo sé.

—Karrde no opina lo mismo.

—En ocasiones, Karrde es mucho más idealista que tú —replicó Mara—. En primer lugar, jamás logrará mantener unida a su coalición de contrabandistas.

—Tal vez no, pero piensa en las posibilidades, si lo consigue. Hay muchos contactos y fuentes de información en los grupos marginales, a los cuales la Nueva República no tiene acceso.

—¿Y para qué necesitáis fuentes de información? Thrawn ha muerto, su centro de clonación está en ruinas y el Imperio ha vuelto a retirarse. Habéis ganado.

—También ganamos en Endor —recordó Luke—. Eso no ha impedido años de lucha. Aún queda mucho por hacer.

—De todos modos, es absurdo que me queráis mezclar en eso —protestó Mara—. Si queréis llegar a un acuerdo entre los contrabandistas y vosotros, ¿por qué no le dices a Karrde que se encargue?

—Porque Karrde es un contrabandista. Tú sólo eras la ayudante de un contrabandista.

—Menuda diferencia.

—Para alguna gente sí. Este proceso de negociación dependerá tanto de las apariencias y la imagen como de la realidad. En cualquier caso, Karrde ya ha dicho que no lo hará. Ahora que sus vornskrs ya se han recuperado, quiere volver con los suyos.

—No soy política —insistió—, ni tampoco diplomática.

—Pero sí una persona en que las dos partes confían. Eso es lo importante.

Mara hizo una mueca.

—No conoces a esa gente, Skywalker. Confía en mí. Chewbacca y los tíos que enviáis a trasplantar a los noghri a su nuevo planeta se divertirán mucho más.

Luke tocó su mano.  
—Tú puedes hacerlo, Mara. Lo sé. Ella suspiró.  
—Tendré que pensarlo.  
—Así me gusta. Baja cuando estés dispuesta.  
—Claro. —Le miró de soslayo—. ¿Algo más? Luke sonrió.  
—Estás mejorando mucho.  
—La culpa es tuya, por enseñarme tan bien. Va, suéltalo.  
Él introdujo la mano en su túnica y sacó una espada de luz.  
—¿Qué es eso? —preguntó Mara con el ceño fruncido.  
—Mi vieja espada de luz —dijo en voz baja Luke—. La que perdí en Ciudad Nube, y que casi me mató en Wayland. —Se la tendió—. Me gustaría que te la quedaras.  
Ella le miró, asombrada.  
—¿Yo? ¿Por qué?  
—Por montones de motivos. Porque te la ganaste. Porque vas a convertirte en una Jedi y la necesitarás. Sobre todo, porque quiero que la tengas.  
Mara cogió el arma poco a poco, casi de mala gana.  
—Gracias.  
—De nada. —Volvió a tocar su mano—. Estaré en la sala de conferencias con los demás. Baja cuando hayas decidido.  
Se volvió y atravesó el tejado del palacio. Mara desvió la vista de nuevo hacia las luces de la ciudad, el frío metal de la espada apretado contra su mano. La espada de Luke. Uno de sus últimos vínculos con el pasado, probablemente..., y se estaba desprendiendo de él. ¿Implicaba un mensaje para ella? Tal vez. Como ella misma había dicho, la sutileza no era uno de los puntos fuertes de Luke. Pero si lo había hecho por eso, perdía el tiempo. El último vínculo con el pasado de Mara se había roto en el salón del trono de monte Tantiss.  
Su pasado había terminado. Había llegado el momento de encaramarse al futuro. Y la Nueva República era ese futuro. Tanto si le gustaba como si no.  
Detrás de ella, oyó que Luke abría la puerta del tejado.  
—Espera un momento —le llamó—. Te acompaño.